«Extraordinario… profundamente conmovedor».
The New York Times

MORIR Y MATAR EN UNA GUERRA CIVIL

ESTA REPÚBLICA DEL SUFRIMIENTO

DREW GILPIN FAUST



«Extraordinario… profundamente conmovedor».
The New York Times

MORIR Y MATAR EN UNA GUERRA CIVIL

ESTA REPÚBLICA DEL SUFRIMIENTO

DREW GILPIN FAUST



«Elocuente e imaginativo, el libro de Faust aborda un lúgubre tema –cómo afrontó Estados Unidos la inmensa mortandad de la Guerra Civil– y lo torna en algo novedoso y apasionante… [Una] amplia y erudita crónica merecidamente elogiada».

The New York Observer

«Faust está especialmente cualificada para identificar y explicar las complejas implicaciones políticas y sociales de la mutable naturaleza de la muerte a medida que los conflictos internos de Estados Unidos se desarrollaban en toda su amplitud».

San Francisco Chronicle

«Faust brilla al explicar la violenta retórica de la época y lo que pasaba por la cabeza de la gente».

The Boston Globe

«La belleza y originalidad del trabajo de Faust es que muestra con minuciosidad cómo el proceso de duelo llegó a ser un negocio del capitalismo comercializado en toda la sociedad».

The New Yorker

«Fascinante, innovador… Faust vuelve a la tarea de arrancar a la guerra cualquier atisbo de romanticismo, nobleza o propósito social».

The Nation

«Una lectura desgarradora pero cautivadora».

The Christian Science Monitor

«Faust, que siempre ha mantenido el conflicto bélico en su erudito punto de mira, nos brinda una emocionante confirmación de su relevancia tanto en la sociedad como en la política».

Slate

«[Un] extraordinario nuevo libro».

The New York Sun

ESTA REPÚBLICA DEL SUFRIMIENTO

MORIR Y MATAR EN UNA GUERRA CIVIL

ESTA REPÚBLICA DEL SUFRIMIENTO

DREW GILPIN FAUST



Esta República del sufrimiento. Morir y matar en una guerra civil

Faust, Drew Gilpin

Esta República del sufrimiento / Faust, Drew Gilpin [traducción de Javier Romero Muñoz].

Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2023. – 360 p. ; 23,5 cm – (Historia de América) – 1.ª ed.

D.L.: M-9549-2023

ISBN: 978-84-124985-5-4

94(73) “1861/1865” 355.1-053.99 “.344”

341.39(718/364.288/26.557)

ESTA REPÚBLICA DEL SUFRIMIENTO

Morir y matar en una guerra civil

Drew Gilpin Faust

Título original:

This Republic of Suffering. Death and the American Civil War

First Published by Alfred A. Knopf

This translation published by arrangement with Alfred A. Knopf, an imprint of The Knopf Doubleday Group, a division of Penguin Random House,

ISBN: 978-0-375-70383-6

Esta República del sufrimiento. Morir y matar en una guerra civil

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-126588-0-4

D.L.: M-9549-2023

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Revisión técnica: Javier Veramendi B

Traducción: Javier Romero Muñoz

Primera edición: mayo 2023

Producción del ePub: booqlab

EN MEMORIA

DE

MCGHEE TYSON GILPIN

1919-2000

Capitán del Ejército de los Estados Unidos de América

Oficial jefe del 436.º equipo de intérpretes de la Inteligencia militar 6.ª División Acorazada

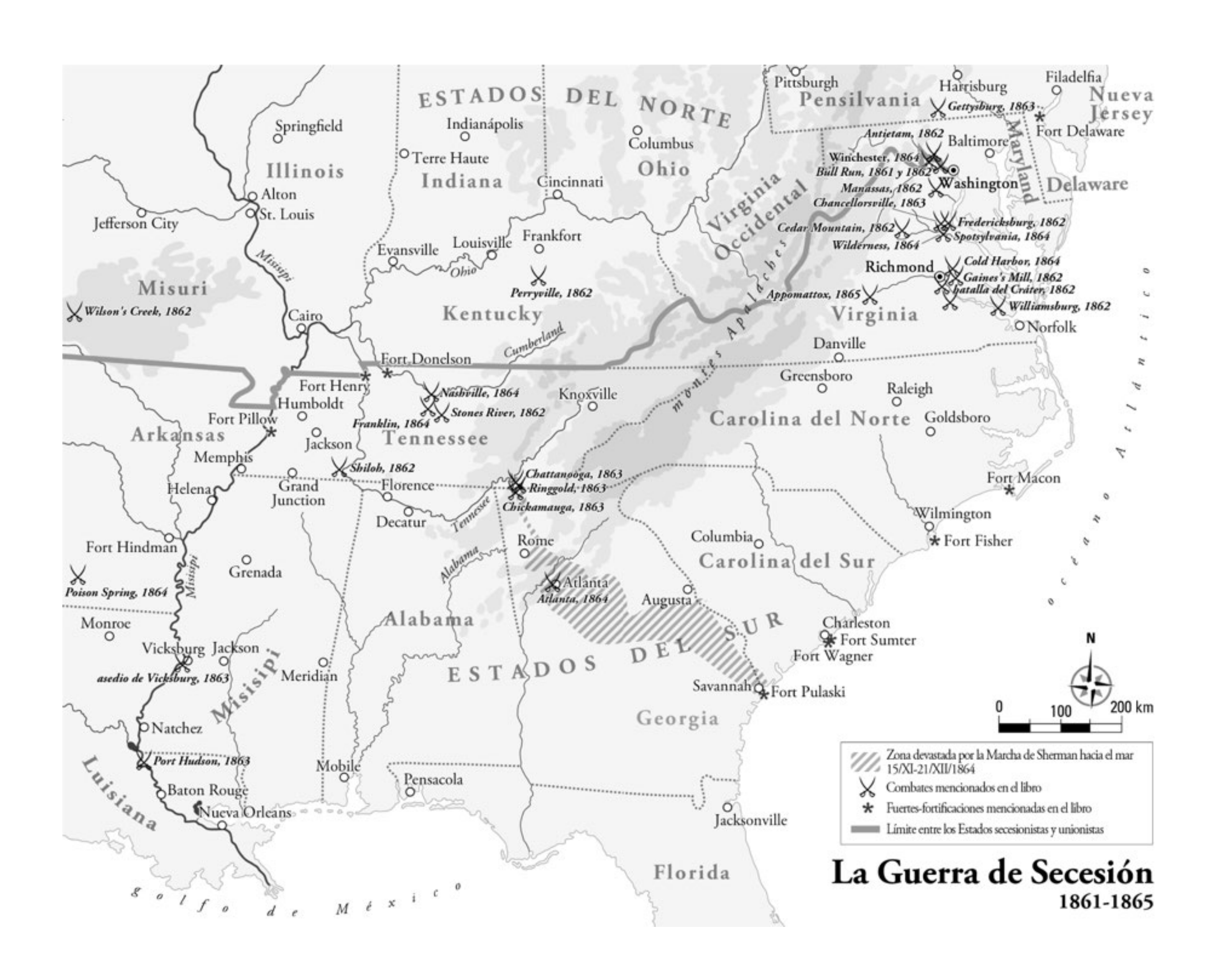
Herido el 6 de agosto de 1944

en Plouviens, Francia

Estrella de Plata

Corazón Púrpura

Cruz de Guerra


ESTADOS DEL NORTE
Pittsburgh
Harrisburg
Filadelfia
Nueva Jersey
Pensilvania
Gettysburg, 1863
Fort Delaware
Springfield
Indianápolis
Columbus
Illinois
Terre Haute
Indiana
Cincinnati
Ohio
Alton
St. Louis
Jefferson City
Evansville
Louisville
Frankfort
Ohio
Misisipi
Misuri
Perryville, 1862
Wilson's Creek, 1862
Cairo
Kentucky
Cumberland
Fort Donelson
Fort Henry
Humboldt
Fort Pillow
Arkansas
Memphis
Jackson
Nashville, 1864
Stones River, 1862
Franklin, 1864
Knoxville
Tennessee
Shiloh, 1862
Helena
Grand Junction
Florence
Decatur
Tennessee
Chattanooga, 1863
Ringgold, 1863
Chickamauga, 1863
Fort Hindman
Grenada
Misisipi
Poison Spring, 1864
Rome
Alabama
Atlanta
Atlanta, 1864
Monroe
Vicksburg
Jackson
asedio de Vicksburg, 1863
Misisipi
Meridian
Alabama
ESTADOS DEL SUR
Natchez
Port Hudson, 1863
Luisiana
Baton Rouge
Nueva Orleans
Mobile
Pensacola
golfo de México
Antietam, 1862
Baltimore
Maryland
Winchester, 1864
Bull Run, 1861 y 1862
Washington
Manassas, 1862
Chancellorsville, 1863
Delaware
Virginia Occidental
Cedar Mountain, 1862
Fredericksburg, 1862
Spotsylvania, 1864
Wilderness, 1864
montes Apalaches
Richmond
Cold Harbor, 1864
Gaines's Mill, 1862
batalla del Cráter, 1862
Williamsburg, 1862
Appomattox, 1865
Virginia
Norfolk
Danville
Greensboro
Raleigh
Carolina del Norte
Goldsboro
Fort Macon
Wilmington
Fort Fisher
Columbia
Carolina del Sur
Augusta
Charleston
Fort Sumter
Fort Wagner
Savannah
Fort Pulaski
Georgia
Jacksonville
Florida
océano Atlántico
N
0
100
200 km
Zona devastada por la Marcha de Sherman hacia el mar 15/XI-21/XII/1864
Combates mencionados en el libro
Fuertes-fortificaciones mencionadas en el libro
Límite entre los Estados secesionistas y unionistas
La Guerra de Secesión
1861-1865

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

La idea de este libro surgió de mi anterior trabajo sobre las mujeres en el sur esclavista y cristalizó cuando me di cuenta de que estas asentaban sus percepciones sobre la guerra en su terrible cosecha de muerte. He trabajado en este proyecto durante más de una década, en parte debido a que además de este también emprendí otras responsabilidades, pero también en parte porque el tema me parecía tan importante que quería hacerle plena justicia. Si he tenido éxito en este propósito, ha sido a causa de los muchos amigos, colegas, e incluso desconocidos que me han ayudado. En primer lugar, quiero agradecer a quienes han leído y comentado el original, con lo que me salvaron de cometer errores y me ofrecieron una perspectiva de incalculable valor sobre cuestiones conceptuales de mayor alcance: David Blight, Ann Braude, Gary Gallagher, Tony Horwitz, Jennifer Leaning, Stephanie McCurry, James McPherson, Luke Menand, Charles Rosenberg, y Jessica Rosenberg. Otros han leído capítulos concretos relacionados con su especialidad, han encontrado material bibliográfico, me han conducido y guiado por entre colecciones de originales, tesoros compartidos que encontraron durante sus investigaciones, trabajaron como asistentes de investigación, ayudaron a preparar el original, o contribuyeron de formas innumerables. Tengo una gran deuda con Michael Bernath, Homi Bhabha, Tracy Blanchard, Beth Brady, Gabor Boritt, Tom Coens, Lara Cohen, Gretchen Condran, John Coski, Yonatan Eyal, Henry Fulmer, Jesse Goldstine, James Green, Jenessa Hoffman, Kathryn Johnson, Andrew Kinney, James Kloppenberg, Jeremy Knowles, Lisa Laskin, Paul LeClerc, Millington Lockwood, Chandra Manning, Sandra Markham, Stewart Meyer, Reid Mitchell, Margot Minardi, Lien-Hang Nguyen, Charlie Ornstein, Amy Paradis, Katy Park, Michael Parrish, Charlene Peacock, Trevor Plante, Frances Pollard, George Rable, James Robertson Jr., Neil Rudenstine, Barbara Savage, Elana Harris Schanzer, Kay Shelemay, Theda Skocpol, Susan Stewart, Allen Stokes, Steven Stowe, Julie Tomback, Helen Vendler y Ann Wilson. Mi gratitud para Jane Garrett, por su paciencia y su fe.

Doy las gracias a Louise Richardson por poner orden en Radcliffe durante el año sabático que me tomé para escribir; a Susan Johnson y Anne Brown por gestionar mi vida; a Janine Bestine y a Peggy Chan por gestionar mis computadores; y a Lars Madsen por aceptarlo todo de tan buen grado y en el último minuto. Kennie Lyman hizo casi lo imposible para que el original llegara a tiempo a la imprenta. He tenido el privilegio de disfrutar de la generosidad, primero de la Universidad de Pensilvania y después de la de Harvard, que han apoyado mi trabajo de historiadora, que durante los seis últimos años se ha inspirado en los tesoros intelectuales del Instituto Radcliffe. Agradezco haber podido enriquecer mi libro con los numerosos repositorios de manuscritos citados en las notas y doy gracias a bibliotecas y museos por permitirme utilizar citas e ilustraciones. Algunas partes del presente libro ya fueron publicadas, aunque en un texto algo diferente, en las revistas Journal of Southern History, Journal of Military History y Southern Cultures. En las citas de las fuentes primarias, he conservado la transcripción, a menudo muy creativa, del original, sin insertar el intrusivo (sic).

Charles Rosenberg y Jessica Rosenberg son grandes editores y críticos. Pero, como ellos ya saben, eso es lo de menos. Les doy las gracias por creer en este proyecto tanto tiempo y por sobrellevar mi fascinación por la muerte.

Cambridge, enero de 2007

PREFACIO

LA OBRA DE LA MUERTE

La mortalidad define la condición humana. En 1862, un obispo episcopal confederado observó en un sermón: «Todos tenemos nuestros muertos […] todos tenemos nuestras tumbas». Cada época, explicó, debe enfrentarse a «miserias semejantes», toda época debe buscar «consuelos semejantes». Sin embargo, la muerte también tiene elementos de discontinuidad. Hombres y mujeres se enfrentan a ella de formas diferentes, modeladas por la historia, por la cultura, por unos condicionantes que varían de una época a otra y de un lugar a otro. Aunque «todos tenemos nuestros muertos», aun cuando todos fallecemos, todos lo hacemos de forma diferente, de una generación a otra y de un lugar a otro.1

Mediado el siglo XIX, los Estados Unidos entraron en una nueva relación con la muerte al embarcarse en una guerra civil que iba a ser más sangrienta que ningún otro conflicto de la historia estadounidense, una contienda que presagiaría la masacre del frente occidental de la Primera Guerra Mundial y la carnicería global del siglo XX. El número de soldados que perecieron entre 1861 y 1865, estimado en 620 000, es más o menos equivalente a la suma de las bajas estadounidenses en la Guerra de Independencia, la Guerra de 1812, la Guerra contra México, la guerra contra España*, las dos guerras mundiales y la Guerra de Corea. La tasa de mortalidad de la Guerra Civil, es decir, su incidencia en relación al total de la población del país, fue seis veces superior a la de la Segunda Guerra Mundial. La misma tasa, el dos por ciento, aplicada a la población actual de los Estados Unidos supondría unos seis millones de víctimas mortales. En su pugna desesperada por sobrevivir contra un enemigo más rico y poblado, la nueva nación sureña sufrió una presión desproporcionada sobre su capital humano. Por cada yanqui muerto,

cayeron tres confederados; uno de cada cinco sureños en edad militar no sobrevivió a la Guerra de Secesión.2

Sin embargo, las estadísticas militares solo narran una parte de la historia. La guerra también mató a civiles, pues las batallas se libraron en granjas y campos, los campamentos de los soldados propagaron enfermedades epidémicas, las guerrillas perpetraron violencia y represalias contra mujeres e incluso niños, los tumultos contra la recluta forzosa afectaron a ciudadanos inocentes y, en algunas regiones del Sur, la escasez de alimentos provocó inanición. Nadie ha tratado de documentar tales muertes de forma sistemática; nadie ha diseñado un método para un recuento retrospectivo. James McPherson, distinguido historiador de la Guerra de Secesión, estima que durante la guerra hubo unas cincuenta mil muertes civiles y concluye que la tasa total de mortalidad del Sur excede al de todos los países de la Primera Guerra Mundial o a la de todos los de la Segunda Guerra Mundial salvo la región que va del Rin al Volga. La Guerra Civil causó una matanza de una magnitud que suele considerarse propia de épocas posteriores, caracterizadas por una combinación de eficiencia tecnológica e inhumanidad.3

El impacto y significado del coste en vidas de la guerra va más allá del simple número de víctimas mortales. Para la generación de la Guerra de Secesión, su mortandad fue importante porque quebrantó las ideas predominantes sobre la forma correcta de finalizar la existencia: quién debía morir, dónde, cuándo y bajo qué circunstancias. Para los estadounidenses de mediados del XIX, la muerte no era en absoluto una extraña. Hacia comienzos de la década de 1860 la tasa de mortalidad había comenzado a declinar, pero el espectacular aumento de la longevidad no llegaría hasta épocas posteriores de ese mismo siglo. Los estadounidenses de la era inmediatamente precedente a la guerra tenían un trato mucho más íntimo con la muerte que sus homólogos del siglo XXI. Empero, las pautas a las que estaban acostumbrados eran, en muchos aspectos, diferentes a las que introduciría la contienda. La Guerra Civil representó un giro drástico tanto en la incidencia como en la experiencia de la muerte. Los estadounidenses de mediados del XIX sufrían una elevada tasa de mortalidad infantil, pero cabía esperar que la mayoría de los que alcanzaban la juventud vivieran por lo menos hasta mediana edad. La guerra se llevó con gran rapidez, a menudo de forma instantánea, a hombres jóvenes y sanos, o los destruía mediante

enfermedades o heridas. Esto supuso una ruptura alarmante y brusca con las ideas comúnmente aceptadas de quién debía morir. Como escribió en 1864 Francis W. Palfrey en un texto en memoria de Henry L. Abbott, soldado de la Unión, «el golpe es harto más duro cuando cae sobre aquellos que están en el albor de la vida». Un soldado tenía cinco veces más posibilidades de morir que alguien que no se hubiera incorporado a filas. Como explicó un capellán a su regimiento de Connecticut a mediados de la guerra, «ni ellos ni él habían vivido ni se habían enfrentado a la muerte en una época como esta, con sus particulares condiciones y requerimientos». Tanto los civiles como los soldados de la Guerra de Secesión diferenciaban entre lo que denominaban «muerte ordinaria» similar a la de los años previos a la contienda, y la forma y frecuencia de los óbitos de los campos de batalla, hospitales y campamentos de la Guerra Civil, así como de la interrupción de vidas civiles ocasionada por la guerra.4

En la Guerra de Secesión, los Estados Unidos, el Norte y el Sur, recogieron una «cosecha de muerte», en palabras de muchos de sus protagonistas. Mediado el conflicto, en el Sur «casi todos los hogares lloran la pérdida de un ser querido». Los fallecimientos pasaron a ser algo cotidiano; la muerte ya no se afrontaba en solitario; su presencia amenazadora, su proximidad y su realidad se convirtieron en la experiencia bélica más ampliamente compartida. Como observó un soldado confederado, la muerte «reinaba con potestad universal», se enseñoreaba de hogares y vidas, exigía atención y respuesta. La Guerra Civil tiene importancia en la actualidad porque puso fin a la esclavitud y contribuyó a definir los significados de libertad, ciudadanía e igualdad. Estableció un nuevo estado-nación centralizado y lo encauzó por una senda de expansión económica e influencia mundial. Mas, para los estadounidenses que vivieron la Guerra Civil, la textura de esta experiencia, su urdimbre y su trama, fue la omnipresencia de la muerte. Finalizada la contienda, este sufrimiento compartido superaría las diferencias persistentes acerca del significado de raza, ciudadanía y nacionalidad y convertiría el sacrificio y su memoria en el espacio en el que Norte y Sur se reunificarían al fin. Incluso en nuestros tiempos, esta concepción elegiaca de la Guerra Civil sigue ejerciendo un poderoso atractivo.5

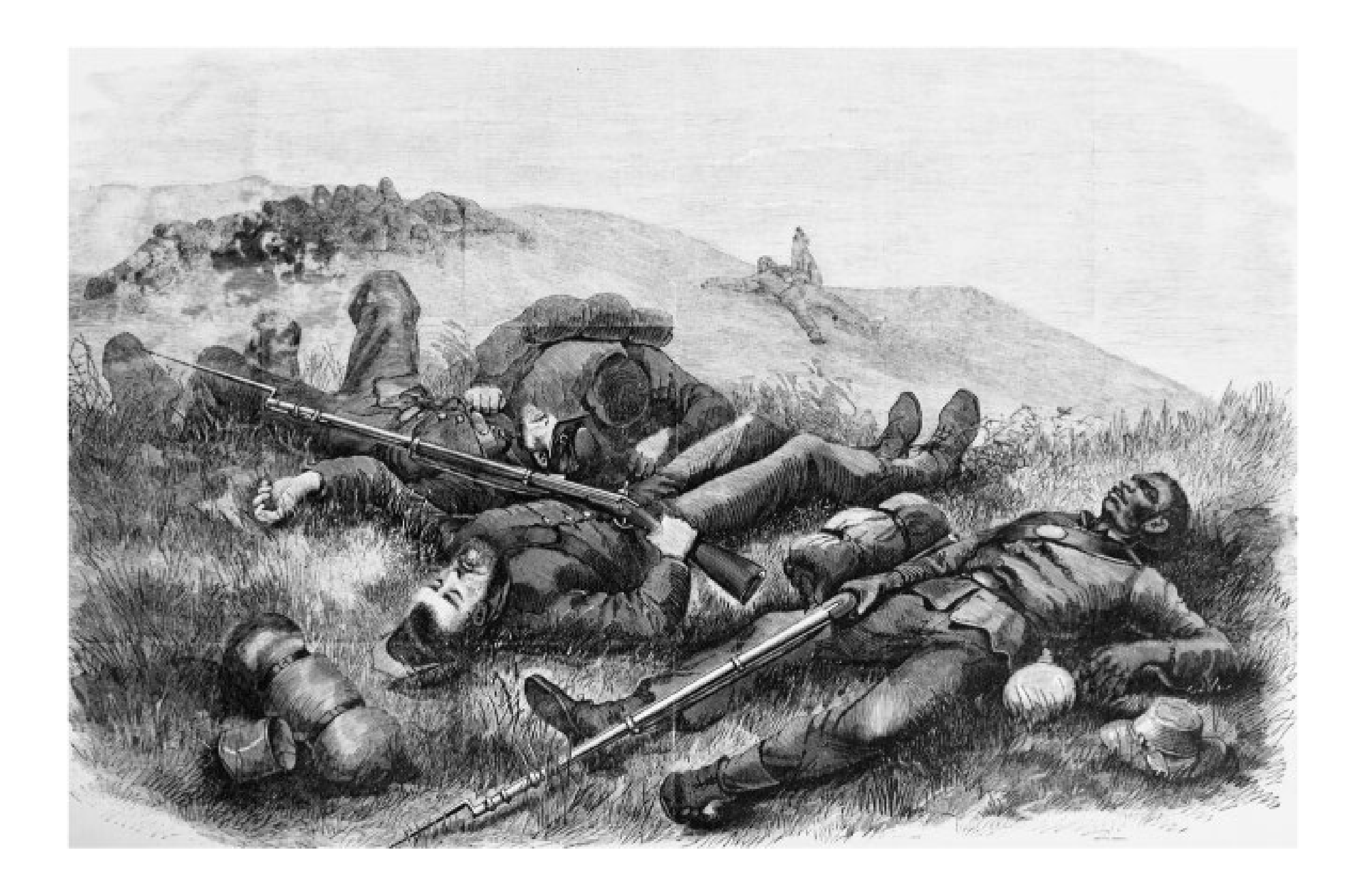
La muerte transformó a la nación estadounidense y también a centenares de miles de individuos afectados por una pérdida directa. La guerra creó una verdadera «República de sufrimiento»: tales fueron las palabras que eligió

Frederick Law Olmsted para describir a los heridos y moribundos que iban llegando a los barcos-hospital federales en la península de Virginia. El sacrificio y el estado quedaron entrelazados de forma inextricable. Los ciudadanos-soldados segados en plenitud de sus vidas originaron una serie de obligaciones de la nación, la cual definió su misión y su carácter político a partir de la contienda. Una guerra librada por la unión del país, por la ciudadanía, por la libertad y por la dignidad humana exigía que el gobierno atendiera las necesidades de los caídos en acto de servicio. El cumplimiento de estas responsabilidades recién asumidas sería un importante vehículo de la expansión del poder federal que caracterizó la transformación de la nación durante la posguerra. El establecimiento de cementerios nacionales y el surgimiento de un sistema de pensiones de guerra para cuidar tanto de los caídos como de sus deudos dieron lugar a unos programas de una escala y un alcance inimaginables antes de la contienda. La muerte creó la moderna unión estadounidense, y no solo porque garantizó la pervivencia de la nación, sino también porque modeló estructuras y compromisos nacionales duraderos.6

Los combatientes de la Guerra de Secesión mencionaban lo que llamaban con frecuencia «la obra de la muerte», esto es, el deber castrense de combatir, matar y morir. Pero también rememoran las consecuencias de la batalla: sus matanzas, su sufrimiento y su devastación. Esta acepción de la palabra «obra», significa trabajo pero también impacto y la importante conexión existente entre ambos conceptos. En la guerra, la muerte no ocurre sin más; requiere acción y agentes. En primer lugar, debe ser infringida, propósito al cual se entregaron varios millones de soldados de la década de 1860. Sin embargo, la muerte también suele requerir participación y respuesta: debe ser vivida y gestionada. También consiste en morir, en saber cómo afrontar y sobrellevar los últimos momentos de la existencia. De todos los seres vivos, solo los humanos anticipan su propio fin; en consecuencia, nos diferencia de otros animales la necesidad de elegir cómo actuar, esto es, de preocuparse sobre cómo morir. Esta necesidad de organizar la muerte es el sino particular de la humanidad.7

El trato con los difuntos también constituye un trabajo, ya sea retirarlos en el sentido literal de enterrar sus cuerpos, pero también en un sentido más figurado. Los afligidos deudos del muerto se despiden de este por medio de rituales y luto. Las familias y las comunidades deben reparar el daño sufrido

por el tejido doméstico y social, y sociedades, naciones y culturas intentan comprender y explicar una pérdida inconmensurable.



«Los verdaderos defensores de la Constitución». Grabado de un dibujo de James Walker, Harper's Weekly, 11 de noviembre de 1865.

El presente libro trata la obra de la muerte en la Guerra de Secesión. Intenta describir cómo entre 1861 y 1865 –y durante las décadas que siguieron– los estadounidenses emprendieron una labor que la historia no ha comprendido ni reconocido de forma adecuada. Los seres humanos rara vez son víctimas pasivas de la muerte. Incluso al fallecer, son actores: se preparan para ella, la imaginan, se arriesgan a sufrirla, tratan de comprenderla. Los supervivientes del difunto deben asumir nuevas identidades definidas por su pervivencia frente a la aniquilación de otros. La presencia y el temor a la muerte alteraron las nociones más básicas de los estadounidenses de la Guerra Civil

de quiénes eran, pues era inevitable que la muerte, con su amenaza de terminación y transformación, inspirase el autoexamen y la autodefinición. El presente volumen, comenzando por cómo los individuos se enfrentaban al hecho de morir y de matar, explora cómo esas experiencias transformaron la sociedad, la cultura y la política de lo que se convirtió en una extensa república de común aflicción. Algunos de los cambios que trajo la muerte eran de tipo social: las esposas se convertían en viudas, los hijos en huérfanos. Otros fueron políticos, toda vez que los soldados afroamericanos buscaban lograr ciudadanía e igualdad por medio de su predisposición tanto a matar como a morir. Otros fueron filosóficos y espirituales, pues la matanza compelió a los estadounidenses a buscar un significado y una explicación a la destrucción bélica.

Cada fallecimiento comportaba «el gran cambio» retratado por el lenguaje y el relato de la cristiandad decimonónica: el trance del paso de esta vida a lo que fuera que viniera después. Un asunto de eterna inquietud tanto para los creyentes como para los no creyentes, la existencia y naturaleza de la vida después de la muerte asumió nueva urgencia tanto para unos soldados temerosos de morir como para sus familiares, afligidos por el destino que esperaba a los difuntos. Por otra parte, incluso si los espíritus y almas fueran inmortales, todavía quedaba la cuestión acuciante de los cuerpos. A muchos estadounidenses la noción tradicional de la resurrección de la carne en el día del juicio final les resultaba cada vez más improbable tras ver la mutilación y desfiguración infligidas por la contienda. Los testigos de los hospitales de campaña comentaban, casi de forma unánime, el horror de los montones de miembros apilados junto a la mesa del cirujano, disociados de los cuerpos a los que habían pertenecido, transformados en objetos repulsivos que antes eran partes esenciales de una persona. Estos brazos y piernas parecían tan inidentificables –e irrecuperables– como las decenas de miles de desaparecidos que perdían sus nombres. La relación integral entre el cuerpo y el ser humano al que albergaba quedó tan despedazada como los heridos en combate.8

En algunos e importantes aspectos, los cadáveres eran la medida de la contienda, de sus logros y de su impacto. Y, en verdad, los restos mortales eran sumamente visibles en los Estados Unidos de la Guerra de Secesión. Los comandantes militares comparaban sus bajas con las del enemigo como prueba de sus éxitos o fracasos. Los soldados no hallaban palabras con las

que describir los cuerpos despedazados que yacían por los campos de batalla; las familias especulaban sobre el significado de las listas de heridos que publicaban los periódicos: «herida ligera en el hombro», «herida grave en la cadera», «herida mortal en el pecho». Atendían a los moribundos y enterraban sus cuerpos. Las cartas e informes del frente presentaban las heridas físicas y la muerte como algo inevitable. Por primera vez, gracias al nuevo arte de la fotografía, los civiles se enfrentaban a la realidad de la muerte en el campo de batalla. Se sentían cautivados por los retratos, de paradójica viveza, de las víctimas de Antietam que Mathew Brady exhibía en su estudio de Broadway. Como escribió el New York Times, aunque Brady «no ha traído cadáveres y los ha dejado frente a nuestras puertas y por las calles, ha hecho algo muy similar».9



«Muertos confederados en Antietam, septiembre de 1862». Fotografía de Alexander Gardner, Biblioteca del Congreso.

Este nuevo y abrumador protagonismo de los cadáveres se centraba, por encima de todo, en su destrucción y deformación, lo que, de forma inevitable, planteaba la cuestión de qué relación tenían esos restos con las personas que algún momento habían habitado en ellos. Tras la batalla, los supervivientes solían arrojar los cadáveres a fosas como si enterrasen animales –«a montones, como si fueran pollos muertos»–, observó un testigo. Era un comportamiento que deshumanizaba por igual a los vivos y a los difuntos. Existía el peligro de que la Guerra Civil hiciera desaparecer la distinción entre hombre y animal, diferencia que las doctrinas científicas decimonónicas ya habían comenzado a erosionar.10

La Guerra de Secesión enfrentó a los estadounidenses a una tarea enorme, una muy diferente a la de salvar o dividir la nación, conservar o poner fin a la esclavitud, o vencer el conflicto militar: unas cuestiones que pensamos que tuvo que afrontar la generación de la Guerra Civil. Los estadounidenses, los del Norte y los del Sur, tuvieron que afrontar –y soportar– el asalto de la contienda contra sus concepciones sobre cómo debía finalizar la existencia. Este asalto cuestionó sus ideas más básicas sobre el valor y el significado de la vida humana. Al enfrentarse a unos horrores que los llevaron a dudar de su capacidad de resistirlos, su compromiso con su causa, e incluso su fe en un Dios justo, ya que tanto soldados como civiles tuvieron que esforzarse por mantener sus creencias más preciadas y darles sentido en el mundo radicalmente alterado que la contienda había engendrado. Los estadounidenses tuvieron que definir –hallar, inventar, crear– los medios y mecanismos necesarios para gestionar más de medio millón de caídos: sus muertes, sus cadáveres, su duelo. El cumplimiento de esta tarea remodeló sus vidas individuales –y sus fallecimientos–, y también redefinió su nación y su cultura. La obra de la muerte fue la empresa más decisiva y exigente de los Estados Unidos de la era de la Guerra Civil.

NOTAS

1. [Elliott, S.], Obsequies of the Reverend Edward E. Ford, D.D. …, 1863b, 8.

2. Hacker, J. D., 1999, 1, 14. Hacker considera posible que la cifra total de muertos de la Guerra de Secesión ha sido gravemente infravalorada debido a las insuficientes estadísticas sobre el número de fallecimientos confederados a causa de las enfermedades. El conjunto de las estadísticas de bajas y mortalidad de la Guerra Civil son problemáticas, pues la insuficiencia de los archivos confederados las hacen poco fiables. Vid. el capítulo 8 del presente libro. Maris A. Vinovskis concluye que sucumbieron en la guerra cerca de un seis por ciento de los blancos norteños entre los trece y cuarenta y cinco años, mientras que pereció el dieciocho por ciento de los hombres blancos sureños de edad similar. Sin embargo, debido a los niveles de movilización militar mucho más elevados del sur blanco, las tasas de mortalidad de los soldados sudistas fueron dos, no tres veces más grandes que las de los nordistas. James McPherson cita una tasa de mortalidad del treinta y un por ciento para los soldados de la Confederación y el dieciséis por ciento para los de la Unión. Gary Gallagher considera que la tasa de mortalidad sureña de Vinovskis es demasiado baja y estima que murieron en el conflicto cerca de uno de cada cuatro hombres blancos sureños, no uno de cada cinco. He optado por citar la cifra más conservadora. Vid. Vinovskis, M. A., 1990, 3-7; James M. McPherson, comunicación personal con la autora, 27 de diciembre de 2006; Gary Gallagher, comunicación personal con la autora, 16 de diciembre de 2006.

3. McPherson, J. M., 2002, 3, 177, n. 56.

4. [Palfrey, F. W.], 1864, 5; Shryock, R., 1962, 164; Trumbull, H. C., 1898, 67. Las estadísticas vitales del periodo son muy escasas y las más detalladas solo abarcan Massachusetts. Agradezco a la historiadora demográfica Gretchen Condran de la Universidad de Temple que haya tratado conmigo estas cuestiones. Vid. U. S. Bureau of the Census, 1975, 62-63. Sobre el carácter «en particular doloroso» de la «muerte prematura de un niño adulto» en la Inglaterra de mediados del XIX, vid. Jalland, P., 1996, 39.

5. Una de las más notables presentaciones de la cosecha mortal es el título dado a la fotografía de Timothy O'Sullivan en un campo cubierto de cadáveres en Gettysburg; vid. Gardner, A., 1959, estampa 36; Stone, K., 1955, 264; C. W. Greene a John McLees, 5 de agosto de 1862, en McLees Family Papers, SCL.

6. [Olmsted, F. L.], 1863, 115.

7. Existe una inmensa y prolija literatura general sobre la muerte. Algunos de los textos clave no citados en otros pasajes de este volumen son Lynch, T., 1997; Ibid. , 2000; Gilbert, S., 2006; Monette, P., 1988; Ibid. , 1994; Mitford, J., 1963; Nuland, S. B., 1994; Bloch, M. y Parry, J. (eds.), 1982; Metcalf, P. y Huntington, R., 1991.

8. De la Sra. Carson a R. F. Taylor, 14 de septiembre de 1864, Carson Family Papers, SCL. Acerca de los conceptos cambiantes del yo, vid. Taylor, C., 1989 y Seigel, J., 2005.

9. New York Times, 20 de octubre de 1862. Vid. Frassanito, W. A., 1978; Nudelman, F., 2004, 103-131; Trachtenberg, A., 1989. Aun cuando debemos reconocer el impacto de la fotografía de la Guerra de Secesión, es importante ser consciente de la cifra tan pequeña de estadounidenses que vieron las fotografías de cadáveres, las de Brady o las de algún otro. Los diarios y publicaciones periódicas todavía no podían reproducir fotografías, pues solo podían editar grabados derivados de estas, como las numerosas ilustraciones de Harper’s Weekly incluidas en el presente libro.

10. Maude Morrow Brown Manuscript, z/0907.000/S, Mississippi Department of Archives and History, Jackson, Misisipi; sobre la ciencia decimonónica y el cambiante significado de la muerte, vid. Phillips, A., 2000.

*N. del T.: Se refiere a la guerra hispano-estadounidense de 1898.

1

MORIR

«ENTREGAR MI VIDA»

«Morir […] anula el poder de matar».

Emily Dickinson, 1862.

Nadie esperaba lo que acabó siendo la Guerra de Secesión. Los secesionistas sudistas creían que los nordistas nunca se movilizarían para impedir la división nacional o, en todo caso, solo opondrían una resistencia breve e inefectiva. El senador por Carolina del Sur James Chesnut tuvo la osadía de prometer beberse toda la sangre que se derramase a causa de la declaración de independencia de la Confederación.1 Cuando la confrontación bélica comenzó a parecer inevitable, tanto nordistas como sudistas esperaban que fuera breve. En el verano de 1861, el Norte se lanzó a la Primera batalla de Bull Run convencido de que aplastaría la rebelión con una victoria decisiva; los confederados pensaban que la Unión abandonaría la lucha después de los primeros reveses. Ninguno de ambos bandos podía imaginar la magnitud y duración del conflicto que se libró, ni el terrible tributo mortal que deberían pagar.

Estas pérdidas inesperadas y sin precedentes se debieron a varios factores. El primero, fue, simple y llanamente, la escala del conflicto. Como observó un surcarolino en 1863: «El mundo nunca había visto una guerra semejante». Entre 1861 y 1865 se incorporaron a filas alrededor de 2,1 millones de nordistas y 880 000 sudistas. El Sur alistó a tres de cada cuatro hombres

blancos en edad militar. Durante la Guerra de Independencia, el ejército nunca había sumado más de 30 000 hombres.2

Los cambios en la tecnología militar equiparon a esos ejércitos masivos con nuevas armas de mayor alcance –rifles de avancarga– y en las postrimerías de la contienda dotaron a ciertas unidades de un aumento espectacular de su potencia de fuego gracias a fusiles de retrocarga e incluso de repetición. Los ferrocarriles y la incipiente industria tanto del Norte como del Sur facilitaron el reabastecimiento y redespliegue de los ejércitos, lo cual ayudó a prolongar la guerra y su mortandad.

Sin embargo, por más terribles que fueran los horrores del combate, los soldados temían mucho más caer víctimas de las enfermedades. Morir a causa de estas, observó un soldado de Iowa, suponía «todos los males del campo de batalla pero ninguno de sus honores». En la Guerra Civil fallecieron dos veces más soldados a causa de las afecciones infecciosas que de heridas en combate. La guerra, como observó el cirujano general de la Unión, William A. Hammond, fue librada «al final de la Edad Media de la medicina». En aquella época todavía se ignoraba la teoría de los gérmenes, así como la naturaleza y la necesidad de la antisepsia. Los ejércitos de voluntarios de los primeros meses de la contienda fueron castigados por una oleada de epidemias –sarampión, paperas y viruela– que más tarde dejaron paso a los males intratables de los campamentos militares: diarrea y disentería, tifus y malaria. Durante cada año de la contienda casi tres cuartas partes de los soldados de la Unión padecieron afecciones estomacales graves; hacia 1865, la tasa de enfermos de diarrea y disentería era de 995 por cada mil. Las aguas contaminadas por las letrinas eran la causa principal de estas enfermedades, así como la del tifus. «La letrina del campamento –dice una descripción de 1862 de un vivaque estándar de la Unión–, está situada entre las tiendas y el río. Dos veces a la semana es cubierta con tierra nueva […] sin embargo, los hombres utilizan los terrenos de las inmediaciones». El uso de éter y el cloroformo en la cirugía militar mejoraron el tratamiento de las heridas, pero, dado el desconocimiento de la antisepsia, los médicos propagaban las infecciones con el instrumental y las vendas sucias. Tras la batalla de Perryville, en 1862, el agua era tan escasa que los cirujanos de la Unión que amputaban casi sin descanso no se lavaron las manos en dos días. La gangrena era tan común que la mayoría de los hospitales militares tenían pabellones o tiendas especiales para sus víctimas.3

Los soldados de la Guerra de Secesión tenían muchas oportunidades de perecer y de muy diversas maneras. La contienda que tenía que haber sido breve se prolongó durante cuatro años y afectó la existencia de casi todos los estadounidenses. Una aventura marcial emprendida en aras del heroísmo y la gloria se convirtió en una costosa pugna llena de sufrimiento y pérdidas humanas. Los hombres, al convertirse en soldados y reflexionar sobre la batalla, se enfrentaban a una posibilidad muy real de caer, por lo que tenían que estar dispuestos y preparados .para morir. En el momento de partir al combate, empleaban recursos culturales, códigos de masculinidad, patriotismo y religión a fin de prepararse para lo que les esperaba. Esta era la obra inicial de la muerte.



«Muriendo de grangrena». Acuarela de Edward Stauch. Milton Wallen, de la Compañía C del 1.º de Caballería de Kentucky, en un hospital-prisión. Museo Nacional de Salud y Medicina, Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas.

«Soldado –le recordó a su tropa en 1863 un capellán confederado–, tu misión es morir».4 Al marchar a la contienda, los hombres de los Estados Unidos guerracivilistas hablaban de gloria y conquista, de salvar o de crear una nación, de aplastar al enemigo. Sin embargo, el corazón del deber de todo soldado era la noción de sacrificio. La explicación que dio E. G. Abbott para incorporarse al ejército de la Unión está lejos de ser única: «Vine a esta guerra –escribió–, a entregar mi vida».5 Como decía la oración de un soldado confederado, «mi primer deseo no debe ser escapar a la muerte, sino que mi muerte ayude a triunfar a la causa del derecho».6 La retórica del servicio –a la nación, a Dios, a los camaradas– racionalizaba la violencia de esta contienda devastadora, al presentarla como el instrumento de mandatos imperativos, nacionalistas y cristianos: los soldados iban a morir por Dios y por la patria. «No he venido a la guerra a asesinar, ¡No! […] nuestro amado Señor lo sabe, y estará de mi lado», escribió John Weisssert de Michigan, al escribir cómo «le ponía los pelos de punta» presenciar el truculento espectáculo posterior a la batalla.7 Centrarse en morir, no en matar, permitía a los soldados mitigar su terrible responsabilidad en la matanza de otros. Los hombres se veían reflejados en los rostros de los que expiraban a su alrededor y se esforzaban por comprender la posibilidad y significado de su propia aniquilación. En la construcción del universo moral y emocional del soldado, morir asumía clara preeminencia sobre matar.

De hecho, los soldados de la Guerra Civil estaban mejor preparados para morir que para matar, pues la cultura en la que vivían les ofrecía numerosas enseñanzas sobre cómo debía finalizar una vida. Sin embargo, esas lecciones tuvieron que ser adaptadas a las drásticamente alteradas circunstancias de la contienda. El concepto de la buena muerte era un elemento central en los Estados Unidos de mediados del XIX, que había estado presente en la práctica cristiana desde hacía mucho tiempo. Morir era un arte, y la tradición del ars moriendi había proporcionado normas de conducta al moribundo y a sus testigos desde al menos finales del siglo XV: cómo rendir el alma «con alegría y de buen grado», cómo enfrentarse a las tentaciones demoniacas del descreimiento, la desesperanza, la impaciencia y el apego a las cosas terrenales; cómo emular la muerte de Cristo en el propio óbito; cómo orar. Con la propagación de la impresión de obras vernáculas proliferaron los textos sobre el arte del buen morir, que culminó en 1651 con la edición en

Londres de The Rule and Exercise of Holy Dying, de Jeremy Taylor. Su revisión del ars moriendi católico original, además de un logro literario, también fue un triunfo intelectual que consolidó este género en el seno del protestantismo.8

Hacia el siglo XIX los libros de Taylor se habían convertido en clásicos. La tradición del ars moriendi fue difundida tanto por reediciones de textos anteriores como por disquisiciones coetáneas sobre la buena muerte. Estas representaciones más modernas solían venir en nuevos contextos y géneros: en sermones que se centraban en uno o dos aspectos del tema; en tratados de la Unión de Escuelas Dominicales distribuidos entre los jóvenes de toda la nación; en libros de salud popular que combinaban los nuevos descubrimientos de la ciencia médica con los antiguos preceptos religiosos del buen morir; y, en la literatura popular, con las muertes ejemplares de la pequeña Nell de Dickens, el coronel Newcome de Thackeray, o la Eva de Harriet Beecher Stowe. Tan diversas y numerosas eran las representaciones de la buena muerte que a mediados de la centuria habían alcanzado a un amplio espectro de la población estadounidense, de tal modo que se convirtió en el tema central de las baladas, relatos y poesías de la misma Guerra de Secesión. Hacia la década de 1860 numerosos aspectos de la buena muerte habían quedado separados de sus raíces teológicas explícitas y se habían convertido en elementos de conducta y comportamiento de la clase media respetable del Norte y del Sur, más que en el producto o marca de distinción de ninguna confesión religiosa concreta. Tanto en la fe católica como en la protestante las ideas sobre la forma de morir seguían siendo un elemento central, pero estas se habían expandido más allá de la religión formal hasta formar parte de un sistema de creencias común a toda la nación sobre el sentido de la existencia y sobre cuál era la forma adecuada de finalizarla.9

Tener una buena muerte era una inquietud compartida por casi todos los estadounidenses de todas las confesiones religiosas. La aplastante mayoría de los soldados de la Guerra Civil, al igual que la generalidad de los estadounidenses de la década de 1860, eran protestantes, de modo que las ideas protestantes dominaban todos los debates sobre la muerte. Aun así, la necesidad de unidad y solidaridad bélica produjo un nivel sin precedentes de interacción y cooperación religiosa que no solo unificó los diversos cultos protestantes, sino que también incorporó en un grado notable a católicos y a

judíos. La contienda fomentó un ecumenismo protestante que dio lugar a sociedades editoriales multiconfesionales, reuniones evangélicas comunes y obras caritativas compartidas, como la Comisión Cristiana, cuyos miles de voluntarios atendían las necesidades, tanto espirituales como físicas, de los soldados de la Unión. Es más, el ecumenismo de la Guerra de Secesión iba más allá del protestantismo. Los capellanes católicos de los ejércitos unionista y confederado destacaron la cooperación entre pastores y soldados de diversas filiaciones religiosas. En Gettysburg tuvo lugar un incidente que se convirtió en leyenda: el padre William Corby dio la absolución general a una brigada de la Unión que se disponía a entrar en liza. «Tanto católicos como no católicos –escribió Corby–, mostraron un profundo respeto, deseosos, en este decisivo momento de crisis, de recibir toda la gracia divina que pudiera impartirse». El capellán agregó con generosidad que esta absolución general «iba dirigida a todos […] no solo a nuestra brigada, sino a todos, nordistas y sudistas, los que pudieran recibirla y que pronto comparecerían en presencia de su Juez».10

Incluso los soldados judíos, que constituían menos de tres décimas partes del uno por ciento de los ejércitos de la Guerra Civil, se unieron a esta religiosidad común. Michael Allen, sacerdote judío de un regimiento de Pensilvania, celebraba servicios dominicales ecuménicos para sus hombres, en los que predicaba sobre diversos temas, entre ellos la correcta preparación para morir. Pese a que hoy día asumimos la existencia de agudas diferencias entre la visión cristiana y la judía del fin de la existencia y, en particular, sobre la vida tras la muerte, a los estadounidenses de mediados del XIX este contraste les parecía mucho menos pronunciado. Los judíos de la Guerra de Secesión compartían con los cristianos una tradición, que se remontaba al menos a Maimónides, de la esperanza en «una vida mejor» como decía una carta de pésame. Rebecca Gratz de Filadelfia consoló a su nuera diciéndole que su hijo, caído en la batalla de Wilson's Creek, podría reunirse con su afligido padre «en el otro mundo». La mortandad de la Guerra de Secesión redujo las diferencias teológicas entre credos. La crisis común de la contienda dio lugar a un esfuerzo conjunto para poner la noción de la buena muerte a disposición de todos.11

Todos los estadounidenses, tanto los del Norte como los del Sur, estaban de acuerdo en la importancia trascendental de la muerte. Como advertía un tratado que la Iglesia presbiteriana había distribuido entre los soldados

confederados, la muerte «no debe ser considerada un suceso más en nuestra historia. No es como un nacimiento, una boda, un accidente doloroso, o una enfermedad persistente». Tiene una importancia «que el hombre no puede concebir». La significación de la muerte provenía de su permanencia absoluta y única. «La Muerte fija nuestro estado. Aquí [en la tierra] todo es mutable y cambiante. Más allá de la sepultura, nuestra condición es inalterable». Así pues, el momento del óbito permitía vislumbrar este futuro. «Lo que eres cuando mueres, es lo que serás cuando reaparezcas el gran día de la eternidad. Los rasgos del carácter con el que dejas el mundo estarán a la vista cuando te alces entre los muertos». Cómo moría uno, por tanto, era epítome de la existencia vivida y predecía la condición de la vida eterna. Por lo tanto, la hors mori, la hora de la muerte, debía ser presenciada, escrutada, interpretada, narrada… y, por supuesto, preparada con sumo cuidado por todo pecador que aspirase a merecer la salvación. Sin embargo, el fin repentino y anónimo del soldado caído en el fragor de la batalla, el deceso en soledad de los enfermos y heridos sin identificar, negaban tales consuelos. Los campos y los hospitales de la Guerra Civil generaron material de sobra para un texto ejemplarizante sobre cómo no morir.12

Los soldados y sus familias trataban de mitigar esta cruel realidad de diversas formas. Intentaban construir una buena muerte incluso en mitad del caos, mediante la sustitución de elementos inexistentes o compensando las expectativas no satisfechas. Sus éxitos y fracasos no solo influían en los últimos momentos de miles de soldados moribundos, sino también en las actitudes y puntos de vista de los supervivientes, que tuvieron que arrostrar el impacto de estas experiencias el resto de su existencia.

Para numerosos estadounidenses de la época de la Guerra de Secesión, quizá el aspecto más triste de la muerte fue que miles de jóvenes fallecieron lejos de su hogar. En 1864, un grupo de prisioneros de guerra confederados que rememoraba la muerte de un camarada deploraban «[…] que haya tenido que morir […] en tierra enemiga, lejos de su hogar y de sus seres queridos». La mayoría de los soldados habrían compartido el pesar de un georgiano que lamentaba que su hermano, muerto en Virginia, «siempre hubiera deseado […] morir en casa». Los usos funerarios de la era victoriana tenían lugar en escenas y espacios domésticos: los hospitales albergaban a los indigentes, no a los ciudadanos respetables. En la primera década del siglo XX, menos de un quince por ciento de los estadounidenses moría lejos de casa. Mas los

cuatro años de Guerra Civil revirtieron tales convenciones y expectativas, pues los soldados morían a miles en presencia de extraños, incluso de enemigos. Como observó en 1863 una mujer surcarolina, era «mucho más doloroso» perder «a un ser querido [que] es un forastero en tierra ajena»*.13

Los soldados de la Guerra de Secesión experimentaban un aislamiento de sus familiares poco común entre la población de blancos libres. El ejército, además, segregaba a hombres y mujeres, las cuales en el siglo XIX asumían la importante carga de atender tanto a los vivos como a los difuntos. Como observó una voluntaria de un hospital del Ejército del Potomac, «de estos cien mil hombres, no creo que más de diez mil hayan estado alguna vez sin el cuidado doméstico de una madre, una hermana o una esposa».14

En la tradición del ars moriendi, los familiares eran un elemento central, pues eran ellos los que oficiaban sus rituales básicos. Los ideales victorianos sobre la vida doméstica reforzaron aún más esta necesidad de morir en un entorno familiar. Uno debía morir en su cama, rodeado de sus seres queridos. Los parientes, por supuesto, eran los que solían mostrar más preocupación por el bienestar y las necesidades de un ser querido en trance de fallecer, pero esto, en última instancia, era una consideración secundaria. Era mucho más importante que los familiares fueran testigos de su óbito para así evaluar el estado del alma del moribundo, pues estos últimos y críticos momentos de vida serían el epítome de su condición espiritual. El moribundo, lejos de perder su esencia vital, en realidad la estaba definiendo para la eternidad. Las observaciones del lecho de muerte permitirían a la familia determinar la posibilidad de una reunión en el cielo. Una vida era un relato que no podía estar completa sin su capítulo final, sin unas últimas palabras definitorias de la existencia.15

Las últimas palabras siempre habían tenido un lugar preeminente en la tradición del ars moriendi. Hacia el siglo XVIII, los «atestados de moribundos» habían asumido –y todavía la tienen– una importancia secular explícita: un estatus especial probatorio que les excluía de las normas legales, con la salvedad del testimonio de oídas. Las personas creían que las palabras postreras del difunto eran la verdad, pues consideraban que un moribundo ya no tenía ninguna motivación terrenal para mentir, y porque aquellos que estaban a punto de reunirse con su hacedor no querían expirar dando un falso testimonio. Como remarcaban a sus congregaciones los

sermones del Norte y del Sur: «Un lecho de muerte es un detector del corazón».16

Las últimas palabras también impartían un significado al relato vital al que ponían fin y comunicaban enseñanzas de incalculable valor a los que se habían congregado en torno al lecho mortuorio. Esta función didáctica proporcionaba un medio crucial por el cual los difuntos podían continuar perviviendo en las existencias de sus supervivientes. Las postreras sentencias impartían lecciones que servían de llamamiento persistente y de vínculo entre vivos y muertos. Para numerosos estadounidenses decimonónicos, verse privados de estas enseñanzas, y por tanto de esta conexión, era algo intolerable. Sus hijos, padres, maridos y hermanos morían sin que nadie recordara o ni siquiera escuchase sus últimas palabras.

Ante las muertes en el campo de batalla, trataron, en consecuencia, de mitigar la separación de los familiares y sustituir el ritual idealizado del lecho mortuorio. Soldados, capellanes, enfermeros y doctores se confabulaban para proporcionar al moribundo y a su familia la mayor cantidad posible de elementos de la buena muerte, para hacer que, incluso en medio del caos bélico, los hombres –y sus seres queridos– pudieran creer que habían tenido un buen morir. Las heridas espirituales exigían una atención tan imperiosa como las de la carne. Las muertes en combate afectaban tanto a los que esperaban en casa como a los que estaban en campaña. La tradición del ars moriendi consideraba a los civiles copartícipes del duelo por las vidas perdidas en la contienda y conectaba a los soldados con los que estaban tras las líneas. Ambas partes cooperaban para asegurar que los soldados no fallecieran en soledad.17



Amos Humiston muere mientras sostiene un ambrotipo de sus tres hijos. «Incidente en Gettysburg», Frank Leslie’s Illustrated Newspaper, 2 de enero de 1864.

Los soldados buscaban sustitutos: gente que representase a quienes deberían haber rodeado su lecho de muerte en el hogar. Los relatos de los paisajes tras la batalla solían destacar las fotografías halladas junto a los cadáveres de los soldados. De igual modo que esta nueva tecnología podía proporcionar escenas del campo de batalla al frente interior, como ocurrió con la exhibición de Brady de los muertos de Antietam, también ocurría lo contrario con igual frecuencia. En Gettysburg se halló un soldado yanqui muerto que «aferraba con fuerza» un ambrotipo de tres niños. El empeño, en última instancia exitoso, de identificarle despertó un interés inmenso. Revistas y semanarios, poemas y canciones celebraron al padre devoto que

pereció con la vista y el corazón puestos en Franklin, de ocho años, Alice de seis y Frederick, de cuatro. Amos Humiston no fue en absoluto el único hombre que murió aferrado a una fotografía. Al verse privados de la presencia de su verdadera familia, numerosos moribundos sacaban imágenes de bolsillos o mochilas y pasaban sus últimos momentos comunicándose con las representaciones de sus seres queridos ausentes. «Pienso a menudo –escribió William Stilwell a su esposa Molly, en Georgia–, que si he de morir en el campo de batalla, bastará con que algún amigo coloque mi Biblia bajo mi cabeza y sobre mi pecho tu retrato, con tus rizos de cabellos dorados».18

En los hospitales militares, numerosas enfermeras cooperaban en la búsqueda de sustitutos de la familia, y permitían a soldados presos del delirio pensar que sus madres, esposas o hermanas se hallaban presentes. Clara Barton, en una célebre conferencia que leyó por todo el país durante los años posteriores a la contienda, narra su crisis de consciencia cuando un joven agonizante le confunde con su hermana Mary. Incapaz de dirigirse a él como «hermano», se limitó a besarle la frente, de modo que «el acto obró la falsedad que los labios se negaban a pronunciar».19

Quizá Clara Barton conocía algunas de las canciones populares de la época de la Guerra de Secesión que retrataban la situación que vivió de forma casi exacta: un soldado que expira ruega a su enfermera que «Sea mi madre hasta que muera», o incluso las estrofas de la enfermera:

Let me Kiss him for his mother,

or perchance a sister dear;

[…]

Farewell, dear stranger brother,

our réquiem, our tears.

Déjame besarle como si fuera su madre

o tal vez una querida hermana;

[…]

Adiós, hermano querido y desconocido

nuestro réquiem, nuestras lágrimas.

Esta canción fue tan popular que hubo una réplica, publicada bajo el título de «respuesta a: Déjame besarle como si fuera su madre». Esta balada, compuesta para dar voz a quienes permanecían en el hogar, expresaba gratitud a la mujer que cuidaba a los heridos y confortaba a esposas y madres, pues sus seres queridos no morían solos.

Bless the lips that kissed our darlings,

as he lay on his death-bed,

far from home and 'mid cold strangers,

blessings rest upon your head.

[…]

O my darling! O our dead one!

Though you died far, far away,

you had two kind lips to kiss you,

as upon your bier you lay.

[…]

You had one to smooth your pillow,

you had one to close your eyes.

Benditos sean los labios que besaron a nuestro amado,

postrado en su lecho de muerte,

lejos del hogar y rodeado de extraños,

derrame Dios bendiciones sobre tu frente.

[…]

¡Oh, mi amado! ¡Oh, difunto nuestro!

Pese a que has muerto muy, muy lejos,

tuviste dos labios gentiles que te besaron,

cuando en tu féretro yacías.

[…]

Tuviste quien te acomodase la almohada,

tuviste quien te cerrase los ojos.20

La canción original y su «respuesta» representaban un intercambio, una conversación a nivel nacional entre soldados y civiles, entre hombres y mujeres que se esforzaban juntos por reconstruir la buena muerte entre la vorágine de la guerra, por mantener la conexión tradicional entre moribundos y familiares requerida por el ars moriendi. La imposibilidad de presenciar los últimos momentos de un hermano, marido o hijo imposibilitaban dar una conclusión terrenal adecuada a estos importantes vínculos humanos. Un padre que encontró a su hijo pocas horas después de que muriera a causa de las heridas sufridas en Fredericksburg relató con gran

sentimiento su desencanto, además de describir su ideal de cómo debería haber finalizado la vida de este. «Si hubiera podido llegar junto a nuestro hijo, si le hubiera podido transmitir palabras de amor y ánimo mientras sostenía su querida mano, si pudiera haber recibido su último suspiro […] pero no pudo ser». Sin embargo, pese a que no había podido cumplir su deber al pie del lecho mortuorio, el padre al menos había logrado uno de sus objetivos: sabía con certeza la suerte que había corrido su vástago.21

Dado que durante la guerra ninguno de los dos bandos disponía de un sistema formalizado o efectivo de reportar bajas, se adoptó la costumbre de que los compañeros más próximos al difunto escribieran una carta a sus familiares. En esta, además de transmitir sus condolencias y comentar lo que debía hacerse con las ropas y paga atrasada del muerto, también proporcionaban la información que un familiar hubiera buscado en una escena convencional de muerte en el lecho. Estas cartas de pésame trataban de proporcionar el consuelo implícito en el ars moriendi. Recibir la noticia de que había tenido una buena muerte constituía el mejor de los consuelos, la confirmación de la promesa de la vida eterna.22

Algunos soldados tomaban medidas para asegurar que se remitiera dicha información y garantizar que se comunicase a las familias no solo el óbito sino también una descripción de este. En 1862, Williamson D. Ward, del 39.º de Indiana pactó con otros miembros de su compañía una serie de mutuas garantías. «Nos prometimos los unos a los otros», que si alguno de ellos caía muerto o herido, «nos aseguraríamos de que fueran asistidos en caso de ser heridos, o de que se informase a la familia de las circunstancias de la muerte en caso de fallecimiento». En la prisión federal de Fort Delaware, un grupo de oficiales confederados capturados formó una asociación cristiana con similares propósitos. Las minutas del grupo dejan constancia de la resolución, aprobada el 6 de enero de 1865, de que «consignamos que el deber» de la organización, era «identificar el nombre de todo of[icial] confederado muerto fallecido en esta prisión y de las circunstancias en que esta tuvo lugar, y transmitirlas a sus familiares o amigos más cercanos».23

Incluso sin acuerdos formales, los soldados cumplían este deber. Después de Gettysburg, W. J. O’Daniel informó a Sarah Torrence de la muerte de su marido Leonidas. Le explicó que los dos «habían marchado al combate codo con codo» y que se habían hecho la mutua promesa de que «si uno caía

herido, el otro haría todo cuanto pudiera por él». Esta misiva era el cumplimiento de esa promesa. William Fields escribió a Amanda Fitzpatrick para decirle que su marido había pasado con él sus últimas horas en un hospital de Richmond durante los días finales de la guerra: «Dado que es muy probable que no haya recibido noticias de la muerte de su marido, y dado que yo he sido testigo de su muerte, considero que es mi obligación escribirle, aun cuando yo sea un completo extraño para Ud.». Ese mismo sentido del deber impulsó a I. G. Patten, de Alabama, a responder «Aufaul knuse»** a una carta de la esposa de I. B. Cadenhead que había llegado al campamento casi dos semanas después de que este hubiera perecido en el campo de batalla. En 1863, un soldado confederado se atormentaba por no haberse detenido, una vez finalizado un combate, a escuchar las últimas palabras de un soldado enemigo y transmitirlas a su familia. Al reflexionar sobre ello, el joven rebelde consideró esta falta mucho más atroz que no proporcionar agua a un sediento.24

El género de la carta de pésame, notablemente similar tanto en el Norte como en el Sur, surgió de la amalgama de los preceptos del ars moriendi con las «condiciones y necesidades peculiares» de la Guerra de Secesión. Estas epístolas trataban de proporcionar a los familiares ausentes testimonio visual de los últimos momentos que no habían podido ver en persona. Buscaban conectar el hogar con el frente de batalla, restañando así las fisuras que la guerra infligía en la urdimbre de la buena muerte. En los campamentos, las enfermeras y los doctores asumían muchas veces esta responsabilidad y remitían a los deudos del difunto descripciones detalladas no solo de sus enfermedades y heridas sino también de sus momentos finales y de sus últimas palabras. Cierto personal hospitalario llegó incluso a ejercer el papel de maestros del arte del buen morir: recababan las últimas voluntades y enseñaban a tener una buena muerte. En 1862, un médico urgió a Jerry Luther, que yacía herido, a que enviase un último mensaje a su madre. Otro soldado al que un doctor le preguntó cuáles eran las últimas palabras que deberían remitirse a su casa, respondió pidiéndole al doctor que fuera él quien las escribiera. «No sabría qué decir. Usted debe saber qué es lo que debo decir. Bien, envíeles el mensaje que a usted le gustaría remitir si se estuviera muriendo». Es evidente que el soldado moribundo consideraba al doctor un experto por igual en el ars moriendi y en medicina, un ritual que el profesional médico debía conocer mucho mejor que él. La guerra, además de fomentar el cumplimiento de la tradición del ars moriendi, también favoreció

su diseminación. Los capellanes, tanto del Norte como del Sur, consideraban la instrucción en el arte de la buena muerte su obligación más importante hacia los soldados bajo su cuidado espiritual. Era lo que el páter católico William Corby describió como «el triste consuelo de ayudarles […] a morir bien».25

En ocasiones, los soldados trataban de eliminar intermediarios y narrar su óbito de forma directa. Muchos portaban cartas que debían ser remitidas a sus seres queridos si los mataban. El sargento John Brock, del 43.º de Infantería de color, describió a hombres que se despedían unos de otros durante la espera para entrar en batalla cerca de Petersburg. «Un cabo del estado de Maine –reportó–, me entregó una carta, junto con su dinero y su reloj. "Escribe a mi esposa –dijo–, en caso de que algo me ocurriera".».26

Algunos hombres lograban escribir a casa desde su lecho de muerte, con lo que sus epístolas reemplazaban al lecho doméstico que la guerra les había negado. Estas misivas son muy conmovedoras: vemos plasmadas sobre el papel unas últimas palabras de hace más de un siglo. Comunican a través de los años transcurridos y nos proporcionan a nosotros, lectores del siglo XXI una impresionante representación de la inmortalidad. Jeremiah Gage de Misisipi escribió a su madre después de Gettysburg: «Esta será la última vez que tengas noticias mías. Me queda tiempo para decirte que he muerto como un hombre».27

Manchas de sangre cubren la carta que envió James Robert Montgomery desde el campo de batalla de Spotsylvania a la casa de su padre en Camden, Misisipi. Montgomery, de veintiséis años, era soldado raso del cuerpo de transmisiones del Ejército confederado. El soldado Montgomery refirió que un fragmento de metralla había «causado destrozos horribles» en su hombro derecho. «La muerte –escribió–, es inevitable». Mas, si el papel manchado hace casi tangible su herida, sus reflexiones sobre la muerte acentúan los años de distancia que le separan de nuestra época. «Esta es la última carta que te envío –explica–. Te escribo porque sé que te complacerá tener noticias de tu hijo moribundo». La palabra que escogió, «complacerá» –un término que para nuestra visión contemporánea resulta notoriamente inapropiado– remarca la gran importancia que se daba a las últimas palabras de los agonizantes. A pesar de que su padre iba a recibir la terrible noticia de la muerte de su hijo, Montgomery esperaba que se sintiera complacido de

conocer los últimos pensamientos de su hijo. Incluso estando in extremis, Montgomery aplicó el formato genérico de la carta mortuoria de la Guerra Civil. En plena campaña del Wilderness, es posible que Montgomery ya tuviera mucha práctica en la escritura de estas cartas a otras familias. Ahora, podía aplicar esta práctica a la redacción de su propia misiva mortuoria.28

El soldado murió cuatro días más tarde. Su camarada Ethelbert Fairfax escribió a la familia de James para confirmar su fallecimiento y describir sus últimos momentos: «Nunca antes he sido testigo de semejante exhibición de templanza y de resignación cristiana. En esta triste aflicción para ustedes el mayor de los consuelos es saber que murió en paz con Dios y resignado a su destino […] se mantuvo consciente hasta el final […] su tumba está señalada». Señalada pero nunca hallada. La familia de Montgomery jamás pudo cumplir su deseo de restituir sus restos a su hogar en Misisipi.29

Las cartas que describen los últimos momentos sobre la tierra de los soldados son tan similares que se diría que los autores tenían en mente una lista de tareas. Los autores de estas misivas tenían una idea tan exacta de los elementos de la buena muerte que podían prever la información que los deudos del difunto habrían tratado de obtener de haber estado presentes en la hora del fallecimiento: el difunto era consciente de su destino, había mostrado su disposición a aceptarlo, había dado signos de creer en Dios y en su propia salvación y había dejado instrucciones y exhortaciones para aquellos que deberían haber estado a su lado. Cada uno de estos datos era una especie de resumen abreviado que transmitían al lector una serie de ideas implícitas sobre el estado espiritual del moribundo, las cuales expresaban conceptos comunes a la mayoría de los estadounidenses sobre la vida y sobre la muerte.30

Las epístolas de pésame, de forma invariable, mencionan que el difunto era consciente de su destino. Por supuesto, era deseable que el moribundo estuviera consciente y en condiciones de enfrentarse a su inminente desaparición. Solo el ser consciente de la inevitabilidad de su óbito podría revelar el estado de su alma en sus últimas palabras. Uno de los más grandes horrores de la Guerra de Secesión era que negara a tantos soldados esta oportunidad al matarlos de forma repentina, pues los deshacía sobre el campo de batalla y les privaba de la experiencia crucial del lecho mortuorio. Los autores de cartas de condolencias comunicaban con franqueza estas

muertes insatisfactorias y explicaban a sus seres queridos que no eran los únicos que se veían privados de las últimas palabras del difunto.

La muerte repentina era una grave amenaza contra los conceptos más básicos de la forma correcta de morir. La frecuencia de los fallecimientos repentinos en la Guerra de Secesión era uno de los aspectos que más les diferenciaban de la «muerte ordinaria» del periodo de preguerra. Dos soldados que comían con toda tranquilidad en una tienda en Carolina del Sur cayeron fulminados de forma repentina e inopinada por un proyectil lanzado desde la cercana isla de Sullivan. Samuel A. Valentine, del legendario 54.º de Massachusetts, escribió que, pese a haber visto perecer a tantos camaradas, este incidente le perturbó en particular, pues declaró que «no hubo nunca nada en mi vida que me pesara más». El carácter repentino, la falta de preparación, hacía de estas muertes «una visión horrenda».31

La preparación era tan importante a la hora de determinar si una muerte había sido buena que los soldados solían tratar de convencerse a sí mismos y a los demás de que algo que parecía repentino había sido en realidad bien preparado. Cuando se trataba de soldados que habían sido incapaces de hablar tras haber sido heridos en el campo de batalla, los escritores de cartas con frecuencia enviaban misivas tranquilizadoras a sus familiares, en las que expresaban su fe y su esperanza en la salvación durante los días o semanas anteriores a su fatal encuentro. En octubre de 1864, John L. Mason cayó muerto frente a Richmond. Un camarada escribió a su madre para explicarle que John, «murió casi al instante, sin pronunciar o emitir palabra alguna después de caer abatido». No obstante, aseguraba la misiva, había «mucho de que consolarse» en su óbito, pues, aun cuando Mason no pudo expresarlo, existían pruebas de que estaba «preparado y dispuesto para reunirse con su salvador». El verano anterior les había dicho a sus camaradas que «sentía que sus pecados habían sido perdonados y que estaba presto y resignado a aceptar la voluntad del Señor y, al decir esto, se mostraba tan gozoso que a duras penas podía contener su júbilo».32

Un sermón en honor de un caído neoyorquino nos muestra la base teológica de esta paradoja acerca de la preparación inopinada. El reverendo Alexander Twombly recordó a su congregación que, a ojos de Dios, no existe la muerte repentina, pues la duración de una vida humana es exactamente la que Dios determina. «El momento en que Dios toma cada hogar cristiano, es la época

de la siega para el transcurrir terrenal de esa alma». Dichas palabras servían a un tiempo de consuelo y de exhortación: si Dios ya está dispuesto, será mejor que nosotros también lo estemos. Como advertía en 1863 el obituario de un soldado de Míchigan: «Pecador, no procrastines. Que su repentina muerte te sirva de advertencia».33

Un fallecimiento esperado nunca podía ser repentino. Por tanto, las premoniciones de los soldados tenían un importante papel en su preparación para morir. Numerosas cartas que anunciaban la muerte de un camarada comentaban las premoniciones del difunto de que un combate particular iba a ser funesto. De este modo, estos hombres se daban tiempo a sí mismos para los preparativos de crucial importancia espiritual, los cuales solo podían hacerse al enfrentarse cara a cara con su inevitable fin. El conocimiento cierto –incluso de la muerte– parecía preferible a una incertidumbre constante, pues recuperaba tanto una sensación de control como los preparativos imprescindibles del ars moriendi. En la víspera de su última batalla, Willie Bacon, muerto en Virginia en 1862, comunicó a sus camaradas su convicción de que iba a perecer. «Extraño y misterioso –subrayó el predicador que leyó su sermón funerario–, es el hecho de que Dios permita tan a menudo que nos cubra la sombra de la muerte, para que así podamos prepararnos para su llegada». L. L. Jones previó que moriría en los combates de Misuri del verano de 1861, por lo que, antes de entrar en combate, remitió a su esposa sus palabras póstumas. «Es mi deseo que tengas mis últimas palabras y pensamientos –escribió–. Recuérdame como el que siempre mostró su peor aspecto y quien quizá era mejor de lo que parecía. Espero sobrevivir y volver a reunirme contigo […] pero es posible que no sea así, por lo que ya habré hablado con vistas a un desenlace fatal». Jones cayó en su primera batalla. En los comienzos de la contienda, W. D. Rutherford de Carolina del Sur señaló a su prometida que «a veces uno aspira de forma involuntaria que ocurra lo peor» para así no caer desprevenido. Rutherford se enfrentó a tres años más de incertidumbre y de «aspiración» hasta la fecha de su muerte, ocurrida en Virginia en octubre de 1864.34

Los soldados heridos o enfermos que sabían que no les quedaba mucho tiempo afirmaban sentirse preparados, que aceptaban abiertamente su destino. J. C. Cartwright escribió una triste carta en la que informaba al señor y la señora L. B. Lovelace de Georgia que su hijo había perecido en

Tennessee en abril de 1862. Pero, les reconfortó: «estuvo consciente todo el tiempo y expresó su disposición a morir». T. Fitzhugh escribió a la señora Diggs para informarla de la muerte de su amado esposo en junio de 1863. Vivió «brevemente» después de ser abatido por los yanquis. Sin embargo, «estaba en su juicio en el momento de su fallecimiento» y «perfectamente resignado». Una enfermera de un hospital militar de Virginia informó a la madre de un paciente fallecido de que había estado «consciente de su muerte […] y no estaba asustado, sino dispuesto a morir», por lo que –según la enfermera–, es motivo para creer que ahora está mejor» que en este desventurado mundo.35

Los testigos declaraban con entusiasmo las profesiones de fe y convicciones cristianas de los soldados, pues estas eran quizá las pruebas más convincentes de su futura salvación. Como explicó T. J. Hodnett de su hermano John, fallecido a causa de la viruela: «Oh, cómo podría soportarlo de no haber sido por la evidencia clara de que ha partido a un mundo mejor». Hodnett estaba profundamente agradecido de que John «solo parecía estar […] feliz» pues pasó sus últimos momentos cantando a un cielo «sin tribulaciones ni problemas ni dolor ni muerte». El capitán A. K. Simonton de Carolina del Norte e Isaac Tucker de Nueva Jersey combatieron en bandos opuestos, pero los dos murieron con la frase «¡Dios mío! ¡Dios mío!» en los labios. Tucker no era «un devoto decidido y profeso de Jesús» pero su asistencia regular a la iglesia, su calma ante la muerte y su invocación in extremis de la divinidad permitían albergar fervorosas esperanzas de un futuro de vida eterna. El presentimiento de Simonton de su final, la atención dedicada en las semanas previas a su fin a «ordenar sus asuntos de ambos mundos», indicaban que él también estaba preparado para reunirse con su hacedor, cosa que sin duda hizo con sus últimas palabras.36



«Carta al hogar», por Eastman Johnson (1867). Carbón y grafito. Instituto de Artes de Mineápolis.

Cuando los soldados expiraban sin testigos y sin nadie que les atendiera, los que informaban de sus muertes solían leer sus cuerpos en busca de señales que revelasen sus últimos momentos para hacer que su silencio hablase de algún modo. Su aspecto físico comunicaba lo que no habían tenido oportunidad de expresar de palabra. Numerosos observadores creían, como dijo un corresponsal de guerra, que «la última expresión vital del semblante» era «estereotipada por el golpe de la muerte» y preservada para el escrutinio y análisis posterior. Un testigo del cadáver de Maxcy Gregg escribió a las hermanas del general que «la calma serena de su semblante indican que

partió en paz con Dios». Un soldado confederado escribió en 1863 palabras similares de consuelo sobre la muerte de un primo: «Su ceño mostraba perfecta quietud. Ninguna arruga desfiguraba su feliz rostro, lo cual significa que tuvo una muerte fácil, sin pecados de este mundo que atormenten su alma durante su pasaje a reinos distantes y mucho más felices». Era evidente que un rostro así no podía ser el de alguien que se dirigía al infierno. Un soldado de Míchigan, no obstante, halló pruebas de ello en el aspecto de ciertos «rebeldes» fallecidos hacía muchas horas. «Incluso en la muerte –escribió–, sus rasgos muestran su gran desesperación y el trance que atraviesa su conciencia. Nuestros muertos tienen un aspecto mucho más placido». Los testigos referían de inmediato cualquier evidencia de muerte indolora, no solo para reconfortar a sus seres queridos sobre el sufrimiento que el soldado hubiera tenido que soportar, sino también por un motivo mucho más importante: un óbito fácil sugiere paz, resignación y un tránsito rápido a los cielos, el destino al que sus afligidos deudos esperaban que se encaminase.37

La serena aceptación de la voluntad de Dios, incluso cuando esta traía la muerte, era una señal importante de la condición espiritual de una persona. Mas, aunque la resignación era necesaria para la salvación, no era suficiente. Las cartas de pésame detallaban las pruebas de conducta ímproba que los familiares ausentes no habían podido presenciar en persona. En el verano de 1862, Henry Bobo, soldado raso de Misisipi, murió a causa de las heridas recibidas cerca de Richmond. Su primo escribió desde el ejército en campaña para asegurar a los padres de Henry que su hijo tenía más posibilidades de llegar al cielo de lo que pudieran creer. Había habido, relató, «un gran cambio» en el «modo de vida» de Henry durante los meses previos a su fallecimiento. Si bien nunca había sido un cristiano devoto, había dejado de jurar y había comenzado a vivir de forma cristiana. El sargento de I. B. Cadenhead trató de reconfortar en términos similares a la esposa del primero, caído en las afueras de Atlanta en el verano de 1864. «He tenido con él varias conversaciones sobre el tema de la muerte y me dijo que si de una cosa se arrepentía es de no haberse unido a la iglesia antes de partir de casa». En el otoño de 1862, Asahel Nash murió. Sus padres escribieron a sus sobrinos, que habían servido en el 1.º de Ohio con su hijo, para que les proporcionasen información tanto de su vida como de su óbito. «Queremos que nos escribáis todo lo que podáis sobre Asahel […] ¿cómo

era su moralidad?». Sus padres temían que el ejército «era un mal lugar para corregir malos hábitos».38

Quizá Walter Perry había sucumbido a las tentaciones de la vida del campamento, pues su hermano Frank informó de que el soldado había mostrado gran inquietud sobre su conducta pasada mientras yacía moribundo después de la batalla de Antietam. Frank escribió a su familia de Georgia que Walter dijo en un principio «que esperaba estar dispuesto para reunirse con su Dios en un mundo mejor» pero que sabía que «había sido un muchacho muy, muy, muy malo». Frank se apresuró a asegurar al moribundo que Cristo había venido a salvar a pecadores como él. Y aunque Walter no mencionó por su nombre a nadie de su familia durante sus últimas horas, Frank remarcó que se dirigió a todos de forma implícita, pues repetía «Dios con, Dios con todos vosotros». Frank Perry, para tratar de encajar la vida y palabras de su hermano en el modelo de la buena muerte, consoló a su familia informándoles de que Walter había expresado su esperanza de «encontrarme con todos vosotros en el cielo». Sin embargo, en este caso, había una notable falta de certidumbres.39

En 1864, Frank Batchelor escribió a su esposa para informarle de la muerte de su hermano George. En su carta, Frank se esforzó mucho por transformar al difunto en un candidato factible para la salvación. Admitió que George «no pertenecía al cuerpo visible de la iglesia de Cristo» pero citó su «caridad», su «firme creencia en la Biblia» y su rechazo de los pecados de «envidia, odio y maldad» para que su esposa pudiera tener esperanzas en el destino de su hermano. Batchelor se declaró «satisfecho» de que George fuera un «hombre de oración» que, sin duda, había «hallado al Salvador» antes de perecer. «Siendo así», concluye alegre Batchelor, su esposa podía confortarse con la certeza de que encontraría de nuevo a su hermano «en los verdes prados del Edén».40

De igual modo que los deudos del difunto buscaban pruebas concluyentes de salvación, también ansiaban recibir los últimos mensajes de sus parientes moribundos. Los relatos con mensajes de despedida a los seres queridos están presentes en casi todas las cartas de condolencia. Finalizada la Primera batalla de Bull Run, Sanford Branch escribió a su madre en Georgia para decirle que las últimas palabras de su hermano John habían sido «sobre ti». El soldado raso Alfred G. Gardner de Rhode Island, tras caer abatido en

Gettysburg, pidió a su sargento que le dijera a su mujer que fallecía feliz. T. J. Spurr de Massachusetts expiró mientras susurraba la palabra «madre»; Wiley Dorman «llamó a su madre con la última palabra que emitió». Los padres solían exhortar a los hijos a acabar sus estudios, ayudar a sus madres y rezar sus oraciones. Con estas palabras, los soldados moribundos evocaban en su lecho mortuorio los nombres y los espíritus de los seres queridos ausentes y dejaban a sus supervivientes voluntades e instrucciones que les sobrevivirían. Para los que estaban en casa, las noticias de los mensajes finales reforzaban la conexión con sus familiares difuntos. Ni la familia ni el soldado estaban solos por completo, pues la invocación de los seres queridos ausentes en el lecho de muerte superaba en cierto modo dicha separación. Los dos frentes, el de batalla y el del interior, trabajaban juntos para afrontar la realidad sin precedentes de la mortandad de la Guerra de Secesión.41

Los esfuerzos de los soldados por proporcionar consuelo a los supervivientes alteraron las tradiciones del ars moriendi. Los nuevos tipos de muerte requerían nuevas formas y significados de consuelo. Las cartas de condolencia de la Guerra Civil, además de aportar pruebas de los hechos cristianos del finado para mostrar que podía alcanzar la salvación, también incluían detalles de su conducta militar, su patriotismo y su virilidad. «Dile a mi madre –dijo un soldado–, que me he enfrentado al enemigo en el combate por una causa grande y gloriosa». En una carta a la viuda de un camarada caído el día precedente, T. Fitzhugh dio toda la información habitual: su marido había aceptado la muerte con resignación, estaba consciente de su destino y enviaba su amor a su esposa e hijos. Pero también añadió que el soldado «había hallado gloriosa muerte en defensa de su país».42

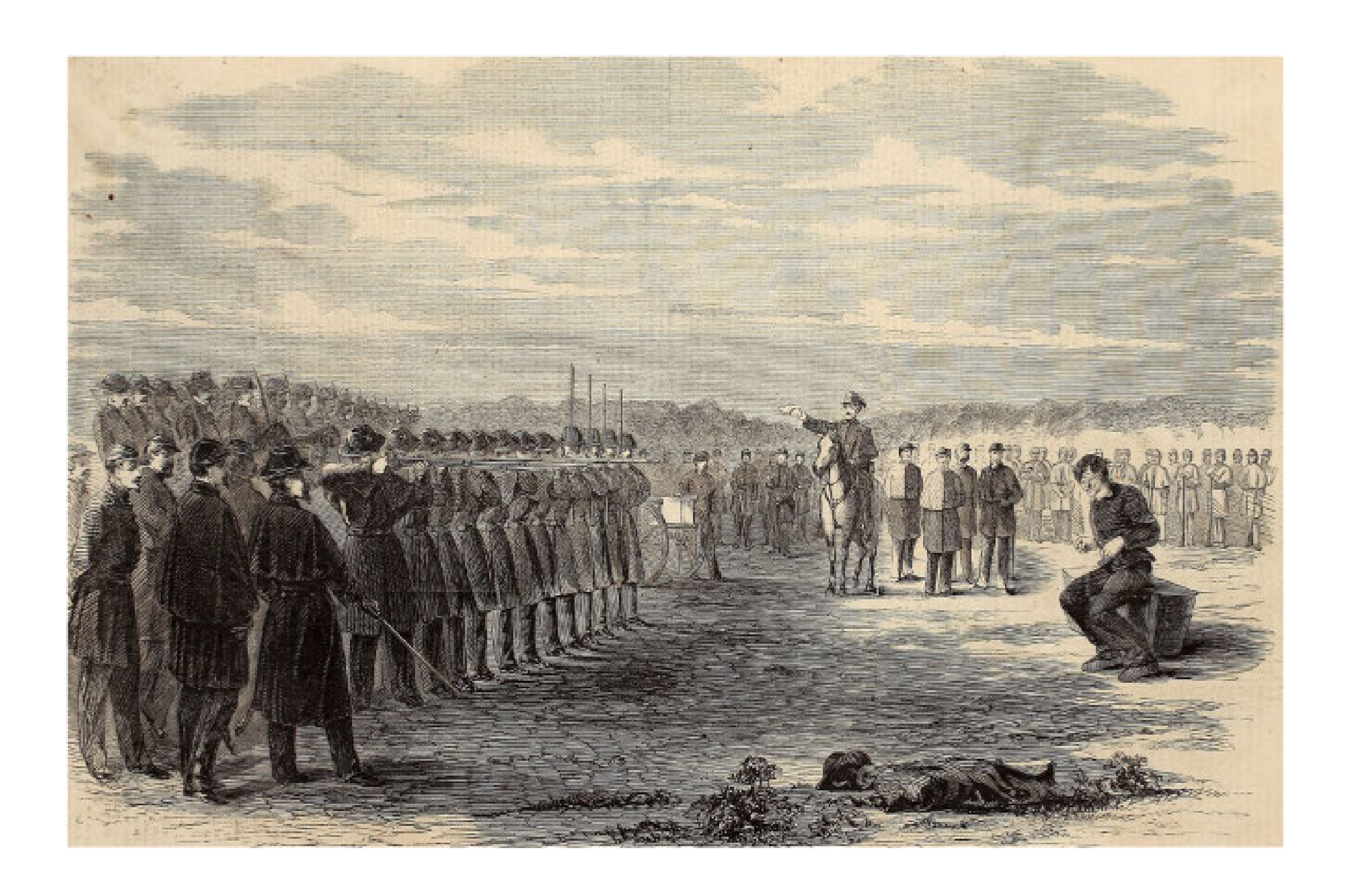
La imagen del soldado cristiano incluía el deber patriótico dentro del compromiso religioso. Sin embargo, en ciertos casos, patriotismo y coraje sirvieron para sustituir el testimonio de profunda fe. Después de la batalla de Ball’s Bluff, Oliver Wendell Holmes júnior quedó herido de gravedad, y se preguntaba si su escepticismo religioso le estaría enviando «de camino al infierno», aun cuando consideraba que un «arrepentimiento en el lecho de muerte» no sería más que «una cobarde concesión al miedo». Con deliberada vulgaridad, declaró: «Que me maldigan si sé a dónde voy». De todos modos, urgió a su médico a que, si fallecía, escribiera a su familia para decirles que había cumplido con su deber: «Me preocupaba mucho que lo supieran».43

Irónicamente, la angustiada admisión de Holmes de su incapacidad de adaptarse a las conductas y creencias generales no hacía sino confirmar el poder del relato cristiano. Algunos no creyentes esperaban que el patriotismo pudiera sustituir a la convicción religiosa para ganarse la vida eterna. Un moribundo confederado le preguntó a un amigo: «Johnnie, si un muchacho muere por su país la gloria es suya para siempre, ¿no es así?». Sin duda, el punto de vista de David Cornwell, del 8.º de Illinois, le hubiera reconfortado. «No puedo imaginar –reflexionó–, que el alma de un soldado que ha muerto en defensa de su país sea remitida a un infierno ortodoxo, sea cual sea su parecer sobre el plan de salvación».44

Las ideas de Cornwell, compartidas por muchos otros en ambos ejércitos, eran para numerosos miembros del clero protestante una desviación teológica no autorizada, originada por necesidades terrenales, no por verdades trascendentales. Como advirtió en 1864 el Army and Navy Messenger [El mensajero del Ejército y la Armada] publicado en Virginia por una organización ecuménica, la Sociedad de la Senda Evangélica, el patriotismo no era piedad. «No es la sangre del hombre, sino "la sangre de Jesucristo su Hijo la que nos limpia de todo pecado"***».45

A pesar de los esfuerzos del clero, el límite entre servir a Dios y servir a la patria se hizo borroso, de modo que perecer valerosa y virilmente pasó a ser una parte importante del buen morir. Para algunos soldados esto reemplazó casi por completo a la obligación de llevar una vida bienaventurada, que era la forma tradicional de prepararse para la buena muerte. Las cartas remitidas a Wade Hampton para consolarle por la muerte de su hijo Preston en el otoño de 1864 remarcaban esta yuxtaposición de deber y sacrificio marcial y cristiano. William Preston Johnston urgió a Hampton a recordar que el heroísmo de su hijo «fue coronado por el martirio» lo cual debería «compensarle por los años que podría haber vivido». La carta de James Connor a Hampton estructura en una jerarquía de consuelo los imperativos de la cristiandad, del valor castrense y de la masculinidad. «Vuestro mayor solaz provendrá, mi querido general –escribió–, de fuentes más elevadas que las meramente terrenales […] pero hallaréis cierto alivio de vuestro dolor si pensáis que Preston murió como había vivido, en la senda del deber y del honor. A pesar de su juventud, se portó en la guerra como un hombre».46

Si bien los principios cristianos seguían predominando, durante la Guerra de Secesión las consideraciones sobre el valor y el honor pasaron a ofrecer «cierto alivio del dolor», con lo que llegaron a desempeñar un papel muy importante en las concepciones de una vida y una muerte santas. La carta remitida desde Carolina del Norte en 1863 para informar a William K. Rash de que «vuestro hijo R. A. Rash ya no está entre nosotros» sorprende por lo mucho que se aparta del modelo convencional. No hace mención alguna a Dios o a la religión, pues se limita a referir las devastaciones del «lúgubre monstruo de la Muerte». Aún más significativa es la única compensación disponible a falta de lo sacro: «Mas queda el consuelo de que murió en pleno cumplimiento de su deber, en defensa de su hogar y de su patria». El patriotismo y la piedad convergían en un nuevo concepto, que era a un tiempo una nueva concepción religiosa de la nación y una nueva visión mundana de la fe.47



Una mala muerte. «Ejecución del desertor William Johnson», Harper's Weekly, 28 de diciembre de 1861.

Algunos ni siquiera disponían del consuelo de una muerte valerosa y viril en acto de servicio. Los oficiales al mando, capellanes, enfermeras y amigos hacían todo cuanto podían por presentar toda muerte como buena, por ofrecer motivos de esperanza a los deudos del difunto. Como explicó un cronista de posguerra, las Hermanas de la Caridad católicas que atendían a David Brant, de dieciocho años, «remitieron a su padre un relato lo menos doloroso posible del óbito de su pobre hijo». Los que asistieron al agonizante no se limitaron a esperar que tuviera un buen morir, sino que le animaron, exigieron coraje y serenidad al moribundo e incluso, como relataban, a menudo, las enfermeras y capellanes católicos, obtuvieron su consentimiento para un bautismo in extremis. Estos testigos afrontaban y mitigaban como podían el horror de las masacres que presenciaban a diario.48

Sin embargo, en ocasiones era casi imposible obtener lo que un capellán confederado denominó «esperanza sólida y consuelo». Hugh McLees, misionero en los regimientos surcarolinos, observó que «el lecho mortuorio de un pecador impenitente e imperdonable es un lugar espantoso, pero he debido permanecer junto a muchos de ellos». A permanecer, no a describir, pues no había motivo para comunicar tan dolorosas noticias a sus allegados. Por otra parte, el relato de una mala muerte podía servir de ejemplo «edificante». Los relatos de muertes dolorosas y terroríficas constituían poderosas advertencias. El padre Louis-Hippolyte Gache, capellán confederado, opinaba que los francmasones mostraban particular propensión a morir mal, pues se obstinaban hasta el fin en rechazar la fe. Gache describió a un hombre que le maldijo a él y a la Iglesia en su «agonía final» lo cual dejaba a su familia sumida en una «doble aflicción: lloraban su muerte física, pero también sentían, con pesar aún mayor, su muerte espiritual».49

Quizá la versión más difundida de la mala muerte son los relatos sobre ejecuciones de soldados que no solo están presentes en diarios y publicaciones religiosas sino también en casi todos los dietarios de soldados y recopilaciones epistolares que han sobrevivido hasta nuestros días. La pena capital, el castigo por desertar o por crímenes como el asesinato o la violación, fue más frecuente en la Guerra de Secesión que en ningún otro

conflicto estadounidense, anterior o posterior. Eran escenificados de forma ritual frente a la tropa formada con la intención de causar una impresión profunda y disciplinar a los soldados. El Charleston Mercury describe a soldados embargados «por una emoción incontrolable» cuando su división formó tres lados de un cuadrado para presenciar la ejecución de diez desertores. Los soldados sentados en sus féretros mientras esperaban al pelotón de fusilamiento o que se tambaleaban por los escalones del cadalso servían de advertencia inolvidable a aquellos que aspiraban a una buena muerte, no a perecer en la vergüenza y la ignominia. Una ejecución obligaba a los presentes a enfrentarse a su fin y a considerar el camino recto hacia la hora final de la existencia. En el caso de la ejecución de desertores, la ceremonia escenificaba el marcado contraste entre la buena muerte en combate y el deshonroso fin infligido a aquellos que intentaban escapar a los terrores de la batalla.50

Las ejecuciones no solo servían como ejemplo negativo. En muchos casos, los condenados daban testimonio de esperanza, pues los capellanes se esforzaban por salvar a estos infortunados de la «segunda muerte» y por emplearlos para transmitir un persuasivo y aleccionador mensaje. Serena resignación, manifestaciones de arrepentimiento en el último momento, escenificación de elementos de la buena muerte incluso al pie del patíbulo, a veces unas palabras del reo para urgir a sus compañeros a guardarse de sufrir «su prematuro fin»; todo esto transmitía mensajes indelebles sobre el buen vivir y el buen morir que los testigos se tomaban muy en serio. Estas muertes, remarcó el capellán católico William Corby, «eran más duras para el sistema nervioso que las que pueden verse en mitad de la batalla, donde el estruendo, el valor y el entusiasmo ayudan a uno a sobrellevar la ocasión». Como señaló un soldado confederado en una carta a su esposa, ver morir a un hombre de esa manera era «terrible», pues provocaba por igual horror y temor reverencial. Casi todos los soldados podrían haber suscrito las siguientes palabras, escritas en 1863 por el testigo de una ejecución: «No creo que pueda olvidar nunca la escena».51

Las ejecuciones castrenses transmitían un poderoso mensaje sobre la necesidad de estar preparado para perecer. El condenado, al cambiar su destino en la eternidad con una conversión o arrepentimiento de último minuto, reforzaba la importancia de la preparación para la buena muerte. La predisposición espiritual era, por descontado, la esencia del buen morir, pero

a veces los hombres demostraban su predisposición de formas más terrenales. Numerosas versiones populares del ars moriendi enfatizaban la importancia de poner orden en los asuntos mundanos. Un hombre que reservaba una sepultura durante un permiso en casa se planteaba de forma clara su mortalidad y solucionaba las preocupaciones terrenales para que así su óbito pudiera dar un fin satisfactorio al relato de su existencia.

Numerosos soldados reconocían su precariedad mediante la redacción de últimas voluntades. «Consciente de la incertidumbre de la vida y de la muerte», el soldado raso Edward Bates de Virginia dejó instrucciones para el reparto de los veinticinco dólares de su propiedad. David Coe del condado de Clarke, Virginia, redactó un testamento en el mismo momento en que se alistó, en la oficina postal de Berryville, en junio de 1861. Tras solicitar pluma, papel y tinta, reclutó al personal de correos para que fueran sus testigos. «A punto de partir hacia esta guerra de la Confederación sureña, dejo todo cuanto poseo […] a mi esposa». Thomas Montfort de Georgia consideraba «triste y melancólico» ver a los hombres antes de la batalla «prepararse para lo peor, repartiendo sus propiedades en sus últimas voluntades» al tiempo que el cirujano afilaba su instrumental, los soldados preparaban hilas para hacer vendas y los hombres esparcían arena por los emplazamientos de artillería, «no por salud o limpieza, sino para que se embeba de sangre humana». Mientras su unidad esperaba el ataque unionista contra Fort Pulaski, en Savannah, Montfort pasó el tiempo «testimoniando últimas voluntades» de sus camaradas.52

Si bien los que dejaban voluntades solían ser los más acaudalados, hubo numerosos soldados de menor poder adquisitivo que también detallaban la distribución de sus bienes, quizá en un intento de ejercer cierto control sobre un futuro en el que ya no intervendrían. Los asistentes de los hospitales militares acostumbraban a solicitar declaraciones orales a los soldados agonizantes para saber qué hacer con sus efectos personales. Las últimas voluntades de John Edwards, redactadas en abril de 1862 como «testamento nuncupativo» por el señor Hill en el hospital del 53.º de Virginia, solicitaban que se enviasen los cuarenta dólares de su propiedad a su hermana, pues sabía que «estaba a punto de fallecer».53

A menudo, las posesiones personales de los soldados asumían el carácter de memento mori, reliquias que retenían y representaban algo del espíritu de los

fallecidos. Burns Newman del 7.º de Voluntarios de Wisconsin, asumió el «penoso deber» de informar al padre de Michael Shortell de la muerte de su hijo, caído la tarde anterior en las inmediaciones de Petersburg. «Adjunto –continuó–, le remito algunos objetos de recuerdo que tomé yo mismo de su persona. Creo que le gustará atesorarlos». Una biblia, un reloj, un diario, un mechón de cabello, incluso la bala que había abatido a un hijo o un hermano podían ayudar a llenar el vacío dejado por la desaparición de la persona amada y podía hacer más tangible una pérdida solo conocida mediante las abstracciones del lenguaje.54

Las cartas de condolencias que informaban de los detalles del fallecimiento de los soldados servían, en un sentido más figurativo, de memento mori para unos familiares que trataban de aceptar la pérdida de un ser querido. Los supervivientes reescribían estos relatos de buen morir y empleaban la carta de pésame como borrador improvisado de una serie de obras impresas que buscaban poner orden y significado en el caos y la destrucción de la contienda. En muchas ocasiones, estos obituarios replicaban la estructura y contenido de las cartas de pésame, a menudo citándolas directamente, para describir los últimos instantes y palabras y valorar las posibilidades de salvación del difunto. William James Dixon del 6.º Regimiento de Voluntarios de Carolina del Sur, según informó su obituario, no era un creyente cuando se incorporó a filas, si bien siempre había observado «un estricto carácter moral». Sobrevivir a una serie de batallas le había convencido de «la piedad de Dios», de tal modo que, antes de morir en Chancellorsville, había tomado la resolución «de llevar una nueva vida». Sus seres queridos podían, como les aseguró el Daily South Carolinian, llorarle, «pero no como a alguien para quien no hay esperanza», pues podían tener la certeza «de que su falta es su ganancia eterna».55

Los estadounidenses de la Guerra Civil se esforzaban por construir buenas muertes para ellos y para sus camaradas en unas condiciones en las que morir –y vivir– eran una cosa terrible. A medida que la contienda proseguía inexorable y su tributo de muerte aumentaba sin cesar, los soldados de ambos bandos referían cuán difícil les resultaba creer que toda esta mortandad tuviera un sentido y que sus sacrificios significasen algo. El relato del ars moriendi continuó ejerciendo su poder, pues los soldados

escribían a casa sobre las muertes de sus camaradas unas cartas que rebatían y reformulaban la carnicería bélica.

Los hombres no se limitaban a mentir a los allegados de los difuntos para aliviar su dolor, táctica que el historiador Jay Winter también atribuye a las cartas, deliberadamente engañosas, remitidas desde el frente occidental de la Primera Guerra Mundial. Roland Bowen, del 15.º de Massachusetts, respondió como sigue a la petición de un amigo de que le diera «todos los detalles» sobre la muerte de un camarada caído en Antietam. «Me temo que no te servirá de nada y que después de que narre los hechos te sentirás aún más mortificado de lo que ya estás. Pero, dado que insistes, no debo ocultarte ni una palabra, para bien o para mal».56

Aunque los autores de cartas de pésame de la Guerra de Secesión hacían todo lo posible por presentar bajo una luz favorable las muertes que describían, no resulta menos impresionante su esfuerzo por ser honestos, su escrupulosidad a la hora de relatar si la fe de un soldado fallecido había sido infundida por las dudas, o cuando su conducta no había sido piadosa. Los soldados de la Guerra Civil parecían estar desesperados por querer creer el relato que narraban y las convicciones religiosas que subyacen tras este. Es posible que sus misivas sirvieran para superar el abismo de experiencia y horror que separaban la batalla del frente interior, como una reafirmación casi ritual de los conceptos domésticos de la muerte que habían sido sometidos a una profunda alteración por las circunstancias bélicas, como una forma simbólica de salir de la masacre sin sentido y regresar a las convicciones confortadoras de mediados del XIX sobre el sentido y propósito de la existencia. Es muy posible, además, que estos relatos de buen morir sirvieran de nexo de unión entre el nuevo mundo de la batalla y el viejo mundo del hogar.57

A ojos del lector moderno, parece como si los hombres se esforzasen demasiado por presentar pruebas de que un camarada había tenido un deceso fácil o que estaba predispuesto para la salvación. Pero esta aparente pugna nos proporciona el que quizá sea el testimonio más elocuente de lo muy importante que era para ellos tratar de mantener las ideas tranquilizadoras sobre la muerte y su significado con las que habían marchado al combate. Frente a la profunda perturbación y al caos que la Guerra de Secesión trajo a su sociedad y a sus vidas individuales, los estadounidenses, tanto del Norte

como del Sur, se aferraron con tenacidad a unas creencias firmemente arraigadas que les permitirían dar sentido a una masacre casi intolerable. Su cultura cristiana y victoriana les proporcionó recursos con los que restañar estas profundas heridas espirituales. Las ideas y creencias contribuían a aliviar, a superar incluso la devastación física de la batalla. Con todo, la muerte continuaba siendo, como debía ser, ininteligible, un «enigma», como escribió Herman Melville, «que solo los muertos / han resuelto».58

Los relatos del buen morir no podían anular la matanza impuesta por la contienda, ni tampoco podían borrar las cruentas e inolvidables escenas de aniquilación que impulsaban a los soldados a cuestionarse la humanidad de los que eran sacrificados como animales y la de quienes infligían semejante devastación.

NOTAS

1. Chesnut citado en Pike, J. S., 1874, 74-75.

2. Carta a Mattie J. McGaw, 5 de mayo de 1863, McGaw Family Papers, SCL. Para calcular el tamaño del ejército revolucionario y su mortalidad, vid. Lesser, C. H., 1976, 84-86; Peckham, H. H., 1974. Acerca de las dimensiones de los ejércitos de la Guerra de Secesión, vid. McPherson, J. M., 1988, 306n.

3. Abernethy, A., 1920, 411; Hammond, W. A., disponible on-line en [www.civilwarhome.com/civilwarmedicine.htm]; Worthington Adams, G., 1952, 222, 242, 125. Sobre la diarrea y la disentería en el ejército confederado, vid. Cunningham, H., 1958, 185; Steiner, P. E., 1968, 14. La cita de la letrina del campamento proviene del informe de la U. S. Sanitary Commission, 1862, 6. Vid. también Woodward, J. J., 1863; Denney, R. E., 1994; Schildt, J. W., 1987; Freemon, F. R., 1998; Robertson Jr., J. I., 1988, 145-169. Vid. también Herschbach, L., 1997.

4. The Sentinel , n.º 319, s. n., 1861, 1.

5. E. G. Abbott a Madre, 8 de febrero de 1862, Abbott Family, Civil War Letters, MS Am 800.26(5), Harvard University, Cambridge, Mass.

6. Kirwan, A. D. (ed.), 1956, 93.

7. John Weissert a su queridísima esposa e hijos, 17 de octubre de 1862, Box 1, Correspondence Sept.-Oct. 1862, John Weissert Papers, BHL.

8. Taylor, J., 1651; Id. , 1650; O'Connor, sor M. C., 1942, 11, 208. Vid. también Beier, L. M., 1989; Houlbrooke, R., 1998; Id. , 1996, 122-144; Cross, M. C., 1985, 80-107; Wunderli, R. y Broce, G., 1989, 259-275; Cressy, D., 1997.

9. Comper, F. (ed.), 1917; Lee Beaty, N., 1970; Taylor, J., 1651. Durante la primera mitad del siglo XIX aparecieron en Londres no menos de ocho ediciones de esta obra de Taylor; se imprimieron ediciones en Boston en 1864 y 1865; en Filadelfia en 1835, 1859, 1869; y, en Nueva York en 1864. Sobre los conceptos del ars moriendi presentes en libros de consejos y conducta, vid. Spufford, M., 1981, 200-208. Para un ejemplo de sermón, vid. Wells, E. M. P., 1852. Acerca de la salud popular, vid. las muchas ediciones estadounidenses de la obra de Willison, J., 1830 (reimpr. 1851). La novela por entregas La tienda de antig ü edades de Dickens era tan popular que los neoyorquinos hicieron cola en el muelle portuario cuando llegó el capítulo que revelaba la suerte de la pequeña Nell. La novela de Harriet Beecher Stowe, La cabaña del tío Tom , fue el libro estadounidense más vendido de todo el siglo XIX. Dickens, C., 1841; Thackeray, W. M., 1844-1845; Beecher Stowe, H., 1851. Vid. también la representación de la muerte de la Clarissa, or, the History of a Young Lady, de Samuel Richardson (publicada por primera vez en Londres, en 1748).

10. Corby, W., 1894, 184. En Notre Dame y en el campo de Gettysburg hay memoriales que recuerdan este momento. Se estima que los católicos constituían alrededor del 7 % de los Ejércitos de la Unión, y que formaban un porcentaje mucho menor de soldados confederados. Vid. Miller, R. M., 1998, 261.

11. Korn, B., 1951, 59; Sola Pool, D. de, 1949, 177-182; L. J. Lederman, carta a los padres de David Zehden respecto a su muerte, citado en Young,

M., 1991, 149; Gratz, R., 1929, 426-427. Vid. From This World to the Next… , 1999, y Riemer, J. (ed.), 1995, 309-353. Sobre el ecumenismo, vid. Korn, B., op. cit. , 59; Armstrong, W. B., 1998, 53-54; Berends, K. O. , 1998, 134, 157; McAvoy, T. (ed.), 1933, 164 y McElroy, T. (ed.), 1933, 223; Gache, L.- H., 1991, 176-177, 118-119; Trainer Smith, S. (ed.), 1897, vol. 8, 404. Sobre los límites de dicho ecumenismo, vid. Gache, L.- H., op. cit. , 190-191.

12. Once to die , Presbyterian Committee of Publication, 186-, 3; vid. también Guthke, K. S., 1992, 36.

13. Confederate States Christian Association for the Relief of Prisoners (Fort Delaware) [Asociación Cristiana de los estados confederados de ayuda a los prisioneros], Minutas, 31 de marzo de 1865, Francis Atherton Boyle Books, 1555, SHC; James Gray a su hermana, 12 de junio de 1864, en Lane, M. (ed.), 1990, 300. Vid. también William Stilwell a Molly, 18 de septiembre de 1862, en Lane, M. (ed.), op. cit. , 185; carta a Mollie J. McGaw, 5 de mayo de 1863, McGaw Family Papers, SCL; Desmond Pulaski Hopkins Papers, 17 de julio de 1862, CAH. Estadísticas sobre las localizaciones de las muertes de Wells, R. V., 2000, 195.

14. [Olmsted, F. L.], 1863, 80. Por descontado, una cuestión muy diferente era la ruptura de los vínculos familiares de los afroamericanos a causa del tráfico de esclavos a los estados del sudoeste, tanto por su violencia impuesta como por su carácter permanente. Vid. Tadman, M., 1989.

15. Jalland, P., 1996, 2. El prolongado duelo de la reina de Inglaterra tras el fallecimiento de Alberto en 1861 reforzó la condición de elemento definitorio de la muerte en la vida familiar y cultural angloestadounidense.

16. The Dying Officer , 186-, 6; Hiram Mattison citado en Sappol, M., 2002, 31. Vid. las afirmaciones sobre el significado de las últimas palabras en la misiva de Susie C. Appell a la señora E. H. Ogden, 20 de octubre de 1862, Sarah Perot Ogden Collection, GLC 6556.01.106, Gilder Lehrman Collection, The Gilder Lehrman Institute of American History, NYHS. Los textos citados, cortesía del Instituto Gilder Lehrman, no pueden reproducirse sin permiso por escrito. Vid. el comentario sobre el significado de las últimas palabras en Frank Leslie's Illustrated Weekly, 7 de diciembre de 1861, 44.

17. Coco, G. A., 1992; Id. , 1990; Armstrong, W. B., op. cit. , 1998.

18. «Reminiscence of Gettysburg», Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 2 de enero de 1864, 235. Respecto a las fotografías, vid. Stotelmyer, S. R., 1992, 6; Godey's Lady's Book, marzo de 1864, 311; Dunkelman, M. H., 1999; William Stilwell a Molly, 18 de septiembre de 1862, en Lane, M. (ed.), op. cit. , 186.

19. Clara Barton, Notas de Conferencias [1866], Clara Barton Papers, LC.

20. Elmer Ruan Coates es el autor de Be My Mother Till I Die , recogida en Auner, A. W., s. f., Wolf 115; «Bless the Lips…»; O'Connor, J. A. C., s. f., Wolf 115. Vid. también Cooper, G., s. f., Wolf 1468. Todas estas partituras se encuentran en la American Song Sheet Collection, LCP.

21. Bacon, W. J., 1863, 50.

22. Sobre las cartas de pésame, vid. Barton, M., 1979, 123-134 y 1981, 57-62. Vid. también Decker, W. M., 1998; Gurlin Altman, J., 1982. Respecto a las guías de la época para la redacción de epístolas, vid. The American Letter-Writer and Mirror of Polite Behavior… , 1851, y A New Letter-Writer… , 1860. Una confirmación del carácter ritual de la carta de pésame en la cultura popular de la Guerra de Secesión en The Daily South Carolinian, 26 de febrero de 1864; vid. también 22 de junio de 1864 y la balada de E. Bowers, Write a Letter to My Mother! , en LCP.

23. Diario de Williamson D. Ward, citado en Frank, J. A. y Reaves, G. A., 1989, 98; Minutas, julio 1864-junio de 1865, Confederate States Christian Association for the Relief of Prisoners (Fort Delaware), Francis Atherton Boyle Books, 1555, SHC.

24. W. J. O'Daniel a la señora [Sarah A.] Torrence, citado en Monroe, H. (ed.), 1959, 515; William Fields a la señora Fitzpatrick, 8 de junio de 1865, Maria Clopton Papers, Medical and Hospital Collection, ESBL; I. G. Patten a la señora Cadenhead, 5 de agosto de 1864, en Cadenhead, I. B., 1956, 569; Handerson, H. E., 1962, 62.

25. William Fields a la señora Fitzpatrick, 8 de junio de 1865, Maria Clopton Papers, Medical and Hospital Collection, ESBL; Clara Barton, Diario

manuscrito, 1863, Clara Barton Papers, LC. Vid. también Brown Pryor, E., 1987, 94, 148; «Los hospitales de nuestro ejército», recortes de periódico sin identificar y sin fecha, Álbumes de recortes de la Guerra Civil de Louis C. Madeira, vol. A, 111-126, LCP. Para ver un ejemplo de una enfermera que sugiere a un soldado que deje un mensaje para su esposa, vid. Davidson, W. H. (ed.), 1961, 115. Sobre el importante rol del personal hospitalario en la buena muerte, vid. Laderman, G., 1996, 131; Linderman, G., 1987, 29; Corby, W., op. cit. , 93. Vid. también Jestin Hampton a Thomas B. Hampton, 25 de enero de 1863, Thomas B. Hampton Papers, CAH; S. G. Sneed a Susan Piper, 17 de septiembre de 1864, Benjamin Piper Papers, CAH.

26. Christian Recorder, 12 de noviembre de 1864.

27. Rollins, R. (ed.), 1994, 96.

28. James R. Montgomery a A. R. Montgomery, 10 de mayo de 1864, CSA Collection, ESBL; Coski, J. M., 2006, 14.

29. Ibid.

30. Compárese esta «lista de tareas» con los «mensajes telegráficos» con los que, según Jay Winter, los oficiales británicos de la Primera Guerra Mundial informaban de la muerte de un soldado a sus familiares: sus camaradas le querían, era un buen soldado, tuvo una muerte indolora. Es una fórmula de carácter notablemente secular que contrasta con el uso de las tradiciones del ars moriendi de la Guerra de Secesión. Vid. Winter, J. M., 1995, 35. Para ver un ejemplo de carta de condolencia escrita casi en forma de «lista de tareas» (incluso con guiones y párrafos separados), vid. Barrett, J. G. y Turner Jr., R. K., 1961, 67-68. Para encontrar un ejemplo católico, vid. Cooney, P. P., 1933, 153-154. Muchas de estas «listas» se debían a que los testimonios situados junto al lecho mortuorio trataban de hacer que el moribundo se resistiera a las típicas tentaciones del demonio: abandonar la fe, entregarse a la desesperación o a la impaciencia, dar muestras de orgullo o complacencia espiritual, preocuparse demasiado por los asuntos terrenales. Vid. Comper, F., op. cit. , 9-21. Para una breve explicación sobre las cartas de pésame, vid. Mitchell, R., 1993, 84-86.

31. Redkey, E. S. (ed.), 1992, 67. Para los soldados judíos, la preparación también era una dimensión importante de la buena muerte. Nótese el énfasis de la familia de Albert Moses Luria en este aspecto, como evidencia su epitafio: «Marchó en campaña preparado para reunirse con su Dios». Vid. Young, M. (ed.), 1995, 147. Sobre la muerte súbita, vid. también W. D. Rutherford a Sallie F. Rutherford, 23 de junio de 1864, W. D. Rutherford Papers, SCL; Houlbrooke, R., 1998, 208.

32. Carta a la señora Mason, 3 de octubre de 1864, 24.º Regimiento de Infantería de Virginia, CSA Collection, ESBL.

33. Twombly, A., 1863, 10; Mack Cooper, D., 1863.

34. Bacon, W. J. , 1863, 57. Sobre los presentimientos, vid. también Abernethy, A., op. cit. , 408. Para un ejemplo judío, vid. la noticia de la muerte de Gustave Poznanski en el Charleston Daily Courier, 18 de junio de 1862. Acerca de los presentimientos y, más en general, sobre las muertes de los soldados, vid. McPherson, J. M., 1997, 63-70. Vid. también Mitchell, R., 1988, 63-64; L. L. Jones a Harriet Beach Jones, Herbert S. Hadley Papers, MOHS; W. D. Rutherford a Sallie Fair, 26 de julio de 1861, W. D. Rutherford Papers, SCL. Vid. también E. S. Nash a Hattie Jones, 19 de agosto de 1861, Herbert S. Hadley Papers, MOHS; Wells, R. V., op. cit., 162-163.

35. J. C. Curtwright al Sr. y Sra. Lovelace, 24 de abril de 1862, en Lane, M. (ed.), op. cit. , 116. T. Fitzhugh a la señora Diggs, 23 de junio de 1863, archivo del capitán William W. Goss, 19.º de Infantería de Virginia, CSA Collection, ESBL; Sallie Winfree a la señora Bobo, 9 de octubre de 1862, Henry Bobo Papers, CSA Collection, ESBL.

36. T. J. Hodnett citado en Davidson, W. H. (ed.), op. cit. , 80, 76-77; Pharr, W. W., 1862, 11; Richardson Craven, E., 1862, 5-6.

37. Rogers, J. B., 1863, 182; Everson, G. R. y Simpson Jr., E. W., 1994, 287; J. Monroe Anderson a las hermanas del Gen. Gregg, 9 de enero de 1863, Maxcy Gregg Papers, SCL; John Weissert a su queridísima esposa e hijos, 17 de octubre de 1862, John Weissert Papers, Box 1, Correspondence Sept.-Oct. 1862, BHL. Para encontrar un ejemplo católico de la interpretación del

cuerpo en busca de indicios del estado del alma, vid. la carta de la hermana Catherine al padre Patrick O'Reilly, 5 de diciembre de 1862, Patrick Reilly Papers, PAHRC, donde se describe el fallecimiento de la hermana Bonaventure «con dulce paz y alegría» y se informa de que «su semblante evidenciaba la paz y la quietud de su alma».

38. L. S. Bobo a su querido tío, 7 de julio de 1862, 14 de agosto de 1862, Bobo Papers, CSA Collection, ESBL; Cadenhead, I. B., op. cit. , 568; E. y E. Nash a sus respetables sobrinos en campaña, 11 de noviembre de 1862, Alpheus S. Bloomfield Papers, LC.

39. Frank Perry a J. Buchannon, 21 de septiembre de 1862, en Lane, M. (ed.), op. cit. , 189.

40. Frank Batchelor a su querida esposa, en Batchelor-Turner Letters: 1861-1864… , 1961, 80.

41. Sanford Branch a su madre, 26 de julio de 1861, en Lane, M. (ed.), op. cit. , 36; Coco, G. A., op. cit., 91; Hill, A., 1862; Davidson, W. H. (ed.), op. cit. El capellán Corby observó que casi todos los hombres llamaban a sus madres en el momento de morir. Esta cuestión fue recogida por las canciones populares de la Guerra de Secesión. Vid. por ejemplo, The Dying Soldier to His Mother de Thomas MacKellar y Tell Mother, I Die Happy de C. A. Vosburgh. Para obtener un ejemplo sudista, vid. Mother Would Comfort Me! de Charles C. Sawyer. Hubo tal cantidad de baladas que relataban mensajes a la madre desde el campo de batalla que comenzaron a surgir parodias y respuestas satíricas. Vid. Mother on the Brain [Con mi madre en el cerebro] de John C. Cross, y Mother Would Wallop Me [Mi madre me dará una zurra] también de Cross. Todas estas canciones, salvo el ejemplo sudista, se encuentran en la American Song Sheet Collection, LCP. Vid. capítulo 6.

42. Bennett, W. W., 1877, 243-244. T. Fitzhugh a la señora Diggs, 23 de junio de 1863, archivo del capitán William W. Goss, 19.º de Infantería de Virginia, CSA Collection, ESBL. Para una misiva escrita en términos casi idénticos, vid. E. W. Rowe a J. W. Goss, 16 de diciembre de 1863, CSA Collection, ESBL.

43. Holmes Jr., O. W., 1969, 27; Holmes, Civil War Diary, Harvard Law School Library, Harvard University.

44. Kirwan, A. D. (ed.), op. cit. , 37; David Cornwell, citado en Hess, E. J., 1997, 143.

45. Army and Navy Messenger [Mensajero del Ejército y la Armada], 1 de abril de 1864, citado en Berends, K. O. , op. cit. , 154. Vid. también Newhall, F. H., 1861; Adams, W., 1863; Fransioli, J., 1863. Este último trabajo es católico. Nótese la reprobación de la hermana Matilda Coskey hacia el padre que se niegue a permitir que su hijo herido sea bautizado, bajo el argumento de que «ha servido a su país, librado sus batallas, y eso es suficiente […] no tiene nada que temer por su alma». De la hermana Matilda Coskey al padre Patrick Reilly, 18 de octubre de 1864, Patrick Reilly Papers, PAHRC.

46. William Preston Johnston a Wade Hampton, 3 de noviembre de 1864; James Connor a Wade Hampton, 6 de noviembre de 1864, Wade Hampton Papers, ESBL; N. A. Foster a William K. Rash, 52.º [Regimiento] de Carolina del Norte, CSA Collection, ESBL. Para otro comentario sobre la bravura, vid. Pace, E. D. (ed.), 1929, 299.

47. Barton, G., 1897, 181.

48. Linderman habla de esta coacción en su obra de 1987, en la página 30 ; Trainer Smith, S. (ed.), 1897, 433-434; Berends, K. O. , op. cit. , 137.

49. Hugh McLees a John, 20 de diciembre de 1863, John McLees Papers, SCL; Berends, K. O. , op. cit. , 139, n. 21; Gache, L.- H., op. cit. , 164. Respecto a la mala muerte, vid. también Houlbrooke, R., op. cit. , 207.

50. Laderman, G., op. cit., 99; Alotta, R. I., 1989; Charleston Mercury, 18 de septiembre de 1863; Adams, J. R., 1890, 123; cartas de Guilburton, 4 de septiembre de 1863, y de Henry Robinson a su esposa, ambas en Lane, M. (ed.), op. cit. , 263-264, 107.

51. Corby, W., op. cit. , 248; Diario de Frances Milton Kennedy, M-3008, entrada correspondiente al 26 de septiembre de 1863, SHC. Ejemplos de

relatos de ejecuciones, vid. Cooney, P. P., op. cit. , 57. Sobre el mal morir, v id. Acton, E., 1965, 28.

52. Kenzer, R., 2002, 120; Clarke County Will Book E, 1860-1867, 129-130, Clarke County Courthouse, Berryville, Virginia; Lane, M. (ed.), op. cit. , 108. Vid. N. Crosby, Planes financieros en caso de fallecimiento, GLC 03046. N. Crosby a su hijo, 23 de abril de 1862, Gilder Lehrman Collection, The Gilder Lehrman Institute of American History, NYHS.

53. John Edwards, testamento oral del 3 de abril de 1862, dictado a Hill en el hospital del 52.º Regimiento de Infantería de Virginia sito en Suffolk, VHS. Agradezco a Frances Pollard que me mostrara este documento.

54. Burns Newman al señor Shortell, 24 de mayo de 1864, Michael Shortell Papers, WHS. Vid. también Disposición de los efectos personales de los soldados de Wisconsin fallecidos, 1863, Documentos del gobernador de Wisconsin, WHS.

55. Daily South Carolinian, 29 de mayo de 1864. Para otros ejemplos, vid. los obituarios de W. W. Watts, 23 de agosto de 1864; H. L. Garlington, 13 de agosto de 1864; Milton Cox, 9 de agosto de 1862; Joseph Friedenberg, 15 de septiembre de 1862, todos ellos en Daily South Carolinian ; George Nichols en Richmond Daily Whig, 24 de diciembre de 1862; Walter Matthews en Richmond Daily Dispatch, 25 de diciembre de 1862; Isaac Valentine en Charleston Daily Courier, 18 de junio de 1862; Thomas B. Hampton [marzo de 1865] en Thomas B. Hampton Papers, CAH.

56. Roland C. Bowen a su amigo Ainsworth, 28 de septiembre de 1862, en Coco, G. A. (ed.), 1994, 124.

57. Washington Davis, citado en Linderman, G., op. cit. , 241. Sobre la insensibilidad, vid. Faust, D. G., 1995, 21.

58. Melville, H., 1866, 103.

«Muriendo de grangrena». Acuarela de Edward Stauch. Milton Wallen, de la Compañía C del 1.º de Caballería de Kentucky, en un hospital-prisión. Museo Nacional de Salud y Medicina, Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas.

Amos Humiston muere mientras sostiene un ambrotipo de sus tres hijos. «Incidente en Gettysburg», Frank Leslie’s Illustrated Newspaper, 2 de enero de 1864.

«Carta al hogar», por Eastman Johnson (1867). Carbón y grafito. Instituto de Artes de Mineápolis.

Una mala muerte. «Ejecución del desertor William Johnson», Harper’s Weekly, 28 de diciembre de 1861.

---

*N. del T.: Se trata de una referencia bíblica procedente de Éxodo 2, 22 (tomada de la Biblia Reina-Valera, 1602, que será la referencia empleada en toda la obra).

** N. del T.: «Quería decir: Awful news , esto es, «terribles noticias», ya que el soldado apenas sabía escribir.

*** N. del T.: Cita tomada del evangelio de San Juan: Jn 1, 7.

2

MATAR

«LA MAYOR VALENTÍA»

«Me apongo a que un hombre mate a otro,

[pero] […] debo combatir».

Theophilus Perry

Tolstói escribió en cierta ocasión que lo que le fascinaba de la guerra era «su realidad», no las estrategias de los generales o las maniobras de las tropas, sino «la matanza real». Se sentía «más interesado –explicó– por saber de qué forma y bajo la influencia de qué sentimientos un soldado mata a otro, que por conocer la disposición de los ejércitos en Austerlitz o en Borodinó».1 Matar es el instrumento y propósito fundamental de la batalla. Y, en la Guerra de Secesión, como observó Orestes Brownson en 1862, matar, no morir, era lo que exigía «la mayor valentía» pues requería que los soldados se apartasen del concepto que tenían de lo que debía ser un ser humano y, por el hecho de ser estadounidenses decimonónicos, de lo que suponía ser cristiano.

La mayoría de los combatientes de la Guerra Civil eran muy parecidos entre sí. Eran, en un sentido metafórico, cuando no literal, hermanos, por repetir el tópico manido de la contienda*. Cuando las diferencias raciales erosionaban esta identidad común, matar resultaba más fácil; esto es lo que ocurrió en los numerosos casos de atrocidades contra soldados negros, como la infame matanza de Fort Pillow en 1864. En este aspecto, los soldados de la Guerra

de Secesión no eran en absoluto diferentes a los combatientes de otros conflictos. Los estudios sobre los guerreros de la antigüedad, los ejércitos napoleónicos, las dos guerras mundiales y las Malvinas confirman la sentencia del teniente coronel retirado Dave Grossman, del Ejército de los Estados Unidos, especialista en psicología militar y antiguo miembro de la facultad de West Point: «el hombre carece de naturaleza asesina». De hecho, a veces incluso se resiste a disparar su arma.2

De igual modo que los seres humanos mueren de forma diferente en función de la época y el lugar, también matan de forma diferente. La reticencia humana a cometer asesinato se expresa de un modo peculiar en cada momento histórico y cultural concreto. Matar en la Guerra Civil, como la muerte en general, requiere esfuerzos intelectuales y psicológicos para superar las trabas religiosas y emocionales, además de adaptarse a la forma en que las tecnologías, tácticas y logística de esta contienda particular conforman la experiencia del combate.

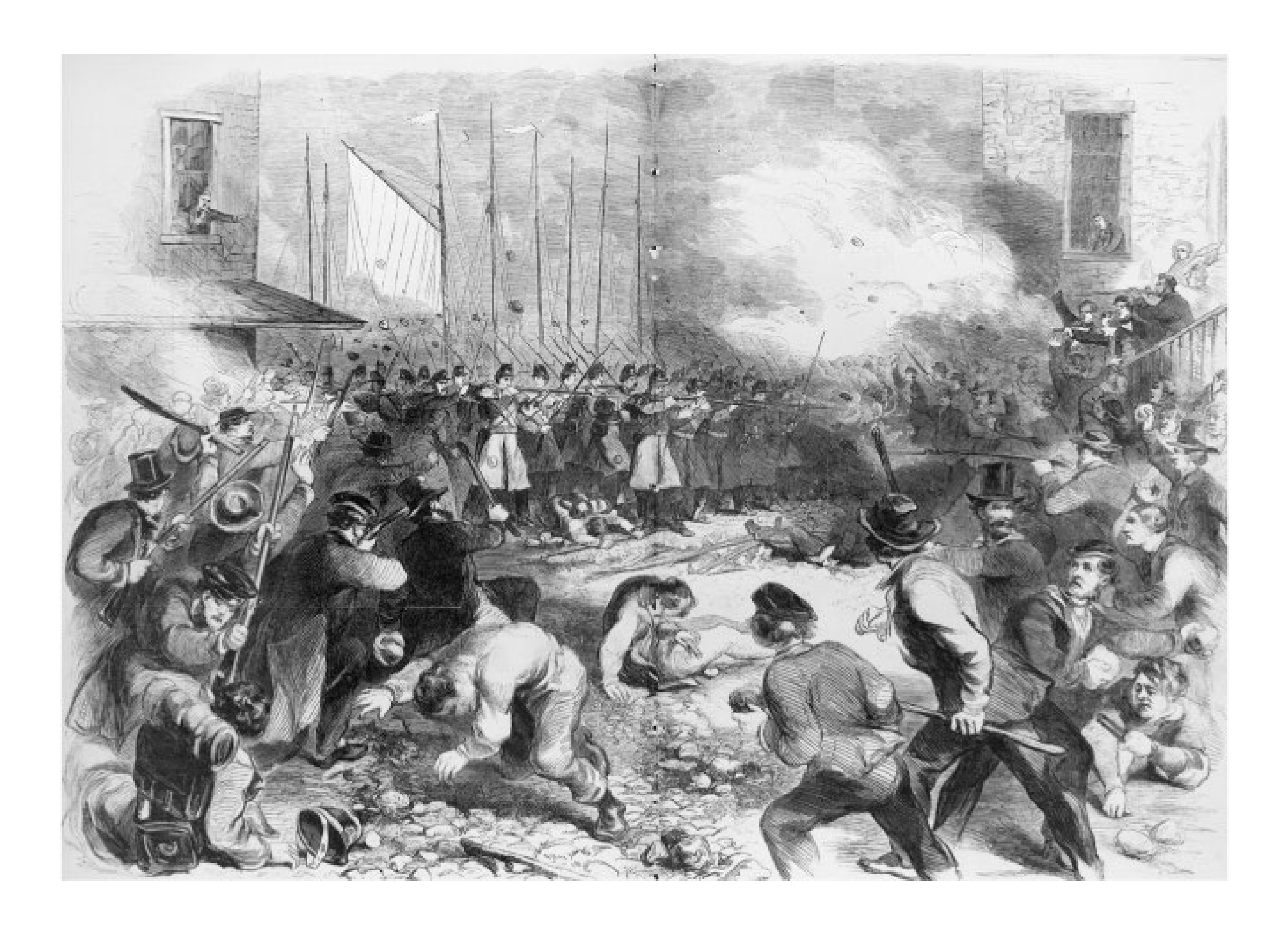
El primer dilema al que se enfrentaban los soldados de la Guerra de Secesión era el sexto** mandamiento. Morir era ejemplo de devoción cristiana, como Jesús en la cruz, pero matar violaba una ley fundamental de la Biblia. En palabras de un recluta tejano, combatir una batalla le parecía «quizá la cosa […] más blasfema de la tierra». Los sermones y las publicaciones religiosas, del Norte y del Sur, exploraban la doctrina tradicional de la «guerra justa», haciendo énfasis en que matar no solo era tolerable sino necesario para servir a Dios. No existía nada «en las exigencias de una contienda justa y defensiva que se desvíe del espíritu y de los deberes del cristianismo», remarcaba un opúsculo para soldados que conoció varias reimpresiones. El Confederate Baptist, tras citar una serie de textos del Antiguo Testamento, insistía en que los hombres quedaban exentos del sexto mandamiento «cuando la guerra justa exige dar muerte a los enemigos de nuestro país». Si los sudistas apelaban más a la autodefensa contra la invasión como argumento a favor de la justicia de su causa, también invocaban la noción de una sanción divina a una guerra santa en la que combatían en calidad de cruzados de la Confederación. Los nordistas sostenían con igual entusiasmo que Dios estaba de su lado, pues combatían por salvar una nación que representaba «la última gran esperanza sobre la tierra». Como escribió un soldado de la Unión a «Friends at Home», «Me apongo (sic) a que un hombre mate a otro –pero, continuó–, cuando somos atacados y nuestras vidas son puestas en

peligro por una banda de hombres que se oponen al mejor gobierno sobre la tierra, entonces he de combatir». Después de 1862, una vez la emancipación pasó a ser un objetivo de la contienda, los nordistas citaron cada vez más el pecado de la esclavitud como justificación religiosa para la violencia. En 1864, el Christian Recorder, publicado por la Iglesia episcopal metodista africana, publicó un editorial sobre «La guerra y sus designios» que planteaba la pregunta de cuándo es aceptable hacer la guerra y matar. El editorial concluía que el objetivo de corregir el yerro de la esclavitud hacía justa la contienda y justificables sus matanzas.3

Tales argumentos autorizaban a matar, o cuando menos suavizaban prohibiciones profundamente arraigadas contra el hecho de segar una vida. Aun así, los soldados e incluso los comandantes seguían teniendo problemas para matar a otros hombres. El general en jefe de la Unión Winfield Scott observó, antes de la Primera batalla de Bull Run, que guerra y asesinato estaban separados por una línea muy fina. «Ninguna nación cristiana –insistía–, puede justificar librar una guerra de modo que destruya quinientas una vidas, cuando el objetivo de la contienda pueda ser alcanzado a un coste de quinientas. Cada víctima mortal más allá del número estrictamente necesario es un asesinato». Scott, desde su perspectiva de 1861, podría haber considerado imperdonable el sacrificio de centenares de miles y el despilfarro de vidas que ocurriría en lugares como Malvern Hill, Marye's Heights, Cold Harbor y Gettysburg. El sucesor de Scott en el cargo de comandante de la Unión, George B. McClellan, compartía su aversión a matar. «Cuando tenía que perder vidas se sentía hundido», observó el historiador T. Harry Williams. El general George Gordon Meade creía que, a fin de minimizar las pérdidas en ambos bandos, el Norte debía librar la guerra «como un afligido padre que, al verse obligado a castigar a su hijo descarriado, cumple su deber con pesar en el corazón». Bajo ese punto de vista, la sangrienta victoria de Meade en Gettysburg era algo terrible y las bajas de Grant en las campañas de la primavera de 1864 cabían ser calificadas de «carnicería».4

Los soldados que se incorporaban a filas e iban a «ir a ver al elefante» frase de uso común para describir la iniciación en la batalla, se sentían preocupados por su responsabilidad personal en la matanza. Un soldado de Massachusetts escribió sobre su primera experiencia bajo el fuego en Baltimore en abril de 1861, cuando una muchedumbre de furiosos

simpatizantes sudistas atacó a un destacamento de tropas federales que atravesaba la ciudad camino de Washington. Edwin Spofford apretó el gatillo casi sin pensar después de que cayera muerto un soldado que estaba a su lado. «El hombre que le disparó cayó abatido por mi rifle –escribió–. Al principio me sentí mal cuando vi lo que había hecho, pero pronto se me pasó, pues había cumplido con mi deber y no era el agresor. Pude volver a disparar una y otra vez». El deber y la autodefensa le liberaban del sentimiento inicial de culpa y le ayudaban a cumplir su misión de soldado. También estaba presente, aunque de forma implícita, la motivación de la venganza. Spofford mató casi como un acto reflejo, en respuesta al asesinato del camarada que estaba a su lado.5



«El Sexto Regimiento de Voluntarios de Massachusetts dispara a la población. Baltimore, abril de 1861», Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 30 de abril de 1861.

A medida que la contienda se intensificó y su tributo mortal fue en aumento durante los meses y años siguientes, la represalia llegó a desempeñar un papel cada vez más importante, a la que se sumaron los principios de deber y autodefensa para legitimar la violencia. El ansia de venganza era una pasión casi primaria, que superaba a la razón y liberaba de las cortapisas del miedo y de la inhibición moral a unos soldados que habían testimoniado el sacrificio de sus camaradas. Hugh McLees de Carolina del Sur escribió lo muy difícil que le resultaba no olvidar sus principios al ver a un grupo de prisioneros de la Unión. Escribió en 1864,

[…] vi en Atlanta a unos sucios yanquis azules en unos carros […] y mientras miraba a nuestros pobres muchachos con sus horribles heridas y algunos de ellos helados por la muerte me habría resultado muy fácil tomar un puñal y decirles que habían ocasionado todo un carnaval de sangre y como parece que os encanta tomaré un poco más de sangre de vuestros corazones tomad esto que ya habéis bebido y muy fácilmente lo habría hecho y me habría comportado de la forma que sé que un hombre magnánimo y de verdadero valor nunca debe tratar a un enemigo que está en su poder y desarmado. Quiera Dios darme su gracia para vivir como un cristiano.

Al reiterar «tomad esto […] tomad esto», la carta de McLees a su casa reproducía mediante el lenguaje la violencia a la que había renunciado; la pluma le liberó para expresar la brutalidad que había resistido infligir con el puñal o la espada. El yanqui Oliver Norton mostró tener menos control después de que uno de sus compañeros cayera víctima del fuego confederado, pues abandonó toda idea de magnanimidad o de conducta cristiana. El sentimiento «que dominaba su mente –explicó–, era el deseo de matar a todos los rebeldes que pudiera».6

Una vez relajadas las cortapisas de la conciencia y de la costumbre, algunos soldados, en particular en pleno combate, parecían poseídos del ansia de

matar. Como observó un corresponsal de un diario sudista, un combatiente en acción se tornaba «un ser diferente», de «salvajismo casi demencial», ojos desorbitados, fosas nasales dilatadas y boca jadeante. Un reportero del New York Tribune que estuvo presente en Shiloh describió esta transformación aterradora: «Los hombres pierden su humanidad –escribió–, y el espíritu del demonio brilla en sus rostros. Solo tienen un deseo, y es el de destruir». Le resultaba difícil considerar a tales hombres soldados cristianos, e incluso seres plenamente humanos.7

Los soldados también se sentían sorprendidos por la poderosa euforia de algunos de sus camaradas. Byrd Willis, del Ejército de Virginia del Norte, anotó en su diario que había visto a un miembro de su unidad «saltar de un lado a otro, como presa de gran angustia» durante una escaramuza en 1864. «Corrí hacia él de inmediato para ver si estaba herido y si podía hacer algo por él, pero al alcanzarle me di cuenta de que no estaba herido sino que estaba ejecutando una especie de danza guerrera india alrededor de un pobre yanqui (que yacía de espaldas en mortal agonía) mientras exclamaba ¡le maté! ¡le maté! Dejé a James, quien era evidente que se había dejado llevar por la excitación y el júbilo, seguir con su danza». Numerosas cartas y diarios de la Guerra Civil describen escenas similares de soldados que jugaban a ser indios –imitaban los gritos de guerra y pintaban sus rostros con barro o tizne de sus cartuchos, a la usanza india– al entrar en batalla. Al reemplazar su identidad por la de unos hombres a los que consideraban salvajes, redefinían su relación con la violencia y con su ser anterior a la guerra.8

El placer de matar no quedaba restringido a la vorágine de la batalla. El oficial de artillería confederado Osmun Latrobe describe el placer que sintió al contemplar un trabajo bien hecho después de Antietam. «Cabalgué por el campo de batalla, y disfruté al ver a ciento[s] de yanquis muertos. Vi el producto de nuestros esfuerzos: miembros cercenados, cuerpos decapitados y despojos mutilados de todas las clases. Le hacían bien a mi alma. Si hubiera estado en mi mano, habría deseado que todo el ejército de la Unión acabase igual». Para Latrobe, este «trabajo» suponía una exitosa ejecución de su deber como soldado. La venganza no era más que una forma de justicia, pues los cuerpos mutilados eran el equivalente al bíblico ojo por ojo y diente por diente. Medio año más tarde, después de Chancellorsville, Latrobe celebraría los «gloriosos montones de yanquis muertos». El sargento

William Henry Redman, durante la persecución de los confederados que se retiraban de Gettysburg, relató a su madre su obsesión por destruir a los rebeldes que habían osado invadir el Norte. «Estos días solo estoy satisfecho cuando combato al enemigo. El momento adecuado de enfrentarle es mientras esté en nuestra tierra norteña. Mataré a todos los que pueda».9

Aunque a muchos soldados de la Unión y de la Confederación les resultaba difícil matar, al menos en un principio, toda la historia ha habido hombres que han afirmado disfrutar del combate, y en esto la Guerra Civil no fue ninguna excepción. El oficial federal John W. De Forest explicó que «disparar a una persona que te está disparando es un maravilloso consuelo y muy reconfortante; es más, es excitante y te provoca eso que llaman el júbilo de la batalla». De Forest no solo describe el consuelo de disparar en defensa propia, pues también revela que la acción contra su enemigo le permitía escapar a la sensación opresiva de ser una víctima; la furia del combate le justificaba y le empoderaba por igual. El georgiano Franck Coker trató de explicar a su esposa que, a pesar de los horrores del combate, «hay una excitación, un hechizo, una inspiración en esta que le lleva a uno a desear estar allí donde se esté librando». Para algunos hombres de zonas rurales, la batalla asumía el carácter de una cacería, con todo su componente de diversión y deporte. Un oficial de Texas disfrutaba ver caer al enemigo: «Oh, es divertido estirarse aquí y abatirles a tiros». En opinión de un soldado nordista que estuvo en la acción de Harrison's Landing, Virginia, en 1862, la batalla «parecía como un juego, pues reíamos y hablábamos a gritos mientras disparábamos. Uno decía "mirad como cazo a aquel tipo". Otro decía, "he tumbado a un secesh*** de seis pies" [1,80 metros]».10

H. C. Matrau, de la Brigada de Hierro unionista, explicó a sus padres que el entrenamiento marcial, lejos de reforzar entre sus camaradas la reticencia a matar, parecía fomentar una brutalidad innata. Un mes de instrucción en el combate a la bayoneta le llevó a concluir que: «Es extraña la predilección que tenemos por herir a nuestros hermanos, pues aprendemos el arte de matar con mucha más facilidad que un problema difícil de aritmética». Sorprendido por este descubrimiento, Matrau comenzó a replantearse sus ideas sobre la naturaleza humana y sus capacidades. Muchos soldados se dieron cuenta de lo fácil que era superar las poderosas inhibiciones sociales contra el asesinato.11

Por otra parte, las peculiares circunstancias sociales y tecnológicas de la Guerra Civil plantearon cambios importantes en el arte de matar tal como se había practicado en conflictos anteriores. Los ejércitos de mediados del XIX combatían en formaciones cerradas para controlar a los soldados y obligarles a disparar y matar. El mecanismo de instrucción y los movimientos casi automáticos impuestos por la disciplina castrense, sumada a la organización de la tropa en orden cerrado, limitaba las dudas e inhibiciones de los soldados sobre el acto de matar, así como cualquier intención u oportunidad que pudieran tener de huir. Los hombres actuaban como partes de un todo, lo cual eliminaba el albedrío del individuo y le sometía a las presiones y a la solidaridad del grupo. Un soldado confederado que esperaba entrar en combate gritó a un conejo que vio brincar por el campo de batalla bajo un intenso fuego: «"¡Corre, cola de algodón****! […] ¡si no tuviera una reputación que mantener, yo también escaparía!"».12

No obstante, la Guerra de Secesión presentó marcadas diferencias con los conflictos precedentes. Se libró con armas nuevas, que suponían un importante avance tecnológico incluso respecto a las disponibles en la Guerra contra México de una década y media antes. En lugar del mosquete de ánima lisa, que podía alcanzar un blanco con precisión a unos noventa metros de distancia, casi toda la infantería, nordista o sudista, estaba equipada mediada la conflagración con rifles de un alcance efectivo de unos doscientos setenta metros. Hacia las postrimerías de la guerra la introducción de fusiles de retrocarga, en particular en algunas unidades del Ejército de la Unión, mejoró aún más la letalidad, pues ahora los soldados podían recargar con rapidez, en lugar de la cadencia de dos o tres disparos por minuto habitual en los rifles de avancarga. Los ejércitos de la Guerra Civil también presentaban notables diferencias respecto a los de conflictos previos, pues esta contienda generó una movilización en masa de ciudadanos, que formaron contingentes armados de un tamaño sin precedentes. Los cerca de tres millones de estadounidenses, del Norte y del Sur, que sirvieron en el transcurso del conflicto no eran profesionales entrenados, adiestrados en la instrucción y en las maniobras militares, sino que eran en su aplastante mayoría voluntarios con escaso conocimiento o experiencia castrense.13

El somero entrenamiento de las fuerzas voluntarias y el gran tamaño de los ejércitos, combinado con el mayor alcance y potencia de fuego de las armas de la Guerra de Secesión, incrementaron el desorden del combate y

redujeron el control directo de los oficiales sobre la tropa. Además, la mayoría de los campos de batalla de la contienda no eran terreno abierto, sino que estaban cubiertos de bosques y matorral que dificultaba la dirección ordenada de largas líneas de combate. Aunque los costosos asaltos frontales continuaron siendo comunes hasta casi el fin de la guerra, en los últimos compases del conflicto se comenzó a emplear a las tropas en orden abierto, e incluso en guerra de trincheras, con la generalización de reductos y fortificaciones de campaña. Esto hizo mucho menos probable que los soldados combatieran en formaciones de orden cerrado, en las que disparaban a medida que se les ordenaba. Tenían más independencia para decidir si descargar sus armas, o cuándo hacerlo.

Dave Grossman sugiere que esta independencia llevó a numerosos soldados de la Guerra de Secesión a expresar su aversión a matar no descargando sus armas. Como prueba cita los veinticuatro mil rifles cargados hallados sobre el campo de Gettysburg; la mitad de estas armas tenían más de una carga. Dado el tiempo necesario para cargar y disparar un mosquete –con el uso de pólvora, bala, baqueta, fulminante–, Grosman calcula que un 95 % de estos soldados habrían sido abatidos con el arma descargada si hubieran estado tratando de matar al enemigo. Grossman considera que «la mayor parte de esas armas tiradas en el campo de Gettysburg representan a soldados que eran incapaces o que se negaban a disparar sus armas en combate y que habían resultado muertos o heridos o habían huido».14

Apenas existen evidencias que corroboren la afirmación de Grossman acerca del alto porcentaje de soldados de la Guerra Civil que no disparaban; su afirmación se basa sobre todo en la extrapolación con estudios de otros conflictos, estudios que a su vez también han sido cuestionados. El intrigante enigma de las muchas armas cargadas podría tener otras explicaciones: por ejemplo, el pánico del soldado, o que este no se dio cuenta, entre el estruendo del combate, de que su arma no había disparado. Sin embargo, existen ciertas pruebas anecdóticas de esta reticencia a disparar. En Chickamauga hubo un soldado confederado que hizo un dramático alarde sobre su negativa a matar. En lugar de apuntar al enemigo, disparó al aire, mientras «rezaba con un fervor propio de los cabezas redondas de Cromwell». Su capitán amenazó con fusilarle. Uno de sus camaradas dejó constancia de su réplica: «Puede matarme si quiere, pero no me presentaré ante mi Dios con la sangre de otro hombre sobre el alma». El soldado estaba

dispuesto a permanecer «expuesto a todas las descargas del enemigo», pero prefería dar su vida en lugar de tomar la de otro.15

Las conflagraciones posteriores introdujeron formas de combate con unos niveles de impersonalidad y anonimidad que reducían la responsabilidad individual que soportaba la infantería de la Guerra Civil. Muchas de las bombas y misiles empleados en la guerra del siglo XX, por ejemplo, separaban casi por completo al homicida de sus víctimas. La dotación del Enola Gay, o los especialistas en armas de precisión de la Primera Guerra del Golfo tenían una relación muy diferente con matar que el soldado de la Guerra de Secesión o que el combatiente de a pie del siglo XXI en Afganistán o Irak. La distancia física entre enemigos facilita la distancia emocional con el acto de destrucción. Empero, menos de un diez por ciento de las tropas de la Guerra Civil eran artilleros, que descargaban balas, metralla o granadas contra un adversario distante, e incluso estos objetivos lejanos estaban lo bastante cerca como para que los hombres pudieran identificarlos con claridad. La mayoría de las heridas de la Guerra de Secesión fueron infligidas por balas minié disparadas por rifles. El 94 % de las heridas de la Unión fueron causadas por balas, el 5,5 % por la artillería y menos de un 0,4 % por sables o bayonetas. Pese a que el alcance de las armas de la Guerra Civil había aumentado de forma significativa, los choques de la infantería, incluso los que empeñaban a decenas de miles de hombres, continuaron siendo de esencia personal: los soldados podían verse las caras y saber a quién habían matado. El historiador Earl Hess sostiene que, a pesar del rendimiento de los nuevos rifles, la mayoría de los combates tenían lugar a una distancia de unos noventa metros. Aun así, como explicó un soldado yanqui, «cuando los hombres pueden matarse unos a otros a seiscientas yardas [unos 550 metros] suelen optar por hacerlo a esa distancia». S. H. M. Byers de Iowa recuerda una batalla terrible en la que las «líneas de azul y gris» se mantuvieron «en estrecho contacto, disparándose a la cara unos a otros durante hora y media». Después de Gettysburg, el soldado unionista Henry Abbott describió a su padre «hileras de muertos enfrentadas […] separadas entre sí unos 15 o 20 pies [5-6 metros], lo más parecido a un combate cuerpo a cuerpo que jamás haya visto».16

El aumento de tamaño de los campos de batalla entre la Guerra de Secesión y las dos conflagraciones mundiales del siguiente siglo influyó en las interacciones que tenían lugar en ellos. La Penguin Encyclopedia of Modern

Warfare calcula que en los choques de la Guerra Civil la ratio de soldados por espacio en el campo de batalla era un hombre por cada 260 m2; hacia finales de la Segunda Guerra Mundial, la ratio se había elevado hasta un hombre por cada 28 000 m2. Con sus grandes ejércitos de voluntarios, sus armas de mayor alcance y sus formaciones más dispersas, la Guerra Civil emplazó a más soldados inexpertos, con más potencia de fuego y una responsabilidad individual mayor sobre la decisión de matar, en entornos de combate cara a cara, más personales que ninguna otra contienda de la historia. Desprovistos de elementos tranquilizadores como la distancia, la disciplina o la experiencia de combate, es muy probable que a muchos soldados de la Guerra Civil les costase mucho decidir cuándo disparar, o incluso si hacerlo, contra unos hombres que eran tan visiblemente parecidos a ellos mismos.17

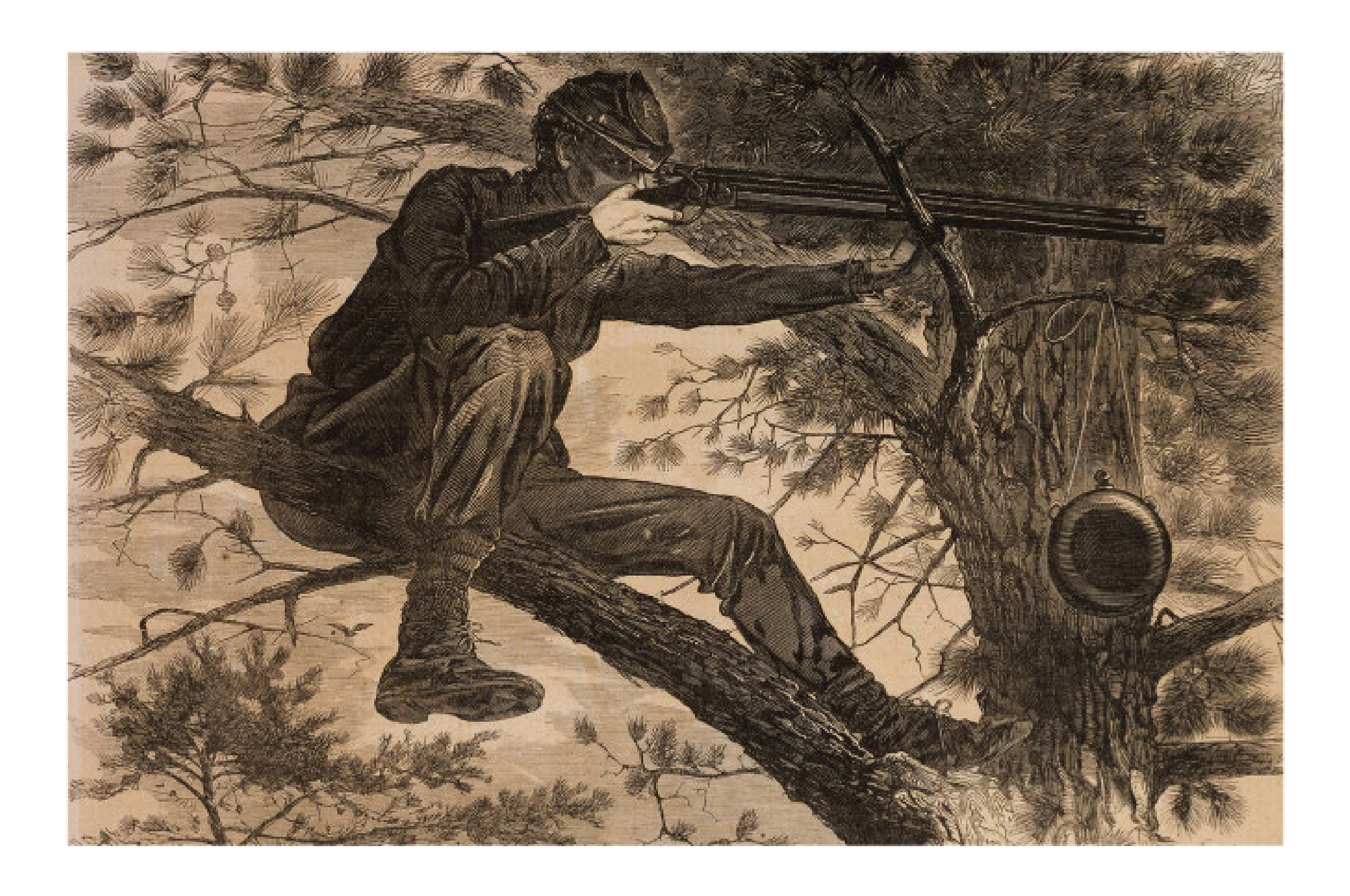
Para muchos soldados, los francotiradores eran el claro ejemplo del horror de extinguir una vida, pues su labor les parecía, simple y llanamente, «un asesinato a sangre fría». El fuego de francotirador fue una presencia constante en la vida militar de la Guerra Civil, pues los rifles permitían a un tirador disparar con precisión a una distancia de casi ochocientos metros. Otras innovaciones tecnológicas como la mira telescópica o el fusil de retrocarga potenciaron aún más su letalidad. Las unidades de tiradores confederadas exigían a sus hombres que fueran capaces de alcanzar un blanco a 600 yardas [unos 550 metros] con la mira abierta. Según proclamaba un póster para reclutar «Tiradores del Condado de Windham» de Vermont: «No se alistará a nadie que no pueda alcanzar, a una distancia de 200 yardas [unos 180 metros], parado, diez blancos consecutivos sobre una diana, con una distancia media respecto al centro de la diana no superior a 5 pulgadas [unos 12 centímetros]».18

Los soldados describían, a menudo, el silbido de las balas mientras redactaban cartas a casa. «Querido hermano, esposa, queridos todos –escribió en 1864 Isaac Hadden a su familia de Nueva York–. Ahora mismo, a 20 pies [casi 7 metros] de mí, hay un hombre con un tiro en el estómago. Aquí, ir a c*** le cuesta la vida a un hombre». Disparar a un hombre mientras defecaba, dormía, cocinaba o comía, o incluso cuando «leía a Dickens bajo un árbol» difícilmente podía definirse como un acto de autodefensa. Los soldados que estaban en el campamento consideraban que estaban fuera de servicio, tanto como blancos como homicidas, con lo que la

decisión intencionada y personal de elegir a uno u otro individuo concreto les parecía sumamente perturbadora. Las unidades de tiradores de la Unión vestían uniformes verdes que les servían de camuflaje: los confederados comenzaron a denominar a estos francotiradores «serpientes en la hierba».19

El frío cálculo, la intencionalidad y la diferencia de riesgo del francotirador convertían a este en una amenaza mucho mayor contra los principios básicos de la humanidad que los excesos frenéticos en el ardor del combate. En 1864 los confederados capturaron en Virginia a doce soldados de un regimiento de tiradores nordista. Un diario local de Petersburg se mostró partidario de ejecutarlos: «a nuestro juicio, no son más que asesinos que se arrastran y abaten hombres a sangre fría, por lo que deben sufrir la suerte que se depara a los asesinos». Después de soportar veinticuatro días de constante fuego de francotirador entre las tropas unionistas y confederadas cerca de Port Hudson, Luisiana, John De Forest confesó que «nunca podré acostumbrarme a tomar vidas humanas por mera diversión». Hombres que habían mostrado un gran coraje en el combate se desmoronaban «bajo la monótona inquietud» generada por el fuego de los tiradores. De Forest lo consideraba «una forma de ser enfermiza, asesina, innatural e incivilizada», y, según su punto de vista, unos hombres que podían matar a otros de ese modo no eran hombres como debían ser. Violaban sus ideas sobre la naturaleza y sobre la civilización humana, pues consideraba que quebrantaban lo que les definía como seres humanos.20

Deshumanizar al enemigo es un método común usado para superar la reticencia a matar. El entrenamiento y la propaganda militares a menudo fomentan esta conducta y los mismos soldados muestran inventiva para diferenciar y menospreciar a aquellos que les ordenan destruir, ya sean krauts, nips o slopes*****, por citar tres ejemplos del siglo XX. A mediados del siglo XIX, el racismo exponía a los soldados afroamericanos a peligros particulares. Incluso en el Ejército de la Unión, los ciento ochenta mil soldados negros que se alistaron a partir de 1862 se enfrentaban a desigualdades degradantes en paga y oportunidades. Los afroamericanos, que constituían casi un diez por ciento de las fuerzas federales, servían bajo el mando de oficiales blancos y casi siempre se les asignaban a brigadas de trabajo en lugar de confiarles la responsabilidad de combatir.



«Ejército del Potomac: tirador en misión de avanzada». Grabado copiado de una pintura al óleo de Winslow Homer. Harper’s Weekly, 15 de noviembre de 1862.

Para los confederados, la existencia de tropas negras suponía una provocación intolerable. Permitir que los negros sirvieran como soldados, declaró el georgiano Howell Cobb, equivalía a afirmar que «toda nuestra teoría de la esclavitud es errónea». Estos seres inferiores, considera Cobb, no pueden tener el valor requerido para el combate. Mas, para los sudistas blancos, la cuestión principal no era la teoría racial. La realidad aterradora de una fuerza de negros armados equivalía a que el gobierno federal lanzase contra el Sur un alzamiento de esclavos. Los blancos del Sur temían y detestaban a las tropas afroamericanas. Mary Lee, que había resistido tres años en la línea del frente en la disputada ciudad de Winchester, en Virginia, se sintió «más inquieta» por la llegada en 1864 de soldados nordistas negros

«que por ninguna otra cosa que haya visto desde [el comienzo de] la guerra».21

Los soldados confederados consideraban a las tropas negras «demonios» cuya mera presencia en el Sur justificaba matarlos. Como proclamó la Arkansas Gazette: «Armar a los negros, como soldados o cualquier otro propósito, o hacer cualquier cosa que les incite a la insurrección es un crimen peor que el asesinato de un individuo: por tanto, todos los oficiales y soldados […] culpables de semejantes prácticas […] deben recibir el castigo que se reserva a los asesinos». Los soldados sudistas se ensañaban con los yanquis negros, con atrocidades que iban desde la matanza de prisioneros a la mutilación de cadáveres. En 1864, el surcarolino W. D. Rutherford manifestó sin tapujos sus intenciones en una carta que escribió a su esposa antes de entablar combate con un regimiento de tropas de color: «Nuestro ejército está dispuesto a matarlos a todos y no dejar ni uno con vida». La masacre de Fort Pillow en abril de 1864, en la que los hombres de Nathan Bedford Forrest****** asesinaron a casi dos terceras partes de los cerca de trescientos soldados negros presentes, la mayoría después de haberse rendido, fue solo el más famoso de tales sucesos. Hubo otros aun más truculentos. En la batalla de Poison Spring, Arkansas, librada el mismo mes que la de Fort Pillow, el 1.er Regimiento de Infantería de Voluntarios de Color de Kansas perdió a ciento diecisiete hombres y solo la mitad de heridos. Esta ratio era sospechosa, pues el número de heridos casi siempre superaba en mucho al número de víctimas mortales. Un oficial confederado describió cuerpos «sin cabellera […] casi todos desnudos […] no se hicieron prisioneros negros». Un soldado unionista confirmó que «el enemigo inhumano y sediento de sangre […] se dedicó a rematar a los heridos allí donde los encontrase». Por su parte, un diario local sostuvo que las acciones de los confederados eran del todo consecuentes con los propósitos finales de la contienda. «No podemos tratar a los negros […] como prisioneros de guerra, pues ello destruye el sistema social por el que luchamos […] debemos reclamar el control completo de todo negro que caigan en nuestras manos, para ajusticiarles o imponerles cualquier otro castigo». La esclavitud requería subordinación y control y armar a esos hombres les reforzaba y empoderaba.22

Los soldados afroamericanos no eran los únicos que se arriesgaban a sufrir la venganza sudista. Un oficial tejano describe divertido el combate de su

unidad contra un regimiento negro en los alrededores de Monroe, Luisiana: «Nunca en mi vida he visto tanto negro muerto. No hicimos prisioneros salvo los oficiales blancos, catorce en total; a estos les pusimos en fila y les fusilamos una vez liquidamos a todos los negros. Al día siguiente los arrojamos a un carro y los tiramos al río Ouachita. Algunos no estaban apenas muertos […] pero no importaba: acabaron en el río de todos modos».23

Incluso los chóferes o los sirvientes que trabajaban para los federales corrían peligro, y los esclavos negros sospechosos de huir para alistarse en el ejército de la Unión eran considerados caza libre para la furia confederada. Un mayor sudista describe un suceso en el que fueron masacrados unos civiles negros que acompañaban a las tropas de la Unión: «el campo de batalla era indignante […] ninguna orden, amenaza o mandato pudo impedir que los hombres se vengaran de los negros, que fueron apilados en grandes montones junto a los carros, en la espesa maleza y en el camino embarrado y hollado». Sin embargo, lo más frecuente era que las órdenes fomentasen, no restringieran semejantes actos. El soldado raso Harry Bird relató que, tras la batalla del Cráter de 1864, los confederados acallaban a los soldados negros heridos que imploraban agua «a golpe de bayoneta». Bird aplaudió la orden de «matarlos a todos»; la orden fue «obedecida de buena gana». El general Robert E. Lee, aunque se hallaba a escasos centenares de metros, no intervino.24

En el otoño de 1862, el propio Jefferson Davis en persona aprobó la ejecución de cuatro soldados negros capturados y el secretario de guerra James Seddon declaró en abril de 1863 que «el Departamento ha determinado que los negros no sean considerados prisioneros de guerra». El general Kirby Smith, comandante del Departamento del Trans-Misisipi, llegó incluso a amonestar a un oficial que se había mostrado demasiado compasivo con los combatientes negros: «He sido informado por conductos no oficiales –escribió–, que algunos de sus soldados han capturado negros armados. Espero que esto no sea cierto, y que sus subordinados al mando de partidas de captura [de prisioneros] tengan en cuenta que lo adecuado es no dar cuartel a negros armados ni a sus oficiales».25

En el caso de los soldados negros y de los oficiales que renunciaban a los privilegios de la raza blanca para comandarles, «lo adecuado» era, con

mucha frecuencia, asesinarles. Matar no solo estaba justificado, más bien era algo casi obligado, aun cuando semejante acto exigía ignorar todas las leyes fundamentales de la guerra y de la humanidad. En la práctica, sin embargo, a los confederados les resultó imposible llevar a cabo una política sistemática de matar a todos los prisioneros negros, en parte porque tal cosa abría la posibilidad de que hubiera represalias unionistas. Algunos afroamericanos fueron tratados como prisioneros de guerra, como por ejemplo los cerca de un centenar de hombres encarcelados en Andersonville. Sin embargo, la violencia contra los soldados negros y sus oficiales blancos fue generalizada y ampliamente comentada por los nordistas, tanto civiles como soldados.26



«La Guerra en Tennessee: los rebeldes masacran a las tropas de la Unión tras la rendición de Fort Pillow, 12 de abril», Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 7 de mayo de 1864.

Mucho antes de que las atrocidades blancas avivasen un intenso deseo de venganza, los soldados negros abordaban la violencia bélica de forma diferente a los blancos. La conciencia de siglos de sufrimiento bajo la esclavitud y de sus experiencias personales de crueldad y opresión los llevaban a considerar que la guerra era recta y que estaba justificado combatir. Según explicó T. Strother en una misiva dirigida al Christian Recorder, el diario de la Iglesia episcopal metodista africana,

[…] suponer que la esclavitud, esa maldita cosa, podía ser abolida de forma pacífica, abandonada con toda inocencia, después de haber saqueado cunas, separado maridos y mujeres, padres e hijos; después de morir a causa del hambre, o de agotamiento, o a latigazos, o escapando, o en la hoguera, o a causa de las mentiras, o haber sido maniatados y apaleados hasta la muerte, o después de haber perecido de pena; y, lo peor de todo, después de haber convertido en prostitutas a la mayoría de las mejores mujeres de toda una nación […] sería de una ignorancia supina.

La esclavitud, acusaba Strother, generaba muerte. Era, en sí misma, un acto de guerra perpetrado contra los negros; tomar las armas contra esta era, por definición, un acto de autodefensa, una demostración de hombría y de merecer la libertad. Como explicó un joven soldado en 1863: «Aquellos que han de ser libres deben atacar». Los negros combatían para definir y afirmar su humanidad, una lucha que, en opinión de muchos, era inseparable de vengar los crímenes de un sistema esclavista que les arrebataba su condición de hombres y les reducía a mera propiedad.27

A numerosos comentaristas, tanto de la guerra como de épocas posteriores, les parecía irónico que la hombría se alcanzara mediante el homicidio. W. E. B. Du Bois, en su historia de la experiencia de los negros en la guerra y en la reconstrucción escrita en 1935, considera «extraordinario […] que, para la mayoría de las personas, tan solo el asesinato te hace hombre. El esclavo […] era humilde; protege a las mujeres del sur y el mundo le ignora; el

esclavo mata a blancos; y, ¡he aquí a un hombre!». En realidad, los afroamericanos, al igual que otros soldados de la Guerra de Secesión, escribían a menudo sobre morir y el sacrificio cristiano como propósito fundamental de su servicio militar. «Los soldados de color heridos en el hospital» después del asalto sobre Fort Wagner, se proclamaban a sí mismos «soldados de Jesús» y aseguraban a la prensa negra nordista que «cuando toda nuestra gente obtenga su libertad, entonces podremos permitirnos morir». Lo cierto es que murieron innumerables soldados negros; una quinta parte de los cerca de ciento ochenta mil soldados que sirvieron no sobrevivieron a la guerra, aun cuando las enfermedades fueron mucho más letales que el combate. (En general, murieron dos veces más soldados a causa de las enfermedades que por las heridas del combate; los soldados negros murieron diez veces más a causa de las enfermedades). Estas muertes eran una promesa de redención tanto política como espiritual. Por medio de su predisposición a dar la vida, los soldados negros aspiraban a un lugar en el estado, como ciudadanos y como hombres. «Cuando escuches que una familia blanca ha perdido a un padre, marido o hermano –comentó un cabo del 3.º de tropas de color del Ejército de los Estados Unidos al referir la pérdida de diez camaradas en Carolina del Sur–, podrás decir que nosotros, los hombres de color, también hemos compartido nuestra parte de la carga». Los nordistas, blancos y negros, honraban las muertes heroicas de negros, como si, tal como señala la historiadora Alice Fahs, las ideas racistas de numerosos blancos los llevaran «a celebrar con excesivo entusiasmo la hombría de unos soldados negros que ya no iban a poder ejercerla más».28



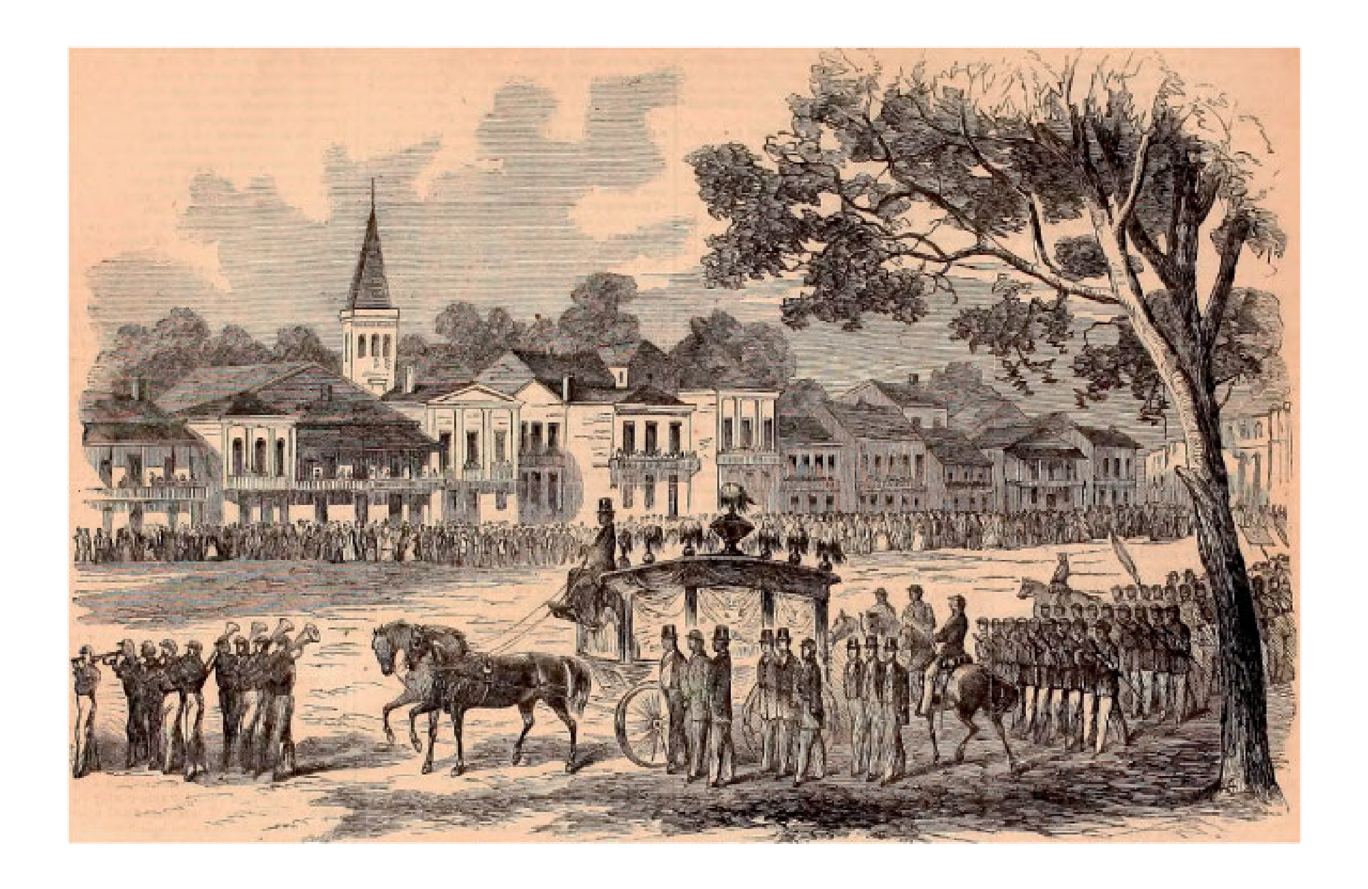
«Retrato de un soldado sin identificar de las Unidades de Color del Ejército de los Estados Unidos vestido de uniforme, con su mujer y sus dos hijas», Biblioteca del Congreso.

Quizá la más espectacular de dichas celebraciones, que se convirtió para muchos afroamericanos en el símbolo de lo que significaba el servicio y el sacrificio de los negros, fue el funeral del capitán André Cailloux, oficiado en Nueva Orleans en agosto de 1863. El Christian Recorder calificó el hecho de «una de las más extraordinarias exhibiciones suscitadas por esta rebelión». Y no cabe duda de que fue una exhibición: de coraje, lealtad y solidaridad negra, así como de la firme aspiración de los negros a la ciudadanía en una nación restituida.

Cailloux era uno de los alrededor de once mil negros libertos que residían en la Nueva Orleans ante bellum. Artesano, culto y propietario, había sido secretario de una de las numerosas sociedades mutualistas afrocriollas de la ciudad. Tras la caída de Nueva Orleans en manos de las fuerzas federales, en la primavera de 1862, Cailloux ayudó a reclutar una compañía para el Ejército de la Unión. La unidad de los Native Guards [Guardias Nativos] de Luisiana, que se remontaba a una larga tradición de servicio militar******* de la población negra liberta de la ciudad (que incluía un papel decisivo en el combate de 1815 de Andrew Jackson contra los británicos), obtuvieron privilegios denegados a otras unidades de soldados no blancos, como el derecho a servir bajo oficiales de su propia comunidad. Cailloux, muerto mientras cargaba a la cabeza de sus tropas en la batalla de Port Hudson, el 27 de mayo de 1863, fue uno de los primeros oficiales negros caídos en la contienda. Por todo su valor y respetabilidad, André Cailloux era, para los confederados, un hombre que no solo merecía la muerte sino también el deshonor por la osadía de tomar las armas contra una raza superior. A pesar de la tregua para permitir la retirada de muertos y heridos, los tiradores rebeldes impedían a las tropas de la Unión recoger los cadáveres de los soldados negros. Cailloux permaneció en el campo de batalla hasta el 8 de julio, cuando Port Hudson se rindió. Después de cuarenta y un días a merced de los elementos, su cuerpo solo pudo ser identificado gracias a un anillo que llevaba.29

El funeral de Cailloux en Nueva Orleans, oficiado ese mismo mes, trató de compensar esta humillación. Cabe preguntarse si, en cierto modo, fue –al menos para la prensa nordista– la respuesta a las solemnes exequias del héroe confederado Stonewall Jackson, fallecido pocos días antes que Cailloux. En Nueva Orleans, «multitudes inmensas de gente de color» hacían las calles «casi infranqueables», informaron los diarios. Las sociedades de beneficencia se alineaban a lo largo de la calle Esplanade a lo largo de más de un kilómetro y medio. Una procesión de soldados y miembros de la sociedad civil acompañaban al féretro, que, cubierto por la bandera estadounidense, fue llevado al cementerio de San Luis en un coche fúnebre tirado por unos magníficos caballos. Un cura católico, que había sido censurado y suspendido por el arzobispado de Luisiana a causa de sus simpatías antiesclavistas, ofició misa, y en ella «hizo un llamamiento a todos a ofrecerse, como Cailloux había hecho, como mártires por la causa de la justicia, la libertad y del buen gobierno. Era una muerte que podían envidiar

los mejores». The Union, el diario de la comunidad liberta negra, concluyó que el óbito del capitán Cailloux «vindicaba a su raza del oprobio que había caído sobre ella». Es indudable que su muerte se convirtió en un símbolo para la causa antiesclavista del Norte y, en particular, para los abolicionistas negros. La bandera que Cailloux había enarbolado en Port Hudson fue colocada en un lugar destacado en la Convención Nacional de Negros que Frederick Douglass presidió en octubre de 1864. La muerte de Cailloux –presentada como un sacrificio heroico– constituía un poderoso argumento a favor del derecho de los negros a lograr la ciudadanía de una nación por la que tanto habían hecho para salvarla.30



«Funeral del capitán Cailloux», Harper's Weekly, 29 de agosto de 1863.

No obstante, para muchos afroamericanos, la idea de morir y de sacrificarse cristianamente, sumado a las atrocidades militares generalizadas, no parecía

sino una perpetuación de una inquietante tradición de victimización de los negros. El reportero George Stephens, destacado en el frente de Virginia, aseguró a sus lectores del neoyorquino Weekly Anglo-African [semanario angloafricano] que «no queremos que piensen […] que estamos deseosos de hallar la muerte en el campo de batalla […] o, por utilizar el lenguaje de un coetáneo, "ir alegres al encuentro de la muerte, como si fuéramos a ver a nuestra novia"». El sufrimiento de la opresión era suficiente; ahora la justicia exigía que otros fueran objeto de la violencia. La igualdad requiere en parte ajustar cuentas al respecto. Para los negros, la venganza y la represalia eran justificaciones importantes de la destructividad de la contienda, así como de los actos violentos de los individuos.31

Un poema popular, que circuló en varias versiones en la prensa negra, ilustra esta idea de alcanzar la equidad por medio de un sufrimiento equivalente. Un «bravo jefe confederado» muere en combate y es llevado a casa donde su madre recibe la noticia del fallecimiento de su único hijo «con dolor desesperado». Su «vieja esclava» acude, pero no para traer consuelo, sino justicia: «Missus –declara–, we is even now [nosotras ahora en paz]». La madre blanca había vendido los diez hijos de su esclava, por lo que a ninguna de las dos le quedaba descendencia alguna; las dos madres estaban solas en su común pérdida. La señora de la casa debía ahora, en palabras de su esclava, «inclinarse ante el justo Vengador». La guerra es el instrumento de Dios para ajustar cuentas:

Yea! although It tarry long,

Payment shall be made for wrong!32

¡Sí! ¡Aunque con demora,

los yerros han de pagarse!

Esta noción de justa retribución también era clave en la visión de Frederick Douglass de la guerra, y del papel de los soldados negros en esta. Douglass, la voz más destacada de la comunidad negra nordista, conocía de primera mano la crucial importancia de la violencia en la esclavitud a causa de su experiencia como esclavo. Le habían apaleado, se había rebelado, había escapado. No tenía ninguna fe en que los blancos sudistas renunciasen a su «institución peculiar»******** sin antes luchar a muerte. Douglass consideraba que, al vencer a Covey, su brutal capataz blanco, había recuperado su «independencia de hombre». En opinión de Douglass, los esclavos tenían pleno derecho a alzarse y matar a sus amos; fue esta premisa la que le llevó a simpatizar con John Brown. Su visión del derramamiento de sangre era a la vez redentora e instrumental: la violencia no era solo efectiva sino instructiva y liberadora. La brutalidad de la conflagración, escribió, servía como «ejemplo resplandeciente» de la verdad fundamental de que «ni naciones ni individuos están exentos de la justa retribución que debe castigar una transgresión flagrante y persistente». Las «lágrimas y la sangre» de la Guerra Civil, considera, «podrán por fin hacernos entrar en razón».33

Los soldados negros no solo entraban en batalla con una profunda implicación en el resultado final de la contienda, sino también con una fuerte motivación para matar al servicio de su causa. Al ser víctimas de generaciones de crueldad esclavista, consideraban que estaban ajustando cuentas con su lucha por la libertad y la igualdad. Estos soldados combatían, como repetían una y otra vez, por «Dios, la raza y la patria». Por la justicia, la igualdad y la ciudadanía. No obstante, al alargarse la guerra y experimentar las tropas negras un número creciente de atrocidades a manos de los soldados confederados que les infligían castigos y humillaciones crudelísimos, cada vez más soldados afroamericanos se sentían con derecho a la venganza y aún más deseosos de matar. También sabían que los sudistas no les darían cuartel si les capturaban, pues lo más probable es que les fusilasen o les esclavizasen, con independencia de si antes de la guerra habían sido esclavos o si nunca habían vivido por debajo de la línea Mason-Dixon.34

Cordelia Harvey, enviada al sur por el gobernador de Wisconsin para proporcionar auxilio a los heridos del estado, escribió desde Misisipi a finales de abril de 1864 una misiva que describe la rabia y determinación de los soldados negros. «Desde la tragedia de Fort Pillow –explica–, nuestras

tropas de color y sus oficiales afirman que no harán más prisioneros […] en la mirada de todo hombre negro hay muerte al rebelde. Se muestran calmados pero terribles. Van a batirse […] los negros saben lo que hacen». Un regimiento negro, relató, había ahorcado a un mercader de algodón de Chicago que había osado afirmar que los rebeldes «habían hecho bien» al matar a los negros de una plantación cercana durante una reciente incursión.35

Las noticias de Fort Pillow provocaron un grito de venganza de los negros del norte. Los soldados no cejarían la lucha «hasta hacer morder el polvo a un rebelde por cada cabello […] de nuestros hermanos masacrados en Fort Pillow […] no deis cuartel; no hagáis prisioneros […] entonces respetarán vuestra condición de hombres», escribió un corresponsal del Christian Recorder. Sin embargo, Henry M. Turner, capellán negro del 1.º de Infantería de Color estadounidense, se sentía consternado por la postura «apoyada por un número inmenso de personas, tanto blancas como negras, a la que me opongo con toda severidad, esto es, a la matanza de todos los prisioneros rebeldes capturados por nuestros soldados». Aun cuando los rebeldes habían «dado el primer ejemplo», tales acciones representaban «un ultraje contra la civilización y […] la cristiandad». Turner urgió a los soldados negros a decepcionar a quienes esperasen que se condujeran con brutalidad; por el contrario, debían aspirar a una superioridad moral sobre sus enemigos. La venganza, como enfatizó otro capellán negro, pertenece al Señor.36

En marzo de 1865, las musicales cadencias del segundo discurso inaugural de Abraham Lincoln se hicieron eco de la convicción de los negros de que la carnicería bélica había sido el castigo divino por el pecado de la esclavitud. Lincoln, aun cuando insistió en que «no deseaba el mal a nadie» y urgió a los estadounidenses a que no juzgasen «si no queréis ser juzgados», también sugirió que, en la Guerra Civil, Dios había dictado su sentencia, y no al designar un vencedor, sino al cobrarse las vidas de tantos estadounidenses. Las muertes provocadas por la Guerra de Sucesión, más que un sacrificio cristiano, eran un acto de expiación. «Si la voluntad de Dios es que continúe –proclamó Lincoln poco más de un mes antes del fin de la contienda–, cada gota de sangre derramada por el látigo será pagada por otra gota de sangre derramada por la espada, de modo que todavía hoy, al igual que tres mil años

atrás, pueda decirse “oh, Señor, verdaderos y justos son tus juicios”********».37

La elocuencia de Lincoln fue quizá igualada por la pasión de una anciana esclava que consideraba que la obra de asesinar y matar era el propósito fundamental del conflicto. Mary Livermore, enfermera de la Unión, describió un encuentro durante la guerra con una mujer afroamericana que había conocido años atrás, durante el tiempo que sirvió como gobernanta en una plantación sureña. La tía Aggy había resistido décadas de crueldad para ver la sangre «de la gente blanca […] correr po la tierra como rio». Siempre había tenido fe «en que vendría. Siempre esperé ver gente blanca muerta a montones. Y el Señó cumplió su promesa, y vengó su pueblo, sí, yo sabía que lo haría. Les vi muertos en el campo, los soldaos del massa Linkum [Sr. Lincoln] y los soldaos de Virginia, tos ajuntaos en un montón. Oh, el Señó hace lo correcto, solo ties que darle tiempo suficiente para que se revele».38

Para los estadounidenses negros, la esclavitud dio un sentido especial al acto de matar y de morir; el conflicto fue el momento del castigo, divino y humano, así como la oportunidad de convertirse en agentes de la violencia, no en sus víctimas. Para los soldados negros –y también para los civiles negros como la tía Aggy–, matar era el instrumento de su liberación; era un acto de empoderamiento personal y un vehículo de emancipación racial. Matar, y que se les permitiera dar muerte a causa de su condición de soldados, era, aunque resulte irónico, la forma de reclamar un derecho humano.

Una vez finalizada la batalla, cuando se disipaban el frenesí y la vorágine, cuando las matanzas cesaban por un tiempo, cuando regresaba la razón, los soldados se enfrentaban a la devastación que habían creado y a la que habían sobrevivido. Era «la prueba inconfundible –como describió un soldado después de Spotsylvania–, de que la muerte está haciendo su espantosa obra». William Dean Howells escribió sobre el duradero impacto de la Guerra de Secesión en James Garfield, general unionista y futuro presidente de los Estados Unidos: «ante la visión de esos cadáveres que habían sido muertos por otros hombres, algo le abandonó, un hábito de toda una vida, que nunca jamás volvió: el concepto de que la vida es sagrada y que es

imposible destruirla». Hombres que habían sido muertos por otros hombres: he aquí el quid de la cuestión. La batalla era, como dijo con tristeza un soldado norcarolino, «un asesinato majestuoso». La matanza no era un desastre natural sino uno provocado por el hombre, producto de los actos y las decisiones humanas. Ni el Sur ni el Norte habían previsto el coste mortal de las batallas de la Guerra de Sucesión y nunca dejaron de sorprenderse y horrorizarse por la constante escalada de destrucción. La Guerra contra México había costado unas 13 000 vidas estadounidenses, de las cuales menos de 2000 habían caído en combate; la Primera batalla de Bull Run, en agosto de 1861, impactó a la nación con su cifra total de 900 muertos y 2700 heridos. Tras la batalla de Shiloh, librada la primavera siguiente, los estadounidenses comprendieron que se habían embarcado en un nuevo tipo de contienda, pues este choque provocó cerca de 24 000 bajas, de las cuales hubo unos 1700 muertos por cada bando. Los combates del verano en la península de Virginia supondrían una nueva escalada de matanzas. «Pensábamos que la batalla de Manassas había sido un asunto importante –escribió el confederado Charles Kerrison en una carta enviada a su casa de Carolina del Norte en julio de 1862–, pero fue un mero juego de niños comparada con las batallas que hemos librado últimamente». Un año más tarde, en tiempos de Gettysburg, el Ejército de la Unión, por sí solo, informó de 23 000 bajas, de las cuales 3000 eran muertos; las pérdidas confederadas se estimaron entre los 24 y los 28 000 hombres; en algunos regimientos, el número de muertos y heridos rondaba el noventa por ciento. En la primavera de 1864, Grant sufrió unas 50 000 bajas en poco más de un mes.39

Los soldados, enfrentados a las matanzas sin precedentes de la Guerra de Secesión, trataban de darles sentido. Examinar las escenas posteriores a la batalla les convertía en hombres diferentes. Por un momento, se veían liberados de la exigencia de matar; otros imperativos –cristianos, de humanidad, de supervivencia, en lugar de valor o deber– podían volver a primer plano. Ahora tenían tiempo de observar lo que les rodeaba. El coronel unionista Luther Bradley describió esta transformación:

De todos los horrores, los del campo de batalla son los peores. Sin embargo, cuando te hallas en mitad de ellos no te aterran como crees que deberían. Estás embebido en el combate y cuando ves a uno u otro caer, dices, «ahí ha

caído el pobre tal o cual. Seré yo el siguiente». Los peligros pasados y los camaradas perdidos no te angustian hasta más tarde, cuando miras con calma el resultado posterior o vas con partidas de enterradores a sepultar a los muertos.

Enfrentarse al «después» requería un esfuerzo, pues de no hacerlo así, se corría el riesgo, como afirmó un soldado confederado después de Shiloh, de que el espectáculo «destronase la razón o pervirtiera el juicio». En 1863, Henry C. Taylor escribió a sus padres en Wisconsin, tras pasar una lúgubre noche recogiendo muertos y heridos después de un choque en Kentucky: «No comprendí nada del combate mientras estuvimos en acción, pero el campo de batalla a medianoche le da a uno una idea muy reveladora de la guerra. No quiero volver a ver nunca nada semejante. No podría darte una descripción del combate por mucho que quisiera. Tengo la cabeza tan llena y todo está tan confuso y revuelto que no puedo darle ningún sentido». Pero lo que sí que pudo hacer fue escribir una conclusión clara y reveladora: «Decidle al señor Diggins que no deje a su muchacho alistarse».40

Los soldados tenían graves dificultades para comunicarse con aquellos que estaban deseosos de conocer lo que había sido de ellos, y también para comprender lo que veían. ¿Por qué seguían vivos? Como escribió un soldado de Indiana en su diario en 1864, sus «mejores hombres» habían ido cayendo a su alrededor. Sin embargo, «yo no soy mejor que ellos». El día después de Antietam, William Stilwell de Georgia confesó a su esposa: «Gozo de buena salud en lo que respecta al cuerpo, pero mi mente está perpleja». Los soldados, incapaces de explicar, trataban de describir, evocaban el carácter descarnadamente físico de la matanza y del sufrimiento. Aunque hubieran sobrevivido no podían escapar el toque literal de la muerte, que asaltaba sus sentidos. Primero estaba el olfato. «Los muertos y los moribundos hieden por las colinas», escribió W. D. Rutherford a su esposa después de las batallas de los Siete Días, libradas en torno a Richmond. En millas a la redonda, «los efluvios mefíticos» de los cuerpos corrompidos garantizaban que, aunque no se los vieran, estos estarían siempre presentes en el pensamiento. Además, los había a miles. Los hombres habían devenido carne putrefacta. Más que caer en combate, habían sido sacrificados, sin «nada que les distinga de meros animales». James Wood Davidson, al pisar

sin querer la pierna de un muerto, tuvo la sensación de estar pisando «una pieza de cerdo adobado […] duro y carnoso al mismo tiempo». Asustado, dio un salto hacia atrás. Los soldados veían horrorizados cómo los cuerpos cambiaban de color al descomponerse. Muchas veces comentaban una transformación que habría tenido consecuencias de importancia en una sociedad y una contienda en la que la raza y el color de la piel tenían una importancia fundamental. «Las caras de los muertos –explicó un veterano nordista que estuvo en Gettysburg–, por lo general se han tornado negras, no se han decolorado en un tono violáceo como el que me imaginaba al leer sobre "cadáveres ennegrecidos" mencionados con frecuencia en las descripciones de los campos de batalla, sino en un profundo negro azulado, que daba a los cadáveres de cabello oscuro el aspecto de un negro"».41

A menudo, los testimonios de las matanzas mencionan la imposibilidad de cruzar el campo de batalla de un lado a otro sin pasar sobre un cuerpo inerme. Estos, «alfombraban la tierra» escribió un soldado después de la batalla de Williamsburg, en 1862. Grant se encontró lo mismo después de Shiloh: «vi un campo abierto […] tan cubierto de muertos que habría sido posible atravesar a pie el claro, en cualquier dirección, sin que los pies dejaran en ningún momento de pisar cadáveres». Con lúgubre precisión, Eugene Blackford describió un área de dos acres [0,8 hectáreas] que contenía los restos de 1350 yanquis; otros calcularon extensiones de una milla o más [1,5-2 kilómetros] en Antietam o Shiloh donde solo se podía caminar pisando cadáveres. Los hombres se sentían violentados, tanto por el deshonor de los muertos que estaban pisando y por la contaminación provocada por este contacto repulsivo con los restos mortales. Al igual que la fotografía moderna, esta frecuente representación de los horrores de la batalla retrataba en una imagen congelada lo que los soldados no podían describir con una secuencia de palabras. Esta visión recurrente, viva y detallada, se dirigía a los sentidos más que a la razón o al intelecto a fin de comunicar lo inenarrable.42

Los hombres sollozaban. John Casler, de la Brigada Stonewall, aun cuando era consciente de que «no es apropiado que un soldado llore», reconoció que «no podía evitarlo». Benjamin Thompson del 111.º de Nueva York afirmó que, después de Gettysburg, «no había palabras para describir esta estampa horrenda». Thompson no pudo «resistir mucho tiempo el horrible y truculento espectáculo. Mi cabeza comenzó a dar vueltas, me brotaban las

lágrimas, se me revolvió el estómago al ver todo aquello». El coronel Francis Pierce confesó que tales escenas «me despojan por completo de mi humanidad». La batalla convertía a los vivos en muertos, a humanos en animales y a hombres fuertes en «muchachos […] que lloraban como niños» o tal vez incluso como mujeres, a causa de su supuesta incapacidad de contener las lágrimas. Como relató Walter Lee en una carta enviada a su madre en junio de 1862: «Creo que no soy el mismo ser que hace dos semanas. Cuando menos ya no pienso como antes, y las cosas ya no parecen ser lo que eran».43

Una de las cosas que convertía a los soldados en hombres diferentes era resistir y reprimir el horror insoportable. «Los sentimientos de un soldado que camina por su primer campo de batalla son muy diferentes a sus sentimientos cuando camina por su segundo campo», observó un diario sudista. Los hombres hablaban de «endurecerse», de insensibilizarse o de volverse «indiferentes», impasibles incluso, a las muertes de los demás, e incluso a la posibilidad de perecer uno mismo. Un cirujano de la Unión, al verse en Virginia rodeado de un «horrible espectáculo de miseria humana», opinaba que este cambio de actitud era una suerte, pues era «una sabia medida de la divina providencia para que todo hombre pueda adaptarse a cualquier circunstancia, por más repulsiva que sea». Un soldado curtido podía dormir o comer entre los cadáveres; «todo signo de emoción […] o de sentimientos ordinarios de ternura o simpatía» desaparecían. Issac Hadden de Nueva York, con un gesto que bien podía ser una broma insensible o un alarde de cáustica furia, invito a su mujer a venir a cenar con él «en los pozos de tirador del enemigo, donde los muertos están tirados y cubiertos de pequeños gusanos llamados cresas […] estaba hambriento, y me acostumbré a las bellas vistas». El coronel de la Unión Charles Wainwright informó de que un soldado cayó sobre él, dándose por muerto. «No sentí nada por él, no más que si hubiera tropezado con una rama y se hubiera caído; tampoco creo que hubiera sentido nada diferente de haber sido mi hermano». El soldado raso Wilbur Fisk, de Vermont, recurrió a la ironía en su descripción del cambio de actitud de los soldados: «Cuanto más nos acostumbramos a que nos maten, más nos gusta».44

Los soldados actuaban con toda despreocupación, como si los que caían a su alrededor «no fueran hombres, sino puercos». El valor de la vida humana disminuyó de forma drástica; los vivos corrían el riesgo de quedar tan

deshumanizados como los muertos. Un posible consuelo de los soldados era considerarse máquinas, no hombres: sin guía moral ni responsabilidad, eran simples ejecutores de las órdenes y la voluntad de otros. Angus Waddle, un simple soldado, afirmaba no ser otra cosa que «una máquina, que manufactura fama y gloria para algún gran general». El tejano Elijah Petty explicó a su mujer que «no tenemos derecho a pensar. Otros han asumido la responsabilidad de pensar por nosotros, y, como un autómata, debemos patear (o trabajar) cuando alguien tira de los hilos». Los civiles que atendían a los caídos durante los primeros momentos posteriores a la batalla adoptaban una estrategia similar. Katherine Wormeley, quien sirvió en un buque hospital durante la campaña de la Península, consideraba que permitirse «sentirse afectada en un momento semejante era un acto de mero egoísmo». Resultaba imperativo «dejar de lado todo sentimiento. Haz todo lo que puedas y sé una máquina […] esta es la manera de actuar; la única posible».45

Aunque numerosos soldados aceptaban de buen grado esta insensibilización como un medio que les permitía escapar a los horrores que les rodeaban, otros se preocupaban por las consecuencias de semejante distanciamiento. Como observó un oficial federal: «El hecho de que muchos hombres se acostumbran por completo a esta cosa, que pueden caminar sobre montones de muertos, muchos de ellos amigos y conocidos sin ninguna emoción particular, es lo peor de todo». La indiferencia al padecimiento y a la muerte era «desmoralizadora», una incapacidad de preocuparse por las cosas más importantes de la existencia humana. Un panfleto religioso muy difundido en el Ejército confederado impartía una severa «advertencia a los soldados»: «Guardaos de la temeridad insensible –les conminaba–. La familiaridad con escenas de violencia y muerte hace que a menudo los soldados se muestren indiferentes al sufrimiento y a la aflicción, y quedan privados de la sensibilidad propia de nuestra condición humana». El endurecimiento representaba, a ojos de la Iglesia, un abandono de la compasión presente en el corazón de la identidad humana y cristiana. Perder la sensibilidad era perder el propio ser, una suerte de muerte en vida que podía convertir en bajas bélicas también a los supervivientes.46

Matar constituía la esencia de la guerra. Pero también suponía un desafío de las creencias más arraigadas de los hombres sobre la inviolabilidad de la existencia: la suya y la de los demás. Dar muerte causaba transformaciones que no eran fáciles de revertir: los vivos, como es obvio, devenían muertos, pero los supervivientes también se convertían en hombres diferentes. Estos se vieron obligados a negar, a insensibilizar sentimientos humanos básicos a cambio de un precio que siguieron pagando décadas después del fin de la guerra, como sabemos que siguen haciendo los soldados del siglo XX y XXI, desde Vietnam a Irak. Hombres que, como James Garfield, nunca volverán a ser los mismos después de haber visto campos cubiertos de cadáveres masacrados, hombres destruidos por hombres como ellos mismos.

NOTAS

1. Tolstói citado en la página ix de la obra del teniente coronel Dave Grossman, On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society de 1995; Brownson, O., 1882-1887, vol. 17, 214.

2. Grossman, D., 1995, xiv. Vid. también Bourke, J., 1999.

3. Theophilus Perry, citado en Campbell, R. B., 1983, 239; Blake Brockenbrough, Mrs. F., [entre 1861 y 1865], 3; Confederate Baptist, 3 de diciembre de 1862; Knox Mellon Jr., E. (ed.), 1960, 188-191; Christian Recorder, 18 de octubre de 1864.

4. Scott citado en Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 3 de agosto de 1861, 178; Williams, T. H., 1960, 6.

5. Frank Leslie's Illustrated Newspaper , 18 de mayo de 1861, 3. Sobre el bautismo de fuego, vid. también Frank, J. A. y Reaves, G. A., 1989. Con frecuencia se empleaba el lenguaje de la virginidad para describir la iniciación en la batalla. Vid. por ejemplo el diario de Creed Davis, entrada del 11 de mayo de 1864, VHS. Sobre soldados, matar y religión, vid. también Mitchell, R., 1988, 138-139.

6. Hugh McLees a John McLees, 18 de marzo de 1864, McLees Family Papers, SCL; Oliver Norton citado en Robertson Jr., J. I., 1988, 220-221.

7. «Sensations Before and During Battle», recorte en el cuaderno de George Bagby, 3, 149, VHS; Royster, Ch., 1991, 279.

8. Byrd Charles Willis Journal, 25 de agosto de 1864, Diary Collection, ESBL. Vid. T. I. McKenny a Earl van Dorn, 9 de marzo de 1862, donde se describe cómo se remataba a golpe de tomahawk y se arrancaba la cabellera a los federales muertos, en The War of the Rebellion…, 1883-1901, ser. 1, vol. 8, 194; vid. el informe de Thomas Livermore del 5.º de Nueva Hampshire, que, tras ordenar a sus hombres en Antietam que se pintasen, les condujo al combate entonando un grito de guerra, en McPherson, J. M., 2002, 123.

9. Diario de Osmun Latrobe, 16 de octubre de 1862, 10 de mayo de 1863, transcripción en VHS, original en los papeles de Latrobe, MS 526, MHS. Redman es citado en Masterson Brown, K., 2005, 234. Sobre el ansia de matar, vid. Nadelson, T., 2005, 72; Faust, D. G., 2004, 368; Broyles, W., 1984, 54-65; Bourke, J., op. cit. , 31; Hess, E. J., 1997, 92-93.

10. De Forest, J. W., 1946, 111-112; «Dear Mother: Don't Grieve About Me. If I Get Killed, I'll Only Be Dead»… , 1990, 156; Robertson, Jr., J. I., op. cit. , 220; William White, 13 de julio de 1862, William White Collection, PAHRC.

11. Henry Matrau, 27 de febrero de 1862, en Reid-Green, M. (ed.), 1993, 20.

12. Cuaderno de recortes de Bagby, vol. 2, 55, VHS. Sobre la camaradería como motivación para combatir, vid. McPherson, J. M., 1997.

13. Algunos historiadores dan a este nuevo rifle un alcance de hasta un millar de yardas [914 metros]. Sin embargo, Gary W. Gallagher de la Universidad de Virginia considera que un alcance efectivo de unas 300 yardas [274 metros] es una comprensión más precisa de sus capacidades. Agradezco al profesor Gallagher su ayuda en esta cuestión. James M. McPherson calcula que el veinte por ciento del ejército confederado y el

ocho por ciento del Ejército de la Unión eran reclutas obligatorios y sustitutos. McPherson, J. M., 1982, 182-183.

14. Grossman, D., op. cit. , 24-25. Desde la obra de S. L. A. Marshall sobre los soldados que se negaban a disparar durante la Segunda Guerra Mundial ha habido un furioso debate sobre el porcentaje de fuego de los soldados. Respecto a la respuesta de Grossman a estas cuestiones, vid. página 333. Vid. también Marshall, S. L. A., 1947, y Keegan, J., 1976.

15. Rags and Hope: The Recollections of Val C. Giles… , 1961, 208.

16. Byers, S. H. M., 1896, 449; Henry Abbott, 6 de julio de 1863, en Garth Scott, R. (ed.), 1991, 188; Hess, E. J., op. cit. , 55, 52. Sobre las heridas, vid. Worthington Adams, G., 1952, 113.

17. Macksey, K. y Woodhouse, W. (eds.), 1991, 111. Sobre los cambios en la naturaleza y las dimensiones de la batalla, vid. también Keegan, J., op. cit. , 285-336. Sobre tácticas, vid. McPherson, J. M., 1988, 474-476, y Nosworthy, B., 2003.

18. William Drayton Rutherford a Sallie F. Rutherford, 23 de junio de 1864, William Drayton Rutherford Papers, SCL. Sobre los requisitos para ser tirador, vid. Gerald Smith, «tiradores», en Heidler, D. S. y Heidler, J. T. (eds.), 2000, vol. 4, 1743. «A los tiradores del condado de Windham», 19 de agosto de 1861 (Bellows Falls, Vermont, Phoenix Job Office, 1861), reproducido en Hastings, W. H., 1993, 4.

19. Isaac Hadden a su hermano, esposa, queridos todos, 5 y 12 de junio de 1864, Misc. Mss. Hadden, Isaac, NYHS; Henry Abbott a J. G. Abbott, 6 de julio de 1863, en Garth Scott, R. (ed.), op. cit. , 184. Sobre las serpientes, vid. Pindell, R., 1993, vol. 32, 46.

20. Los documentos de Petersburg citados en William Greene a su querida madre, 26 de junio de 1864, en Hastings, W. H., 1993 , 226; De Forest, J. W., op. cit. , 144. Sobre los tiradores, vid. también Hess, E. J., op. cit. , 106-107, y Walzer, M., 1977, 140. Sobre la actividad de los tiradores y su muy personal naturaleza, vid. «En Antietam», Harper's Weekly, 3 de enero de

1863, reimpreso en Diffley, K. (ed.), 2002, 128-132. Sobre los cambios en la tecnología de los rifles de francotirador, vid. Banks, R., 1990, 48-55.

21. Howell Cobb a James A. Seddon, 8 de enero de 1865, en War of the Rebellion…, ser. 4, vol. 3, 1009-1010; Diario de Mary Greenhow Lee, 3 de abril de 1864, WFCHS.

22. Thomas R. Roulhac citado en McPherson, J. M., op. cit. , 566; Arkansas Gazette citada en Urwin, G. J. W., 1996, 202-203; William Drayton Rutherford a Sallie F. Rutherford, 2 de mayo de 1864, William D. Rutherford Papers, SCL; Urwin, G. J. W., op. cit. , 197, 203. Desde el mismo día que tuvieron lugar los hechos se ha debatido si Fort Pillow fue una matanza. Algunos trabajos históricos recientes han demostrado de forma persuasiva que sí que lo fue. Vid. Cimprich, J., 2005; Cimprich, J. y Mainfort Jr., R. C., 1989, 831-833; y, Ward, A., 2005. Para las estadísticas de bajas, vid. Cimprich, J., 2005, ap. B, 130-131 y tabla 7, 129. Vid. también la investigación oficial federal: Congreso de Estados Unidos, Informe de la Cámara (serie 1206), «Masacre de Fort Pillow», 38.º Congreso, 1.ª ses., n.º 63, 1864. Sobre las matanzas de soldados negros, vid. también Gallagher, G. W. (ed.), 1989, 462, 465, 487.

23. Gautier, G., 1902, 10-11.

24. John Edwards citado en Urwin, G. J. W., op. cit. , 205; Henry Bird a su prometida, 4 de agosto de 1864, Bird Family Papers, VHS, citado en Miller Manning, Ch., 2002, 27.

25. Seddon citado en Smith, J. D., 2002, 45. Vid. Kirby Smith a Samuel Cooper, en War of the Rebellion…, ser. 2, vol. 6, 21-22.

26. Marvel, W., 1994, 155.

27. Christian Recorder, 30 de julio de 1864, 121; 30 de abril de 1864, 69; y, 22 de agosto de 1863, 133.

28. DuBois, W. E. B., 1969, 110; Christian Recorder, 1 de agosto de 1863, 126; Carta de Henry Harmon, Christian Recorder, 7 de noviembre de 1863, 177; Fahs, A., 2001, 175. Vid. Black, A. K., 1994, 317-327.

29. Christian Recorder, 15 de agosto de 1863, 131. Sobre Cailloux, vid. «El funeral del capitán Andre Cailloux», Harper's Weekly , 29 de agosto de 1863; «Funeral de un soldado negro», Weekly Anglo-African (New York), 15 de agosto de 1863; Hollandsworth Jr., J. G., 1995; Ochs, S. J., 2000.

30. «El funeral del capitán Andre Cailloux», Harper's Weekly, 29 de agosto de 1863, 551; vid. también Weekly Anglo-African, 15 de agosto de 1863.

31. George E. Stephens en Donald Yacovone, ed., A Voice of Thunder: The Civil War Letters of George E. Stephens (Urbana, University of Illinois Press, 1997), p. 203.

32. «Las dos madres sureñas», en Weekly Anglo-African, 7 de noviembre de 1863.

33. Blight, D. W., 1989, 113, 115. La historia de Covey proviene de Douglass, F. , 1855, 246-249.

34. Christian Recorder, 20 de febrero de 1864, 29 y 19 de diciembre de 1863, 203.

35. Cordelia A. Harvey al gobernador James Lewis, 24 de abril de 1864, Cordelia A. Harvey Papers, WHS, Madison.

36. Christian Recorder, 30 de abril de 1864, 69; 9 de julio de 1864, 110; y, 4 de febrero de 1865, 18.

37. Lincoln, A., 1989b, 686-687.

38. La tía Aggy le explicó esta historia a Mary Livermore en Livermore, M., 1889, 261. Sobre la venganza negra, vid. también «The Brothers», de Louisa May Alcott en Atlantic Monthly, noviembre de 1863, en Diffley, K. (ed.), op. cit. , 191-208, y «Enterrado vivo», Harper's Weekly, 7 de mayo de 1864, en Diffley, K. (ed.), op. cit. , 284-288.

39. Greiner, J. M., Coryell, J. L. y Smither, J. R., 1994, 188; Howells citado en Linderman, G., 1987, 128; James Wood Davidson a C. V. Dargan, 6 de agosto de 1862, Clara Dargan MacLean Papers, RBMSC; Charles Kerrison a su primo, 19 de julio de 1862, Kerrison Family Papers, SCL; estadísticas de

«Bull Run, Primera batalla de», en Heidler, D. S. y Heidler, J. T. (eds.), op. cit., vol. 1, 316, «Shiloh, batalla de», en vol. 4, 1779, y «bajas», en vol. 1, 373-374. Vid. también McDonough, J. L., 1977 y Daniel, L., 1997. Sobre las bajas confederadas, vid. The War of the Rebellion …, 1883-1901, ser. 2, vol. 27, 338-346; Masterson Brown, K., op. cit. , 2. Solo es posible conjeturar las bajas de Lee en Gettysburg, pues este les restaba importancia de forma sistemática. En la página 258 de Regimental Strengths… de Busey, J. W. y Martin, D. G., 2005, estiman una cifra de 23 231; James M. McPherson sugiere entre 24 000 y 28 000; comunicación personal con la autora, 27 de diciembre de 2006.

40. Coronel Luther Bradley a mi querida Buel, 5 de enero de 1863, carta en posesión de Robert Bradley, Somerville, Massachusetts, en Frank, J. A. y Reaves, G. A., op. cit. , 120; Henry C. Taylor a Padre y Madre, octubre de 1863, Henry C. Taylor Papers, WHS.

41. William Stilwell a su esposa, 18 de septiembre de 1862, en «Dear Mother: Don’t Grieve About Me. If I Get Killed, I’ll Only Be Dead» , op. cit. , 184-185. El soldado de Indiana es citado en Hess, E. J., op. cit. , 119; Durkin, J. T. (ed.), 1960, 88-89; William Drayton Rutherford a Sallie F. Rutherford, 3 de Julio de 1862, SCL; Goldthwaite Carter, R., 1978, 325; James Wood Davidson a C. V. Dargan, 6 de agosto de 1862, Clara Dargan MacLean Papers, RBMSC; Benedict, G. G., 1891, 190-191.

42. Frank Leslie’s Illustrated Weekly Newspaper, 24 de mayo de 1862, 98; Grant, U. S., 1885 (reimpr., 1990), 238; Blackford, L. M., 1954, 213. Sobre pisar cadáveres, vid. Christian Recorder, 18 de julio de 1863; L. S. Bobo a A. Bobo, 7 de julio de 1862, Bobo Papers, CSA Collection, ESBL; Newcomb, M. A., 1893, 43; John Driscoll a Adelaide, 18 de abril de 1862, Gould Family Papers, WHS; Downing, A. G., 1916, 325.

43. Casler, J. O., 1893, 29; Thompson en Coco, G. A., 1995, 54; Cooke, Ch. H., 1915, 97; Pierce en Coco, G. A., 1992, 112; Walker Lee a Mi querida madre, 15 de junio de 1862, en Battle, L. E. L., 1909, 355.

44. Southern Churchman, 26 de junio de 1862; John Weissert a Queridísima madre e hijos, 14 de diciembre de 1862, John Weissert Papers, Box 1, Correspondence Nov.-Dec. 1862, BHL; Henry L. Abbott a J. G. Abbott, 17

de octubre de 1863, en Garth Scott, R. (ed.), op. cit. , 223-224; «Indifference of Soldiers to Death», Christian Recorder, 14 de noviembre de 1863, 184; Cirujano [ilegible] al reverendo Patrick Reilly, 25 de junio de 1862, Patrick Reilly Papers, PAHRC; Trumbull, H. C., 1898, 158, 39; Isaac Hadden a su Kate, 24 de mayo de 1864, Misc. Mss. Hadden, Isaac, NYHS; Charles Wainwright en Nevins, A. (ed.), 1962, 56; Wilbur Fisk citado en Mitchell, R., 1993, 157.

45. Jordan, W. T. (ed.), 1939, 54; Petty, E. P., 1982, 304; Angus Waddle a Mi querida hermana, 6 de marzo de 1862, Ellen Waddle McCoy Papers, MOHS; Prescott Wormeley, K., 1889, 114.

46. Sutherland, D. E., 1995, 163; Casler, J. O., op. cit., 89; Soldiers' Almanac , 1863.

---

*N. del T.: Numerosas obras históricas y literarias sobre la Guerra de Secesión estadounidense, tanto de la época como posteriores, aluden a su condición de contienda fratricida mediante la idea «Brother against brother», referencia a su vez extraída de un pasaje de la Biblia (1 Cor 6, 6): «[…] sino que hermano contra hermano litiga, y esto ante infieles […]».

** N. del T.: En la tradición del judaísmo ortodoxo y en la mayoría de las confesiones protestantes, el sexto mandamiento es «no matarás». No obstante, en la tradición católica, «No matarás» sería el quinto.

*** N. del T.: Secesh , abreviatura de secessionist , uno de los motes con que se conocía a las tropas confederadas.

**** N. del T.: El cottontail , o conejo de cola de algodón (género sylvilagus) es una subespecie de conejo originaria de las dos Américas.

***** N. del T.: Estos tres términos hacen referencia a motes despectivos con los que se conocían a los alemanes y los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial y a los vietnamitas durante la Guerra de Vietnam.

****** N. del T.: Al finalizar la guerra, fue elegido primer Gran Mago del Ku Klux Klan (1867).

******* N. del T.: En la época de la Luisiana española, se reclutaron en este territorio compañías de mulatos y de negros libertos que combatieron en diversas campañas, entre otras en el asedio de Pensacola (1781).

******** N. del T.: Peculiar institution era el eufemismo con el que se conocía a la esclavitud en la época.

********* N. del T.: Sal 119, 137 versión de la Biblia protestante de Reina Valera.

3

ENTERRAR

«NUEVAS LECCIONES PARA EL CUIDADO DE LOS MUERTOS»

«No es así como enterramos a los nuestros en mi tierra».

Roland E. Bowen, 15.º de Massachusetts,

28 de septiembre de 1862

Finalizado el combate, los soldados, por más desconcertados, exhaustos y sobrecogidos que estuvieran, todavía tenían mucho que hacer. Las matanzas ocasionadas en los grandes choques de la Guerra de Secesión, e incluso las bajas de las escaramuzas menores, planteaban un problema inmediato a unos hombres que seguían bajo el impacto físico y emocional del combate. Los soldados debían dejar a un lado sus propias miserias y atender a los muertos y heridos. El inmenso número de cuerpos pendientes de ser enterrados después de los conflictos de Shiloh, Antietam o Gettysburg suponía un desafío para la administración, tanto para su capacidad logística como para su inventiva, pues cada muerte planteaba un problema acuciante y de sombrío pragmatismo: ¿qué debían hacer con los cadáveres?

Los estadounidenses decimonónicos se enfrentaron a la crisis provocada por la mortandad de la Guerra Civil con una serie de conceptos generales sobre cuál era el tratamiento adecuado de los muertos. Estaba en juego la humanidad y no solo unos seres humanos en particular. Como explicaron los encargados del Cementerio nacional de Antietam en 1869, «uno de los

indicadores más notables de civilización y refinamiento en un pueblo es la delicadeza y el cuidado que manifiestan hacia sus muertos».1

¿Por qué nosotros, los vivos, prestamos atención a los cadáveres? Por descontado, existe la necesidad imperiosa de su retirada, el problema más tangible e inmediato que plantean los restos mortales. En 1854, mucho antes del estallido de la guerra, el semanario Harper's New Monthly Magazine publicó una extensa reflexión sobre este tema. Su editor, Henry Raymond, fundador del New York Times y uno de los principales partidarios de Lincoln durante la contienda, especuló sobre si tal vez «el carácter sacro del cuerpo humano» era una noción demasiado anticuada para una era moderna de ciencia y progreso. No obstante, Raymond, basándose en argumentos históricos, filosóficos, religiosos y de la razón, insistió en defender la idea opuesta. «En todos los lugares, en todas las épocas, en todas las clases y condiciones de la humanidad, los despojos de nuestra mortalidad terrenal siempre han inspirado profundos sentimientos». El cuerpo, prosigue el ensayo, no es una simple posesión, «como un cuadro, un libro, un ornamento, o cualquier otra cosa que hubiera pertenecido en algún momento al difunto». En el cadáver, por el contrario, permanece «algo del antiguo ser». Y, en lo que respecta a la doctrina protestante que predominaba, también quedaba algo del futuro ser inmortal. El cuerpo humano «no es como cualquier otra porción de materia» pues este «volverá a levantarse […] sí, ese mismo cuerpo».2

La redención y la resurrección de la carne eran entendidas como realidades físicas, no solo metafísicas, de modo que el cuerpo, incluso después de su óbito y descomposición, conservaba «una identidad superviviente». Por lo tanto, el cuerpo requería «sagrada reverencia y atención», pues la falta de cuidados indicaría «una comunidad sin moral y en proceso de rápida desmoralización». El cuerpo era repositorio de la identidad humana en dos sentidos: representaba el ser intrínseco y la individualidad de un humano particular y, al mismo tiempo, encarnaba la condición humana de dicha identidad, la promesa de vida eterna que diferencia los restos mortales del hombre de la carcasa de un animal, que no posee ni consciencia de la muerte ni promesa de inmortalidad, ni física ni espiritual. Semejantes ideas del cuerpo y de su lugar en el universo exigían cuidados incluso cuando la vida ya había escapado; requería que siempre hubiera un entierro «decente», acompañado de los rituales apropiados para los fallecidos.3

Los soldados de la Guerra de Secesión sentían una profunda preocupación por sus propios restos, en particular cuando comenzaron a toparse con circunstancias en las que era casi imposible tratarlos con el respeto tradicional. Un surcarolino escribió desde el frente de Virginia: «me horroriza que me dejen tirado en algún lugar olvidado, o amontonado y pisoteado, como he visto en unas cuantas tumbas de por aquí». Albergaba la esperanza de que le devolvieran a su casa. Jeremiah Gage, del 11.º de Misisipi, lo veía de diferente modo. Desde su lecho de muerte en Gettysburg, Gage escribió a su madre que no debía apenarse por no poder recuperar su cadáver. Con sus últimas palabras, pidió «ser enterrado como mis camaradas. Pero hondo, muchachos, hondo, para que las bestias no me cojan». El confederado Thomas J. Key compartía el mismo temor truculento: «Es terrible pensar en morir en el campo de batalla sin que una mano amiga oculte tus restos de los ojos del mundo o de las mandíbulas de alimañas y aves carroñeras». Un soldado nordista expresó otra inquietud con su último aliento: «no permitan que me cojan los rebeldes». Ser devuelto al seno familiar, o si eso no era posible, ser enterrado con honor entre sus camaradas, a salvo de la profanación del enemigo, humano o de otro tipo: estas eran las preocupaciones comunes de los soldados de ambos bandos, nordistas y sudistas.4

Cuando estalló la guerra, los administradores militares de ambos bandos trataron de establecer unos procedimientos estándar de enterramiento, sobre todo debido a que se creía que los cuerpos en descomposición y los «efluvios» que emanaban de estos suponían una seria amenaza para la salud pública. Muchas de las muertes acaecidas durante los primeros meses del conflicto fueron provocadas por epidemias de enfermedades como el sarampión o las paperas que se propagaron cuando los hombres, a menudo procedentes de zonas rurales aisladas, se concentraban en los campamentos militares, donde contraían nuevas afecciones. Tanto el Norte como el Sur ordenaron a sus hospitales militares que establecieran cementerios. Cada hospital del Ejército de la Unión debía proveerse de una «casa de muertos» para almacenar los cadáveres antes de su entierro y para hacer exámenes post mortem. Cuando las circunstancias lo permitían, el personal hospitalario redactaba detallados informes sobre los hombres allí inhumados, les daban un entierro respetuoso, y, si el ejército permanecía estacionado cierto tiempo, se encargaban del mantenimiento de las sepulturas. Así, por ejemplo, la contabilidad de 1861 del hospital confederado de Culpeper, en Virginia,

incluye el abono de sumas regulares a temporeros locales para que excavaran las tumbas y elaboraran los féretros para las inhumaciones de su bien cuidado cementerio.5

Sin embargo, la escalada bélica y los primeros choques en el campo de batalla hicieron que estos primeros cementerios fueran inadecuados para los que morían en el escenario del combate, en campos dispersos, o en hospitales de campaña improvisados a toda prisa. Finalizada la contienda, un antiguo enfermero de la Unión recordaría con tristeza la imposibilidad de mantener un registro preciso de los muertos. Los hospitales de campaña, explicó, se organizaban según las emergencias. «Todo […] se organizaba a la carrera. Comprenderán por tanto la falta de orden en el entierro de los difuntos […] a duras penas, con grandes trabajos y dificultades podíamos atender a enfermos y heridos […] de ahí la poca atención prestada a aquellos a los que ya no podíamos ayudar». Como explicó un capellán de la Unión: «aprendimos nuevas lecciones para el cuidado de los muertos, o más bien la necesidad de no atenderles ante las exigencias de un tipo de guerra más activo».6



«Tumbas de soldados cerca del Hospital General, City Point, Virginia», Biblioteca del Congreso.

La cifra de bajas de la Primera batalla de Bull Run, librada a finales de julio de 1861, llevó a los administradores militares a reconsiderar su falta de preparación para un número tan grande de caídos. En septiembre, el Ejército de la Unión emitió la Orden General n.º 75, que responsabilizaba a los oficiales al mando de dar sepultura a los soldados caídos dentro de su jurisdicción, así como de remitir un informe de sus fallecimientos a la oficina del ayudante general. Poco más de seis meses después, la Orden General n.º 33 impartió instrucciones más detalladas:

A fin de garantizar, siempre que sea posible, el entierro decente de los caídos, o de aquellos que pudieran caer, en combate, ordenamos a los generales al mando el trazado de parcelas de terreno en algún lugar apto cerca de cada campo de batalla, tan pronto como les sea posible, y hacer que los restos de los fallecidos sean enterrados, con carteles con números en las tumbas, y, cuando sea factible, los nombres de las personas enterrados en ellas. Deberá llevarse un registro de cada cementerio, en el que se anotarán los datos de los carteles.7

«Siempre que sea posible […] cuando sea factible»: el mismo lenguaje empleado revela lo utópico de la medida. Las estructuras y recursos que habrían sido necesarios para aplicar tales políticas apenas habían sido concebidas, y mucho menos creadas: el Ejército de la Unión carecía de destacamentos de enterramiento regulares, ni unidades de registro de tumbas y, hasta 1864, no dispuso de un servicio integral de ambulancias. En fecha tan tardía como la Segunda batalla de Bull Run, en agosto de 1862, una división de la Unión entró en campaña sin disponer de una sola ambulancia para la retirada de bajas. El Ejército confederado publicó reglamentos análogos, que detallaban la responsabilidad de los comandantes de enterrar a los muertos, retirar sus efectos e incluso pagar la factura de su colada. Pero su atención a los detalles de cómo ejecutar tales instrucciones fue similar a la de sus homólogos del Norte. En la Guerra de Secesión, enterrar a los muertos después de una batalla siempre era un acto de improvisación, en el que se empleaban los recursos del momento y de las circunstancias particulares; se formaban destacamentos de entierro con las tropas disponibles, se utilizaba a los prisioneros de guerra y se alistaban civiles.8

La extensión de tiempo necesaria para atender a los caídos evidenciaba esta falta de capacidad y preparación. Si, como ocurría con frecuencia, las exigencias del combate retrasaban el cuidado de los heridos, la atención a los muertos se demoraba aun más. A veces, cuando una posición militar parecía amenazada, los comandantes optaban por rechazar las banderas de tregua para la retirada de bajas del campo de batalla. Así, por ejemplo, durante la campaña de la Península de 1862, el coronel nordista Henry Weeks informó

desde Hanover Court House, Virginia, de «la negativa del enemigo a admitir nuestro destacamento de enterradores». A menudo, los soldados yacían sobre el campo, muertos o agonizantes, durante horas e incluso días mientras se decidía el resultado de un choque. Josiah Murphey de Nantucket declaró el 6 de junio de 1864 que las bajas de la batalla de Cold Harbor permanecieron tres días allí donde habían caído. Por fin, una tregua de veinticuatro horas interrumpió los combates sin descanso y permitió a las tropas enterrar a sus cadáveres. Durante la campaña de la primavera de 1864, un diario nordista explicó la negativa de Grant a aceptar un «cese de hostilidades» de cuarenta y ocho horas para sepultar cadáveres: «Lee está de rodillas, implorando tiempo para enterrar a sus caídos. Pero en esta guerra cruel la misión de los generales es ocuparse de los vivos». Tanto civiles como soldados comenzaron a entender el significado y el apremio de la frase que salmodiaban una y otra vez: «que los muertos entierren a los muertos».9

Más a menudo el retraso se debía a la imposibilidad de movilizar los recursos humanos y materiales necesarios para la tarea. La batalla de Antietam, librada el 17 de septiembre de 1862, el más sangriento día de combate de la historia estadounidense, dejó agotados a ambos ejércitos, federales y confederados. Lee se retiró muy despacio hacia el sur y abandonó el campo de batalla –y los muertos de ambos bandos– en poder del ejército de la Unión. McClellan, es posible que sobrecogido por la magnitud del choque, no trató de perseguir al Ejército confederado para obtener ventajas estratégicas de su victoria. Sus tropas se vieron presas de una parálisis similar a la devastación que tenían ante sí: yacían sobre el campo, muertos o heridos, veintitrés mil hombres y un sinnúmero de caballos y mulas. Un cirujano de la Unión refirió que, una semana después de la batalla, «casi la totalidad de los muertos seguía insepulta, y el hedor que desprendían era tal que podría provocar una pestilencia». El cirujano describió «estirados, en línea recta, preparados para ser enterrados, no menos de un millar de cadáveres ennegrecidos e hinchados, con sangre y gas saliendo por cada orificio y gusanos dándose un festín a su costa». Una enfermera llegada más de diez días después encontró hombres desperdigados por el campo.10

En Antietam hubo algunos comandantes que formaron destacamentos para enterrar a los muertos tan pronto como cesó la lucha. El neoyorquino Ephraim Brown, orgulloso por haber capturado una bandera rebelde, el 17

de septiembre, día de la batalla, fue asignado dos días después a un destacamento para inhumar confederados en el mismo lugar de su triunfo. Su grupo contó 264 cuerpos en una extensión de 50 metros. Es posible que Brown se sintiera agraviado por que su valor fuera recompensado con este truculento servicio, pues en muchas ocasiones se asignaba a las unidades a servicios de enterramiento como castigo por alguna falta o infracción castrense. S. M. Whistler del 130.º de Pensilvania informó con tristeza de que, tres días después de la batalla de Antietam, su regimiento «a causa de haber contrariado al comandante de su brigada, fue honrado con el nombramiento de sepulturero en jefe» de un «lugar particular del campo». Los oficiales, en un gesto que era a la vez práctico y punitivo, solían ordenar a los prisioneros de guerra que enterrasen a sus propios caídos. Así, por ejemplo, un oficial confederado, tras un enfrentamiento en las postrimerías de la guerra, parecía alegrarse del disgusto de los prisioneros de la Unión a los que se había ordenado «enterrar a sus muertos olvidados. Les repugnaba ver a sus camaradas pudrirse insepultos en bosques y campos».11



«Destacamento de enterradores tras la batalla de Antietam». Fotografía de Alexander Gardner, Biblioteca del Congreso.

Origen Bingham del 137.º de Pensilvania estaba bastante descansado después de la batalla de Antietam porque su regimiento había permanecido en reserva, de ahí que Bingham y sus hombres tuvieran que enfrentarse «al servicio más desagradable que nos podrían haber asignado; la lengua no puede describir la horrible visión». Los soldados habían caído el miércoles 17 de septiembre; el 137.º llegó al campo de batalla el domingo. Aunque los cadáveres unionistas ya habían sido sepultados, es probable que por los camaradas de sus propias unidades, todavía quedaban por inhumar centenares de confederados. Bingham obtuvo permiso de la oficina del Provost Marshall?* para comprar licor para sus hombres, pues consideraba que estos solo podrían cumplir sus órdenes si estaban bebidos. Bajo tales condiciones es difícil que pudiera tratarse con respeto a los difuntos: no faltaron las bromas procaces y las chanzas de borrachos. Hubo otro destacamento de enterradores que, desbordado por el número de cadáveres, optó por un método diferente para acelerar la tarea. El pelotón de exhaustos unionistas arrojó a cincuenta y ocho confederados al pozo de un granjero local que había cometido la insensatez de abandonar sus tierras.12



«Antietam. Muertos confederados reunidos para recibir sepultura». Fotografía de Alexander Gardner, Biblioteca del Congreso.

La batalla de Gettysburg, al verano siguiente, planteó un desafío aún mayor, pues los combates se prolongaron tres días, lo cual retrasó la atención a los muertos mientras las operaciones militares continuaban sin descanso. El 4 de julio yacían desperdigados por el campo, bajo el calor estival, una cifra estimada de seis millones de libras [2,71 millones de kilogramos] de restos humanos y animales, mientras una localidad de 2400 habitantes atendía como podía a 22 000 heridos que seguían vivos, pero en situación desesperada. Un oficial médico de la Unión que asumió la responsabilidad

de enterrar a los que no podía salvar, informó de que carecían de las herramientas más básicas: «no tenía ni un pico ni una pala […] me vi obligado a enviar un destacamento de requisa a las granjas, el cual, después de un día de esfuerzos, se procuró dos palas y un hacha». Había tal cantidad de cuerpos insepultos que un cirujano calificó el ambiente de intolerable. Los residentes de los contornos se quejaban del «hedor» que persistió desde los días de la batalla, en julio, hasta las primeras heladas, en octubre. Un muchacho recordó que todo el mundo «llevaba encima un frasco de aceite de poleo o de menta» para contrarrestar el mal olor.13

Por lo general, la responsabilidad de atender a los muertos recaía en el vencedor, pues era su ejército el que se quedaba en posesión del campo de batalla. Durante los primeros compases de la contienda a los soldados les indignaba que los vencidos abandonasen a sus camaradas sin darles sepultura. «Ningún hatajo de paganos perpetró nunca actos semejantes –afirmó un soldado georgiano después de la Primera batalla de Bull Run, en julio de 1861–. Nunca volvieron a enterrar a sus primeros muertos». Mas este escrúpulo fue abandonado con la misma rapidez que los mismos cadáveres. «No puedo entretenerme en recoger los restos del campo de batalla» declaró con toda crudeza el general federal Meade después de su costoso triunfo en Gettysburg en julio de 1863. En 1862, dos camaradas del confederado Theodore Fogel fueron abatidos mientras trataban de recuperar el cuerpo de su coronel cerca de Winchester. Fogel les explicó a sus padres que «soy consciente de que no tengo derecho a exponerme de ese modo. El coronel Holmes estaba muerto, y no era correcto que arriesgásemos nuestras vidas solo por retirar sus restos del campo». Las necesidades de los vivos estaban cada vez más por encima de la dignidad de los difuntos.14

La realidad práctica dictaba que los ejércitos en retirada no tenían tiempo de atender a los muertos, sino que debían confiar en la humanidad de sus adversarios, que, como era de esperar, daban precedencia a sus propias bajas. Esta discriminación se debía sobre todo a sus vínculos con los camaradas caídos pero es posible que también hubiera un elemento de cálculo táctico. El cirujano confederado John Wyeth describió que, al final de la larga noche que siguió a la victoria confederada de Chickamauga, «[…] la mayor parte de los muertos confederados había sido reunido y enterrado en largas fosas; pero los muertos de la Unión seguían yaciendo allí donde habían caído. Debido al efecto que esto tenía sobre los supervivientes, la táctica del

vencedor es ocultar sus propias pérdidas y dejar a la vista las del otro bando». A veces, en particular si los ejércitos estaban marchando, los muertos enemigos no eran enterrados sino que se les dejaba pudrirse, de modo que las tropas hallasen sus huesos al volver al terreno de anteriores enfrentamientos. Frank Oakley de Wisconsin encontró esqueletos de la Primera batalla de Bull Run mientras libraba la segunda batalla del mismo nombre, trece meses más tarde; en 1864, los combatientes de Spotsylvania y el Wilderness se toparon con despojos humanos de la acción de Chancellorsville, que había tenido lugar casi un año antes.15



Soldados negros sirviendo en un destacamento de enterradores. «Entierro de los muertos bajo bandera de tregua, Petersburg, 1864», Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 3 de septiembre de 1864.

Los ejércitos desarrollaron técnicas de enterramiento para hacer más manejable la sobrecogedora tarea de retirar los cadáveres. No obstante, estos procedimientos eran horribles incluso para quienes los ejecutaban. Los destacamentos de enterradores reunían los cadáveres en un único punto del campo de batalla. Para ello, ataban las piernas de cada soldado, pasaban una cuerda por su torso y lo arrastraban hasta una hilera de cuerpos amontonados. Utilizaban bayonetas calentadas y retorcidas en forma de gancho, para evitar que el soldado tuviera que tocar los cuerpos putrefactos. A continuación, el destacamento excavaba una tumba, colocaba en el hoyo un cuerpo, lo cubría con tierra de la tumba siguiente y así sucesivamente hasta que la hilera de cadáveres quedaba tapada. Este trato individual, no obstante, se le reservaba a los camaradas y siempre y cuando las circunstancias permitieran disponer de tiempo y recursos suficientes. Los muertos del enemigo solían ser sepultados en grandes fosas comunes. G. R. Lee describió el procedimiento de su unidad: «se excavaban largas trincheras, de unos 6 pies [unos 180 centímetros] de ancho y 3 o 4 [90-120 centímetros] de profundidad. Los muertos eran envueltos en mantas y llevados a la trinchera, donde, para ahorrar espacio, se les colocaba alternados, con los pies de uno en la cabeza del otro. Luego se arrojaban mantas viejas sobre la pila de cuerpos y sobre estas se echaba tierra». Un soldado reflexionó con inquietud que el proceso que había presenciado después de Shiloh reducía a los hombres a la condición de animales, o quizá incluso de hortalizas. «Excavan hoyos –escribió–, y los amontonan como ganado muerto, y tienen destacamentos que les ponen en fila, como quien recolecta calabazas».16

En Gettysburg, los confederados fueron enterrados en zanjas que contenían ciento cincuenta o más hombres donde, más que darles sepultura, se les arrojaba de cualquier modo. A veces los cuerpos en descomposición reventaban, lo que obligaba a los destacamentos de enterradores a trabajar en otro lugar hasta que el hedor se hubiera disipado. Los soldados pisoteaban «a los muertos, les estiraban piernas y brazos y los pateaban para encajar en el hoyo al máximo número posible». En ocasiones, las circunstancias podían requerir el entierro en masa de los del propio bando. Un capellán de Connecticut recordó un choque furioso durante los últimos días de la contienda en el que perecieron veintitrés miembros de su compañía: «Lo único que pudimos hacer en el breve intervalo que pasamos allí fue enterrar a nuestros muertos a toda prisa en una fosa común […] en una larga

trinchera junto al camino, los oficiales por un lado y las clases de tropa cerca». Como es obvio, las fosas comunes borran los nombres de sus ocupantes, aun cuando los vivos a menudo trataban de asegurarse de que los cadáveres conservasen sus efectos personales lo cual abría al menos una posibilidad de que los desenterrasen y los identificasen en un futuro. También se marcaban las fosas, como una de las excavadas en Antietam, que tenía un simple cartel de madera: «aquí hay enterrados 80 rebeldes». Por norma general, nordistas y sudistas eran enterrados por separado. Un coronel de la Unión proclamó su indignación tras descubrir que algunos hospitales militares inhumaban a los muertos de forma indiscriminada, sin «distinguir entre las tumbas de nuestros valerosos hombres que han muerto por nuestra causa, y la tumba de los indignos invasores de nuestro suelo. Esto –aseveró– es un gran agravio». Consideraba que solo podía ser culpa del «sepulturero¸pues solo le preocupa cobrar su dinero por cubrir de tierra sus cabezas». Era necesario, insistió, reservar secciones separadas del cementerio hospitalario, «y mantener los cadáveres separados».17



«Soldados confederados muertos agrupados para su entierro. Spotsylvania, mayo de 1864». Biblioteca del Congreso.

Los exhaustos soldados aprovechaban zanjas naturales y depresiones del terreno. Después de la segunda acción de Bull Run, ochenta y cinco muertos fueron colocados junto a una elevación creada por una excavación ferroviaria y, a continuación, «cubiertos por medio de la nivelación del terraplén, lo cual era una forma de dar sepultura de lo más expeditiva». James Eldred Phillips de Virginia describió el entierro de los muertos de la campaña de la primavera de 1863. Los hombres eran colocados «en profundas quebradas a uno y otro lado del camino, y se les cubría con tierra

excavada de un lado». Pero cayó una tormenta primaveral y Philips se enteró «cuando ya habíamos recorrido cierta distancia por el camino» de que «las fuertes lluvias habían barrido a todos los hombres que estaban enterrados en la quebrada […] y les arrastraron hasta Fredericksburg».18

La improvisación y la negligencia hacían que, con frecuencia, las tumbas fueran tan poco profundas que reaparecían cuerpos y esqueletos a causa de las lluvias y los vientos que erosionaban el suelo que les cubrían, y también debido a los puercos que hozaban los campos en busca de restos humanos. Era impensable proporcionar ataúdes a los hombres enterrados en campaña; lo máximo a lo que un hombre podía aspirar era a ser amortajado con una manta. Como relató un trabajador humanitario, en los entierros en Virginia en 1864 «nadie ha sido enterrado en un féretro desde que comenzó la campaña». Al comienzo de la contienda, numerosos estadounidenses hubieran considerado el ataúd el elemento básico de la «dignidad» que distinguía un sepulcro humano de un entierro animal. Todos habrían estado de acuerdo con John J. Hardin, un voluntario de Indiana que consideraba «terrible […] ver a un pobre soldado arrojado a una zanja y tapado con tierra, sin caja alguna».19

Estas inhumaciones deshumanizaban a los difuntos y aterraban a muchos vivos. Un capellán de la Unión observó que, en las fosas comunes, los cuerpos «eran cubiertos de forma muy similar a como los granjeros cubren las patatas y raíces para preservarlas de las heladas invernales, pero con la salvedad de que las verduras son tratadas con mucho más cuidado […] las circunstancias impedían proporcionar el mismo cuidado al héroe caído». A menudo, los cuerpos estaban desnudos en el sentido literal de la palabra, o en paños menores, lo cual permitía distinguir los cadáveres yanquis de los confederados, pues los nordistas acostumbraban a llevar la ropa interior de lana, y los sudistas de algodón. Los soldados desesperados por encontrar ropa robaban a los muertos sin remordimientos ni sentido de la propiedad, de modo que los ladrones y saqueadores aparecían en los campos de batalla tan pronto como finalizaban las hostilidades. Al final de la batalla de Franklin, en 1864, los menesterosos soldados confederados despojaron incluso a los cadáveres de sus generales, seis de los cuales yacían muertos sobre el campo. Daniel Holt, cirujano federal capturado en Spotsylvania, reconoció a un amigo entre los trescientos yanquis muertos «alineados delante de una

trinchera medio anegada donde iban a ser arrojados a conveniencia de sus captores. Estaba completamente desnudo».20

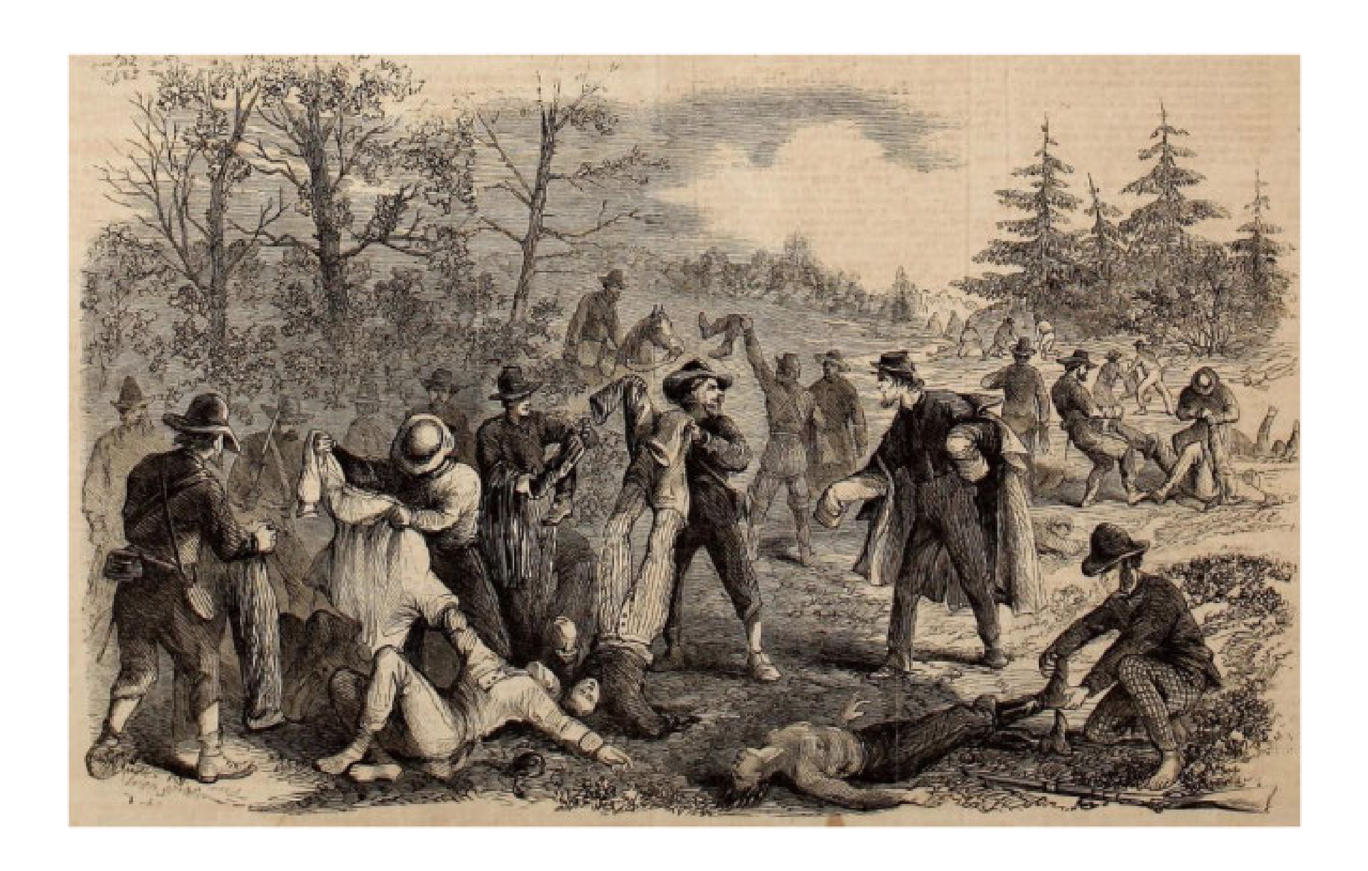
A las tropas les turbaba que entre los montones de cadáveres pudieran quedar algunos vivos, incapaces de hablar, de dar a conocer su presencia o de «liberarse de sus antiguos camaradas». El neoyorquino William Gore relató la aterradora experiencia vivida en Virginia por uno de sus compañeros, el cual «escapó por los pelos» de una tumba que ya había sido excavada. Estaban a punto de sepultarlo cuando intervino una enfermera que dijo que se encargaría de hacer llegar su cadáver a su casa. Mientras yacía a la espera de transporte, recuperó la consciencia, y no tardó mucho en volver al servicio activo. Desde como mínimo el siglo XVIII los estadounidenses habían mostrado gran temor a que los enterraran de forma prematura, para lo cual diseñaban féretros con campanas y protocolos especiales de reanimación a fin de prevenir un entierro en vida. Estas inquietudes indican una incertidumbre fundamental sobre la demarcación entre la vida y la muerte, una duda que incluía reflexiones metafísicas sobre la inmortalidad, así como la definición fisiológica de la existencia vital. Para numerosos estadounidenses, la aceptación de la gran mortandad de la Guerra Civil comenzaba por la dificultad de algo tan simple como identificar y reconocer el fin de la vida.21



«Fosa común en Gettysburg». Fotografía de Timothy H. O’Sullivan, Biblioteca del Congreso.

Cuando los cadáveres permanecían en poder de sus camaradas y las tropas no marchaban a toda prisa a nuevos combates, los muertos recibían mejor trato. Las compañías y regimientos se adelantaban a los destacamentos oficiales de enterradores y asumían la responsabilidad de encargarse de sus propios caídos. Con frecuencia, los camaradas se juraban unos a otros proporcionarse «un entierro decente» y, tras las grandes batallas, los hombres recorrían los campos de día y de noche en busca de familiares y amigos desaparecidos. Los soldados hacían todo lo posible por darles respetuosa sepultura. Un camarada del soldado raso Albert Frost del 3.º de Maine dejó un relato de sus esfuerzos para localizarle, desaparecido después

del tercer día de Gettysburg. El soldado y un camarada recibieron permiso para regresar al último punto en que habían visto con vida a Frost.



«Después de la batalla: soldados rebeldes “despluman” (es decir, despojan) a los caídos de la Unión», Frank Leslie’s Illustrated Newspaper, 13 de febrero de 1864.

Lo encontramos bocabajo y con muchos otros, la carne comida (en aquel clima caluroso) por gusanos, pero no tanto como para no poder reconocerle. Cuando fuimos a enterrarle todo lo que encontramos para cavar la tumba fue una vieja azada en una pequeña edificación. Cubrimos el fondo de la tumba con mochilas vacías, tendimos a nuestro amado hermano, le tapamos con otra mochila, y le cubrimos con toda la tierra que pudimos. La sepultura estaba excavada al pie de un gran árbol. Luego encontramos una pieza de una caja de madera y grabamos su nombre en él con una navaja y lo clavamos en el árbol situado frente a su tumba.22

El entierro de Albert Frost ilustra muchos de los elementos centrales que componían lo que podríamos denominar un entierro amistoso en campaña. Sus camaradas dedicaron considerable esfuerzo e ingenio para darle la dignidad de una tumba individual e identificable. Trataron de compensar la falta de féretros en los momentos inmediatamente posteriores a la batalla con mochilas abandonadas, que utilizaron para escudarle del contacto directo con la tierra. Esta cobertura era crítica para la noción de un «entierro decente»; la inhumación propia de un humano, no de un animal.

Durante los primeros años de la contienda, cuando los entierros sin ataúd todavía no eran habituales, la falta de un féretro preocupaba por igual tanto a yanquis como a confederados, que trataban de buscar sustitutos aceptables. Un inventivo soldado de la Unión no estaba dispuesto a permitir que su tío fuera enterrado sin algún tipo de barrera entre su cuerpo y la tierra desnuda, por lo que empleó un tronco vacío a modo de féretro. En la época de Gettysburg, los compañeros de Albert Frost habían abandonado toda esperanza incluso de hallar un sustituto del ataúd, por lo que se limitaron a cubrir el cuerpo. Los soldados eligieron un punto cerca de un árbol –sin duda tanto como punto de referencia como elemento estético de la sepultura– y también trataron de señalar la ubicación de su sepultura. Se improvisaban lápidas con paneles de madera extraídos de cajas de galletas (las galletas «duras como el hierro» que constituían la dieta básica del ejército), planchas de cajas de munición y raíles ferroviarios cruzados.

Algunos soldados organizaban sus propios rituales de homenaje a los finados: breves plegarias, con o sin la participación de un capellán. El confederado Thomas Key describió el entierro de dos soldados en 1864. La ceremonia incluyó la lectura de pasajes bíblicos, rezos y un himno, «en mitad de un fuerte cañoneo y acompañado por el canto de las balas minié». James Houghton de Míchigan, «deseoso de garantizar que mi compañero de tienda tuviera un entierro dicente», regresó al campo de batalla de Gettysburg. Allí vio que otros ya habían llevado a cabo esa tarea y habían exhumado a decenas de sus compañeros. Houghton quedó satisfecho, ya que «se tomaron todas las molestias posibles en su entierro […] en algunos casos les retiraron sus ropas ensangrentás, que lavaron y secaron en ramas de árboles y volvieron a poner». Las enfermeras de los hospitales de campaña

oficiaban servicios por los muertos cuando el tiempo y las circunstancias lo permitían. No obstante, a medida que avanzaba el conflicto, estas oportunidades fueron cada vez más escasas. La confederada Fannie Beers explicó que, durante meses desde su entrada en el servicio, «insistí en asistir a la tumba a todo soldado muerto y leer sobre él durante el sepelio. Pero ahora [otoño de 1862] esto es imposible. Ya no es posible prestar ayuda a los difuntos; los vivos siempre necesitan auxilio».23



Muertos, con y sin ataúd, hombro a hombro. Los primeros eran probablemente oficiales. «Exequias de muertos federales. Fredericksburg, 1864». Fotografía de Timothy H. O'Sullivan, Biblioteca del Congreso.

Los esfuerzos de los soldados por encontrar a sus camaradas entre los miles de cadáveres y rendirles honores constituían una resistencia a la acción

erosiva de la guerra sobre la importancia de cada vida humana. Como explica el revelador relato de un capellán de Connecticut,

[…] decir que han muerto en una gran batalla dos mil, o veinte mil hombres, o que se han enterrado miles de muertos en una gran fosa, provoca como mucho una vaga impresión. Es demasiado como para causarle a uno una impresión verdaderamente personal. Pero, cuando conoces a un hombre que ha caído abatido a tu lado, y ayudas a darle sepultura, mientras sus camaradas están a tu lado sobre su tumba abierta, es algo mucho más real que una cifra sobrecogedora.24

Los soldados rendían homenaje a sus camaradas muertos por respeto a los caídos, para así tratar de rescatar al individuo, lo que el semanario Harper's denomina «su […] propio ser», de la matanza impersonal y abrumadora. Pero también lo hacían por sí mismos: para reafirmar su compromiso con la santidad de la vida humana y la integridad del ser humano. Con esto reafirmaban el propósito general de su existencia y supervivencia, en la esperanza de que si los mataban, alguien les honrase de igual modo.

Sin embargo, era inevitable que se diera más importancia a unos individuos que a otros. Los oficiales caídos en campaña recibían un tratamiento privilegiado, tanto por parte del enemigo, quien por norma devolvía sus cadáveres, como por parte sus propios hombres. En 1864, el surcarolino J. W. McClure describió a su esposa una práctica común durante toda la contienda: se usaba una bandera de tregua para intercambiar los «cuerpos de oficiales principales» que habían quedado en manos del enemigo. Por el contrario, en el caso de Robert Gould Shaw, caído en 1863 cuando encabezaba el asalto de sus tropas negras contra Fort Wagner, los confederados se negaron a entregar sus restos, que fueron sepultados en una fosa común junto con sus soldados negros, para mostrar desprecio a su cadáver y a su compromiso abolicionista.25

Tanto federales como confederados daban un trato privilegiado a sus oficiales muertos. En el cementerio de Hollywood, en Richmond, donde

fueron sepultados durante toda la guerra los hombres traídos de los campos de batalla circundantes, la práctica informal de enterrar a los oficiales separados de la tropa pronto llevó al establecimiento de un ala separada para los primeros. Tras la batalla de Cedar Mountain, en 1862, la mayoría de los muertos federales permaneció insepulta durante días, mientras que los oficiales fueron empaquetados en carbón vegetal y remitidos a Washington, donde, después de colocarles en ataúdes metálicos, se les envió a sus respectivas localidades por todo el Norte. El confederado Charles Kerrison describió una diferencia de trato similar en función del rango del finado al intentar recuperar el cuerpo de su hermano Edwin, un soldado raso muerto en la primavera de 1864. Kerrison esperaba poder conseguir para Edwin uno de los ataúdes metálicos enviados para uso de los cuatro oficiales muertos, una vez se confirmó que uno de sus cuerpos no había sido encontrado. Sin embargo, Kerrison nunca se preguntó por qué un soldado de rango superior podía disponer de un ataúd, pero su hermano no. Un soldado tejano se mostró menos conformista: «El oficial se lleva los honores –escribió–, tú no te llevas nada. A ellos les ponen un monumento, tú te llevas un hoyo en el suelo y sin ataúd». Oliver Wendell Holmes, quien viajó al sangriento campo de batalla de Antietam a buscar a su hijo, daba por sentadas tales diferencias: «Las víctimas de elevada condición, “embalsamados” y guardados en cajas de hierro, viajaban veloces en tren hacia sus lejanos hogares; los muertos de la tropa eran amontonados y sepultados a toda prisa».26

En 1864, una Comisión de Investigación sobre las condiciones de los prisioneros de guerra de la Unión informó que estas diferencias se mantenían e incluso intensificaban en cautiverio. Los muertos yanquis pertenecientes a las clases de tropa eran arrojados a un sótano donde corrían el riesgo de ser devorados por ratas y perros en espera de ser cargados en un carro para llevarlos a enterrar. Por el contrario, los oficiales, «gracias a las contribuciones que reunían, recibían un ataúd metálico y un depósito temporal aceptable en una cripta […] hasta que podían ser trasladados al Norte». Estos privilegios sistemáticos hacían que un oficial fuera alguien en el sentido literal de la palabra. El cirujano yanqui Daniel Holt, capturado por los confederados, vio escandalizado cómo los destacamentos de enterradores negaban estas prerrogativas a sus camaradas muertos. Holt expresó en firmes términos su convicción de que estos debían mantener en la muerte el estatus que habían tenido en vida. Como escribió a su esposa: «Es una estampa tan, tan triste […] ver a hombres que en su tierra tenían posición y cargos, y

riquezas […] depositados así, en el suelo, sin nada que les cubra salvo una manta y la madre tierra». Féretros, embalsamamiento, envío a casa, una sepultura individual a la que poder honrar: tales eran los privilegios que los estadounidenses de la Guerra Civil ansiaban poder dar a sus camaradas y familiares difuntos.27

Los soldados no eran los únicos que tenían que tratar con los cadáveres durante los días que seguían al cese de los combates. Estos no respetaban límites: invadían granjas, campos y huertos, jardines y calles. Los civiles encontraban cadáveres en la puerta de sus casas, en sus pozos, cubriendo sus maizales o sus algodonales. La capacidad de los cementerios existentes en localidades como Richmond y Atlanta fue primero cubierta y más tarde superada, mientras las comunidades trataban como podían de proporcionar tumbas a un número cada vez mayor de caídos.

Tras tres días de batalla, Gettysburg se enfrentó al problema de siete mil hombres y tres mil caballos muertos, demasiados para que las tropas de la Unión –que habían quedado en posesión del campo, pues Lee se retiraba a toda prisa hacia el sur– pudieran darles un entierro adecuado. Los civiles ayudaron a inhumar a los muertos tanto por solidaridad como por necesidad. Cincuenta confederados yacían en los campos de George Rose; setenta y nueve norcarolinos habían caído formando una línea perfecta en la granja de John Forney; la viuda Leister tenía a cincuenta caballos muertos en el patio de su casa; el granero de Joseph Sherfy, que había servido de hospital de campaña, era una ruina calcinada, con «miembros agarrotados y ennegrecidos, cabezas y otras partes del cuerpo» claramente visibles entre los escombros.28



«Contraste: federales enterrados, confederados insepultos, en el lugar del campo de batalla de Antietam en el que cayeron». Pie y fotografía de Alexander Gardner, Biblioteca del Congreso.

Aunque ninguna de las batallas librada en Virginia igualó el coste de muertos y heridos de Gettysburg, los combates en el corredor de Washington a Richmond se prolongaron por espacio de años, no de días, integrando a los residentes de la zona en una suerte de paisaje bélico permanente. Durante la campaña de la Península de 1862 el cementerio de Hollywood, en Richmond, se vio obligado a adquirir superficie adicional para acoger a los fallecidos en las batallas de las inmediaciones y en los numerosos hospitales militares de la ciudad. En ocasiones, la presión por enterrar los cadáveres era tan grande que a veces se acumulaban no menos de doscientos cuerpos para

ser inhumados. El capellán Joseph Walker explicó cómo obraba para ser a un tiempo respetuoso y eficiente en el tratamiento de los finados: «Era nuestra costumbre oficiar un servicio por varios cadáveres en tumbas adyacentes todavía por cubrir, el cual variaba para adaptarnos al número, o tener un servicio general sobre los ataúdes cuando estos todavía seguían sobre el suelo». Los extraños que visitaban el cementerio a menudo se unían a dichas ceremonias y asumían el papel de deudos de aquellos que habían muerto lejos de casa, llorando sus vidas y su sacrificio por la comunidad de Virginia y por todo el Sur.29



Uno de los cerca de 1,5 millones de caballos y mulos muertos durante la guerra. Apunte de Alfred R. Waud, Biblioteca del Congreso.

El surgimiento de esta conexión impersonal con los muertos, independiente de todo vínculo directo de amistad o de parentesco, supuso un cambio crítico en la comprensión de la mortandad bélica. Los soldados que eran inhumados ya no solo pertenecían a sus amigos y familiares, su pérdida era algo más que la mutilación de sus propias familias; estos hombres eran algo más que simples individuos. En rituales como los oficiados en Hollywood, los caídos se habían transformado en la comunidad imaginada de la Confederación, un colectivo en el que nombre o identidad ya no era necesario. Estos hombres pertenecían ahora a los Muertos Confederados, una nación en la sombra formada por vidas sacrificadas que debían ser honradas e invocadas, no tanto por ellos mismos sino en nombre de la nación y de la sociedad que combatía por sobrevivirles. Estos soldados ya no podían contribuir al esfuerzo bélico sudista, pero prestaban un importante servicio político y cultural, pues proporcionaban significado a la contienda y a su coste.30

Hubo un caso de un soldado sudista enterrado por extraños que llegó a ser todo un símbolo en el Sur, primero durante la guerra y más tarde para la pervivencia de la memoria confederada. El entierro de Latane, pintado por el virginiano William D. Washington en 1864 muestra las exequias de un joven teniente muerto durante la legendaria cabalgata de J. E. B. Stuart en torno al ejército de George McClellan durante la campaña de la Península de 1862. William Latane, la única baja confederada de la expedición, quedó tras las líneas enemigas, entre civiles rodeados por fuerzas de la Unión. Unos esclavos construyeron su ataúd y excavaron su tumba y una dama blanca virginiana leyó un oficio fúnebre frente a sus restos mortales. Todas las señoras asistentes eran de elevada condición social, por lo que la historia pronto fue muy conocida en la vecina Richmond. El poeta John Thompson, antiguo editor del Southern Literary Messenger, compuso unos versos para ensalzar a estas

Strangers, yet sisters, who with Mary's love

sat by the open tomb andweeping looked above.

[…]

Gently they laid him underneath the sod

and left him with his fame, his country, and his God.[31]

Extrañas, y sin embargo hermanas, que, con amor digno de María

permanecieron junto a la tumba abierta, entre sollozos mirando al cielo.

[…]

Dulcemente le acomodaron bajo la hierba

y le dejaron en compañía de su fama, su país, y su Dios.

En 1864, el artista Washington decidió plasmar este episodio en un cuadro, para lo cual reunió a cierto número de damas de Richmond para que posasen. El lienzo acabado estuvo primero colgado en su pequeño estudio de Richmond, donde atrajo a «muchedumbres de visitantes» deseosos de ver aquella estampa de sacrificio cristiano y confederado. Muy pronto la presión de la muchedumbre forzó su traslado a las salas del capitolio confederado, donde se colocó un cepillo bajo la pintura para contribuciones a la causa confederada. Después de la guerra, Washington mandó hacer grabados de su obra. Estos fueron ampliamente distribuidos por una campaña promocional emprendida por la Southern Magazine [Revista Sureña] una publicación fundada en 1871 para honrar la memoria de la Confederación. El grabado gozó, en palabras del historiador Frank Vandiver, de una «fantástica popularidad» y se convirtió en un objeto decorativo estándar en los hogares sureños de finales del XIX.[32]



El entierro de Latane (1864), óleo sobre lienzo de William D. Washington. The Johnson Collection.

Este cuadro, gestado en plena guerra, suponía una importante labor cultural que vinculaba las muertes sudistas de la guerra con la tradición e iconografía cristianas mediante la representación de una pietà confederada. Con los esclavos negros y las mujeres blancas retratados por Washington mientras entierran al héroe, el artista busca transmitir un sentido más amplio a la desaparición de Latane, al vincularle a una comunidad que va mucho más allá de los hombres blancos que habían combatido a su lado. Hacia 1864, tanto la Confederación como la institución de la esclavitud estaban desintegrándose, lo cual convertía esta estampa de gloria militar y

solidaridad de la retaguardia en algo a la vez ilusorio y aleccionador. La pintura buscaba definir y celebrar el nacionalismo confederado, al identificar el cadáver del soldado con la fuente y el significado del cuerpo político.

Las damas que enterraron a Latane fueron movilizadas para la obra de la muerte por una conflagración que había invadido sus hogares y sus localidades. Mas había otros civiles que se presentaban voluntarios a esta labor, viajando a cientos desde lejos, para evitar que sus seres queridos sufrieran y agonizasen entre extraños. Numerosas familias de escasos recursos acudían a los campos de batalla a recuperar cadáveres, guardarlos en ataúdes y llevarlos a casa. De hecho, los campos de batalla, escenarios de horrores y portentos, quedaban invadidos de civiles tan pronto como cesaban las hostilidades. Además de familiares en busca de sus parientes, había saqueadores que venían a despojar a los cadáveres, emprendedores fabricantes de féretros y embalsamadores, y bandadas de turistas que buscaban experimentar «la sublimidad de una escena de batalla» o simplemente, como expresó con indignación un soldado, «a gratificar su curiosidad morbosa». En Antietam, un soldado de Massachusetts que yacía en un hospital de campaña con una pierna amputada expresó su desprecio a estos fisgones: «Viene gente de todas partes del país. Se nos quedan mirando, pero no se les ocurre hacer nada», se quejó.33

La mayoría de los civiles, no obstante, acudían ansiosos de encontrar y cuidar a sus seres queridos. La muerte de una persona lejos de sus familiares y parientes era, como hemos visto, un hecho muy perjudicial para el concepto decimonónico de la buena muerte, unas ideas estrechamente ligadas al énfasis victoriano en el hogar y la vida doméstica. Es más, los medios inadecuados, tanto del Norte como del Sur, para informar de las bajas hacía que los civiles intentasen recuperar los cadáveres de seres queridos para así estar seguros de que estaban muertos de verdad, que no habían sido identificados por error. Como escribió desesperada una mujer surcarolina: «Oh Mag, no sabes cuánto siento que Kits haya muerto, no puedo pensar en otra cosa […] ¿abrieron el ataúd? Deberíais haberos asegurado de si era él o no, y cómo prepararon su cadáver».34

Al comienzo de la guerra, cuando todavía se esperaba que la cifra de bajas fuera pequeña, varios estados del Norte anunciaron su intención de traer de vuelta a su estado a todos sus caídos. En fecha tan tardía como 1863, el

gobernador Andrew Gregg Curtin de Pensilvania declaró que, si la familia así lo solicitaba, el estado pagaría el coste del traslado de los cadáveres de Gettysburg para su inhumación en el estado. Hubo otros estados del Norte que enviaron a representantes oficiales para ayudar a los familiares a llevarse a sus difuntos. Con los primeros muertos, los miembros de ciertas unidades del ejército tomaron medidas no oficiales para retornar los cadáveres a sus seres queridos. En noviembre de 1861 un regimiento unionista «votó […] reunir suficiente dinero para enviar a su casa el cadáver de todos los que murieran». En 1862, un soldado de Pensilvania escribió a sus padres que sus camaradas y él habían reunido 140 dólares para embalsamar y transportar los cuerpos de dos soldados muertos de su compañía.35



«Granjeros de Maryland y Pensilvania visitan el campo de batalla de Antietam mientras las tropas nacionales entierran a los muertos y se llevan a

los heridos». Extraído de un dibujo de F. H. Schell. Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 18 de octubre de 1862.

El número cada vez mayor de caídos ocasionó que pronto estas intenciones se hicieran irrealizables. Aun así, cierto número de organizaciones, tanto estatales como voluntarias, tales como la Agencia Estatal de Pensilvania, la Asociación de Ayuda al Soldado de Luisiana, la Asociación Central de Carolina del Sur y la Asociación de Ayuda al Soldado de Nueva Inglaterra, siguieron ayudando a los ciudadanos a traer a casa a sus seres queridos. Así, por ejemplo, a finales de 1863 el registro de la Agencia Estatal de Pensilvania contabilizó los fondos adelantados por Alice Watts para transportarla a ella y a su «marido, el difunto soldado raso Thomas Watts» del 24.º de Voluntarios de Pensilvania. En ocasiones, ciudades y pueblos también ofrecían asistencia a sus desesperados conciudadanos.36

En el Norte, a medida que las bajas iban en aumento y la contienda se intensificaba, la Comisión Sanitaria desempeñó un papel cada vez más importante en los sepelios y en la gestión de los difuntos. Esta enorme organización filantrópica y su red de miles de voluntarios y centenares de agentes asalariados trabajaban para proporcionar medios necesarios y asistencia a las tropas. En ocasiones, los agentes asumían sobre el terreno la gestión de los sepulcros hospitalarios y los registros de defunciones; otros organizaban los entierros después de los combates; otros ayudaban a las familias a localizar a seres queridos perdidos y organizar su transporte a casa.37

Tras las sangrientas batallas libradas en el oeste durante el último año y medio de la contienda, los agentes de la Comisión Sanitaria en Chattanooga, por ejemplo, trabajaron con una red de sus homólogos de las ciudades del Norte para retornar los restos de los soldados de la Unión. M. C. Read organizó la exhumación de cuerpos y los servicios de embalsamadores, la adquisición de cajas metálicas y los costes de transporte, además de telegrafiar a las familias cuando sus seres queridos ya estaban de regreso a casa. «EL CUERPO DEL MAY[OR] R. ROBBINS VIAJA HOY AL NORTE» cablegrafió Read el 16 de junio de 1864. A menudo, las familias remitían fondos a un comisionista en el Norte para cubrir los gastos de

localizar y retornar a sus difuntos y ahorrarse los problemas de transferir dinero al frente.38

Durante seis meses de 1864 la oficina de Chattanooga gestionó treinta y cuatro solicitudes de exhumación, en su mayoría, pero no siempre, cadáveres de oficiales. En octubre Mary Brayton, trabajadora de la Comisión Sanitaria en Cleveland, solicitó información sobre Henry Diebolt, de la Compañía A del 27.º de Ohio, caído el 28 de mayo en Dallas, Georgia. «La tumba está aproximadamente a milla y media [unos 3 kilómetros] de Dallas, cerca del cementerio, y está correctamente señalada con una tabla», explicó. «Preferimos una caja metálica. Envíenlo tan pronto como sea posible». La familia de George Moore de Illinois tenía peticiones más específicas y personales. «Haga que el sepulturero extraiga un mechón de su cabello como recuerdo –escribió el agente de la comisión–. Que su rostro quede descubierto, e infórmenos cuando el cuerpo haya sido enviado».39

Cuando los ejércitos trasladaban sus operaciones a otros lugares, los agentes de la Comisión solían tomar nota de la localización de los cementerios de los campamentos para poder recuperar en un futuro los cadáveres. En mayo de 1864, el Ejército de la Unión hizo un «cambio de base», abandonando Belle Plain, Virginia. Orange Judd reunió los detalles de los entierros y elaboró un detallado mapa. Las tumbas habían sido señaladas con cabeceros hechos de cajas de galletas, con los nombres inscritos a lápiz, pero Judd temía que estos fueran borrados con facilidad «por las tormentas o por el enemigo» si el terreno cambiaba de manos. Judd esperaba que su trabajo permitiese «que los allegados hallasen los cuerpos indicados». Anotó veintiséis tumbas, la mayoría con nombre y regimiento. Quedaban por identificar seis cuerpos, pero incluyó descripciones que pensó que podían ser de utilidad: «unos 23; cabello negro, semblante inteligente, enterrado el 15 de mayo». En la vecina Port Royal, los registros de la comisión de otro cementerio daban la localización de veintitrés tumbas, entre ellas tres sepulturas ocupadas por soldados que habían llegado en ambulancias «con los bolsillos cortados y sin documentos que les identificasen». Durante el tiempo pasado en campo raso les habían robado tanto posesiones como identidades. Dada la inminente partida de la zona de las tropas de la Unión, el agente de la Comisión informó de que «las tumbas fueron confiadas a la vigilancia de George Smith, un hombre de color que vive al sur del terreno y que hará todo lo que se le autorice para mantenerlo en orden».40

Sin embargo, los recursos de la Comisión Sanitaria no llegaban a todas partes. La mayoría de los deudos de los difuntos solo podían contar con ellos mismos y con una red en expansión de embalsamadores, sepultureros y «agentes» privados que seguían a los ejércitos y se lucraban con la asistencia a las afligidas familias que no sabían cómo encontrar o recuperar a sus maridos, hermanos e hijos perdidos. El sepulturero W. R. Cornelius, que trabajaba con la Comisión Sanitaria en Tennessee, también ofrecía sus servicios a las familias de forma directa. Cornelius relató que algunos días «enviaba carros enteros de coroneles, mayores, capitanes y soldados», tanto a la Unión como a la Confederación. A veces las familias enviaban a sus allegados a localizar a los seres queridos desaparecidos y organizar el retorno de los restos mortales; a veces partían ellos mismos. A menudo llegaban al escenario de la batalla sin saber si habían venido a cuidar a un herido o a transportar su cadáver a casa.41

En marzo de 1863 Henry Bowditch partió de Boston en tren tan pronto como recibió un telegrama que le informaba de que su hijo Nathaniel había recibido una herida. «PELIGROSA. VEN ENSEGUIDA» le cablegrafió un primo y camarada de armas. «Cuando recibí la horrible noticia, fue como si una daga me atravesara el corazón», escribió el padre. Aun así, durante el viaje, Bowditch comenzó a albergar esperanzas y «compró libros y diarios que podrían servir para entretener a un herido». Pero cuando bajó en la estación de Washington, un amigo que vino a buscarle le informó de que Nathaniel había fallecido. Bowditch, un destacado médico que el otoño precedente se había presentado voluntario para servir en Virginia, fue llevado en tren y en carro hasta el campamento del 1.º de Caballería de Massachusetts, donde se reunió con su hijo finado. Allí se sintió algo reconfortado al escuchar de los compañeros oficiales de Nat «bellas cosas» sobre su coraje y su profesión de fe y esperanza en el momento final. Aun así, se sintió devastado por el impacto de la muerte de su hijo. «Apenas sé qué pensar o hacer –le escribió a su esposa–. Estoy anonadado por la noticia». El cadáver embalsamado de Nathaniel Bowditch fue enviado a casa y sepultado en el cementerio de Mount Auburn, Cambridge, bajo una piedra que imitaba la forma de su sable.42

Incluso aquellos con privilegio y posición tenían problemas para recuperar y honrar a sus difuntos. Henry Bowditch, a quien ya le preocupaban la falta de ambulancias y de previsión para tratar a los heridos del Ejército de la Unión,

vio ahora el resultado directo de esta falta de organización con la muerte de su hijo, que permanecía abandonado en el campo de batalla. El óbito de este, afirmó Bowditch, le dio «una mayor fuerza moral» para defender su causa. El estado, insistió en un opúsculo publicado en el otoño de 1863, tenía obligaciones hacia sus soldados. «Si hay un gobierno bajo los Cielos que debe ser paternal, deberá serlo sin duda la autoridad de los Estados Unidos, dado que deriva toda su autoridad del pueblo, y debería dispensar un torrente de benigna piedad sobre sus soldados». Los argumentos de Bowditch no solo contribuyeron al establecimiento de un sistema regular de ambulancias al cabo de un año, sino que enunció un compromiso lógico, no solo con los heridos, sino también con los difuntos.43

El hermano de Stanley Abbot partió de su casa bajo unas circunstancias muy similares a las de Bowditch: un telegrama le notificó que Stanley había recibido en Gettysburg una herida en el pecho. Pese a que el mensaje decía «Doctor dice herida no mortal», Abbot falleció al día siguiente. Su hermano llegó lo bastante rápido como para encontrar su tumba con facilidad. No obstante, procurarse un ataúd fue más difícil, pues había allí miles de padres, esposas y hermanos que trataban de conseguir uno. Después de cinco días logró al fin su objetivo y envió a su hermano a casa. Su cadáver fue uno de los cerca de mil quinientos yanquis enviados desde Gettysburg por medios privados, a pesar de que el oficial en jefe de la Unión consideró necesario prohibir las exhumaciones bajo el calor de agosto y septiembre por el bien «de la salud […] de la localidad».44

Muchos oficiales confederados fueron recuperados y llevados a casa por los esclavos que los habían acompañado en campaña. En 1863, más de seis mil negros viajaron con el ejército de Lee a Pensilvania. El coronel Edward Porter Alexander, que había traído con él dos esclavos desde el sur, describió el paisaje tras la batalla: «Una de las estampas de aquella noche fueron los sirvientes negros en busca de sus amos». Elijah, propiedad del coronel Isaac Avery, estaba empeñado en devolver sus restos mortales a Carolina del Norte, pero en el caos de la retirada no pudo llevar el cuerpo más allá de Maryland, donde recibió sepultura. Peter, quien pertenecía al general James Johnston Pettigrew, y Joe, propiedad del general William Dorsey Pender, tuvieron más éxito; los dos acompañaron de vuelta al sur los restos mortales de sus amos, caídos en la campaña de Gettysburg.45

La Adams Express Company y su homóloga confederada, la Southern Express, hicieron pingües negocios durante la guerra. Las dos prepararon reglamentos cuidadosos y complejos para el transporte seguro y sanitario de cadáveres. En los comienzos del conflicto, numerosos cuerpos se transportaban en ataúdes de madera, pero el tiempo y los retrasos hicieron que la Adams Express requiriera féretros de metal. Joseph Jeffries fue uno más de las decenas de emprendedores que acudieron a Gettysburg tras la batalla para ofrecer sus servicios de recuperación y transporte de cadáveres. Jeffries anunciaba «ataúdes metálicos […] cierre hermético garantizado» que no solo cumplía con la normativa de transporte sino que podían «ser colocados en el salón sin temor a que escape olor alguno». En 1862, una «caja forrada de zinc con ajuste cubierto de paño» para el capitán R. G. Goodwin de Massachusetts costó cincuenta dólares, una suma nada desdeñable incluso para personas de cierto poder adquisitivo. No resulta, por tanto, sorprendente que al menos un agente de transporte continuase recibiendo ataúdes de madera. Para solventar el problema, el agente creó un pequeño cementerio para conservar los cuerpos que no podía enviar; en una semana de trabajo particularmente exigente, enterró a más de cuarenta hombres. Finalizada la contienda, sus cuerpos fueron al fin exhumados y devueltos a sus familias.46

El neoyorquino Bowen Moon no se dejó amedrentar por las normativas de transportes durante la búsqueda de su cuñado William Salisbury, caído en Antietam. Un soldado del regimiento de Salisbury describió la tumba de su camarada y Moon consiguió comprar un ataúd de madera, sólido, elegante incluso, a uno de los carpinteros de la zona que se habían dedicado a responder a la repentina y casi desbordante demanda de féretros. Moon pagó a un granjero local para que le ayudase a exhumar el cadáver. A pesar de que Salisbury compartía sepultura con otros dos hombres y de que habían transcurrido dos semanas desde la batalla, Moon pudo identificarle sin ninguna dificultad. Pero se encontró con el inesperado contratiempo de que el ferrocarril se negó a aceptar el envío, pues «no transportaba cadáveres que habían comenzado a descomponerse». Moon selló el féretro y sobornó al encargado del equipaje, con lo que pudo por fin devolver a casa los restos de Salisbury.47

Ya antes de la contienda, algunos estadounidenses habían intentado preservar los cuerpos utilizando ataúdes en los que los cadáveres

descansaban sobre hielo. Tales inventos se hicieron aun más complejos durante la guerra, cuando las familias trataron de recuperar un número creciente de caídos en combate. Así, por ejemplo, la Compañía de Transporte Staunton distribuyó panfletos entre la muchedumbre de civiles que acudieron a Gettysburg en julio y agosto de 1863 en los que prometían que sus nuevas «cajas de transporte preservan el cuerpo en un estado natural y [en] perfectas condiciones para su transporte a cualquier distancia o extensión de tiempo, y bajo cualquier clima». La caja estaba fabricada de tal modo «que facilitaba mostrar el rostro del muerto para su inspección». La propaganda prometía que parecería «que el individuo hubiera fallecido el día de su llegada a casa». Esto funcionó porque «SU CONSTRUCCIóN lo convierte en un refrigerador portátil». J. B. Staunton ofrecía una amplia gama de servicios a los deudos: ataúdes estándares, «exhumadores y guías que han revisado la totalidad del campo de batalla» así como «desodorantes y desinfectantes del ejército».48

Pero incluso los complejos mecanismos de refrigeración de la Caja de Transporte Staunton no podían rivalizar con los avances en preservación de cadáveres que supuso la difusión de las técnicas de embalsamamiento. Los años inmediatamente anteriores a la guerra se habían logrado importantes avances tecnológicos en tales procesos. Los estadounidenses adoptaron y patentaron procedimientos químicos de embalsamamiento conocidos en Europa desde las primeras décadas del siglo. En la década de 1850, el embalsamamiento se usaba no para preparar un cuerpo para su funeral sino para proporcionar cadáveres conservados para su disección y facilitar así el estudio de la anatomía y la patología. Fue durante la guerra cuando el embalsamamiento se generalizó, lo cual no solo generó una transformación del tratamiento físico de los difuntos, sino que también estableció las bases de la futura industria funeraria y la profesionalización del oficio de sepulturero.

En este proceso intervenían más factores además de la necesidad práctica de interrumpir la descomposición de los cadáveres para poder enviarlos a sus casas. Los estadounidenses no estaban dispuestos a aceptar la separación sin precedentes de sus difuntos que la guerra les había impuesto. Las familias querían ver a sus seres queridos en un estado lo más parecido a la vida, no solo para estar seguros de su identidad sino también para despedirse de ellos. El embalsamamiento ofrecía a las familias un método con el que combatir

algunas de las amenazas que la guerra planteaba contra los principios de la buena muerte. Contemplar a un marido, padre o hijo en un estado de aparente reposo, como si durmiera, era un modo de resistir al terror del deceso, e incluso, en cierto modo, a su realidad; era una forma de desdibujar los límites entre la vida y la muerte. Era posible hacer que los cadáveres, al menos los que no hubieran quedado desmembrados en combate, pareciera como si estuvieran vivos, como si estuvieran a punto de despertar a una nueva vida.49

TRANSPORTATION OF THE DEAD!

STAUNTON TRANSPORTATION COMPANY'S

Transportation Case,

PRESERVES the Body in a natural and perfect condition as when placed in it, for any distance or length of time, in any weather. It is light, durable, tastefully finished, and so arranged as to readily expose the face of the corpse for inspection. The corpse requires **NO PREPARATION**, as by Embalming, Cutting or Poisoning; but all arrangements for the funeral can be made and held at Church or Home, as though the subject had died on the day of arrival at home.

THE TRANSPORTATION CASES

are rented only to carry bodies home and returned by Express at the Company's expense. The expense of the Case for transporting a body home is from $15 upward, according to the distance and the time that the case is gone.

Testimonials

furnished by Letters, Certificates and Approvals from the highest military and civil authorities, to citizens from all parts of the United States, who have taken the Bodies of their friends home.

ITS CONSTRUCTION

makes it a portable refrigerator—air-tight, water-proof and a non-conductor of heat—the average inside temperature being 33°F. **COFFINS**, air-tight, patented, of wood or metal, at all prices and styles, furnished if desired.

COFFINS, BOXES, &C.,

furnished for those desiring to take up friends, (who are buried,) for removal, together with teams, exhumers and guides who have surveyed the whole Battle-fields of the Potomac Army. Also,

EMBALMERS, DEODORIZERS AND ARMY DISINFECTIONISTS,

of the best scientific attainments, in the latest and most approved discoveries of the art in connection with this Company, and their services rendered if wished.

ALL ORDERS AND ENQUIRIES

from the country answered and references, schedule of prices, and all information in relation to Deceased or Wounded Soldiers given.

OUR PRICES

have been reduced to a moderate profit, and at less than two-thirds the prices before the opening of our Offices. Call and examine, or address by letter the Superintending Agent, at any of the following offices. We keep no **RAILROAD RUNNERS**, or men to close up contracts before the parties have had ample time to satisfy themselves as to their own interests in economy and safety. Call, or direct letters, at

WASHINGTON, cor. 4th Avenue Hotel,
BALTIMORE, Barnum's Hotel,
PHILADELPHIA, Girard Hotel,
GETTYSBURG, Balt. st., sign of D. & J. Culp.

Gettysburg, Aug. 4, '63.

J. B. STAUNTON, Sup't. Agent.

H. J. STAHLE, PRINTER, "COMPILER" OFFICE, GETTYSBURG, PA.

La Compañía de Transporte Staunton. «¡Transporte de muertos!». The Library of Company of Philadelphia.

El embalsamamiento despertó interés ya desde el inicio de la contienda gracias a la preservación del coronel de la Unión Elmer Ellsworth, muerto el 24 de mayo de 1861 en Alexandria, Virginia, a manos de un simpatizante confederado. Ellsworth había sido jurista de la oficina de Lincoln en Springfield y la prensa, en un momento en el que las bajas todavía no eran habituales, detalló cada uno de los aspectos de su fallecimiento, desde el heroico sacrificio de su vida a las honras fúnebres oficiales en la Casa Blanca y su cadáver de aspecto casi animado. Su embalsamador, Thomas Holmes, cuyo establecimiento se convirtió en el más conocido de la guerra; con sede en Washington D. F., Holmes embalsamó a más de cuatro mil soldados a un precio de cien dólares por cabeza. La guerra le convirtió en un hombre rico.50

Ni el gobierno de la Unión ni el gobierno confederado tenían por norma proporcionar medios para embalsamar a los soldados. En ocasiones, los cirujanos ofrecían este servicio a individuos destacados fallecidos en los hospitales militares y los sepultureros contratados por el gobierno federal para asistir en la retirada de los muertos, a veces embalsamaban a cambio de una remuneración con cargo a sus camaradas o a sus familias. Algunas veces, los oficiales de la Unión, con un espíritu de benevolente paternalismo, daban un trato especial a los cadáveres de sus hombres. Así, por ejemplo, un capitán dejó instrucciones a una enfermera de un hospital del Ejército del Potomac para que se las entregase «al embalsamador de Falmouth Station: tendrá la amabilidad de embalsamar el cuerpo de Elijah Clifford, soldado raso de mi compañía. Hágalo bien y como es debido, y tan pronto como esté hecho avíseme, y le pagaré la factura de inmediato. No quiero un embalsamamiento caro, pero sí que esté bien hecho, pues tengo que enviarlo a Filadelfia». Al parecer, para un soldado raso, «bien hecho», era más que suficiente.51

El embalsamamiento era mucho más raro en la Confederación que en el Norte, sin duda porque el Sur invadido tenía que centrarse en la supervivencia, no en complejos tratamientos para los muertos. Aun así, durante toda la contienda, los embalsamadores se anunciaron en la prensa de Richmond, donde informaban de su disposición de realizar «desinfecciones» y remitían a los posibles clientes a sus recién abiertas oficinas en el escenario de las últimas batallas. El doctor William MacClure prometía «a las personas lejanas» que «los cuerpos de los finados» serían «desenterrados, desinfectados y remitidos a casa» desde «cualquier confín de la Confederación». Si bien la industria funeraria sudista no alcanzó el mismo grado de desarrollo, y el embalsamamiento siguió siendo mucho menos común que en el Norte hasta bien entrado el siglo XX; la funeraria más antigua del Sur, G. A. Diuguid e hijos de Lynchburg, Virginia, trató en 1862 a 1251 soldados, tanto de la Unión como confederados, que fueron embalsamados y remitidos a sus hogares para su inhumación.52

Los campos de batalla virginianos proporcionaron un negocio floreciente a los sepultureros, tanto del Norte como del Sur: el directorio urbano de 1863 de Washington D. C. incluía a tres embalsamadores. El doctor F. A. Hutton del número 451 de la avenida Pensilvania contrató una página entera para anunciar sus servicios: «¡Los cuerpos que embalsamamos nunca se ennegrecen! Por el contrario, conservan su aspecto y color natural […] de forma que la persona embalsamada admite ser contemplada, pues tiene el semblante de una persona que duerme». El embalsamamiento prometía transformar la muerte en sueño. Al igual que MacClure, Hutton se comprometía a «recuperar los cuerpos de los caídos en el campo de batalla». Los embalsamadores se publicitaban tanto a sí mismos como a su proceso mediante la exhibición de cuerpos preservados –a menudo caídos desconocidos que eran recogidos del lugar del combate y preservados– al igual que hacía Thomas Holmes en las instalaciones de los sepultureros en el centro de Washington, en Georgetown, y en Alexandria. Por fortuna, no nos consta que ninguna madre o esposa haya encontrado a un ser querido expuesto en el escaparate de una tienda.53

Con toda su inmensa popularidad, el embalsamamiento también despertaba desconfianza y sentimientos ambivalentes. Los embalsamadores eran con frecuencia acusados de extorsión y de prácticas dudosas. Además, su íntimo trato con los difuntos resultaba perturbador. Un reportero yanqui hizo un

revelador relato de su encuentro con un embalsamador que había seguido a las tropas de la Unión durante la campaña de la Península:

Era una persona serena y grave, y cuando lo vi junto al cadáver […] desnudo, me recordó a un implacable buitre […] su batería y sus tubos latían como un corazón y unos pulmones, y estaba desecando al individuo por el cuello […]. «Solo le falta hacerle respirar, profesor», dijo un oficial presente. La piel seca del embalsamador se quebró en surcos blanquecinos y reveló una sonrisa muy parecida a la que esbozaría un cadáver: «¡Ah! –dijo–, entonces sí que haríamos dinero de verdad».

El malestar del público con los embalsamadores casi siempre estaba relacionado con la cuestión del dinero y la inquietante mercantilización de los difuntos. Para expresar la consternación provocada por este floreciente negocio de la muerte, un periodista yanqui narró –en un relato que sospechamos inventado, al menos en parte– una conversación con un embalsamador especialmente ambicioso y franco: «Me gustaría preparar soldados rasos. Cada uno vale un billete de cinco dólares. Pero, el Señor les bendiga, un coronel se paga a cien y un general de brigada a doscientos. Ahora los hay a montones, por lo que ya no trato con nadie de rango inferior a mayor. Podría –añadió–, como un gran favor, hacer a un capitán, pero este debería pagar el precio de un mayor. ¡Insisto en ello! Tales golpes de suerte no llegan todos los días. No volverá a haber una matanza semejante en un siglo». No cabe duda de que lo que estaban haciendo era una matanza, en todos los sentidos de la palabra.54

El Ejército Federal se vio desbordado por una avalancha de protestas angustiadas de familiares de soldados caídos que afirmaban haber sido estafados por embalsamadores que operaban cerca de los campos de batalla. En 1864 un oficial se quejó en City Point, Virginia, al inspector James A. Hardie de que «no pasa una semana sin que reciba quejas contra uno u otro de esos embalsamadores […] el departamento médico del ejército les considera por lo general una molestia constante […] el sistema, tal como se practica aquí, se compone de engaños, estafa y extorsión». En 1863 se

presentó una denuncia contra Hutton & Williams, «embalsamadores de muertos» de Washington. Hutton fue encarcelado y los archivos de la compañía incautados. La demanda aducía que los dos socios recuperaban y embalsamaban soldados sin permiso y luego exigían pago a las afligidas familias, a las que amenazaban con desenterrar o negarse a retornar los cadáveres si no se cumplían sus exigencias.

En el otoño de 1864, Timothy Dwight de Nueva York presentó una queja al secretario de Guerra Stanton contra el doctor Richard Burr, destacado embalsamador de Washington. En su protesta sostenía que Burr le había extorsionado y se había aprovechado de su dolor por «la pérdida de un excelente muchacho». Burr justificó al general preboste su tarifa de cien dólares porque sus empleados habían arriesgado sus vidas para recuperar el cuerpo en las inmediaciones de la línea de tiradores, acarreándolo centenares de metros bajo el fuego. Después hizo que desinfectasen el cuerpo «por medio de mi fluido embalsamador y carbón vegetal» y lo introdujo en un féretro de zinc, que fue sellado y enviado. Todo esto, sostenía Burr, justificaba su factura. El 9 de enero de 1865 el general Ulysses Grant respondió al coro de protestas con la retirada de los permisos de todos los embalsamadores, a los que ordenó que se establecieran detrás de las líneas. Las distancias que separaban a los muertos y a sus seres queridos, no obstante, continuó fomentando el embalsamamiento, a pesar del malestar que provocaba esta práctica y la hostilidad generalizada hacia sus profesionales.55



«Un cirujano embalsamador trabaja en el cuerpo de un soldado». Biblioteca del Congreso.

Embalsamar era caro, como también lo eran las cajas refrigeradas o los viajes al frente para recuperar familiares. Los estadounidenses más acaudalados contaban con medios para gestionar y resistir la muerte, recursos de los que carecían tanto sus compatriotas más pobres como las mujeres. Este tratamiento diferenciado, aceptado por todos durante la mayor

parte de la contienda, comenzó a ser cuestionado desde el momento en que el gobierno federal asumió nuevas responsabilidades sobre los caídos de la guerra. En 1862, en respuesta a los problemas logísticos provocados por el aumento incesante de cadáveres, el Congreso aprobó una medida que daba al presidente autoridad para adquirir terrenos «y hacer que sean cercados para su uso como cementerio nacional para los soldados que mueran al servicio del país». El Departamento de Guerra, dada la falta de normativa oficial ni de medidas con las que implementar esta acción legislativa, estableció cementerios en función de las circunstancias excepcionales, sobre todo cerca de concentraciones de hospitales militares donde era necesario enterrar a un gran número de difuntos. Esta medida dio lugar a la creación, todavía durante la contienda, de cinco cementerios de un carácter muy diferente. Se trataba de cementerios para los muertos de una batalla en particular, por lo general establecidos cuando lo permitía una pausa en las operaciones activas. Tres de estos cementerios, Chattanooga, Stones River y Knoxville, fueron creados por generales de la Unión, y dos, Antietam y Gettysburg, por la acción conjunta de los estados nordistas cuyos ciudadanos habían participado en esas batallas. En ambos casos, su propósito iba más allá de cubrir la mera necesidad de retirar cadáveres. Esos cementerios aspiraban a ser memoriales de los muertos, lugares donde se celebrara a los héroes caídos de la nación. En este sentido, Gettysburg representó un importante punto de inflexión. El gran número de bajas de este sangriento choque fue un factor de obvia importancia para pasar a la acción, pero tampoco hay que pasar por alto que la matanza tuvo lugar en el Norte, en una localidad que no estaba acostumbrada a los horrores bélicos que habían castigado Virginia durante dos largos años. Gettysburg hizo que los muertos –y su problemática– fueran diáfanamente visibles para los ciudadanos del Norte, muchos de los cuales acudieron a la pequeña localidad de Pensilvania una vez finalizada la batalla. Un factor quizá aún más crítico fue el hecho de que el Norte tenía medios con los que responder al problema, unos recursos de los que carecía la atribulada Confederación.56



«Establecimiento de embalsamamiento en campaña del Dr. Bunnell (Ejército del James)». Biblioteca del Congreso.

El impulso para la creación del cementerio de Gettysburg surgió de una reunión de representantes estatales durante las semanas posteriores a la batalla. Con la asistencia financiera de los estados de la Unión que habían perdido hombres en aquel combate, David Wills, un abogado de Gettysburg, organizó la compra de 17 acres [alrededor de 6,8 hectáreas] adjuntos a un cementerio ya existente. En octubre se cerraron contratos para volver a inhumar a los soldados de la Unión en este nuevo terreno a un precio de 1,59 dólares por cadáver. En noviembre, Lincoln acudió a la inauguración oficial del nuevo Cementerio nacional de soldados. Esa ceremonia y el discurso del

historiador Garry Wills que afirmaba que «reconstruyó América», marcaron el inicio de un nuevo protagonismo de los difuntos en la vida pública. Quizá la misma configuración del cementerio explique la fuerza impulsora de esta transformación: el cementerio de Gettysburg fue ordenado de manera que cada sepultura tuviera igual importancia. El diseño de William Saunders, al igual que las palabras de Lincoln, sostenía que cada uno de los combatientes tenía la misma importancia, con independencia de rango o destino. Esto suponía un espectacular distanciamiento respecto de los privilegios de rango que regía el trato dispensado a los caídos de la guerra, diferente incluso de la normativa del cementerio de Chattanooga, creado ese mismo año.57

El establecimiento del cementerio de Gettysburg inició una serie de cambios significativos de actitudes y de políticas, producto de la respuesta de la nación a la mortandad de la Guerra de Secesión. El capellán H. Clay Trumbull mencionó las «nuevas lecciones» impuestas por las necesidades bélicas, pues los estadounidenses del Norte y del Sur toleraron e incluso practicaron formas de tratar a los muertos que antes les habrían parecido impensables. Este trato a los difuntos no solo deshonraba a los caídos, al tratarles más como animales que como hombres, sino que también rebajaba a los vivos al abandonar unos principios y compromisos que definían su yo esencial. De los horrores de los entierros de la contienda civil nacieron, cuando todavía se libraba el conflicto, una serie de actos de resistencia a esas transformaciones no deseadas, intentos de extraer las «lecciones» de la experiencia bélica de la nación. Los estadounidenses de la Guerra Civil trataron de cambiar la muerte de diversos modos, desde la transformación de los cuerpos mediante el embalsamamiento hasta alterar las circunstancias y condiciones de su entierro con el establecimiento de lo que en un futuro sería el sistema nacional de cementerios, así como un programa de reinhumaciones en masa tras la guerra, este último patrocinado por la autoridad federal en el Norte, pero también ejecutado a una escala mucho más reducida en el Sur por organizaciones privadas de voluntarios.58

El compromiso del gobierno de la Unión con tales cuestiones, como se puso de relieve por primera vez en la ceremonia de consagración de Gettysburg, reconocía a los caídos una nueva dimensión pública. Los muertos ya no eran la responsabilidad de sus familias; tanto ellos como su duelo pertenecían ahora a la nación. Esos hombres habían entregado sus vidas para que la nación pudiera vivir; sus cuerpos, repositorios de su «yo» y de su «identidad

superviviente», como expresó Harper's Magazine, eran acreedores del cuidado y del reconocimiento de la nación. Los muertos, y los vivos, tenían reclamaciones para un gobierno que «derivaba», como expresó Henry Bowditch en su petición de ambulancias, «todo su poder del pueblo».59

Por otra parte, el yo, la identidad de tales soldados era inseparable de sus nombres. El proyecto de dar un entierro decente a los caídos de la Guerra Civil requería algo más que una simple inhumación. Localizar a los desaparecidos y dar nombre a las decenas de miles de soldados «desconocidos» iba a ser una de las empresas más difíciles de la contienda.

NOTAS

1. Maryland Board of Trustees of the Antietam National Cemetery, 1869, 5.

2. [Henry Raymond], «Editor's Table», Harper's New Monthly Magazine 8, abril de 1854, 690, 691.

3. Ibid. , 691, 693. Sobre cadáveres y muerte vid. Walker Bynum, C., 1995 y 1991.

4. Sutherland, D. E., 1995, 274; Gage en Coco, G. A., 1990, 137; Cate, W. A. (ed.), 1938, 182; Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 16 de agosto de 1862, 334.

5. Sutherland, D. E., op. cit. , 76.

6. A. P. Meylist a Edmund B. Whitman, 10 de junio de 1868, Edmund B. Whitman, Letters and Reports Received, Record Group 92 E A1–397A, NARA; Trumbull, H. C., 1898, 209. Vid. en particular el capítulo IX: «Soldiers Graves and Soldier Burials», 203-232.

7. General Orders of the War Department… , 1864, vol. 1, 158, 248. Vid. también James E. Yeatman, [Sanitary Commission,] «El entierro de los

muertos», circular impresa, 20 de septiembre de 1861, William Greenleaf Eliot Collection, MOHS; Risch, E., 1989, 464.

8. Cunningham, H., 1968, 48; Reglamento del Ejército de los Estados Confederados, 1862 (Atlanta, James McPherson & Co., 1862).

9. Informe del coronel Henry A. Weeks, 12.º de Infantería de Nueva York, 28 de mayo de 1862, The War of the Rebellion… , 1884, ser. 1, vol. 11/1, 725; Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 28 de febrero de 1863, 366; Christian Recorder, 21 de mayo de 1864, 83; Miller, R. F. y Mooney, R. F., 1994, 107.

10. Numerosos relatos sobre Antietam sostienen que los muertos ya estaban enterrados el día 21, pero las observaciones de Holt contradicen este punto, en Greiner, J. M., Coryell, J. L. y Smither, J. R. (eds.), 1994, 28; Mrs. H., 1867, 11.

11. McPherson, J. M., 2002, 4; William D. Rutherford a Sallie Rutherford, 21 de mayo de 1864, William Drayton Rutherford Papers, SCL. (Este ejemplo no es de Antietam, como todos los demás del presente párrafo, sino de la batalla de Spotsylvania, librada en 1864). Vid. también Stotelmyer, S. R., 1992, 10.

12. Ibid., 9, 5.

13. Coco, G. A., 1995, 313; Patterson, G. A., 1997, 28; Coco, G. A., op. cit. , 60, 64. Sobre la falta de herramientas, vid. también Richard Coolidge al general W. A. Hammond, 4 de septiembre de 1862, Papeles de George A. Otis, RG 94 629A, NARA.

14. W. B. Coker a su hermano, 28 de julio de 1861, en Dear Mother: Don't Grieve About Me… , 1990, 40; Official Records, ser. 1, vol. 27, 79, citado en Patterson, G. A., op. cit. , xi; Theodore Fogel a sus padres, 28 de septiembre de 1862, en Dear Mother: Don't Grieve About Me… , op. cit. , 190.

15. Wyeth, J. A., 1914, 254; Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 14 de noviembre de 1863, 124; Las reacciones de Frank Oakley se describen en la carta de Cynthia a Mi querido padre, 22 de agosto de 1862, Oakley Papers, WHS.

16. Citas de Frank, J. A. y Reaves, G. A., 1989, 122.

17. Coco, G. A., op. cit. , 89; Stotelmyer, S. R., op. cit. , 4; Frank, J. A. y Reaves, G. A., op. cit. , 123; Coco, G. A., op. cit. , 127; Hess, E. J., 1997, 41; Throne, M. (ed.), 1953, 41-42; Trumbull, H. C., op. cit. , 209; Zaworski, R., 1997, 7.

18. New York Herald, 7 de septiembre de 1862; Diario de James Eldred Phillips, entrada correspondiente a mayo de 1863, 16, VHS. Sobre los puercos vid. por ejemplo, Sutherland, D. E., op. cit., 193, 228; William D. Rutherford a Sallie Fair, 26 de agosto de 1861, Rutherford Papers, SCL.

19. «Burials», 1864, vol. 1, n.º 20, 623; R. A. Wilkinson a M. F. Wilkinson, 8 de julio de 1862, Wilkinson-Stark Family Papers (mss. 255), The Historic New Orleans Collection, New Orleans; Hardin citado en Frank, J. A. y Reaves, G. A., op. cit. , 122.

20. Corby, W., 1894, 91; Coco, G. A., op. cit. , 119; Wyeth, J. A., op. cit. , 248; Greiner, J. M., Coryell, J. L. y Smither, J. R. (eds.), op. cit. , 190, 103.

21. William Gore, 25 de febrero de 1865, BV Gore, William B., NYHS. Edgar Allan Poe escribió con frecuencia sobre el temor a ser enterrado vivo en sus muy populares relatos breves. Vid. , por ejemplo, «The Premature Burial» y «The Fall of the House of Usher», en Poe, A. E., 1981. Vid. también Timothy Trend Blade, «Buried Alive!», American Cemetery, septiembre de 1991, 34-54.

22. Coco, G. A., 1992, 34.

23. Cate, W. A. (ed.), 1938, op. cit., 93; Houghton citado en Coco, G. A., op. cit. , 44-45; Beers, F. A., 1888, 83.

24. Trumbull, H. C., op. cit. , 219.

25. J. W. McClure a Mi queridísima Kate, 17 de agosto de 1864, McClure Family Papers, SCL.

26. Sutherland, D. E., op. cit. , 160-161; Charles Kerrison a Mi querida hermana, 19 de mayo de 1864, Kerrison Family Papers, SCL; Gautier, G. R.,

1902, 15; Holmes, O. W., 1862, 743.

27. Narrative of Privations and Sufferings… , 1864, 159; Greiner, J. M., Coryell, J. L. y Smither, J. R. (eds.), op. cit. , 63.

28. Coco, G. A., 1995, 49. Sobre la muerte y los caballos en la Guerra Civil, vid. Faust, D. G., 2000, 23-49.

29. Hollywood Cemetery, Records, 1847-1955, VHS; Mitchell, M. H., 1985, 48.

30. Anderson, B., 1991.

31. Thompson, J. R., 1823-1873: «The Burial of Latane», disponible en [www.civilwarpoetry.org/confederate/officers/latane.html]. Vid. Faust, D. G., 1992b, 148-159.

32. Ibid. , 149-151.

33. Harper's Weekly, 11 de octubre de 1862, 655; Coco, G. A., op. cit. , 11; Schildt, J. W., 1987, 14.

34. Flora McCabe a Queridísima Maggie, 26 de enero de 1862, Flora Morgan McCabe Collection, LC. Respecto al temor de recibir el cuerpo equivocado, vid. también Friedrich Hartmann a Sarah Ogden, 10 de septiembre de 1863, Sarah Ogden Correspondence and Ephemera, GLC6559.01.114, Gilder Lehrman Collection, The Gilder Lehrman Institute of American History, NYHS.

35. Patterson, G. A., op. cit. , 173; vid. también, «Yorktown», en New York Herald, 30 de abril de 1862; Denney, R. E., 1994, 58; W. White a Queridos Padres, 21 de junio de 1862, William White Papers, PAHRC.

36. Vid. Pennsylvania State Agency, 10 de diciembre de 1863, Record Book, noviembre de 1863-diciembre de 1864, NYHS; New England Soldiers Relief Association Papers, RG 94, 800, NARA. Sobre la Central Association, vid. T. N. Dawkins a J. W. McClure, 4 de diciembre de 1864, McClure Papers, SCL; Louisiana Soldiers Relief Association…, 1862, 30. Sobre el apoyo de una comunidad individual, vid. Wells, R. V., 2000, 129.

37. Respecto a la Comisión Sanitaria de los Estados Unidos, vid. «Burials», op. cit. ; Newberry, J. S., 1863, vol. 1, n.º 5, 34; «The Commission on the James River and the Appomattox», 1864, vol. 1, n.º 18, 567. Sobre la Comisión Sanitaria y los entierros, vid. Mrs. H., op. cit., 71; Newberry, J. S., 1863, 81.

38. Chattanooga, Tennessee, Exhumaciones de marzo a septiembre de 1864, telegramas desde enero a julio de 1864, ms. vol. bd., caja 284.1, carpeta 3, 119, Archivos de la Comisión Sanitaria de los Estados Unidos, NYPL.

39. Mary C. Brayton, 15 de octubre de 1864, J. S. Moore, 2 de noviembre de 1864, Chattanooga, Tennessee, Órdenes de exhumación y traslado de cadáveres, septiembre de 1864-febrero de 1865, caja 284.1, carpeta 5, Archivos de la Comisión Sanitaria de los Estados Unidos, NYPL.

40. «Cementerio de los soldados en Belle Plain, Virginia, 23 de mayo de 1864», caja 192.3, carpeta 4; «Parcela del cementerio de los soldados, Port Royal, Virginia, 28 de mayo de 1864», caja 192.3, carpeta 5, Archivos de la Comisión Sanitaria de los Estados Unidos, NYPL.

41. Cornelius citado en Quigley, C., 1963, 55. Vid. Cain y Cornelius Ledger, 1859, 1862, RBMSC.

42. «El telegrama terrible», 18 de marzo de 1863; Henry I. Bowditch a Mi dulce esposa [Olivia Yardley Bowditch], 19 de marzo de 1863, los dos en Manuscritos relacionados con el teniente Nathaniel Bowditch, vol. 2, 98, 92, Colección en memoria de Nathaniel Bowditch, MAHS.

43. Bowditch, H. I., 1863, 6, 15.

44. Coco, G. A., op. cit. , 114-115, 110; la orden está en Christian Recorder, 1 de agosto de 1863, 1.

45. Alexander citado en Masterson Brown, K., 2005, 50; vid. también 371-372, 381.

46. Recibo, 15 de agosto de 1862, Goodwin Family Papers, MAHS; Harlow, A. F., 1934, 299. Vid. también Wightman, S. K., 1963, 64-78.

47. Stotelmyer, S. R., op. cit. , 15.

48. Staunton Transportation Company, 1863, broadside, LCP.

49. Habenstein, R. W. y Lamers, W. M., 1955, 330-335.

50. Sobre Ellsworth, vid. Frank Leslie's Illustrated Magazine, 1 de junio de 1861, 40-41. Respecto al embalsamamiento, vid. también Sappol, M., 2002.

51. McKay, C. E., 1876, 47.

52. Richmond Enquirer, 2 de junio de 1863, 2; 4 de diciembre de 1863, 3; Wilson, C. R., 1983, 53.

53. Habenstein, R. W. y Lamers, W. M., op. cit., 330, 334. Vid. también Laderman, G., 1996, y Flood, K. P., 2001.

54. Townsend, G. A., 1950, 121-122, 153-154.

55. Hardie al Provost Marshal General, City Point, 23 de noviembre de 1864, M619, 2195, S1864 Roll 309, NARA; Turner and Baker Files, 8 de noviembre de 1864, 363-B, M797, Roll 130, NARA; R. Burr al Brig. Gen. M. R. Patrick, 21 de noviembre de 1864, M619 2195 S1864 Roll 309, NARA.

56. War Department, Quartermaster General's Office, 1878, 5. Vid. también MacCloskey, M., 1968, 24.

57. Wills, G., 1992.

58. Trumbull, H. C., op. cit. , 209.

59. Bowditch, H. I., op. cit. , 15.

---

*N. del T.: En el Ejército estadounidense, comandante en jefe de las unidades de policía militar y servicios jurídicos, también llamado general preboste.

4

NOMBRAR

«LA CRUCIAL PALABRA DESCONOCIDO»

Hombres arrojados a centenares a fosas comunes; soldados despojados de todo objeto que pudiera identificarles y abandonados a la intemperie; cadáveres hinchados arrojados a toda prisa a tumbas improvisadas; víctimas de la disentería o de las fiebres tifoideas sin nombre enterrados junto a hospitales militares; hombres despedazados por granadas de artillería; cadáveres ocultos en bosques o quebradas, expuestos a las depredaciones de puercos, lobos, o al clima. La forma en que se gestionó la mortandad de la Guerra de Secesión hacía imposible un recuento preciso de los caídos. A causa de la falta de medidas para el entierro y registro de un número inmenso de cadáveres, cifrado en centenares de miles –más de un cuarenta por ciento de los muertos yanquis y un porcentaje mucho mayor de confederados– pereció sin nombre, solo identificados, como dijo Walt Whitman, «por la crucial palabra DESCONOCIDO».1

A un estadounidense del siglo XXI, esto le resulta inimaginable. Los Estados Unidos gastan cada año más de 100 millones de dólares para encontrar e identificar a los 88 000 combatientes de la Segunda Guerra Mundial, Corea o Vietnam que todavía siguen desaparecidos. Nadie se cuestiona la obligación del estado de registrarlos y devolver –vivo o muerto– hasta el último de los militares a su servicio. Mas este concepto tiene un origen bastante reciente. Durante el último siglo y medio ha habido muchas revoluciones en la forma de hacer la guerra. Sin embargo, el cambio de actitud hacia los muertos y desaparecidos también ha experimentado una variación, quizá menos dramática que las transformaciones de la tecnología y la organización castrense en la práctica y en la experiencia bélica, tanto

para soldados como para civiles. Hasta la Guerra de Corea, los Estados Unidos no establecieron una política sistemática de identificación y repatriación de los restos de todo soldado muerto. Tan solo a partir de la Primera Guerra Mundial los soldados comenzaron a llevar de forma regular placas de identificación, lo que acabaría conociéndose como dog tags [chapas de perro]. Tan solo durante la Guerra Civil los Estados Unidos crearon un sistema de cementerios nacionales y comenzaron a rendir honores oficiales a los militares muertos. Fue esta última contienda la que, como observó Walt Whitman, transformó la palabra «DESCONOCIDO» en algo «crucial».2

Los muertos de la Guerra contra México no recibieron atención oficial hasta 1850, dos años después de que finalizase el conflicto. Ese año, el gobierno federal encontró y volvió a inhumar a setecientos cincuenta soldados en el cementerio estadounidense de Ciudad de México. Estos cadáveres apenas representaban un seis por ciento de los soldados caídos y no se identificó ni un solo cuerpo. Con la Guerra Civil, las conductas y las creencias, tanto privadas como públicas, experimentaron un cambio gradual. Esta era una guerra de ejércitos ciudadanos de masas, no de fuerzas profesionales regulares; era una contienda en la que el ciudadano expresaba su obligación hacia la nación mediante su predisposición a arriesgar la vida por ella. Con su asalto contra el esclavismo, el conflicto redefinió los cimientos de la relación entre individuo y nación. Esta afirmación del derecho a una vida y una identidad propia reflejaba creencias sobre el valor de la existencia humana que implicaba otras ideas, tanto para los muertos como para los vivos.3

Un factor central de los cambios ocurridos desde la década de 1860 fue el descubrimiento de la importancia de la información: saber si un soldado estaba vivo o muerto, poder proporcionar noticias o la certeza consoladora de un cuerpo real a los afligidos familiares. Pero, en 1861, ni el gobierno de la Unión ni el de la Confederación consideraban este asunto su responsabilidad. Con el estallido de la contienda, tanto el Norte como el Sur tomaron medidas para mantener registros de soldados fallecidos, que requerían cumplimentar formularios en los hospitales militares que debían ser remitidos con múltiples copias a Washington o Richmond. No obstante, resulta significativo que no se remitiera a la familia del finado ni una de estas copias, o ningún tipo de comunicado oficial. Por otra parte, los

obstáculos para cumplimentar incluso un plan tan sencillo como este resultaban abrumadores. En 1862, Samuel P. Moore, cirujano general del Ejército confederado, se vio en la obligación de emitir una circular en la que deploraba la «indiferencia» de sus oficiales médicos respecto al mantenimiento de registros. Al parecer, sus quejas tuvieron escaso efecto. En enero de 1864, un artículo del Charleston Mercury que presentaba un resumen de las bajas del año precedente concluía que «estas cifras revelan un elevado grado de negligencia por parte de capitanes y cirujanos a la hora de reportar las muertes de sus soldados». En el Norte, los comandantes en campaña consideraban que las ordenanzas de notificación solo eran válidas para la retaguardia. De este modo, en abril de 1862 el Departamento de Guerra emitió la Orden General n.º 33 para que se incluyera la zona de combate a fin de mejorar la identificación de los caídos. Pero, como ya hemos visto, esta medida empleaba términos como «siempre que sea posible […] cuando sea factible», lo cual las convertía más en una petición que una orden, y los comandantes así la consideraban. La Orden General n.º 33 no preveía ninguna medida para implantar sus objetivos ni designaba tropas especiales para el registro de tumbas. Y, al igual que medidas anteriores, no asumía ninguna responsabilidad de informar sobre las defunciones a los que esperaban en casa.4

Tanto en el Norte como en Sur los habitantes del frente interior trataban de cubrir como podían el vacío de información oficial. En los días posteriores a un combate principal los diarios de la Unión y de la Confederación cubrían sus páginas con informes que eran esperados con ansiedad. Sarah Palmer, de Carolina del Sur, retrata la angustia que atormentaba tanto a nordistas como a sudistas. Después de la Segunda batalla de Bull Run, escribió estar «ansiosa por ver los diarios y la lista de bajas de la Cía. K, pero me da miedo mirarla». Aunque los civiles abarrotaban las oficinas de noticias y cruces ferroviarios en espera de información, las listas se caracterizaban por su notoria imprecisión y su carácter incompleto.5

Las fuentes de estas listas eran diversas. A veces, el informe de muertos y heridos de un regimiento lo precedía una declaración de un capellán que indicaba que había sido él quien había recogido la información. De hecho, en ciertas unidades, esta era la tarea oficial del capellán, aunque esto no quería decir por fuerza que se llevase a cabo. Una airada enfermera de un hospital de Nashville se quejó de que el religioso local, en lugar de cumplir su

obligación, se pasaba el tiempo «tirando quoits»*. Numerosos regimientos –más de la mitad de los confederados y dos quintas partes de los del Ejército de la Unión– carecían de capellán.6



Buscando en la lista de bajas. Detalle de «Nuevas de la Guerra». Dibujo de Winslow Homer. Harper’s Weekly, 14 de junio de 1862.

A menudo era un oficial quien presentaba la lista. En ciertos casos, la información la compilaban civiles de organizaciones caritativas, pues consideraban que los oficiales del ejército estaban demasiado ocupados con los desvelos de los vivos como para dar prioridad a este asunto. W. P. Price, representante de una agencia de ayuda de Carolina del Sur, trató de establecer un sistema. En junio de 1864 notificó desde Atlanta que había acordado con los coroneles de los regimientos de las Carolinas que le proporcionasen informes regulares, «con los cuales espero poder proporcionar listas correctas». Pero, proseguía, su plan parecía en peligro,

pues, «lamento informar de que varias cartas importantes [con información] remitidas desde el campo de batalla […] se han perdido».7

Con frecuencia, las listas incluían comentarios que reconocían lo inadecuado de la información proporcionada. Como afirmó en 1863 un diario confederado: «De la Compañía I se perdieron en acción 38 hombres, 31 de los cuales han caído prisioneros. Los siete restantes –conjeturaba el artículo–, deben haber muerto». A menudo, los hijos o hermanos declarados «heridos leves» habían fallecido, y los maridos referidos como «muertos en combate» aparecían ilesos al cabo de un tiempo. «He visto tantos ejemplos en los que una familia ha vivido angustiada durante días a causa de informes de familiares que habían recibido graves heridas y que luego no lo estaban», escribió un confederado a una angustiada madre surcarolina. Mathew Jack Davis del 19.º de Misisipi mantuvo a su familia en suspense durante cuatro años. «Me declararon caído en combate el día que me capturaron –relató–. Leí mi propio obituario». Después de la batalla del Wilderness, Joseph Willett de Nueva York se apresuró a tranquilizar a su hermana: «Antes de que veas esto, es posible que te digan que he caído muerto o herido, por lo que permíteme que desmienta esa noticia». En 1863, el periodista Henry Raymond, fundador del New York Times, se apresuró y acudió a Virginia tras recibir la noticia de la muerte de su hermano. Contrató a un embalsamador, pero no pudo localizar el cadáver, por lo que fue al cuartel general del ejército para obtener información. En lugar de contestar a su solicitud, un ayuda de campo se limitó a traerle a su hermano, vivo y en buen estado. El soldado yanqui Henry Struble no solo apareció en la lista de bajas después de Antietam; también le asignaron una tumba, pues su cantimplora fue hallada en manos de un muerto al que se había parado a auxiliar. Al acabar la guerra, cada Día de los Caídos Struble envió flores para ornamentar su propia tumba, honrar al soldado desconocido que acogía y quizá para reconocer que, de no ser por la gracia de Dios, podría ser él quien yaciera en ella. Los receptores de malas noticias repetían y valoraban estos relatos, con la esperanza de que su historia tuviera un final más feliz, además de para negar la realidad y el carácter inapelable de la muerte.8

Las cartas personales eran mucho más fiables y, sin duda, mucho más reconfortantes que las listas de bajas. La costumbre dictaba que los amigos más íntimos de un soldado muerto y sus superiores inmediatos escribieran esta carta a sus familiares. Sin embargo, a menudo pasaban meses antes de

que los combatientes del frente encontrasen el tiempo, las circunstancias o el valor para escribir. Asimismo, estas comunicaciones dependían de las vicisitudes del servicio postal, que, en la Confederación, era cada vez menos fiable. Hacia 1864, los sudistas se quejaban de que el ejército había movilizado a tantos funcionarios postales de Richmond que el correo entre el teatro de operaciones de Virginia y el frente interior había quedado deshecho por completo.9

Las organizaciones voluntarias cubrieron el hueco dejado por la incapacidad de los funcionarios militares y gubernamentales para proporcionar información a las familias. En el Norte, tanto la Comisión Cristiana como la Comisión Sanitaria, las dos organizaciones caritativas más destacadas de la guerra, consideraban que la comunicación con las familias era un aspecto central de su obra. La Comisión Cristiana anunciaba su compromiso en palabras impresas en la cabecera de todo el papel de cartas que distribuía entre los soldados del frente: «La Comisión Cristiana de los Estados Unidos envía este pliego como mensajero entre el soldado y su hogar. Démonos prisa por enviarla a aquellos que esperan buenas nuevas». Durante la primavera de 1864, la Comisión refirió que había proporcionado 24 000 manos de papel y sobres al Ejército del Potomac en tan solo tres meses. En los días posteriores a las grandes batallas transportó centenares de cartas de hospitales y campamentos militares a las oficinas de correo más cercanas. En diciembre de 1864, cuando el ejército de Sherman alcanzó Savannah, los delegados de la Comisión que seguían a sus tropas alquilaron habitaciones e instalaron en ellas cincuenta escritorios donde los soldados redactaban trescientas misivas diarias.10

En caso de enfermedad grave o muerte del militar, los delegados de la comisión –voluntarios no remunerados de los cuales dependía la obra de la organización– escribían en su nombre. Redactaban cartas «para soldados todavía prostrados» o para comunicar sus «últimas palabras». Esta era una de las responsabilidades principales de sus cinco mil delegados. Estos, como describió la comisión, «no debían ahorrar ningún esfuerzo para dar información inmediata y precisa de los muertos y heridos a quienes les esperaban» en casa. Finalizada la guerra, la comisión calculó que habría escrito más de 92 000 cartas de soldados. Los agentes generales de campo, encargados de supervisar cada región, informaron de la labor de los delegados para identificar a los muertos y enviar noticias a sus seres

queridos. Tras la batalla de Chattanooga, un agente comunicó satisfecho que había podido «confeccionar numerosas cartas a casa, redactadas gracias a los recuerdos reunidos durante la noche de labios de los moribundos y de las cartas y diarios de los difuntos. Por lo general, si el cadáver no ha sido saqueado, en el bolsillo interior de la camisa había una carta de unos amigos, una fotografía, un testamento de la Comisión Cristiana, o un libro de himnos, con nombre, regimiento y lugar de residencia».11

En 1864, la comisión organizó el Departamento de Auxilio Individual, con la misión de responder a las peticiones de información sobre la suerte corrida por soldados particulares. Como recordó en 1868 el reverendo Lemuel Moss, secretario de la Comisión: «Responder dichas cartas requería a menudo una larga y difícil investigación, primero en el regimiento, luego en el hospital de campaña, y después en el hospital local o en el campamento». Aun así, en muchas ocasiones era posible obtener esta información. Anna H., una «niña pequeña» escribió a la Comisión para preguntar por su padre, pues su madre «casi había enloquecido» de angustia por no haber tenido noticias suyas en cuatro semanas. «Esta es la tercera carta que enviamos», informó la niña, que imploró «que alguien nos responda si mi querido padre está vivo o muerto […] Si no podemos pagarle, el Señor lo hará. Tenga por favor la bondad de responder esta carta». La Comisión le comunicó la triste noticia de que su padre ya había recibido sepultura.12



Oficina de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos en la calle H con la 8.ª. Washington, D. C., 1865. Biblioteca del Congreso.

En su labor de recopilar información de forma más sistemática, la Comisión distribuía cuadernos impresos con los que los delegados en campaña llevaban un registro de los soldados a los que asistían. Esta información se podía remitir con facilidad al Departamento de Auxilio central. Hacia 1864, cada registro de fallecimiento de la Comisión Cristiana incluía columnas para nombres, unidades, fechas de fallecimientos, «detalles particulares» y «observaciones» que, por lo general, incluían una valoración del estado religioso del finado, así como información detallada de lo que se había hecho con sus restos. Uno de los motivos principales que impulsaban a la

Comisión a comunicarse con los familiares era asegurarles, siempre que fuera posible, que estos soldados habían tenido una buena muerte, en la que el delegado de la Comisión había ejercido a menudo como pastor así como de sustituto de su familia y encargado de dejar constancia de su traspaso. S. B. Smith es descrito por el registro como «un Crist[iano] preparado para morir»; sin embargo, la condición religiosa de Samuel Green consta como «desconocida», y George Ewing era, sin duda, «no cristiano». A la familia de un soldado no se le notificó debido a que «no se pudo encontrar la dirección de los familiares»; el moribundo solo podía «afirmar o negar con la cabeza cuando se le preguntaba». Los allegados de Joseph Kramer eran «desconocidos», pero lo que en este caso tampoco «se escribió ninguna carta». George Besse «parecía un buen muchacho, habló con amabilidad de los suyos, expresó cierto sentimiento religioso y parecía acoger de buen grado la propuesta de rezar con él, y en varias ocasiones se unió con aparente fervor […] tenía junto a su almohada el retrato de su madre y de su hermana». El delegado de la Comisión anotó con evidente satisfacción este ejemplo de buen morir. Marcus Flambury afirmó «Confío en Dios» después de media hora de conversación con un delegado de la Comisión, quien sin duda comunicó este indicio esperanzador de salvación a la familia de Flambury. No obstante, hubo otro soldado, afligido e inmerso en una profunda aflicción, para el cual no había ayuda posible, ni en este mundo ni en el otro: en el registro consta que «se suicidó» de un disparo. Las primeras entradas del registro enumeran las tumbas del cementerio hospitalario por fila y número; las entradas posteriores son más esquemáticas, pues describen muertes en el campo de batalla, no en el hospital, con lo que el relato de su inhumación es mucho menos preciso.13

Durante el año final de la contienda, los representantes de la Comisión Cristiana se implicaron cada vez más. Ya no solo proporcionaban información a las familias, sino que también preservaban las identidades de los difuntos. La noche después de la batalla de Nashville, librada en diciembre de 1864, el agente general del Ejército del Cumberland describió cómo los delegados de la Comisión examinaban el campo de batalla para «reunir a los muertos, reconocerlos por mediación de sus camaradas, y, si era posible, identificarlos con una tarjeta». Los delegados habían asumido el papel de servicio voluntario de registro de tumbas. La primavera siguiente, después de Appomattox, los representantes de la Comisión Cristiana recorrieron los campos de batalla y las tumbas de la zona de Petersburg y

Richmond para localizar, identificar y proteger las sepulturas de los soldados. Al final, la Comisión publicó esta lista de inhumaciones junto con los registros de los que habían muerto en diversas prisiones confederadas, un total de ocho mil nombres, «para su distribución gratuita entre los allegados de los fallecidos». En el transcurso de la contienda la Comisión Cristiana llegó a comprender que su labor pastoral, su tarea de «consolación espiritual» y su compromiso con las almas cristianas también implicaba un compromiso con los cuerpos de estos y con la identidad individual de su ser inmortal. Este era un servicio que llevaban a cabo tanto para confortar a los supervivientes como para rendir el debido respeto a los difuntos, cada uno de los cuales era un candidato a la salvación divina.14

La Comisión Sanitaria abordó el trabajo de dar nombre a los muertos de una forma bastante diferente, como no podía ser de otra manera, dada las grandes diferencias que separaban a ambas organizaciones. Mientras que a la Comisión Cristiana le motivaban sentimientos humanitarios y la beneficencia religiosa, los sanitarios consideraban tal enfoque indebidamente sentimental, carente del realismo descarnado y del orden y disciplina necesarios en una era y en una contienda moderna. La Comisión Sanitaria, que empleaba un sistema de agentes remunerados, menospreciaba la poca profesionalidad del trabajo voluntario de la Comisión Cristiana. La Comisión Sanitaria de los Estados Unidos aspiraba a hacer frente a una crisis nacional mediante los principios asépticos de la ciencia y de la eficiencia; el trabajo de asistencia, aunque necesario, les parecía menos importante que establecer unas normas de organización castrense que maximizaran la prevención de enfermedades y el cuidado efectivo de los heridos. Su Oficina de Estadísticas Vitales, sus inspecciones de campamentos y tropas, eran claras evidencias de su intención de emplear la guerra como una especie de experimento científico natural. «Las vastas dimensiones de nuestros ejércitos nacionales –escribió Charles Stille en su informe oficial de las actividades bélicas de la comisión–, nos permitía tener unas instalaciones que no es probable que vuelvan a existir […] y habría sido sumamente infortunado dejar pasar la oportunidad que se nos brindaba de estudiar a un gran número de hombres y sus condiciones higiénicas y fisiológicas». La Comisión Sanitaria, dirigida por miembros de una élite acaudalada y con buenos contactos, asumió unas dimensiones y un potencial financiero, así como una influencia y un poder públicos, que superaban con mucho la de la Comisión Cristiana.15

Por otra parte, del mismo modo que las exigencias bélicas obligaron a la Comisión Cristiana a redirigir sus esfuerzos desde el otro mundo al mundo presente, también los sanitarios –en particular sus agentes presentes entre las miserias de los campos de batalla– fueron desbordados por las acuciantes necesidades humanas del momento. En el problema del tratamiento de los muertos y heridos sin identificar convergían cuestiones de orden y de humanitarismo. La Comisión era consciente de que antes de que pudiera implantarse la deseable revolución de la ciencia y la prevención «tendría lugar un inmenso sufrimiento» que requeriría «medidas de auxilio extensas y metódicas». Para ello, la Comisión estableció al comienzo de la guerra un Servicio Especial de Socorro, que asumió actividades tales como distribuir ropa extra, proporcionar alimentos especiales a los enfermos, ayudar a los soldados licenciados a regresar a sus casas, distribuir material de lectura y responder a las peticiones de información sobre soldados desaparecidos. Al igual que la Comisión Cristiana, la Comisión Sanitaria llegó a considerarse a sí misma «un gran medio de intercomunicación entre el pueblo y el ejército». Mas no tardó en verse desbordada por las solicitudes de información.16

Los sanitarios, incondicionales del orden y la sistematización, crearon una burocracia para dar respuesta a esta demanda. A finales de 1862, la Comisión estableció un Directorio de Hospitales con el que esperaban «cubrir la gran necesidad» de centralizar la información sobre el nombre y estado de los soldados ingresados en los hospitales militares de la Unión. En el tercer piso de la oficina de la Comisión, situada en el centro de Washington D. C., tres administrativos trabajaban a tiempo completo para copiar en grandes legajos los datos de los informes diarios. El directorio comenzó a publicar anuncios en los que informaba al público general de su nuevo servicio: «Tras haber visto en el diario su organización para información sobre soldaos desaparecidos –comunicó John Herrick de Míchigan–, les escribo para saber qué ha sido de mi hermano, del cual no tengo noticias desde el pasado mes de agosto». Herrick creía que podría haber resultado «herido en la batalla de bullrun o antietam» y solicitaba al directorio que investigase.17

Hacia marzo de 1863 se habían establecido tres oficinas adicionales en Filadelfia, Nueva York y Louisville, que se repartían los 233 hospitales generales del ejército. Los oficiales de la Comisión no se limitaban a esperar que los pacientes llegasen a los hospitales: «tan pronto como cesaba el

estruendo del combate», los agentes sanitarios acompañaban a los trabajadores al campo de batalla para confeccionar listas de muertos y heridos. «Mientras una clase de agentes aliviaba el sufrimiento corporal, la otra hacía todo lo posible por animar y reconfortar al sufriente para que sus allegados que le esperaban en el hogar supieran al instante su estado exacto».18

Durante el primer año del directorio, se remitieron unas 13 000 peticiones específicas, de las cuales se respondieron 9203. Hacia comienzos de 1865 se habían anotado en los legajos más de un millón de nombres. Reunir información sobre todos esos hombres no era una tarea menor. Así, por ejemplo, el 4 de julio de 1863, John Bowne de la oficina del directorio de Washington partió hacia Gettysburg para obtener los nombres de las bajas de una batalla que ya se sabía que había sido decisiva. Cinco días más tarde, sin embargo, se quejó de que «los informes están llegando con triste e irritante lentitud». Los supervivientes estaban más preocupados por cuidar de los heridos y enterrar a los caídos que por informar de su suerte. Bowne había visto «por experiencia propia que los oficiales solo atienden mis comunicaciones cuando están en una situación de calma». Casi dos semanas después del choque, Bowne tenía ocho mil hombres de los caídos de Gettysburg anotados en sus libros, pero observó que los registros del directorio nunca habían sido «tan confusos […] y tan insatisfactorios por su falta de detalle». Los informes de los hospitales de campaña estaban plagados de errores y omisiones, a menudo carecían de fecha, y muchos eran ilegibles, «escritos con un endeble lápiz de plomo». Los funcionarios del directorio contrataron ayuda extra e incluso «invadían el Día del Señor» para cumplir su tarea, pues les parecía una «obra piadosa» admisible en ese día. Sin embargo, la escala de mortandad de Gettysburg llevó al límite la capacidad del incipiente directorio. Seis semanas después de la batalla, el registro de muertos y heridos continuaba estando terriblemente incompleto.19

Numerosas solicitudes de información quedaron sin respuesta; se limitaban a estampar dos palabras, «no encontrado», en la demanda. Aunque en ocasiones el directorio podía transmitir noticias maravillosamente reconfortantes. Richard Deering respondió en persona cuando se solicitó a su regimiento que proporcionase información sobre él. El mismo Deering respondió jovial que estaba «vivito y coleando». Sin embargo, muchas veces

los funcionarios del directorio aliviaban el «angustioso suspense» de los allegados con réplicas devastadoras por su «certeza desgarradora». El superintendente de la oficina de Washington relató las escenas cotidianas de los que venían en persona en busca de noticias: «Una madre no sabe nada de su hijo desde la última batalla; espera que esté a salvo, pero le gustaría que se lo aseguraran –no hay escapatoria– hay que informarla de que ha perecido en el "altar de la federación"; prorrumpe en un afligido llanto que parece que no va a cesar nunca […] A un padre […] con rostro pálido y voz trémula, angustiado por saber, pero también temeroso de ser informado, se le dice que su muchacho está en un hospital a escasa distancia […] con lágrimas surcando sus mejillas, y sin mediar palabra [él], abandona la estancia».20

Tras las sangrientas batallas libradas en Virginia en la primavera de 1864, en las que el ejército de Grant sufrió 65 000 bajas en unas siete semanas, los parientes y amigos que acudían en busca de información desbordaron la oficina del directorio de Washington. Como afirmó un informe de junio de 1864: «Nunca antes […] habíamos tenido una multitud de solicitantes tan imperiosa y angustiada […] a menudo tenemos visitantes desde las seis en punto de la mañana sitiando nuestras estancias, y no podíamos cerrar las puertas hasta las once de la noche para obtener el descanso que tanto necesitamos antes de volver a la rutina diaria de socorrer y consolar». Los tres días de matanza en Gettysburg del año precedente resultaron insignificantes en comparación con la presión incesante del Wilderness, Spotsylvania, Cold Harbor: una serie de batallas que se sucedieron sin respiro, con las cuales Grant trataba de infligir un golpe mortal a un enemigo inferior en número.21

Sin embargo, la mayoría de las peticiones que llegaban a las oficinas del directorio no eran visitas personales, sino que venían por correo. Estas cartas, que han llegado hasta nosotros, son una ventana que nos permite visualizar con desgarrador detalle el precio de la guerra. En marzo de 1863 Peter Williams solicitó desde Míchigan: «Con la mayor inquietud le escribo unas líneas para conocer el paradero […] de mi hermano Arthur Williams […] no he tenido noticias suyas en cinco meses […] es posible que haya muerto, por favor responda tan pronto como reciba la presente». Susannah Hampton, de Nueva York, escribió al directorio de Filadelfia dos meses después de Gettysburg para saber de su hijo:

[…] podrán por favor informarme tan pronto como les sea posible si mi hijo Joseph H. Hampton, miembro de la compañía A 72 regimiento del Estado de Nueva York vol[untarios] Excelsior está vivo o muerto, y si está vivo y herido por favor tengan la bondad de especificar sus heridas y dónde se encuentra y si está siendo atendido, y si está muerto, se lo ruego, infórmenme para liberarme de esta angustia […] he escuchado rumores de todo tipo sobre él y sus penurias que me han dejado en un estado rayano en el frenesí.22

Entre todas estas emotivas historias, John Bowne se sintió conmovido en particular por las tribulaciones de una joven que temía haber quedado abandonada, no enviudada, y que no estaba dispuesta a soportar en silencio la injusticia que consideraba que se había cometido. «La Sra. Biddy Higgins, alias Hayes», una empleada del hogar que trabajaba para una respetable familia de Filadelfia, escribió en busca de su marido, Peter Hayes –también conocido como Higgins– «a pesar de ser este último su verdadero nombre», miembro de un regimiento de artillería neoyorquino:



«Enfermeras y oficiales de la Comisión Sanitaria de los Estados Unidos en Fredericksburg, Virginia, durante la campaña del Wilderness, 1864». Biblioteca del Congreso.

Me casé con él con el nombre de Higgins, ofició el sacerdote de la Catedral de la calle 18 con la plaza Logan [de] Filadelfia unos nueve meses atrás. Él llevaba 15 meses en el Hospital General Estadounidense Filadelfia Oeste y fue enviado con su regimiento el pasado mes de julio, creo, pero nunca volví a saber nada de él nunca me escribió, a pesar de que conoce perfectamente bien mi dirección, pues ha estado en ella decenas de veces. Esto me lleva a sospechar que quizá es posible que él haya estado casado previamente con alguna otra, pues se comportaba conmigo de forma amorosa y nunca tuvo conmigo diferencias y ni siquiera una palabra airada, por lo que abandonarme es algo muy malo por su parte. Dado que Ustedes son una organización de auxilio a los pobres, espero que tengan la amabilidad de averiguar para mí 1.º de dónde proviene Peter Hayes y quién es su familia y amigos que habían vivido con él antes de entrar en el Ejército, para que pueda escribirles para preguntar por él. Quizá puedan Uds. preguntarle esto 1.º antes de preguntar en 2.º lugar por qué razón nunca me ha escrito o incluso decirme dónde se encuentra, o por qué nunca me ha enviado dinero alguno, a pesar de que he estado muy enferma y considero que no ha sido un joven de firme moral, y yo siempre he sido, sin duda alguna, modesta y de excelente carácter, nunca he corrido detrás de los hombres, pues él vino durante un año antes de que me casara con él a ver a la familia de la que había sido sirviente por muchos años y que me dieron el mejor de los caracteres.

Por favor respondan pronto pues estoy muy preocupada.

Sra. Biddy Higgins, alias Hayes.[23]

Bowne decidió que «trataría de hacer todo lo que pudiera por la señora Biddy Higgins, pues considero que ha sido tratada con gran rudeza». Sin embargo, menos de una semana después de recibir su misiva, esta se presentó en persona en la oficina del directorio para informar de que había recibido de su marido una carta con dinero y un daguerrotipo y que esperaba

su llegada a casa de permiso en unos días. «Por tanto, Biddy está bien», garabateó un funcionario del directorio en su expediente. Ella fue una de las afortunadas.24

La Comisión estimó que respondió con éxito a un setenta por ciento de las solicitudes de información. Aunque su informe final de la guerra reconocía que este servicio había diferido «de forma esencial» de cualquiera de las labores que la Comisión preveía hacer, este fue «de todos los trabajos […] el más gratificante de todos los asumidos por la Comisión». Los sanitarios, a pesar de su labor de acumular frías estadísticas e implantar orden y disciplina burocrática para dar nombre a los muertos, se convirtieron, sin quererlo, en humanitarios y sentimentalistas.25

La Confederación, menos dotada que el Norte tanto de hombres como de material, también se enfrentó a una mayor escasez de información. El Sur no experimentó la misma explosión de asociaciones voluntarias que habían caracterizado al Norte en los años de preguerra, y nunca formó organizaciones caritativas centralizadas como las Comisiones Cristiana y Sanitaria. Sin embargo, los confederados también trataron de sistematizar la recopilación de datos sobre bajas y su comunicación a los familiares. La Asociación de Ayuda al Soldado de Luisiana, por ejemplo, prometía información a los «allegados en el hogar» sobre cualquier recluta de Luisiana que sirviera en Virginia, y la Asociación Central y el Depósito de Ayuda de Carolina del Sur reunían información para los surcarolinos. Los diarios religiosos sureños solían imprimir «guías para soldados» recopilados de censos hospitalarios, que incluían noticias y la localización de los muertos y heridos.26

Hubo otros individuos menos dados a la filantropía que trataron de cubrir la demanda de información. Por toda Virginia hubo numerosos sureños que recorrían los campos de batalla y ofrecían sus servicios remunerados a las familias confederadas que buscaban información. En la primavera de 1864, un hijo de los Middleton, una prominente familia surcarolina, desapareció en Virginia. Su padre, Oliver, se procuró los servicios de un representante que recorrió campos y hospitales para obtener información sobre el soldado desaparecido. Oliver júnior, de dieciocho años, había caído en Cold Harbor. Sin embargo, ni la búsqueda por todos los hospitales de campaña, ni una petición de información al comisionado de prisiones de la Confederación, ni

una solicitud a la prisión unionista de Camp Lookout, sirvieron de nada. P. Hunter se comprometió a continuar «investigando hasta descubrir el destino exacto que ha corrido su hijo». En último término, por mediación de un amigo, el padre supo de la muerte de su hijo en una granja cercana al campo de batalla y detalles de la localización de su tumba, bajo un manzano. Las últimas y reconfortantes palabras del muchacho fueron: «díganle a mi padre que he muerto como un Middleton». Oliver padre comenzó de inmediato las gestiones para transportar el cadáver a su hogar.27

En las ciudades del Norte también hubo emprendedores que se dedicaban a buscar soldados desaparecidos a cambio de un estipendio. Una de tales empresas, establecida en la neoyorquina Bleecker Street, se autodenominaba «Agencia del Ejército de los Estados Unidos». En 1864 se anunciaba en Harper's Weekly a los «herederos legales en busca de información sobre el paradero de soldados muertos o heridos en combate». A cambio de la localización de estos, se quedaban una parte de la paga atrasada del difunto o de la pensión de la viuda […] de ahí el llamamiento a los «herederos legales».28

La falta de información sobre la muerte de los soldados solía tener consecuencias prácticas, no solo emotivas. En el Sur, la reclamación de pagas atrasadas, así como la solicitud de una ayuda para el funeral –45 dólares para un oficial, 10 dólares para clases de tropa– tenía que venir acompañada de un certificado de defunción. Los registros militares eran tan imperfectos que, como dijo el superintendente de reclamaciones de Alabama, «con frecuencia, la muerte y la fecha de esta no pueden determinarse» porque «las reiteradas órdenes del ayudante y del inspector general no han sido respetadas ni cumplimentadas del todo». Muy a menudo, la documentación ausente tenía que ser reemplazada por una «declaración final» proporcionada por el jefe de la compañía del muerto. En el Norte, la aprobación del acta de 1862 para proporcionar pensiones a las viudas, así como a las hermanas y madres dependientes de soldados fallecidos, también exigía pruebas similares para quienes solicitasen estos subsidios. La obtención de la documentación requerida no era una tarea fácil y las familias con medios acudían a menudo a gentes que se autoproclamaban especialistas en tratar con las burocracias militares, confederadas o de la Unión.29

Incluso cuando se disponía de información precisa –por listas de bajas de la prensa o los oficios de una organización de beneficencia o de un agente remunerado–, esta, a menudo, no llegaba hasta mucho después del suceso. Era común esperar semanas o meses. En Carolina del Sur, por ejemplo, las primeras listas de bajas del Wilderness aparecieron en los diarios diez días después de la batalla. No resulta sorprendente, por tanto, que un oficial confederado aprovechase rango y privilegio –y que diera la casualidad que su familia residía cerca de una línea telegráfica– para enviar a casa un telegrama después de cada choque, en el que se limitaba a decir: «Estoy bien».30

Su decisión de asumir en persona la labor de informar es un ejemplo típico de conducta de numerosos protagonistas de la Guerra de Secesión. Estos organizaron muy diversos métodos para asegurar que se informase de la suerte que habían corrido. A pesar de que ninguno de los dos ejércitos distribuyó chapas identificativas, los soldados, en algunos casos con ayuda de civiles emprendedores, diseñaron sus propios antecesores del dog tag [chapa de perro]. Un destacamento de enterradores que trabajaba a altas horas de la noche del 4 de julio de 1863 inhumando a los caídos de Gettysburg encontró a un muchacho de unos diecinueve años. En su bolsillo hallaron «una pequeña placa de plata con su nombre, compañía y regimiento grabados en ella». Copiaron la información en un cabezal de madera para su tumba y remitieron la placa a su padre. Los soldados del Ejército de la Unión podían adquirir placas de los tenderos del campamento o en diversos establecimientos de retaguardia que se anunciaban de forma regular en la prensa. Aunque estas placas no eran tan comunes en el Sur, los soldados de la Confederación inventaron sus propios sustitutos. Una Biblia de bolsillo en la que anotaban nombre, dirección e incluso instrucciones para notificar a sus familiares también podía ser muy eficaz. Numerosos soldados de la Unión también adoptaron métodos informales. Josiah Murphey de Nantucket siempre «llevaba encima» un sobre usado con su dirección, «para que si caigo en combate los míos puedan saber qué ha sido de mí».31

«Estoy bien». Telegrama de William Drayton Rutherford a Sallie Fair Rutherford, 6 de julio de 1862. Procedente de la South Caroliniana Library, Universidad de Carolina del Sur, Columbia, S. C.

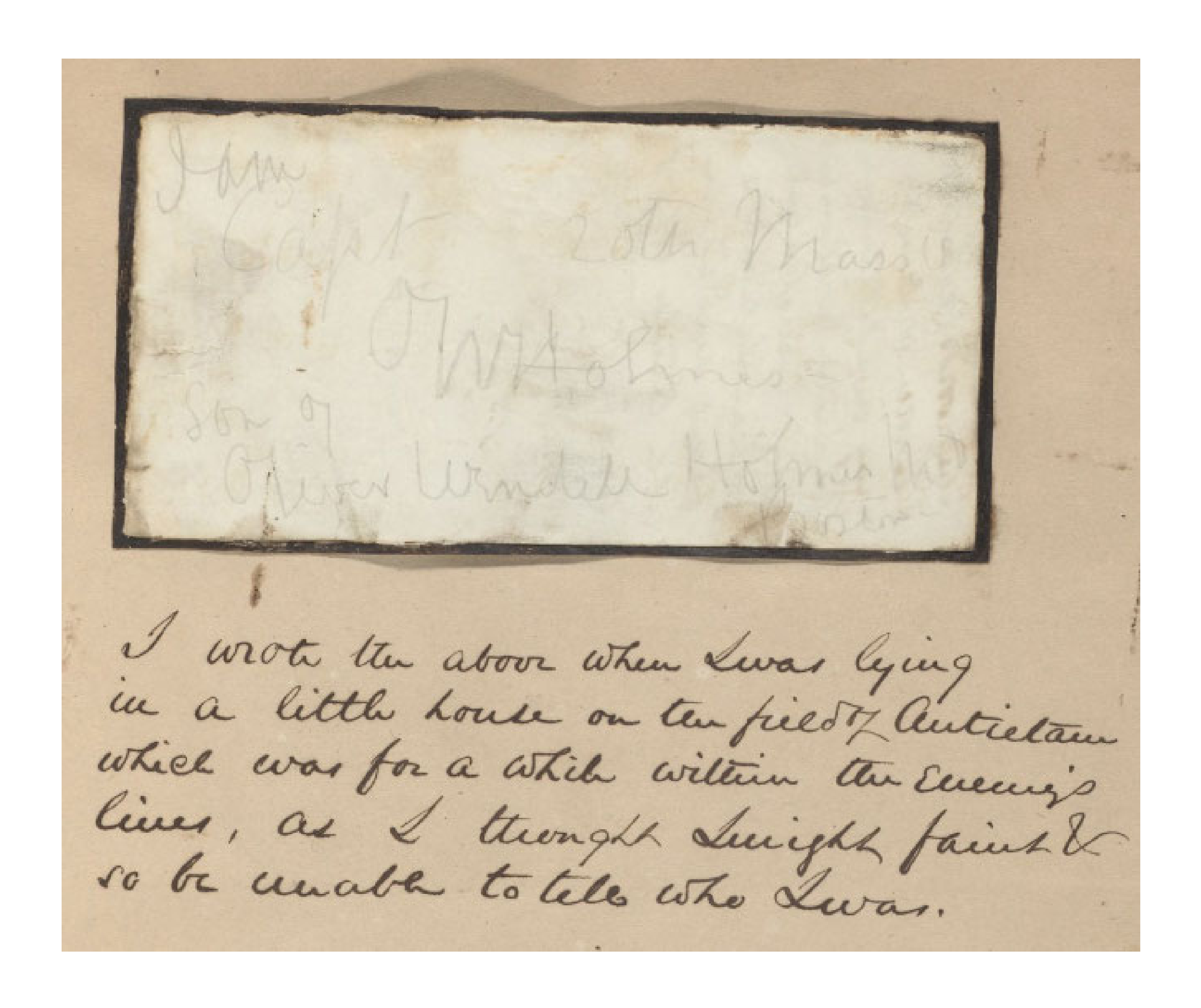
Hay ciertas historias que han pasado a ser legendarias: soldados que anotaban sus nombres en pedazos de papel y los prendían de sus uniformes antes de choques que se esperaba que fueran particularmente sangrientos, como el ataque de Meade contra las defensas fortificadas de Lee en Mine Run en 1863 o el asalto suicida de Grant en Cold Harbor del año siguiente. Oliver Wendell Holmes júnior fue alcanzado por un disparo en Antietam y llevado a un hospital de campaña en una casa cercana. Temeroso de desmayarse o morir y quedar sin nombre, escribió en un retazo de papel: «Soy el Capt. O. W. Holmes 20.º de Mass[achusetts] V[oluntarios]. Hijo de Oliver Wendell Holmes, doctor en medicina, Boston». Holmes se recuperó y conservó el papel el resto de su vida. El terror de los soldados a que sus identidades quedasen borradas se expresaba por medio de un pragmatismo sombrío, casi desapasionado. Se enfrentaban a la inmensidad de la muerte

con ingeniosos intentos de controlar al menos uno de sus aspectos. Si un soldado no podía salvar la vida, al menos intentaba preservar su nombre.32



Anuncio de placas identificativas para soldados. Frank Leslie’s Illustrated Newspaper, 10 de septiembre de 1864.

Los soldados contaban con numerosos aliados entre la población civil para tratar de mantener sus identidades e informar a sus familiares. Katherine Wormeley, quien sirvió en un barco hospital de la Unión durante la campaña de la Península, empleaba el mismo método que los fatalistas soldados. «Nos llegan tantos hombres sin nombre, agonizantes y mudos –escribió–, que escribimos los nombres y regimientos de los casos más graves y se lo atamos a la ropa, de modo que si no pueden articular palabra cuando pasan a otras manos, al menos que no mueran como perros». A Wormeley le parecía que expirar sin identidad equivalía a renunciar a su condición humana, a convertirse en poco más que un animal. Clara Barton, pionera de la enfermería, rellenaba una serie de pequeños libros de notas –creemos que de bolsillo– con información sobre las familias de los soldados moribundos para que, cuando hubiera tiempo para ello, escribir a sus supervivientes. El diario de T. J. Weatherly, un médico surcarolino que atendía a las tropas confederadas en Virginia, servía para un propósito similar. «Columbus Stephenson, Bethany Church, Condado de Iredell, NoCa [Carolina del Norte] –anotó en una página rasgada sin fechar–, escribirle sobre la muerte, et c del Tte. Thomas W. Stephens[on]».



I am
Capt 20th Mass V
O W Holmes
Son of
Oliver Wendell Holmes MD
Boston

I wrote the above when I was lying
in a little house on the field of Antietam
which was for a while within the enemy's
lines, as I thought I might faint &
so be unable to tell who I was.

«Soy el Capt. O. W. Holmes 20.º de Mass[achusetts] V[oluntarios]. Hijo de Oliver Wendell Holmes, doctor en medicina, Boston». «Escribí esto cuando me hallaba postrado en una casita en el campo de Antietam que durante un breve tiempo estuvo tras las líneas enemigas, pues pensaba que podía desmayarme y, por tanto, sería incapaz de decir quién era yo». Nota escrita por Oliver Wendell Holmes júnior. Biblioteca de la Facultad de Derecho de Harvard.



Recepción de lo que un soldado denominó Aufaul Knuse [«terribles noticias»]. «Nuevas de la guerra», detalle. Dibujo de Winslow Homer. Harper’s Weekly, 14 de junio de 1862.

No resulta difícil imaginar al doctor Weatherly pidiéndole a Thomas Stephenson el nombre y dirección de su padre mientras le consolaba en sus últimos momentos. «AA Hewlett, Summerville Ala[bama] para el Capt.

Hewlett; Sra. S. Watkins Wadesboro NC [Carolina del Norte] para S. J. Watkins 14.º NC», continuaba la lista de Weatherly.33

De todos los que escribían desde los hospitales para notificar la muerte de un soldado a sus familiares, es posible que Walt Whitman fuera el más famoso. En 1862 el poeta viajó a Virginia en busca de su hermano George, herido en la batalla de Fredericksburg. Las heridas de George resultaron ser superficiales, pero lo que Whitman vio en los frentes bélicos le causó una profunda impresión. Al igual que muchos otros estadounidenses que afrontaban por primera vez las consecuencias de la batalla, Whitman sintió una fuerte conmoción al ver delante de un hospital de campaña de la Unión un «montón» de «pies, piernas, brazos, manos et c.» amputadas. Pedazos de seres humanos, que, como la misma nación, habían sido desmembrados a causa de actos humanos que pretendían ser benevolentes y racionales. Esos montones ensangrentados representaban por igual la ironía de la guerra y el carácter destructivo del hombre. Whitman consideró que «cualquier cuita o dificultad» que hubiera conocido antes parecía «trivial» frente a tamaños horrores: «Nada de lo que llamamos problema es digno de mención». La contienda y sus sufrientes soldados pasaron a ser su preocupación principal. «¿Quién eres tú? […] ¿Quién eres tú», preguntaba a los difuntos, y concluyó que ellos representaban «la majestad y la realidad del pueblo llano estadounidense». En esos hombres radicaba el sentido verdadero de la contienda. Whitman ejerció, como escribió el crítico literario M. Wynn Thomas, de «representante de los deudos del muerto […] que tomó para sí aquello que los familiares no podían hacer: rememorar al difunto con el cadáver de cuerpo presente».34

Whitman se convirtió en un incansable visitante de hospitales, donde pasaba de siete a ocho horas diarias y atendía a los pacientes, sobre todo en Washington D. C., donde yacían enfermos o heridos casi cincuenta mil hombres. Su labor era proporcionar consuelo, no atención médica: les traía pudin de arroz, pequeñas sumas de dinero, sobres con sellos y papel de cartas, melocotones, manzanas, naranjas, rábanos, camisetas, calcetines, jabón, toallas, ostras, mermeladas, dulce de marrubio; y, también cariño, consuelo y «ánimos». Incluso redactó centenares de cartas –a menudo, según dijo, más de una docena al día– para los soldados que no podían hacerlo por sí mismos. Después de haber sufrido con su familia el tormento de la incertidumbre acerca de la suerte de su hermano George, Whitman

comprendía bien la importancia de la comunicación entre la retaguardia y el frente de batalla. «Hago esto mucho –escribió al New York Times–, las escribo de todo tipo, incluso cartas de amor […] siempre animo a los hombres a que escriban, y lo hago para ellos sin demora». En muchas ocasiones, informaba a los parientes de la muerte de un soldado. Whitman, un poeta revolucionario –su Hojas de hierba ha sido definido como «una discontinuidad absoluta con las tradiciones del verso en inglés»–, no introdujo innovación alguna en el género de la epístola de condolencias. Por el contrario, se limitaba a proporcionar a las familias la información que esperaban y necesitaban:

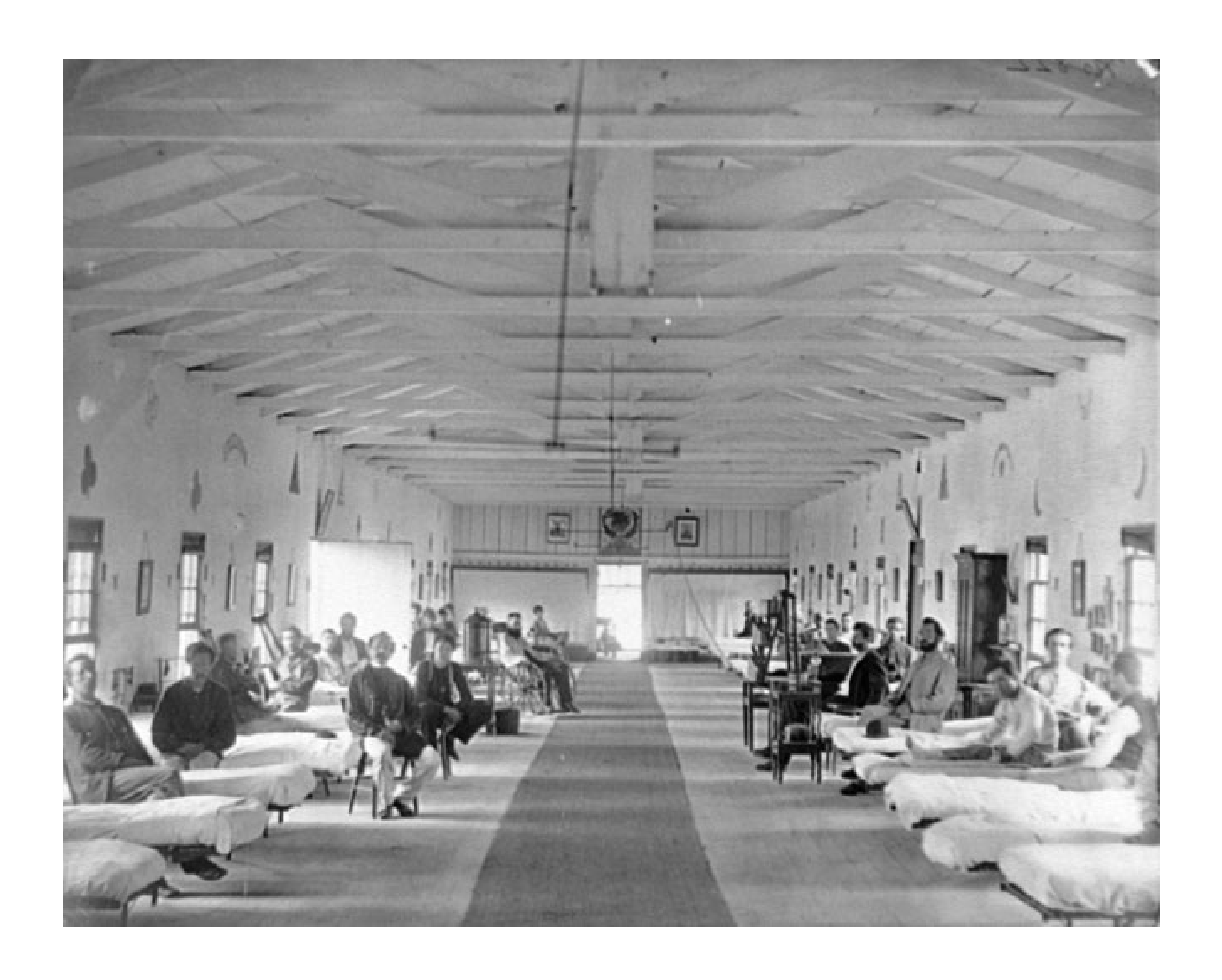
Su hijo, el cabo Frank H. Irvin, resultó herido cerca de Fort Fisher, Virginia, el 25 de marzo de 1865 […] murió el primero de mayo […] Frank […] recibió todo el tratamiento quirúrgico que necesitó, atención de enfermería, et c […] era tan bondadoso y bien educado […]. A veces […] hablaba […] a sus hijos o similares, supongo que familiares suyos, a los que daba buenos consejos […] estaba bien dispuesto a morir […] y perfectamente resignado […] no conozco su vida pasada, pero creo que debió haber sido buena.

El comportamiento de Irwin en el momento de morir, concluye Whitman, «fue inigualable. Y ahora, al igual que muchos otros hombres buenos y nobles, después de haber servido a su país como soldado, ha entregado su joven vida […] a su servicio». Esta fue, aseguró Whitman a su afligida madre, una muerte preparada, aceptada, patriótica, sin lugar a duda, una buena muerte. Y, a pesar de que el propio Whitman no era de ningún modo un creyente cristiano ortodoxo, concluye su carta ofreciendo a la familia de Irwin una consolación en la fe redactada con sumo cuidado: «hay un texto, "Dios bien lo ha hecho todo"** cuyo significado, a su debido tiempo, se revela al alma».35

En su poema «Ven desde los campos, Padre», Whitman imagina a una familia que recibe una carta como las que él redactaba. En el «vital y bello» otoño de Ohio, «todo prospera bien». Manzanas y uvas maduran; el trigo está presto para la siega. Pero, en mitad de esta cosecha de vida, llega la

nueva de la mortal cosecha de la guerra. La granja familiar recibe una carta, escrita no por su hijo Pete sino por otra mano. Informa de su herida de bala, pero no comunica aún la terrible verdad, que «ya ha perecido» en el momento en que esta llega. La misiva destruirá a la madre, del mismo modo que un rifle ha destruido al hijo.36

John O'Neal, un médico de Gettysburg, no remitía cartas a los deudos de los caídos, sino que anotaba los nombres y la localización de las tumbas confederadas que encontraba mientras recorría el condado visitando pacientes. Eran hombres ya muertos, por lo que los cuidados médicos de O'Neal ya nada podían hacer. Aun así, este se sentía obligado hacia ellos, y documentaba sus improvisadas tumbas con la esperanza de que algún día alguien transmitiera esta información a familiares o amigos. En su diario, un pequeño volumen encuadernado y titulado Libro de practica medica, O'Neal introducía, junto con los nombres y dolencias de sus pacientes, listas de muertos confederados, sus compañías, sus regimientos y la localización de sus tumbas: «Terreno del 2.º Cuerpo, parte trasera del granero de Schwarz N.º 1 dotación J. Co[mpañía] K 8 Fla [Florida] N.º 2 Granjero N, Co G 7 N.C. [Carolina del Norte] muerto el 26 de julio».37



«Ala K del Hospital de la plaza de la armería en Washington D. F.» uno de los hospitales que Walt Whitman visitaba de forma regular. Biblioteca del Congreso.

Las personas no se limitaban a esperar cartas o la publicación de listas de bajas para obtener noticias de los muertos y heridos. También empleaban la prensa para solicitar o compartir información que hubieran podido obtener. Tanto en el Norte como en el Sur los civiles contrataban anuncios en la prensa para publicitar la condición de los prisioneros y el destino de los desaparecidos. Estas noticias eran empleadas para comunicarse a ambos lados de la línea del frente: para proporcionar a los sudistas noticias del Norte, y viceversa. Así, por ejemplo, en 1864 un diario de Richmond publicó

una notificación pagada por el general de la Unión Benjamin Butler. Enviada a la atención de un cirujano de la armada confederada, el anuncio de Butler le informaba de que su hijo y un amigo estaban vivos y que habían sido hechos prisioneros a finales de junio. «Los dos están bien y en [el campo de prisioneros de guerra de la Unión de] Point Lookout. Considero mi obligación escribir esta nota para aliviar su inquietud». Había hablado con el joven prisionero, continuó, «en persona». Casi con toda certeza, Butler y el cirujano confederado se conocían antes de la guerra, una combinación de amistad y sentimientos humanitarios que le impulsaron a informar sobre dos desaparecidos en combate. Un diario de Richmond publicó un anuncio a la atención del «Hon. R. W. B. de Carolina del Sur: su hijo Nat está prisionero en Point Lookout, ileso, con su salud habitual, y todas sus necesidades serán atendidas sin demora». Este amigo nordista anónimo de la familia de Robert Barnwell no solo les proporcionaba información inmediata sino también la promesa de suplementar, mientras durase el cautiverio de Nat, las exiguas raciones de los campos de prisioneros de la Unión.

El New York Daily News solía publicar columnas con noticias originales o reproducidas de los diarios de Richmond. En febrero de 1864, William Racer del condado de Madison, Virginia, buscaba información que «aliviase la inquietud […] de [un] padre angustiado» por su hijo, herido en Gettysburg siete meses antes. El sudista William Smith respondió una solicitud de un pariente nordista que un diario de Mobile había copiado del New York Daily News. «Estamos todos bien. Nuestro hermano Sam murió en Vicksburg el 17 de julio, de una herida y de fiebre tifoidea. Todo mi amor para todos». Las columnas de los diarios sustituían a la carta personal que era improbable que pudiera atravesar las líneas militares. Con la esperanza de poner fin a la incertidumbre, los «allegados del sargento WALTER FARNAN, júnior, Compañía M quinceavo de infantería estadounidense» publicaron una solicitud a las «autoridades de Richmond» para que por favor confirmasen si era el mismo W. Farnham que había fallecido en un hospital de Virginia dos semanas antes.38

Familias desesperadas tanto del Norte como del Sur viajaban a centenares a los campos de batalla para encontrar en persona a sus familiares desaparecidos. Los testigos de la época describen estaciones ferroviarias atestadas de parientes frenéticos en busca de información sobre sus seres queridos. Oliver Wendell Holmes sénior acudió a toda prisa a Maryland,

temeroso de que su hijo hubiera muerto en Antietam. Holmes describe la combinación de esperanza y terror que, sin duda, compartieron tantos otros que viajaban al frente en busca de familiares. Cuando, a pesar de sus peores temores, encontró vivo al joven capitán, el padre caracterizó sus tornadizas expectativas como una profunda sensación de cambio de realidad: «Nuestro hijo y hermano estaba muerto y ahora está vivo de nuevo, estaba perdido y ahora le hemos recuperado». El límite entre vida y muerte parecía a un tiempo permeable e infinito.39

Muchos de los que trataban de encontrar a sus padres, hermanos, maridos e hijos no experimentaron el mismo final feliz que Holmes. Fanny Scott de Virginia emprendió la búsqueda de su hijo Benjamin tras más de tres meses de silencio después de la batalla de Antietam, en septiembre de 1862. Fanny escribió a Robert E. Lee a comienzos de 1863. Este reenvió su misiva al otro lado de las líneas, al general de la Unión Joseph Hooker, quien prometió que el cirujano general de los Estados Unidos revisaría las listas de los hospitales de Maryland. Lee adjuntó la carta de Hooker en su réplica a la señora Scott, y expresó su deseo de que «pronto tenga buenas noticias de su hijo». Pero, dos meses más tarde, Lee reenvió una carta que le había llegado bajo bandera del parlamento. La carta decía: «se ha llevado a cabo una búsqueda diligente y cuidadosa del hombre mencionado en la misiva adjunta pero no se ha hallado rastro de él en ningún hospital o entre los registros de prisioneros rebeldes». Pocos días después, Fanny Scott remitió a Lee una petición de pase a través de las líneas de la Unión para buscar en persona a Benjamin. No cabe duda de que sus esfuerzos fueron infructuosos, pues al final de la contienda seguía buscando información. El general de la Unión E. A. Hitchcock, responsable del intercambio de prisioneros del final de la guerra, respondió con amabilidad la solicitud de Scott del 15 de julio de 1865: «Dado el tiempo transcurrido desde la batalla de Antietam, y que usted no ha sabido de su hijo durante todo este tiempo, siento mucho decir que debemos dar por hecho que cayó víctima de dicha batalla. Si aún estuviera vivo, no alcanzo a ver por qué no ha encontrado el medio de comunicarle este hecho».40

El caso de Scott ilustra varios aspectos del problema de los desaparecidos en la Guerra de Secesión. Primero, demuestra la posibilidad de que un individuo pudiera perderse por completo, una circunstancia que a muchos civiles les resultaba incomprensible. Como ya hemos visto, la magnitud de la

contienda presentaba desafíos administrativos sin precedentes, por lo que sin duda muchos de los no identificados eran cadáveres que no podían ser asociados con nombres. Mas hubo otro aspecto de la mortandad de la Guerra Civil que contribuyó al gran número de desaparecidos, y que contribuiría de forma aún más dramática a las filas de los muertos sin nombre de la Primera Guerra Mundial. En numerosas ocasiones, la Guerra Civil borraba no solo nombres sino cuerpos completos, pues no dejaba nada que identificar o enterrar. Un capellán de la Unión describió después de Gettysburg «fragmentos pequeños, tanto que difícilmente podían reconocerse como partes de un hombre». Un combatiente escribió horrorizado sobre camaradas que eran literalmente «desintegrados en átomos». Numerosos soldados de la Guerra de Secesión desaparecieron de verdad, sus cuerpos vaporizados por la potencia de fuego de la primera conflagración moderna. Es posible que este fuera el destino de Benjamin Scott. Para los civiles esto era imposible de entender, pero los soldados que habían sido testigos de la devastación de la batalla comprendían muy bien que era posible reducir a la nada a un hombre en un instante. La desintegración corpórea conllevaba efectos perturbadores para la inmortalidad del cuerpo y del alma, por lo que la desaparición del cadáver hacía aún más importante la búsqueda de nombres.41

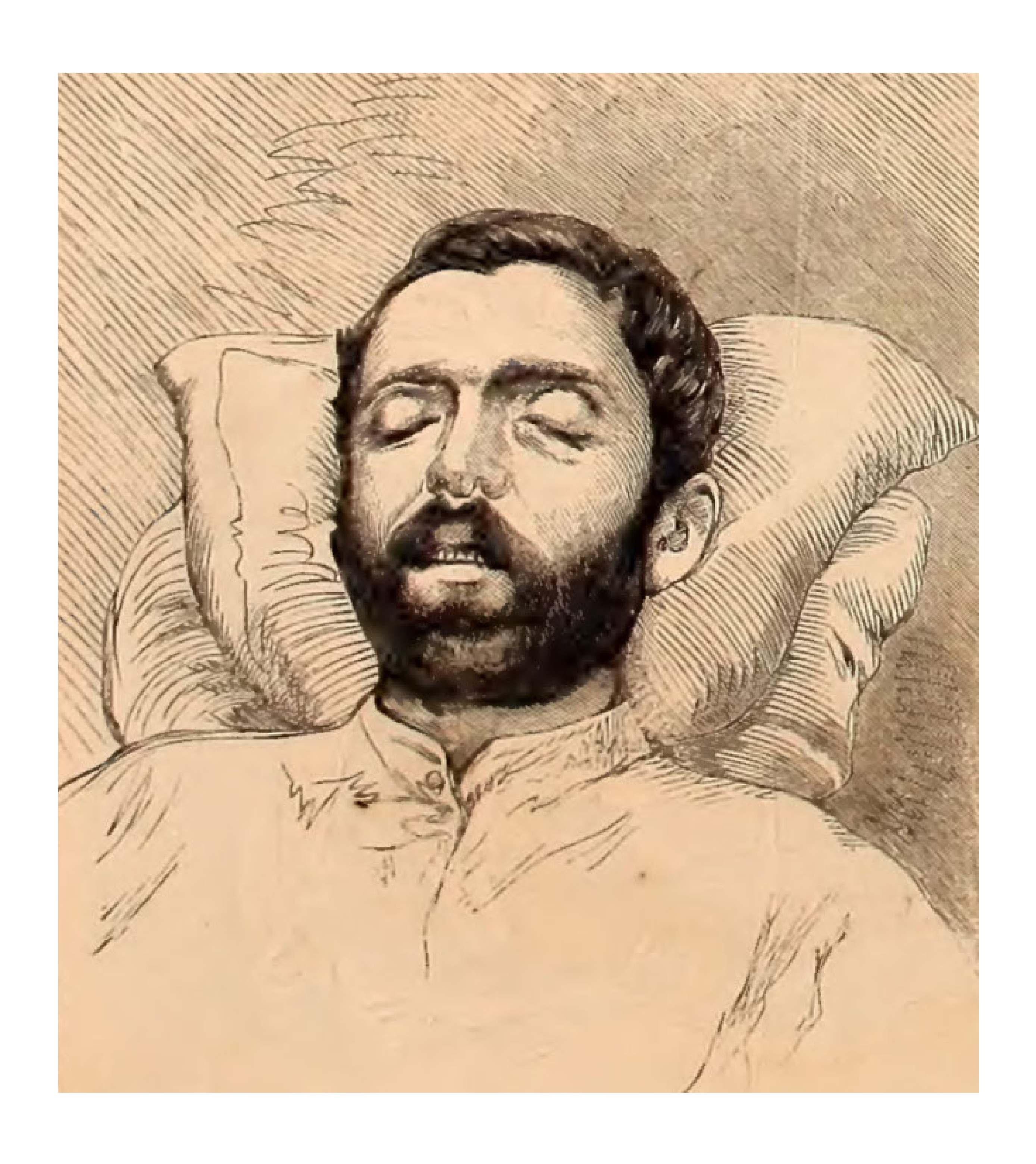
La historia de Fanny Scott demuestra también el poder unificador de la muerte incluso frente a la fuerza divisiva de la guerra. El general Lee no solo se preocupó del destino de un simple pajarillo***, aunque cabe asumir que Scott no era un soldado corriente, sino alguien cuya familia tenía vínculos de clase y contactos que le permitían apelar a la compasión de Lee. Es aquí donde brilla la intimidad de esta guerra entre estadounidenses, pues Lee se carteó sin titubear con su homólogo yanqui, quien también actuó con premura para responder a la petición de su adversario. Incluso mientras planeaban la campaña de primavera que culminaría en el sangriento choque de Chancellorsville, Lee y Hooker estuvieron en el mismo bando que Fanny Scott en su desesperada búsqueda de información sobre su hijo. Matar a los soldados enemigos era el objetivo tanto de ambos generales como de ambos ejércitos, pero llorar a los difuntos podía unirles en un propósito común.42

El hecho de que Fanny Scott solicitase información en 1865, casi tres años desde la desaparición de su hijo, indica la tenacidad y la profunda necesidad de obtener información precisa del paradero de los desaparecidos. La carta del general Hitchcock a Scott parecer reflejar tanto una cierta incredulidad

porque no se hubiera resignado a una funesta conclusión que consideraba a un tiempo innegable e inevitable. Aun así, la historia de Fanny Scott demuestra no solo el poder unificador a nivel nacional de la muerte sino también su influencia intensa y persistente sobre los deudos de los difuntos, en particular en unas circunstancias de incertidumbre interminable. Nueve años después del fin de la contienda, la señora R. L. Leach seguía buscando información sobre lo que había sido de su hijo después de que fuera enviado a un buque hospital en Virginia. Incapaz de admitir que debía haber fallecido, confesó que «a veces pensamos que está en algún asilo de alienados». Sin hallar más información, vivía «en suspense», aun a pesar de reconocer que «sería mejor saber que está muerto». Jane Mitchell recibió una carta después de la batalla de Gettysburg de un soldado que afirmaba haber enterrado un cadáver que había encontrado envuelto en una manta con el nombre de su hijo. Pero ella no vio el cadáver ni encontró la tumba, por lo que nunca se convenció de que fuera de verdad su hijo. «Me gustaría encontrar su tumba –escribió–. Pasaron años hasta que abandoné la esperanza de que algún día apareciera. Me convencí de que le habían hecho prisionero y llevado muy lejos, pero que algún día podría volver […] sé que era una tontería pensar algo así, pero jamás abandoné la esperanza». La falta de cadáveres identificables dejó a estas mujeres a merced de la incertidumbre y de unas esperanzas descabelladas, de unas ilusiones que les hacían el mundo más soportable.43

Las respuestas que recibió el intendente general de la Unión, el general Montgomery Meigs, fueron una espectacular demostración del poder y la persistencia de estas esperanzas. En 1868, este general decidió publicar en revistas del Norte el dibujo de un soldado que había fallecido sin identificar en mayo de 1864 en un hospital militar de Washington. El hombre había llegado demasiado débil para informar sobre sí mismo y habría sido olvidado con rapidez de no haber estado en posesión de una suma considerable, 360 dólares. El cirujano a cargo del hospital hizo que fotografiasen el cadáver y su semblante fue copiado por la prensa a petición del Departamento de Guerra. Los anuncios para buscar su identidad también comentaban que el difunto portaba el ambrotipo de un niño. Llovieron cartas de mujeres en la oficina de Meigs. Si bien algunas eran, sin duda, cazafortunas que trataban de llevarse el dinero, la gran mayoría mostraba una desesperación tan conmovedora que resultaba difícil poner en duda la sinceridad de sus desgarradores relatos. Jenny McConkey de Illinois parecía

reconocer la futilidad de sus esperanzas en su misiva en la que sugería que el hombre no identificado podía ser su hijo, del que no tenía noticias desde 1862. La fotografía del pequeño era difícil de explicar, pues su hijo no tenía descendencia. Pero ella creía que esto podía deberse a que llevaba el retrato pues «sentía mucho afecto hacia los niños». Una mujer de Pensilvania cuyo marido había sido visto por última vez en la tristemente célebre prisión confederada de Andersonville describió su vida como «un permanente sopor de angustia» provocada por no obtener noticias sobre su suerte. Martha Dort escribió para explicar que su marido había sido al parecer fusilado mientras le transferían de una prisión a otra en 1863, «pero esto podría no ser cierto. Los errores ocurren a menudo». Se sentía animada por el hecho de que el finado llevase la fotografía de un niño, pues su marido llevaba un ambrotipo de su hijo, de tres o cuatro años, con pantalones a cuadros y las manos en los bolsillos. Su carta incluía cincuenta céntimos para que le hicieran llegar una copia de la estampa. La oficina de Meigs devolvió el dinero, pues el retrato no coincidía con su descripción.44



«Soldado desconocido». Copia de una fotografía tomada en su lecho de muerte que fue publicada para tratar de localizar a sus deudos. Harper's Weekly, 24 de octubre de 1868.

El soldado misterioso no fue nunca identificado; el niño del ambrotipo no recibiría nunca los detalles de la muerte de su padre o su herencia de 360 dólares. Pero el hombre desconocido había catalizado un torrente de desesperación de unas mujeres que representaban a muchos miles de personas que no solo se habían quedado sin sus maridos, hermanos o hijos, sino que también les habían negado la información que les permitiría llorar a sus difuntos. Resulta descorazonador ver las expectativas tan limitadas de muchas de las mujeres que escribieron a Meigs; el hombre que pretendían que fuera su marido estaba muerto del todo. Ya no buscaban a una persona viva; lo máximo a lo que aspiraban era a liberarse de la incertidumbre paralizadora que dominaba su existencia. Un profesor del Colegio de Gettysburg que ayudó a numerosos civiles a buscar a sus familiares después de la batalla librada en la localidad las describió con acierto: «corazones dolientes en los que el vacío terrible de la incertidumbre todavía permanece sin ser satisfecho por una certeza positiva». En cierto modo, en los Estados Unidos de la Guerra Civil quedaban «desaparecidos» tanto individuos como información. Aquellos que habían renunciado hacía mucho tiempo a encontrar con vida a sus seres queridos seguían buscando con afán detalles de sus existencias, muertes y enterramientos. J. M. Taylor de Fond du Lac, Wisconsin, fue tan tenaz e insistente como Fanny Scott en su búsqueda de información sobre su hijo, capturado en Chickamauga en septiembre de 1863. Confinado en un principio en la prisión de Libby, en Richmond, Henry Taylor, de veinticinco años, consiguió comunicarse con sus padres por medio de cartas en miniatura escondidas en botones que eran enviados de forma clandestina al Norte. Las esperanzas de que retornase se apagaron una vez que se suspendieron los intercambios de prisioneros. Henry fue transferido al Sur. Meses de confinamiento y exiguas raciones causaron estragos, pues cayó enfermo de diarrea y consunción****. Hacia el verano de 1864 sus padres supieron que había sido ingresado en un hospital militar en Charleston. Tras esto cesaron por completo las noticias que iban recibiendo de forma irregular hasta octubre, cuando un compañero de la prisión escribió desde Carolina del Sur que Henry no había podido recuperarse. «Creo que debe conocer los hechos», explicó el soldado. Taylor recibió la carta nueve días más tarde. «Me sentí como un niño» afirmó el padre. Este, con intención de poner fin al «doloroso suspense», comenzó a remitir una serie de angustiadas peticiones para recabar información de prisioneros huidos o liberados o de funcionarios militares, tanto del Norte como del Sur. A

mediados de noviembre, Taylor padre tuvo noticias de dos oficiales nordistas que afirmaban haber enterrado a Henry. Su padre, aun dándolo por muerto, continuó escribiendo en busca de detalles. «Por favor tenga en cuenta que las más triviales circunstancias respecto a sus últimos momentos [y] la muerte de nuestro amado serán de gran interés para nosotros». El 27 de diciembre recibió una misiva de otro antiguo prisionero que le confirmó que Henry había fallecido en Charleston el 3 de octubre. Pero no era la notificación oficial que satisfaría el ansia de Taylor de saber todo lo posible sobre los últimos días de Henry. Y tampoco le permitiría, por utilizar sus propias palabras, «poner orden en las cuentas de mi hijo con el gobierno». Continuó escribiendo para obtener tales pruebas y localizar los efectos personales de Henry, «que serán preservados como reliquias». Taylor estaba interesado en particular por el retorno de una moneda de oro de veinticinco dólares que había enviado a Henry justo antes de su muerte, y por la remuneración del sirviente de Henry, «un negro que responde al nombre de Sam», el cual, según dijo su hijo en 1863, «le miraba con la misma admiración que un perro contemplaría a su amo». Tan pronto como Charleston cayó a manos de la Unión, Taylor emprendió la búsqueda de los restos mortales de Henry para devolverlos a casa.45

Henry Taylor formó parte de los cerca del nueve por ciento de los muertos de la Guerra de Secesión que perecieron en campos de prisioneros. Al igual que Henry, la mayoría de estos hombres murieron en los años que siguieron a la suspensión de intercambios de cautivos por parte del Norte a mediados de 1863, en respuesta al maltrato infligido a los prisioneros negros. Además, la superioridad numérica del Norte hacía que los intercambios fueran desventajosos en una contienda que se estaba convirtiendo con rapidez en una lucha de desgaste. Tanto yanquis como confederados sufrieron las duras condiciones provocadas por la rápida expansión de la población de reclusos. Ninguno de los dos bandos había anticipado la necesidad de mantener en cautividad a tantos hombres ni había tomado las medidas adecuadas para proporcionarles alimento, alojamiento o cuidados médicos. En el transcurso de la guerra, 194 743 soldados de la Unión y 215 865 de la Confederación cayeron prisioneros. Además, 30 218 nordistas y 25 976 sudistas murieron en cautiverio. No cabe duda de que las prisiones de la Guerra Civil fueron, como observó un recluso, «lo más parecido al infierno en la tierra».46



«Prisión de Libby, Richmond, Virginia, abril de 1865». Biblioteca del Congreso.

En abril de 1895, J. M. Taylor recibió respuesta a una carta que había remitido en fecha reciente a uno de los antiguos camaradas de Henry. El veterano, que observó que ya tenía el cabello gris, confesó que no recordaba lo suficiente las instalaciones del hospital de Charleston para responder las muy precisas preguntas de Taylor sobre las circunstancias de los últimos días de Henry: «Quizá alguno de los muchachos pueda recordar más sobre ello».

Puede que treinta años hubieran hecho olvidar la guerra a aquel soldado, pero el padre no podía olvidar. Seguían faltándole los «hechos» que le serenasen.47

Cuatro años de Guerra de Secesión impulsaron un notable cambio de actitudes y conductas respecto al recuento de los caídos. Los procedimientos militares comenzaron a reflejar esta transformación. En julio de 1864, el Congreso estadounidense aprobó una ley que establecía un nuevo principio organizativo para la gestión de bajas. Esta medida designaba por primera vez una unidad especial para el registro de tumbas en lugar de dar por hecho, como se había hecho hasta entonces, que los soldados podían ser retirados del combate para llevar a cabo labores de inhumación de cadáveres. Cuando el general confederado Jubal Early atacó Fort Stevens, cerca de Washington D. C., en 1864, esta nueva unidad, dirigida por el intendente asistente James Moore, logró identificar hasta el último de los cadáveres de la Unión y todas las sepulturas. Pero, durante las operaciones finales de la guerra no se asignaron hombres a las unidades de registro de tumbas, por lo que sus trabajos quedaron incompletos. Aun así, esto representaba un nuevo enfoque que, junto con el establecimiento del incipiente sistema de cementerios nacionales, indicaba el surgimiento de una consciencia de la responsabilidad gubernamental hacia los restos –tanto cuerpos como nombres– de aquellos que habían perecido en los campamentos y en los campos de batalla de la Guerra Civil.

El compromiso con los derechos del hombre, importante principio de la causa del Norte, hacía ineludible dedicar atención al destino y a la identidad de cada soldado; honrar a los muertos se hizo inseparable de respetar a los vivos. Pero el mayor impulso de estos cambios fue la angustia de esposas, padres, hermanos e hijos, que no podían tolerar sufrir una pérdida indocumentada, no confirmada ni reconocida. La Guerra de Secesión tuvo lugar en una nueva era de humanitarismo. «El mundo se conmueve hoy con mucha más facilidad ante el espectáculo de las miserias humanas que en ningún momento del pasado» escribió un trabajador de una organización de socorro del Norte para explicar por qué «la opinión pública cristiana, ya sea de este o de cualquier otro país» no permitiría que los soldados sufrieran como lo habían hecho «en todas las contiendas anteriores». Era una época en la que los vínculos familiares eran celebrados y sentidos, una época que,

además, creía estar en posesión del derecho y la responsabilidad, así como del conocimiento científico, para mitigar el sufrimiento.48

Mas no era posible responder a la inmensa mortandad de la Guerra Civil con intervenciones individuales a pequeña escala o incluso con empresas improvisadas. Por ello, los estadounidenses recurrieron a las incipientes burocracias filantrópicas de las Comisiones Sanitaria y Cristiana, que, en última instancia, reforzaron el poder y las responsabilidades del estado. Cuando la victoria de la Unión se hizo cada vez más cierta en el invierno y comienzos de la primavera de 1864-1865, las exigencias de los caídos sin nombre se hicieron aún más apremiantes. Finalizada la contienda, los Estados Unidos se embarcaron en un programa de identificación y reinhumación que redefinió las obligaciones de la nación hacia sus caídos, así como el significado del nombre y del cuerpo en tanto que repositorios perennes del ser humano.

NOTAS

1. Whitman, W., 1971 (1882), 60.

2. Alexander, C., 2004, 44. Vid. también Sledge, M., 2004.

3. Crawford, M., 1999, 68, cita 13 768 muertes estadounidenses de un total de 104 556 militares. Solo una de cada ocho de estas muertes estaba relacionada con el combate; las otras se debieron a enfermedades.

4. General Orders of the War Department …, 1864), vol. 1, 158, 248; «Return of Deceased Soldiers» y «Field Returns», paras. 451, 452, 453, en Regulations for the Army of the Confederate States, 1862 (Atlanta, James McPherson & Co., 1862); Samuel P. Moore, 14 de agosto de 1862, en Wayside Hospital, Charleston, Order and Letter Book, SCL; Charleston Mercury, 27 de enero de 1864; Steere, E., 1951, 4-5. Sobre la inadecuación de los informes de bajas confederados durante la campaña de la Península,

vid. The War of the Rebellion… , 1880-1901, ser. 1, vol. 11, pt. 2, 559, 760, 775, 501-502.

5. Sarah J. Palmer a Harriet R. Palmer, 5 de septiembre de 1862, Palmer Family Papers, SCL; F. S. Gillespie a la señora Carson, 5 de julio de 1864, Carson Family Papers, SCL.

6. Powers, E. J., 1866, 19. Sobre los capellanes, vid. Armstrong, W. B., 1998, 134 n. 98, donde se cita una orden de 1864 del director médico asistente del Departamento del Cumberland. Las cifras de capellanes provienen de Woodworth, S. E., 2001, 148.

7. Daily South Carolinian, 16 de junio de 1864.

8. Daily South Carolinian, 22 de julio de 1863; F. S. Gillespie a la señora Carson; Mathew Jack Davis Narrative, «War Sketches», CAH; Joseph Willett a su querida hermana, 6 de junio de 1864, Misc. Mss. Cummings, NYHS; Raymond, H. W. (ed.), 1880, 419-420; Stotelmyer, S. R., 1992, 17.

9. Sobre la correspondencia, vid. W. D. Rutherford a Sallie Fair Rutherford, 5 de junio de 1864, William Drayton Rutherford Papers, SCL.

10. J. W. Hoover al señor Kuhlman, 8 de septiembre de 1864, J. W. Hoover Papers, WHS; Moss, rev. L., 1868, 411, 506. Sobre las cartas después de Gettysburg, vid. Boyd Cross, A., 2002, 59. Una mano de papel era un conjunto de veinticuatro o veinticinco pliegos de papel del mismo tamaño y gramaje.

11. Moss, rev. L., op. cit. , 512, 487-488, 563, 475. Vid. Comisión Cristiana de los Estados Unidos, Registro de las cartas escritas para los soldados, Ejército del Potomac, 1865, RG 94 E 746, y Comisión Cristiana de los Estados Unidos, Resúmenes de las cartas escritas para los soldados enfermos y heridos, Ejército del Potomac, 1864-1865, RG 94 E745, NARA.

12. Moss, rev. L., op. cit. , 409, 439-440. Vid. Comisión Cristiana de los Estados Unidos, Cartas recibidas, Departamento de Ayuda Individual, 1864-1865 RG 94 E748, NARA; Comisión Cristiana de los Estados Unidos, Registro de consultas, Oficina Central, 1864-1865 RG 94 E743, NARA.

13. Comisión Cristiana de los Estados Unidos, Registro de defunciones, 1864-1865, 6 de octubre de 1864; 9 de octubre de 1864; 8 de octubre de 1864; 19 de septiembre de 1864; 3 de octubre de 1864; 3 de noviembre de 1864; 18 de octubre de 1864, RG 94 E797, NARA.

14. Moss, rev. L., op. cit. , 508, 439. U. S. Christian Commission, 1866. Vid. Comisión Cristiana de los Estados Unidos, Correspondencia relativa al «Registro de los muertos federales», RG 94 E795, NARA.

15. Stillé, C. J., 1868, 451; Fredrickson, G. M., 1965, capítulo 7; Giesberg, J. A., 2000; Attie, J., 1998; Maxwell, W. Q., 1956.

16. Stillé, C. J., op. cit. , 287, 308.

17. Ibid. , 309; John Herrick a Frederick Law Olmsted, 14 de diciembre de 1862, Archivos del Directorio del Hospital de Washington, Cartas de solicitud, caja 192.2, carpeta 3, Registros de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos, NYPL.

18. Sanitary Reporter, 15 de enero de 1864, 135.

19. Stillé, C. J., op. cit. , 309; Howard A. Martin a H. A. de France, 4 de julio de 1863, John Bowne a H. A. de France, 9 de julio de 1863, 16 de julio de 1863 y 21 de julio de 1863, Agencia de Filadelfia, Correspondencia del directorio de hospitales, vol. 1, caja 596, Registros de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos, NYPL; H. A. de France a Jos. P. Holbrook, 27 de julio de 1863 y 18 de julio 1863, Archivos del Directorio del Hospital de Washington, caja 195.1, Registros de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos, NYPL.

20. Richard Deering, 13 de junio de 1864, Archivos del Directorio del Hospital de Louisville, Chattanooga, Consultas especiales, del 8 de abril al 25 de agosto de 1864, caja 284.2, carpeta 1, 58; Informe del directorio del hospital, 9de julio de 1864, Archivos del Directorio del Hospital de Washington, caja 192.3, carpeta 12, Registros de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos, NYPL; «The Hospital Directory», 1863, vol. 1, n.º 4, 109.

21. Informe del directorio del hospital, 9 de julio de 1864, Archivos del Directorio del Hospital de Washington, caja 192.3, carpeta 12, Registros de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos, NYPL. Para las cifras de bajas, vid. McPherson, J. M., 1988, 742.

22. Peter Williams al Querido Sr., 28 de marzo de 1863, Agencia Filadelfia, Correspondencia del directorio de hospitales, vol. 1, caja 596, Registros de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos, NYPL. Susannah Hampton al Querido Sr., 14 de septiembre de 1863, Agencia Filadelfia, Correspondencia del directorio de hospitales, vol. 2, caja 597, Registros de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos, NYPL.

23. Sra. Biddy Higgins al Sr., 16 de diciembre de 1863, Agencia Filadelfia, Correspondencia del directorio de hospitales, vol. 2, caja 597, Registros de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos, NYPL.

24. John Bowne a John W. Wilson, 17 de diciembre de 1863, Agencia Filadelfia, Correspondencia del directorio de hospitales, vol. 2, caja 597, Registros de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos, NYPL.

25. Stillé, C. J., op. cit. , 310, 309.

26. Louisiana Soldiers' Relief Association… , 1862, 30; Berends, K. O., 1998, 147.

27. P. Hunter a Oliver H. Middleton, 27 de julio de 1864; Henry W. Richards a Oliver H. Middleton, 19 de diciembre de 1864; E. W. Mikell al coronel B. H. Rutledge, 21 de junio de 1864, todo en Middleton-Blake Papers, SCHS.

28. Harper's Weekly, 3 de septiembre de 1864, 576.

29. Fowler, W. H., 1864, 66, 17; McClintock, M., 1996, 456-480; Skocpol, T., 1992, 106-107.

30. Daily South Carolinian, 17 de mayo de 1864; W. D. Rutherford, telegrama a Sallie F. Rutherford, 6 de julio de 1862, William Drayton Rutherford Papers, SCL.

31. Coco, G. A., 1992, 76; Harper's Weekly, 1 de agosto de 1863, 495, y 3 de septiembre de 1864, 576. Murphey citado en Miller, R. F. y Mooney, R. F., 1994, 80.

32. Menand, L., 2001, 41.

33. Prescott Wormeley, K., 1889, 145; Clara Barton, Journal, 1863, Clara Barton Papers, LC; T. J. Weatherly Diary, 1864-1865, SCL.

34. Whitman, W., 1993, 5; Ibid. , 1961-1977, vol. 1, 59; Ibid. , 1995a, 16; Ibid. , 1993, 36; Thomas, M. W., 1995, 35.

35. Times citado en Thomas, M. W., op. cit. , 32-33; Warren, J. P., 1995 , 46; Whitman, W., op. cit. , 65-67; id., 1961-1977, vol. 1, 259.

36. «Come Up from the Fields Father», de W. Whitman, en Whitman, W., 1995 , 12-14. Vid. también ibid. , 1898; McElroy, J. H. (ed.), 1999; Morris Jr., R., 2000.

37. O'Neal citado en Coco, G. A., 2003, 15.

38. Daily South Carolinian, 21 de julio de 1864. El Carolinian las copió «de los diarios de Richmond», New York Daily News, 5 de febrero de 1864, 4 de febrero de 1864, y 8 de enero de 1864.

39. Holmes, O. W., 1862, 764.

40. Robert E. Lee a Joseph Hooker, 14 de febrero de 1863; Joseph Hooker a Robert E. Lee, 16 de febrero de 1863; Robert E. Lee a Fanny Scott, 18 de febrero de 1863; Charles S. Venable a Fanny Scott, 1 de abril de 1863; William Alexander Hammond a Robert E. Lee, 23 de marzo de 1863; Thomas M. R. Talcott a Fanny Scott, 18 de abril de 1863; E. A. Hitchcock a Fanny Scott, 25 de julio de 1865, todas procedentes de Scott Family Papers, VHS. Vid. Señora T. B. Hurlbut a Clara Barton, 26 de septiembre de 1865, Clara Barton Papers, LC, para un caso comparable, en el que el general confederado James Longstreet proporciona una ayuda similar a una mujer del Norte que busca a su hijo.

41. Coco, G. A., 1995 , 48; Carter, R. G., 1978, 324-325.

42. Sobre el poder unificador de la muerte, vid. Blight, D., 2001 y Faust, D. G., 2001, 5.

43. Señora R. L. Leach a Clara Barton, 28 de marzo de 1874, Clara Barton Papers, LC; Coco, G. A., 1990, 141. La novela de Sébastien Japrisot y la película basada en esta, Largo domingo de noviazgo , habla de la fantasía de un soldado perdido al que encuentran con amnesia en el telón de fondo de la Primera Guerra Mundial.

44. Del intendente general Montgomery C. Meigs al cirujano general, 19 de septiembre de 1868, Oficina del Intendente General, Archivo consolidado de correspondencia, 1794-1915, Retrato del Soldado Desconocido, RG 92, caja 1173, NARA, De la señora Jenny McConkey a Meigs, 4 de noviembre de 1868; Ellen Hardback a Meigs, 26 de octubre de 1868; Señora J. P. Coppersmith a Meigs, 30 de noviembre de 1868; James M. Truitt a Meigs, 6 de noviembre de 1868, todo ibid. Vid. «Un soldado desconocido», Harper's Weekly, 24 de octubre de 1868, 679.

45. Charles H. Morgan a J. M. Taylor, 2 de octubre de 1864; J. M. Taylor al doctor J. F. Walton, 12 de octubre de 1864; J. M. Taylor al teniente coronel W. F. Bennett, 30 de octubre de 1864; J. M. Taylor al capitán Vliet, 17 de noviembre de 1864; J. M. Taylor al capitán R. H. Spencer, 22 de noviembre de 1864; el capitán N. M. Clark a J. M. Taylor, 27 de diciembre de 1864; J. M. Taylor al capitán H. K. Edwards [diciembre de 1864]; J. M. Taylor a L. F. Davis, 5 de febrero de 1865; Henry C. Taylor a Alonzo Taylor, 16 de agosto de 1863, todas las cartas procedentes de los Henry Clay Taylor Papers, WHS.

46. Speer, L. R., 1997, 16. Para una estadística, vid. James M. McPherson, comunicación personal con la autora, 27 de diciembre de 2006. Vid. también Narrative of Privations and Sufferings… , 1864; James Canon, diario, WHS; Hesseltine, W. B., 1930; Sanders, C. W., 2005.

47. Bob a J. M. Taylor, 3 de abril de 1895, Henry Clay Taylor Papers, WHS.

48. «The Sanitary Movement in European Armies», 1864, vol. 1, n.º 12, 354, 353. Sobre este humanitarismo en ascenso, vid. una visión general en Davis, D. B., 1975 y 1984.

---

*N. del T.: Juego similar al lanzamiento de herradura. Los jugadores lanzan un anillo de metal o caucho a una estaca en una cancha de tierra.

** N. del T.: Versículo tomado de Marcos 7, 37.

*** N. del T.: «[…] the fall of an individual sparrow», en el original. Alude a la referencia bíblica Mt 10, 29: «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre».

**** N. del T.: Término con el que se conocía en el siglo XIX a la tuberculosis (consumption en el original). Al igual que el otro término de uso común en la época, tisis (del griego phthísis , que significa también «consunción»), alude al aspecto consumido y pálido de los pacientes de tuberculosis.

5

TOMAR CONCIENCIA

LOS CIVILES Y EL LUTO

«Más arduo que enfrentarse a la furia de la batalla».

Reuben Allen Pierson

La guerra contaba entre sus víctimas a civiles además de soldados: el conflicto provocó de forma directa la muerte de un sinnúmero de no combatientes. Las circunstancias de la contienda crearon muy diversas formas de morir para el estadounidense de a pie: desde la violencia que abarcaba más allá de las tropas y batallas hasta las enfermedades que se propagaban fuera de los campamentos militares, o las carestías y escasez que afectaron a un amplio grupo de la población estadounidense, en particular a la sudista. Fue, en palabras de Abraham Lincoln, «un combate del pueblo», y fue el pueblo el que padeció sus atrocidades.1

Los combates de la Guerra de Secesión no respetaban una demarcación rígida entre los frentes de batalla y la retaguardia. Todo lo contrario: se libraron en granjas y asentamientos, en el huerto de melocotoneros de Gettysburg y en el maizal de Sharpsburg, en incontables iglesias y viviendas. En la Primera batalla de Bull Run, una granada de artillería mató a Judith Henry, una viuda octogenaria que estaba postrada en la cama. Jenny Wade, de veinte años y residente en Gettysburg, murió a causa de una bala de fusil que atravesó su puerta principal mientras amasaba pan para los heridos. El joven Alvah Shuford, quien vivía cerca de Antietam, murió al jugar con un proyectil que había encontrado en el campo; otro muchacho pereció de

forma similar después de Gettysburg. Se estima que murieron veinte mujeres a causa del fuego artillero durante el asedio de Vicksburg, aunque un testigo observó que los ciudadanos sufrían mucho más «la escasez de provisiones que la abundancia de proyectiles». Murieron civiles cuando las cañoneras de la Unión dispararon contra Natchez y Baton Rouge, cuando las tropas de la Unión sitiaron Petersburg o cuando los yanquis y los confederados lucharon por el valle del Shenandoah y llegaron incluso al combate cuerpo a cuerpo en las calles de Martinsburg. En 1863, una explosión en una fábrica de municiones de Richmond mató a más de cuarenta mujeres que trabajaban allí y quince más murieron en circunstancias similares en Jackson, Misisipi. La Marcha de Sherman* atacó propiedades, no personas, pero aun así también murieron civiles, como por ejemplo un hombre de dieciocho años que llevaba a su mula y que fue abatido a tiros cuando rehusó detenerse al ordenárselo un coronel de la Unión. «Solo fue un incidente bélico más» refirió con despreocupación un soldado yanqui. En casi todas las acciones militares se vieron involucrados no combatientes: serían lo que hoy llamaríamos daños colaterales. En una era en la que los registros militares eran defectuosos e incompletos, nadie se planteaba tener en cuenta a los civiles. Sus bajas siguieron siendo materia de anécdota, e incluso de leyenda: bajas no reconocidas en una guerra más devastadora de lo que indicarían sus estadísticas oficiales.2

Los civiles, además de a la violencia, también estaban expuestos a las enfermedades. Perecían a causa de los mismos males que causaban la mayoría de las defunciones militares. La Guerra Civil provocó importantes movimientos de población que sirvieron de vectores de transmisión de afecciones mortales. Las infecciones y epidemias que florecían en los campamentos del ejército se propagaron a las poblaciones circundantes. Así, por ejemplo, los ciudadanos de Danville, Virginia, estaban convencidos de que las «fiebres» debilitantes que padecían provenían del hospital de prisioneros de guerra situado en la localidad. Filadelfia reportó una epidemia de viruela que parecía estar íntimamente conectada al gran número de soldados estacionados en la ciudad que habían sucumbido a dicha enfermedad. En el otoño de 1862 hubo en Wilmington, Carolina del Norte, casi quinientos casos de fiebre amarilla y malaria. Esto se debía en parte, según los médicos locales, a que la construcción de reductos atrincherados había aumentado el número de charcas de agua estancada en torno a la ciudad. Después de Antietam, las familias de Maryland pagaron un precio

por la generosidad mostrada en el cuidado de los heridos. Como consecuencia de tener un hospital en su sala principal, Adam Michael relató que «la enfermedad […] ha afectado a tres miembros de nuestra familia […] madre murió de esta enfermedad el 25.º día de noviembre».3

Numerosos afroamericanos que buscaban la libertad sucumbían a las enfermedades durante su huida hacia el Norte. El Ejército de la Unión estableció lo que se conocía como «campamentos de contrabando»** para ayudar a las decenas de miles de esclavos que huían al Norte. Habitados sobre todo por mujeres, niños y ancianos –a menudo familias de hombres negros que se habían incorporado al ejército de la Unión–, estos campos tenían unos porcentajes de mortalidad extraordinariamente elevados, debido en gran parte a las condiciones en las que sus internos se veían obligados a vivir. Un testigo de la Comisión Sanitaria calificó estos campos de lugares de «extrema miseria y padecimientos». En un campamento cercano a Nashville murieron, en 1864, un veinticinco por ciento de sus residentes en un periodo de tiempo de tres meses. Muchos de los que escaparon en busca de libertad no vivieron lo suficiente para disfrutarla.4

Por todo el Sur hubo civiles blancos que destacaron el aumento de las enfermedades y la mortalidad, en parte causadas por las dificultades económicas que la Confederación tenía que arrostrar. «Nunca había visto morir a tanta gente», refirió una mujer virginiana en una carta a su marido combatiente. En 1864, un llamamiento a favor de las mujeres y niños refugiados cerca de Nashville observó que «la primavera pasada hubo una terrible mortandad infantil» y expresó su inquietud por un importante «descenso de la población de mujeres y niños». En el mismo año, cuarenta y seis ciudadanos del condado de Randolph, Alabama, remitieron una petición a Jefferson Davis que sostenía que era «innegable que ha habido fallecimientos por inanición». Los sudistas reconocían que la contienda se había cobrado un tributo, tanto físico como emocional. Un doctor de Virginia hizo un cálculo para prestar cierto grado de realidad objetiva a su impresión sobre el fuerte incremento de la morbilidad y mortalidad. El doctor estimó que «la media de muertes es un treinta por ciento superior entre la población no combatiente que antes de la guerra». Como observó una mujer surcarolina: «no es extraño que el cuerpo no resista cuando tenemos tantas preocupaciones en la mente».5

Los privilegiados y famosos tampoco estaban a salvo de las enfermedades propagadas por la contienda. Un hijo de William Tecumseh Sherman falleció a los nueve años debido a unas fiebres tifoideas que contrajo durante una visita a su padre en el frente; el general confederado James Longstreet perdió a sus dos hijos pequeños cuando se trasladaron a Richmond para reunirse con él; los dos cayeron víctima de la escarlatina tan pronto como llegaron a la abarrotada capital. Willie Lincoln, de once años, murió en 1862 también a causa de la fiebre tifoidea, consecuencia, con toda probabilidad, del suministro de agua de Washington, contaminado por los campamentos militares establecidos a lo largo de las orillas del Potomac.6

Los hospitales eran lugares en particular peligrosos. Las enfermeras, matronas y otros trabajadores sanitarios contraían enfermedades de los pacientes a los que atendían o de las aguas contaminadas que compartían con estos. Arabella, esposa del general unionista Francis Barlow, murió de tifus a consecuencia de su servicio en los hospitales del Ejército del Potomac. Tanto en el Norte como en el Sur, las enfermeras –entre las que destacaba Louisa May Alcott– caían constantemente víctimas de fiebres tifoideas, viruelas e incluso insuficiencia cardiaca provocada por las duras condiciones de trabajo. Después de que las fuerzas de la Unión capturasen Wilmington, los prisioneros liberados de Andersonville y Florence abarrotaron sus hospitales, con lo que propagaron nuevas oleadas epidémicas. De las cinco «damas enfermeras» del Norte, tres enfermaron y dos murieron, junto con un capellán y otros asistentes sanitarios. Los residentes de la castigada localidad también se vieron afectados. No hay estadísticas ni registros sistemáticos que documenten el impacto de las enfermedades que la guerra infligió a las poblaciones no combatientes, pero los ciudadanos, en particular los del Sur, no albergaban duda alguna respecto a sus efectos.7

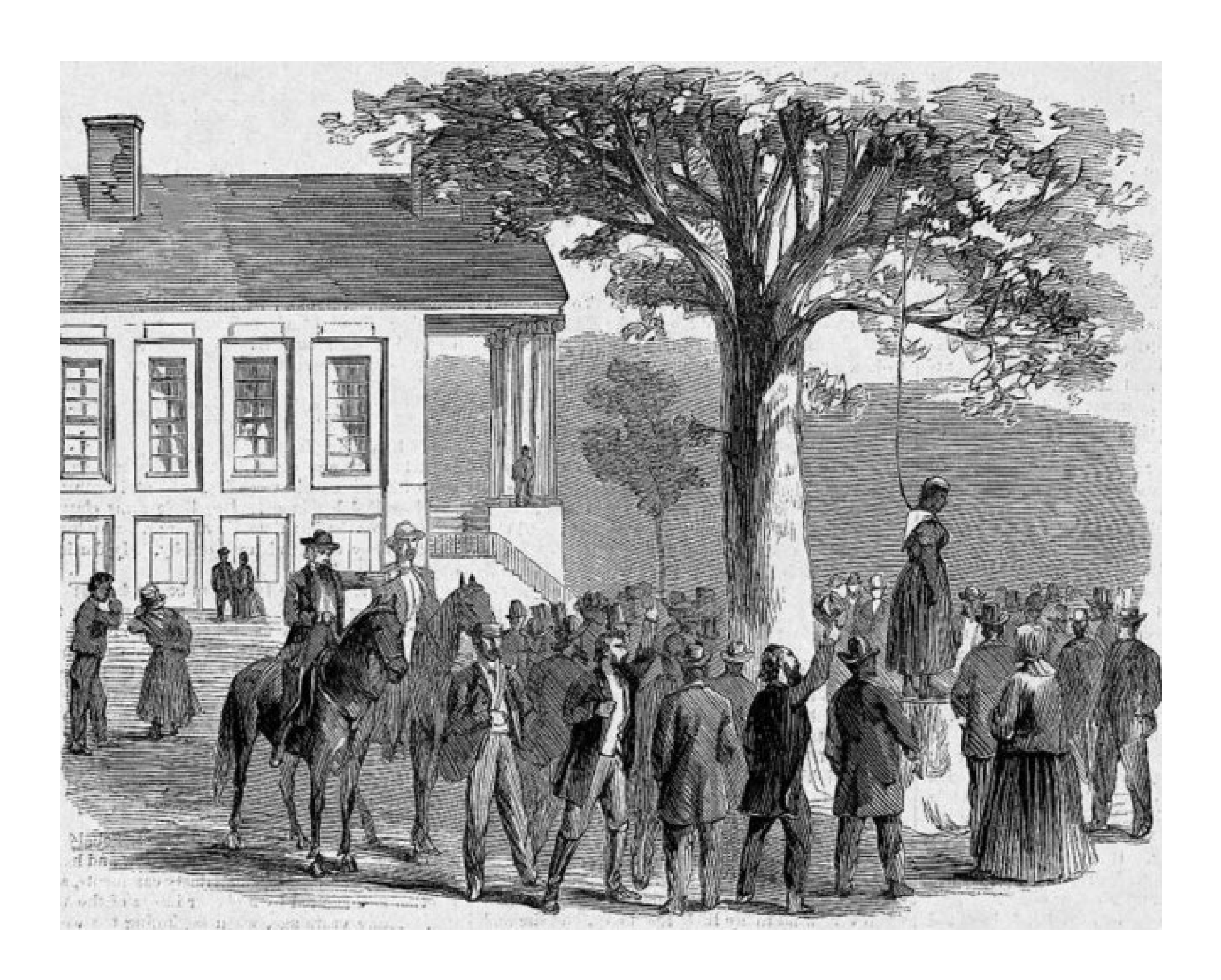
Las descomunales batallas –choques masivos como Shiloh, Antietam, Gettysburg o el Wilderness– que constituyeron el teatro central y el foco de la guerra, eclipsaron los constantes encuentros de menor entidad, acciones de guerrillas y disturbios cívicos que, de forma inevitable, afectaban e involucraban a civiles. Hubo un tipo de enfrentamiento que surgió de forma natural de las causas del conflicto. En las granjas y plantaciones de todo el Sur, el caos bélico animó a los esclavos a desafiar su sometimiento, pues veían en la erosión del control blanco la posibilidad de liberarse. Algunos amos murieron a manos de esclavos que buscaban venganza o

empoderamiento. Mary Chesnut describe el horror que recorrió los círculos más elevados de la sociedad surcarolina cuando la anciana Betsey Witherspoon pereció ahogada por sus esclavos. En Virginia, una esclava de dieciséis años no consintió en que la azotasen y mató a su ama golpeándola primero con una traviesa de ferrocarril y estrangulándola después. Los amos, para tratar de mantener el control, también mataban esclavos. Cerca de Natchez un grupo de blancos ahorcó a treinta esclavos a los que se acusó de aprovechar el caos bélico para planear un alzamiento contra sus propietarios. Una mujer nordista que trabajaba en los hospitales de Nashville tuvo noticias de un «muchacho negro de unos nueve años que murió a causa de los golpes recibidos de su ama». Esta, airada, le mató a palos «porque su madre había huido en busca de la libertad». Era más frecuente que los amos tomasen represalias contra las esposas que los esclavos varones dejaban atrás para incorporarse al ejército de la Unión. Los sudistas atacaban con particular furia a los esclavos sospechosos de ayudar a los yanquis. Una joven esclava de Darlington, Carolina del Sur, fue ahorcada por gritar: «¡Bendito sea el Señor, han llegado los yanquis!», cuando las tropas de Sherman entraron en la localidad. Por todo el Sur, esclavos y amos lidiaron por el futuro de su peculiar institución en una contienda, a un tiempo abierta y oculta, que tuvo su propia y desconocida lista de bajas.8

La violencia racial no quedó confinada al Sur. En el Norte, el resentimiento por los costes humanos y financieros de la guerra perturbaron la paz pública. El ejemplo más dramático fueron los altercados de la ciudad de Nueva York provocados por la introducción, en julio de 1863, del sorteo para el reclutamiento obligatorio. Los ciudadanos blancos estaban furiosos de que la nueva ley federal de recluta forzosa les obligase a combatir una guerra que ahora defendía de forma explícita la emancipación. Estos expresaron su furia con virulentos ataques dirigidos primero contra edificios gubernamentales pero que pronto pasaron a centrarse contra residentes afroamericanos de la ciudad. El resultado de cinco días de violencia fue el incendio del Colored Orphan Asylum, (orfanato de niños de color), el linchamiento de once hombres negros y más de un centenar de muertes.9

La violencia también invadió la vida cotidiana de otras partes de la nación, en particular en localidades donde la lealtad política de la población civil estaba dividida. Tennessee oriental, el oeste de Carolina del Norte, el sudoeste de Virginia y las tierras fronterizas de Misuri vivieron un conflicto

guerrillero que no hacía distinciones entre combatientes y no combatientes. En Tennessee oriental los secesionistas asesinaron en su casa a un ministro bautista primitivo*** de simpatías nordistas. Los unionistas afirmaron que los confederados ahorcaron a varias mujeres que se habían negado a revelar el paradero de su marido lealista. En Shelton Laurel, Carolina del Norte, los confederados fusilaron a quince ciudadanos varones, entre ellos muchachos de muy corta edad, apenas trece años. Los simpatizantes confederados quemaron la localidad de Lawrence, Kansas, y el comandante de la Unión ordenó en represalia evacuar y destruir las casas de cuatro condados. En Misuri, las fuerzas partisanas aterrorizaron a los civiles y proporcionaron a Jesse James un campo de entrenamiento para su violenta carrera de posguerra.10



«Vista del Juzgado de Darlington y del sicomoro en el que ahorcaron a Amy Spain, esclava negra». Harper's Weekly, 30 de septiembre de 1865.

Sin embargo, para la mayoría de los civiles las heridas de la guerra fueron mucho menos directas que para una Judith Henry o una Jenny Wade, o para la víctima de la violencia guerrillera o incluso de una epidemia. La mayoría de los no combatientes sintieron el impacto más cruel no en su enfermedad o muerte sino por medio del sufrimiento de los seres queridos que combatieron en la guerra. El golpe mortal que se llevaba un soldado no solo destruía a ese hombre, sino que proyectaba oleadas de pena y desolación a un mundo de familiares y amigos, que pasaban así a ser, ellos también, bajas bélicas. En el poema «Muerto en el vado», Henry Wadsworth Longfellow transmite una visión ampliamente compartida del duelo por la pérdida de un soldado. El poeta borra el límite entre hogar y frente de batalla, entre combatientes y no combatientes, entre las heridas físicas y las lesiones emocionales de la contienda. La bala que abatió en el Sur al soldado yanqui continuó su trayectoria de muerte:

That fatal bullet went speeding forth

till it reached a town in the distant North

till it reached a house in a sunny street

till it reached a heart that ceased to beat

without a murmur, without a cry.

[…]

And the neighbors wondered that she should die.11

La bala fatal aceleró

hasta alcanzar una villa en el distante norte

hasta alcanzar una casa en una soleada calle

hasta alcanzar un corazón que cesó de latir

sin un murmullo, sin un llanto.

[…]

Y los vecinos se preguntaron si ella iba a morir.

De hecho, hubo familiares que perecieron en el sentido literal de la palabra. Una mujer de Iowa a la que se le había comunicado que su marido había fallecido, declaró que deseaba ir a ver a su madre y después morir, y fue justo eso lo que hizo. En Carolina del Sur, los padres de Oliver Middleton, caído en 1864 a los dieciocho años, experimentaron, a juicio de quienes los conocían, un cambio inalterable. La desconsolada madre de Oliver le acompañó a la tumba poco menos de un año después.12

Más el poema de Longfellow, con su retrato anónimo, y por tanto generalizado, de una esposa, madre o hermana sugiere la posibilidad de un deceso metafórico. Aun sin la pérdida del físico, el afligido familiar puede sufrir la muerte en vida de su espíritu, de su corazón y sus esperanzas. Las pérdidas de la Guerra de Secesión pertenecían en última instancia a los supervivientes; eran ellos los que tenían que asumir la tarea no solo de dar sepultura, sino también de consolar y guardar duelo. Como escribió en 1862 el soldado Reuben Allen Pierson, de Luisiana, esto era «más arduo que enfrentarse a la furia de la batalla».13

El concepto de la buena muerte, tan a menudo presente en la carta de pésame que llevaba aufaul knuse, «terribles noticias», del frente de batalla a la retaguardia, representaba una primera colaboración de los terrores de la muerte entre vivos y moribundos. La carta y el acto de morir que describía reafirmaban un conjunto de ideas sobre el significado de la muerte que establecía las bases del luto que habría de seguirle. La muerte real de un soldado no era más que un momento, «rápido y repentino» como el

protagonista de los versos de Longfellow, incluso si venía precedido de una larga y prolongada agonía. Pero, para los supervivientes, su muerte era literalmente interminable. Su obra había finalizado, pero la de ellos no había hecho más que empezar.

A muchos familiares les resultaba difícil el mero hecho de asimilar la defunción de un ser querido. Los autores de cartas y diarios de la Guerra de Secesión que se enfrentaban a la noticia de la pérdida de una persona proclamaban su incapacidad de «realizar»**** una muerte, empleando la palabra en el sentido, ahora anticuado, de hacerla realidad en su mente. La elección de esta palabra apunta a un importante aspecto del proceso de duelo que ha sido descrito a través de las épocas por psicólogos y testigos presenciales. Freud, por ejemplo, contrastaba el duelo, un proceso de tristeza que nos ayuda a comprender la desaparición de un ser amado, con la melancolía, según la cual alguien «no puede ver con claridad qué es lo que se ha perdido» y, por tanto, permanece inmerso «en un profundo abatimiento doloroso, deja de interesarse por el mundo exterior, pierde la capacidad de amar». Freud escribe acerca de «la tarea del duelo» definida como el trabajo de asumir la realidad de la pérdida, primero, y luego de retirar la inversión emocional en los fallecidos. El duelo es un proceso con un fin; la melancolía es un estado, y, según lo define Freud, una patología. Las circunstancias particulares creadas por la Guerra Civil inhibían el duelo y hacían que a numerosos estadounidenses les resultase difícil, cuando no imposible, superar las fases del duelo. En un entorno en el que la información sobre las muertes era a menudo errónea o inexistente, los supervivientes se sentían, en el sentido literal y en el figurado, incapaces de «ver con claridad […] lo que se ha perdido», lo cual les empujaba a la negación. Bajo tales condiciones, la tentación de no creer o negar las malas noticias era demasiado atractiva, lo que ponía en grave peligro la capacidad del duelo de proporcionar consuelo genuino.14

La negación y la insensibilidad eran, en realidad, medios que ayudaban a los civiles –al igual que a los soldados– a afrontar las muertes bélicas. Abbie Brooks de Georgia confesó que la aflicción «me ha purificado y petrificado. Me importa muy poco nada o nadie, no estoy contenta ni triste, sino pasiva». Después de la muerte de su hermano, Kate Foster de Misisipi se sintió emocionalmente alterada: «Mi corazón se hizo de piedra. Estoy ahora demasiado temerosa de amar a nadie». Kate Stone, quien pasó la mayor

parte de la guerra refugiada lejos de su hogar en Luisiana, afirmó que «la muerte no parece ni la mitad de terrible que hace mucho tiempo. Nos hemos acostumbrado a ella». Cornelia Hancock, enfermera en los hospitales de la Unión, sentía lo mismo que la joven confederada: «Una se acostumbra a todo». Pronto comprendió por qué los administradores del hospital a menudo no redactaban la lista de bajas fatales reglamentaria: la muerte se había convertido en algo demasiado común como para registrarla. Cuando se le informó del fallecimiento de un vecino en su localidad, Hancock confesó a su hermana que una sola muerte ya no significaba «nada para mí» en aquel momento. La joven esposa de un oficial confederado reportó que algunos sudistas quedaron casi paralizados por la pérdida de seres queridos, «aturdidos y petrificados […] para siempre, y hubo algunos que murieron de pena». Mary Lee, quien vivió las constantes batallas por Winchester, coincide con ella: «ahora, nadie siente nada». Tal negación representaba a su vez una merma, un abandono de las emociones y de la sensibilidad que era una muerte en sí misma, otra dimensión de la deshumanización de la guerra.15

Realizar una muerte, sentir y aceptar su certeza, requería un esfuerzo. Sarah Palmer, después de que su hermano James cayera en la Segunda batalla de Bull Run, escribió angustiada a su hermana Harriet: «No puedo comprender que ya nunca volveré a ver de nuevo a mi querido muchacho […] es demasiado difícil comprenderlo». La misma muerte era imposible de comprender, y mucho menos relacionarla con su vibrante y joven hermano: «Antes no sabíamos lo que era la muerte». Su madre, Esther, se sumió en fantasías de negación: en lugar de aceptar la realidad de su pérdida, que le resultaba insoportable, trató de rechazarla. «A veces pienso que no está muerto, que podría haber sido un error», escribió varias semanas después de su fallecimiento. «No puedo hacerme a la idea de la muerte de mi querido hermano», escribió otra de sus hermanas, Elizabeth. «Constantemente pienso en él como si estuviera vivo». Cinco meses más tarde, Harriet seguía luchando por aceptar el hecho de su pérdida. «Es muy difícil creer que nuestro querido Jim está muerto. De no ser porque ha cesado el alegre intercambio de cartas […] no podría asumirlo». La muerte parecía inefable, un vacío que podía entender mejor gracias al hecho físico de que ya no iba a llegar más correspondencia.16

Los supervivientes buscaban pruebas materiales que convencieran a sus «corazones rebeldes» de la noticia intolerable e incomprensible a la que se resistían. Dos años después del fallecimiento de James murió un segundo hijo y hermano de las Palmer. Se enviaron pedazos de sus ropas a la familia, que su joven viuda, Alice, recibió con alivio: «Las últimas esperanzas que nos quedaban han sido aplastadas. Ninguno de nosotros podría confundir esas piezas de tela. Doy gracias a Dios de que llevase unas ropas que conocemos. De otro modo nunca nos habríamos sentido seguros de que eran sus preciosos restos».17

Alice Palmer fue una de las afortunadas. Centenares de miles de esposas, padres, hijos y hermanos de hombres desaparecidos y sin identificar nunca obtuvieron lo que ella denominó «la satisfacción melancólica» de una prueba irrefutable que cimentase la aceptación emocional de su pérdida. Los grandes esfuerzos de los estadounidenses de la Guerra de Secesión para recuperar los cadáveres de sus muertos se debía en no poca medida a esta necesidad de realizar la pérdida, de hacerla visible y tangible. Una enfermera de la Unión describió a una joven esposa después de Antietam «cuyo frenético dolor nunca olvidaré». Informada de que su marido había sido enterrado dos días antes de su llegada, «se negaba a creerlo» e «insistía en verle». Sus camaradas tuvieron la amabilidad de exhumar el cuerpo. Bastó una mirada para acallar su frenesí, tras lo cual se hundió bajo «la cruda realidad de su pena abrumadora» e hizo planes para llevar el cadáver a Filadelfia. La «cruda realidad» encarnada por los restos mortales logró asentar en su mente «el hecho» del deceso, con lo que la nueva viuda comenzó a pasar de la resistencia a la aceptación de su cruel suerte y de su nueva identidad.18

Encarnar –en el sentido literal– la muerte era una forma de hacerla real. Pero la aspiración de hacerla palpable también dio lugar a la creación de símbolos visibles de duelo que servían para escenificar los nuevos roles de los deudos del difunto. Entre los estadounidenses respetables de mediados del XIX, o entre aquellos que aspirasen a formar parte de sus filas, era obligado observar un periodo formal de luto tras el fallecimiento de un cónyuge o de un familiar. Las primeras damas del Norte y del Sur pasaron la mayor parte de la contienda ataviadas de luto, pues ambas sufrieron la pérdida de un hijo pequeño: Mary Lincoln perdió a Willie y Varina Davis a Joseph, quien se cayó del porche de la mansión presidencial en Richmond. Mary Lincoln

guardó luto riguroso más de un año después de la muerte de Willie, vestida con velo y crepé negro «sin brillo» y joyas de igual color. Hacia 1863 pasó a medio luto y apareció en público con colores lavanda, grises y algunos púrpuras, así como un pequeño lazo blanco en la muñeca. Mas, después del asesinato de su marido, volvió al luto riguroso hasta el fin de sus días. Los hombres también llevaban elementos de luto para recordar a familiares muertos: brazaletes, placas y escarapelas, como las que llevaron durante un mes los cadetes y oficiales del Instituto Militar de Virginia tras el fallecimiento de Stonewall Jackson.19



John Saunders Palmer Jr. con su esposa, a la que había desposado menos de un año antes, Alice Ann Gaillard Palmer. South Caroliniana Library.

Los convencionalismos sociales dictaban que una madre debía guardar luto de un año por un hijo, un hijo por un padre lo mismo, una hermana seis meses por un hermano. Una viuda guardaba luto dos años y medio, pasando fases y vestimentas predeterminadas: luto riguroso, medio y ligero, con requerimientos de vestido y conducta que iban haciéndose menos estrictos de forma gradual. Por el contrario, un viudo solo debía observar tres meses de luto; bastaba con que llevase crepé negro en su sombrero o en un brazalete. La tarea del duelo se reservaba casi toda a las mujeres. Las exigencias bélicas, y, en el Sur, la escasez de telas y de dinero socavaron la rigidez de tales convenciones sociales. Sin embargo, las circunstancias cambiantes de la guerra hicieron que el deseo reemplazase a la necesidad. Incluso después de que las exigencias sociales se hicieran menos severas, las mujeres continuaron buscando el consuelo en vestidos y modas de duelo. Muchas de ellas trataron como pudieron de encontrar las vestimentas que les permitieran participar en este rito de paso y demostración de respeto. Observar luto creaba una idea de proceso, que animaba a los afligidos deudos a creer que les permitiría superar el dolor, el cual atravesaría etapas de duelo representadas por el cambio de ropas: de las sedas, velas y crepé negro mate del luto riguroso, a los cuellos y ribetes blancos admitidos en el luto medio, a los grises y lavandas del luto ligero, hasta que por fin retornaban por completo al mundo y a su atuendo habitual.20

En el Sur, donde un dieciocho por ciento de los varones blancos en edad militar perecieron en la contienda, la muerte estaba omnipresente, pero telas y modelos escaseaban. Como se preguntó el Daily South Carolinian en 1864: «¿Quién no ha perdido a un allegado durante la guerra? Somos literalmente la tierra del duelo». Las mujeres confederadas, en particular en las ciudades y pueblos, hicieron todo lo posible para superar los obstáculos a la obtención de vestidos de luto apropiados, que prometían el consuelo de su desdicha compartida. En el Sur, la mortandad bélica dio lugar a una sororidad en el duelo. Como observó la virginiana Lucy Breckinridge: «Hay aquí tantas damas, todas de luto riguroso, que nos sentimos como si estuviéramos en un convento y formásemos una hermandad». Cuando los yanquis entraron en

Richmond en abril de 1865, un periodista neoyorquino observó que «casi todas las mujeres están de luto».21



Mary Todd Lincoln, esposa de Abraham Lincoln vestida de luto. National Portrait Gallery, Londres.



«Mujeres de luto, cementerio de Nueva Orleans». Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 25 de abril de 1863.

La adolescente Nannie Haskings, de Tennessee, se enfureció cuando una visita le dijo que le sentaba muy bien el negro que vestía por la muerte de su

hermano. «Y un pimiento, me sienta bien […] ¿qué me importa si se me ve bien o no? No visto de negro porque me queda bien […] llevo luto porque es así como me siento». La ropa de duelo era, parafraseando la sentencia de san Agustín sobre los sacramentos cristianos, un signo externo y visible de un estado interior invisible.22

Susan Caldwell de Warrenton, Virginia, ansiaba vestir de luto por la muerte de su hijo en el otoño de 1864. Pero su marido Lycurgus le escribió desde el ejército para prohibírselo. «Tienes demasiadas cosas que te recuerdan tu aflicción y te oprimen el espíritu […] y tus circunstancias pecuniarias no te lo permitirán». A Susan no le preocupaba tener que recordar su dolor; difícilmente podría olvidarlo. Lo que deseaba era una forma de expresar su pena. Por lo que respondió triste y devotamente: «En el momento presente mi vestimenta no se corresponde con mi doliente y luctuoso corazón, pero haré como deseas».23



«Vista del “Distrito quemado”, Richmond, Virginia». Biblioteca del Congreso.

La adquisición de artículos de luto en el Sur de la Guerra Civil requería de esfuerzos e incluso de inventiva y, a menudo, unos gastos considerables. En 1862, tras recibir la noticia de la muerte de su hijo Romulus, Margaret Gwyn de Georgia adquirió «géneros de duelo» en la tienda local y comenzó a coser un vestido negro. Mujer de condición humilde, tiñó otras prendas para dar adecuada expresión a su tristeza. Mientras trabajaba, «mis ojos se llenaban a

menudo de lágrimas, lo cual es un alivio para una mente atormentada». En 1863, una dama de los alrededores de Fredericksburg no acababa de decidirse a vestir luto porque «no estaba dispuesta a dejar el color sin antes procurarse un bello vestido negro, y esto no puede obtenerse aun cuando el precio no importe». Los comerciantes de las ciudades y pueblos del Sur anunciaban la adquisición de telas y diseños en anuncios de prensa cuyo tono triunfal revelaba la escasez de tales bienes. El Daily South Carolinian publicaba de forma regular noticias cuando llegaban cargamentos, a menudo contrabando que esquivaba el bloqueo. El diario News for Ladies [«Noticias para Damas»] abría el apetito de la clientela con sus detalladas descripciones de los elaborados vestidos de luto en boga al otro lado del Atlántico.24

En el Norte, donde el porcentaje de las muertes de hombres en edad militar fue un tercio del de la Confederación, el duelo era menos universal y los bienes que lo hacían posible mucho más accesibles.25 La publicidad de los diarios nordistas anunciaban una mayor variedad y disponibilidad de géneros, tanto en tiendas especializadas como en establecimientos generalistas como Lord & Taylor de Nueva York, que inauguró en abril de 1863 una sección dedicada a los artículos de luto. En Besson & Son, Tienda de Luto, situado en el 918 de Chestnut Street de Filadelfia, en julio de 1863 podía encontrarse –justo a tiempo para Gettysburg– una verdadera taxonomía de telas luctuosas, casi todas desconocidas para los estadounidenses del siglo XXI:

Black Crape Grenadines

Black Balzerines

Black Baryadere Bareges

Black Bareges

Black Barege Hernani, Silk Grenadines, Challies,

Summer Bombazines, Mousseline de Laines,

Tamises, Mourning Silks, Lawns, Chintzes, Alpacas,

Barege Shawls, Grenadine Veils, English Crapes and

Veils, Collars, Sleeves &c, &c26

Granadinas de crepé negro

Balzorina negra

Bayadera de barege negro

Barege negro

Hernanis de barege negro, granadinas de seda, chalis,

bombasíes de verano, muselinas de lana,

tamisas, sedas de luto, batistas, chintz, alpacas,

chales de barege, velos de granadina, crepés y

velos ingleses, cuellos, mangas, et c.26

El Godey's Lady's Book, el diario femenino más popular de Estados Unidos y árbitro principal de la moda de la nación, publicaba de forma regular dibujos de bonetes, cuellos, mangas –incluso tocados matinales*****– aptos para el luto medio o ligero, así como una gran variedad de ilustraciones de vestidos de duelo para todas las ocasiones. Es evidente que guardar luto no era sinónimo de permanecer recluidas: la mujer a la moda –y de posibles– que hubiera perdido a un ser querido debía procurarse el atuendo apropiado para una amplia gama de actividades sociales. En 1865 la revista presentó un «vestido de paseo para segundo luto, del célebre establecimiento de los señores A. T. Stewart & Co. de Nueva York». El elaborado vestido y chal estaban hechos de organdí blanco, con topos negros y violetas bordeados de tonos ligeramente diferentes del mismo color. Cada número de Godey's presentaba un retrato a toda página, coloreado a mano, de un grupo de

damas, por lo general cinco, que hacían de modelo de diversas tendencias: un «vestido de paseo», otro para cenar, uno de noche, un «traje de visitas», un «vestido de novia» o quizá un «vestido de recepción». Una de las damas siempre guardaba luto. En la ilustración de junio de 1862, por ejemplo, la figura de la izquierda portaba seda negra y una granadina francesa, «atuendo para tomar las aguas, adecuado para luto ligero» junto con un sombrero de Livorno, ribeteado de terciopelo negro y rematado por una pluma del mismo color. Sus compañeras presentaban un vestido para cena formal, uno de paseo y traje de montar a caballo. En mayo de 1864 publicaron un vestido de noche para duelo medio complementado por un tocado adornado de terciopelo negro y flores de lavanda.27

El funeral, al igual que el periodo de luto formal, daba a los supervivientes la oportunidad de escenificar –y, de este modo, atenuar en cierto modo– su dolor, así como de honrar a los difuntos. La comunidad de amigos y familiares participaba de esta afirmación ritual de pérdida que señalaba el nuevo estatus de cada uno de los deudos, que ahora se veía privado de su marido, su padre, su hermano o su hijo. Numerosos funerales de la Guerra de Secesión también fueron ocasión de alardes de patriotismo, en particular durante los primeros meses del conflicto cuando la muerte de un soldado era algo novedoso que podía ser rememorado con elaboradas ceremonias públicas. En mayo de 1861, Boston recibió a tres soldados de Massachusetts muertos en un tumulto secesionista en Baltimore con una procesión hasta el Common, acompañada por una banda de música y una multitud de llorosos ciudadanos, tanto hombres como mujeres. Cuando llegaron los muertos de Charleston tras la Primera batalla de Bull Run de julio de 1861, cerraron todos los negocios de la ciudad y tres compañías de caballería escoltaron los cuerpos desde la estación de ferrocarril al ayuntamiento, donde se instaló la capilla ardiente. A continuación, escoltados por más de tres mil efectivos, los llevaron primero a la iglesia de San Pablo para los servicios religiosos y luego al Cementerio Magnolia.28



La dama de la izquierda viste la última moda en luto ligero. «Tendencias de Godey's para junio de 1862» Godey's Lady's Book and Magazine, junio de 1862.

Muy pronto los óbitos fueron demasiado numerosos como para organizar tales actos públicos, con la salvedad de las figuras más destacadas. En 1863, la muerte de Stonewall Jackson dio ocasión a un desbordamiento de dolor por toda la Confederación, pues su legendaria piedad, combinada con sus triunfos marciales, le convertía en la encarnación del ideal del soldado cristiano. Si bien es indudable que Lee tenía motivos para llorar la pérdida para la inminente campaña, con la conmemoración de su fallecimiento la nación confederada buscaba reafirmar su superioridad religiosa. Un hombre como Jackson, señalaron sus exequias, solo podía combatir por una causa que tenía a Dios de su lado. El general había fallecido en la Estación de

Guiney, Virginia, el domingo 10 de mayo de 1863 debido a una neumonía contraída tras la amputación de un brazo, herida que le causó el fuego de sus propios hombres. El gobernador de Virginia despachó un vagón de tren para traer los restos mortales de Jackson a Richmond, situada a sesenta kilómetros de distancia. Las multitudes se acumulaban a lo largo de la ruta y se cerraron todos los negocios de la capital confederada. La ciudad se cubrió de crespones negros; el negro decoró incluso las cabeceras de los diarios locales; tañeron las campanas de las iglesias; miles se congregaron para acompañar el féretro en un coche fúnebre tirado por dos caballos blancos hasta la mansión del gobernador. Jefferson Davis y otros dignatarios presentaron sus respetos, si bien Lee no se atrevió a abandonar su puesto en el frente. Esa noche el cadáver de Jackson fue embalsamado y se confeccionó una máscara mortuoria de su rostro. Al día siguiente los soldados, estadistas y responsables gubernamentales de la Confederación, los jueces y una nueva multitud formaron un cortejo fúnebre que desfiló durante cinco kilómetros por el centro de Richmond y depositó el ataúd de metal de Jackson en la cámara de representantes confederada, donde más de veinte mil personas desfilaron para verle hasta bien entrada la noche.



La muerte de Stonewall Jackson. Biblioteca del Congreso.

A la mañana siguiente dio comienzo el viaje al hogar y sepultura de Jackson en Lexington, Virginia. En el transcurso de los dos trayectos en tren y el tramo final en un buque correo, los restos del general fueron saludados por salvas de artillería, tañidos de campanas, guirnaldas de flores primaverales y muchedumbres de dolientes admiradores. El Instituto Militar de Virginia (IMV), en el que Jackson había impartido clases antes de la guerra, se dispuso a recibir a su hijo, cuyos restos fueron expuestos en la capilla ardiente en su antigua sala de conferencias. A continuación, le rindieron honores un desfile de cadetes del IMV y el personal docente, los responsables locales, los soldados convalecientes de un hospital cercano, dignatarios religiosos y un escuadrón de caballería confederada que pasaba por la localidad.

Llegado este punto, las ceremonias de honras fúnebres se habían prolongado tanto tiempo que su cuerpo, embalsamado de forma imperfecta, comenzó a mostrar signos de deterioro, lo cual indicaba que tal vez era el momento de concluir las honras fúnebres. El cadete del IMV que cumplía ese día servicio de oficial recordaría que «se decía que su cuerpo había sido embalsamado, pero no había servido de nada. La descomposición ya había comenzado, y en consecuencia se dejó de mostrar su rostro pues se decía que sus rasgos ya no eran naturales». Se celebró un breve servicio funerario en la iglesia presbiteriana en la que Jackson había sido diácono. Su pastor, William White, hizo una lectura de la Biblia y un sermón inspirado en Corintios 1, 55: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?». Después, la congregación entonó el himno: How Blest the Righteous When He Dies [Cuán bendito es el justo cuando muere]. Para el soldado cristiano, morir era considerado su más grande triunfo.29

Dos primaveras más tarde tuvo lugar una nueva efusión de dolor, pero esta embargó a un segmento de estadounidenses muy diferente de los sudistas blancos que habían llorado a Jackson. Una vez más, religión y patriotismo se unieron en el rito funerario de alguien que encarnaba esperanza popular y

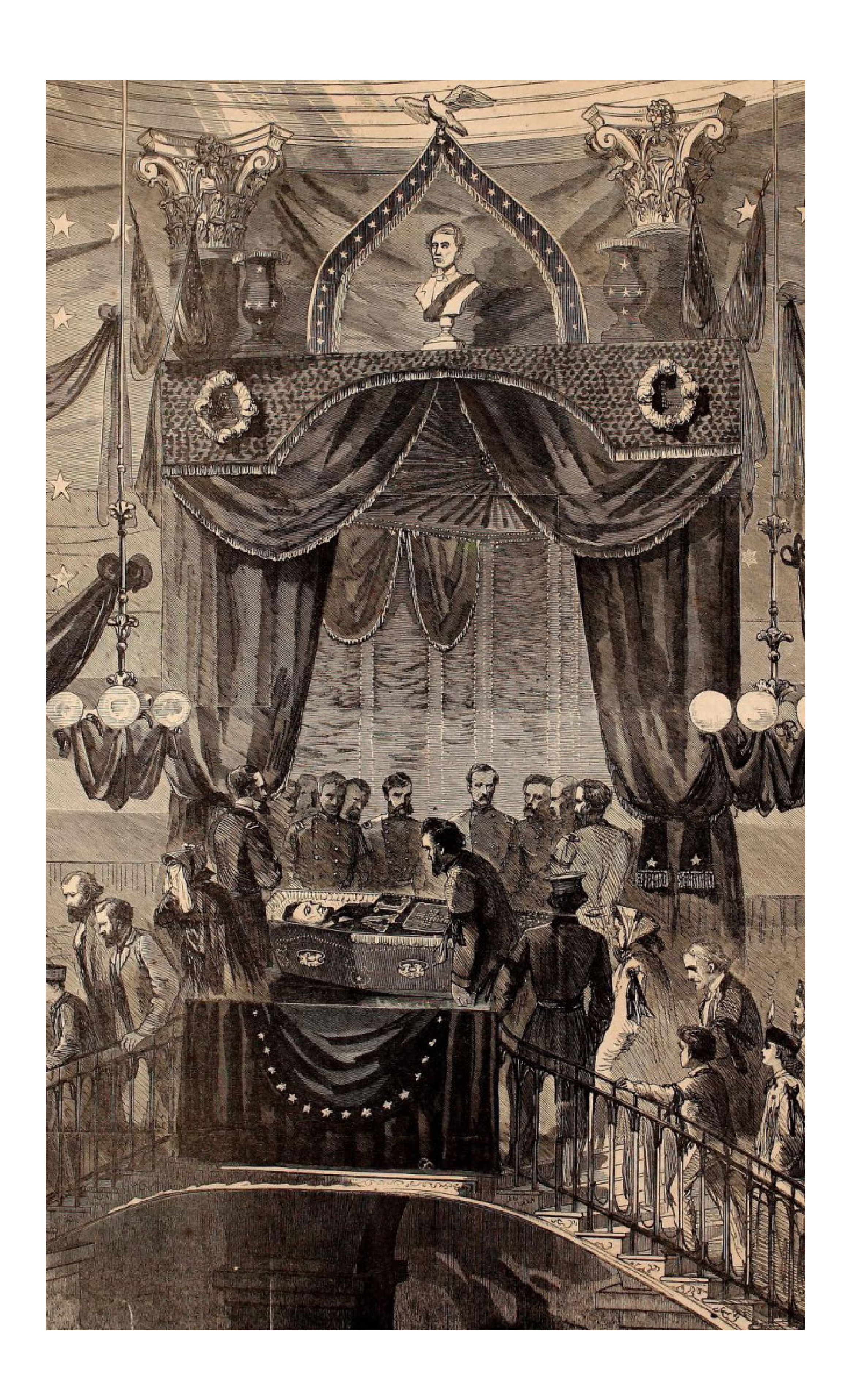
sacrificio. Lincoln murió el Viernes Santo, menos de una semana después de la rendición de Lee, justo en el momento en que la matanza estaba próxima a su fin. Su óbito fue la muerte definitiva, y en muchos aspectos se convirtió en el símbolo de todas las vidas perdidas durante la contienda. El alarde nacional de dolor que suscitó representó una suma de todos los males de la guerra. Fue, como recogía un popular libro de partituras, «el funeral nacional». La muerte de Lincoln fue al mismo tiempo la muerte de cada soldado y la de todos los soldados, pero también sirvió para algo más que para una catarsis. Los paralelismos entre Lincoln y Cristo eran poderosos e inevitables. Estos reforzaron la creencia en el propósito divino de la contienda, alcanzada gracias al sacrificio de uno por el bien de todos. En su sermón del domingo de Pascua, Leonard Swain, sacerdote de la Iglesia congregacional, afirmó que «un hombre había muerto por el pueblo, para que toda la nación no perezca». Con esta frase, invocaba el relato cristiano de redención pero también las palabras del propio Lincoln, pronunciadas dos años antes en Gettysburg. La muerte de Lincoln tenía un significado trascendental general y también un significado nacional específico, que entrelazaba las metas de los estadounidenses con las de Dios.30

Las honras fúnebres del presidente remarcaron e intensificaron su vínculo con el pueblo estadounidense. Veinticinco mil hombres y mujeres desfilaron frente al ataúd descubierto expuesto en la Sala Este de la Casa Blanca. El servicio religioso, al que solo se podía acudir con invitación, fue presenciado por seiscientas personas, entre las que no estaba Mary Lincoln, demasiado afligida para acudir. El coche fúnebre, tirado por seis caballos tordos, fue escoltado por un desfile de soldados y dignatarios hasta el Capitolio, donde el presidente volvió a quedar expuesto de cuerpo presente. Por toda la nación se celebraron ceremonias de homenaje durante el día del funeral: una procesión de veinte mil personas en Memphis, una gran concentración en San Francisco, un discurso de Ralph Waldo Emerson en Massachusetts. Por todos los estados nordistas, según reportó el New York Herald, hubo «una suspensión universal de las actividades ordinarias y el cierre de centros de negocios».31

Desde el Capitolio, el cuerpo de Lincoln fue llevado a la estación de ferrocarril, donde se inició el periplo de 2700 kilómetros que le separaba de Springfield, Illinois, y su sepulcro. En cada parada –Baltimore, Harrisburg, Filadelfia, Nueva York, Albany, Búfalo, Cleveland, Columbus, Indianápolis,

Chicago–, los ciudadanos rindieron homenaje al presidente asesinado. En Filadelfia su féretro fue expuesto en la Sala de la Independencia mientras una columna de personas de más de cinco kilómetros hacía cola para ver sus restos mortales. En Nueva York, el Herald calculó que unos 75 000 marcharon con su cortejo mientras que un número diez veces superior lo vio pasar desde aceras y tejados. Por doquier los negros estadounidenses manifestaron un dolor particular; lloraban a lo largo de la ruta del cortejo, mientras escoltaban con sus unidades el coche fúnebre y componían poemas y ensayos para la prensa afroamericana, además de proclamar desde el púlpito: «Nosotros, como pueblo –declaró el pastor de la iglesia metodista episcopal africana de Troy, Nueva York–, nos sentimos mucho más afligidos que todos los demás. Hemos llegado a amar al señor Lincoln […] le consideramos nuestro Salvador, nuestro libertador».32

Cuando Lincoln llegó al fin a Springfield, el 3 de mayo, las limitaciones de la tecnología de embalsamamiento de la época ya eran evidentes, pues su rostro había adquirido un gesto torcido, casi grotesco. Pero los homenajes no cesaron hasta el 4 de mayo, cuando descansó al fin en el cementerio de Oak Ridge, en las afueras de la localidad de la que había partido en dirección a Washington poco más de cuatro años antes. El himno compuesto para esta ceremonia final imploró:



El funeral del presidente Lincoln: los ciudadanos acuden a ver el cadáver en el ayuntamiento de Nueva York. Harper's Weekly, 6 de mayo de 1865.

Grant that the cause, for which he died,

may live forever more.

Haced que la causa por la que pereció,

viva para siempre.

El óbito de Lincoln contenía la promesa redentora de la inmortalidad nacional. Pero, al igual que la muerte de Jackson, el fallecimiento de Lincoln se caracterizó por una ironía que remarcaba los límites, la futilidad incluso de los poderes humanos. Jackson cayó en el supuesto momento decisivo de la Confederación; Lincoln fue asesinado cuando la victoria estaba al alcance de la Unión.

En las semanas que siguieron al asesinato de Lincoln, Walt Whitman compuso tres poemas funerarios, meditaciones sobre el dolor de la nación. En «silenciosos estarán hoy los campos» escrito el mismo día del funeral del presidente, Whitman habla como un miembro más del pueblo, que se une al luto de los soldados y urge al hombre de la calle, del que tan devoto se muestra, a unirse a su tributo a «nuestro querido comandante».

Sign of the love we bore him–because you, dwellers in

camps, know it truly.

As they invault the coffin there,

Sing…

For the heavy hearts of soldiers.33

Cantad el amor que le dimos–pues vosotros, moradores de

los campos, lo conocéis bien.

Cuando inhumen allí el féretro,

cantad…

por el corazón apesadumbrado de los soldados.

«¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!» compuesto meses más tarde, en el verano de 1865, vuelve a evocar la tristeza del pueblo. Es, como explica la crítica literaria Helen Vendler, «un poema de clara intención democrática y populista» de métrica y rima pensada para el gusto popular. La obra de Whitman no se caracteriza por el ritmo regular o la rima, pero «¡Oh, capitán!» es un poema muy fácil de memorizar y recitar. Por medio de la voz de un joven marino, Whitman escribió una elegía al «estilo democrático» en el que esta vez no habla del colectivo de los soldados o de una tristeza generalizada sino de la pena desgarradora de un solo hombre, en una representación del dolor individual constituido por el cúmulo de existencias perdidas.34

Here Captain! Dear Father

The arm beneath your head!

It is some dream that on the deck,

You've fallen cold and dead.[35]

¡Ea, capitán, padre querido!

¡Que tu cabeza descanse en mi brazo!

Esto es un sueño: en la cubierta

yace frío y muerto.

En el tercero de estos poemas de 1865 –«La última vez que florecieron las lilas de la entrada»–, Whitman habla en su nombre, de su pugna por aceptar la muerte de Lincoln. El asesinato del presidente no se menciona de forma explícita; como si no fuera necesario detallar la tragedia que tuvo lugar la última vez que florecieron las lilas, pues es conocida por todos. El duelo ha sido mutuo y compartido durante el recorrido, «noche y día», del féretro por todo el país. Al igual que una serie de fotografías, el poema captura esta experiencia y presenta la procesión funeraria de 2700 kilómetros en escenas de persistente fuerza visual.

Coffin that passes through lanes and streets,

through day and night with the great cloud darkening the land,

[…]

With processions long and winding and the flambeaus of the night,

with the countless torches lit, with the silent sea of faces and the unbared heads,

with the waiting depot, the arriving coffin, and the somber faces,

with the dirges through the night, with the thousand voices rising strong and solemn…36

Ataúd que recorre vías y calles,

día y noche bajo la gran nube que ensombrece la tierra,

[…]

Con séquitos largos y sinuosos, las procesiones de la noche,

con incontables antorchas encendidas, con un silente mar de rostros y cabezas descubiertas,

depósito expectante, ataúd que llega y rostros sombríos,

himnos fúnebres que prosiguen toda la noche, con miles de voces

que se alzan fuertes y solemnes […]

El poema no evoca el consuelo de la doctrina cristiana de la inmortalidad. Whitman tampoco hace referencias a la imaginería, omnipresente en la época, del Viernes Santo y de la crucifixión. «Lilas» no sugiere la promesa de la vida después de la muerte más allá de la renovación de la misma naturaleza. Para Whitman, la inmortalidad radicaba, como escribió en otro de sus versos, en la absorción por parte de la madre tierra de cuerpo y sangre, devenidos «la esencia invisible y el aroma de tierra y de hierba, desde hace centurias». «Lilas», al diferir de la reconfortante redefinición cristiana de la muerte en vida, asume, en palabras de Vendler, «el valor de aceptar, y no negar, que la muerte constituye el final consumado». Mas, para

los supervivientes que han de llorar a los difuntos, la muerte no supone fin alguno.

I saw the debris and debris of all the slain soldiers of the war.

[…]

They themselves were fully at rest, they suffer'd not,

The living remain'd and suffer'd, the mother suffer'd,

And the wife and the child and the musing comrade suffer'd,

And the armies that remain'd suffer'd.37

Vi los restos y los restos de todos los soldados perecidos en la guerra.

[…]

Descansaban por completo, ya no sufrían,

los vivos permanecían y sufrieron, la madre sufrió,

y la esposa y el hijo y el pensativo camarada sufrieron,

y los ejércitos que permanecían sufrieron.

En sus poemas de 1865 sobre Lincoln, Walt Whitman ejerció, como hizo en el transcurso de la contienda, como poeta, pero no solo de la muerte, sino de los supervivientes, de la aflicción de los que no habían perecido. La obra de Whitman fue una labor cultural del duelo en nombre de la nación, y, en este caso, de su amado líder. Aun así, lloraba, como escribió en «Lilas», «no por ti, por uno solo». El poeta expresa su dolor por todos los muertos de la contienda, por «las cenizas de todos los soldados fallecidos, del Sur o del

Norte», por «los espíritus de los incontables hombres perdidos», los cuales «me siguen siempre, y no me abandonarán mientras viva». Perdidos, pero no abandonados, estos difuntos, esos espíritus inmortales con sus demandas constantes a los vivos y los afligidos, se convirtieron, para Whitman, en el sentido y en el legado de la contienda. Lincoln no era sino su ejemplo más destacado.38

Tal vez las extraordinarias muestras de duelo que acompañaron a los sepelios de Jackson y de Lincoln sustituyeron en cierto modo todos los funerales a los que los ciudadanos no pudieron asistir cuando sus seres queridos fallecieron muy lejos y sin nadie que los cuidase. Los numerosos soldados enterrados en campaña recibieron solo las atenciones que podían darles un capellán y sus atribulados camaradas. Como ya hemos visto, decenas de miles de hombres fueron sepultados sin identidad ni rituales religiosos. Las familias que tenían la fortuna de recuperar los cadáveres y traerlos de vuelta a casa honraban a sus muertos con servicios religiosos que variaban en función de su estatus, circunstancias y confesión. Mary Chesnut observó que en Carolina del Sur el son de la marcha fúnebre se escuchaba casi a todas horas. Al otro lado de la línea Mason-Dixon muchas pequeñas comunidades tuvieron una experiencia similar. En Dorset, Vermont, sede de una cantera que suministró miles de lápidas para Gettysburg, murieron 28 de un total de 144 voluntarios. En esta localidad, los funerales parecían inacabables y a veces se celebraban en grupo cuando una unidad en la que había lugareños sufría graves pérdidas. En Worcester, Massachusetts, marcharon a la guerra 4227 hombres de una población total de 25 000, de los cuales cayeron 398. Nantucket recibía comunicación con el continente solo tres veces a la semana; si el vapor venía con la bandera a media asta significaba que traía informes de bajas. Los residentes que avistaban el barco comenzaban a sollozar antes incluso de que atracase en el muelle. Perecieron en la contienda 73 ciudadanos de Nantucket de una población de 6000; solo en la batalla de Fredericksburg perdieron 8 muertos y 13 heridos. El cadáver del teniente Leander Alley llegó casi dos semanas después de la batalla; «cientos de personas» pasaron por la casa de su madre para ver el cadáver, embalsamado a expensas de uno de sus oficiales superiores antes de enviarlo al Norte. Las tiendas y las escuelas cerraron en su honor, y la familia y los vecinos se congregaron para unas «impresionantes honras fúnebres» y una larga procesión hasta el cementerio unitario.39

En la Confederación, Clark Stewart, sacerdote presbiteriano, repartía su tiempo entre los hospitales de Virginia y su localidad de Carolina del Sur, que recorría para visitar a familias que habían perdido a sus seres queridos y oficiaba los funerales de los soldados retornados del frente de guerra. En su diario anotaba el versículo bíblico que seleccionaba para cada ocasión. «Sermón funerario por Rob[er]t Hellams caído en Fburg [Fredericksburg] Jn 14, 18», decía la entrada de su diario del 18 de enero de 1863. «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros» era un pasaje particularmente apropiado para este sacerdote itinerante.40

Proporcionar consuelo era una función vital de los sermones. Estos constituían el corazón de casi todos los servicios funerarios, por más modestos o extravagantes que fueran. Además, la oración estaba pensada para ayudar a los allegados del difunto a comprender y a aliviar su dolor. Los sermones funerarios trataban de definir el sentido de la vida y la muerte del difunto, una labor que, inevitablemente, llevaba a especular sobre la naturaleza de la misma muerte. Tanto en el Norte como en el Sur muchos de estos sermones bélicos, así como las biografías y memoriales funerarios que derivaron de estos, fueron publicados, en obras cuyo tamaño variaba desde un opúsculo de escasas páginas a volúmenes en octavo mayor que debían servir como monumentos a los difuntos y exhortaciones a los vivos. Casi sin excepción, estas admoniciones aprovechaban detalles de las misivas de condolencia que anunciaban la muerte del soldado para componer un relato formal de la vida del finado y de su significado. Así, por ejemplo, en el sermón funerario de John W. Griffin, un joven capellán confederado caído en 1864, L. H. Blanton citó los informes de las últimas palabras del difunto y pronunció la consoladora sentencia de que el «testimonio final» de Griffin «era todo cuanto podían desear sus amigos cristianos o la Iglesia de Dios».41

La buena muerte constituía los cimientos del proceso de luto de los supervivientes, que empleaban las últimas palabras y momentos del caído para una evaluación general de toda su existencia. El sermón funerario publicado, más considerado y más pulido que las cartas de pésame escritas desde el frente, estaba pensado para su distribución a una audiencia más amplia que iba más allá de sus familiares más próximos o incluso a los que acudían a sus exequias. La vida perdida, la muerte del soldado ya no pertenecía únicamente al individuo y a su familia, sino también debía ser

comprendida o apropiada por la comunidad –e incluso la nación– en su conjunto. El sermón funerario, como el ritual que le acompañaba, era un memorial, no en granito, sino en palabras; trataba, como la misma buena muerte, de garantizar que el óbito no fuera un fin, un acto solitario emprendido en soledad, sino el cimiento de la inmortalidad, tanto espiritual como social, de su vida eterna y de su perenne recuerdo.42

Dabney Carr Harrison de Virginia, murió en Fort Donelson, abatido por un disparo que le atravesó los pulmones. Carr murmuró: «¡Está bien así! ¡Estoy perfectamente dispuesto a morir!». Para el reverendo William James Hoge, encargado de redactar una semblanza de la vida de Dabney, esa frase era el mensaje supremo de sacrificio cristiano, una emulación del mismo Salvador; por más amarga que sea la copa de dolor y aflicción que el Señor de los cielos ponga en sus manos, él la apurará y dirá: «Está bien así». La existencia que rememora Hoge se convierte en un preludio de este momento definitorio final. Nacido en Sabbat, Harrison murió en Sabbat, de modo que «su vida [estaba] ligada por ambas manos al Día del Señor».43

Tantas vidas jóvenes truncadas provocaban sentimientos de futilidad y despilfarro. Los sermones funerarios introducían en estos el consuelo del relato, de una historia cuya trayectoria tenía un sentido y un fin que demostraba que la muerte no era nunca prematura sino que siempre llegaba en el momento exacto para cumplir los designios de Dios. «Con su muerte, tanto el hijo de escasa piedad como el cristiano veterano rinden a Dios una mortalidad misteriosamente compacta –proclamaba un sermón neoyorquino– la obra que ambos tenían que hacer sobre la tierra se ha completado del todo, como si cada uno hubiera recibido el periodo más prolongado conocido por el hombre». En opinión del reverendo Philip Slaughter, en la vida de Randolph Fairfax había una continuidad del relato que no habría sido evidente antes de su heroico fin. Slaughter observó que el finado siempre había jugado limpio cuando era un muchacho, obedecía a su madre y había pedido una Biblia para su décimocuarto cumpleaños, y se llevó un Nuevo Testamento a la batalla. La explosión de una granada de artillería le mató al instante en Fredericksburg. Sin embargo, el testimonio de su vida sirvió, en opinión de Slaughter, para proporcionar la certeza de la salvación que Fairfax no había podido expresar por sí mismo. Como explicó el reverendo Robert Dabney en un memorial en honor del teniente coronel John Thornton: «está muerto, pero aun así habló» por mediación del «relato […]

de su vida bienaventurada». Los difuntos traían un mensaje de Dios y, en cierto sentido, ellos mismos eran ese mensaje, como dejó claro Dabney en otro sermón, este en honor de Stonewall Jackson: «Nuestro querido héroe es el sermón que Dios nos imparte. Su admonición encarnada, Su discurso hecho carne».44

Los soldados que eran recordados en sermones fúnebres y biografías publicadas solían ser individuos de importancia considerable, cuyas familias tenían medios suficientes para pagar tales memoriales. Casi siempre eran oficiales. Estos eran mucho menos representativos de las masas de los ejércitos de la guerra civil que los hombres cuyas muertes eran referidas en una multitud de cartas privadas de pésame redactadas por camaradas que notificaban el fallecimiento de un individuo a sus seres queridos. Sin embargo, estos trabajos impresos, más pulidos y elaborados, cuyo fin era aprehender la muerte y su significado, encarnan a muchos otros sermones similares que nunca llegarían a ser dados a la imprenta. La obra cultural, emocional, espiritual e ideológica que los privilegiados trataban de lograr con sus sermones impresos era un trabajo que los deudos de familias ordinarias deberían emprender también, aun cuando carecieran de recursos para publicar libros y opúsculos que quedarían a disposición de los historiadores de más de un siglo más tarde. Bajo este sinnúmero de silencios históricos había estadounidenses de a pie tratando de asumir la pérdida de un ser querido.

Guardar luto era, a menudo, algo que debía aprenderse y una de las misiones de los sermones funerarios era impartir tales lecciones. Las oraciones de dos sacerdotes, uno del Norte y otro del Sur, nos presentan una introducción al dolor y al consuelo. Estos expresaban los conceptos de lo que hoy denominaríamos psicología del duelo, así como los medios para explicar y aliviar la tristeza. En el funeral, celebrado en el norte de Nueva York, por el teniente coronel James M. Green, cuyo cadáver, no identificado, seguía en la isla de Morris, Carolina del Sur, el reverendo Charles Seymour Robinson recordó a los asistentes que «el tiempo les ayudará en cierta medida». La misericordia divina había previsto que «meses y años» aligerarían «el primer choque violento de una aflicción repentina». Los familiares del muerto, reconoció, siempre sentirían su pérdida y siempre recordarían a los difuntos con afecto. Más, «vosotros», les aseguró, «al cabo del tiempo podréis contemplar con calma estos días de pesar». Robinson enumeró tres fuentes

precisas de consuelo. «El patriotismo –declaró–, vendrá en vuestra ayuda para mitigar el dolor. Vivimos tiempos históricos». En pocos años, aseguró a su congregación, echarían la mirada atrás y recordarían con orgullo los sacrificios de sus caídos, que dieron sus vidas por el país. Una segunda fuente de consuelo sería la conmiseración de los otros. El duelo compartido, afirmó, resultaba más fácil. Por fin «por encima de todo, os reconfortará la esperanza sublime de la Palabra». El soldado fallecido, como el propio Cristo, volvería a alzarse. Robinson ofrecía a los afligidos deudos las fuerzas sanadoras del tiempo, la nación, la comunidad y Dios.45

En el Sur, Joseph Cross de Tennessee optó por reflexionar «sobre el dolor» en su oración funeraria por el general Daniel Donelson. Comenzó por aseverar a los parientes que el dolor no era pecado. «No hay culpabilidad en las lágrimas, si no son lágrimas de desesperación. No es ningún crimen sentir nuestra pérdida». «La religión –explicó–, no destruye la naturaleza, sino que la regula, no elimina la tristeza, sino que la santifica». Bajo su punto de vista, existía un profundo vínculo entre la fe cristiana y la psicología humana, pues se apoyaban y se alimentaban mutuamente. Cross enumeró duelos bíblicos –el de Abraham por Sara, el de José por Jacob, el de David por Jonatán– para reafirmar la historia y legitimidad del dolor. La aceptación de la pena, reconoció, era una parte decisiva de asumir un deceso. Era importante sufrir ante una pérdida, no negarla ni reprimirla. «Aquel que no sea sensible a la aflicción –advirtió Cross–, continuará instalado en el pecado». Los supervivientes del difunto debían sentir «el golpe». Cross aconsejaba la importancia de lo que en el siglo XXI denominaríamos catarsis: «El dolor debe desahogarse, o romperá el corazón […] es cruel negarse el alivio del duelo cuando este es, con tanta frecuencia, su propio consuelo». Al igual que Robinson –o que Freud–, Cross entendía el duelo como un proceso y prometía a su congregación que este evolucionaría hasta alcanzar una cierta recuperación. También al igual que Robinson, Cross ofrecía el consuelo del sufrimiento compartido: «La tristeza requiere de solaz. La compasión es mejor que el consejo […] el duelo compartido divide la pesadumbre, reduciendo la carga a la mitad».

No obstante, Cross estaba preocupado por un «exceso de pena», pues se preguntaba «¿Dónde, entonces, está el límite adecuado?». La tristeza, postulaba, era «criminal» cuando ofuscaba la conciencia de «las restantes misericordias». Las cosas siempre podían ser peores. El dolor era excesivo

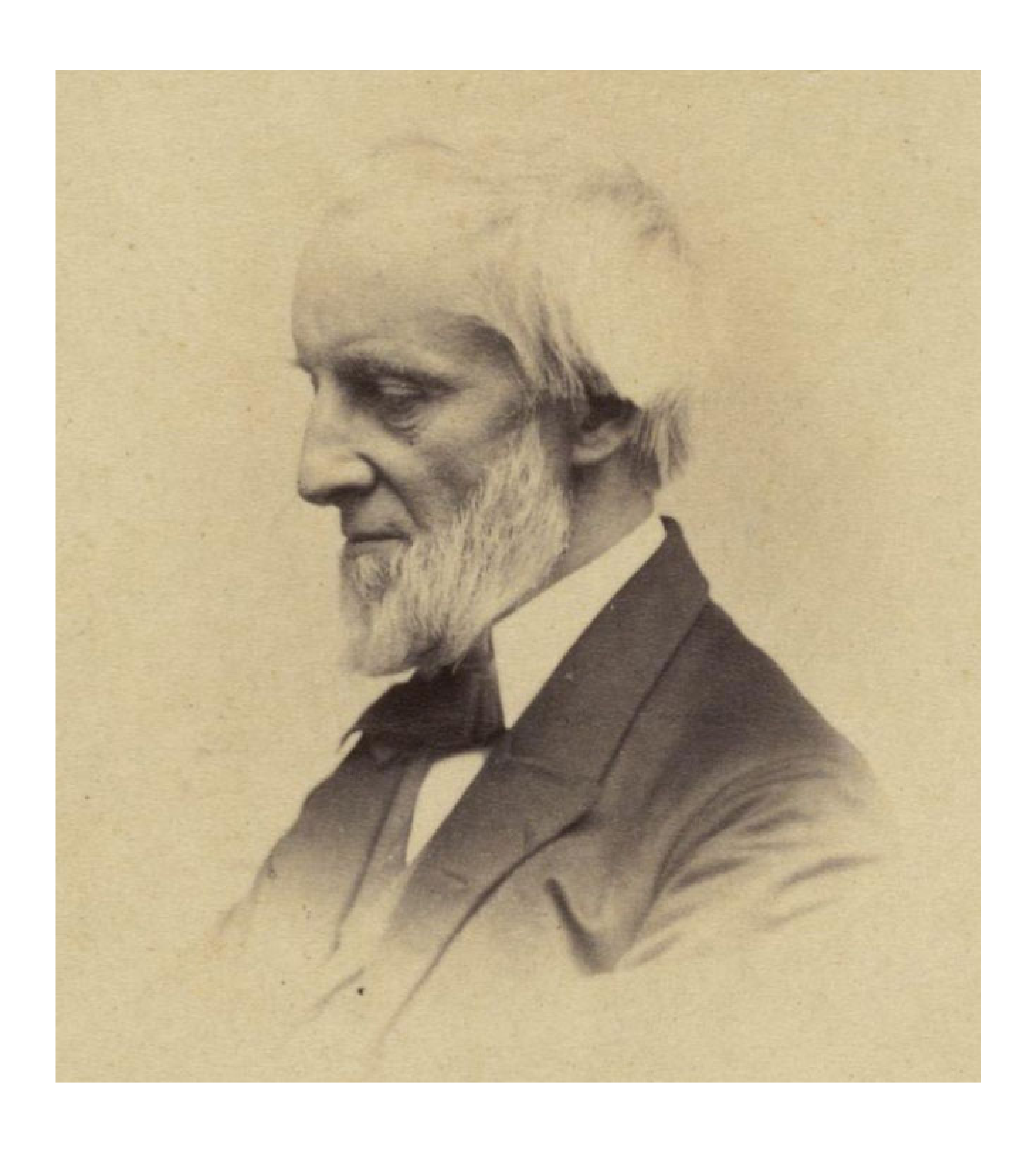
cuando llevaba al doliente a olvidar las aflicciones de otros o sentirse «indiferente al bien público» o descuidar sus responsabilidades hacia los otros o hacia la salud personal. El dolor, reiteró, era «excesivo, y por tanto criminal», cuando ignoraba los propósitos y consuelos de Dios. Al igual que Robinson, Cross observó que existía un «tiempo de duelo» limitado, con un fin definido, aun cuando «la pena interior […] pueda durar mucho más que los signos externos». Los allegados del difunto debían tratar de aliviar su dolor por medio de los consuelos de la amistad y la religión. Robinson señalaba fuentes de auxilio y aliento; Cross incluía en sus consuelos una serie de advertencias; los dos prometían un fin gradual del dolor de perder a un ser querido por medio de la labor del duelo.46

Algunos deudos detallaban sus esfuerzos para gestionar el dolor, lo cual demuestra una firme autoconciencia del proceso descrito tanto por Robertson como por Cross. Henry Bowditch, padre de Nathaniel, caído en Virginia en marzo de 1863, anotó con meticulosidad su experiencia de duelo, desde su reacción física –«como una daga en mi corazón»– hasta la noticia de la herida de su hijo y los consuelos que en última instancia le liberaron de un universo de dolor.47

Bowditch «se desmoronó» cuando se le informó de la muerte de Nathaniel. Pero, «casi de inmediato –relató–, la influencia divina de su muerte comenzó a pugnar por el dominio […] y pensé que no podía haber caído por una causa más noble». Henry Bowditch se convenció a sí mismo de que Nat, de quien le habían explicado que se había mantenido «valeroso y consciente hasta el final», había experimentado sin duda alguna una buena muerte, pues había hecho reiterada profesión de fe cristiana y había demostrado su predisposición a morir durante los tres días transcurridos desde que le hirieron. No cabía duda de que Nathaniel había «muerto feliz», le aseguró a su padre uno de sus compañeros de armas. Bowditch abrazó los consuelos prescritos tanto por el ars moriendi como por Robinson. La muerte de Nat, explicó a su esposa, le habían llevado a abrazar con convicción aun mayor las doctrinas de la inmortalidad, las cuales le ayudarían a arrostrar su pérdida. Solo un día después de la muerte de Nat, Bowditch escribió desde Virginia para explicar su determinación, «tras una pausa lo más breve posible», de «retornar a mi vida (¡oh, cuán vacía!) y a mi trabajo habitual». Esta misma frase presentaba las dificultades a las que se enfrentaba: la sobria dedicación a un razonado autocontrol y una rápida reanudación de su

existencia normal, que eran bloqueadas por la fuerte impresión de vacío y pérdida irreparable que minaba sus racionales intenciones.48

Bowditch no estaba preparado para soportar un dolor tan fuerte. Mientras estuvo en Virginia para recuperar el cadáver de Nat trató de «ocultarse» de los demás para que no vieran los sentimientos que no podía ocultar. Se juzgaba «incapaz de ver a nadie» y le angustiaba su «demostración de falta de hombría». El dolor, con la pérdida de control y la debilidad que implicaba, parecía socavar y erosionar su masculinidad. A los hombres les resultaba en especial difícil reconocer su tristeza y mostrar verdadero dolor.49



Henry Ingersoll Bowditch en tiempos de la Guerra Civil. Archivos de la Universidad de Harvard.

El consuelo de la fe y la nación no fueron suficientes para mitigar el dolor de Bowditch, que se sentía desorientado por no poder contener su pesar. Con la «constantes compañía», de las lágrimas, confesó que «mi corazón parece que se va a romper». Pero, se preguntó: «¿Por qué me quejo?». No podía existir «ni una vida ni una muerte más noble». ¿Qué más cabía esperar? Pero no era suficiente. «Toda mi naturaleza anhela poder verle y escucharle una vez más». En cuestión de meses, Bowditch sintió que «la fuerza plena […] de la aflicción volvería a resurgir, y mi primer dolor regresaba». En vano buscaba refugio en «pensamientos reconfortantes» sobre Dios y el país. El dolor era tan desbordante que su resolución de volver pronto a su vida y a su trabajo habitual resultó imposible. «Durante meses he sido incapaz de trabajar en absoluto».50

Bowditch vio sus sentimientos plasmados en un poema titulado «Mi hijo» de John Pierpont. Al igual que Bowditch, Pierpont también fue un abolicionista, además de sacerdote unitario y amigo suyo. El poema, escribió Bowditch, «explica mucho mejor que mi prosa cómo pienso a todas horas en mi muchacho soldado». Sus versos eran la pena compartida aconsejada por Robinson y Cross, así como un relato de redención del sufrimiento y de la muerte. El poeta, como Bowditch, no podía creer, no podía «realizar» la desaparición de su hijo. «¡No puedo imaginarle muerto!» proclamaba el primer verso. Veía «su luminosa cabeza rubia», escuchaba sus pasos, esperaba su llegada mas «¡no está aquí!». Al igual que Bowditch cuando ansiaba con todo su ser ver de nuevo a su hijo, el poeta acepta por fin la ausencia de este, lo cual le permite formular la pregunta que aliviará su dolor: «¿Dónde está?». El poema concluye al aseverar que «¡todos vivimos en Dios!», que todos nos encontraremos «¡en la tierra del espíritu!» y «llegaremos a nuestro cielo y veremos que ¡allí está!». Aceptar la muerte terrestre de un hijo era el primer paso hacia la negación de su muerte en otro plano, la conciencia reconfortante de que seguía vivo en otro lugar. El poema de Pierpont ayudó a Bowditch a pasar a un estado «de esperanza, y no de duelo».51

Bowditch, al tiempo que trataba de afrontar en lo espiritual la pérdida de Nat, también emprendió acciones mundanas con las que expresar y consolar su dolor, así como para preservar su memoria. Tras organizar su embalsamamiento para que «pueda ser visto cuando regrese a Boston» por la madre, esposa, hermanos y amigos de Nat, que también necesitaban

consuelo, Bowditch compartió su pena con las docenas de personas que asistieron al funeral de Nat. «No lo ha perdido», le confortó el sermón del reverendo James Freeman Clarke, pues «no ha muerto, sino que vive en un mundo mejor». Tan solo «está al otro lado del velo», donde «dice […] os esperaré a todos».52

Bowditch suplementó los ritos religiosos formales con los suyos propios. Hizo un amuleto con un anillo que Nat le había regalado a su prometida y «un botón de caballería arrancado de su chaleco manchado de sangre» y lo ató a su reloj, donde «confío en que permanecerá hasta que yo muera». Para la tumba de Nat en el cementerio de Mount Auburn, Bowditch diseñó otro símbolo de su existencia, hizo en piedra una copia exacta de su espada que serviría de monumento. Incapaz de superar el pesar por su difunto hijo, Bowditch desfogó su angustia en otras actividades, como compilar elaborados volúmenes y álbumes de recortes conmemorativos que recorrían la existencia de Nat desde el nacimiento a la muerte, «una colación de las cartas, diarios et c ilustrativos de su joven y querida vida». Bowditch no puso fin a su extensa y terapéutica labor hasta 1869. «Fue un dulce trabajo. Me hizo olvidarme a mí mismo». Asumir la muerte de Nat requería trascender y transformar su propio ser.53

Henry Bowditch emprendió una acción más para aliviar su sufrimiento y honrar y rememorar a su hijo. Su pesar por Nat se convirtió en una palanca impulsora que le permitió «olvidarse de sí mismo» y superar su dolor para volver a sumirse en sus compromisos reformistas: hizo de la muerte de Nat, y del prolongado abandono en el campo de batalla que le precedió, una cause célebre que le permitió impulsar su campaña para el establecimiento de un servicio de ambulancias en el Ejército de la Unión, meta que logró durante el último año de la contienda. Bowditch transformó el sufrimiento de Nat en la salvación de otros.

Para los estadounidenses del siglo XXI, afrontar el impacto de un deceso implica invocar la noción de «conclusión», la esperanza y la expectativa de poner fin al trastorno causado por la pérdida de un ser querido. Los estadounidenses de la Guerra Civil no esperaban recibir semejante consuelo. Para centenares de miles, el destino ignoto de sus familiares desaparecidos dejaba «un terrible vacío de incertidumbre» que nunca podrían rellenar. Incluso para aquellos que tenían información detallada, o, mejor aún, el

consuelo de un cadáver y una sepultura, el duelo no tenía un final fácil o definido. Muchos pasaron el resto de sus vidas en espera de la prometida reunión celestial con los que se habían ido antes. Esposas, padres, hijos y hermanos aceptaron como pudieron las nuevas identidades –viudas, huérfanos, personas sin descendencia– que ahora definían sus vidas, e incluyeron su duelo en los actos de conmemoración que alimentaron y nutrieron su dolor compartido hasta bien entrado el siglo siguiente.

Mas, si tan devastadoras pérdidas no podían ser negadas, si habían de ser «realizadas» y aceptadas, antes debían ser explicadas. Las matanzas de la Guerra de Secesión obligaban a dar un sentido a la muerte.

NOTAS

1. Lincoln, A., 1908, vol. 6, 30.

2. Sobre Gettysburg, vid. Creighton, M., 2005, 121-122. Ernst, K., 1999, 186; McCreary, A., 1909, 243-253; Coco, G. A., 1995, 338 (número de muertos en Vicksburg). Sobre Baton Rouge, vid. Dawson, S. M., 1913, 51. Sobre Natchez vid. Young, M., 1991, 28. Para la cita de Vicksburg, vid. Trowbridge, J. T., 1866b, 358. Vid. también Clark, W. (ed.), 1994, 16. Sobre el bombardeo de Petersburg, vid. J. W. McClure a Mi queridísima Kate, J. W. McClure Papers, SCL. Sobre la explosión de municiones, vid. Richmond Enquirer, 17 de marzo de 1863. Sobre la cita del soldado yanqui, vid. Winter, O. O. (ed.), 1943, 144.

3. «Petition of Citizens of Danville, Virginia,…», citado en Denney, R. E., 1994, 5; Board of Health of Philadelphia, 1862, 10; Wragg, W. T., 1864, 17-18; Alexander, T., 1998, vol. 6, n.º 2, 158. Vid. también Gallman, J. M., 1990, y Taylor, F. H., 1913.

4. Foster, G., 1982, 353 (cita), 356-367 (estimación). Vid. también Glymph, T., 1996, 55-71.

5. Jestin Hampton a Thomas B. Hampton, 8 de octubre de 1862, Thomas B. Hampton Papers, CAH; Caleb Cope et al. , «Un llamamiento en favor de las mujeres y niños refugiados que se concentran en Nashville y sus alrededores, Tennessee, 23 de diciembre de 1864» (Philadelphia, 1864), circular impresa, Civil War Miscellanies (McA 5786.F), McAllister Collection, LCP; petición del condado de Randolph en Berlin, I. Fields, B. J. y Miller, S. F. (eds.), 1992, 150; Mary H. Legge a Harriet Palmer, 3 de julio de 1863, Palmer Family Papers, SCL; Royster, Ch., 1991, 247.

6. Steiner, P. E., 1968, 35; Mitchell, M. H., 1999, 50; Goodwin, D. K., 2005, 419.

7. «In memoriam», 1864, 615; Moore, M., 1867, 390, 53; Maher, M. D., 1989.

8. Chesnut, M. B., 1981, 199, 209-211; Sutherland, D. E., 1995, 73; Jordan, W. D., 1993; Powers, E. J., 1866, 71; Rice, K. S. y Campbell, E. D. C., 1997, 103-106.

9. Harris, L. M., 2003, 279-288; Bernstein, I., 1990. Cook, A., 1974, incluye una lista de muertos y heridos en las páginas 213-232.

10. Fisher, N. C., 1997, 85, 74; Paludan, P. S., 1981; Fellman, M., 1989; Sutherland, D. E. (ed.), 1999.

11. Longfellow, H. W., 1866, 479.

12. Rogers, M. A., 1961, 31; Oliver Hering Middleton Family Correspondence, SCHS.

13. Reuben Allen Pierson, 3 de agosto de 1862, en Cutrer, T. W. y Parrish, M. (eds.), 1997, 110.

14. «Mourning and Melancholia», en Freud, S., 1957, vol. 14, 245, 244. Vid. también Jay, M., 1993, 93. Vid. Kete, M. L., 2000. Vid. también los manuales de duelo de la época: Eddy, D. C., 1866 y Thornwell, E., 1857.

15. Diario de Abbie Brooks, 4 de abril de 1865, Mss 39f, Keenan Research Center, Atlanta History Center, Atlanta, Georgia; diario de Kate Foster, 15 de

noviembre de 1863, RBMSC; Stone, K., 1955, 258; Hancock, C., 1956, 67, 15; Avary, M. L. (ed.), 1903, 41; diario de Mary Greenhow Lee, 24 de julio de 1863, WFCHS.

16. Towles, L. P. (ed.), 1996, 341, 348, 342, 359.

17. Welton, J. M. (ed.), 1991; Towles, L. P. (ed.), op. cit., 404.

18. Ibid. , 404; Mrs. H., 1867, 13.

19. Baker, J. H., 1987, 216; Major General F. H. Smith, superintendente, Instituto Militar de Virginia, Órdenes Generales n.º 30, 13 de mayo de 1863, VMIA.

20. Sobre el atuendo de luto, vid. «Fashionable Mourning», Christian Recorder, 19 de septiembre de 1863; Katherine Basanese, «Victorian Period Mourning», The Courier: The Official Newsletter of the American Civil War Association 1 (mayo de 1995), 5-7; «The Fashion of Mourning», Godey's Lady's Book 54 (marzo de 1857), 286. Vid. también Severa, J. L., 1995.

21. Robertson, M. D. (ed.), 1979, 80-81. Daily South Carolinian, 26 de febrero de 1864. Loughridge, P. y Campbell Jr., E. D. C., 1985, 24.

22. Diario de Margaret Gwyn, 22 y 29 de abril de 1862, Special Collections, RBMSC; Diario de Nannie Haskins Diary, 3 de marzo de 1863, Tennessee State Library and Archives, Nashville.

23. Welton, J. M. (ed.), op. cit. , 239.

24. Kate Corbin a Maggie Tucker, 21 de abril de 1863, manuscrito original en posesión de David Eilenberger, Chapel Hill Rare Books, Chapel Hill, North Carolina. Vid. también Lila a Willie Chunn, 21 de septiembre de 1863, William Augustus Chunn Papers, Emory University, Atlanta; Daily South Carolinian, 10 de marzo de 1864.

25. Philadelphia Inquirer, 3 de julio de 1863; Richmond Enquirer, 25 de abril de 1861, 3; New York Times, 31 de mayo de 1863, p. 6.

26. Godey's Lady's Book 71 (agosto de 1865), 106; 64 (junio de 1862), 617, y 68 (mayo de 1864), 498.

27. Robertson, M. D. (ed.), op. cit , 80-81; Daily South Carolinian, 26 de febrero de 1864; Loughridge, P. y Campbell Jr., E. D. C., op. cit. , 24.

28. «The Massachusetts Dead Returned from Baltimore», Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 11 de mayo de 1861, 410; Christian Recorder, 11 de mayo de 1861; Marszalek, J. (ed.), 1979, 69-70. En los primeros meses de la contienda, los funerales recibieron gran atención de la prensa, que pronto desapareció una vez se hicieron habituales. Vid. por ejemplo, «Funerales en honor a Addison Whitney y Luther C. Ladd en Lowell, Mass. lunes, 6 de mayo», New York Illustrated News, 25 de mayo de 1861, 43; «Funeral del coronel Vosburgh», New York Illustrated News, 8 de junio de 1861, 75; «The Late Captain Ward», Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 13 de julio de 1861, 133.

29. George Skoch, «A Lavish Funeral for a Southern Hero: "Stonewall" Jackson's Last March», Civil War Times Illustrated, mayo de 1989, 22-27; Samuel B. Hannah, 17 de mayo de 1863, muerte de Stonewall Jackson, VMIA disponible en [https://www.vmi.edu/archives/manuscripts/stonewall-jackson-resources/stonewall-jackson-death-and-funeral/cadet-samuel-hannah-letter/]. Vid. también Lexington Gazette, 20 de mayo de 1863, Funeral de Stonewall Jackson, VMIA, disponible en [https://www.vmi.edu/archives/manuscripts/stonewall-jackson-resources/stonewall-jackson-death-and-funeral/jackson-funeral-news-account/]; Stowell, D. W., 1998b, 187-207; Royster, Ch., op. cit. , 193-231. Vid. también «Funeral of Gen. Maxcy Gregg», recorte de prensa, 22 de diciembre de 1862, Maxcy Gregg Papers, SCL; «Funeral del general Winthrop», recorte, 1864, Frederick Winthrop Papers, MAHS.

30. Stockton, T. H., reverendo, 1865; Swain citado en Chesebrough, D, B., 1994, 88.

31. New York Herald, 20 de abril de 1865; Peterson, Merrill D. Lincoln in American Memory (New York, Oxford University Press, 1994), pp. 15–22.

32. New York Herald , 26 de abril de 1865; Jacob Thomas citado en Chesebrough, D. B., op. cit., 187. Vid. también Christian Recorder, 22 de abril de 1865 y 6 de mayo de 1865.

33. «Hush'd Be the Camps To-Day», de W. Whitman, en Whitman, W., 1995, 34-35.

34. Vendler, H., 29 y 30 de octubre de 1999, 147-148. Me siento en gran deuda con el profesor Vendler por hacerme partícipe de sus pensamientos sobre Whitman.

35. «O Captain! My Captain!», de W. Whitman en Whitman, W., op. cit. , 34.

36. «When Lilacs Last in the Dooryard Bloom'd», de W. Whitman en Ibid., 27-28.

37. «Pensive on Her Dead Gazing», de W. Whitman en Ibid., 38; Vendler, H., op. cit. , 155-156; «When Lilacs Last in the Dooryard Bloom'd», de W. Whitman en Whitman, W., 1995, 27-28, 33.

38. Ibid. , 28; «Ashes of soldiers», de W. Whitman en Ibid. , 36, 37.

39. Resch, T., 1989, 141, 174; Nantucket Weekly Mirror, 27 de diciembre de 1862, citado en Miller, R. F. y Mooney, R. F., 1994, 137.

40. Reverendo Clark B. Stewart, diario, 1859-1865, texto mecanografiado de la Administración de Obras Públicas, SCL.

41. Blanton, L. H., 1865, 8.

42. Sobre los sermones funerarios, vid. Wells, R. V., 2000, 54-56.

43. Hoge, W. J., 1862, 50, 51-52, 53.

44. Twombly, A. 1863, 7; Slaughter, P., 1864, 6, 8, 35, 39; Dabney, R. L., 1864, 6, 8 y 1863, 4.

45. Robinson, C. S., 1864, 14, 15.

46. Cross, J., 1864, 68, 69, 71.

47. Henry I. Bowditch, «Memorial del teniente Nathaniel Bowditch», 1015, Nathaniel Bowditch Memorial Collection, MAHS.

48. Ibid. , 1015, 1048; Henry I. Bowditch a mi dulce esposa [Olivia Yardley Bowditch], 19 de marzo de 1863, «Manuscritos relacionados con el teniente Nathaniel Bowditch», vol. 2, 98, Nathaniel Bowditch Memorial Collection, MAHS.

49. Henry I. Bowditch a Querida [Olivia Yardley Bowditch], 21 de marzo de 1863, «Manuscritos relacionados con el teniente Nathaniel Bowditch», vol. 2, 98, Nathaniel Bowditch Memorial Collection, MAHS; Bowditch, «Memorial», 1019. Sobre la escasa hombría de mostrar dolor, vid. también H. L. Abbott a J. G. Abbott, en Garth Scott, R. (ed.), 1991, 140; W. D. Rutherford a Sallie Fair Rutherford, 12 de junio de 1862, William D. Rutherford Papers, SCL.

50. Henry I. Bowditch a Mi querida, 19 de marzo de 1863, «Manuscritos», vol. 2, 98-100; Bowditch, «Memorial», 1015.

51. Bowditch, «Memorial», 1015; En memoria del teniente Nathaniel Bowditch A. A. A. G., 1.ª brigada de Caballería, segunda división, Ejército del Potomac, portada, Nathaniel Bowditch Memorial Collection, MAHS. «Mi hijo» fue publicado por primera vez en Monthly Miscellany 3 (octubre de 1840), 193-194, con el título «Él no está aquí». El poeta dedicaba sus versos «a un amigo sacerdote, sobre el óbito de su hijo único». Vid. también Peet, L. H., 1901, 169, y Bowditch, H. I., 1885.

52. Nathaniel Bowditch a Mi querida, 19 de marzo de 1863; Las palabras del reverendo James Freeman Clarke y el funeral de Nat están ambos en «Manuscritos», vol. 2, 97, 160-164, Nathaniel Bowditch Memorial Collection, MAHS.

53. Bowditch, «Memorial», 1015; Bowditch, H. I., 1863.

---

*N. del T.: La Marcha de Sherman hacia el mar fue la campaña emprendida por el general Sherman en noviembre-diciembre de 1864, que avanzó desde Tennessee a Georgia, aislando a Virginia y las Carolinas del resto de la Confederación. Las tropas de Sherman practicaron una política de tierra devastada, destruyendo y quemando toda infraestructura que pudiera servir al esfuerzo bélico confederado.

** N. del T.: En la Guerra de Secesión, se denominaba contrabando, contraband , a los esclavos que huían al Norte. En agosto de 1861, el gobierno y el ejército federales decidieron no devolver los esclavos que escapasen a territorio bajo control de la Unión. Estos eran clasificados como «contrabando de guerra», esto es, propiedades capturadas al enemigo.

*** N. del T.: Los bautistas primitivos constituyen una de las confesiones bautistas más estrictas. Se oponen a cualquier tipo de organización que no se mencione en la Biblia, como por ejemplo sociedades misioneras o escuelas dominicales.

**** N. del T.: En el original se usa el verbo realize que, en el inglés decimonónico, además de su significado más común de «comprender», también tenía la acepción de «realizar, hacer», ahora en desuso.

***** N. del T.: Las mujeres de la época victoriana solían vestir en el interior de casa un tocado sencillo, que recibía el nombre de gorra matinal, de desayuno o de día.

6

CREENCIAS Y DUDAS

«¿QUÉ SENTIDO TIENE ESTA CARNICERÍA?»

«¿Cómo puede tener Dios el valor de permitirla?».

Sidney Lanier

«¿Qué es la muerte?». Tal es la pregunta que formuló el reverendo John Sweet a una «gran congregación» de personas vestidas con un «sombrío negro» que acudieron en julio de 1864 a las exequias de Edward Amos Adams, del 59.º de Massachusetts. Adams, herido en Petersburg, había perecido diez días antes, víctima de la serie de sangrientos asaltos con los que Grant trató de desalojar al ejército de Lee de sus posiciones unos treinta kilómetros al sur de Richmond. El difunto, de veinticuatro años, miembro de la Iglesia bautista de Billerica y marino convertido en maestro, ocupaba su lugar en la larga lista de pérdidas sufrida por su localidad y por su estado. «Una vez más –observó Sweet–, nos hallamos en la casa del duelo». Otro soldado muerto; otra familia devastada; otro sepelio oficiado. «No hay una sola casa exenta del lamento universal que se eleva de un pueblo castigado por el pesar». Transcurridos más de tres años de conflicto, Sweet abordó la cuestión central, la inquietud incluso, de numerosos estadounidenses, tanto del Norte como del Sur. ¿A dónde iban todos esos jóvenes? Los amigos y familiares que acudían a los campos de batalla para encontrar sus cadáveres iniciaban lo que, en cierto sentido, era el primer paso en la búsqueda de los desaparecidos. Incluso cuando localizaban sus restos mortales y recibían un entierro decente, seguían siendo una incógnita el destino del yo y del alma,

así como el significado de la existencia perdida. Los supervivientes como los que se reunieron en Nueva Inglaterra un día de pleno estío de 1864 se preguntaban, con urgencia engendrada por la guerra, qué ocurría cuando cesaba la existencia sobre la Tierra.1

En vísperas de la Guerra de Secesión, los sistemas de creencias tradicionales de los estadounidenses fueron a la vez puestos en duda y reafirmados fervorosamente. Aunque los fundadores de los Estados Unidos, temerosos de la influencia de la religión sobre el gobierno, los habían definido como un estado secular, lo cierto es que esta definía los valores e ideales de la mayoría de estadounidenses de mediados del XIX. En 1860, por cada ciudadano que votó en las decisivas elecciones presidenciales de ese año había cuatro que acudían a la iglesia cada domingo. Los ciudadanos de Estados Unidos, en su aplastante mayoría cristianos y protestantes, también eran cada vez más evangélicos, comprometidos con la esperanza de la salvación y deseosos de asumir su responsabilidad sobre el futuro más allá de la sepultura. El concepto calvinista de la predestinación que caracterizó buena parte del cristianismo estadounidense de la era colonial dejó paso en el siglo XIX a oleadas de renacer religioso, que culminaron en el entusiasmo generalizado de la década de 1850. El historiador Richard Carwadine concluye que, a mediados de siglo, «más de 10 millones de estadounidenses, o un cuarenta por ciento de la población […] sienten gran simpatía por el cristianismo evangélico. Era la más extensa y formidable subcultura de la sociedad estadounidense». Con su atención centrada en la salvación, el evangelismo hacía de la vida después de la muerte el centro de las creencias y prácticas religiosas de los ciudadanos de los Estados Unidos.2

Sin embargo, los cristianos más reflexivos de este siglo XIX de progreso se enfrentaban a dudas turbadoras sobre los cimientos de su fe. La nueva ciencia histórica y filológica y nuevas formas de estudio de los textos cuestionaron la verdad literal de la Biblia. Mientras los sudistas acumulaban pruebas a favor de la esclavitud en las sagradas escrituras, los nordistas antiesclavistas buscaron y hallaron significados diferentes. Tales divisiones interpretativas indicaban algo más que desacuerdos entre confesiones: representaban una nueva incertidumbre acerca del poder indiscutible e indisputable de la misma Biblia, una circunstancia turbadora que afectaba las mismas bases de sus convicciones.

Aún más inquietantes que las cuestiones de exégesis bíblica eran las preguntas que la ciencia planteaba a las creencias religiosas. Los descubrimientos de la geología sobre la edad de la Tierra desacreditaban el relato bíblico de la creación, lo cual atribuía al divino creador un papel mucho menor y distante. El libro Principios de geología de Charles Lyell, publicado a comienzos de la década de 1830, desafiaba la veracidad del Génesis al demostrar que la Tierra tenía millones de años de antigüedad, no los seis o siete mil que determinan las sagradas escrituras. Las teorías de la evolución de Charles Darwin, cuyos esbozos preliminares fueron compartidos y debatidos por los científicos estadounidenses bastante antes de 1859, año de publicación de El origen de las especies, planteaban desafíos adicionales a la interpretación literal de la Biblia y sustituía los conceptos de teleología y benevolencia divinas por los mecanismos sin alma de la selección natural.3

Por otra parte, el tradicional argumento religioso del designio, que consideraba a Dios el primer impulsor de todo proceso científico, racionalizaba la persistencia de la fe en una presencia divina; hasta las postrimerías del siglo XIX, la mayoría de los estadounidenses continuaron considerando la ciencia y la religión aliadas, no opuestos. Pero esta reconciliación requería un esfuerzo intelectual que dejaba a sus adeptos en un universo en el que había cambiado el lugar que ocupaban tanto los humanos como Dios. La posibilidad y plausibilidad de la explicación científica reforzaban las aseveraciones de lo racional y lo terrenal contra las fuerzas de lo trascendente. Los humanos habían sido trasladados al reino animal, y Dios parecía mostrar una turbadora indiferencia ante la caída de un simple pajarillo*.4

En lugar de poner el énfasis en la compatibilidad de los nuevos descubrimientos con las antiguas creencias, algunos estadounidenses fomentaron el escepticismo hacia la religión revelada. El fermento intelectual del trascendentalismo de Nueva Inglaterra desafió numerosos artículos de fe. Ya durante la década de 1830 Ralph Waldo Emerson anunció en una conferencia en la Harvard Divinity School (HDS) que había dejado de creer en la divinidad de Cristo. «Considero que hacer absolutamente increíble el plan de redención teológico es comparable al efecto irresistible de la astronomía copernicana». Librepensadores como Robert Owen y Fanny Wright defendían un materialismo que reducía la consciencia humana a una

mera función cerebral. Esta postura la reforzaban los descubrimientos neurológicos, ampliamente elogiados, aunque todavía controvertidos, sobre la localización de las funciones del cerebro. La frenología, la creencia de que podía deducirse el carácter y la personalidad de la forma y contornos de la cabeza, llevó tales ideas a una audiencia más amplia. El poeta James Russell Lowell describió cómo este materialismo creciente estaba definiendo la época:

Este siglo diecinueve, con sus bisturíes y sus lentes,

que hacen físico el pensamiento.

La incertidumbre acerca de la relación entre biología y conciencia, de cuerpo y alma, inquietaban incluso a los más devotos, que especulaban acerca de la definición del espíritu humano y la justificación de la creencia en la inmortalidad.5

En este ambiente de fermento cultural la Guerra Civil introdujo la muerte en masa. Para una era cada vez más humanitaria, tales sufrimientos no podían sino suscitar perturbadoras preguntas acerca de la benevolencia y las intenciones de Dios. Mas, para los centenares de miles de estadounidenses que habían perdido a alguien en la guerra esta cuestión era algo más que una abstracta pregunta intelectual. Las pérdidas exigían una explicación que satisficiera tanto a los corazones como a las mentes**.

A pesar de que estaba siendo cuestionada por los rápidos cambios culturales e intelectuales, la religión continuó siendo la explicación predominante. La siempre oportuna pregunta del reverendo John Sweet, «¿Qué es la muerte?», había servido desde hacía mucho tiempo como cimiento y cuestión central de la doctrina cristiana. La respuesta de Sweet, que sostiene que es «el punto intermedio entre dos existencias» revela gran parte de la substancia y del consuelo de la fe. Ante las matanzas de la contienda, la religión de mediados del XIX prometía que no tenía por qué haber muerte. Tan solo la negativa a creer podía llevar a los humanos a la temida «segunda muerte» que los

arrojaría al infierno. «¡Volveos! ¡Volveos! ¿Por qué moriréis?»***, demandaba a los soldados confederados el enérgico sermón de un capellán. «¿Por qué vas a morir?», reiteraba un ampliamente difundido opúsculo confederado. La muerte era una decisión que podía ser rechazada de forma consciente para escoger la inmortalidad. Los soldados no eran víctimas; incluso si su destino terrenal estaba fuera de su control, seguían siendo los dueños de un destino mucho más importante, la eternidad.6

Tales convicciones, como ya hemos visto en el ritual de la buena muerte, hacía mucho más fácil tanto la muerte como el duelo. Algunos historiadores han argumentado que, de hecho, solo la existencia generalizada de tales creencias hizo aceptable la mortandad de la Guerra de Secesión, de modo que la religión, en cierto modo, hizo posible la matanza. La fe en la inmortalidad podía animar a los soldados a arriesgarse a la aniquilación. Los estadounidenses de la Guerra Civil no se habrían cuestionado lo que un capellán confederado denominó «el poder militar de la religión». Resulta difícil imaginar hoy una carta como la que remitió una enfermera nordista desde el frente en 1864: «No puedo creer que valga la pena –aseveraba–, que Rebecca llore mucho a una persona difunta, pues es indudable que pronto se reunirá con ella en el cielo». La firme convicción podía dar lugar a una confianza que bordeaba en la insensibilidad, y, en algunos casos, en una conducta poco menos que temeraria. Pero la larga tradición del soldado cristiano arrojó una luz más positiva sobre la contribución de la religión a la contienda, al enfatizar la fe como una motivación fundamental del deber religioso y patriótico. Así, por ejemplo, los opúsculos evangélicos y los predicadores repetían numerosas veces la palabra «eficiencia» en sus comunicados a las tropas. El soldado cristiano, explicaban tales predicadores, sería un soldado eficiente porque ejecutaba sus obligaciones «de forma consciente» sin miedo a morir.7

Thomas B. Hampton de Virginia sudoccidental se convirtió en uno de esos soldados ejemplares. Sus cartas a su esposa Jestin abundaban en profesiones de fe religiosa a medida que su regimiento superaba las duras pruebas de Chickamauga, Resaca y Atlanta. A partir del otoño de 1862 un resurgir cristiano agitó al Ejército confederado: Hampton buscó refugio en «un cielo en el que ya no hay guerras ni rumores de guerra»****. Su compañía, informó, se reunía para orar «casi cada noche […] una estampa bella y sublime». Veía que la contienda le estaba haciendo desprenderse «de los

asuntos de este mundo». Sus premoniciones de que la muerte le liberaría de los horrores de la batalla centraban su mente en lo que ofrecían los predicadores como John Sweet, una segunda vida más allá de la sepultura: «Aunque caiga bajo la espada o los proyectiles del enemigo no temeré mal alguno, pues tengo la firme convicción de que mi alma será liberada de la prisión de mortalidad para atravesar las regiones de los cielos de Gloria celestial puede que caiga víctima de alguno de los monstruos de enfermedades del campamento pero aun así continuaré confiando en el Señor pues él conoce todas las cosas y todo lo hace rectamente».8

Para centenares de miles de soldados, algunos creyentes antes de alistarse pero muchos convertidos por el resurgir religioso que desbordó a los ejércitos del Norte y del Sur, la muerte se convirtió en una obsesión. Mas, con frecuencia, esta no era tanto un miedo como una promesa: de liberación, de salvación de la guerra y del sufrimiento, de escape a un mundo mejor. «Estoy convencido –escribió Thomas Hampton–, de que si mis amigos conocieran las adversidades que debe arrostrar un soldado, difícilmente se opondrían a trocar este Tabernáculo de Mortalidad por la Gloria Inmortal que ansío ver». La muerte ofrecía a estos hombres devotos un «cambio», no un final; la gloria celestial era mucho más tentadora que los campos ensangrentados de Georgia o Virginia. Los civiles, a salvo de la experiencia directa del combate, estaban menos dispuestos a reconocer los atractivos de la muerte. Aun así, ellos también hallaban en la doctrina religiosa medios con los que mitigar su horror y aceptar las pérdidas que la guerra les imponía. Como explicó la esposa de Hampton: «Todo el tiempo sufro por ti, pero ni la mitad de lo que sufriría si supiera que no estás preparado. El mayor de los consuelos es el convencimiento de que si caes víctima del enemigo o de la enfermedad descansarás en el cielo […] si no fuera por esta gran esperanza que tengo no podría soportar vivir bajo esta angustia».9

Thomas Hampton sobrevivió hasta el último mes de la contienda, cuando cayó herido de muerte cerca de Bentonville, Carolina del Norte. Su obituario afirma que falleció «en pleno triunfo de la fe». Hampton mandó decir a Jestin «que no le llorase, pues iba a estar mucho mejor que […] en este mundo turbulento». Volvería a verla en las «brillantes mansiones del cielo».10

En nuestra época se ha debatido mucho la cuestión de la negación de la muerte, de la reticencia de la cultura estadounidense contemporánea a afrontarla o debatirla. El historiador Philippe Ariès, en una serie de libros y ensayos de gran difusión publicados en los años setenta y primeros ochenta del siglo XX, acusó a Europa Occidental y a los Estados Unidos de hacer «invisible» el fin de la existencia. El moderno óbito, argumentaba, ha sido reducido a una cuestión médica; el duelo es considerado «indecente». La muerte ha devenido tan innombrable como la pornografía.11

En la Guerra de Secesión la muerte no era en absoluto ocultada, pero aun así era, aunque parezca paradójico, negada, y no por medio del silencio y la invisibilidad, sino por medio de una labor activa y conjunta de reconceptualización que la convirtió en una obsesión cultural. Redefinida como vida eterna, la muerte se celebraba en los Estados Unidos de mediados del XIX. Pero su carácter central, tanto en la cultura popular como en el discurso religioso, sugiere que controlar y repudiar sus terrores requería un esfuerzo mucho mayor. Las canciones, poemas y narraciones pugnaban por dar respuesta a la misma pregunta que el reverendo Sweet planteó a su afligida congregación. «¡Dios mío! ¿De qué está sirviendo todo esto?» clamaba el título de un libreto de canciones:

Oh great god! What means this carnage,

why this fratricidal strife,

brethren made in your own image

seeking for each other's life?

Thus spoke a dying Federal soldier,

amid the clash of arms he cried;

with hope his fixed his eyes on heaven,

then bid adieu to earth–and died.12

¡Oh, gran Dios! ¿Qué sentido tiene esta matanza,

por qué esta contienda fratricida,

hermanos hechos a tu imagen y semejanza

que tratan de arrebatarse la vida unos a otros?

Así habló un soldado federal moribundo,

entre el choque de las armas gritó;

con esperanza fijó sus ojos en el cielo,

luego dijo adiós a la tierra, y murió.

Tales versos dejaban sin respuesta su pregunta, pues el cielo era solo una esperanza. Otras canciones prometían que la vida después de la muerte «convertiría nuestro duelo en alegría» y aseguraba una de ellas «Madre, muero feliz», pues «veo llegar a los ángeles / con brillantes guirnaldas para mi frente». A un estribillo que decía: «¿Nos encontraremos, nos encontraremos, nos encontraremos todos allí?», una balada publicada en Nueva York confirmaba que «reuniremos a los seres queridos perdidos / en la tierra del perfecto día […] "Nos encontraremos todos allí"».13

El cielo reconstruiría los vínculos terrenales en un reino de perfección y júbilo. La muerte como terminación de la vida simplemente no existía. Un poema de julio de 1863 publicado en una popular revista de Filadelfia la borraba sin más, aun cuando en ese mismo momento más de seis mil soldados expiraban en una localidad de Pensilvania a poco más de ciento veinte kilómetros de distancia.

There is no death! The stars go down
to rise upon some fairer shore;
and bright in heaven's jeweled crown
They shine forevermore.
[…]
And ever near us, though unseen,
the dear, immortal spirits tread;
for all the boundless Universe
is Life–There are no dead.14

¡No existe la muerte! Las estrellas se ponen
para volver a salir en mejores lugares;
y brillantes en la celestial corona de joyas
refulgen para siempre jamás.
[…]
Y siempre cerca de nosotros, aunque invisibles,
caminan los queridos e inmortales espíritus;
pues todo el universo infinito
es vida; no existe la muerte.

La preeminencia del cielo en el discurso sobre los muertos de la Guerra Civil derivaba en parte del atractivo lugar que había ido alcanzando durante la centuria precedente. La publicación en 1758 de la obra de Emanuel Swedenborg, Del cielo y del infierno, inició un importante movimiento que se apartaba de la concepción del cielo como una entidad ascética, distante de la tierra y de su materialidad, de elevado teocentrismo. Con Swedenborg comenzó a surgir una noción más moderna del cielo, como un mundo apenas separado o diferente –excepto en su percepción– de la propia Tierra. «Tras la muerte, el hombre –escribió Swedenborg–, es un hombre igual al que era antes, hasta el punto de que no es consciente de que ya no está en su antiguo mundo […] la muerte es solo un tránsito». Asimismo, el infierno fue dejando de ser objeto de preocupación o temor.15

El swedenborgianismo como confesión organizada nunca pasó de ocupar un puesto marginal en la vida religiosa estadounidense. Sin embargo, las ideas de Swedenborg atrajeron la atención generalizada en los Estados Unidos. Ciudadanos como Johnny Appleseed o Ralph Waldo Emerson, Henry Ward Beecher y Henry James sénior mencionaron su influencia. «Esta es la era de Swedenborg», proclamó Emerson en 1858. El pensamiento swedenborgiano dejó una impronta significativa en el trascendentalismo y facilitó la evolución hacia una visión más amable del cielo en todas las confesiones religiosas estadounidenses. Como ha demostrado el historiador James H. Moorhead, la segunda mitad del siglo XIX fue testigo del enmudecimiento «de las imágenes negativas tradicionalmente asociadas al fin de la vida». Una nueva escatología que influyó a casi todo el pensamiento protestante «buscó reducir la distancia entre este mundo y el otro, e incluso anexionar al cielo, convirtiéndolo en un glorioso aledaño de la vida presente».16

Sin embargo, esta transformación no se había completado en el momento del estallido de la Guerra Civil. Emily Dickinson no estaba sola cuando expresó en sus poemas y epístolas del tiempo de la guerra la inquietud que le causaba la naturaleza inaccesible de la vida tras la muerte: «¡El cielo es tan frío!»; «No me gusta el paraíso […] porque es Domingo […] todo el tiempo». La transformación del cielo se intensificó a medida que la guerra hacía más inmediatas y comunes las cuestiones sobre la inmortalidad. Los historiadores Colleen McDannell y Bernhard Lang han observado que entre 1830 y 1875

se publicaron en los Estados Unidos más de cincuenta libros sobre el cielo, pero este total no incluye obras de ficción, o las docenas de sermones de la Guerra de Secesión impresos cuyo tema central era el cielo, o los numerosos artículos de diarios y revistas con títulos como «El cielo, la casa de Dios» (publicado en las columnas del Daily South Carolinian en 1864) o poesía popular que versificaba la naturaleza de la existencia después de la muerte (como «Hereafter» [En adelante] o «Up to the Hills», [Hacia las colinas] de Harper's New Monthly Magazine). En 1863, Harper's Weekly anunció una segunda edición de Heaven, Our Home [El cielo, nuestro hogar] de William Branks y la presentó como una prometedora «nueva fuente de consuelo» que «se vendería mucho». Este fue uno de los tres títulos sobre el cielo que escribió Branks durante esos años. El historiador Philip Shaw Paludan enumera cerca de un centenar de obras sobre el cielo solo en la década que siguió a la guerra. La geografía y la sociedad de la vida post mortem siguieron siendo una inquietud generalizada, pues, aun cuando las matanzas habían cesado, el duelo y la ausencia permanecían.17

En esta literatura, y en la pugna para aceptar la muerte, se dedicaba particular atención a lo que ocurría con las relaciones humanas tras el óbito. Si este ya no era el final, entonces tampoco sería una separación. Las visiones anteriores del cielo se habían centrado de forma casi exclusiva en el vínculo entre Dios y el hombre en el seno del reino de los cielos, hasta el punto de rechazar la continuación de los lazos terrenales con familiares y amigos. Pero Swedenborg y los pensadores influidos por sus ideas crearon los cimientos de lo que sería un componente necesario de una imagen reconfortante del paraíso.

El presbiteriano Robert Patterson, en sus Visions of Heaven for the Life on Earth [Visiones del Cielo para la vida sobre la Tierra], publicado una década antes del conflicto, reconocía que las concepciones anteriores del cielo que excluían la continuación del amor y la amistad eran «muy descorazonadoras». Los valores domésticos de la era victoriana no podían tolerar que se eliminaran estos entrañables vínculos hogareños y familiares. La idea, general entre los estadounidenses de la Guerra de Secesión, de que algún día se reunirían con sus seres queridos era fundamental para el solaz de la fe religiosa. Cuando Harper's Weekly anunció su best seller, Heaven, Our Home, el aspecto que quiso destacar fue que su autor sostenía «la confortadora creencia de que los amigos se encontrarán en el cielo, que para

ellos será un hogar, con una familia grande, feliz y afectuosa». Siete de los capítulos del libro estaban dedicados de forma específica al «Encuentro de los amigos en el cielo». Si los soldados necesitaban que se les garantizase que, en realidad, no iban a morir, los supervivientes ansiaban saber que sus seres queridos no se perderían para siempre, aun cuando quedasen desaparecidos o sin identificar. «No nos dejarán por mucho tiempo», afirmó una mujer surcarolina. Tan solo «se habían ido antes». Tanto judíos como cristianos invocaban tales consuelos. En 1861, Rebecca Gratz confortaba a su hermano Ben aseverándole que él y su difunto hijo «se reunirían en el otro mundo». La Guerra Civil hizo urgente la transformación del cielo en una eterna reunión familiar y fomentó un concepto de la vida tras la muerte que era familiar y accesible, habitada de seres queridos que tan solo estaban «al otro lado del velo».18

Numerosos estadounidenses, sin embargo, no estaban dispuestos a esperar hasta que su propia muerte les reuniera con sus familiares perdidos, por lo que abrazaron con entusiasmo las promesas más inmediatas del espiritismo. A finales de la década de 1840 hubo una serie de sesiones espiritistas en el norte del estado de Nueva York que intensificaron el interés en la supuesta realidad de la comunicación entre vivos y muertos. En una era cada vez más imbuida de la idea de que la ciencia era la medida de la verdad, el espiritismo ofrecía una creencia que parecía basada en pruebas empíricas, no en revelaciones y fe. Si los difuntos podían hacer que se alzasen las mesas, telegrafiar mensajes desde el más allá, e incluso hacer prolijas declaraciones por intermediación de médiums, entonces era evidente que debía existir vida tras la muerte. Esta era, en palabras de un famoso defensor del espiritismo, «prueba palpable de la inmortalidad».19

Hombres y mujeres comenzaron a acudir a reuniones espiritistas con la esperanza de comunicarse con los difuntos. Hacia 1853, un espiritista estimó que se reunían con regularidad treinta de esos grupos solo en la ciudad de Filadelfia, y que operaban por todo el país unos treinta mil médiums. El Spiritualist Register relató que, justo antes del estallido de la guerra, 240 000 habitantes del estado de Nueva York –un 6 % de su población total– eran espiritistas. Más fuerte en el noroeste, donde con frecuencia atraía a abolicionistas, feministas y seguidores de otros movimientos sociales radicales, el espiritualismo también tenía sus discípulos sudistas: una cifra estimada de 20 000 en Luisiana, por ejemplo, y 10 000 en Tennessee. A

mediados de la década de 1850, el dueño de una plantación y político surcarolino James Henry Hammond y el autor William Gilmore Simms, ambos firmes defensores de la esclavitud, exploraron el espiritismo como alternativa a los, en su opinión, rasgos poco convincentes de la religión revelada. Simms consideraba que había logrado comunicarse con éxito con su hijo muerto, y Hammond elaboró una serie de preguntas para los fallecidos que Simms planteó a una médium en una visita a Nueva York.20

En el momento del estallido de la contienda, las ideas espiritistas eran lo bastante comunes como para influir e incluso atraer a aquellos que no eran sus seguidores formales, y la guerra hizo cada vez más atractivas las doctrinas espiritistas. Mary Todd Lincoln trató de comunicarse con regularidad con Willie, su hijo fallecido, organizando una serie de sesiones en la Casa Blanca, en algunas de las cuales se dijo que el presidente estuvo presente. Henry Bowditch no era un espiritista pero tras la muerte de Nathaniel halló profundo solaz en las ideas explícitamente espiritistas del autor del poema «Mi hijo». John Pierpont, quien, al igual que Bowditch, también era abolicionista y de Nueva Inglaterra, ofreció a su amigo

[…] The promise That in the spirit-land,

meeting at thy right hand,

twill be our heaven to find that–he is there!

[…] La promesa de que en la tierra de los espíritus,

reunidos a tu diestra,

será nuestro cielo saber […] ¡que él está allí!

El esfuerzo de Bowditch por asumir –por «realizar»– la pérdida de su hijo fue facilitado considerablemente por las garantías que le dio Pierpont de que

solo era invisible, de que seguía viviendo en otro mundo, inaccesible pero solo de forma temporal. Las consoladoras ideas de Swedenborg sobre el cielo eran un elemento central de la ideología espiritista y del atractivo de esta. Este sentimiento desempeñó un papel destacado también en el sermón fúnebre de Nathaniel, que aseguró a los asistentes que él «solo está al otro lado de un fino velo […] sigue allí, esperando vuestra llegada"».21

En Nueva Orleans, un oficial de los Native Guards dirigía un activo círculo espiritista denominado la sesión de Grandjean. Pocas semanas después de la muerte de André Cailloux, el grupo estableció contacto con su difunto héroe. «Creen que me han matado, pero me han hecho vivir –informó Cailloux desde el más allá–. Seré yo quien os reciba en nuestro mundo si morís en el combate, así que ¡luchad!». Reconfortó a sus camaradas negros diciéndoles que «debe haber víctimas que sirvan de peldaños en la senda hacia la libertad».22

La gran publicidad dada en la década de 1860 a la planchette [tabla espiritista], precursora de la güija, y en particular durante los años inmediatamente precedentes a la guerra, ofrecía a todo el mundo la posibilidad de ser médium, lo cual convirtió la exploración espiritista en un juego de salón. Se creía que la planchette, una tabla de madera con forma de corazón y tres patas, se movía en respuesta a las fuerzas espirituales que pasaban por las manos que reposaban sobre ella. El dispositivo, equipado con un lápiz, podía apuntar a letras del alfabeto o incluso escribir mensajes de los difuntos. En el Norte podían conseguirse planchettes de muy variadas maderas y estilos decorativos; estas transformaban la comunicación espiritista en el «nuevo entretenimiento» de moda.23

Los espiritistas celebraron su primera convención nacional en Chicago en 1864. Esta indicaba una creciente importancia y autoconciencia que iba mucho más allá del campo del entretenimiento popular. «Virtualmente todo el mundo –observó el historiador R. Laurence Moore–, admitía que la comunicación con los espíritus era, como mínimo, una posibilidad». En mitad de una contienda que no solo borraba vidas sino también identidades, la promesa, como escribió un portavoz de los espiritistas, del carácter «imperecedero del individuo y de la continuación del Ego idéntico» tras el óbito era irresistible para muchos. «Y nunca perderá su identidad», aseguraban John Edmonds y George T. Dexter a los lectores de Spiritualism,

publicado por primera vez en 1853 y reimpreso en varias ocasiones el resto del siglo. «La muerte física no afecta la identidad del individuo».24

El espiritismo respondía a una pregunta de acuciante importancia para el soldado y para sus familiares. Como planteó un artículo de 1861 del diario espiritista Banner of Light [Estandarte de Luz], «él solo desea saber qué será de sí mismo cuando pierda su cuerpo. ¿Continuará existiendo? Y, de ser así, ¿en qué estado?». Cada número del diario proporcionaba un coro de respuestas, un «Departamento de mensajes» de las «Voces de los muertos» transmitidas por mediación de la «Sra. J. H. Conant mientras se hallaba en un estado denominado trance». Tanto confederados como yanquis intervenían; soldados de todo rango y origen referían que habían muerto bien, que se habían encontrado en el cielo con sus familiares, y que, como declaró una voz, «la muerte no me ha quitado nada, excepto mi cuerpo». Stonewall Jackson intervino para defender sus acciones («adopté las medidas que tomé porque pensé que era lo que debía hacer») y Willie Lincoln enviaba mensajes con regularidad.25

Philip Gregg, un confederado muerto tres meses antes de aparecer en la prensa impresa en abril de 1862, observó que «las emociones del soldado retornado, que ha dado su vida en el campo de batalla, apenas pueden ser imaginadas», y proporcionó una vívida descripción a aquellos que considerasen inimaginable el concepto de emociones póstumas. Gregg, no obstante, cortó en seco la descripción de sus sensaciones al concluir que «El mundo no tiene derecho a escuchar lo que yo tenga que decirle a mi familia».26

Numerosos mensajes contenían información similar a la de las cartas de condolencia escritas para informar a los familiares del fallecimiento de sus parientes en el hospital o en combate: confirmaciones de una buena muerte y de los principios del ars moriendi. Con independencia de si la señora Conant era capaz o no de comunicarse con los difuntos, es indudable que se hacía eco de las inquietudes de los vivos. El teniente Gilbert Thompson le pidió «que me haga hoy un favor, que informe a mi padre, Nathaniel Thompson de Montgomery, Alabama, de mi fallecimiento. Dígale que morí […] hace ocho días, feliz y resignado». Leander Bolton quería «dar a mi madre una breve semblanza de la forma en que he fallecido». Charlie Hiland informó: «perdí la vida en su asunto de Bull Run, y la gente quiere saber cómo morí y qué

fue de mí tras la muerte […] me gustaría informarles». A las familias se les prometía liberación del «terrible vacío de la incertidumbre» sobre el destino, tanto terrenal como espiritual, de sus hijos y hermanos.27

Caleb Wilkins, soldado raso del 11.º de Indiana, describe su experiencia sobre cómo los cuerpos permanecen en la vida después de la muerte. Al mismo tiempo explicaba un enigma que había atormentado a miles de hombres heridos: por qué a menudo los miembros amputados siguen doliendo. «Ahora entiendo algunas cosas que no comprendía antes de la muerte», declaró. Wilkins relató que le habían amputado la pierna y que murió desangrado algunos días después. («Los cirujanos no ligaron bien las arterias»). Cuando Caleb se encontró en el cielo con su hermano y se vio a sí mismo, afirmó que «este no es mi cuerpo […] perdí una pierna, pero este cuerpo es perfecto».28

Su hermano, ya iniciado en la muerte, le explicó a Caleb que lo que estaba viendo era su cuerpo espiritual. Su «pie y su pierna espiritual» eran perfectos, y el dolor que sintió tras su amputación en su pie ausente había sido consecuencia de la separación entre los apéndices materiales y espirituales. «La repentina separación de la pierna espiritual de la mortal causó dolor, que duró algunos minutos una vez la pierna material había sido amputada». Su amputación había sido una especie de premuerte, un heraldo de la disyunción entre cuerpo material y espíritu que había de venir. Wilkins y su hermano proporcionaron una útil explicación de la relación entre cuerpo y alma, además de asegurar que ningún hombre, ni tampoco ninguna pierna, se perdían.29

No hay ningún Caleb Wilkins de Indiana, Gilbert Thompson de Alabama o Leander Bolton de Pensilvania en la base de datos de 6,3 millones de registros de los 3,5 millones de soldados que recopiló el Servicio Nacional de Parques con ayuda de las herramientas de nuestra era informatizada. El Banner of Light no publicó la historia de ningún familiar real de sus lectores; tampoco proporcionó detalles precisos de óbitos y enterramientos, el tipo de información que buscaban las familias que acudían en masa a los campos de batalla o inundaban el Directorio de Hospitales de la Comisión Sanitaria con decenas de miles de angustiadas solicitudes. El consuelo del espiritismo radicaba en la promesa de que podía dar respuesta a estas preguntas, aun cuando no las proporcionase de forma inmediata. Habría un fin para la

incertidumbre, quizá mediante el contacto con el mundo de los espíritus, pero de forma definitiva por medio de la reunión en el más allá. El relato inacabado de tantas vidas tendría así una conclusión definitiva.30

El departamento de mensajes del Banner of Light, que continuó publicando comunicaciones de soldados caídos durante más de una década después de la guerra, aseveró a sus lectores que los soldados ni estaban muertos ni perdidos. Seguían siendo sus seres definidos y particulares. Todavía eran, tal como se describían a sí mismos, hombres de dieciocho o veintidós o veinticuatro años, de 180 o 160 o 170 cm de estatura, nordistas o sudistas, negros o blancos, en posesión de su identidad y nombre propios. Y todos trataban de contactar con los que habían dejado atrás para consolarles con la garantía fundamental del espiritismo: «sigo vivo».

Resulta revelador que el reverendo John Sweet utilizara esa misma frase para explicar el sentido de la muerte a la congregación bautista que acudió al sepelio de Edward Amos Adams. Este no estaba enviando mensajes espiritistas desde el mundo del más allá, y Sweet, un devoto pastor bautista, no era en absoluto un médium. Sin embargo, Sweet considera que Adams es uno de los «difuntos parlantes», un hombre cuya existencia y su fin, «una vida y una personalidad que sigue actuando y moviéndose entre nosotros», representaba una innegable inmortalidad. «Aquellos a los que llamamos muertos tienen voces para nosotros» que «nos hablan por medio de las existencias que han vivido». Al igual que los difuntos de los espiritistas, Sweet aseveró que Edward Amos Adams «sigue vivo». Las confesiones mayoritarias compartían muchos de los rasgos confortantes del espiritismo y su promesa de que los muertos continuaban, de forma muy importante, todavía con ellos.31

Las garantías del espiritualismo alcanzaron su más amplia audiencia por medio de la ficción popular. Después de La cabaña del tío Tom, el libro más vendido del siglo XIX fue The Gates Ajar [Las puertas entornadas] de Elizabeth Stuart Phelps. Si la novela de Stowe, como el mismo Lincoln comentó a su autor, contribuyó a causar la guerra, la obra de Phelps ayudó a afrontar sus consecuencias. Menos de veinte años después de su primera edición, en 1868, The Gates Ajar [Las puertas entornadas] había sido reimpresa veinticinco veces. Hubo emprendedores negociantes que vendieron coronas funerarias, cigarros e incluso patentaron medicinas Gates

Ajar. Phelps comenzó a escribir el libro en 1864, cuando tan solo tenía veinte años, en un tiempo, dijo, en el que «el país estaba teñido del negro de las mujeres enlutadas». Aunque el soldado al que amaba había muerto en Antietam, la autora afirmaba que su dolor personal solo era una parte de un ineludible «miasma material» de dolor y aflicción.

Phelps escribió con la finalidad de «decir algo que reconfortase a algunas […] de las mujeres cuyo sufrimiento abarrotaba el mundo». Al mirar treinta años atrás, Phelps recordó que no «pensó tanto en el sufrimiento de los hombres: de los padres, hermanos, hijos». Las personas a las que buscaba consolar era a las mujeres, «las indefensas, numerosísimas, ignoradas mujeres; aquellas a las que la guerra pisoteó, sin poder ni decidir ni protestar». Los hombres habían combatido y muerto, y ahora ya no se podía hacer nada por ellos. Era la victimización y el sufrimiento de las mujeres que continuaban sufriendo lo que atraía su atención. «Durante mucho años –reportó Phelps–, «fui sepultada por las cartas de esas mujeres sufrientes […] muestras de las miserias y de las esperanzas humanas».32

The Gates Ajar presenta el diario de Mary Cabot, una joven que acaba de recibir la noticia de que su hermano Roy ha «muerto de un disparo». Incapaz de aceptar su pérdida o resignarse a la voluntad de Dios, se encuentra al borde de la desesperación cuando recibe la visita inesperada de su tía Winifred. Viuda con una niña pequeña que responde al apropiado nombre de Faith [Fe], Winifred explica a Mary una nueva concepción del cielo, además de asegurarle que se reunirá con Roy, y «no solo para mirarle entre los cantores», como un ángel con un arpa, sino «cerca de mí; de algún modo, para estar tan cerca, o más aún, estaría allí, volvería a ser mío de verdad».33

El pastor de Mary solo le había proporcionado una visión insatisfactoria de un lugar dedicado «a tocar el arpa y a rezar» y a interminables alabanzas a Dios, un lugar «que suprimiría toda individualidad y alegría humana», un lugar por encima de ningún afecto personal. «Me dio brillantes ideas generales, fríos tópicos, vaguedad, irrealidad, un Dios y un futuro que me hacía echarme a temblar». Mary explica de forma diáfana lo que necesita creer: «Quería algo actual, algo placentero, sobre ese lugar al que ha ido Roy».34

Esto es lo que le ofrece Winifred de buena gana. Arpas, coros, túnicas blancas, puertas de perlas, le explicó, no son más que símbolos. No son en absoluto la realidad del cielo. Por el contrario, la vida futura es muy parecida a una tierra ideal, con árboles y montañas, con casas repletas de libros, pianos y cuadros, y con individuos preservados como eran, con el mismo aspecto que tenían en vida, conservando sus mismos cuerpos e identidades. Roy solo está, le explicó Winifred, «fuera de la vista […] no está perdido, ni dormido, ni aniquilado», sino que continúa amando a aquellos que ha dejado.35

Phelps, al hablar por mediación de Winifred, titubea un poco sobre la cuestión del cuerpo y su destino post mortem. «¡Esto es un poco complicado!» admite Winifred. Tras remitirse a las realidades de la ciencia, reconoce que las «nociones populares de la resurrección son simples imposibilidades físicas» y cita como ejemplo el problema del destino material de «dos hotentotes, uno de los cuales convierte al otro en su comida un buen día». Pero, sin resolver tales complejidades inabordables, de gran relevancia en una contienda en la cual las amputaciones eran tan comunes, Phelps se limita a afirmar que se preservará un cuerpo real que puede ser escuchado, y tocado y besado. Tratar de «especular» de qué forma exacta es, concluye, «una pérdida de tiempo».36

La autoridad en la que Winifred y Phelps basan sus afirmaciones sobre la vida después de la muerte no son las Sagradas Escrituras o la ciencia, sino el sufrimiento y el anhelo. Lo que más necesitaban los humanos era lo que un Dios benevolente les procurase. Muy importante en la visión del futuro de Phelps es la continuación del yo, de una identidad que es definida por un cuerpo y un conjunto de relaciones que incluyen tanto personas como objetos domésticos. Tal es la esencia del cielo que The Gates Ajar promete restituir a los que habían perdido a alguien. El cielo es redefinido como una tierra más perfecta: la familia y el ámbito doméstico victoriano devienen inmortales, y la muerte prácticamente desaparece.

Sin embargo, muchos no podían repetir el paso de Mary Cabot de la desesperación a la certeza. El «estado de rebelión interior» de Mary al comienzo de la novela, la firme declaración de que «no estoy resignada», son comunes en los diarios y misivas de personas de la vida real que no podían comprender por qué un Dios benévolo les infligía a ellos –y al

mundo– tamaño sufrimiento. Como se preguntó el poeta y novelista confederado Sidney Lanier: «¿Cómo puede tener Dios el coraje de permitir esto?». El venerable problema de la teodicea –de cómo y porqué Dios permite el mal– se planteó con toda crudeza a los testigos de la devastación de la Guerra Civil. Una solución al dilema era rebajar o ignorar el mal; esta fue en verdad la estrategia de los que negaban los horrores de la muerte y se centraban en los atractivos de un paraíso muy parecido a la Tierra. Si morir no era algo que debía ser temido sino aceptado de buen grado, ya no era necesario cuestionar la bondad intrínseca de Dios.37

Pero había muchos que no podían consolarse con una visión del cielo que trascendía los sufrimientos bélicos, lo cual los llevó a albergar dudas sobre las mismas bases de su fe. En la Confederación, donde uno de cada cinco hombres blancos en edad militar moriría durante la contienda, la creciente cifra de bajas provocó un sufrimiento generalizado y casi insoportable. Catherine Edmonston de Carolina del Norte fue testigo de primera mano de las consecuencias del verano de 1863 en Gettysburg y en Vicksburg. En septiembre de 1863 visitó las casas de ocho vecinos, cada uno de los cuales estaba de luto por un marido, hermano o hijo. Aceptar semejantes pérdidas comenzó a parecer imposible, en particular para mujeres para las que los imperativos de la familia debían estar por encima de los de la política. Resultaba cada vez más difícil limitarse a murmurar «hágase la voluntad de Dios». Susan Caldwell, de Warrenton, Virginia, una localidad situada en el mismo epicentro de la guerra, veía con angustia la «pérdida de nuestros bravos y gallardos hombres» en los numerosos campos de batalla de la región. Pronto se sintió incapaz «de imponerme a mi corazón en rebeldía […] ¡Oh! Cuán difícil es ser sumisa». Los estadounidenses, cada vez más cansados de la contienda, invocaban las pruebas y la paciencia de Job, se recordaban a sí mismos que el Señor «bien lo ha hecho todo»*****, y repetían, con obediencia casi ritual: «He aquí, aunque él me matare, en él esperaré»******. Pero eran muchos los que, como Susan Caldwell, temían «no poder resistirlo más».38

Algunos extraían consuelo no solo de las garantías de un cielo próximo y confortable sino también de visiones de transformaciones sobre la tierra. La muerte no solo sería fácil, sino que también tendría un motivo. Tanto sudistas como nordistas elaboraron relatos de sacrificio patriótico que imbuía a las muertes en combate un sentido trascendental. Los soldados

sufrían y perecían para que la nación –ya sea la Unión o la Confederación– pudiera vivir; los imperativos cristianos y nacionalistas se fusionaban en un ideal redentor de inmortalidad política.

El Discurso de Gettysburg de Lincoln es tal vez el ejemplo mejor conocido de ese tipo de explicación y justificante de la mortandad bélica. Lincoln, con la firme intención de que «esos muertos no hayan muerto en vano», santificó y sacralizó una nación y sus objetivos con bíblicas cadencias, aun cuando apenas mencionó a Dios. En su discurso, los propios difuntos se convierten en actores de significado político y de devoción; actúan incluso mediante su silencio y su anonimidad. Lincoln les inmortalizó al convertirse en la duradera inspiración de una inmortal nación. Al contrario que los «honrosos muertos», la Unión no «perecería de la faz de la tierra». Los óbitos de los soldados, como el sacrificio de Cristo, devenían vehículo de salvación, los medios para una redención terrenal, política.39

La interpretación providencial que Lincoln hizo de la guerra y de sus matanzas reapareció con aún mayor fuerza un año y medio más tarde, cuando tanto el conflicto como su existencia se aproximaban a su conclusión. En su segundo discurso inaugural de marzo de 1865, Lincoln volvió a dar una explicación a la mortandad bélica, pero esta vez era Dios, no el hombre, quien le daba sentido: el Dios justiciero del Antiguo Testamento estaba vengando los pecados del esclavismo. La Guerra de Secesión y sus muertes ya no son un acto de sacrificio, sino de contrición. «Mas, si es voluntad de Dios que esta continúe hasta que cada gota de sangre derramada por el látigo sea retribuida por otra derramada por la espada, entonces, como se decía hace tres mil años, seguiremos afirmando: "Los juicios de Jehová son verdad, todos justos"*******».40

Esta interpretación presidencial de la contienda se remontaba a sus primeros momentos, cuando tanto el Norte como el Sur sostenían que Dios estaba de su lado. Como aseveró un sacerdote sureño, la Confederación sería la nación «que haría Su obra sobre la tierra». Deo Vindice, Dios es nuestro valedor, proclamaba el sello oficial confederado. Pero no fue hasta que fue evidente el enorme precio en vidas humanas cuando se hizo imperativo vincular de forma explícita las bajas bélicas y nociones providencialistas, a fin de dar a tales muertes trascendencia y sentido. Como explicó el obispo de Georgia Stephen Elliott en un sermón de 1864: «Derramar tanta sangre como la que

hemos vertido en esta contienda en nombre de la mera independencia, por la vanidad o el orgullo de tener una existencia nacional separada, sería injustificable ante Dios y los hombres. Debemos tener propósitos más elevados que esos». Los difuntos y los costes de la guerra estaban cambiando y amplificando la interpretación de su finalidad.[41]

Mas, como remarcó el segundo discurso inaugural de Lincoln, pronunciado en vísperas de la victoria, Dios «tiene sus propósitos» y hace sus propios juicios. Sería Él, no los yanquis o los confederados, quien definiera los límites de su providencia. Los dos bandos de este terrible conflicto «leen la misma Biblia y rezan al mismo Dios, y cada uno invoca su ayuda contra el otro […] las preces de ambos no podían obtener respuesta». Los éxitos nordistas y la derrota sudista, como no podía ser de otro modo, alteraron las explicaciones de la guerra y su mortandad. Los nordistas vieron reforzada su convicción de que tantas vidas perdidas no habían sido en vano, así como su idea de una misión nacional; los confederados se enfrentaron a lo que, para muchos, fue una profunda prueba de fe.[42]

Poco más de tres meses después de Appomattox, el sacerdote y teólogo nordista Horace Bushnell celebró la victoria del Norte situando a los muertos y su sacrificio en el centro de los logros de la contienda. Los caídos, declaró, eran «el precio y el dinero pagado por nuestro triunfo». Se recibe aquello que se ha pagado, era lo que se deducía de su oración; tan solo el coste de la contienda podía garantizar su impacto transformador. Verter sangre, aseveró, era necesario para los expansivos –y onerosos– propósitos de Dios para Estados Unidos; «en esta sangre nuestra unidad queda cimentada y santificada para siempre». La interpretación de Bushnell de la guerra y de su sentido se enmarcaba en el relato cristiano de redención por el sufrimiento. La muerte no era duelo, sino instrumento y sustancia de la victoria.[43]

Iniciado el conflicto, el primer domingo tras la derrota de la Unión en la Primera batalla de Bull Run, Bushnell impartió un sermón titulado «Reveses necesarios» donde reclamaba la necesidad de poner a prueba la firmeza y devoción de la nación. Cuatro años más tarde, pudo afirmar que los Estados Unidos habían superado el examen. El sufrimiento bélico había hecho que «ya no somos el mismo pueblo que éramos, y nunca volveremos a serlo». Se había consolidado una nueva idea de nación como encarnación del designio de Dios, obtenida a cambio de «nuestros acres de muertos». Esto era así,

porque, al igual que la cristiandad, la historia «debe alimentarse con sangre». Ahora podía afirmarse que los Estados Unidos «ya tienen historia propia». La nación ya no era «una mera creación de nuestra voluntad humana, sino una entidad moral de superior grandeza». Sus propósitos habían pasado a ser los propósitos de Dios. «Consagrados», por «ríos de sangre», los Estados Unidos asumían su destino de nación redentora. «El gobierno es ahora el de la Providencia».

La «dolorosa ofrenda» de los caídos de la guerra habían «adquirido un capítulo de historia realmente excepcional». Y la sangre vertida para cumplir el designio de Dios de libertad, emancipación y nacionalidad de inspiración divina, era, remarcó Bushnell, tanto negra como blanca, entregada en Fort Pillow y en Fort Wagner, en Fredericksburg, Gettysburg y Shiloh.44

Bushnell concluye su oración con una alusión al destino manifiesto de expansión nacional, impulsado en gran medida por la necesidad de compensar las pérdidas de la contienda. Existía la necesidad, enfatizó Bushnell, «de concluir y reparar esta gran tragedia de forma que se justifique hasta la última gota de sangre derramada». Al igual que el obispo confederado Stephen Elliott, el sacerdote nordista también aspiraba a «propósitos más elevados» para compensar la efusión «de tanta sangre». La destrucción bélica requería ensanchar sus aspiraciones. «Nuestro propósito también ha de ser, cuando lo determine Dios –concluyó–, ser los campeones […] del derecho de todo este continente de ser un mundo americano, con sus leyes, libertades e instituciones americanas».45

Bushnell hablaba desde el bando vencedor. También podemos sospechar que hablaba con tanto entusiasmo de verter sangre porque había pasado la guerra en Connecticut, lejos de los campos de batalla «ennegrecidos por los muertos» que describió. Mas la Providencia le había favorecido, por lo que ahora podía afirmar que los propósitos de esta eran los suyos. Sus muertos, los caídos nordistas, tenían explicación, formaban parte de un propósito y de un plan más elevado. Sin embargo, al Sur derrotado le era imposible dar sentido a sus terribles pérdidas.46

A medida que la Confederación se iba desmoronando, algunos sudistas blancos «indicaron abiertamente –reportó una mujer–, que si nuestra causa fracasa, perderán toda fe en un Dios que responde a las plegarias». De

hecho, el poeta confederado Henry Timrod, sugirió en «Ethnogenesis», su celebración del nacimiento de la nación sudista, que «poner en duda el triunfo revelaba falta de confianza en Dios». En ese caso, ¿qué significación tenía la derrota final? ¿Se podía confiar en Dios? La rendición hizo que los sacrificios bélicos parecieran carecer de sentido; las vidas perdidas no tendrían compensación; los padres, hermanos e hijos sureños no habían perecido para que la nación pudiera vivir.47

Incluso a los más devotos les resultó muy difícil aceptar la derrota y dar sentido a las matanzas. El presbítero de Carolina del Norte observó en el otoño de 1865 que «la fe de numerosos cristianos ha sido perturbada por este misterioso e inesperado designio de la divina Providencia». Como reconoció el líder bautista Samuel Ford, «"Dónde está Dios" es la angustiada pregunta de todos los corazones […] ¿Existe Dios? Se preguntaban muchos, muchos más». La virginiana Mary Lee se sentía «como una nave sin piloto ni brújula». No veía ningún Dios al timón.48

Ciertos creyentes, como el editor presbiteriano John Adger, recordaron a sus compatriotas sudistas lo mismo que los sacerdotes habían reiterado durante cuatro años de ordalía bélica: Dios mortifica a aquellos a los que ama. La derrota no era más que una prueba más que soportar con la paciencia inquebrantable de un Job ante el castigo divino. «¡Sí! La mano de Dios, misericordiosa pero dura, ha caído sobre el Sur por su indisciplina». En Richmond, el reverendo Moses Drury Hoge confesó que la derrota «me envuelve como un paño mortuorio». Pero tenía la firme intención de no «murmurar» contra Dios y «esperar los designios de su Providencia».49

Muchos consideraban que ya habían aguantado lo suficiente. Después de Appomattox, Grace Elmore de Carolina del Sur escribió desesperada: «No sé cómo soportarlo. No puedo resignarme», y reconoció que «surgirán duros pensamientos contra mi Dios». Grace había perdido a dos primos en la guerra, había tenido que recibir en su propia casa a los invasores yanquis, y había sobrevivido al incendio de Columbia con «llamas delante, detrás y alrededor de nosotros». Le resultaba muy difícil encajar su experiencia en el relato cristiano de sufrimiento y redención, pues, ahora que la resurrección del estado confederado era casi imposible, no veía esperanza alguna de salvación. «Noche y día, en cada momento de quietud –escribió–, trato de comprender el sentido de este horrible hecho, de hallar la verdad en el fondo

de esta oscuridad impenetrable […] ¿Acaso Dios nos ha olvidado?». Viuda, sin casa y en la miseria, Cornelia McDonald de Virginia compartía la sensación de abandono de Elmore. Se describe estirada inmóvil en un sofá durante «espantosas horas de incredulidad y desespero». Sin embargo, poco a poco fue recordando la misericordia de Dios, por lo que tomó la resolución de volver a confiar en él a pesar de su aflicción.50

Al igual que McDonald, la mayoría de los antiguos confederados reprimieron sus dudas y retornaron a las creencias religiosas y a la observación de sus ritos. En los años posteriores a la Guerra de Secesión las iglesias del Sur experimentaron un espectacular crecimiento, lo cual puso los cimientos para la consolidación en el territorio, durante el siglo XX, del cinturón de la Biblia. Sin embargo, hubo numerosos sudistas blancos que continuaron sintiéndose, por usar las palabras de Mary Lee, perplejos por los caminos inescrutables de Dios, que les había infligido tanto dolor. El culto de la Causa Perdida y la celebración de la memoria confederada que emergió durante las décadas siguientes eran, en buena medida, un intento de reafirmar que los centenares de miles de jóvenes vidas sudistas no habían perecido en vano. La visión providencialista de los vencedores, de unión y emancipación, ofrecía a los nordistas blancos y a los afroamericanos de toda la nación un relato reconfortante de sacrificio y de misión divina. Pero no todos los estadounidenses estaban satisfechos con esa justificación del precio de la contienda. Era difícil olvidar los horrores de la batalla y la magnitud de sus matanzas. La fuerza de las pérdidas sufridas hizo que numerosos creyentes no pudieran abandonar la incertidumbre y las dudas sobre la benevolencia de la divinidad, enfrentándose a profundas cuestiones, y no solo sobre Dios, sino sobre el sentido de la vida y sobre las bases fundamentales de la fe y del conocimiento.

Louis Menand, en su estudio de un grupo de destacados intelectuales de mediados del XIX radicados en Harvard, argumenta que la Guerra Civil no solo «desacreditó las creencias e ideas comunes de la era que la precedió», sino que destruyó «casi toda la cultura intelectual del Norte». Oliver Wendell Holmes júnior, cuyo padre corrió a buscarle después de caer herido en Antietam, era uno de esos hombres. Menand considera que nunca se recuperó del impacto mental de sus vivencias. El joven Holmes se había presentado voluntario para combatir, explica Menand, movido por principios morales, pero «la guerra hizo algo más que hacerle perder tales creencias. Le

hizo perder su creencia en las creencias». Se trataba de algo más que una simple pérdida de fe; era una cuestión tanto epistemológica como de percepción, de cómo comprendemos el mundo y cómo vemos nuestra relación con él.51

Uno de los productos del horror de la Guerra de Secesión fue la proliferación de la ironía, del distanciamiento y la duda en relación con su experiencia. El crítico literario Paul Fussell ha escrito que las guerras siempre engendran ironía porque las intenciones a menudo superan a las circunstancias; los resultados de la contienda son mucho más terribles de lo que podemos imaginar. Esto es, sin duda, cierto para la Guerra Civil, que comenzó con estadistas que se garantizaban mutuamente una victoria casi incruenta. Pero lo cierto es que la respuesta predominante a la inesperada mortandad fue un sentimentalismo rayano a veces en lo patológico. Abundaban las canciones en las que los soldados llamaban a sus madres: «Ven, tu muchacho se muere», o «bendíceme […] porque voy a morir» «un último beso antes de partir», o «hazme sentir un niño solo por esta noche». Las novelas y narraciones compartían la seriedad vehemente de The Gates Ajar. Por otra parte, en el transcurso de la contienda también surgió otro tipo diferente de sensibilidad, a menudo reacción directa a la brecha existente entre las convenciones del sentimentalismo victoriano y la realidad de la guerra industrializada moderna.52

La parodia era una variante de esta respuesta. En el terreno de las tonadas populares, «Madre me confortará» tuvo como respuesta «Madre me zurrará», un enfoque más bien diferente de la vida doméstica. El autor de «Con mi Madre en el cerebro» ridiculizó las incontables baladas sobre la maternidad hilvanando más de una docena de títulos en un tema que se podía cantar a los sones de The Bonnie Blue Flag********:

«It was my Mother's customs», «My gentle Mother dear»;

«I was my Mother's darling», for, I loved my lager beer.

«Kiss me good-night, Mother», and bring me a Bourbon plain–

«Mother dear, I feel I'm dying», with Mother on the brain.53

«Era costumbre de mi madre», «Mi gentil y amante madre»;

«Yo era el favorito de mi madre», pues me encantaba mi cerveza lager

«Dame un beso de buenas noches, Madre» y tráeme un bourbon solo

«Madre querida, me siento morir» con mi Madre en el cerebro.

Mark Twain la emprendió con The Gates Ajar con un «burlesque» titulado «Extracto de la visita al cielo del capitán Stormfield». A comienzos de la década de 1870, Twain le mostró una versión del manuscrito a William Dean Howells, pero este no se atrevió a publicarlo hasta después del comienzo del nuevo siglo y el fallecimiento de su esposa, que no lo aprobaba. Twain se burla de que la novela de Phelps «imaginaba un diminuto cielo de diez céntimos del tamaño aproximado de Rhode Island […] un paraíso lo bastante grande para alojar a una décima parte del uno por ciento de los miles de millones de cristianos que habían muerto durante los últimos diecinueve siglos». El héroe de Twain tenía problemas para manejar sus alas de ángel y chocaba constantemente con los demás. Stormfield también quedaba estupefacto al descubrir que la aplastante mayoría de los ángeles estadounidenses eran, en realidad, indios, no hombres blancos, pues los indios llevaban siglos muriendo en el nuevo mundo y acumulándose en la sección estadounidenses del cielo. Stormfield se sintió incómodo en el paraíso a causa de sus pésimas habilidades aeronáuticas y su condición de minoría. Twain redujo la triste seriedad de Phelps a una cómica absurdidad.54



Published by Chas Magnus, 12 Frankfort St N.Y.

THE DYING SOLDIER.

"OH! DO NOT BURY ME HERE!"

"Air—Dearest May."

By E. Walter Lowe, 19, N. Y. Cavalry.

Oh! bury me not 'neath foreign skies,
Where nought is bright to see,
So far from home, from those whose eyes
Are filled with tears for me;
But bear my body to the spot,
Near where the primrose smiled,
When I play'd 'round our little cot,
A merry, happy child.

Chorus:

Oh! do not bury me here, where all is dark and drear,
But make my grave
Where the willows wave,
And friends can drop a tear.

When first the cry of War arose,
How fast our ranks did swell;
And not a friend did then suppose,
'Twould be the last "farewell:"
Friends pressed me as I took the train,
Tears stood in many an eye:
I thought I'd see Estelle again,
But Oh! I've got to die!

Chorus:

Could I but live to hear it said,
That our blest Flag once more
Waved "Peace" o'er every patriot's head,
And streamed from every shore:
But Oh! life's sun is waning fast,
Death's hand is on my brow,
Farewell, loved ones, each hope is past—
I feel I'm going now!

Chorus:

---

600 Illustrated Ballads, lithographed and printed by
CHARLES MAGNUS, No. 12 Frankfort Street, New York.
Branch Office: No. 520 7th St. Washington, D. C.

Canción El soldado moribundo. The Library Company of Philadelphia.

Ambrose Bierce afirmaba ser un satírico, no un humorista, pues remarcaba la intención sardónica y cáustica de sus relatos y columnas de prensa. «El humor es tolerante, tierno […] su ridículo es una caricia. Las pullas de la sátira piden perdón […] y luego revuelven el arma en la herida». Bierce, criado en una granja del Medio Oeste, donde, según su relato, «teníamos graves dificultades para ganarnos la vida», era el décimo de trece hermanos, todos con un nombre de pila que empezaba por A, hijo de unos padres a los que despreciaba. Se alistó en el ejército de la Unión cuando tan solo tenía dieciocho años. El más importante y prolífico de todos los autores estadounidenses que sirvieron en la Guerra de Secesión, Bierce combatió casi cuatro años, durante los cuales recibió numerosas recomendaciones por su valor, hasta que en 1864 recibió una herida grave en la cabeza en Kennesaw Mountain. Finalizada la contienda se estableció en San Francisco, donde trabajó como periodista. Acosado toda su vida por visiones persistentes «de los muertos y los moribundos», Bierce comenzó a publicar en la década de 1880 obras, de ficción y no ficción, basadas en sus experiencias bélicas. Numerosos críticos consideran sus escritos sobre la guerra los comienzos de la moderna literatura bélica y una de las principales influencias tanto de Stephen Crane como de Ernest Hemingway. Bierce componía semblanzas de la batalla carentes de todo romanticismo, reflejo de su enfoque básico tanto de la escritura como de la vida: «Cultiven el gusto por las verdades incómodas. Y, lo más importante de todo, esfuércense por ver las cosas como son, no como deberían ser».55

La discrepancia inmensa entre las esperanzas que inauguraron la guerra y la experiencia de sus horrores afectó profundamente la visión del mundo de Bierce. Sobrevivir a la contienda le hizo sufrir los tormentos de los «fantasmas de aquel periodo manchado de sangre» y le causó una amargura que derivaba no solo de la pérdida de su inocencia sino también por la impresión de que era uno de los pocos que era consciente del terror y el precio verdadero de la contienda. Se sentía aislado y furioso por la denegación y represión del duelo que caracterizó al mundo de posguerra. La

religión organizada, que consideraba llena de hipocresía y autoengaño, era su pesadilla particular: en su Diccionario del diablo la define como «la hija de la esperanza y del miedo, que explica a la ignorancia la naturaleza de lo incognoscible».56

Los escritos de Bierce sobre la guerra se centran en lo truculento y lo macabro y hacen gala de una transgresión de los convencionalismos, de pensamiento y de representación. En «Lo que vi de Shiloh» publicado en diciembre de 1881, Bierce narra sus recuerdos de la batalla, que son deliberadamente parciales y personales, no heroicos ni arrebatadores. Su obra presenta un marcado contraste con las series conmemorativas de Century Magazine, «Battles and Leaders» [Batallas y Líderes] iniciada a comienzos de la década de 1880 para atender a una numerosa audiencia popular aficionada a la conmemoración y hagiografía de la Guerra de Secesión. El ensayo de Bierce incluye una de las más gráficas representaciones de una muerte en combate jamás escritas, en la que yuxtapone horrores sensoriales y morales. El autor dice que llegaron al lugar de los combates del día anterior, donde encuentra

[…] ¿Hombres? Los había de sobra; todos, en apariencia muertos, salvo uno, que yacía cerca de donde había detenido mi sección […] un sargento federal, con numerosas heridas, que en su tiempo había sido un gigante notable. Yacía con el rostro hacia arriba, respirando con boqueadas convulsas y sibilantes que expulsaban densos espumarajos que goteaban por sus mejillas y se acumulaban en cuello y orejas. Una bala había abierto un surco en su cráneo, sobre la sien; el cerebro sobresalía formando bultos que iban cayendo formando hilos y pequeños montones. Ignoraba que alguien pudiera seguir vivo, incluso de esta forma tan insatisfactoria, con tan poco cerebro. Uno de mis hombres, al que tenía por afeminado, me preguntó si podía rematarle con la bayoneta. Conmocionado hasta lo indecible por su despiadada propuesta, le dije que no: era algo inusual, y había demasiada gente mirando.57

Los detalles y el dolor de la muerte se muestran con toda crudeza: pero los convencionalismos prohíben la misericordia –«había demasiada gente mirando»– y califica la verdadera compasión de «despiadada»; la noción de una buena muerte deviene un oxímoron. «La muerte es algo odioso –escribió Bierce en otra de sus obras–. No es pintoresca, ni tiene un lado tierno y solemne […] es una cosa espantosa, terrible en todas sus manifestaciones y expresiones».58

Las muertes –ejecuciones, suicidios, bajas en combate– constituyen el tema central de la obra bélica de Bierce. Es indudable que consideraba a esta, no la gloria o los objetivos políticos, la realidad fundamental de la misma guerra. Como observó Edmund Wilson en Patriotic Gore [Sangría patriótica], la muerte es «el único personaje real» de Bierce. Un soldado es, en opinión de Bierce, un «asesino», un hombre «que se dedica a matar a otros hombres». Sin embargo, la amargura del escritor está lejos de ser una manifestación de falta de sentimiento, como indica su descripción del sargento moribundo de Shiloh, a un tiempo aterradora y profundamente compasiva.59

Una de las más poderosas historias bélicas de Bierce narra una noche en la que un «valeroso y eficiente» joven teniente se encuentra con un cadáver. Brainerd Byring ha recibido orden de vigilar el bosque cercano al campamento de la Unión mientras sus camaradas duermen; mientras está solo en el bosque, se encuentra con un cadáver confederado. Hombre sensible, siempre había gustado de la «euforia de la batalla» pero le resulta particularmente desagradable «la visión de los muertos, con sus rostros terrosos, ojos vacíos y cuerpos rígidos, que cuando no estaban anormalmente encogidos estaban anormalmente hinchados». A medida que transcurre la noche, el cuerpo parece moverse. «¿Qué es lo que quiere? –pregunta el soldado–. No parecía que le faltase nada, salvo el alma», observa irónico el narrador.60

Byring recurre a las certidumbres de los hechos y de la razón para combatir la angustia creciente que le provoca su cadavérico acompañante. Se repite mentalmente todo lo que sabe acerca de la historia del trato de los muertos, sobre usos de enterramiento en la antigüedad en Europa y Asia Central, y sobre la sorprendente persistencia cultural de la creencia en lo sobrenatural, que él no comparte. «Supongo que serán necesarias mil épocas –tal vez diez

mil– para que la humanidad supere este sentimiento. ¿Dónde y cuándo se originó?» reflexiona, para controlar su temor. Pero sus reflexiones filosóficas no pueden calmarle: es la muerte, no él, quien controla la situación. Mientras se tranquiliza pensando que las nociones de la «malevolencia del cadáver» no son más que vestigios de un mito arcaico, ve que el cuerpo «¡se mueve visiblemente!». El relato finaliza con el descubrimiento, al día siguiente, de dos cuerpos. Un capitán y cirujano federal descubre un cadáver confederado, ya en descomposición, «horriblemente sajado y apuñalado» pero de cuyas heridas no manaba sangre; el segundo es un joven oficial federal que tiene su propia espada clavada en el pecho. Enfrentado a un cadáver, Byring tiene que aniquilar tanto a la muerte como a sí mismo. Abraza a la muerte, pues es la única forma de superar el miedo que le inspira.61

A Bierce también le inquietaba el papel del superviviente. La guerra le había, observó, «sentenciado a vivir»; los caídos le perseguían a él y a su prosa, del mismo modo que el cadáver confederado perturbaba a Brainerd Byring. Para Bierce, la línea que separa a los supervivientes de los caídos de guerra es borrosa. «Cuando me pregunto a mí mismo –observó en cierta ocasión–, qué ha sido del joven Ambrose Bierce, que luchó en Chickamauga, estoy a punto de responder que ha muerto». La muerte en Bierce, lejos de ser la muerte cristiana, providencial y llena de sentido, es muchas veces una sorpresa que se lanza sobre el lector, como en el cuento de Byring, donde salta sobre su víctima, aun cuando sea, paradójicamente, un suicidio. La noción de que la muerte implique acción o preparativos humanos, los rasgos centrales –y la esperanza– del ars moriendi, es por completo ajena al mundo de Bierce. Por el contrario, es la muerte la que posee el poder –como el cadáver que parece moverse– de reclamar a los vivos. Es en este sentido, señala Wilson, como la muerte deviene el personaje central de Bierce.62

El relato más conocido de Bierce, Un suceso en el puente de Owl Creek ejemplifica la sorpresa de la muerte y la futilidad del hombre. El cuento narra la historia de un espía sudista que está a punto de ser ahorcado. Peyton Farquhar cree haber escapado a su destino, pues la cuerda se rompe y cae al río, con lo que puede huir de los yanquis y regresar a casa con su esposa. Pero su huida resulta ser una fantasía que también engaña al lector. El cuento acaba con Farquhar colgando del puente de Owl Creek. El poder de la ironía de Bierce deriva de insertar no solo al personaje principal sino también al

lector en la brecha que el autor abre entre apariencia y realidad. Al igual que Farquhar, su sorprendido lector también acaba pendiendo del puente.63

Bierce, disidente de la muerte idealizada de su época, partidario de las nociones darwinistas de la naturaleza «de colmillos y garras ensangrentadas», ridiculiza las doctrinas y la autoridad de la religión organizada y no tiene fe alguna en la vida después de la muerte. En su Diccionario del diablo define a los difuntos con rimas irreverentes:

Done with the work of breathing; done

with all the world; the made race run

through the end; the golden goal

attained and found to be a hole!64

Dícese de lo que ha concluido el trabajo de respirar;

de lo que ha acabado para todo el mundo;

de lo que ha llevado hasta el fin una

enloquecida carrera; y de lo que al alcanzar la dorada meta,

¡ha descubierto que era un hoyo!

La vida después de la muerte que tantos estadounidenses ansiaban ávidos no era el paraíso, sino el vacío de la sepultura. La muerte es «horrenda» y completa en sí misma; no era un momento de paso a otra vida; no era la encarnación o instrumento de una causa patriótica o religiosa. Sin embargo, los difuntos continúan conmoviendo y horrorizando a Bierce, lo cual explica por qué estos continuaban persiguiéndole. Tanto las víctimas confederadas

como las yanquis merecían respetuosa atención: del mismo modo que la muerte define a la vida, los muertos representan el verdadero sentido de la guerra. «Sabemos que estamos vivos, pues con cada bocanada / sentimos el temor y la inminencia de la muerte».65

Herman Melville no compartía la extensa experiencia militar de Bierce, pero también comprendió la pérdida de la inocencia que hizo absurdas las expectativas del inicio. Con cuarenta y dos años en el momento de Fort Sumter, Melville pasó la mayor parte de la contienda en una granja de Massachusetts, tratando de recuperarse del supuesto fin de sus ambiciones literarias provocado por sus fracasos de ventas y crítica de la década de 1850.

A pesar de ello, pudo tener una visión del conflicto gracias a la participación de familiares próximos. En la primavera de 1864, en vísperas de la campaña de Wilderness, Melville emprendió una gira por los campos de batalla de Virginia. Consiguió una audiencia con Grant y se unió a una incursión de tres días con un destacamento que andaba a la caza del partisano confederado John Mosby. La primavera siguiente, cuando tuvo lugar la rendición de los sudistas, Melville se había embarcado en una empresa literaria nueva y poco común. La guerra sería su objeto, y la poesía su género. Su Battle-Pieces and Aspects of the War [Piezas de batalla y aspectos de la guerra], publicado en 1866, presenta el conflicto en una serie de retazos y fragmentos, no en la forma novelada de sus principales trabajos anteriores. El formato elegido se debía a que, en su opinión, «nadie puede narrar esa pugna» pues incluso «enrevesadas rimas / solo permiten entrever el laberinto de la guerra». Melville es consciente de que la experiencia que ha vivido el país había sido un momento decisivo; el conflicto había sido «un desbarajuste que afectó la base de las cosas». Y, entre las cosas afectadas, figuraban la forma y el lenguaje literario, así como los propósitos y valores humanos.66

Los poemas están organizados en una cronología, no según fueron compuestos, sino de la misma contienda. Comienza por John Brown y el «Conflicto de convicciones» que dio lugar a la secesión, y continúa recorriendo Fort Doneldson, Shiloh, Antietam, Stones River, Gettysburg, Chattanooga, el Wilderness, la Marcha hacia el mar, la caída de Richmond y la rendición de Appomattox. El volumen se abre con la «expectación» de

una juventud ignorante que marcha alegre a la batalla. Melville traza la destrucción de sus esperanzas, la dura instrucción de esos jóvenes que «perecen alumbrados por el resplandor de las salvas». Al igual que en Bierce, en su obra la muerte llega con la ironía de una sorpresa. Una aventura gloriosa emprendida con el entusiasmo y complacencia de un «grupo excursionista» deviene un grupo sumamente distinto: un destacamento de sepultureros. Los jóvenes soldados no habían «ni soñado lo que era la guerra […] la consideraban un simple / flotar a cierto ámbito vernal». Sus expectativas «se saltaron el dolor» de la contienda, pero la batalla y Melville lo restituyeron.67

En el corazón de la indagación poética de Melville radica «el enigma de la guerra», una cuestión que le había inquietado mucho ya antes de que la contienda la propulsara al centro de la conciencia nacional. Al igual que muchos otros estadounidenses de su época, Melville se esforzaba por superar sus dudas sobre la doctrina cristiana, buscaba algo que sirviera de fundamento plausible para una fe tranquilizadora en la inmortalidad. Su amigo Nathaniel Hawthorne informó en 1856 de que Melville «ni puede creer, ni se siente cómodo en su escepticismo», pero, frustrado por su indecisión, «se había hecho a la idea de su aniquilación». Este asunto estaba lejos de haberse resuelto cuando el estallido de la conflagración dio nueva preeminencia a la muerte, tanto en el ámbito privado como en el público. El crítico literario Daniel Aaron considera que su Battle-Pieces fue la continuación de las investigaciones de Melville sobre esta cuestión, «un constante debate entre la fe y el escepticismo».68

Después de 1861, la aniquilación asumió un sentido diferente. Melville retrata sin tapujos la textura de la destructividad de la guerra: en el Wilderness, los soldados hallaban «un cráneo tras otro» y «zapatos llenos de huesos» verdes y putrefactos; eran los restos de los caídos insepultos de las campañas del año precedente. «Pocas serán las exequias» pues los rituales que dignifican la muerte son abandonados en aras de las exigencias siniestras de la matanza militar. Gloria, plumas, bandas, estandartes, devienen irrelevantes: los hombres no son más que operativos, engranajes de una maquinaria de destrucción, pues la misma guerra ha sido modernizada e industrializada, y su vívido símbolo es la supremacía y el «fragor de yunques» de los buques acorazados.

No passion; all went on by cranck,

pivot and screw,

and calculations of caloric.69

No hay pasión; todo funciona por engranajes,

pivotes y tornillos,

y cálculos de calor.

La propia muerte se convierte en la finalidad de la contienda, el producto de su maquinaria industrializada; ya no hay trascendencia o propósitos gloriosos; nordistas y sudistas yacen entremezclados «sin que les importe ya fama o patria». Ahora, comprenden que su juvenil celo por la batalla ya no podía reemplazar –«¡nada como una bala para desengañar!»– la piedad y la pompa bélica, ahora deshecha. Los difuntos han descubierto la respuesta al enigma que Melville no puede saber, el enigma «el cual solo las víctimas / pueden resolver». Desde un inicio tan inocente, la guerra les proporciona un conocimiento definitivo que incluso los supervivientes ignoran. Los vivos continúan sumidos en la incerteza.70

En Amherst, Massachusetts, Emily Dickinson, quien rara vez abandonaba la casa de su padre, vivió aun más alejada de la guerra que Melville. Pero también experimentó la sensación de disyuntiva irónica entre realidad y apariencia, expectativas y experiencia. «Quizá la perspectiva sabe a retrospectiva», escribió al comienzo de la contienda Emily Dickinson, en un texto que comparte el concepto de siniestra revelación que estructura las Battle-Pieces de Melville.

My Triumph lasted till the Drums

had left the Dead alone

and then I dropped my victory

and chastened stole along

to where the finished faces

conclusion turned on me

and then I hated Glory

and wished myself where They.

Mi Triunfo duró hasta que los Tambores

habían dejado a los muertos solos.

Y entonces dejé caer mi Victoria

y desengañada escarmenté

donde los rostros difuntos

dirigieron hacia mí su Conclusión

y entonces odié la Gloria

Y yo misma deseé ser Ellos.



Cráneos y huesos insepultos en el campo. Campo de batalla de Gaines's Mill, Virginia. Biblioteca del Congreso.

«La contrición de una bayoneta / nada significa para los muertos», concluye el poema. La conclusión repudia a la premonición; el remordimiento no puede recuperar lo que está «acabado» y por tanto deviene irreversible; es lo que en otros versos la poeta denomina «lista inapelable» de caídos. Dickinson denuncia la inconmensurabilidad de la victoria y su coste humano. Sentenciada, como Bierce, a la culpabilidad y a la gloria del superviviente, tampoco puede escapar. La ironía radica en la destrucción de

la inocencia y la ignorancia de las expectativas, así como en la misma noción del duelo como una aniquilación sin remedio, en lugar del sacrificio redentor del compromiso cristiano.71

Emily Dickinson es una poeta celebrada por su inquietud por la muerte. Aunque, curiosamente, la mayoría de los críticos literarios rechazan cualquier vínculo entre su obra y la Guerra de Secesión, pese a que escribió casi la mitad de su obra, a una media de cuatro poemas semanales, durante esos años. Dickinson ha sido presentada como una reclusa, aislada del mundo real y de sus tribulaciones. No obstante, sus trabajos están cargados de lenguaje bélico –el vocabulario que veía en los cuatro diarios que llegaban de forma regular al hogar familiar. Campañas, cañones, balas de fusil, proyectiles, artillería, soldados, munición, banderas, bayonetas, caballería, timbales y trompetas son imágenes recurrentes en su poesía.72

Durante el segundo año de la contienda, Dickinson inició uno de los intercambios epistolares más importantes de su vida, con un hombre al que denominaba su «preceptor»: Thomas Wentworth Higginson. Emily comenzó a cartearse con él en respuesta a un ensayo que Thomas publicó en el Atlantic Monthly de abril de 1862 sobre los aspirantes a escritores. Mas Higginson era algo más que un hombre de letras. Abolicionista de larga trayectoria, aceptó el mando de un regimiento de soldados negros, con los que partió hacia Carolina del Sur a comienzos de 1863. Aunque no lo conocería en persona hasta 1870, Dickinson temía el dolor que le podría causar si le perdía en combate. «Podría Usted, con honor, evitar la muerte, os lo ruego, señor, pues ello afligiría a Vuestro Gnomo».73

Dickinson sabía lo que era el duelo, pues la contienda ya se había llevado a ciudadanos de su unida comunidad de Massachusetts. La muerte de Frazer Stearns, hijo del presidente del Colegio de Amherst, caído en New Berne, Carolina del Norte, en marzo de 1862, sumió a toda la comunidad en el dolor. Emily escribe que su hermano Austin estaba «completamente estupefacto» a causa de la noticia de la desaparición de su amigo. Ella había visto cabalgar al joven Stearns por Amherst con su espada y rodeado de sus camaradas, y ahora «las muchedumbres acudían a despedirle, los coros cantaban para él, y los pastores nos explican cuán valeroso era […] y la familia inclinó la cabeza, como cañas que el viento agita». Su temor a la

suerte que pudiera correr Higginson se debía a que había vivido de forma muy directa el coste de la contienda.74

Es probable que Emily Dickinson se interesase por la cuestión de la muerte mucho antes del estallido del conflicto, pero la conflagración nacional le proporcionó un nuevo lenguaje y un nuevo contexto con el que reflexionar sobre su significado. En sus escritos a Higginson sobre la guerra, la misma autora reconoce que haber perdido amigos a manos de la muerte le había golpeado «aguda y prontamente» y había creado en ella «un amor quebradizo, más inquietud que paz». Emily consideraba que la guerra situaba su desesperación en una nueva relación con la tristeza de quienes le rodeaban. «El pesar parece ahora más general que antes, desde el inicio de la guerra ya no es propiedad de unas pocas personas; y si los quebrantos de otros fueran de ayuda, serían otras tantas medicinas». La guerra proporcionó a Dickinson un material inagotable para sus reflexiones metafísicas. El valor y sentido de la vida humana, bajo su punto de vista, eran definidos por el coste y la perspectiva de la muerte, de igual modo que la contienda exigía un constante equilibrio entre pérdidas y objetivos. Su poesía aprovecha la mortandad bélica para formular preguntas atemporales, pero sus reflexiones plantean otras cuestiones que también atormentaban a sus mucho menos talentosos coetáneos. Asimismo, Dickinson buscaba comprender el sentido de las matanzas, el precio de la victoria y de la derrota, y las consecuencias de la mortandad bélica para la fe cristiana que conformaba la existencia de tantos estadounidenses.75

Dickinson moraba, según escribió ella misma, «en la posibilidad». Frente a la duda, buscaba el «Paraíso», bases firmes para la fe, signos de inmortalidad que le liberasen de su profunda incertidumbre. Emily se sentía aislada de la comunidad de creyentes; en una misiva a Higginson definió a su familia como «religiosa, excepto yo». Como tantos otros estadounidenses reflexivos de su época, Dickinson lidiaba con las contradicciones entre espíritu y materia y lo que estas implicaban para el cielo y para Dios. La muerte le parecía un «Diálogo entre el espíritu y el polvo», un debate que había quedado detenido en una dolorosa irresolución. Dickinson se pregunta dónde podría hallar el cielo («ando llamando a todas partes») y cómo podría ser la vida tras la muerte («¿Es el cielo un lugar, un cielo, un árbol?»). También especuló con la posibilidad de la inmortalidad corpórea: «Palpé mi vida con ambas manos / para ver si estaba allí». Pero no podía resolver su

incertidumbre y no hallaba consuelo en una «religión / que duda con el mismo fervor que cree». La muerte seguía siendo inexorable.76

All but Death, can be Adjusted–

[…]

Death –unto itself– Exception

Is exempt from Change.77

Todo salvo la muerte, puede arreglarse–

[…]

La muerte, excepción en sí misma,

está exenta del cambio.

Irónicamente, era la muerte, no la vida, la que parecía eterna, pues «perece […] para revivir […] aniquilación recubierta / de inmortalidad». No hay justificación terrenal, ni militar ni política, que equilibre esta pérdida; la victoria no puede compensarla; esta «llega tarde» para los que ya han caído, sus «labios gélidos» están «demasiado cubiertos de escarcha / para tomarlos». Dickinson no se permite liberarse ni escapar hacia una trascendencia o un sentimentalismo fácil. Por el contrario, se enfrenta a la muerte en todo su horror, sus «montañas de gemidos sólidos», y, con sus preguntas sobre su valor y su destino, explora cómo esta cuestiona la presencia y benevolencia de Dios. «Parece vergonzoso estar viva / cuando han muerto hombres tan valerosos». Dickinson, al igual que Bierce, se siente «sentenciada a vivir»; para ella, es evidente que la batalla interna del alma es «de todas las batallas comunes / con diferencia, la Más Grande». Las circunstancias del conflicto nacional ilustraron y objetivaron su turbación

interna y espolearon cuatro años de una extraordinaria productividad poética.78

Los críticos que escribieron sobre Dickinson, Bierce y Melville han identificado en cada uno de ellos características asociadas a la «modernidad». El desafío a la certidumbre es una dimensión importante de esta: cada uno de estos autores se enfrenta a la duda religiosa, y todos adoptan una ironía que refleja la angustia que les provoca el autoengaño y las falsas ilusiones. Los tres buscan, por tomar la palabra de Melville, «desengañar». Pero sus dudas afectan tanto la forma como la sustancia de su obra. Melville recurre a la poesía desde la imposibilidad de la prosa. Como ha escrito Helen Vendler, Melville reconoce que la guerra requiere «un nuevo tipo de lenguaje y rima». No es posible una comprensión completa de esta; cualquier punto de observación solo ofrece, como escribe en «Ejércitos del Wilderness», «retazos» y «pinceladas del laberinto bélico».79

De igual modo, Bierce desdeña todo intento de síntesis u omnisciencia. Solo escribe de «Lo que vi» en Shiloh; en «Un poco de Chickamauga», ofrece de nuevo «lo que yo vi allí». Solo confía en aquello que experimentó de forma directa. Sus relatos breves son como instantáneas. La contienda no puede ser comprendida o comunicada como un gran panorama. Es solo real en el contexto de las vidas –y de las muertes– de los individuos. Esta individualización socava la coherencia de la guerra e ignora todo propósito superior. El Diccionario del diablo de Bierce plantea otra presentación de fragmentos, dentro de una forma que desvirtúa la misma esencia de su género. En lugar de una compilación de significados ordenados, Bierce presenta unas definiciones que desafían –e incluso rechazan– su significado, con burlas e ironía.

La poesía de Dickinson era revolucionaria por su abandono de la orden y la lógica de la forma poética prevalente.

The thought behind, I strove to join

unto the thought before–

But Sequence ravelled out of Sound

like balls –upon a Floor.

El pensamiento queda atrás, me esfuerzo por reunirme

con el pensamiento anterior

pero la secuencia se desliza sin sonido

como bolas sobre el suelo.

Estos versos fueron escritos en 1864. Sus poemas se publicaron de forma póstuma. Caracterizados por sus discontinuidades, fueron atacados sin cuartel por los críticos, que deploraron su gramática y sintaxis. Mas la crítica contemporánea ve en tales características la expresión de las dudas de Dickinson sobre las bases del entendimiento y la coherencia. Shira Wolosky ha argumentado que la poesía de Dickinson desafía «el conjunto de la cuestión del sentido lingüístico y del sentido en general». Se trata de una crisis de lenguaje y epistemología tanto como una crisis escatológica. No solo se trata de si existe un Dios y si podemos saberlo, sino si podemos saber o comunicar cosa alguna.80

Los poemas de Dickinson no se imprimieron hasta tres décadas después de la Guerra de Secesión; de las Battle-Pieces de Melville, editadas en 1866, se vendieron unos quinientos ejemplares; Bierce era conocido como periodista, pero no comenzó a publicar sobre la guerra hasta casi veinte años después de Appomattox. La importancia de la visión de estos autores sobre la destrucción bélica no radica, por tanto, en su influencia sobre el pensamiento popular. Tampoco pueden ser considerados representantes de unas opiniones compartidas por muchos. No obstante, sus escritos nos muestran un punto del espectro de posibles reacciones a la crisis de creencias que la contienda suscitó en los Estados Unidos de mediados del siglo XIX. Dickinson, Melville y Bierce transformaron su necesidad de dar sentido a la conflagración nacional en preguntas amplias e insistentes sobre los

cimientos de la religión y del entendimiento humano. Cada uno de estos autores ha sido considerado un punto de tránsito en la ruta hacia el desencanto moderno asociado a la conflagración, aún más destructiva, que estallaría en 1914. Aunque esa misma conexión con el futuro revela la tenue relación de cada uno de estos autores con la visión y las ideas predominantes de épocas anteriores. Aun así, la Guerra de Secesión contribuyó a la capacidad de cada uno de tales autores de ver el mundo en el marco y las imágenes que hicieron posible su obra. Y, al cartografiar los confines de la incertidumbre, Dickinson, Melville y Bierce ayudaron a delinear la topografía general de la fe y el descreimiento que nació de la contienda. Por otra parte, resulta impresionante ver que un gran número de estadounidenses ordinarios también expresaron su concepción de fracaso del conocimiento y del entendimiento.

Oliver Wendell Holmes júnior calificó de «incomunicable» la experiencia de la contienda. Sus compañeros de armas sintieron lo mismo y llenaron sus cartas y diarios con aseveraciones de su incapacidad de describir lo que habían visto. «El lenguaje no puede expresar en modo alguno la imagen verdadera como era en realidad», escribió el confederado Reuben Allen Pierson a su padre tras la batalla de Gaines’s Mill. La redundancia de la frase enfatizaba tanto la fuerza como la inaccesibilidad de su experiencia. Describir Chickamauga, escribió en su diario James Suiter del 84.º de Illinois, «sería una absoluta imposibilidad». Daniel Holt, cirujano de la Unión, definió la batalla como «indescriptible» en su horror. John Casler, de la Brigada Stonewall, no tenía palabras para explicar a sus padres su primera experiencia de combate: «Soy incapaz de describir la escena. Desafía toda descripción». Al igual que Melville, los soldados vieron que la guerra era inenarrable.81

Las enfermeras y trabajadoras de las organizaciones de auxilio respondían al sufrimiento del que eran testigos con similar incapacidad verbal. En 1862, Cordelia Harvey escribió desde Tennessee al Wisconsin State Journal de Madison: «Hay momentos en los que el significado de las palabras parece desvanecerse; en los que nuestro lenguaje es incapaz de expresar la realidad. Nunca comprendí mejor este hecho que al intentar retratar el sufrimiento, tanto mental como físico, que he presenciado los últimos diez días». La confederada Kate Cumming reaccionó en términos casi idénticos al entrar en las salas del hospital: «No creo que existan en nuestro vocabulario palabras

lo bastante expresivas para presentar las realidades de tan lúgubre escena». La aflicción desbordaba al lenguaje y al entendimiento.82

No podían explicar la experiencia bélica, pero tampoco podían escapar de ella. «Una batalla es indescriptible –escribió después de Fredericksburg un capellán de la Unión–, pero, una vez vista, perseguirá a un hombre hasta el día de su muerte». Al igual que Bierce, quien se declaraba poseído «por la visión de los muertos y de los agonizantes», numerosos testigos de la Guerra Civil no podían exorcizar los fantasmas de la guerra y los transformaron en reconfortantes relatos religiosos o patrióticos de sacrificio redentor. Continuaron siendo retazos, fragmentos, «visiones», no relatos, de efecto visual, no explicativo.83

La mortandad de la Guerra de Secesión transformó las dudas incipientes de mediados del XIX en una crisis de fe que llevó a numerosos estadounidenses a redefinir o incluso abandonar su fe en una deidad benevolente y receptiva. Mas los caídos y la devastación de la Guerra Civil también plantaron las semillas de una duda más profunda sobre la capacidad humana de conocer y de comprender. En un entorno en el que el hombre cada vez se diferenciaba menos de los animales, la incapacidad del lenguaje, una característica humana en exclusiva, representó un nuevo asalto a los cimientos del yo. La Guerra de Secesión llevó a numerosos estadounidenses a preguntarse con urgencia renovada: «¿Qué es la muerte?». Y, al intentar responder a esta cuestión, comenzaron a preguntarse: ¿Por qué la muerte, qué es la vida y qué podemos aspirar a saber? Todavía hoy nos seguimos haciendo las mismas preguntas.

NOTAS

1. Sweet, J. D., 1864, 6, 4, 5.

2. La cita de Carwardine y las estadísticas eclesiásticas en Noll, M. A., 2006, 12.

3. Lyell, C., 1830-1833; Darwin, C., 1859. Sobre la crítica bíblica, vid. Brown, J. W., 1969; Frei, H. W., 1974; Turner, J., 1985. En plena Guerra Civil, Lyell publicó otra devastadora obra. Vid. Lyell, C., 1863.

4. Sobre el argumento del designio, la obra de referencia es Paley, W., 1802. Dos intentos de reconciliar la ciencia de Darwin y Lyell con la fe religiosa publicados durante la Guerra Civil fueron los del reverendo Williams, E. F., 1865, 11-23 y Goodwin, D. R., 1864, 233-259.

5. Menand, L., 2001, 18. Vid. también Albrecht, R. C., 1965, 21-34.

6. Sweet, J. D., op. cit., 7; Poindexter, A. M., 186-; G. A. A. Riggs, diario, 14 de agosto de 1864, CAH.

7. Schantz, M., «The American Civil War and the Culture(s) of Death», artículo inédito; Christian, W. H., 186[?], 3; La señora Hancock, en North Carolina Presbyterian, 4 de agosto de 1862, 149; Faust, D. G., 1992a, 98-99.

8. Jestin Hampton a Thomas B. Hampton, 7 de julio de 1864; Thomas B. Hampton a Jestin Hampton, 9 de agosto de 1863, 17 de julio de 1863, 27 de mayo de 1863, todas en Thomas B. Hampton Papers, CAH.

9. Thomas B. Hampton a Jestin Hampton, 15 de octubre de 1863; Jestin Hampton a Thomas B. Hampton, 24 de abril de 1864; ambas en Thomas B. Hampton Papers, CAH.

10. A. S. Collins y H. Collins a Jestin Hampton, 21 de marzo de 1865; Obituario de Thomas B. Hampton [marzo de 1865]: los dos en Thomas B. Hampton Papers, CAH.

11. Ariès, P., 1981, 557-601 y 1974.

12. «My God! What Is All This For?», Wolf C116, American Song Sheets Collection, LCP.

13. «Battle of Winchester» de Gerry, E., Wolf 108; «Tell Mother, I Die Happy», letra de C. A. Vosburgh, música de Jabez Burns, New York, Charles Magnus, s. f., Wolf 2290. Vid. también «Shall We Know Each Other There?», Wolf 2081, «Our Southern Dead», Wolf C130, E. Walter Lowe,

«The Dying Soldier» (New York, Charles Magnus, s. f.), Wolf 5486; L. Katzenburger, «The Dying Confederate's Last Words», Wolf C49, «Oh! Bless Me, Mother, Ere I Die», Wolf 1653, todo en American Song Sheet Collection, LCP.

14. M'Creery, J. L., 1863: «There Is No Death», Arthur's Home Magazine 22 (julio), 41.

15. Swedenborg citado en McDannell, C. y Lang, B., 1988, 186. Vid. Brock, E. J. (ed.), 1988. Agradezco a James Kloppenberg y Trygve Throntveit su ayuda con Swedenborg. Sobre el cielo, Vid. también Russell, J. B., 2006.

16. Moorhead, J. H., 1984, 458-459. Emerson, R. W., 1965, 155.

17. Emily Dickinson a Fanny Norcross y Loo Norcross, abril de 1861, en Todd, M. L. (ed.), 1894, vol. 2, 237. Dickinson citada en Wolosky, S., 1984, 44; Emily Dickinson, «Nunca me sentí en casa –aquí abajo–», #413, en Dickinson, E., 1960; McDannell, C. y Lang, B., op. cit., 228; Daily South Carolinian, 24 de abril de 1864; Paludan, P. S., 1996, 367; Harper's Weekly, 5 de diciembre de 1863, 784; poemas de Harper's New Monthly Magazine : 26 de febrero de 1863, 384 y 29 de octubre de 1864, 584.

18. Patterson, R., 1877; Harper's Weekly, 5 de diciembre de 1863, 784; Branks, W., 1864. El libro tiene un total de veinticinco capítulos, divididos en tres partes. La segunda parte es «Reconocimiento». Rebecca Gratz a Ann Boswell Gratz, 12 de septiembre de 1861, en Philipson, D. (ed.), 1929, 427. Respecto al cielo y los judíos, vid. Harbaugh, H., 1865, 85-105.

19. Sargent, E., 1875.

20. Cox, R. S., 2003, 169; Diario de James Henry Hammond, 13 de diciembre de 1853, James Henry Hammond Papers, SCL; vid. Faust, D. G., 1977, 66-67. Ann Braude demuestra el estrecho vínculo existente entre espiritualismo y feminismo en su obra Radical Spirits: Spiritualism… de 1989. Sobre la cifra de espiritistas, la North American Review estimó un mínimo de dos millones en 1855; Harriet Beecher Stowe pensaba que en 1869 había entre cuatro y cinco millones; Emma Hardinge, escritora

espiritista, estimó once millones en 1870. Introducción de Nina Baym en Phelps, E. S., 2000b, ix.

21. Baker, J. H., 1987, 218-220, 221; «Lincoln's Attendance at Spiritualistic Seances», Lincoln Lore, 1963, n.º 1499 (enero Bowditch), 1-4; la parte II en Lincoln Lore, 1963, n.º 1500 (febrero), 1-2; «My Child», de Pierpont, J., s. f.; Bowditch, H. I., 1865, 49; Carroll, B. E., 1997, 16-34.

22. Cox, R. S., op. cit. , 176.

23. Sargent, E., 1869. «Entretenimiento de moda» del panfleto «The Boston Planchette», American Antiquarian Society, Worcester, Massachusetts, reproducido en Braude, A., op. cit., fig. 5, 114 y siguientes.

24. Laurence Moore, R., 1977, 38; Sargent, E., 1881, 346; Edmonds, J. y Dexter, G. T., 1853, 360; Sargent, E., 1869, 279.

25. «The Second Death», 19 de octubre de 1861, 6; «Message Department», 26 de abril de 1862, 6; 31 de mayo de 1862, 6; 2 de julio de 1864, 1; y, 13 de diciembre de 1862, 6. Todos en Banner of Light.

26. Banner of Light, 26 de abril de 1862, 6.

27. Ibid., 19 de septiembre de 1863; 16 de julio de 1864; y, 10 de mayo de 1862; todas en la página 6 .

28. Banner of Light, 29 de agosto de 1863, 6.

29. Ibid. Vid. el relato ficticio de una reunión espiritista de un amputado y sus miembros de Weir Mitchell, S., 1866, 1-12.

30. National Park Service, Civil War Soldiers and Sailors System, Names Index Project, disponible en [https://www.nps.gov/civilwar/soldiers-and-sailors-database.htm]. Los datos introducidos provienen de las tarjetas de índice general de los registros compilados de servicio militar disponibles en los archivos acionales.

31. Banner of Light, 31 de mayo de 1862, p. 5; Sweet, J. D., op. cit., 11, 12, 3.

32. Phelps, E. S., 1896, 96, 97, 98, 127, 128; introducción de Helen Sootin Smith, en Phelps, E. S., 1964, xxxiv. Vid. St. Armand, B. L., 1977, 55-78; Douglas, A., 1974, 496-515; Long, L. A. , 1997, 781-811; y, Kessler, C. F., 1982.

33. Phelps, E. S., 2000a, 5, 32. Vid. el «burlesque» que hizo Mark Twain de The Gates Ajar, tal vez el testimonio definitivo del impacto cultural de esta novela: extractos de Captain Stormfield's Visit to Heaven (1909).

34. Phelps, E. S., 1964, 41, 110, 42.

35. Ibid. , 50.

36. Ibid. , 65, 64.

37. Ibid. , 10-11.

38. Edmondston, C., 1979, 461; Welton, J. M. (ed.), 1991, 240, 241; Diario de Clara Solomon, entrada del 7 de junio de 1861, Universidad del estado de Luisiana; diario de Anne Darden, entrada correspondiente al 20 de julio de 1861, North Carolina Department of Archives and History. Vid. Faust, D. G., 1996, 190-195. Sobre Job y «aunque él me matare», vid. Hoge, P. H., 1899, 235-237.

39. Lincoln, A., 1989a, 536.

40. Ibid. , 1989b, 686-687.

41. Elliott, E., 1863a, 17; Ibid. , 1864, 20. Sobre el providencialismo, vid. Noll, M. A., op. cit. , 75-94. Sobre religión y nacionalismo, vid. Faust, D. G., 1988, 22-40. Gracias a Katy Park por su ayuda con el latín.

42. Lincoln, A., op. cit. , 687.

43. Bushnell, H., 1881, 322, 327.

44. Ibid. , 1861; Ibid. , 1881,331, 333, 332, 341, 353. Vid. Clebsch, W. A., 1961, 212-222.

45. Bushnell, H., op. cit. , 350; Elliott, S., op. cit., 20; Bushnell, H., op. cit. , 355. Vid. también Ibid. , 1866.

46. Ibid. , 1881, 353.

47. Harris Gay, M. A., 1892, 195; «Ethnogenesis», de Henry Timrod disponible en [https://www.britannica.com/topic/Remembering-the-American-Civil-War-1763580/Henry-Timrod-Ethnogenesis#ref1109897]; también citado en Malvina Waring, «A Confederate Girl's Diary, March 9, 1865», en Mrs. Thomas Taylor et al. , 1903, vol. 1, 280.

48. El presbítero y Ford citados en Stowell, D. W., 1998a, 26-27; diario de Mary Greenhow Lee, 15 de abril de 1865, WFCHS.

49. Adger, J., 1866, 410, citado en Noll, M. A., op. cit. , 78; Hoge, P. H., op. cit. , 235-237, citado en Stowell, D. W., 1998a, 40.

50. Elmore, G. B., 1997, 119, 99; Peake McDonald, C., 1992, 241.

51. Menand, L., op. cit. , x, 4. Vid. Holmes Jr., O. W., 1969. El estudio pionero de estas cuestiones fue el libro de G. M. Fredrickson de 1965.

52. Fussell, P., 1975, 7; «Mother, Come Your Boy Is Dying» [partitura] (New York, H. DeMarsan, s.f.); «Bless Me, Mother, Ere I Die» (New York, H. DeMarsan, s.f.); «Who Will Care for Mother Now?» (New York, Charles Magnus, s.f.); «Rock Me to Sleep, Mother», en A Storm in the Land: Music of the 26th North Carolina Regimental Band, C.S.A. (New York, New World Records, 2002).

53. «Mother Would Comfort Me» (New York, H. DeMarsan, s. f.), Wolf 1472, letra y música disponible en freepages.music.rootsweb.com/&edgmon/cwcomfort.htm ; «Mother Would Wallop Me» (New York, H. DeMarsan, s. f.), Wolf 1470; John C. Cross, «Mother on the Brain» (New York, H. DeMarsan, n. d.), Wolf 1473, todos en la American Song Sheet Collection, LCP. Vid. ediciones sureñas: «Who Will Care for Mother Now?» (Macon and Savannah, Georgia, J. C. Schreiner & Son, 186–); «Rock Me to Sleep, Mother» (Richmond, Virginia, C. Nordendorf, 1863); «Mother, Is the Battle Over?» (Columbia, Carolina del Sur, B. Duncan, 1863).

54. Twain, M., 1909 .

55. Bierce citado en Morris Jr., R., 1996, 182; Bierce citado en Aaron, D., 1973, 183; Bierce citado en Morris, Jr., R., op. cit., 137. Vid. Cohen, L., 1999, cortesía de Lara Cohen; Davidson, C. N., 1984 y 1982.

56. Bierce citado en Morris, Jr., R., op. cit., 205; Duncan, R. y Klooster, D. J. (eds.), 2002; Bierce, A., 1999, 161.

57. Bierce, A., 2002, 103.

58. «A Tough Tussle» de Ambrose Bierce, en Hopkins, E. J., comp., 1970, 39.

59. Wilson, E., 1962, 622.

60. «A Tough Tussle», en Hopkins, E. J., comp., 1970, 39, 41.

61. Ibid. , 41, 43, 44.

62. Bierce citado en Morris, Jr., R., op. cit., 205; Duncan, R. y Klooster, D. J. (eds.), op. cit. , 21.

63. «An Occurrence at Owl Creek Bridge», de Ambrose Bierce, en Bierce, A., 2001, 45-52; Evans, R. C. (ed.), 2003.

64. Bierce citado en Morris, Jr., R., op. cit., 205; Bierce, A., 1999 , 34.

65. Ibid. , 1911, vol. 8, 347.

66. Melville, H., 1995; Melville citado en la «Introducción» de Lee Rust Brown, en ibid. , VIII. Vid. también Warren, R. P., 1967, 799-855.

67. «The March into Virginia», en Melville, H., op. cit. , 23; «On the Slain Collegians», en ibid. , 159. Vid. también Garner, S., 1993; Warren, R. P., op. cit. , 809; Adler, J. S., 1981; Delbanco, A., 2005.

68. Hawthorne citado en Lee Rust Brown, «Introducción» a Melville, H., op. cit., iv; Aaron, D., op. cit . , 88.

69. «Armies of the Wilderness», en Melville, H., op. cit., 101, 102; «A Utilitarian View of the Monitor's Fight», en ibid. , 62.

70. «Shiloh», en ibid. , 63; «Armies of the Wilderness», en ibid. , 103; «Shiloh», en ibid. , 63.

71. Emily Dickinson, «Mi Triunfo duró hasta que los Tambores», #1227, y «Cayeron como copos–», #409 en Dickinson, E., op. cit . Vid. Milder, R., 1989, 173-200; Lee, M. S., 2000, 1124-1128.

72. Higgins, D., 1967; Ford, T. W., 1965, 199. Para una exploración sistemática de la importancia de la guerra en Dickinson, vid. Wolosky, S., op. cit. En su The Unwritten War, Daniel Aaron relega a la Dickinson al suplemento 4, página y media, además de enfatizar la naturaleza personal de su experiencia, pese a que muestra el impacto de la imaginería bélica en su poesía, en las páginas 355-356.

73. Emily Dickinson a Thomas Wentworth Higginson, 8 de junio de 1862, y [s. f.] 1863, en Todd, M. L. (ed.), op. cit. , vol. 2, 304, 310.

74. Emily Dickinson a Fanny Norcross y Loo Norcross, abril de 1862, en Ibid. , 243; Stearns, W. A., 1862, 106. Vid. también Lundin, R., 1998, 122-123. La muerte de otro vecino de Amherst en Antietam, «en la escarlata Maryland» llevó a Dickinson a componer ese mismo año, «Cuando era pequeña, una mujer murió», poema n.º 596 de los poemas completos de Dickinson, E., op. cit.

75. Emily Dickinson a Thomas Wentworth Higginson, [s. f.] 1863, en Todd, M. L. (ed.), op. cit. , vol. 2, 309; Emily Dickinson a Fanny Norcross y Loo Norcross, abril de 1862, ibid. , 243.

76. Emily Dickinson, «Vivo en la Posibilidad–», n.º 657, en Dickinson, E., op. cit.; Emily Dickinson a Thomas Wentworth Higginson, 26 de abril de 1862, en Todd, M. L. (ed.), op. cit. , 302; «La Muerte es un Diálogo entre–» #976; «Al menos – rezar – nos queda – nos queda –», n.º 502; «Rezamos –al Cielo–», n.º 489; «Con las dos manos me palpé la vida», n.º 351; «Nosotros mismos nos sepultamos con dulce burla», n.º 1144, todos extraídos de Dickinson, E., op. cit.

77. «Todos menos la Muerte puede ser Regulado», n.º 749, en Ibid.

78. «El Suspense –es más Hostil que la Muerte–», n.º 705; «La Victoria llega tarde–», n.º 690; «Mi porción es Derrota –hoy–», n.º 639; «Parece una vergüenza estar Vivo–», n.º 444; «La Batalla librada entre el Alma», n.º 594, todos en Ibid. Vid. Farland, M. M., 1998, 364-389. St. Armand, B. L., 1984, la retrata menos dubitativa y más convencional.

79. Vendler, H. , 2001, 262, 265.

80. «I felt a Cleaving in my Mind», n.º 937 de Dickinson, E., op. cit; Wolosky, S., op. cit. , XV. Vid. también Porter, D. T., 1981, 39, 98, 120. Respecto al dictamen de Amy Lowell de que Dickinson era una voz única y «moderna» en la poesía estadounidense decimonónica, vid. Foster Damon, S., 1935, 295. El historiador Michael O'Brien argumenta que el diario de guerra de Mary Chesnut, revisado en la década de 1880 pero que permaneció inédito en vida de su autora, refleja estas mismas tendencias modernistas. Chesnut, una aristócrata surcarolina que sobrellevó la desintegración de su mundo gracias a su ingenio e ironía, se dio a conocer gracias a la aparición a comienzos del siglo XX de versiones expurgadas de sus escritos. No fue hasta 1981 cuando el historiador C. Vann Woodward publicó una edición revisada del manuscrito original de 1880 que identifica esta obra como un constructo –y una reconstrucción– literaria, no una serie de anotaciones diarias en plena contienda. Podemos considerar que la obra de Chesnut tiene mucho en común con la de Bierce, Melville y Dickinson. Chesnut descarta la narrativa a favor de voces y fragmentos, una elección formal que refleja su ausencia de fe: en Dios, en la ciencia, en su sociedad, en sí misma. O'Brien la relaciona como Virginia Woolf y sugiere la existencia de un continuum de duda y desarraigo entre la Guerra estadounidense y la conflagración europea de medio siglo después. O'Brien, M., 1997, 109-131.

81. Holmes Jr., O. W., 1962, 82; Reuben Allen Pierson en Cutrer, T. W. y Parrish, T. M. (eds.), 1997, 101; James P. Suiter citado en Hess, E. J., 1997, 20; Greiner, J. M., Coryell, J. L. y Smither, J. R. (eds.), 1994, 100; Casler, J. O., 2005, 37.

82. Cordelia Harvey, carta desde Memphis fechada el 6 de diciembre de 1862, publicada en el Wisconsin Daily State Journal, 30 de diciembre de

1862, Cordelia Harvey Papers, WHS, disponible en [https://digicoll.library.wisc.edu/WIReader/WER1620-2.html]; Cumming, K., 1959, 15. Vid. el comentario casi idéntico de la enfermera nordista Cornelia Hancock en Hancock, C., 1956, 7. Sobre el carácter inenarrable del sufrimiento, vid. Scarry, E., 1985. En The Great War and Modern Memory (1975), en la página 139 , Paul Fussell describe la incomunicabilidad de la Primera Guerra Mundial y la insuficiencia del lenguaje que generó, al igual que Jay Winter en Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History (1995), en la página 5 . Thomas Leonard escribió sobre la Guerra de Secesión que en algunos aspectos, «su más importante legado […] fue el silencio». Leonard, T. C., 1978, 25. Vid. también Booth, A., 1996, 52, 62.

83. Hedrick, D. T. y Davis Jr., G. B. (eds.), 1995, 44.

---

*N. del T.: Mt, 10, 29. Vid . N. del T. capítulo 4.

** N. del T.: Alusión a la Guerra de Vietnam, en la que los estadounidenses trataron de ganar «los corazones y las mentes» de los vietnamitas.

*** N. del T.: Ez 33, 11.

**** N. del T.: Alusión a una referencia bíblica de Mt 24, 6: «Y oiréis de guerras y de rumores de guerras».

***** N. del T.: Mc 7, 37.

****** N. del T.: Job, 13, 15.

******* N. del T.: Salmos 19, 9.

******** N. del T.: La Bonnie Blue flag, o «hermosa bandera azul» fue un estandarte que enarbolaron algunas unidades confederadas durante los primeros meses de la guerra civil. A su vez, la bandera inspiró al irlandés Harry McCarthy el célebre tema The Bonnie Blue Flag , uno de los temas patrióticos más populares de la Confederación junto con Dixie's Land .

7

RENDIR CUENTAS

«NUESTRAS OBLIGACIONES HACIA LOS MUERTOS»

«El mundo jamás ha sido testigo de semejante consagración a un sentimiento del poder y los recursos de una nación».

Edmund B. Whitman

Habían pasado poco más de tres meses desde Appomattox cuando Horace Bushnell habló ante la reunión anual de ex alumnos de Yale, en julio de 1865. Le habían pedido que honrase a aquellos licenciados de Yale que hubieran perdido su vida en el conflicto, mas Bushnell insistió en que ni podía ni debía distinguir a sus compañeros universitarios entre la legión de los que habían perecido. Por el contrario, habló de todos los muertos de la Unión, e hizo un llamamiento a la nación para que reconociera su deuda hacia los caídos. La oración de Bushnell, «Nuestras obligaciones hacia los muertos», establecía que el sentido de la contienda era inseparable de su coste humano. Su discurso presentó a la nación reunificada una factura en nombre de aquellos que habían sacrificado sus vidas durante cuatro años de conflicto. Con un lenguaje de ganancias y pérdidas, de ganar, comprar, pagar y adquirir, Bushnell llamó a los estadounidenses a saldar sus deudas y les exigió que los centenares de miles de vidas perdidas tuvieran un propósito digno de su precio de sangre y sufrimiento.1

Bushnell no fue en absoluto el único que invocó y ensalzó a los muertos en las semanas posteriores a la rendición sudista. Así, por ejemplo, pocos días antes de su oración de Yale, James Russell Lowell leyó en presencia de una

reunión similar de graduados de Harvard una prolija oda –más de cuatrocientos versos- para conmemorar a los compañeros de clase perdidos. El novelista y crítico del siglo XX Richard Marius señaló que «en un caluroso día de verano en Cambridge, ese malhadado poema solo fue ligeramente menos doloroso que la misma batalla». Romántica, sentimental, repleta de adornos retóricos y de referencias clásicas y bíblicas, la oda de Lowell saludaba a la victoria nordista y lloraba a los miembros ausentes de la asamblea de graduados. «En esas bravas filas solo veo los vacíos / pensando en nuestros queridos compañeros ahora envueltos en la necia tierra / apartados del triunfo que murieron por obtener». El saludo empíreo de Lowell a los «sagrados muertos» presenta un marcado contraste con el pragmático texto de Bushnell, que afirmaba que los vivos tenían obligaciones concretas hacia los caídos. El discurso de Bushnell apelaba al deseo generalizado de transformar la conmemoración en acciones concretas y en responder a las necesidades permanentes de los difuntos.2

La obra mortuoria de la guerra había finalizado, pero todavía quedaban las exigencias de los difuntos. Numerosos soldados permanecían sin enterrar, con sus huesos alfombrando los campos de batalla de todo el Sur; muchos más habían sido enterrados en improvisadas tumbas allí donde habían caído, lejos de su familia y su hogar; centenares de miles permanecían sin identificar, sin que nadie contabilizase sus muertes. El fin del combate dio la oportunidad de atender a los muertos de una forma que la contienda había hecho imposible. La información podía ahora fluir libremente entre Norte y Sur; los oficiales tenían tiempo de completar y revisar las listas de bajas incompletas; los cadáveres dispersos por toda la derrotada Confederación podían ser localizados e identificados; los caídos podían ser honrados sin faltar a las necesidades inmediatas y apremiantes de los vivos. Clara Barton recibió con alegría esta nueva situación. Consideraba que las necesidades bélicas debían dejar paso a las necesidades de la paz. Cuando cuidaba de los heridos siempre proporcionaba información a las familias acerca de los hombres que atendía en el frente y el fin de las hostilidades trajo un aumento del número de cartas que recibía de personas que buscaban a maridos e hijos perdidos. Barton sentía profunda simpatía por «los afligidos de todo el país, que aguardan temerosos y esperanzados, esperando día a día alguna noticia de sus seres queridos», y estaba decidida a hallar la manera de aliviar la «intensa angustia, en numerosos casos rayana en la locura» de estas personas.3

En la primavera de 1865, Clara Barton fundó la Oficina de Correspondencia con los Amigos de los Hombres Desaparecidos del Ejército de los Estados Unidos. Esta había de ser una oficina de información central. Saltándose la enrevesada burocracia federal, Barton se dirigía a los soldados para solicitarles información sobre sus amigos supervivientes o caídos. Publicaba los nombres que le habían remitido aquellos que buscaban a sus familiares para solicitar noticias sobre ellos. Como explicó en el encabezamiento de una de sus listas: «Apelo a Ustedes para que proporcionen datos relativos a la suerte de estos hombres que puedan recordar o corroborar. Estos han sido sus camaradas en marchas, guardias o incursiones, o en batallas, hospitales y prisiones; y, si han caído allí, es posible que solo ustedes conozcan el hecho y forma de su muerte». Pocos días después de su anuncio, Barton había recibido varios centenares de misivas. Pronto miles de cartas inundaron la diminuta habitación del tercer piso de las calles 7.ª con E de Washington que servía, como anunciaba el cartel, de «Oficina de Soldados Desaparecidos». Antes de morir, Lincoln había respaldado sus trabajos y, en respuesta a sus insistentes solicitudes, el presidente Andrew Johnson aprobó subsidiar la distribución de sus listas. Hacia mediados de junio, Barton había publicado los nombres de veinte mil hombres; cuando clausuró la oficina, en 1868, informó que había recibido y respondido 68 182 cartas y había obtenido información sobre 22 000 soldados desaparecidos.4

La conclusión de la contienda permitió a los militares completar el recuento sistemático de bajas que la incesante presión bélica había impedido. En julio de 1865, el intendente general Montgomery Meigs ordenó a todos los comandantes de la Unión remitir un informe de «todas las inhumaciones registradas durante la guerra». Tales informes se convirtieron en la base de la Lista de honor [Roll of honor], el listado de nombres y sepulturas de los «soldados fallecidos en defensa de la Unión estadounidense» que Meigs imprimió en veintisiete entregas y ocho volúmenes encuadernados a medida que los mandos del ejército fueron ejecutando su orden en el transcurso de los seis años siguientes. Sin embargo, los registros de guerra solo enumeraban 101 736 inhumaciones registradas, menos de una tercera parte del total estimado de bajas mortales de la Unión. Era evidente que centenares de miles de soldados nordistas yacían en lugares no documentados, con restos olvidados e incluso sin lápida, muertes desconocidas para sus familias y para los registros militares.5

A pesar de que una acción inmediata parecía imperativa, tanto por una cuestión de decencia como de conveniencia, la política oficial hacia los difuntos evolucionó con mucha lentitud durante los años siguientes. Cuanto más tiempo permanecieran los cuerpos sin un entierro adecuado, más vulnerables serían a las depredaciones y menos probable era que se pudieran identificar. Ante la necesidad y la oportunidad, los comandantes militares improvisaron. En junio de 1865 el capitán James Moore, ayudante del intendente que había participado en los primeros intentos de llevar un registro de tumbas durante la guerra, recibió orden de dirigirse al Wilderness y a Spotsylvania «con el propósito de supervisar las inhumaciones de los restos de soldados de la Unión todavía insepultos y marcar sus lugares de entierro para su futura identificación». Moore halló centenares de sepulturas sin identificar, así como esqueletos que habían quedado abandonados más de dos años sin la dignidad de una sepultura. «A causa de la exposición a la meteorología –relató–, todo rastro de su identidad ha quedado borrado por completo». El calor veraniego y «el olor desagradable de la materia corrompida» le impidieron llevar a todos los cuerpos a un punto central, pero se aseguró de que todos fueran inhumados con cuidado, y que sus restos fueron debidamente «ocultados a la vista». En estos dos campos de batalla, Moore estimó haber supervisado el entierro de mil quinientos hombres, a pesar de que el gran número de huesos dispersos hacía imposible un recuento exacto. En muchas ocasiones fueron los soldados del Cuerpo de Tropas de Color del Ejército de los Estados Unidos, que todavía no habían sido licenciados del servicio, quienes hicieron este repulsivo trabajo. Moore informó de la erección de 785 placas sobre las sepulturas con nombre, además de remitir una lista de los oficiales y soldados identificados.6



Clara Barton hacia 1865. Fotografía de Mathew Brady. Recinto Histórico Nacional Clara Barton / Servicio de Parques Nacionales.

Tan pronto como Moore completó su misión, se le ordenó dirigirse a la célebre prisión confederada de Andersonville, Georgia, donde tantos soldados de la Unión habían perecido. Andersonville, llamado de forma oficial Camp Sumter, albergó a 45 000 soldados nordistas desde su inauguración en febrero de 1864 hasta el fin de la contienda. Conocido por sus brutales condiciones, era poco más que una empalizada que rodeaba unas

diez hectáreas en las que se apelotonaban los hombres sin un techo ni una alimentación adecuada, contaminando el único arroyo que proporcionaba agua potable al campamento. La tasa de fallecimientos a causa de enfermedades y violencia alcanzó casi un treinta por ciento. El comandante de la prisión, el capitán Henry Wirz, fue ahorcado en noviembre de 1865 por crímenes de guerra.7

A finales de junio de 1865 un antiguo prisionero de Andersonville llamado Dorence Atwater contactó con Clara Barton para ofrecerse a identificar a algunos de los hombres de sus listas. Atwater, soldado de Connecticut confinado en el campamento durante casi toda la existencia de este, había recibido la misión de mantener un registro de fallecidos. Decidido a documentar el horror que había testimoniado, se había guardado una segunda copia. Esta lista se correspondía con las tumbas numeradas, lo cual permitía identificar a muchos de los que habían padecido las condiciones extremas del campo. Cuando supo de la existencia de esta lista, el secretario de Guerra Edwin Stanton autorizó una expedición a Andersonville al mando del capitán Moore, a la que fue invitada Clara Barton. El 8 de julio de 1865 se embarcaron en Washington Moore, Barton, Atwater, cuarenta jornaleros y artesanos y siete mil «lápidas sin inscribir». Moore y Barton pugnaron por la autoridad sobre la expedición –Barton insistía en que había sido idea suya– con lo que pronto acabaron detestándose mutuamente. Moore mostraba abierta hostilidad a la presencia de una mujer en una expedición militar oficial. Se le atribuye el siguiente comentario al comienzo del viaje: «¡Al infierno! Algunas personas no deberían ir a ninguna parte. ¿Para qué demonios quiere ir ella?». A su regreso, Barton presentó a Stanton una queja formal de la conducta de Moore.8



«Destacamento de enterradores en el campo de batalla de Cold Harbor, Virginia, abril de 1865». Parte de los trabajos de la iniciativa federal de reinhumaciones al mando de James Moore. Negativo de John Reekie; impresión y pie de foto de Alexander Gardner. Biblioteca del Congreso.

Las mismas condiciones insalubres que atormentaron a los prisioneros también se cobraron su tributo. El calor estival era casi insoportable –con frecuencia superaba los 38 °C– y cierto número de obreros cayeron enfermos, entre ellos un «letrero» que tenía como misión pintar las lápidas y que murió de fiebres tifoideas. Fue «el último mártir de Andersonville», anotó Barton en su diario. La expedición, a pesar de las dificultades, documentó 13 363 cadáveres, de los cuales logró identificar a 12 912. Todos fueron inhumados de nuevo en tumbas identificadas. El 17 de agosto se

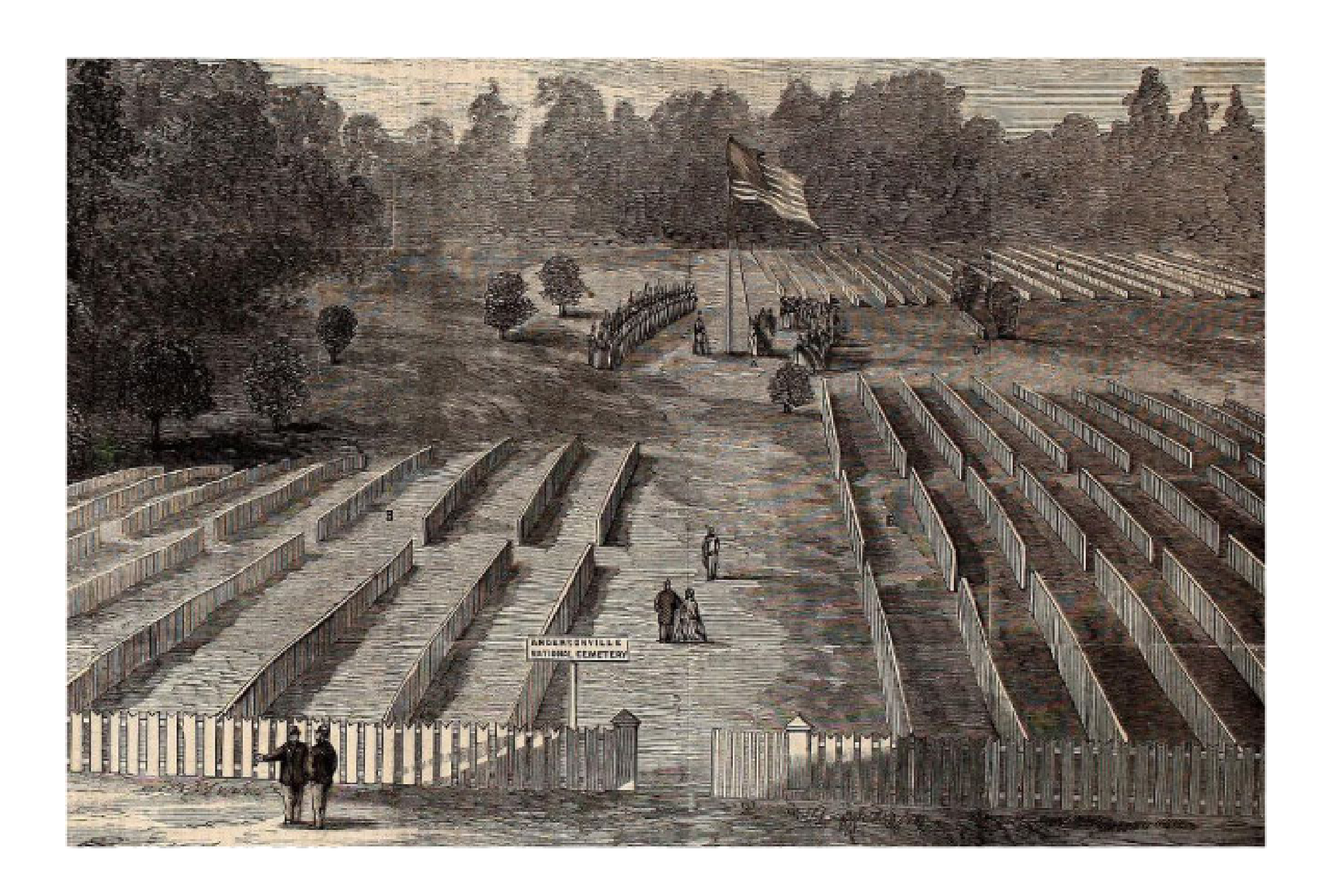
consagró el Cementerio nacional de Andersonville. Barton recibió el honor de izar las barras y estrellas en un lugar sobre el que «la bandera del país» no había «ondeado durante cuatro sombríos años».9

En el teatro de operaciones occidental se emprendieron iniciativas similares. El 23 de junio de 1865 el mayor general George H. Thomas, comandante del Departamento del Cumberland, ordenó al capellán William Earnshaw identificar y volver a enterrar a los soldados dispersos en las inmediaciones de Murfreesboro, Tennessee en el Cementerio nacional de Stones River, establecido en 1864 para conmemorar la sangrienta batalla allí librada dos años antes. Earnshaw comenzó a recorrer la zona circundante e investigó las localizaciones de los antiguos campamentos y guarniciones en un radio de casi ciento sesenta kilómetros.

En el verano de 1865 todavía no estaban claras las intenciones del gobierno federal respecto a los caídos de la guerra, por lo que los oficiales respondían a las circunstancias sobre el terreno. Moore había pensado primero en trasladar a todos los cadáveres que encontrase en los campos de batalla de Virginia a una necrópolis central, pero el clima veraniego alteró sus planes. Sus actividades se centraron en proporcionar un entierro decente a los restos que estuvieran todavía por encima del nivel del suelo o que estuvieran inhumados de forma tan superficial que corrieran el peligro de ser destruidos por puercos o por vándalos. Moore, a pesar de haber recibido orden de cuidarse de los muertos de la Unión, también enterró a numerosos confederados, aunque solo fuera para despejar los abarrotados campos virginianos. En el oeste, Earnshaw emprendió una búsqueda más amplia y sistemática, con el propósito de transferir los cuerpos nordistas a un cementerio nacional ya existente. Era nuestro solemne deber, declaró, «hallar hasta la última de las solitarias tumbas de los soldados de la Unión, que jalonan la senda victoriosa de nuestros hombres en persecución del enemigo». Cuando finalizó, consideraba que dentro del área asignada «no quedan más de cincuenta soldados de la Unión que siguen descansando fuera de nuestro bello cementerio».10

El concepto de una política oficial de cuidado de los muertos fue surgiendo de forma gradual durante los años que siguieron a la rendición sudista. Las órdenes de los comandantes militares fueron poco a poco combinándose con la normativa legislativa y la financiación necesaria para crear un inmenso y

exhaustivo programa de reinhumaciones a fin de localizar a todos y cada uno de los soldados de la Unión por todo el Sur y enterrarlo en la nueva red de necrópolis nacionales. Pero no era este el objetivo inicial. Hubo un debate público, generalizado y constante sobre los difuntos que, de forma gradual, definió una serie de principios que influyeron en las políticas del legislativo y de los militares. La experiencia de los responsables federales como James Moore, a los que se asignó la misión de iniciar el entierro e identificación de las víctimas mortales, también conformó esta opinión, así como el hecho de que se hicieran públicas las condiciones reales de fosas y enterramientos de la época de la guerra. Los ideales trascendentales de ciudadanía, sacrificio y deber nacional se unieron a la pragmática preocupación de que los sudistas maltratasen sepulturas y cadáveres para dar lugar al que es posible que fuera el más complejo programa federal emprendido en casi un siglo de existencia de la nación estadounidense. En octubre de 1865, ante las muchas dificultades encontradas para recopilar una lista fiable de fallecidos, el intendente general Montgomery Meigs emitió una nueva orden general en la que ordenaba a los oficiales que proporcionasen una lista de cementerios en los que hubiera soldados de la Unión. Solicitó detalles de la localización y estado de las tumbas, el estado de los registros asociados y las recomendaciones de los oficiales para la protección y preservación de los restos mortales. Pidió una evaluación de la idoneidad de cada lugar y un dictamen de si los cadáveres debían ser dejados donde estaban o llevados «a un cementerio permanente cercano». Tras la pausa impuesta por la canícula, Moore en el este y Earnshaw en el oeste reemprendieron sus trabajos bajo estas nuevas líneas maestras. El 26 de diciembre Edmund B. Whitman, intendente jefe de la División Militar del Tennessee, fue relevado de su servicio regular y encargado de «localizar las tumbas dispersas de soldados de la Unión» por una extensa área de Kentucky, Tennessee, Georgia, Misisipi y Alabama. Había servido durante la guerra en el Cuerpo de intendencia tras alistarse en su Kansas natal poco después del inicio de las hostilidades. Graduado por la Universidad de Harvard, promoción de 1838, era un maestro de escuela de Nueva Inglaterra que emigró a Kansas en 1855. Era uno de los abolicionistas militantes que emigraron a dicho estado para evitar el establecimiento definitivo de la esclavitud en el «sangrante»* y dividido territorio. Una década más tarde, se embarcó en una expedición para localizar y rendir honores a quienes habían perecido en la causa por la que había combatido tanto tiempo.11



Detalle de «La Srta. Clara Barton iza la bandera nacional, 17 de agosto de 1865» en Andersonville. Apunte de I. C. Schotel. Harper’s Weekly, 7 de octubre de 1865.

Mientras planificaba su misión, Whitman concluyó que debía haber «conocimiento y registro de cada tumba […] en posesión de alguna persona viva». Al igual que Clara Barton, buscó a los testigos supervivientes, los únicos que podían tener la información que le permitiera localizar e identificar a los muertos. El intendente redactó una circular titulada: «Se busca información importante», dirigida a «cirujanos, capellanes, agentes de las Comisiones Sanitaria y Cristiana, intendentes, oficiales o soldados» que hizo publicar en trescientos diarios y publicaciones periódicas. Whitman, tras anunciar que el intendente general de los Estados Unidos había ordenado la preparación de un «registro […] de todos los soldados de la Unión enterrados en los estados rebeldes», solicitó asistencia para localizar a

los caídos. Tiempo después, una vez completada su misión, reflexionó sobre la gran importancia que había tenido su circular, y no solo para generar información sino también para implicar al público general. Su anuncio, sentenció, había sido de crítica importancia para crear una «corriente de solidaridad» que «influyó en la creación del sentimiento público que justificó y apoyó las subsiguientes medidas adoptadas».12

La circular provocó un torrente de respuestas. Los familiares le imploraban que hallase los restos de algún familiar perdido; otros escribieron para proporcionar «dibujos y descripciones» que indicaban el punto exacto donde un amigo o camarada había sido enterrado. Estos, relató el intendente, eran con frecuencia «tan minuciosos y precisos en sus detalles, que cualquier persona podría hallar con infalible certeza esa sepultura». Así, por ejemplo, una misiva de A. T. Blackmun explicaba que su hermano había recibido sepultura en un cementerio unos ocho kilómetros al este de Vicksburg, en un huerto cercano al ferrocarril. «La tumba está debajo y en el lado sur del cuarto manzano, tercera hilera de árboles, si se cuenta desde el lado más cercano a Vicksburg». Las anotaciones a lápiz en la carta de Blackmun indican que sus detalladas instrucciones sirvieron su propósito y que su hermano fue encontrado. Isaac Weightman del 29.º de Pensilvania, muerto en combate en Georgia, fue enterrado «en el lado izquierdo del ferrocarril en dirección a Atlanta a aproximadamente una milla [1,6 kilómetros], cerca de un pequeño arroyo cerca del reducto de los rebeldes […] junto a un gran árbol», explicaba una carta remitida por un vecino en nombre de la madre del difunto. Un camarada de armas de este había remitido a la mujer información acerca de la muerte y enterramiento de su hijo, pero esta no había podido ir a visitarlo o recuperar el cadáver. Su tumba estaba marcada por un pedazo de caja de galleta escrita con lápiz de plomo; su cuerpo solo llevaba puestos los pantalones. «Cualquier información será un gran consuelo para esta madre que ha entregado a tres (3) hijos y (3) yernos a los ejércitos de nuestro país».13

Los capellanes remitían a Whitman listas completas de los caídos de sus regimientos y dónde estaban enterrados. Un sacerdote que había regresado a su casa de New Bedford, Massachusetts, proporcionó documentación de doscientas sepulturas en Tullahoma, Tennessee. Al parecer, numerosos soldados habían «combatido el aburrimiento copiando los nombres de las tumbas», listas que el sacerdote remitió sin demora en respuesta a la

solicitud de Whitman. Hubo cirujanos que remitieron planos de los cementerios hospitalarios con sepulturas numeradas y listas de nombres. Algunos oficiales que habían estado a cargo de destacamentos de enterradores elaboraban a veces planos de las inhumaciones. «En el caso del 46.º Regimiento de Ohio –informó Whitman–, un documento semejante, manchado y embarrado en el momento del entierro» permitió «identificar, tras un lapso de más de cuatro años, de todo el grupo de muertos de dicho regimiento en el campo de batalla de Shiloh».14

La circular de Whitman ejerció de trompeta del arcángel Gabriel, pues convocaron los nombres y memorias de los muertos, alzándolos del olvido y la anonimidad y retornando a la nación a centenares de miles de ellos. Mas las trompetas de Whitman invocaron a un segundo grupo, pues despertó también a los vivos. Su solicitud de información desveló la existencia de un ejército de contables que no esperaban sino que les preguntasen los datos que habían reunido y preservado con sumo cuidado, aun cuando sin tener una clara noción de su propósito. Estos habían documentado identidades y tumbas, habían pasado horas libres copiando nombres y regimientos de las lápidas, con la esperanza de que algún día esta información pudiera ayudar a recuperar un cadáver u honrar una sepultura. Habían compilado sus listas y trazado sus mapas como actos de respeto y reverencia en sí mismos, como una pequeña declaración personal de oposición al borrado de la vida humana perpetrado por la guerra. El llamamiento de Whitman les invitó a conectar su labor individual a las políticas y actuaciones del estado. El gobierno federal había proporcionado su cuerno a Gabriel.

El 1 de marzo de 1866, un día que describió claro, frío y ventoso, Whitman partió de Nashville para cumplir su misión. Se dirigió primero al lugar del combate de Fort Donelson con una partida de diez administrativos y soldados, además de un soldado y un acemilero. Más tarde añadiría tres administrativos y ocho soldados adicionales para gestionar todo el trabajo que encontró. «Todo el país cubierto por las devastaciones de la guerra –consideró–, compone un vasto osario de muertos». Whitman abordó su tarea con el sistema y la organización propia de un intendente experimentado. En cada localidad visitó primero los campos de batalla, luego las localizaciones de los antiguos hospitales militares y más tarde los cementerios privados. Redactó un memorando de once puntos «guía para la exploración de tumbas», una especie de lista de cuestiones a considerar, comenzando por la

localización y recuento de sepulturas, establecer su condición, luego listar inscripciones en las lápidas, identificar individuos que pudieran tener información relevante y por fin remitir recomendaciones para necrópolis permanentes. Por encima de todo, Whitman trató de ser exhaustivo, pues tenía un compromiso con cada cadáver de la Unión y cada sepulcro de soldado.15

Whitman actuó con gran premura, pues sabía que la información e incluso los mismos cadáveres eran muy vulnerables tanto a las fuerzas humanas como a las de la naturaleza. Corrían numerosas y turbadoras noticias de ejemplos de vandalismo contra cadáveres y tumbas de la Unión. A Whitman le llegaron relatos de cadáveres arrojados desnudos y bocabajo a una zanja, de un cadáver que habían dejado pudrirse con una horca ensartada en la espalda, y de las «constantes depredaciones de las lápidas» de las tumbas de los campos de batalla. En cierta ocasión, Whitman trató de cumplir la solicitud de un padre de que su hijo fuera trasladado del campo de Georgia en el que había caído en combate al cementerio nacional de Chattanooga, pero su cadáver había sido extraído por hombres del lugar «a fin de estudiar anatomía». En la saqueada tumba de Oliver Barger solo quedaban dos huesos pequeños del brazo y uno de la mano, y sus ropas. Whitman recibió numerosos informes de violencia perpetrada contra quienes se atrevían a cuidar las tumbas o los cadáveres de la Unión. En Kentucky un hombre había sido asesinado por permitir el entierro de dos yanquis en su patio. «Están sucediendo constantes depredaciones de lápidas y otras profanaciones y abusos», informó el oficial superior de Whitman desde Nashville al intendente general en Washington.16

En febrero de 1866 el mayor general George Thomas emitió una orden general que prohibía la profanación de tumbas de la Unión. En ella daba instrucciones específicas para que los cadáveres no fueran mutilados o aplastados durante la roturación de primavera, que estaba a punto de comenzar por primera vez desde el inicio de la contienda. En abril las noticias de vandalismo llegaron a Washington, y el Congreso aprobó una resolución conjunta que instaba al secretario de guerra a «tomar medidas inmediatas para salvaguardar de la profanación las tumbas de los soldados de los Estados Unidos caídos en batalla o fallecidos por enfermedades […] y proporcionar sepulcros en los que puedan ser inhumados de forma

apropiada». A partir de ese momento, el gobierno se sumaba a los militares en la tarea de gestionar los caídos de la Unión.17

Los superiores de Whitman le entregaron órdenes que detallaban sus responsabilidades y sus objetivos: «siempre que sea practicable todo soldado de la Unión de la Milt Div [División Militar] del Tennessee deberá descansar de forma definitiva en un campo bien delimitado y decente, con un índice claro para hallar su tumba, y un archivo accesible de su lugar de eterno reposo». En los «Campos de Batalla de interés nacional» donde la población del Norte podría contribuir a los «trabajos de ornamentación», o donde las sepulturas estuvieran «dispersas y desprotegidas», sería aconsejable concentrar todos los cadáveres en un único punto. Pero si los restos descansan en paz en un cementerio o en el patio de una iglesia, «no es conveniente incurrir en un aumento del gasto para trasladarlos solo por el simple propósito de ejecutar un plan general». Whitman debía localizar tumbas, identificar y proteger enterramientos solitarios, y «hacer planes» de qué tumbas debían ser trasladadas y qué puntos debían ser reubicados. Los superiores de Whitman insistían en que los cadáveres que habían recibido un entierro decente debían permanecer donde estaban salvo aquellos casos en los que «el espíritu salvaje y vengativo de la población desleal» aconsejase «perturbar sus restos». Whitman era cada vez más consciente de que el revanchismo era la norma, no la excepción.18

En el año transcurrido desde Appomattox, el derrotado Sur blanco había pasado de una incredulidad atónita a una postura de abierto desafío. Animados por los gestos del presidente Andrew Johnson, los antiguos confederados pusieron a prueba los límites de la voluntad del Norte, disputando a los yanquis los frutos de la victoria. En el verano de 1865, los gobiernos de los estados sudistas aprobaron los Black Codes, o leyes de negros, restrictivas y discriminatorias, cuyo objetivo era restaurar la esclavitud en casi todo salvo el nombre; en otoño, los antiguos rebeldes eligieron como representantes en Washington a antiguos políticos y militares de la Confederación; por todo el Sur los blancos sureños perpetraron y toleraron una constante violencia contra las personas recién libertadas. Los centenares de miles de cadáveres de la Unión dispersos por todo el Sur eran un objetivo irresistible para la ira sudista y también una forma de expresar su negativa a aceptar la derrota confederada. Había sido imposible vencer a un

ejército unionista vivo, pero los confederados más resentidos todavía podían continuar su guerra contra un ejército de muertos.19

De hecho, hubo un estallido de violencia blanca de particular virulencia que suscitó el interés directo del Congreso por las tumbas de las tropas de la Unión. Los cuatro primeros días de mayo de 1866 tuvieron lugar en Memphis unos supuestos «disturbios». Aunque es probable que el calificativo más preciso, dada la cifra de muertos, cuarenta y seis negros y dos blancos, fuera el de «masacre». Fueron destruidas noventa y una casas, todas ocupadas por afroamericanos excepto una, así como cuatro iglesias y doce escuelas. Cundió el miedo entre los afroamericanos de la zona, tanto que Whitman informó de que a veces no podía convencer a los jornaleros negros de que trabajasen para él. El Congreso remitió de inmediato un comité de tres miembros de la Cámara de Representantes para investigar las causas de las algaradas. Los legisladores recomendaron tomar medidas para poner coto a la actitud desafiante de los blancos, que fueron uno de los principales factores de impulso de la Reconstrucción radical**. El ayudante del intendente de la División del Tennessee, George Marshall, aprovechó la presencia en Memphis de los congresistas para insistir en la importancia de la labor de enterrar a los caídos por la Unión y del peligro que corrían numerosos cadáveres de soldados. Una delegación que incluía al capellán William Earnshaw, que había supervisado reinhumaciones en Stones River, convenció a los congresistas de que era imperativo llevar a cabo un programa exhaustivo de entierros. El portavoz del comité, Elihu Washburne de Illinois, quedó conmovido en concreto por el recuento de muertos de la Unión dispersos por todo el Sur. Whitman estaba convencido de que esta reunión fue la causa directa del Acta de Cementerios Nacionales, aprobada, junto con un aumento del setecientos por ciento de las expropiaciones, en el siguiente Congreso. Pero, ya antes de que la propuesta se convirtiera en ley, tras la reunión de Memphis los trabajos de reinhumación asumieron mayor importancia y renovadas dimensiones.20

A medida que transcurría la primavera, Whitman fue recorriendo los campos de batalla de Tennessee: Fort Donelson, Fort Henry y, por fin, Shiloh. En este último, una ubicación de la contienda que anunciaba la magnitud de la carnicería que iba a tener lugar, halló «grandes cantidades» de huesos humanos dispersos. Los habitantes de la zona le informaron de que sus puercos, a los que solían dejar en libertad para que hozasen, ya no eran

comestibles, «debido a que se alimentan de los muertos». Whitman y sus hombres batieron el campo «como formando en guerrillas», para tratar de cubrir hasta el último metro de terreno de la batalla. Les fue de inmensa ayuda una lista de 315 enterramientos compilada por un agente de la Comisión Sanitaria justo después del combate. El destacamento de Whitman anotó y señaló en el mapa 178 áreas que contenían tumbas, incluidas 21 fosas comunes en las que había, según sus cálculos, 250 cadáveres. Centenares de hombres, relató, parecían haber sido «enterrados de forma indiscriminada», esto es, yanquis y rebeldes juntos. Sin embargo, Whitman quedó muy conmovido al ver a numerosos soldados enterrados por grupos regimentales, obviamente inhumados al final de la batalla por sus camaradas. Estos grupos se mantuvieron juntos cuando fueron trasladados al cementerio nacional. Whitman descubrió un total de 1874 muertos de la Unión, de los cuales 620 fueron identificados por placas u otras inscripciones. Unos doscientos, estimó, habían sido retirados por familiares o amigos. Whitman tenía en mente situar los cementerios nacionales en puntos de gran interés histórico, para lo cual seleccionó una posible localización en el campo de Shiloh.21

Cerca de Memphis, Whitman halló una carretera construida sobre tumbas de la Unión que habían sido prácticamente destruidas por tiros y carretas. También remitió un triste informe sobre 810 tumbas nordistas abandonadas en un cementerio situado a cinco kilómetros de la ciudad. Las novecientas tumbas rebeldes de ese mismo cementerio recibían cuidadosa atención; el libro del sacristán incluía la lista de los difuntos allí enterrados. Según le informaron, la Asociación de Madres del Sur había asumido la responsabilidad sobre los muertos confederados, mientras que sus homólogos victoriosos del Norte yacían deshonrados a su lado.22

Para localizar las muchas tumbas dispersas fuera de los campos de batalla –bajas de escaramuzas, heridos que fallecieron durante la marcha, hombres que sucumbieron a las enfermedades– fue necesario solicitar información a los ciudadanos locales que pudieran haber visto o tuvieran noticia de soldados enterrados, o incluso asistido en su inhumación. «Por norma –recordaría tiempo después–, no se pasó por alto a ninguna residencia o persona sin que le interrogase»: «¿Conoce Usted, o sabe de la presencia en las inmediaciones de tumbas de soldados de la Unión?». Cuando llegó a Oxford, Misisipi, Whitman hizo venir al cartero local; al fin y al cabo, no

dejaba de ser un funcionario federal, por lo que cabía esperar que proporcionase información y ayuda a un representante de la Unión. Mas Whitman no recibió asistencia, sino una advertencia. El cartero declaró que no se atrevería a hablar con un soldado yanqui de sepulturas de la Unión, aun cuando supiera algo. El cartero había tenido que jurar lealtad a la Unión para poder conservar su puesto al final de la guerra, motivo por el cual todas sus amistades de diecinueve años de residencia en la localidad le habían retirado el saludo. Incluso le habían pedido que dejase de acudir a su iglesia. «He sido informado –escribió Whitman a su oficial superior–, que hay gente de la zona dispuesta a borrar y destruir toda traza de las tumbas de soldados de la Unión dispersas por la región».23

Más al sur, la situación de los muertos nordistas era aún más alarmante. Whitman descubrió «un número inmenso» de cadáveres en la región situada entre Vicksburg y Natchez […] unos cuarenta mil, según sus estimaciones. Estos cadáveres estaban en todos los lugares y condiciones imaginables; sepultados en las orillas de los ríos, desde donde eran arrastrados total o parcialmente por la corriente (había incluso relatos de ataúdes que flotaban como barquitos por el Misisipi en dirección al mar), o abandonados en «quebradas y junglas y densos cañaverales» sin recibir ningún tipo de entierro. Un granjero llamado Linn, que quería ampliar sus algodonales, había arado unos treinta esqueletos nordistas, cuyos huesos depositó «en un montón» en el cementerio municipal de Vicksburg. No muy lejos de allí, un enterramiento de la Unión había sido allanado por completo para ampliar un hipódromo.24

Mientras Whitman continuaba sus exploraciones, en el Cementerio nacional de Stones River trescientos soldados negros continuaron recuperando y volviendo a enterrar cadáveres nordistas de la región circundante, a un ritmo de cincuenta a cien diarios. Stones River fue un ejemplo pionero de la labor de reinhumación sistemática que hacia el verano de 1866 ya era considerada necesaria en todo el Sur. También ejemplifica el papel crucial de los afroamericanos en las honras fúnebres de los muertos de la Unión. Casi siempre, la desagradable labor de exhumar e inhumar de nuevo era asignada a las tropas de color del Ejército de los Estados Unidos y el destacamento de exploración del propio Whitman incluía a varios soldados de regimientos de color. Los civiles negros también prestaron gran ayuda a sus trabajos de localización de cadáveres y sepulturas.25

Era de justicia «para la raza liberta», informó Whitman a su cuartel general, «rendirle agradecido tributo». Dado que los blancos como el cartero de Misisipi le negaban información, Whitman aprendió a pedírsela a los negros sureños en sus viajes por el sur durante la primavera y el otoño de 1866. «La gran mayoría de la información obtenida» en cierta localidad de Georgia, anotó en su diario, «provenía de negros, que, como me habían explicado […] prestan más atención a estas cuestiones que la gente blanca». Pero había mucho más aquí que simple atención, como reconoció Whitman. Para los negros del Sur, ocuparse de los caídos de la Unión, además de una demostración de gratitud y respeto, también era un gesto político.26

Durante la contienda hubo afroamericanos que arriesgaron la vida para dar sepultura a soldados nordistas y tratar de preservar tanto sus nombres como sus tumbas. A unos tres kilómetros de Savannah, en un rincón del «cementerio de negros», yacían setenta y siete «tumbas de soldados de color» en cuatro ordenadas filas. Todos salvo tres estaban identificados, todos «en muy buenas condiciones» e indicados «con bien pintadas tablas». Era la última morada de los caídos de una unidad de tropas de color, sepultados y cuidados con gran esmero por los libertos de la zona. Whitman encontró otros lugares en los que los antiguos esclavos habían enterrado a los yanquis y vigilado sus tumbas. Detrás de la iglesia africana de color situada cerca de Bowling Green, Kentucky, había 1134 cuidadas tumbas que acogían a soldados de la Unión, tanto blancos como negros. Un carpintero negro de la zona proporcionó información de gran utilidad debido a que él mismo había hecho los féretros y enterrado a muchos muertos federales.27

En todos sus viajes, Whitman recibió ayuda e información de los libertos. Moses Coleman, «un negro inteligente» fue a ver a Whitman para mostrarle las tumbas de nueve soldados de la Unión fusilados por la caballería confederada después de haber sido hechos prisioneros: «vi como disparaban a uno de ellos después de que le obligasen a subir a un árbol». Un liberto les proporcionó sin demora los nombres y localización de dos soldados que había enterrado más de un año antes; otro antiguo esclavo refirió que su jefe se dedicaba a profanar las tumbas de los soldados y se ofreció a identificar treinta tumbas de su plantación que todavía no habían sido ultrajadas.28

La ayuda que recibió Whitman de los afroamericanos no es algo en absoluto exclusivo de sus experiencias en la División Militar del Tennessee. Así, por

ejemplo, en las postrimerías de la contienda, los afroamericanos de Charleston cuidaron las tumbas de más de doscientos cautivos nordistas que habían muerto durante su confinamiento en una prisión improvisada en el hipódromo de la ciudad. Los libertos, tras vallar el cementerio, erigir túmulos sobre las tumbas y ornamentarlas con plantas, pintaron un cartel sobre la entrada en el que se leía: «Mártires del hipódromo». El 1 de mayo de 1865, la población afroamericana de la ciudad, escoltada por una brigada al completo de infantería federal, que incluía tres regimientos de tropas de color, honraron a los muertos nordistas con flores, procesiones y discursos. A juicio del historiador David Blight, este fue el primer Decoration Day***. En la contienda por el destino de los muertos, los negros del Sur no tenían ninguna duda de cuál era su bando.29

A finales de junio, Whitman propuso emplazar cementerios nacionales en Fort Donelson, Pittsburgh Landing, Corinth, Memphis y Vicksburg, y presentó su visión de futuro al intendente jefe de la División Militar del Tennessee. Whitman reiteró la «convicción, que todos, en cierta medida, comparten» de la «obligación» del gobierno con los restos de aquellos que «habían muerto en tan noble servicio». La experiencia de los meses precedentes, relató, le había «recordado a diario» la importancia de esta obligación federal, pues había sido testigo del «completo abandono» o «profanación deliberada» de las tumbas de la Unión por una población sureña cuyo «odio hacia los difuntos» parecía exceder su anterior «aversión hacia los vivos».30

Los viajes de Whitman por lo que calificó de «vasto osario» del Sur habían, confesó, «despertado un profundo interés personal» por una iniciativa que era «técnicamente oficial». Y urgió a que, a pesar de la preocupación de sus superiores por su coste y alcance, «el trabajo debía hacerse bien y a conciencia, con una conciencia real de su magnitud y significación». Tras argumentar que el gobierno federal se hallaba in loco parentis respecto a los caídos de la Unión, Whitman revela en su elocuente solicitud un compromiso emocional, expresado, como la oratoria de Bushnell, con el lenguaje de la deuda y la responsabilidad. El gobierno, insistía, detentaba «una tutela, de la que debe rendir cuentas al espíritu de la humanidad y del patriotismo cristiano, a los amigos de las libertades republicanas y de la humana libertad y del progreso en todo el mundo, al pueblo libre del Norte, cuyos queridos hijos han sido sacrificados al demonio de la esclavitud y

cuyos más selectos tesoros han sido empeñados». Los caídos no eran «mercenarios a sueldo» sino ciudadanos de unos «Estados Unidos republicanos donde cada hombre es en sí mismo una parte constituyente e integral del gobierno».31

Ese concepto de deuda gubernamental hacia los muertos presentado por Whitman, «una tutela, de la que debe rendir cuentas» no era suyo en exclusiva. Hacia mediados de 1866, un coro de voces del Norte había comenzado a abogar por una serie de políticas hacia los caídos que reflejaban ideas de fondo sobre los principios por los cuales se había combatido la guerra. Con la aprobación de la ley de reclutamiento obligatorio de 1863 la nación, por primera vez en su historia, había hecho obligatorio que el ciudadano combatiera en su defensa; había movilizado a millones de voluntarios; y ahora tenía una obligación con aquellos que habían servido. La ciudadanía era un contrato en el que el estado y el sujeto asumían por igual derechos y deberes, que podían ser reclamados a ambos.

Clara Barton, con su insistencia en que la labor de nombrar a los muertos fuera considerada responsabilidad gubernamental, estaba abrazando tales principios. A finales de 1865 ella misma explicó su postura en una carta en la que solicitaba al secretario de guerra Edwin Stanton ayuda federal a su búsqueda de desaparecidos. «El verdadero patriota», declaró,

[…] da de buen grado la vida por su país […] esos pobres hombres no solo han perdido sus vidas, sino la misma prueba de su muerte. La más elemental humanidad exige que se tomen medidas para recuperar su identidad […] una movilización tras otra, de otros «trescientos mil más» golpeaba a sus castigados hogares. La esposa entregaba a su marido y la madre enviaba a su hijo, entregados noblemente al país que les necesitaba; se les podía tomar y utilizar, del mismo modo que el funcionario emplea los bienes que se le confía; si es necesario, es posible que sean liquidados o perdidos y lo aceptarían sin una queja, pero nunca […] ninguna esposa o madre aceptó la destrucción de sus tesoros sin que les rindieran cuentas. Considero a tales hombres como si fueran propiedades que el gobierno ha perdido.32

Al igual que Bushnell, Barton hablaba de cuentas y tesoros; de igual modo que Whitman, reclamaba el compromiso federal en el cuidado de los muertos de la Unión. Su texto explora nociones básicas de derechos humanos, de las obligaciones mutuas que vinculan a estado y ciudadanos. Es significativo que, en las postrimerías de una guerra por la esclavitud, Barton situase el debate en la cuestión de la propiedad de las personas. Pero no se trataba de la propiedad esclavista: era ciudadanía, no sometimiento. En este caso, el individuo actúa en libertad como sujeto individual, como un verdadero patriota que «de buen grado» cede el control sobre su vida. Y aquí, también al contrario que una institución que separaba familias, la esposa y la madre aceptaban entregar a su marido y a su hijo «al país que les necesitaba».

Sin embargo, esta cesión de derechos, de propiedad de la persona, estaba incompleta. En este contrato, el estado debe aceptar a cambio ciertas obligaciones: según Barton, debe proporcionar un listado de caídos, rendir cuentas de la destrucción del tesoro humano. Y, significativamente, Barton afirma que este contrato compromete a las mujeres con el estado. Las mujeres, que carecían por ley del derecho a firmar un contrato en la mayor parte de los Estados Unidos de preguerra, reclaman aquí nuevos derechos como personas y ciudadanas, ganados gracias a sus sacrificios durante la contienda. Rendir cuentas a los muertos significa rendir cuentas a sus parientes. Al afirmar el derecho del individuo a su identidad y humanidad, aun en la muerte, Clara Barton está expresando una noción de ciudadanía basada en la experiencia de la nación durante la Guerra de Secesión y en el sufrimiento de soldados y de civiles. La guerra que liberó a los esclavos permitió reclamar amplios derechos tanto para negros como para blancos, tanto para mujeres como para hombres, para los vivos y para los muertos. Pero, como sin duda reconoce Clara Barton, los caídos eran todos hombres. Los supervivientes no se habían inmolado; sus reclamaciones al estado no tenían la misma fuerza que las de los soldados que habían sufrido y perecido. La retórica de la carta de Clara Barton a Stanton buscaba minimizar e incluso borrar una división por géneros y una jerarquía de género que los muertos de la Guerra Civil habían hecho más profunda. No fue un hecho accidental que cuando la nación, aunque de forma titubeante, expandió su cuerpo social, fueron los hombres negros, que habían servido y perecido en tan gran número, no las mujeres, ni blancas ni negras, quienes fueron acogidos como nuevos ciudadanos por la decimoquinta enmienda.33


IN MEMORY OF
of the
who died at
A BRAVE AND GALLANT SOLDIER
AND A TRUE PATRIOT.
His toils are past his work is done,
And he is fully blest.
He fought the fight the victory won,
And enters into rest.

«La tumba del soldado» por Currier e Ives, litografía en la que las familias podían escribir detalles sobre un ser querido perdido. Esto podía servir como reemplazo para aquellos que no tenían una tumba física que cuidar. Biblioteca del Congreso.

En agosto de 1866, mientras en el Sur los trabajos de inhumación se ralentizaban a causa del calor estival, la Harper's New Monthly Magazine publicó un artículo que reclamaba una red exhaustiva de cementerios nacionales que acogiera a todos los muertos de la Unión. El artículo de James F. Russling, basado en la idea de la deuda federal expresada con anterioridad por Bushnell, Barton y Whitman, consideraba el tratamiento dado a los caídos como indicios y pruebas de democracia, así como evidencias de progreso y modernidad.

Con la salvedad de la «Atenas republicana», aducía Russling, ningún pueblo o nación había reservado nunca un lugar donde dar sepultura al soldado común. Este ha sido «pasado por alto, como si fuera demasiado humilde para ser tenido en cuenta». Pero estaban viviendo «una nueva era» determinada a «elevar nuestra común humanidad». Y quizá lo que aún es más importante, los Estados Unidos era la nación que había demostrado su nuevo compromiso con el concepto de igualdad humana.

Una república democrática como la nuestra, basada en la igualdad de razas, defensora de la justicia para todos, que profesa reconocer la excelencia y el valor de dondequiera que venga, no puede permitirse ignorar a aquellos que, por más humildes que sean, han demostrado, en feroz y dura lid, ser sus mejores ciudadanos y sus más bravos defensores.

Los objetivos de la contienda y el tratamiento dado a los muertos eran inextricables. Russling, con su llamamiento a que los cadáveres de los soldados de la Unión fueran exhumados y «reunidos con celeridad en

grandes cementerios nacionales», enfatizaba las obligaciones mutuas contraídas entre ciudadano y estado.34

Dulce et decorum est pro patria mori [es dulce y glorioso morir por la patria] es un buen sentimiento para los soldados, por el que merece la pena luchar y morir. Que sea el gobierno estadounidense, el primero entre las naciones modernas, el que demuestre que sabe corresponder a ese sentimiento procediendo a la delicada recogida y noble cuidado de los restos mortales de aquellos que libraron la más grande de nuestras guerras y murieron por salvar y perpetuar las libertades de todos nosotros.35

Con su invocación de la modernidad, con su referencia a la «más grande de nuestras guerras» y su cita de los versos de Horacio que darían título al más famoso poema de la Primera Guerra Mundial, casi se diría que las palabras de Russling están mirando a otra Gran Guerra, aún más sangrienta, que asentaría la carnicería de masas en el núcleo central de la existencia del siglo XX. Hacia 1917, Wilfred Owen sostenía que morir por la patria ya no es dulce ni apropiado, sino «la vieja mentira», pues, no obstante, medio siglo antes, todavía era «un buen sentimiento», que, según Russling, debía impulsar la política de la nación hacia los caídos de la Guerra de Secesión.36

Las recomendaciones de Russling pronto se convirtieron en política oficial. Antes incluso de que el Congreso aprobase la legislación formal, en febrero de 1867, comenzó un esfuerzo concertado para enterrar a todos los soldados de la Unión dentro de la seguridad de un cementerio nacional. En el verano de 1866, Whitman trazó planes para «iniciar el trabajo general de desentierro» durante el fresco clima otoñal. Diseñó formularios para recopilar información que minimizase los errores, trazó rutas y reunió los pertrechos y mano de obra necesarios. Whitman era muy consciente tanto de los peligros como de las posibilidades de trasladar tantos restos mortales. Trasladar una tumba podía significar perder una identidad vinculada a un lugar o circunstancia precisa; más también podía proporcionar una última oportunidad de descubrir un nombre. Tanto sus superiores como él eran conscientes de las consecuencias de esta extensión sin precedentes de la

responsabilidad gubernamental al terreno íntimo y doméstico de la muerte. El mayor general habilitado J. L. Donaldson, intendente jefe de la División Militar del Tennessee, dio a sus instrucciones un tono personal muy poco habitual en la formalidad aséptica de las órdenes militares. En su directiva de agosto, Donaldson remarcó que «el gobierno está asumiendo un trabajo que constituye un derecho particular solo para familiares y amigos del difunto, por lo que exige a sus agentes que lleven a cabo su deber con la delicadeza y cuidado de íntimos amigos». A finales de mes, Donaldson emitió una circular dirigida a los «allegados de los soldados difuntos de la Unión» en el que anunciaba al público general que el desenterramiento de todos los cadáveres de su División Militar comenzaría en octubre. En su circular invitó a todos aquellos que desearan estar presentes en las exhumaciones para identificar a familiares perdidos que contactasen con Whitman, que les haría llegar un programa completo de cada localidad. El gobierno nacional había asumido el rol sin precedentes de allegado del ciudadano.37

A comienzos de septiembre Whitman partió de nuevo para sus exploraciones y recorrió Kentucky desde la línea del Tennessee hasta el río Ohio. A finales de octubre volvió a embarcarse en Chattanooga y Chickamauga, desde donde siguió la ruta de la marcha al mar de Sherman, y regresó por Macon y Andersonville durante los últimos días del año. Hacia el final de su periplo, Whitman estimó que había recorrido unos cincuenta mil kilómetros en su búsqueda de los muertos. El aumento de la violencia local, causada por el conflicto nacional provocado por la Reconstrucción, hizo aún más vulnerables los cadáveres y las tumbas de la Unión, por no mencionar su propia misión. «Esta sección del país –escribió a finales de septiembre de 1866 desde Lexington, Kentucky–, está en un estado de gran perturbación y las vidas de los hombres de la Unión no están seguras». Whitman andaba siempre buscando tierras que pudieran servir como cementerios permanentes, para lo que anotaba detalles de parcelas, propietarios y opciones de compra. Sus informes a su cuartel general, como recordaría más tarde, remarcaban de forma regular la «condición lamentable de las tumbas y enterramientos de los muertos y su distribución miscelánea y universal por todo el territorio que había sido escenario de la guerra». En lo colectivo, sus comunicados reiteraban de forma poderosa «la necesidad […] de una exhumación universal y reunión en cementerios nacionales permanentes de los restos mortales dispersos».38

A comienzos de 1867, las propuestas de Whitman fueron por fin consagradas en una ley, y adoptadas de forma oficial por el Departamento de Guerra. Con la «propuesta para el establecimiento y protección de cementerios nacionales», aprobada por el Congreso en febrero de 1867, y la creación de otros diecisiete cementerios adicionales en el transcurso de ese año, el gobierno federal dio forma legal a la aceptación de su responsabilidad por todos lo que habían caído a su servicio. La localización y registro de tumbas emprendida por Whitman en su expedición de 1866 se transformaría en un programa exhaustivo de reinhumaciones, combinado con adquisiciones de tierras para el establecimiento de una red de cementerios gubernamentales con capacidad para albergar los restos mortales de centenares de miles de soldados.39

Whitman recogió por todo el territorio de la División Militar del Tennessee una «cosecha de muerte», según sus palabras. En 1869 informó de que había reunido 114 560 soldados en veinte cementerios nacionales dentro del territorio que se le había asignado. Cada uno de los cadáveres fue colocado en un ataúd separado; su punto de inhumación original fue registrado y su destino final documentado por sección y número de tumba. Las inhumaciones costaron una media de 9,75 dólares por cuerpo, de los cuales 2 o 3 dólares correspondían al féretro. En última instancia, cada soldado reenterrado fue identificado por su nombre –si se conocía–, pues en 1872 el Congreso cedió al fin a la insistencia del intendente general Montgomery Meigs. En diciembre de 1868 Meigs escribió al secretario de guerra en términos que sugerían la importancia creciente de la opinión pública –los sentimientos de los «allegados» de los caídos– en la conformación de la política gubernamental respecto a los muertos. «No puedo creer –aseveró Meigs–, que aquellos que visitan las tumbas de sus familiares estén contentos de verlos etiquetados y numerados como si fueran policías londinenses o convictos. Todo hombre civilizado desea ver el nombre de su ser querido inscrito en su monumento». Y todo ciudadano merecía ser recordado como un ser humano individual e identificable.40

Mientras Whitman supervisaba el traslado de decenas de miles de cadáveres a los cementerios nacionales de la División del Tennessee, también continuaron en otras regiones del Sur los trabajos iniciados en 1865 por Moore y Earnshaw. Moore, responsable de los entierros de Virginia, Maryland y Washington D. C., concentró en los cementerios nacionales más

de cincuenta mil cuerpos. Así, por ejemplo, en las inmediaciones de Petersburg, Virginia, dirigió un destacamento de un centenar de hombres, cuarenta mulas y doce caballos que en un periodo de tres años trasladaron a 6718 soldados caídos en las campañas finales de la contienda al nuevo Cementerio nacional de Poplar Grove. Los difuntos reunidos procedían de más de noventa y cinco puntos diferentes de nueve condados. De estos, solo 2139 pudieron ser identificados con toda seguridad, a pesar de que se ofrecieron recompensas monetarias a los ciudadanos de la región que pudieran proporcionar información sobre los cadáveres. En el cementerio de Seven Pines, a unos diez kilómetros al este de Richmond, 1202 de los 1356 cadáveres hallados siguieron siendo soldados desconocidos.41

En Antietam, Moore dirigió a las unidades del Cuerpo de Enterradores del Ejército de Estados Unidos. Estas esperaban reunir unos ochenta mil caídos dentro de un radio de treinta kilómetros. Su objetivo era completar sus trabajos a tiempo para el quinto aniversario de la batalla, en septiembre de 1867. Algunos de los cadáveres –en particular los pelirrojos, como observó un testigo especialmente curioso– estaban «en un estado de preservación casi perfecto», lo cual facilitaba su identificación, mientras que otros solo pudieron ser reconocidos por los objetos distintivos con los que habían sido enterrados. Los camaradas de William Stickney del 7.º de Voluntarios del Maine se aseguraron de que no se uniera a las filas de los soldados desconocidos, pues le enterraron con una botella sellada que contenía su nombre, dirección y detalles de su muerte.42

En general, el porcentaje de identificaciones fue mejor que en Poplar Grove. En 1871, cuando finalizó el programa de inhumaciones, 303 536 soldados de la Unión habían sido enterrados en setenta y cuatro cementerios nacionales, y el Departamento de Guerra había gastado un total de 4 000 306 dólares y 26 centavos en las labores de recuperación de restos mortales. El intendente general Meigs reportó que un 54 % de los hombres habían sido identificados gracias a la atención prestada a los cuerpos y a sus tumbas originales, así como a las prolijas investigaciones en los archivos de los hospitales militares, listas de efectivos, informes de bajas e incluso documentación de la Comisión Sanitaria sobre muertes y entierros. Unos treinta mil de estos cadáveres eran soldados negros; fueron sepultados en zonas designadas «de color» en los planos de los nuevos cementerios nacionales y eran enumerados en columnas denominadas «negros» en los informes oficiales

del progreso de los entierros. Separados en unidades de tropas de color en vida, estos soldados también fueron segregados después de muertos, y solo alrededor de una tercera parte fue identificado. Era evidente que el ideal de igualdad ciudadana que animó el programa de inhumaciones tenía sus límites, a pesar del papel crucial de los afroamericanos en la identificación y entierro de los caídos de la contienda.43

El programa de inhumaciones representó una extraordinaria novedad para el gobierno federal, que evidenciaba la nación tan diferente que había surgido a consecuencia de la Guerra Civil. La extensión de los trabajos, su coste, su adjudicación al gobierno de la nación, no al de los estados, y su relación con el aspecto más personal de la existencia de un individuo, habría sido inimaginable antes de que la guerra crease sus legiones de difuntos, la circunscripción de las víctimas bélicas y sus afligidos deudos, los cuales cambiarían la definición de la nación y de sus deberes. Como observó Whitman: «El mundo jamás ha sido testigo de semejante consagración a un sentimiento del poder y los recursos de una nación».44

Por otra parte, esta empresa transformadora solo abarcó a los soldados de la Unión. Ellos eran los firmes defensores a los que la nación aspiraba a honrar; eran sus restos los que estaban en peligro de sufrir la venganza de los antiguos confederados; ellos eran los hombres cuyos familiares bombardearon al Departamento de Guerra con peticiones de información sobre sus muertes y sepulturas. La ausencia de preocupación oficial por los muertos confederados pronto resultó muy llamativa, incluso para algunos nordistas. John Trowbridge, un reportero de Nueva Inglaterra que escribía para el Atlantic Monthly, recorrió los campos de batalla de Virginia en 1865, poco después de que Moore hubiera completado la fase inicial de sus trabajos. Acompañado por un residente de la zona, Trowbridge se topó en el Wilderness con los restos insepultos de dos soldados. Quedó, informó, «aterrado» porque le habían dicho que los trabajos de inhumación «se habían hecho a conciencia». Su guía virginiano examinó los botones de los uniformes que habían caído de las ropas de los cadáveres corrompidos e informó a Trowbridge: «Son norcarolinos; por eso no los han enterrado». Trowbridge quedó aún más horrorizado cuando supo que no era una simple negligencia: sus cuerpos habían sido abandonados de forma deliberada y sistemática para que se pudrieran. «No podía creer que esa era la verdadera razón por la que no habían recibido un entierro decente».45

Trowbridge opinaba que los trabajos de inhumación federales debían incluir a los muertos confederados, lo cual le situaba en minoría, toda vez que el Congreso y el Norte estaban asumiendo una posición cada vez más radical respecto a la Reconstrucción. A comienzos de 1868 el New York Times relató una disputa entre tres políticos nordistas sobre la cuestión de los caídos rebeldes. El gobernador Reuben Fenton de Nueva York aconsejó dar un tratamiento humano a los muertos confederados y solicitó en vano su inclusión en el cementerio de Antietam dedicado en 1867 y en general en el programa nacional de inhumaciones. Sin embargo, el gobernador John White Geary de Pensilvania, quien había combatido por la Unión y cuyo hijo había fallecido en sus brazos, y el congresista republicano radical por Pensilvania John Covode, quien había perdido dos hijos en la guerra, no estaban dispuestos a mostrar tal generosidad, pues insistían en la «culpabilidad personal de cada uno de los soldados del ejército rebelde». El intendente general Meigs, responsable de la ejecución de la política federal sobre tumbas y enterramientos, guardaba un inmenso resentimiento por lo que consideraba que había sido el «asesinato» de su hijo John, fusilado en 1864 después de rendirse a unos confederados en el Valle del Shenandoah, en Virginia. No obstante, la mayoría de los veteranos, conscientes de los vínculos de deber que unen a todos los soldados, estaban más dispuestos a perdonar a sus antiguos enemigos. Aun así, habían librado una larga y destructiva contienda contra los rebeldes sudistas, por lo que les parecía inimaginable que aquellos que habían tratado de destruir la Unión recibieran las mismas honras fúnebres que aquellos que la habían salvado.46

Esta diferencia de trato entre los muertos tuvo efectos poderosos e inesperados. Los civiles sudistas, en su mayoría mujeres, movilizaron recursos privados para llevar a término lo que los recursos federales no harían. Sus trabajos para recuperar y honrar a los muertos confederados –y las organizaciones que engendraron– se convirtieron en un medio de mantener su identidad secesionista, y no solo la mantuvieron viva, sino vigorosa. El Sur empobrecido de la posguerra no pasó por alto que durante los cinco años que siguieron a Appomattox, el erario público gastase más de cuatro millones de dólares solo en los muertos nordistas.

La resolución conjunta del congreso de abril de 1866 de propuesta de una red de cementerios nacionales provocó una airada respuesta de los virginianos blancos. Los nordistas se equivocaban, proclamó el Richmond

Examiner, al pensar que el confederado «era menos héroe porque había fracasado». El diario, tras hacer un llamamiento a las feligresas de Richmond para que asumieran la responsabilidad de cuidar a los caídos de Virginia, remarcó la ironía inherente de dejar a los sudistas fuera de una nación a la que les habían obligado a volver por la fuerza. Si el soldado confederado «no es incluido en la categoría de los "muertos de la nación", entonces es nuestro […] y sería una vergüenza para nosotros si no cuidásemos de sus cenizas».47

El 3 de mayo de 1866 un grupo de mujeres de Richmond, en respuesta al llamamiento del Examiner, se reunieron para fundar la Hollywood Memorial Association of the Ladies of Richmond****. Las damas reunidas reconocían tanto la responsabilidad como el desafío a que se enfrentaban. Como reconoció la señora de William McFarland, recién nombrada presidenta de la asociación, la antigua capital confederada estaba «circundada por un ejército de muertos confederados». Miles de hombres yacían en tumbas olvidadas en el cementerio de Hollywood o en Oakwood, su homólogo en el extremo este de la ciudad, a conveniente distancia de donde había estado Chimborazo, el mayor hospital militar del Sur. Había decenas de miles de cadáveres dispersos por los numerosos campos de batalla que rodeaban la ciudad. La señora de McFarland consideraba que estos soldados no solo pertenecían a Richmond sino al Sur, y fue a las mujeres del Sur a las que dirigió su llamamiento. «Al morir», proclamó, los confederados «nos confiaron la vigilancia de sus tumbas». Cada sureño, insistió, tenía un deber hacia los caídos, tanto por gratitud a sus «nobles gestas» como por el dolor de su pérdida. Y cada habitante del Sur tenía un vínculo con tales hombres, pues aunque las familias confederadas sufrían diferentes «grados de aflicción y dolor, no falta la pena y la tristeza en ninguna de ellas».48

La asociación comenzó por reparar las once mil tumbas militares excavadas en Hollywood durante la contienda. Casi todas ellas requerían nuevos túmulos y tierra, y muy pocas contaban con lápidas adecuadas. Las damas también se ocuparon de los cuerpos dispersos por el campo, que consideraban que debían ser agrupados, como los muertos de la Unión, en terreno sacro y protegido. Con la ayuda de los granjeros de los campos de batalla de las afueras de la ciudad, la asociación organizó en el verano y otoño de 1866 el traslado de centenares de cadáveres a nuevas sepulturas del cementerio de Richmond.

Al otro lado de la ciudad, la Asociación Memorial de Damas por los Muertos Confederados de Oakwood, encabezada por un consejo ejecutivo que representaba a siete confesiones cristianas diferentes, decidió identificar y reparar las dieciséis mil tumbas bajo su cuidado. A comienzos de junio la asociación recibió presupuestos de cabeceras para las tumbas, a precios que oscilaban entre los 40 céntimos y un dólar la pieza: a mediados de mes pasaron un pedido inicial de mil unidades. Hacia el verano de 1867 el comité de cabeceras reportó que el trabajo había sido finalizado. En el transcurso de ese año se estableció también una Asociación Memorial de Damas Hebreas, dedicada al cuidado de las sepulturas de los treinta confederados judíos enterrados en la sección castrense del cementerio hebreo de la ciudad.49

Las damas de Richmond se financiaban por medio de donativos privados, por contribuciones de los legislativos de otros antiguos estados confederados cuyos soldados yacían en suelo de Virginia, y por medio de actividades de captación de fondos en las que participaba toda la comunidad –y todas sus confesiones religiosas– en el cuidado de los difuntos. En la primavera de 1867 la Asociación de Hollywood financió un bazar de dos semanas de duración que incluía la venta de artículos tales como tinteros tallados con huesos de caballos muertos en la guerra, o la rifa de los botones de la casaca de Stonewall Jackson. Sin embargo, la comercialización tenía sus límites: tanto la asociación de Hollywood como la de Oakwood, «declinaron respetuosamente» la oferta de un tal señor Webb de fabricar un jabón conmemorativo que debía venderse en su nombre.50

Como cabía esperar, el homenaje a los muertos confederados en los meses que siguieron a Appomattox incluyó la ornamentación de tumbas con flores de temporada. En la primavera siguiente tales tributos fueron más formales, a menudo con una combinación de oraciones, música y discursos. Henry Timrod, poeta laureado de la Confederación, el mismo que había saludado su nacimiento en «Ethnogenesis», rememoró su fin en un panegírico a los caídos que fue recitado mientras se decoraban las tumbas del Cementerio Magnolia, Charleston, en 1867. «No hay terreno más sagrado», afirmó,

[…] That where defeated valor lies;

by mourning beauty crowned.

[…] Que allí donde yace el valor derrotado;

coronado por la doliente belleza.

Cada localidad del sur celebraba este ritual un día diferente: el 10 de mayo, aniversario de la muerte de Jackson; o el 26 de abril, el día que Johnston se rindió a Sherman y la guerra finalizó por completo; el 30 o el 31 de mayo, cuando cabía esperar flores en abundancia; o el 3 de junio, cumpleaños de Jefferson Davis. Los del Norte también elegían con frecuencia un día de primavera para la conmemoración formal de los difuntos. En 1868 el general John Logan, comandante en jefe del Gran Ejército de la República*****, emitió una orden general que designaba el 30 de mayo el día en que debían «cubrirse de flores u otros ornamentos las tumbas de los camaradas caídos en defensa de su país durante la reciente rebelión». El Sur, culpable, según la orden de Logan, de «tiranía rebelde» continuó sus celebraciones separadas hasta después de la Primera Guerra Mundial. Todavía hoy, numerosos estados del Sur celebran el Día de los Caídos confederado en una fecha diferente a la fiesta nacional. Más de dos docenas de ciudades y localidades, del Norte y del Sur, reclaman la autoría del Decoration Day, nombre con el que se conocía en origen el Día de los Caídos. No obstante, parece más probable que estas conmemoraciones surgieran de forma independiente unas de otras. Estas celebraciones, al menos durante el medio siglo posterior a la Guerra de Secesión, continuaron reflejando divisiones que seguían separando tanto a los vivos como a los muertos.51

La empresa de inhumación nordista fue un trabajo oficial, profesional incluso, que tanto la geografía como la burocracia mantenían apartado de las vidas de la mayoría de los ciudadanos del Norte. Era un trabajo –y unos gastos– a cargo del Cuerpo de Intendencia del Ejército de los Estados Unidos y del gobierno federal. En el Sur, el cuidado de los muertos confederados fue, por necesidad, un trabajo de la gente, al menos de la blanca: se convirtió en un movimiento de base que implicó al Sur blanco en

una movilización que iba mucho más allá del propósito inmediato de conmemorar y llorar a los difuntos.

Winchester, en el confín septentrional de Virginia, había sido escenario de operaciones militares casi ininterrumpidas. Hubo tres acciones principales en Winchester, una por año, en 1862, 1863 y 1864; la localidad cambió de manos más de setenta veces en el transcurso de la contienda. Al igual que Richmond, Winchester estaba rodeada de muertos, por lo que sus mujeres crearon una organización similar para honrarles. Fanny Downing, quien asumió la presidencia de la Asociación de Damas para el Cuidado del Cementerio Stonewall Jackson, hizo público un «Llamamiento a las mujeres del Sur» similar al de la señora de William McFarland de Richmond. «Recordemos –proclamaba su llamada a rebato–, que pertenecemos al sexo que fue el último en llegar a la cruz, pero el primero al sepulcro […] encaminémonos pues, juntas de la mano, a las tumbas de los hijos de nuestro país, y que nuestras energías despierten y nuestros corazones se conmuevan con la siguiente reflexión: es lo mínimo que podemos hacer por nuestros soldados».52

Downing invocaba la larga tradición de responsabilidad femenina en el duelo por los muertos, aunque su profesión de lealtad a un país que se suponía que había renunciado a existir sugería una segunda motivación del liderazgo de las mujeres de la iniciativa de inhumación sureña. Enterrar con todo respeto a los vecinos y familiares era un acto privado y personal; honrar a quienes se habían alzado en rebelión contra el gobierno nacional era un acto de inevitable carácter público y político. Sin embargo, en los Estados Unidos de mediados del XIX a las mujeres se las consideraba seres cuya esencia era apolítica; sus agresiones y transgresiones podían ser –como de hecho había sido durante la contienda– ignoradas. Incluso durante la escalada de conflicto de la Reconstrucción, su género podía proporcionarles un margen de maniobra al reproducir el rol que habían desempeñado desde que descendieron a Jesús de la Cruz. La señora de Charles J. Williams, secretaria de la Asociación Memorial de Damas de Georgia, veía con claridad la naturaleza de género de estas demandas. «Puede que no se tomen medidas legislativas para honrar la memoria [confederada]», como se había hecho con los muertos de la Unión, «pero ni el radical más acérrimo que remonte su genealogía a la cubierta del Mayflower podrá negarnos el privilegio de rendir honores a quienes perecieron defendiendo la vida, el

honor y la felicidad de las mujeres sureñas». Más, el «simple privilegio» de conmemorar a los muertos confederados –como tantos otros actos femeninos durante la propia contienda– era, de hecho, un acto de elevada carga política; honrar a los caídos permitía a las mujeres reclamar poder y protagonismo en el nuevo Sur de posguerra. Garantizar la inmortalidad de los difuntos y de su memoria se convirtió en un medio de perpetuar la resistencia sudista a la dominación del Norte y a la reconstrucción de su sociedad.53



«Cementerio de Hollywood, Richmond, Virginia. Ornamentación de las sepulturas de los soldados rebeldes». Harper’s Weekly, 17 de agosto de 1867.

El 25 de octubre de 1866, una muchedumbre de unas cinco mil personas asistió a la consagración del Cementerio Stonewall, una necrópolis con 2494 soldados confederados recogidos dentro de un radio de unos veinticinco

kilómetros alrededor de la localidad. Ochocientos veintinueve de estos cadáveres quedaron sin identificar y fueron enterrados en un túmulo común rodeado por 1679 tumbas con nombre. El general Turner Ashby, osado comandante de caballería y héroe local fallecido en 1862, ejerció de oficial al mando de los muertos, así como de centro de atención de las ceremonias del día. Su anciana mammy****** fue traída para colocar una corona sobre su tumba, en una abierta celebración del mundo por el que había luchado la Confederación. La bandera estadounidense que ondeaba sobre el cercano cementerio nacional en el que ya había cinco mil soldados federales provocó «no poca hostilidad» del gentío, que abucheó e insultó a los miembros del Cuerpo de Enterradores del Ejército estadounidense. A un lado, dos mil quinientos confederados; al otro, cinco mil yanquis. Era tal vez la cuarta batalla de Winchester, pero esta vez todos los combatientes ya estaban muertos.54

Las mujeres fundaron asociaciones para la memoria en casi todos los confines en los que había concentraciones de cadáveres confederados. En Nashville, la asociación de mujeres adquirió parcelas en un cementerio ya existente para establecer en él un Círculo Confederado al cual trasladaron mil quinientos restos mortales de los campos de batalla de las cercanías. En Vicksburg, la Asociación de Damas del Cementerio Confederado supervisó la inhumación de mil seiscientos soldados de la campaña de Vicksburg en un «Reposo del soldado» situado dentro del cementerio de la ciudad. La Asociación para la Memoria Confederada de Chattanooga, liderada por la señora de J. B. Cooke, adquirió en 1867 un terreno donde reenterrar confederados de las inmediaciones. En Atlanta, Mary Cobb Johnson, «supervisó en persona» la recogida de los muertos en un radio de dieciséis kilómetros alrededor de la ciudad. En algunas fosas hallaron hasta noventa cadáveres, envueltos en mantas, con las manos colocadas sobre el pecho y sus sombreros sobre el rostro. En Marietta, la Asociación Memorial de Georgia añadió cuerpos traídos de los campos de batalla de la zona de Chickamauga y Ringgold a un sepulcro hecho durante la guerra, hasta sumar un total de tres mil tumbas confederadas. Un unionista de la localidad sugirió enterrar juntos a yanquis y confederados en el cementerio nacional establecido en Marietta, pero las mujeres de la zona reaccionaron con horror a la propuesta, e insistieron en que los muertos confederados fueran «protegidos de una mezcolanza promiscua con los despojos de sus

enemigos». En todos estos lugares los difuntos fueron agrupados por estado, en perenne tributo a los principios por los que se combatió el conflicto.55

Mujeres de toda Virginia respondieron al llamamiento de la señora McFarland. La Asociación Memorial de Damas de Appomattox, fundada, como tantas otras organizaciones hermanas, en la primavera de 1866, reunió en un cementerio confederado los cuerpos de diecinueve soldados sudistas de la última campaña de la guerra. La Asociación Memorial de Damas de Petersburg supervisó la inhumación en el cementerio de Blanford de treinta mil caídos confederados. En 1860 toda la población de Petersburg solo sumaba 18 266 habitantes, de los cuales el cincuenta por ciento eran negros. La Asociación Memorial de Damas de Spotsylvania proporcionó unas 2,2 hectáreas de terreno aproximadamente a medio kilómetro al nordeste de Spotsylvania Court House para los más de quinientos confederados que yacían dispersos por el escenario de la batalla de 1864. En Fredericksburg, la Asociación Memorial de Damas (todavía en activo a comienzos del siglo XXI) adquirió tierras en las que poder enterrar a 3553 confederados de catorce estados. Sus trabajos fueron inspirados por un poema compuesto en su honor por el padre Abram Ryan, autor de la popular balada de homenaje a la Causa Perdida, «The Conquered Banner», que les impelía a

Gather the corpses strewn

O'er many a battle plain;

from many a grave that lies so lone,

without a name and without a stone,

gather the Southern slain.

Reunid los cadáveres dispersos

en tantas llanuras de batalla;

en las que tantas tumbas yacen solitarias

sin nombre ni lápida

reunid los caídos del Sur.

Estos muertos habían perecido, insistía Ryan, por una causa que «aunque perdida, seguía siendo justa».56

El movimiento para el cuidado e inhumación de los muertos confederados, sin dejar de tener un inevitable carácter político, también tenía un profundo aspecto personal, pues proporcionaba a las afligidas familias cadáveres y sepulturas con las que reparar su dolor. El surcarolino John Palmer había perdido al primero de sus dos hijos que perecieron en la guerra en la Segunda batalla de Bull Run, en 1862. En el verano de 1869 comenzó a cartearse con Mary J. Dogan de la Asociación Memorial de Manassas, que había identificado la tumba de James Palmer junto a la de otros trece camaradas. Dogan quería retirarlo y llevarlo al futuro cementerio confederado de Groveton, donde están sepultados 266 soldados sudistas.

De inmediato, John Palmer remitió fondos para un ataúd de nogal y una lápida de mármol de más de un metro –por un coste de 32 dólares por los materiales y 1,86 dólares por transporte e instalación– en el que se esculpirían los detalles de la vida y muerte de su hijo. «La retirada del cadáver no tiene coste alguno» le aseguró Dogan, pues esto era responsabilidad de la asociación. En la tumba original de James, Dogan encontró una cruz y un medallón. También retiró la «bala fatal» ahora claramente visible bajo su esternón. Consciente de que los Palmer «darían gran valor» a esas reliquias, las remitió a Carolina del Sur. John Palmer llevó consigo la bala hasta el fin de sus días.57

Dogan les dio el pésame y afirmó que le gustaría «que todos aquellos que tienen seres queridos sepultados en este campo pudieran identificarlos con tanta facilidad y seguridad como la que usted ha tenido con su amado hijo. Mas, por desgracia, son muy pocos los que pueden». La tumba de James Jerman Palmer es una de las dos únicas tumbas identificadas de Groveton.

La Asociación de Manassas se había embarcado en una tarea ingente. En 1871, Dogan confesó a Palmer que a veces se sentía «muy desanimada, pues me parece imposible conseguir nuestro objetivo de enterrar a todos nuestros muertos, pero sigo albergando esperanzas de poder retomar el trabajo cuando comience la primavera, y si es posible finalizarlo este verano».58

A comienzos de la década de 1870, diversas asociaciones memoriales sureñas centraron sus atenciones en los miles de soldados confederados que todavía permanecían abandonados en el territorio del Norte. Gettysburg era un punto particularmente crítico, y no solo por haber sido el supuesto «punto crítico» de las campañas confederadas. Por toda la campiña de Pensilvania había un considerable número de muertos sudistas dispersos en puntos desprotegidos y sin identificar, expuestos a ser profanados por los norteños hostiles al Sur. Los congresos de varios estados sureños ofrecieron fondos para trasladar estos cadáveres al Sur, y las asociaciones memoriales urgieron tomar medidas sin demora. Así, por ejemplo, la Asociación Memorial de Savannah advirtió que una nueva roturación primaveral podría destruir por completo los restos mortales de los georgianos que seguían sepultados en Pensilvania, por lo que hizo un llamamiento a sus «asociaciones hermanas del estado a entrar en acción de inmediato para ayudarles a retirar tales restos».59

En Gettysburg, Samuel Weaver, encargado de supervisar las inhumaciones en el cementerio nacional, se había hecho con una lista de enterramientos confederados compilada por los soldados y por residentes locales. Aunque murió en 1871, su hijo Rufus, un joven médico que acababa de iniciar su carrera como médico en Filadelfia, aceptó responder a las solicitudes de ayuda de las asociaciones de damas. «Si todos pudieran ver lo que he visto –escribió–, y supieran lo que sé, estoy seguro de que nadie descansaría hasta que el último de los padres, hermanos e hijos sureños fuera retirado del Norte». Al parecer, Weaver no confiaba en la benevolencia de sus paisanos de Pensilvania hacia esas tumbas confederadas.60

Durante la primavera y el verano de 1871 Weaver desenterró y envió a 137 confederados a Raleigh, 101 a Savannah, y 74 a Charleston, donde fueron recibidos en el Cementerio Magnolia con una prolija ceremonia que incluyó discursos, himnos y rezos. En otoño, la Asociación Memorial de Hollywood contactó con Weaver, primero sobre los muertos de Virginia, y luego para

solicitarle el envío a Richmond de todos los confederados restantes. Durante los dos años siguientes, Weaver trabajó en la exhumación de cadáveres, que agrupaba y remitía al Sur en envíos regulares. Hacia finales de 1873 había enviado a la Asociación de Hollywood 2935 confederados.61

La ciudad de Richmond acogió su llegada con gran solemnidad: un cortejo que incluía más de un millar de exsoldados y cuatro generales confederados acompañaron a los muertos por la calle principal en dirección al cementerio. Sin embargo, la asociación no pudo reunir los fondos necesarios para reembolsar los gastos de Weaver, el cual nunca recibió los no menos de 6000 dólares que se le debían. A pesar de la lista de enterramientos y de los anuncios en los diarios en los que Weaver solicitaba información sobre tumbas confederadas, quedaron unos cuantos confederados por descubrir hasta por lo menos la última década del siglo XX. Los sorprendidos ciudadanos descubrieron estos restos mientras recolectaban plantas en 1888, pavimentaban un camino en 1895, excavaban zanjas para conducciones de agua en 1938, plantaban un jardín para los Eisenhower en los años cincuenta o caminaban junto a un terraplén ferroviario tras unas fuertes lluvias en 1996. Nunca se cumplió el objetivo de retornar al Sur a todos los soldados sureños. Aun así, las asociaciones de damas encabezaron una labor voluntaria, improvisada y descentralizada que superó obstáculos extraordinarios –de organización, financiación y logística– para traer a decenas de miles de soldados a unos sepulcros donde, al igual que sus homólogos de la Unión, podían ver reconocido su valor y su sacrificio.62

Ciertos historiadores han argumentado que las actividades de las asociaciones de memoria del Sur de la posguerra inmediata no tenían la explícita intencionalidad política de las conmemoraciones posteriores, las que tuvieron lugar después de la fundación de los Veteranos Confederados Unidos o las Hijas de la Confederación durante la última década del siglo XIX. En la década de 1890, la memoria confederada, vinculada a la virulenta política de la época, caracterizada por las leyes de Jim Crow, la pérdida de libertades y el refuerzo de los derechos de los estados, se convirtió en una fuerza que socavó de forma efectiva el sentido emancipador, nacionalista e igualitarista de la guerra. No obstante, las actividades anteriores de las asociaciones memoriales de damas, emprendidas en gran parte como respuesta directa a la exclusión de los confederados de las medidas del Congreso para el establecimiento de cementerios nacionales, tenían un

explícito carácter separatista, que proclamaba su lealtad a la Confederación tanto como a sus maridos, padres, hermanos e hijos. El reverendo John L. Girardeau, teólogo presbiteriano y orador en la ceremonia de recepción de los caídos de Gettysburg en el Cementerio Magnolia de Charleston, dejó clara la naturaleza política de esta concentración al remarcar que «no hemos venido aquí únicamente a llorar a los muertos». Esta ocasión debía abordar «cuestiones vivas», no solo el pasado; «gigantescos problemas afectan a nuestro futuro» que implican «los principios que nos llevaron a nuestra gran lucha», principios, en sus palabras, tales como los derechos de los estados y la oposición al «radicalismo» y a la «amalgama» racial. Los vivos, observó, se enfrentaban a una cuestión imperiosa e inevitable: «¿Murieron esos hombres en vano?». Honrar a los difuntos requería continuar defendiendo los principios confederados, que habían sido «derrotados, pero no necesariamente perdidos». Tan solo la vindicación del objetivo original del conflicto podía dar sentido al sacrificio de tantos hombres. La Confederación no perviviría como nación, pero en cierto modo sus muertos se convertirían en su representación corporativa y corpórea, no solo como símbolo de lo que habían sido sino como advertencia de lo que debían ser.

Ni los sureños ni los norteños que participaron en el movimiento de homenaje e inhumación lo hicieron para limitarse a «llorar a los muertos». Por el contrario, unos y otros devinieron, en un sentido muy real, los instrumentos de la inmortalidad de estos difuntos. Los caídos, concentrados en cementerios en masas, con sus sepulturas alineadas en filas como soldados en el campo de batalla, se convirtieron en una realidad viva, una fuerza con presencia y visibilidad propias. Mas, de forma paradójica, no derivaban su fuerza del anonimato. Los movimientos de inhumación de posguerra tanto del Norte como del Sur hicieron posible que numerosas familias pudieran identificar a sus difuntos y visitar o decorar sus tumbas, como los Palmer de Carolina del Sur o los numerosos solicitantes a los que Whitman y Moore prestaron asistencia. Estas reuniones de los vivos con sus muertos buscaban, por supuesto, poner fin al anonimato, recuperar sus nombres y esculpirlos en piedra y en monumentos para la posteridad. Sin embargo, la falta de individualidad de los caídos de la Guerra de Secesión también tenía un poderoso significado. Las necrópolis de la Guerra Civil –tanto las de los nacionales como las de los confederados– eran completamente diferentes a los cementerios a los que estaban acostumbrados los estadounidenses. No había agrupaciones de sepulturas familiares en los

patios de las iglesias, ni sepulcros ajardinados que simbolizan la reunión del hombre con la naturaleza. Por el contrario, los cementerios de la Guerra Civil contenían fila tras fila de humildes lápidas idénticas, donde centenares de miles de hombres, conocidos y desconocidos, representaban no solo el pesar o el hecho individual de un ser querido perdido, sino también el enorme e insondable coste de la contienda.63



Filas de soldados muertos. «Cementerio confederado de Vicksburg». Foto de Kenneth C. Zirkel, 2022.

El establecimiento de cementerios nacionales y confederados confirió a los caídos de la Guerra de Secesión la condición de categoría, de colectivo que representaba algo más, algo diferente que los muchos miles de muertes individuales que abarcaba. También separaba a los muertos de la memoria de los vivos que lloraban a sus difuntos particulares. Los muertos de la Guerra

Civil se hicieron a la vez poderosos e inmortales. Ya no eran individuos sino una fuerza que conformaría la vida pública estadounidense durante al menos el siglo siguiente. El movimiento de inhumación creó la circunscripción de los caídos, conspicua tanto por su existencia como por su silencio, hombres cuya ausencia de la vida estadounidense les convertía en una presencia que no podía ser ignorada.

NOTAS

1. Bushnell, H., 1881, 322, 327, 321, 340. Sobre Bushnell, vid. Cherry, C., 1972, 3-20, y Howe, D. W., 1983, 305-322.

2. Lowell, J. R., 1994, 372, 380.

3. Clara Barton al brigadier general D. C. McCallum, 14 de abril de 1865; Barton al secretario de Guerra Edwin Stanton, borrador, octubre de 1865, versión final fechada 27 de noviembre de 1865, Clara Barton Papers, LC.

4. «A los soldados retornados y otros» [1865], Clara Barton Papers, LC; Pryor, E. B., 1987, 154.

5. Sobre las órdenes generales, vid. Brevet Brigadier General J. J. Dana al Brevet Major General J. L. Donaldson, 19 de marzo de 1866, en Walt Whitman, Cartas recibidas, RG 92 EA-1 397A, y E. B. Whitman, Movimiento cementerial, en Informe definitivo, 1869, RG 92 E646, ambos en NARA; «Civil War Era National Cemeteries», disponible en [https://www.cem.va.gov/facts/Dates_of_Establishment_1.asp]. Vid. también U. S. War Department, Quartermaster General's Office, Compilation of Laws, Orders, Opinions, Instructions… , 1878; Roll of Honor: Names of Soldiers… , 1865-1871.

6. Special Order n.º 132 en «Report of Captain J. M. Moore», en Executive Documents Printed by Order of the House… , 1865-1866, vol. 3, 264-266; James M. Moore al intendente general Montgomery C. Meigs, 3 de julio de

1865, M619 208Q 1865, rollo 401, NARA. Vid. también solicitudes recibidas por el coronel James Moore, 1863-1866, RG 92 E581, Solicitudes de información sobre soldados desaparecidos 1863-1867, RG 92 E582, y cartas recibidas por Tommy Baker, secretario de la oficina de registros de enterramientos, 1862-1867, RG 92 E580, todos en NARA.

7. Sobre Andersonville vid. Marvel, W., 1994.

8. Clara Barton, diario, 8, 12 de julio, 5, 6 y 17 de agosto de 1865; Clara Barton a Edmund Stanton, s. f.; todos en Clara Barton Papers, LC; Pryor, E. B., op. cit. , 138.

9. Barton, diario, 5-8 y 17 de agosto de 1865, Clara Barton Papers, LC; vid. Solicitudes de información, NARA; Pryor, E. B., op. cit. , 138-142; MacCloskey, M., 1968, 32; «Report of Captain J. M. Moore», en Executive Documents Printed by Order of the House …, 1865-1866, vol. 3, 264-266. Vid. también Neff, J. R., 2005 y Steere, E, 1948, 149-161. Vid. Edmund Whitman Papers, 1830-1876, Schoff Civil War Collection, William L. Clements Library, Universidad de Michigan, Ann Arbor; Class of 1838 Class Book, call #HUD238.714, Harvard University Archives, Cambridge, Massachusetts; «1838: Whitman, Edmund Burke», Biographical File, call #HUG300, Harvard University Archives, Cambridge, Massachusetts.

10. Earnshaw citado en MacCloskey, M., op. cit. , 34.

11. Meigs citado en «Remarks on National Cemeteries» de E. B. Whitman en Sherman, F. T., Smith, R. W., Strong, W. E. y McClurg, A. C., 1869, 227.

12. E. B. Whitman a Thomas Swords, 13 de febrero de 1867, en Whitman, Informe definitivo; circular, 24 de enero de 1866, en E. B. Whitman, Letter Press Book, vol. 1, RG 92 A-1 397A, NARA; Whitman, Informe definitivo.

13. Whitman, Informe definitivo; A. T. Blackmun a E. B. Whitman, s. f., [1865]; John H. Castle a Whitman, 24 de enero de 1866, ambos en Cartas recibidas, RG 92 A-1 397A, NARA.

14. E. B. Whitman, Informe, 5 de mayo de 1866, Informes y listas de cementerios, RG 92 A-1 397A, NARA; Whitman, Informe definitivo.

15. Whitman a Donaldson, 26 de junio de 1866, en Whitman, Letter Press Book, vol. 1; E. B. Whitman, diario, vol. 2, RG 92 E-A1-397A, n. p., ambos en NARA; Whitman, «Observaciones sobre los cementerios nacionales», 229.

16. Teniente Thomas Albee a Thomas Van Horne, 28 de noviembre de 1865; Donaldson al intendente general Montgomery Meigs, 9 de diciembre de 1865; Barger a E. B. Whitman, 24 de febrero de 1866; todos en Whitman, cartas recibidas; [Whitman], Diario de un viaje por Kentucky, Tennessee y Georgia para localizar las tumbas dispersas de los soldados de la Unión [1866], vol. 1, 93, RG 92 E685, NARA.

17. Whitman, apéndice, Informe definitivo; Whitman, Movimiento cementerial; recorte de prensa, 4 de abril de 1866, Cartas e informes recibidos relativos a los cementerios, RG 92 E569, NARA.

18. Donaldson al coronel M. D. Wickersham, 17 de abril de 1866, Whitman, cartas recibidas; Dana, observaciones del intendente general, 26 de mayo de 1866, Informes sobre cementerios y listas RG 92 A-1 397A; todos en NARA.

19. Carter, D. T., 1985; Rable, G. C., 1984; Foner, E., 1988.

20. Whitman, Informe definitivo; U. S. House of Representatives, Select Committee on the Memphis Riots, Memphis Riots and Massacres, 1866 , 1969.

21. Whitman a Donaldson, 26 de marzo de 1866, en Whitman, Letter Press Book, vol. 1; Whitman, Informes y listas de cementerios; Whitman a Donaldson, 26 de marzo de 1866; Whitman a Donaldson, 18 de abril de 1866, Letter Press Book, vol. 1; [Whitman], Diario de un viaje; Whitman a Donaldson, 26 de marzo de 1866.

22. Whitman a Donaldson, 29 de abril de 1866, en Whitman, Letter Press Book, vol. 1.

23. «Remarks on National Cemeteries», de E. B. Whitman, 229; Whitman a Donaldson, 30 de abril de 1866, en Whitman, Letter Press Book, vol. 1.

24. Whitman a Donaldson, 24 de mayo de 1866, Letter Press Book, vol. 1; Whitman al brigadier general H. M. Whittlesey, 15 de mayo de 1866, Letter Press Book, vol. 1; Whitman a Donaldson, 24 de mayo de 1866, Letter Press Book, vol. 1.

25. Dana, Observaciones del intendente general.

26. Whitman a Donaldson, 26 de junio de 1866, Letter Press Book, vol. 1; [Whitman], Diario de un viaje, vol. 2, 26.

27. [Whitman], Diario de un viaje, vol. 1, 218, 240; vol. 2, 26.

28. Ibid. , vol. 2, 26.

29. Sobre las exequias en Charleston, vid. Blight, D. W., 2001, 68-71.

30. Whitman a Donaldson, 19 de junio de 1866; Whitman a Donaldson, 26 de junio de 1866; ambas en Letter Press Book, vol. 1.

31. Whitman a Donaldson, 26 de junio de 1866, Letter Press Book, vol. 1; E. B. Whitman, borrador de discurso, s. f., registros varios, RG 92 A-1 397A, NARA.

32. Clara Barton a Edwin Stanton, secretario de Guerra, octubre de 1865, Clara Barton Papers, LC.

33. Sobre género y contrato en este periodo, vid. Stanley, A. D., 1998. Vid. también Faust, D. G., 2005, vol. 11, 7-32. Este sentimiento emergente de responsabilidad nacional supuso un avance en la historia de los derechos humanos. Vid. Hunt, L., 2007.

34. James F. Russling, «National Cemeteries», Harper's Monthly Magazine 33 (agosto de 1866), 311, 312, 321.

35. Ibid. , 322.

36. Wilfred Owen, «Dulce et Decorum Est», disponible en [www.warpoetry.co.uk/owen1.html].

37. Whitman a Donaldson, 1 de octubre de 1866, Letter Press Book, vol. 1; Thomas citado en Whitman, Informe definitivo.

38. Whitman a Donaldson, 23 de septiembre de 1866, Letter Press Book, vol. 1; Whitman, Informe definitivo.

39. Congressional Globe, 39 th Cong., 1 st sess., 15 de febrero de 1867, 1374.

40. Whitman, Informe definitivo; declaración de Meigs de fecha 22 de diciembre de 1868, citado en Congressional Globe, 42 nd Cong., 2 nd sess., 8 de mayo de 1872, 3220.

41. Vid. www.itd.nps.gov/cwss/poplargrove/poplargrovehist.htm ; New York Times, 8 de julio de 1866, 4.

42. «The National Cemeteries», Chicago Tribune, 23 de enero de 1867, 2; Stotelmyer, S. R., 1992, 22.

43. «Report of the Quartermaster General», en Executive Documents Printed by Order of the House of Representatives… , 1872, vol. 2, 135-166; «Report of the Quartermaster General, Secretary of War», en Executive Documents Printed by Order of the House of Representatives… , 1871, vol. 2, 210; «Civil War Era National Cemeteries», disponible en [https://www.cem.va.gov/facts/Dates_of_Establishment_1.asp]. Los costes totales provienen de Snell, C. W. y Brown, S. A., 1986, 29; Leslie Perry, «Los muertos confederados» recorte de prensa del New York Sun [1898] En RG 92 585, NARA. Vid. la parcelación de los cementerios nacionales en Whitman, Informe definitivo. Sara Amy Leach, historiadora principal del Departamento de Asuntos de los Veteranos en la Administración Nacional de Cementerios, proporciona detalles de los entierros de afroamericanos en su carta a la autora, 5 de octubre de 2004. Sara Leach observa que las inhumaciones separadas se hicieron por costumbre, no por una regulación explícita. Para los formularios, vid. «Informe semanal del número de intervenciones», 28 de julio de 1866, Cartas e informes recibidos relativos a los cementerios, RG 92 E569, NARA.

44. Whitman, «Observaciones sobre los cementerios nacionales», 225.

45. Trowbridge, J., 1866a, vol. 17, 45, 46.

46. «Entierro de los Muertos rebeldes», New York Times, 30 de enero de 1868, 4; Weigley, R. F., 1959, 308-310.

47. Examiner citado en Mitchell, M. H., 1999, 64.

48. «To the Women of the South», en Daily Richmond Enquirer, 31 de mayo de 1866, recorte de prensa, Hollywood Memorial Association Collection, ESBL.

49. Oakwood Ladies Memorial Association, actas, 19 de abril de 1866, Oakwood Memorial Association Collection, ESBL.

50. Libro de actas, 1867, Hollywood Memorial Association Collection, ESBL.

51. «Ode» de Henry Timrod en Marius, R., 1994, 418. Respecto al día de los Caídos, vid. Blight, D. W., op. cit. , 70-73, disponible en [www.usmemorialday.org/order11.html]. Vid. también Blair, W., 2004, 44-76.

52. Downing citado en Rubin, A. S., 2007, 234.

53. Ibid. , 235; Neff, J. R., op. cit., 146-148. Sobre mujeres y política en la Guerra Civil, vid. Faust, D. G., 1996, 207-219.

54. «Virginia–Dedication of the Stonewall Cemetery–Feeling of the Southern People–Miscellaneous Incidents», New York Times, 29 de octubre de 1866, 8. Sobre Ashby, vid. Confederated Southern Memorial Association, History … , 1904, 149.

55. Ibid. , 92; Rubin, A. S., op. cit. , 236. Vid. también Foster, G. M., 1987, 36-46.

56. Abram J. Ryan, «Líneas respetuosamente inscritas a la Asociación Conmemorativa de Damas de Fredericksburg, Virginia», 31 de diciembre de 1866, VHS; «March of the Deathless Dead», de Abram J. Ryan en Ryan, A. J., 1884, 39. Vid. Krick, R. K., 1974.

57. Mary J. Dogan a John S. Palmer, 1 de julio de 1869 y Dogan a Palmer, 16 de junio de 1870, ambos en Towle, L. P. (ed.), 1996, 628, 650.

58. Dogan a Palmer, 16 de junio de 1870 y 25 de febrero de 1871, ibid. , 686.

59. Coco, G. A., 1995, 136. Sobre los muertos confederados en Antietam y los 2240 cadáveres inhumados en el cementerio de Hagerstown, Washington, vid. Stotelmyer, S. R., 1992 y Snell, C. W. y Brown, S. A., op. cit. También hubo muertos confederados que se quedaron en el Norte, enterrados en campos de prisioneros. Vid. por ejemplo, «Confederate Dead Cemeteries, Elmira», Confederate Dead Collection, ESBL.

60. Coco, G. A., op. cit. , 134.

61. Confederate Memorial Day at Charleston… , 1871; Mitchell, M. H., 1999, 83-92. Vid. también Correspondencia sobre los Muertos de Gettysburg, 1872-1902 y Correspondencia y memorandos relativos a la reclamación de Weaver, 1871-1873, Hollywood Memorial Association Collection, ESBL.

62. Coco, G. A., op. cit., 143-148; «Ghost of Gettysburg», Atlanta Journal and Constitution, 24 de noviembre de 1996, Dixie Living, 3.

63. Sloane, D. C., 1991.

---

*N. del T.: La Sangrienta Kansas (Bleeding Kansas) es el nombre con el que se denominó el periodo de choques violentos entre esclavistas y abolicionistas en el territorio de Kansas, desde su creación en 1854 hasta el estallido de la Guerra de Secesión.

** N. del T.: La Reconstrucción radical fue el periodo de la reconstrucción en el que los republicanos radicales, insatisfechos con la actitud conciliadora del presidente Jackson, tomaron el control del proceso de reconstrucción. La nueva mayoría del Congreso aprobó las leyes de reconstrucción de 1867-1868, que preveía el envío de tropas federales al sur para supervisar el establecimiento de gobiernos estatales más democráticos. También se modificó la constitución para garantizar los derechos civiles de los libertos y de los afroamericanos en general.

*** N. del T.: Nombre con el que se conocía en origen al Memorial Day , o Día de los Caídos.

**** N. del T.: Asociación memorial de Hollywood de las damas de Richmond. El cementerio de Richmond se llamaba, y se llama, Hollywood.

***** N. del T.: Organización de veteranos del Ejército de la Unión.

****** N. del T.: En las casas de los blancos sureños, una mammy era una esclava negra que se dedicaba a las tareas domésticas y al cuidado de los niños. La mammy es un estereotipo del Sur idílico, mujer maternal, obediente y protectora, «que sabe cuál es su lugar». Este cliché se prolongó en el cine del siglo XX con personajes como la Mammy de Lo que el viento se llevó (1939).

8

EL RECUENTO

«¿CUÁNTOS? ¿CUÁNTOS?»

«¿Qué imaginación puede captar este terrible cúmulo de angustia?».

Harper's Weekly, 24 de mayo de 1862.

Mientras los estadounidenses como Edmund Whitman y James Moore y Clara Barton y Mary Dogan y la señora William McFarland se esforzaban por dar nombre y sepultura a los fallecidos, también los iban contando: 13 363 en Andersonville, de los cuales 12 912 identificados; 6718 en Poplar Grove, de los cuales 2139 identificados; 2935 confederados de Gettysburg inhumados de nuevo en Hollywood; 303 536 soldados de la Unión sepultados en necrópolis nacionales. Ante la insuficiencia del lenguaje, el recuento parecía un modo de captar la magnitud del dolor, de trascender la aflicción individual para afrontar el significado de estas pérdidas para la sociedad y la nación. Contar los difuntos permitió trasladar el foco del individuo al total, de la muerte a los muertos. «Cuántos hogares han quedado desolados», se preguntó en 1863 una joven surcarolina, que no solo pedía un recuento de los caídos, sino también que se rindieran cuentas del impacto de esos óbitos. «¿Cuántas madres y hermanas y esposas han quedado sumidas en el luto desde que nos impusieron esta guerra? Una cifra interminable, y todavía no ha finalizado». Cuando por fin terminó la contienda, la nación exigió respuesta a sus demandas.1

En las décadas que precedieron a la guerra, el cálculo matemático había ganado importancia. Fue en esa época cuando una población sin la menor

formación en matemáticas –hasta 1803 no se exigieron conocimientos básicos de aritmética para ingresar en Harvard– comenzó a contar y a calcular, a enseñar matemáticas en las escuelas y a considerar que los números son herramientas para el dominio de la naturaleza y la sociedad. La Asociación Estadística Estadounidense, fundada por cinco bostonianos en 1839, creció en cuestión de meses hasta convertirse en una organización de ámbito nacional con estatutos, reglamentos y publicaciones periódicas. Hacia mediados del siglo XIX, los estadounidenses entraron en lo que la historiadora Patricia Cline Cohen definió como «fascinación por los números».2

Como puede colegirse del mismo término, la estadística surgió en estrecha alianza con los ideales expansionistas del estado, con la evaluación de sus recursos, fuerza y responsabilidades. Esta cuantificación se basaba muchas veces en censos, en demografía, o en registros de mortalidad, las mismas cuestiones de vida y muerte que asumieron nuevo protagonismo con el estallido de la guerra. Los estadounidenses afrontaron el conflicto y su mortandad con una predisposición a comprenderlo en términos cuantitativos. Esta fuente de conocimiento en apariencia objetivo prometía una base para controlar una realidad que escapaba los límites de lo imaginable. Los números eran un medio para poner sentido y orden a las «incontables tumbas» y los «infinitos muertos» glosados por la poesía de Walt Whitman.3

Sin embargo, contar caídos era tan difícil como darles nombre, y por los mismos motivos. Cuando Whitman les llamó «incontables» hablaba tanto de forma literal como figurativa. Del mismo modo que los ejércitos de la Guerra de Secesión carecían de procedimientos para la adecuada identificación de muertos y heridos, tampoco existían estructuras para proporcionar cifras precisas de las bajas. Los reglamentos castrenses requerían que los jefes militares adjuntasen listas de prisioneros, muertos, heridos y desaparecidos al informe oficial de cada acción. En los archivos nacionales pueden encontrarse centenares de esas relaciones manuscritas embutidas en cajas, pero son una documentación sumamente problemática, como descubrió E. B. Whitman cuanto acudió a ellas para identificar y enterrar de nuevo a miles de muertos de la Unión. Al final de cada choque, los comandantes solían tener preocupaciones más inmediatas que confeccionar los recuentos de bajas. Si los informes se habían hecho poco después de la batalla, la cifra de muertes era inferior a la real, no solo a causa

de la información incompleta, sino también porque muchos de los heridos que seguían aferrándose a la vida no tardarían en sucumbir. Por otra parte, un intervalo prolongado entre combate e informe de bajas –que, en ocasiones, podía extenderse varios meses– producía errores de otro tipo.

Los coetáneos de la Guerra de Secesión eran los primeros en reconocer las carencias de los datos oficiales de las bajas. William F. Fox, teniente coronel de la Unión que dedicó los años de la posguerra a documentar la cifra de caídos de la guerra, pronto vio que los informes oficiales eran una fuente de escasa utilidad. «Tras un duro combate –recordó Fox–, en el mejor de los casos, el comandante del regimiento escribía una larga carta a su esposa en la que detallaba las operaciones de su regimiento, y algunos de sus hombres remitían al diario de su pueblo un relato de los combates, pero no se remitía ningún informe oficial al cuartel general. Numerosos coroneles consideraban estos informes una tarea irritante e innecesaria». La moderna guerra de masas no había creado un aparato burocrático ajustado a su inesperada magnitud. «La, por así decirlo, contabilidad de nuestro ejército voluntario –escribió el excoronel de la Unión Thomas Higginson al tratar de compilar datos sobre los efectivos de Massachusetts–, fue tomada de la organización de nuestro pequeño ejército regular, el cual tuvo que pasar de forma repentina de miles a millones». El servicio del mantenimiento de registros, observó, solía recaer en un hombre de experiencia castrense «sin formación burocrática» o en «un burócrata sin ninguna preparación […] como soldado. En ambos casos, el resultado fue el desorden». La historia, concluye Higginson, solo puede ser «una ciencia inexacta».4

La fiabilidad de los registros castrenses también se veía afectada por los motivos de los militares para hacer un recuento de caídos. No se compilaban listas de bajas para informar de la pérdida de vidas humanas, como resulta evidente por la ausencia de algún procedimiento formal para notificar a los familiares. Se contaba sobre todo para evaluar los recursos militares, para ver cuántos quedaban con vida para seguir combatiendo. Un comandante necesita conocer sus efectivos. Es famosa la fijación del general unionista George McClellan tanto por sus cifras de combatientes como por las de su enemigo, pues siempre sobrestimaba la cifra de confederados a los que se enfrentaba, duplicándolos o triplicándolos, una obsesión por la estadística que le reducía a la inacción. Para William Tecumseh Sherman, un hombre de acción, no de reflexiones indecisas, los números eran un lenguaje con el que

expresar y evaluar los desafíos y los éxitos bélicos. Sus memorias de posguerra acompañan el relato de cada choque con un sumario de pérdidas presentado de la forma prescrita por el Departamento de Guerra para los informes de bajas. Así, por ejemplo, tras explicar la batalla de Atlanta, Sherman dedica varias páginas a cifras de pérdidas humanas, y concluye: «No me cabe duda de que los oficiales sudistas se congratularon por haber matado o mutilado a razón de dos o incluso seis a uno […] pero estaban en un error, y para demostrarlo adjunto unas tablas basadas en los informes oficiales de los archivos del Departamento de Guerra». Para Sherman, como observó el crítico literario James Dawes, el recuento viene a ser «la epistemología de la guerra». Su forma de comprender la contienda y argumentar su virtuosismo castrense era traducir su experiencia a cifras de muertos.5

Por otra parte, si un general necesita saber con qué efectivos cuenta, también busca ocultarlos al enemigo, unas añagazas tácticas que pueden distorsionar el registro histórico permanente. En mayo de 1863 el general Robert E. Lee emitió una orden general que criticaba la forma en la que se reportaban las bajas, pues esto animaba «a nuestros enemigos, al causar una falsa impresión de la magnitud de nuestras pérdidas». Según Lee, las estimaciones infladas y la tendencia de informar de las heridas leves se debía a que los comandantes se enorgullecían de las bajas sufridas «como prueba del servicio cumplido o de los peligros encontrados». Después de Gettysburg, el propio Lee siguió una estrategia muy diferente, pero también contraria a informar con precisión: comenzó a infravalorar, sistemática e intencionadamente, las pérdidas sufridas, a fin de ocultar el impacto devastador que dicha batalla había infligido a su ejército.6

Finalizada la contienda, cuando la inmediatez de la guerra pasó a segundo plano, se hizo aún más fuerte el orgullo sacrificial que Lee consideraba el origen de la peligrosa práctica de hinchar las cifras. Como se quejó William Fox, «las aseveraciones de conducta valerosa […] muy a menudo se basan en la longitud de la lista de bajas». Los regimientos competían por ver cuál había sufrido más caídos y, por tanto, había exhibido mayor valor. Fox vio que «ha habido demasiados informes descuidados y extravagantes de pérdidas en combate. Algunos oficiales remitieron cifras de pérdidas de sus regimientos que presentan una penosa discordancia con los datos que certificaron como correctos a la conclusión de la guerra». En la pugna por la

gloria de posguerra, las muertes sufridas se convirtieron en signo de victoria, no de derrota.7

La tarea de compilar las estadísticas mortales definitivas fue motivo de preocupación en los años que siguieron a Appomattox. No obstante, al igual que ocurrió con el movimiento de reinhumación, los yanquis y los confederados disponían de recursos muy diferentes que dedicar a esta misión. Los norteños emplearon la burocracia en expansión del estado-nación triunfante no solo para enterrar a los difuntos sino también para contarlos. El censo de enterramientos solicitado por el intendente general al fin de la contienda contribuyó a ello, pues dio lugar, como ya hemos visto, al movimiento de reinhumación y las veintisiete ediciones de la Roll of honor, cuyos listados de tumbas proporcionaron una primera aproximación a la cifra total de caídos de la Unión. Los responsables castrenses también ordenaron que, antes de desactivar los regimientos federales, estos remitieran una «lista de efectivos» con el nombre y destino –herido, muerto en combate, fallecido de enfermedad, desertor, capturado, licenciado– de todo hombre que hubiera servido en algún momento del conflicto. El Departamento de Guerra les proporcionó grandes formularios impresos, de una yarda cuadrada [0,8 m2], con las entradas necesarias, que debían ser remitidas en múltiples copias. William Fox se basó sobre todo en esos documentos para su compilación de bajas, pues consideraba que mostraban «de forma clara y precisa las pérdidas mortuorias de los regimientos a los que pertenecen».8

John W. De Forest, oficial de la Unión convertido en escritor, sugiere motivos para un cierto escepticismo. En su popular novela Miss Ravenel’s Conversion from Secession to Loyalty [La conversión de la Srta. Ravenel de la secesión a la lealtad], publicada en 1867, el autor presenta un vivo retrato de los desafíos a los que se enfrentaba un oficial que tenía que completar las listas de efectivos después del fin de la guerra. El capitán Edward Colbourne, embotado por «nubes de fiebre y morfina» se enfrenta a «una montaña de informes de compañía» para completar la misión asignada en los tres días de que disponía antes de que la tropa se marchase. Él es, observa, el único hombre de su unidad que ha estado presente desde su creación y por tanto el único con los recuerdos necesarios. Al final de una larga noche de trabajo, remite el documento completo para que otros lo copien, se desmaya, y queda postrado en cama durante cuarenta y ocho horas. Uno no puede

dejar de preguntarse si William Fox llegó a leer la novela de De Forest o si se dio cuenta por sí mismo de que sus datos dependían de las contingencias de la memoria y las circunstancias.9

Entre 1865 y 1870 el Departamento de Guerra reconoció las deficiencias de sus registros, pues emitió una serie de informes que presentaban cifras diferentes –siempre al alza– de pérdidas de la Unión. En 1866, el Informe final del general preboste al secretario de Guerra contó 279 689 muertos, pero a comienzos de 1869 el ayudante general revisó esa cifra hasta las 294 416 y, un año después, en respuesta a un requerimiento del cirujano general, informó de un total de 303 504 caídos. En 1885, Joseph Kirkley, titular del recién creado cargo de responsable de estadísticas del Departamento de Guerra, presentó otra cifra de caídos federales: 359 528. Información adicional sobre fallecimientos en las prisiones confederadas agregó a esta cifra un pequeño ajuste adicional, otros 694 caídos más, hasta llegar al recuento que sería comúnmente aceptado: 360 222.10

Estas revisiones constantes se debían en buena medida a la información que iba llegando de personas particulares, solicitantes de pagas, pensiones y subsidios federales por sus familiares muertos, establecidos en 1862 y que fueron expandiendo de forma sistemática el resto del siglo. La creación de este exhaustivo sistema de pensiones para veteranos de la Unión hizo necesaria una información sistemática y precisa del servicio militar. El conjunto de listados y reportes de efectivos, informes hospitalarios y listas de bajas confeccionados durante la guerra no habían generado un informe personal de cada soldado y por tanto no proporcionaba un archivo de fácil acceso con el que reclamar una pensión. Para rectificar esta situación, el gobierno federal trabajó para crear de la masa de documentación bélica una serie de archivos que detallasen la hoja de servicios de cada soldado individual. Con el tiempo llegarían a ser conocidos como el Archivo Compilado del Servicio Militar, que desde 1903 también incluyó a los soldados confederados, no solo a los de la Unión. Se redactaron en tarjetas indexadas separadas por archivos de cada soldado individual casi treinta millones de entradas de soldados nordistas y seis de sudistas, cada una de las cuales acreditaba un nombre en una lista de efectivos, un censo hospitalario, una lista de bajas o en cualquier otro tipo de formulario oficial. El trabajo requerido fue de tal magnitud que fue necesario un pequeño ejército de administrativos. El peso de la historia, en el sentido literal del término,

infligió nuevas bajas durante la posguerra. En 1893, la acumulación de trabajadores y documentos en las oficinas del Teatro Ford, de infausta memoria –fue allí donde, veintiocho años antes, Lincoln había sido asesinado– provocó el hundimiento de dos plantas y la muerte de veintidós empleados.11

Las iniciativas de recuento de los difuntos, tanto las públicas como las privadas, precedieron y se hicieron en paralelo a las dirigidas en exclusiva a la reclamación de pensiones. Casi todos los estados del Norte y muchos de los del Sur habían confeccionado recuentos y listas mucho antes de que la ampliación de la cobertura de las pensiones hiciera necesaria una importante participación federal. Ya incluso durante el conflicto hubo estados que autorizaron la creación de «Listas de honor» y otros registros de nombres de aquellos que habían servido y caído. Muchas de esas medidas fracasaron a causa de las vicisitudes bélicas, pero en los años que siguieron a Appomattox casi todos los estados nordistas renovaron sus iniciativas para crear un listado.

El Congreso de Pensilvania, por ejemplo, autorizó en 1864 la elaboración de un listado exhaustivo de soldados, pero este proyecto no dio inicio hasta 1866. Samuel Bates, historiador estatal de Pensilvania, descubrió que su misión no era nada fácil, pues lo único de que disponía para sus trabajos fue un archivo parcial de listas de efectivos que encontró en la oficina del ayudante general del estado. Su «único recurso», reconoció, era contactar con oficiales e interrogarles sobre la historia de sus unidades.12

Massachusetts hizo dos intentos separados de compilar el historial de servicio de sus soldados. En 1868 y 1869 se imprimieron los listados que se guardaban en la oficina del ayudante general del estado, pero no fue hasta veinte años más tarde cuando el legislativo de Massachusetts creó el puesto de historiador del ejército y la armada en el estado. El primer responsable del cargo, Thomas Wentworth Higginson, recibió el encargo de compilar una lista indexada de soldados y marinos de Massachusetts que incorporase la información más precisa reunida por la oficina federal de pensiones. Higginson, además de listados de soldados, también publicó resúmenes estadísticos de bajas por unidad y acción. Según sus conclusiones, Massachusetts envió a la guerra a 113 835 hombres, de los cuales pereció un total de 13 498. El escepticismo de Higginson respecto a la precisión de la

historia tenía bases sólidas: en 1997, una compilación de soldados de Massachusetts basada en los registros de los archivos nacionales contabilizó un total de 146 738.13

Los confederados, aun cuando desde 1865 carecían de nación-estado, burocracia gubernamental o expectativas de recibir pensiones federales, emplearon los recursos de los particulares y de los estados en una iniciativa similar de documentación y homenaje a las vidas y muertes de sus combatientes. Sin embargo, el carácter incompleto de los archivos confederados planteaba un desafío especial. La cifra de 258 000 muertes militares confederadas a menudo citada por los historiadores puede considerarse, en el mejor de los casos, una conjetura. La desintegración del Ejército confederado hizo imposible la recolección de datos exhaustivos una vez finalizada la contienda, y los traslados de los archivos confederados, desde la evacuación de Richmond a su captura en Charlotte, Carolina del Norte, y su posterior adquisición por parte del Departamento de Guerra estadounidense causó la desaparición de una cifra importante de listados regimentales de bajas y otros documentos oficiales. Así, por ejemplo, apenas se conservan listas de efectivos de los contingentes de Alabama y todos los registros posteriores a 1864 son muy fragmentarios. A pesar de ello, la mayoría de los estados, tanto los del Sur como los del Norte, compilaron y publicaron relaciones de los que sirvieron y de los que murieron, que continuaron publicándose hasta bien entrada la segunda década del siglo XX.14

En 1862 el congreso de Carolina del Sur aprobó una resolución en la que se solicitaba la elaboración de un libro de registros exhaustivo «como muestra de respeto» a los muertos de las Carolinas. El reporte resultante estuvo plagado de errores. En 1864, se designó al profesor William Rives, del College de Carolina del Sur, para que emprendiera un nuevo intento. Este tuvo que luchar con la devastación bélica, la interrupción del servicio postal y un apoyo financiero insuficiente. A fuerza de publicar anuncios en los diarios con peticiones de información, revisar obituarios, entrevistar a veteranos, requerir ayuda a los recaudadores de impuestos y llenar libretas de «rústico papel marrón» con datos, hacia 1870 había reunido los nombres de doce mil soldados surcarolinos fallecidos al servicio de la Confederación. Aun así, observó, «no pude completar la tarea como me habría gustado». En 1912, la Comisión histórica de Carolina del Sur volvió a retomar esta misión

una vez más. A. S. Salley, secretario de la comisión, publicó en 1913 tres volúmenes que cubrían cinco regimientos de infantería.15

En Carolina del Norte, John W. Moore acudió a los informes confederados que se hallaban en manos del Departamento de Guerra estadounidense para superar los obstáculos planteados por los datos erróneos e incompletos disponibles en el estado. Sin embargo, vio que estos informes oficiales también eran insuficientes. «Casi ninguno tenía un recuento completo de las bajas –escribió–. Los iletrados sargentos de ordenanza», generaban «unas transcripciones realmente maravillosas» aunque, más que maravillar, lo más probable es que dejasen atónitos a aquellos cuyos nombres escribía de forma tan creativa. A pesar de ello, Moore consideró que los cuatro volúmenes que publicó en 1882 constituían la representación estadística más precisa posible de Carolina del Norte.16

Hubo iniciativas sureñas que iban más allá de los estados individuales, pues buscaban dar respuesta a metas abiertamente separatistas. La recién formada Sociedad Histórica Sureña, establecida en 1869 con el compromiso de «vindicar la verdad» de la historia de la Confederación, aspiraba a proporcionar un recuento preciso de las pérdidas sudistas. En 1869, su secretario, el distinguido médico Joseph Jones, hizo partícipe al antiguo ayudante general confederado, Samuel Cooper, de su estimación de bajas. Jones sostenía que una tercera parte de todos los hombres que combatieron de forma activa en el bando sudista había muerto en el conflicto. Cooper afirmaba que estas cifras eran «casi […] correctas» pero consideraba que una investigación más detallada de los archivos confederados ahora en manos del gobierno federal proporcionaría mayor detalle y precisión. Tanto para Cooper como para Jones, determinar el total de efectivos de Norte y Sur y documentar las extensas pérdidas sudistas podrían explicar –y justificar– la derrota, además de proporcionar evidencias irrefutables de la «resolución, inigualable bravura y pericia» del soldado confederado.17

Hubo ciudadanos del Norte que emprendieron por cuenta propia un recuento de las bajas y muertes de la guerra. Frederick Phisterer, un inmigrante alemán condecorado con la medalla de honor por su heroísmo en la batalla de Stones River (1862), publicó en 1883 un Statistical Record of the Armies of the United States [Registro estadístico de los Ejércitos de los Estados Unidos] que suplementaba la popular serie de trece volúmenes publicada en

Scribner, Campaigns of the Civil War [Campañas de la Guerra de Secesión]. La obra de Phisterer incluía capítulos sobre «pérdidas» y «oficiales fallecidos en servicio». William Fox sostuvo que su monumental Regimental Losses in the American Civil War [Pérdidas de regimientos en la Guerra de Secesión], publicado en 1889, ofrecía cifras «completas y exhaustivas» tanto de las unidades nordistas como sudistas. Thomas Livermore, antiguo mayor de los voluntarios de Nueva Hampshire durante la guerra, trató de amplificar y revisar las conclusiones de Fox en su Numbers and Losses in the Civil War in America [Cifras y bajas en la Guerra de Secesión estadounidense], que fue primero un ensayo presentado ante la Sociedad de Historia Militar de Massachusetts en 1897 y más tarde un libro publicado en 1900. Frederick Dyer emprendió un esfuerzo aún más exhaustivo con su Compendium of the War of the Rebellion [Compendio de la guerra de la rebelión] de 1908. Sus 1796 páginas estaban basadas, según aseguraba a sus lectores, en «información auténtica de todas las fuentes fiables y disponibles». La obra oficial del gobierno, Official Records of the War of the Rebellion [Registros oficiales de la Guerra de la Rebelión], que, iniciada en 1874, alcanzó la cifra de 128 volúmenes publicados, era, sostenía Dyer, «terriblemente insuficiente», lo cual hacía imperativo su trabajo. El primer volumen de Dyer se inicia con un sumario de las tropas alistadas al ejército de la Unión y sus pérdidas, que incluían cifras de caídos en acción, a causa de heridas, enfermedades, suicidios, e incluso de insolación. Sin embargo, Dyer perpetuó errores de los datos gubernamentales que Fox había corregido casi dos décadas antes.18

Los estadounidenses, fueran del Norte o del Sur, como funcionarios o como ciudadanos particulares, generaron un sinnúmero de recuentos de los muertos de la contienda. Aun así, seguían estando muy lejos de lograr un conteo definitivo. Pero era la especificidad, no la precisión de estos totales lo que atraían a los estadounidenses que buscaban consuelo en el carácter comprehensivo y aprehensible de los números. Una cifra podía servir para comenzar a entender la totalidad de tantos muertos y transmitir la enormidad del coste de la contienda.

Mientras hacían el recuento, los estadounidenses especulaban cuál era el verdadero significado de esos números que sumaban con tanto afán. Joseph Jones contaba soldados y sus muertes tanto para demostrar el valor sureño como para explicar la derrota de la Confederación, cuya inferioridad

numérica hacía inevitable la derrota. Los jefes de regimiento participaban para contar la historia de «lo bien que había resistido [su unidad]» y para ser recordados por ser aquellos cuyas pérdidas, y por tanto su coraje, había sido más grande. Los estados, tanto los del Norte como los del Sur, enumeraban sus muertos para honrar a los caídos. Un nombre en una lista era como un nombre sobre una sepultura, un repositorio de la memoria, un alarde de inmortalidad para quienes habían hecho el sacrificio supremo. Y los centenares de miles de muertos de la Guerra de Secesión que seguían sin un nombre podían al menos ser contados. Los nombres podían seguir siendo desconocidos, pero los números no tenían por qué serlo.19

Los estadounidenses contaban para definir el concepto emergente de que los muertos de la Guerra Civil eran una pérdida nacional definida y compartida que trascendía el duelo individual. Numeraban para delimitar las dimensiones del sacrificio de la contienda y el precio pagado por la libertad y la unidad nacional. Contaban porque los números les ofrecían una ilusión de certidumbre y de control tras la conclusión de un conflicto que parecía haber transformado los límites de la brutalidad humana. También recontaban por el simple hecho de que había muchos cadáveres que contar. Los números parecían el único modo de capturar la novedad más espectacular de esta conflagración: el tamaño del cataclismo y de su coste humano. Mas, si las cifras resolvían unos problemas de comprensión, también planteaban otros. William Fox temía que la magnitud descomunal de la mortandad bélica la hiciera imposible de aprehender. «Cuando las cifras se agrandan –escribió–, no transmiten una idea nueva, tanto si se duplican como si se triplican». La solución que proponía era presentar las bajas a nivel de regimiento, para así reducir los números a una escala, en su opinión, más humana: «tiene un límite de tamaño bien delimitado, y sus pérdidas son inteligibles». Fox urgía a sus lectores a no «impacientarse ante esas estadísticas». Los números no eran «cifras ordinarias» sino «estadísticas, cada una de las cuales representa el rostro lívido y postrado de un soldado muerto». No eran frías abstracciones sino números que, afirmaba, poseían un rostro humano.20

La lista de efectivos que sirvió de fuente de su análisis estadístico era una agregación, pero Fox aseguraba que sus listas ofrecían algo más que simples números. Sus breves entradas evocaban «tristes estampas» de vidas y muertes individuales. Detrás de cada nombre había un mundo. «Ninguna historia bélica podrá compararse al relato de este listado de bajas», insistía.

«Muerto el 3 de mayo de 1863 en las alturas de Marye», y el compilador deja a un lado el lápiz para rememorar una vez más la furiosa carga que remontó las pendientes de Fredericksburg.

«Herido y desaparecido, 6 de mayo de 1864, en el Wilderness» indica una sepultura sin nombre señalada, si cabe decir tal cosa, por una lápida gubernamental con el breve y triste epitafio: «Desconocido».

«Muerto en Malvern Hill, 1 de julio de 1862;» aquí surge la imagen de un artillero muerto al pie de su cañón […]

«Muerto de fiebres en Young's Point, Miss.,» nos recuerda una de las campañas en las marismas y en los tremedales mefíticos, donde los hombres caían a decenas ante un enemigo más mortal y despiadado que la bala.21

Fox ofreció a sus lectores algunos de sus descubrimientos más «curiosos», testimonio de la sorprendente variedad de formas de perecer de los soldados: Lorenzo Brown del 112.º de Illinois, «muerto por la coz de una mula»; J. A. Benedict, del 5.º de Caballería de Nueva York, «fallecido después de que se le amputase el pulgar que le había mordido un hombre»; Jacob Thomas, del 38.º de Ohio, «se mató al caerse de un árbol»; A. Lohman del 8.º de Nueva York, «murió envenenado en misión de piquete, después de beber de una botella que encontró en una casa abandonada». Con esta lista de curiosidades, Fox ilustró que, tras las «estadísticas completas y exhaustivas» de su Regimental Losses, estaban las muy particulares –peculiares, incluso– muertes de centenares de miles de individuos.22

Fox enuncia aquí el dilema central de todo intento de comprender la mortandad de la Guerra de Secesión: cómo captar el sentido de una muerte individual y el significado de centenares de miles. Según la frase de Joseph Stalin, basada por igual en la experiencia y en la reflexión: «Una muerte es una tragedia; un millón es estadística». Medio siglo antes, Fox hizo una observación similar. «Es difícil –escribió–, comprender el significado de los números […] es fácil imaginar a un hombre muerto; o diez; o, quizá una

veintena […] pero ni siquiera [el veterano] es capaz de comprehender el amargo sentido de cien mil, cada uno de los cuales representa la tumba ensangrentada de un soldado. Las cifras son demasiado grandes». No obstante, seguía siendo imperativo entender la inmensidad de lo ocurrido en esos cuatro años de conflagración.23

Walt Whitman también se enfrentó a esa misma tensión. Le fascinaba la magnitud de la contienda, pues consideraba que esta daba la medida de su alcance democrático. Las estadísticas eran un medio vivo de presentar las dimensiones y el impacto del conflicto, y fueron números lo que empleó para presentar su «resumen» de la guerra cuando cesaron los combates. Definió su propia experiencia a través una estimación de los enfermos y heridos que visitó («entre 80 y 100 000»). Mas, para retratar y caracterizar la contienda, invocó el número de difuntos: conjeturó cuántos podían haber quedado completamente insepultos, cuántos en «lugares todavía sin localizar» y, por fin, lo más importante, cuántas lápidas mostraban «la crucial palabra DESCONOCIDO». Al tiempo que trata de imaginar esos muertos «incontables», –«el millón de muertos», como los definió– también los consideraba propios, a todos y cada uno de ellos. Eran a un tiempo «infinitos» e íntimos: «todos, todos, todos estimados por mí». Cada soldado era, para Whitman, «un hombre tan divino como yo mismo»; cada uno, aun cuando yaciera ignorado y desconocido, era «mi querido camarada». Estos combatientes individuales representaban, para Whitman, «la verdadera guerra», el sentido genuino del conflicto devastador. Su abstracción de uno a muchos y su encarnación de los muchos en uno servía de sinécdoque tanto política como poética. Para comprender, aunque fuera «un atisbo de esta guerra», Whitman considera necesario tratar siempre de «multiplicar, por veinte, o mejor por cientos», cada una de las «escenas infernales» de la batalla y de los soldados particulares a los que vio sufrir y morir.24

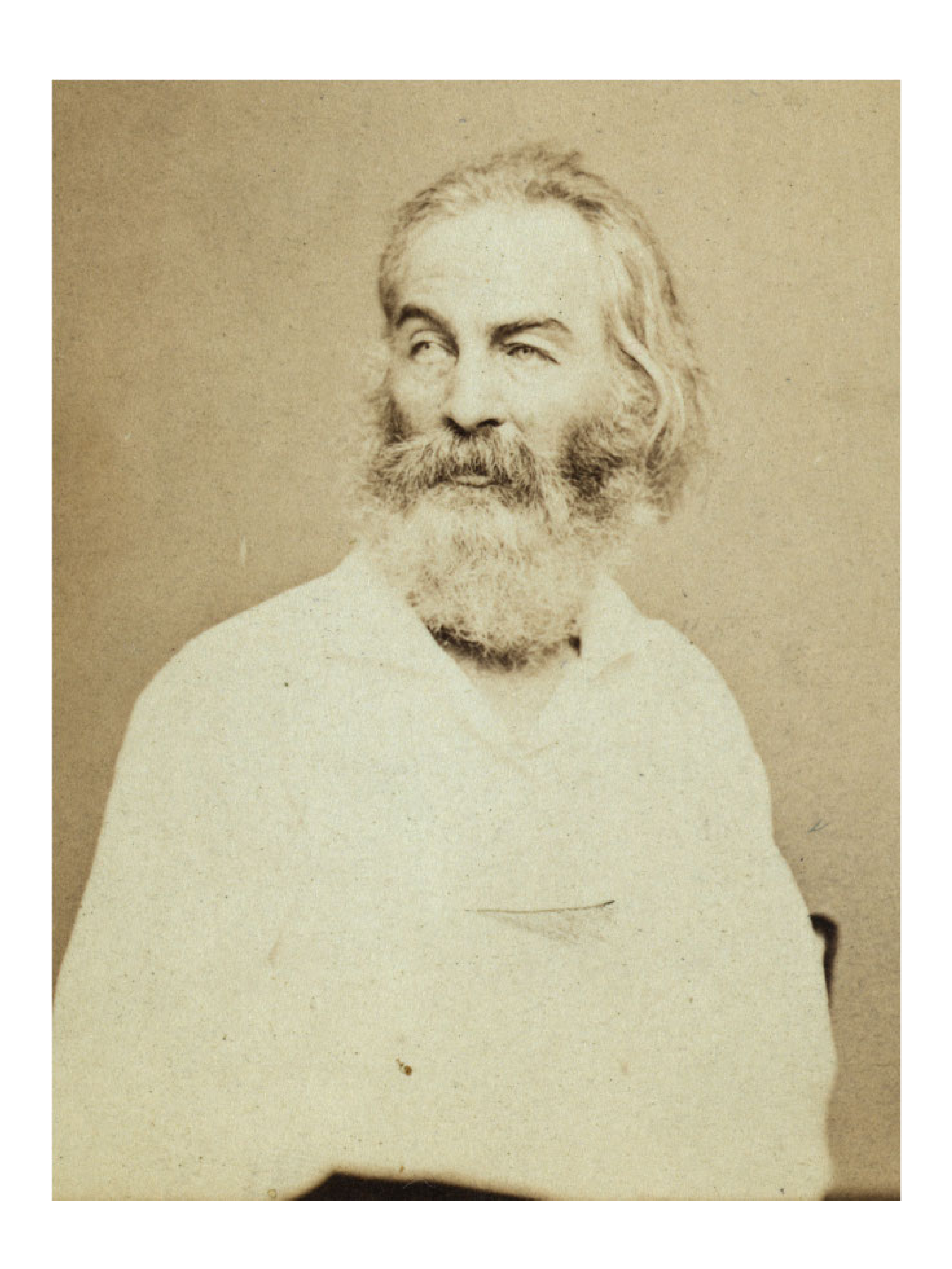
Este dilema del uno y los muchos atormentó por igual a norteños y a sureños y fue el tema central de la cultura popular de la contienda. ¿Cómo dar sentido a tantísimas muertes? Y, de igual modo, ¿cómo podía continuar importando la muerte de un individuo entre la pérdida de tantos? «Sin novedad en el Potomac esta noche», decía una balada cantada tanto por confederados como unionistas, y que reflexionaba sobre la ironía de que la muerte de un solo soldado no fuera digna de mención*. «No es nada», decía, pues ahora lo habitual era una extensa lista de bajas: «un soldado raso o dos

aquí y allí no cuentan en las noticias de la batalla». La misión de este tema era reclamar la importancia de esta vida individual, del marido y padre que había caído en esta noche «sin novedad» de igual modo que los miles que perecían en el fragor de una gran batalla. Era un hombre, decía la canción, que cuenta, aún cuando no le cuenten.25

Un relato publicado en 1862 por Harper's Weekly, titulado «Solo un muerto», reflexionaba sobre la misma cuestión. Este cuento es un gesto de resistencia popular a la insignificancia de una muerte individual frente al, en palabras del autor, «terrible cúmulo de angustia». El protagonista de la historia recibe un informe de «un muerto», a lo que responde de forma despreocupada que la noticia es tan insignificante que «no vale la pena un telegrama». Los «tristes ojos grises» de un hombre sentado cerca «reprueban en silencio» su insensibilidad, pues, como se ve más adelante, el difunto es el único hijo de aquel hombre. «¡Solo un muerto! –exclama el narrador–, ¡Qué impresión tan diferente tenía ahora! Ya no era un anuncio sin publicar en el diario, sino una realidad cruda y presente». El problema del individuo y la multitud era un aspecto central en el problema de «realizar» a la que se enfrentaban los estadounidenses. «Un, dos, trescientos muertos o mutilados. Pensar en ello es espantoso; pero debemos detenernos en los casos individuales para llegar al corazón de este terrible asunto», explicaba el narrador, cuyo relato trataba justamente de lograr eso. Un soldado neoyorquino, Charles Lewis, optó casi por el mismo lenguaje que el autor de Harper's después de que su brigada relatase haber perdido «solo uno» en una acción. Decimos «solo uno» sin pensar nunca que ese uno lo era todo para alguien. Incluso si hubieran sucumbido un millón, habrían sido «solo uno» en un millón de hogares.26

Al igual que la labor de identificar a los caídos, hubo poemas, canciones y relatos que trataban de preservar el significado del individuo entre la multitud, con títulos como «Uno de muchos», «sólo ha muerto un soldado raso», «sólo un muerto» o simplemente «solo». Mas los números complicaban esta idea. Por un lado, contar igualaba: en las cifras de bajas, rango y condición desaparecían. Pero, al mismo tiempo, los números borraban la individualidad que estaba a su vez íntimamente vinculada a los objetivos de igualdad y democracia de la contienda. Nombrar individualizaba a los muertos, pero contar les agrupaba. Ambas iniciativas servían a dos necesidades, opuestas pero coexistentes, y remarcaban la

paradoja inherente en la aceptación de la mortandad de la Guerra de Secesión.27



Walt Whitman. Fotografía de Mathew Brady. Biblioteca del Congreso.

La distancia, la discrepancia entre el individuo y la multitud yuxtaponía y reforzaba dos formas de comprender la experiencia de la contienda civil. El sentimentalismo y la ironía crecieron en paralelo en la conciencia bélica de los estadounidenses. El sentimentalismo sacaba su fuerza de la necesidad de resistir la incomprensibilidad de la muerte en masa, centrándose en la singularidad de cada baja, en la tragedia de toda pérdida. El sentimentalismo era un arma contra la fuerza de los números, contra la homogeneización estadística y la supresión del individuo. La ironía, por el contrario, surgía del reconocimiento de esa tensión de fondo, la admisión de la posibilidad casi innombrable de que, ante el coloso de la moderna guerra de masas, el sujeto podía no importar en realidad. «Sin novedad en el Potomac esta noche» lograba, al igual que los Estados Unidos de la Guerra de Secesión, ser a la vez sentimental e irónica en su tratamiento de un caído, que era a un tiempo todo y «nada».28

La labor de contar los muertos de la Guerra Civil solo era en parte una cuestión de cifras e informes de bajas, y solo en parte un tema del deber de la nación respecto a sus ciudadanos. El recuento de los caídos afectaba a cuestiones más trascendentales que iban más allá del estado y sus políticas y obligaciones. Como observó William Fox: «Cada historia, incluso una estadística, alberga una enseñanza». La retórica de las estadísticas mortuorias de la Guerra de Secesión proporcionaba el lenguaje para una reflexión en profundidad sobre el sentido humano del conflicto y de su destructividad sin precedentes, así como para la exploración del lugar del individuo en un mundo de matanzas masivas y cada vez más mecanizadas. Se trataba de lo que contaba en un mundo transformado.29

NOTAS

1. Kate Campbell a Mattie McGaw, 1 de mayo de 1863, McGaw Family Papers, SCL.

2. Cohen, P. C., 1982, 205. Cohen, I. B., 2005; Desrosières, A., 1998.

3. «Specimen Days» , de Walt Whitman en Whitman, W., 1910, 114-115.

4. Higginson, T. W., 1896, vol. 1, VIII, IX.

5. Sherman, W. T., 1990, 607. Para una brillante reflexión sobre las cifras de bajas de Sherman y de la Guerra Civil, vid. Dawes, J., 2002, citado en página 29. Sobre McClellan vid. McClellan, G. B., 1887 y Sears, S. W., 1988.

6. Sobre Lee vid. Fox, W. F., 2002, 559. Sobre la manipulación de las estadísticas de bajas por parte de Lee después de Gettysburg, vid. Foote, S., 1963, 578.

7. Fox, W. F., 1888, 94; ibid. , 2002 , 7.

8. Ibid., 57.

9. De Forest, J. W., 1867, 482-483. Vid. también De Forest, J. W., 1946, 151. Sobre la escasa fiabilidad de los listados confederados, vid. W. H. Taylor a J. E. Hagood, 13 de enero de 1863, Hagood Papers, SCL. Sobre la imprecisión de las estadísticas de bajas, vid. Rable, G. C., 2002, 288-289.

10. Woodward, J. J., 1870, XXX, XXXI; Livermore, T. L., 1901, 6; «Notes on the Union and Confederate Armies», en Johnson, R. U. y Buel, C. C. (eds.), 1889, 767-768. Sobre las pensiones, vid. McClintock, M., 1996, 456-480;, T., 1992; Glasson, W. H., 1918.

11. Deutrich, M. E., 1962, 46, 91. El Compiled Military Service Records [Registros del Servicio Militar Compilado o CMSR] se ha convertido en la herramienta indispensable para los investigadores y genealogistas de la Guerra Civil. Se ha impreso un índice que incluye una útil introducción de Silas Felton que explica el origen del CMSR además de una bibliografía de todos los listados estatales. Vid. Hewett, J. B. (ed.), 1997. Robert Krick, en

su introducción de Hewett, J. B. (ed.), 1996, también incluye una revisión y una bibliografía de los trabajos publicados por los estados.

12. Bates, S. P., 1869-1871, vol. 1, IV-V.

13. Higginson, T. W., op. cit. , vol. 1, 568; «Introducción» de Silas Felton, en Hewett, J. (ed.), 1997 , vol. 1, 29.

14. Un reciente estudio de James David Hacker argumenta que las muertes en el sur a causa de diarrea y disentería han sido muy infravaloradas, por lo que el número total de muertos de la guerra debería aumentar de 258 000 a 282 600. Hacker, J. D., 1999, 41-43. En mi opinión, Hacker se muestra optimista en exceso al considerar que las cifras de bajas en combate de la Unión y de la Confederación eran «razonablemente precisas». (pág. 15). En 1889, Battles and Leaders of the Civil War de R. U. Johnson y C. C. Buel concluyó que «no se disponen de datos para una estimación razonablemente precisa» de las pérdidas confederadas. Vid. «Notes on the Union and Confederate Armies», en Johnson, R. U. y Buel, C. C. (eds.), op. cit. , vol. 4, 768. Nótese también el comentario de Robert Krick sobre el «despreocupado enfoque confederado al mantenimiento de registros militares» en su introducción en Hewett, J. B. (ed.), 1996 , 4.

15. Historical Commission of South Carolina, Salley Jr., A. S. y U. S., South Carolina Troops… , 1913, V, VI, VII, VIII. La relación de muertos redactada por una viuda confederada a partir de los cuadernos de Rivers permaneció olvidada hasta 1993 en los archivos nacionales. Fue publicada, en 1994, bajo el título Roll of the Dead: South Carolina Troops in Confederate State Service .

16. Roster of North Carolina Troops… , 1882, vol. 1, V. Vid. para Tennessee, The Military Annals of Tennessee , 1886.

17. «Editorial Department», 1876, 39; «Confederate Losses During the War —Correspondence…», 1879, 289.

18. Phisterer, F., 2002; Fox, W. F., op. cit .; Livermore, T. L., op. cit. ; Dyer, F., 1959. La reimpresión de 1959 contiene una excelente introducción de

Bell Irvin Wiley. Vid. también la reseña de la obra de Dyer en American Historical Review , 1910, 15 (julio), 889-891.

19. Fox, W. F., op. cit ., 58.

20. Ibid. , 1; Ibid. , 1888, 99.

21. Ibid. , 2002 , 58-59.

22. Ibid. , 58, 59, 61.

23. Vid. www.brainyquote.com/quotes/quotes/j/josephstall1137476.html ; Fox, W. F.,2002, 46.

24. Whitman, W., 1993, 74, 73, 74, 75; «Reconciliation», de Walt Whitman en Whitman, W., 1995, 25; «As Toilsome I Wander'd Virginia's Woods», en ibid. , 25; id. , 1993, 46. Parece plausible que Whitman extrajera estas cifras de una carta de Charles W. Folsom, coronel habilitado y asistente de intendencia del brigadier habilitado A. J. Perry, intendente del Ejército estadounidense, 27 de mayo de 1868, para presentar el volumen 16 del U. S. War Department, Quartermaster General's Office, Roll of Honor: Names of Soldiers… , 1868, VIII. Las cifras y categorías de Folsom son muy similares a las de Whitman.

25. Para otras versiones de la época de «Sin novedad», vid. por ejemplo «Editor's Table», Southern Literary Messenger , 1862, 34 (septiembre-octubre), 589, y «Journal of the War-Entered Up Daily in the Confederacy», DeBow's Review, 1866, 2 (julio), 68-69.

26. «Only One Killed», Harper's Weekly, 24 de mayo de 1862, 330-331; Lewis citado en Wells, R. V., 2000, 127.

27. Wharton, H. M., 1904, 153-154, 131-132; «Only», Harper's Weekly, 3 de enero de 1863; «One of Many», Harper's Weekly, 16 de abril de 1864. El estribillo «Only a Private Killed» procede de un poema compuesto por H. L. Gordon remitido a la señora E. H. Ogden, 12 de noviembre de 1861, LC6559.01.038, Gilder Lehrman Collection, The Gilder Lehrman Institute of American History, NYHS.

28. Sobre el sentimentalismo de la Guerra Civil, vid. Alice Fahs, «The Sentimental Soldier,» en Fahs, The Imagined Civil War: Popular Literature of the North and South, 1861–1865 (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001), pp. 93–119, y Frances M. Clarke, «Sentimental Bonds: Suffering, Sacrifice and Benevolence in the Civil War North,» tesis doctoral (Johns Hopkins University, 2001). Sobre la ironía, vid. Claire Colebrook, Irony (New York, Routledge, 2004).

29. Fox, W. F., op. cit., 574.

---

*N. del T.: E. M. Remarque retomó esta misma reflexión en su novela de 1929 Sin novedad en el frente .

EPÍLOGO

LOS SUPERVIVIENTES

«Con la certeza de que la muerte caminaba a mi ladocon la idea de la muerte caminando al otro lado, y yo entre ambas, como entre compañeros, como sosteniendo la mano de mis compañeros […]».

Walt Whitman, «Cuando al fin florecen las lilas».

John Palmer se llevó a la tumba la bala que mató a su hijo; Henry Bowditch solía llevar una cadena de reloj hecha de un botón de un hijo caído; Mary Todd Lincoln vistió luto hasta el fin de sus días; Walt Whitman consideró que la guerra había sido «el verdadero centro, circunferencia, hilo umbilical» de su vida; Ambrose Bierce se sentía atormentado por las «visiones de los muertos y los moribundos»; años después de Appomattox, Jane Mitchell seguía esperando que su hijo desaparecido volviera al fin a casa; J. M. Taylor seguía buscando información de la muerte de su hijo tres décadas después del fin de la contienda; Henry Struble llevaba cada año flores a la tumba que llevaba su nombre por equivocación. Los estadounidenses de la Guerra Civil vivieron el resto de sus existencias con tristeza y dolor.1

Como resultado directo de la guerra, murió más del dos por ciento de los habitantes de la nación: el equivalente aproximado de la población del estado de Maine en 1860, todos los pobladores de Arkansas o Connecticut, dos veces los moradores de Vermont, más que el conjunto de la población masculina de Georgia o Alabama. Estos soldados experimentaron lo que muchos estadounidenses denominaban «el gran cambio», el paso desconocido de la vida a la muerte. Dejaban de ser padres, hermanos o hijos y se convertían en cadáveres y recuerdos, en centenares de miles de casos sin siquiera una tumba identificada.

Mas los caídos habían resuelto el enigma de la muerte, y dejaban a los supervivientes la tarea de comprender y explicar el significado de este gran cambio. Y los vivos también habían cambiado, por lo que habían visto y hecho, lo que habían sentido, y lo que habían perdido. Estaban, como Bierce, «condenados a vivir» y a entender el modo en que los muertos de la Guerra de Secesión habían redefinido el posible sentido de la vida. Sidney Lanier, poeta confederado que había combatido en las sangrientas batallas de los Siete Días de 1862 y que más tarde sufriría el cautiverio en una prisión federal, comentó en 1875 que, para la mayoría de su generación en el Sur, «desde la guerra, toda su vida había consistido en no haber muerto».2

La gestión de la mortandad de la Guerra Civil resultaba mucho más difícil a causa del misterio que a menudo la circundaba. Casi la mitad de los caídos seguían siendo desconocidos, esto es, se sabía el hecho de su fallecimiento, pero no estaba documentado, pues no había constancia alguna del fin de su vida. Tales pérdidas continuaron siendo en cierto modo irreales y, por tanto, «incompletas», como las llamaban sus deudos, debido a que esta incertidumbre les impedía llorarles. Los vivos, con angustia, «frenesí» incluso, buscaban poder poner fin al relato de unas vidas que seguían estando incompletas y sin un sentido definido.3

Esta crisis de conocimiento y comprensión iba mucho más allá del problema de los muertos no identificados; desafiaba, por utilizar las palabras de Melville, «el mismo fundamento de las cosas». Los individuos se veían sumidos en un nuevo y diferente universo moral, en el cual una destrucción inimaginable se había convertido en una experiencia cotidiana. ¿Cuál era el papel de Dios en un mundo semejante? ¿Cómo podía una deidad benevolente consentir tamaña crueldad y sufrimiento? Las dudas amenazaban con superar a la fe, a la creencia en el relato cristiano de una divinidad compasiva y la esperanza de una vida más allá de la tumba, la fe en la inteligibilidad y propósito de la vida sobre la Tierra. El lenguaje parecía impotente para explicar a unos humanos incapaces de comprehender el posible sentido de sus muertes y, por tanto, también el de sus existencias.4

El hombre había sido a un tiempo agente y víctima de la destrucción bélica. Y, tanto en el rol de víctima como en el de verdugo, había estado mucho más cercano a las bestias que a los ángeles. La celebrada alma humana parecía contar poco frente al carácter terriblemente físico de la contienda, su cruda economía de cadáveres, de pérdidas y bajas, de muertos y heridos. Los cuerpos mutilados y sin nombre desafiaban los conceptos de la unidad e integridad del ser humano que habían albergado, pues decenas de miles de tales identidades se habían fragmentado y desaparecido. Una muerte desprovista de dignidad, sin decencia ni identidad hacía peligrar el sentido de la vida que la había precedido. Los estadounidenses no solo habían perdido a sus muertos; también perdieron sus vidas, tal como las entendían antes de la contienda. Como observó la virginiana Lucy Buck, «ninguno de nosotros volverá a ser nunca el que era».5

La nación también era una superviviente: transformada por su encuentro con la muerte, obligada por los sacrificios de sus caídos. El sobrecogedor coste humano de la contienda exigía un nuevo concepto de destino nacional, un nuevo designio que garantizase que las vidas habían sido sacrificadas en aras de un fin elevado. Tanto sufrimiento debía tener un propósito trascendente, un «sentido sagrado» como sostenía Frederick Douglass a mediados del conflicto. En su opinión, tal propósito era la libertad, pero este sería un ideal incumplido si la nación no estaba dispuesta a garantizar la plena ciudadanía, concepto en el que debe radicar la verdadera libertad. La esclavitud había dividido la nación, pero los conceptos de jerarquía racial unirían a los blancos del Norte y del Sur durante un abandono del legado emancipador que se prolongaría un siglo.6

En lugar de ello, el nuevo y excelso destino de los Estados Unidos quedó vinculado a la misma nación: su poder ascendente, su riqueza, su extensión, su influencia. El debate nacionalista había causado la conflagración; lo nacional había ganado la guerra; de las exigencias bélicas surgió una nación-estado ampliada con nuevos poderes y deberes. Y tanto la unidad como las responsabilidades de esta nación transformada tenían un íntimo vínculo con los muertos de la Guerra Civil.

El sentido de la guerra era pues inherente a su coste. El valor y la importancia de la nación derivaban y eran evidenciados por el precio

humano pagado por su supervivencia. Esta ecuación llevó a una nación en deuda a emprender una experiencia transformadora, pues el cumplimiento de sus obligaciones hacia los muertos y sus deudos requería una gran expansión del presupuesto y de la burocracia federal, así como una reconceptualización del papel del gobierno. Cementerios nacionales, pensiones y archivos para la preservación de nombres e identidades requerían un concepto espectacularmente novedoso de la relación entre el ciudadano y el estado. Edmund Whitman observó con orgullo después de haber vivido tantos años entre los difuntos que el programa de inhumaciones representaba el compromiso de la nación con un «sentimiento». Al reconocer que valían la pena tantos esfuerzos y gastos para proporcionar un entierro decente y tumbas con un nombre, los Estados Unidos reafirmaban su fe en unos valores que iban más allá de lo meramente material y utilitario. Los soldados no eran, como expresó Melville, como se temían muchos estadounidenses, «operativos», simples engranajes en una maquinaria bélica cada vez más industrializada. Los ciudadanos tenían un yo propio, con cuerpos y nombres que pervivían más allá de sus muertes, seres individuales que eran, en el sentido literal de la palabra, la sangre vital de la nación.7

Carentes de programas o de política propia, los muertos se convirtieron en lo que sus supervivientes decidieran hacer con ellos. Durante un tiempo sirvieron de repositorio de la hostilidad persistente entre Norte y Sur. Mas, hacia finales de la centuria, los muertos se habían convertido en el vehículo de un proyecto memorial unificador de la nación. La mortandad de la Guerra Civil y los muertos de esta pertenecían a toda la nación. Se convirtieron en el centro de la comunidad nacional imaginada de los estados reunificados, una circunscripción electoral a los que todos podían servir de buen grado: como recitaba Walt Whitman, «los muertos, los muertos, los muertos, –nuestros muertos– Sur o Norte, todos nuestros (todos, todos, todos me son caros)».8

En 1898 el presidente William McKinley anunció al Sur, en un discurso leído en Atlanta que recibió gran atención, que había llegado el momento «en la evolución de sentimientos y emociones bajo la providencia de Dios, en que, en espíritu de fraternidad, compartamos con vosotros el cuidado de las tumbas de los soldados confederados». En el año precedente, los hijos y

nietos de esos «muertos heroicos» habían arriesgado sus vidas en una nueva guerra estadounidense; los valerosos confederados debían ahora recibir homenaje oficial junto a sus homólogos de la Unión.[9]

Para desesperación de Frederick Douglass, las razones por las que los hombres habían perecido habían sido subsumidas por el hecho de sus muertes. «La muerte no tiene el poder de cambiar las cualidades morales», insistió en un discurso leído el Decoration Day de 1883. «Podré olvidar muchas cosas –declaró el anciano abolicionista–, mas nunca olvidaré la diferencia entre aquellos que combatieron por la libertad y aquellos que lo hicieron por la esclavitud». Pero incluso muchos de los que habían combatido no lo veían de igual modo. «El valiente respeta al valiente. El valiente / respeta al muerto», escribió Ambrose Bierce en un poema que censuraba a una persona que «protestó con amargura en un discurso del Día de los Caídos porque se ornamentasen las tumbas de los caídos confederados».

Remember how the flood of years
has rolled across the erring slain;
remember, too, the cleansing rain
of widows' and of orphans' tears.

The dead are dead — let that alone:
and though with equal hand we strew
the blooms on saint and sinner too,
yet God will know to choose his own.

The wretch, whate'er his life and lot,

who does not love the harmless dead

with all his heart and all his head—

May God forgive him, I shall not.10

Recuerda cómo el fluir de los años

ha pasado sobre los muertos desencaminados;

recuerda también la lluvia purificadora

de lágrimas de viudas y huérfanos.

Los muertos son muertos, y nada más:

y a pesar de que las manos extienden por igual

las mismas flores sobre santos y pecadores

Dios reconocerá a los suyos.

El ímprobo, fuera cual fuera su vida y su destino,

que no ama a los inofensivos muertos

con todo su corazón y toda su cabeza,

que Dios le perdone, pues yo no lo haré.

Por su parte, Oliver Wendell Holmes júnior, quien, siendo un joven soldado que se enfrentaba a la muerte, rechazó con tanta resolución el consuelo del cristianismo, llegó a asumir el sacrificio bélico como el único cimiento de la verdad. Su discurso, «la fe del soldado» leído el Día de los Caídos de 1895, se convirtió en el símbolo de la visión elegiaca de la guerra que saludaba a la muerte como un fin en sí mismo. «Ignoro cuál es el sentido del universo –afirmó sin rodeos–. Pero, entre las dudas, sumido en el desmoronamiento de los credos», había hallado una certeza: «que la fe es verdadera y digna de adoración cuando lleva a un soldado a perder la vida en cumplimiento de un deber aceptado sin cuestión, en una causa que apenas comprende, en un plan de campaña del que carece de toda noción, con tácticas cuya utilidad no puede ver». La misma inutilidad del sacrificio creaba su propósito. En un mundo en el que el «comercio es el gran poder» y el «hombre acaudalado» el gran héroe, el desinterés y altruismo del soldado representa el más elevado ideal de fe, pues dependía de los actos de los hombres, no de Dios. «La guerra, cuando te encuentras en ella –admitió Holmes–, es horrible y monótona. Es solo después del paso del tiempo cuando ves su mensaje divino». Es posible que la guerra destruyera las creencias del joven Holmes, pero para su padre, la contienda se convirtió en el lugar donde la confrontación del hombre con su propia aniquilación le hacía «capaz de obrar milagros, de elevarse a sí mismo por la fuerza de su propia alma». La capacidad del hombre de elegir la muerte fue, tanto para Holmes como para Bierce, la experiencia y la memoria más importante de la contienda.11

Todavía hoy vivimos en el mundo creado por la Guerra de Secesión. Damos por sentada la obligación del estado de rendir cuentas de las vidas perdidas a su servicio. La ausencia de notificación a los familiares más próximos, de procedimientos de registro de tumbas, de recursos oficiales para un entierro decente nos resultan casi inimaginables, bárbaras incluso. La Guerra Civil puso fin a este abandono y estableció una serie de normas que condujeron al compromiso actual de identificar y retornar hasta el último soldado caído en cumplimiento del deber.

Pero, si bien es cierto que la Guerra de Secesión aportó nueva humanidad –nueva atención al «sentimiento»– en la gestión de los muertos, también

trajo unas matanzas cuya magnitud presagiaba las conflagraciones del siglo venidero. Los individuos y sus destinos asumieron un nuevo sentido, pero estos mismos sujetos particulares corrían el riesgo de desaparecer en la burocracia y en la matanza masiva de la guerra moderna. Todavía hoy nos cuesta comprender cómo preservar nuestra humanidad y nuestro yo en un mundo semejante. Seguimos tratando de utilizar nuestras muertes para crear un sentido allí donde no estamos seguros de que exista. La generación de la Guerra Civil tuvo un primer atisbo del temor que todavía hoy nos define: la impresión de que la muerte es el único fin. Todavía nos afanamos por vivir con el enigma que ellos, los muertos de la Guerra de Secesión y sus supervivientes, tuvieron que resolver hace tanto tiempo.

NOTAS

1. Lowenfels, W. (ed. y comp.), 1960, 15; Bierce citado en Aaron, D., 1973, 183.

2. Bierce citado en Morris Jr., R., 1996, 205; Sidney Lanier a Bayard Taylor, 7 de agosto de 1875, en Lanier, S., 1945, vol. 9, 230.

3. Susannah Hampton a Querido Señor, 14 de septiembre de 1863, Agencia Filadelfia, Correspondencia del directorio de hospitales, vol. 2, caja 597, Archivos de la Comisión Sanitaria de los Estados Unidos, NYPL.

4. Melville citado en la «Introducción», de Lee Rust Brown en Melville, H., 1995, VIII.

5. Buck, L. R., 1973, 50.

6. «The Mission of the War», de Frederick Douglass en Douglass, F., 1950, vol. 3, 397.

7. «Observaciones sobre los cementerios nacionales», de E. B. Whitman en Sherman, F. T., Smith, R. W., Strong, W. E. y McClurg, A. C., 1869, 225;

«A Utilitarian View of the Monitor's Fight», en Melville, H., op. cit., 62.

8. «The Million Dead, Too, Summed Up», en Whitman, W., 1971, 59.

9. McKinley, W., 1900, 159.

10. Douglass citado en Blight, D. W., 1989, 238; «To E. S. Salomon» [1903], de Ambrose Bierce en Duncan, R. y Klooster, D. J. (eds.), 2002, 334.

11. Holmes Jr., O. W., 1895. Holmes había leído una primera versión de este discurso en Keene, Nueva Hampshire, el Día de los Caídos de 1884. Vid. The Harvard Regiment, 20th Regiment of Massachusetts Volunteer, disponible en [harvardregiment.org/memorial.htm].

BIBLIOGRAFÍA

ABREVIATURAS

Los siguientes acrónimos sirven para identificar los archivos:

BHL: Bentley Historical Library, Universidad de Míchigan, Ann Arbor.

CAH: The Center for American History, Universidad de Texas, Austin.

ESBL: Eleanor S. Brockenbrough Library, Museo de la Confederación, Richmond, Virginia.

LC: Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.

LCP: The Library Company of Philadelphia.

MAHS: Massachusetts Historical Society, Boston.

MHS: Maryland Historical Society, Baltimore.

MOHS: Missouri Historical Society, San Luis.

NARA: National Archives and Records Administration, Washington, D. C.

NYHS: New York Historical Society, Ciudad de Nueva York.

NYPL: Manuscripts and Archives Division, Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lennox y Tilden, Ciudad de Nueva York.

PAHRC: Philadelphia Archdiocesan Historical Research Center, Wynnewood, Pensilvania.

PMLA: Publications of the Modern Language Association of America.

RBMSC: Rare Books, Manuscript, and Special Collection Library, Universidad de Duke,

Durham, Carolina del Norte.

SCHS: South Carolina Historical Society, Charleston.

SCL: South Caroliniana Library, Universidad de Carolina del Sur, Columbia.

SHC: Southern Historical Collection, Wilson Library, Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill.

VHS: Virginia Historical Society, Richmond.

VMIA: Virginia Military Institute Archives, Lexington.

WFCHS: Winchester-Frederick County Historical Society, Winchester, Virginia.

WHS: Wisconsin Historical Society Archives, Madison.

PERIÓDICOS

Arthur's Home Magazine

Atlanta Journal and Constitution

Atlantic Monthly

Banner of Light

Charleston Mercury

Chicago Tribune

Christian Recorder

Civil War Times Illustrated

Confederate Baptist

Daily South Carolinian

Frank Leslie's Illustrated Newspaper

Frank Leslie's Illustrated Weekly

Harper's New Monthly Magazine

Lincoln Lore

Nantucket Weekly Mirror

New York Daily News

New York Herald

New York Illustrated News

New York Times

North American Review

North Carolina Presbyterian

Richmond Daily Dispatch

Richmond Daily Whig

Richmond Enquirer

Southern Churchman

The Century Illustrated Magazine

The Charleston Daily Courier

The Sentinel

The Weekly Anglo-African

Wisconsin Daily State Journal

FUENTES PRIMARIAS

Acton, E., 1965: «“Dear Mollie”: Letters of Captain Edward A. Acton to His Wife, 1862», M. Acton Hammond (ed.), Pennsylvania Magazine of History and Biography 89 (enero).

Adams, J. R., 1890: Memorial and Letters of Rev. John R. Adams, D.D., Chaplain of the Fifth Maine and the One Hundred and Twenty-First New York Regiments During the War of the Rebellion, Serving from the Beginning to Its Close, Cambridge, Private Printed, University Press, J. Wilson and son.

Adams, W., 1863: Christian Patriotism, New York, A. D. F. Randolph.

Adger, J., 1866: «Northern and Southern Views of the Province of the Church», Southern Presbyterian Review 16 (marzo), 384-411.

Alotta, R. I., 1989: Civil War Justice: Union Army Executions Under Lincoln, Shippensburg, Philadelphia, White Mane Publishing Company.

A New Letter-Writer, for the Use of Gentlemen, Philadelphia, Porter & Coates, 1860.

Auner, A. W., s. f.: «Be My Mother Until I Die», en American Song Sheet Collection, Philadelphia, A. W. Auner, Wolf 115.

Bacon, W. J., 1863: Memorial of William Kirkland Bacon: Late Adjutant of the Twenty-sixth Regiment of New York State Volunteers, Utica, New York, Roberts Printer.

Bates, S. P., 1869-1871: History of Pennsylvania Volunteers, 1861-1865, Harrisburg, Pensilvania, B. Singerly.

Battle, L. E. L., 1909: Forget-Me-Nots of the Civil War, St Louis, A. R. Fleming Printing Co.

Beecher Stowe, H., 1851: Uncle Tom's Cabin, Boston, John P. Jewett [ed. en esp.: La cabaña del tío Tom, V. Muñoz Puelles (trad.), Valencia, Algar Editores, 2021].

Beers, F. A., 1888: Memories: A Record of Personal Experience and Adventure During Four Years of War, Philadelphia, Press of J. B. Lippincott & Co.

Benedict, G. G., 1891: Army Life in Virginia: Letters from the Twelfth Vermont Regiment (Burlington, Vermont, Free Press Association, 1891.

Bennett, W. W., 1877: A Narrative of the Great Revival Which Prevailed in the Southern Armies during the late civil war between the states of the federal union, Philadelphia, Claxton, Remsen & Haffelfinger.

[Blake Brockenbrough, Mrs. F.], [entre 1861 y 1865]: A Mother's Parting Words to Her Soldier Boy, Petersburg, Virginia, Evangelical Tract Society.

Blanton, L. H., 1865: «Well Done Thou Good and Faithful Servant», Funeral Sermon on the Death of Rev. John W. Griffin, Chaplain of the 19th Va. Regt., August 1, 1864, Lynchburg, Virginia, Power-Press Book & Job Office.

«Bless the Lips That Kissed Our Darling: Answer to: Let Me Kiss Him for His Mother», en American Song Sheet Collection, Philadelphia, A. W. Auner, 1850-1870, Wolf 155.

Bowditch, H. I., 1863: A Brief Plea for an Ambulance System for the Army of the United States, as drawn from the extra sufferings of the late Lieut. Bowditch and a wounded comrade, Boston, Ticknor & Fields.

Bowditch, H. I., 1865: Memorial of Nathaniel Bowditch, lieutenant, First Massachusetts cavalry, 1839-1863, Boston, J Wilson & son.

Bowditch, H. I., 1885: «The Celebration of John Pierpont's Centennial Birthday», Reminiscences, Boston, s. n.

Bowers, E., [década de 1860]: «Write a Letter to My Mother!», Philadelphia, s. l., Wolf 2677.

Branks, W., 1864: Heaven Our Home: We Have No Saviour But Jesus and No Home But Heaven, Boston, Roberts Brothers.

Brownson, O., 1882-1887: The Works of Orestes Brownson, H. F. Brownson (ed.), Detroit, Thorndike Nourse Publisher, vol. 17.

Buck, L. R., 1973: Sad Earth, Sweet Heaven: The Diary of Lucy Rebecca Buck During the War Between the States, Birmingham, Alabama, Cornerstone.

«Burials», The Sanitary Commission Bulletin, 1864, vol. 1, n.º 20 (15 de agosto), 623.

Bushnell, H., 1861: Reverses Needed: A Discourse Delivered on the Sunday After the Disaster of Bull Run, in the North Church, Hartford, Hartford, Connecticut, L. E. Hunt.

Bushnell, H., 1866: The Vicarious Sacrifice, Grounded in Principles of Universal Obligation, New York, Charles Scribner & Co.

Bushnell, H., 1881: «Our Obligations to the Dead», en H. Bushnell, Building Eras in Religion, New York, Charles Scribner's Sons, 319-355.

Byers, S. H. M., 1896: «How Men Feel in Battle: Recollections of a Private at Champion Hills», Annals of Iowa 2 (July), 438-449.

Casler, J. O., 1893: Four Years in the Stonewall Brigade, Guthrie, Oklahoma, State Capital Printing Co.

Christian, W. H., 186[?]: The Importance of a Soldier Becoming a Christian, Richmond, Virginia, Soldiers' Track Association.

«Confederate Losses During the War-Correspondence Between Dr. Joseph Jones and General Samuel Cooper», Southern Historical Society Papers 1879, 7 (junio), 287-294.

Confederate Memorial Day at Charleston, S. C.: Re-interment of the Carolina Dead from Gettysburg, Charleston, South Carolina, William G. Maczyck, 1871.

Confederated Southern Memorial Association, History of the Confederated Memorial Associations of the South, New Orleans, Graham Press, 1904.

Cooper, G., s. f.: Mother Kissed Me in My Dream, Philadelphia, J. H. Johnson, Wolf 1468.

Corby, W., 1894: Memoirs of Chaplain Life, Notre Dame, Indiana, Scholastic Press [ed. en esp.: Memorias de la guerra de un capellán, D. Cerdá García (trad.), Madrid, El buey mudo, 2018].

Cross, J. C., Mother on the Brain, New York, H. De Marsan, s. f., Wolf 1470.

Cross, J., 1864: «On Grief: A Funeral Service Oration for General Daniel Donelson», en J. Cross, reverend, Camp and Field: Papers from the Portfolio of an Army Chaplain, Columbia, South Carolina, Evans & Cogswell.

Cumming, K., 1959: Journal of a Confederate Nurse, R. Barksdale Harwell (ed.), Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Cutrer, T. W. y Parrish, T. M. (eds.), 1997: Brothers in Gray: The Civil War Letters of the Pierson Family, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Dabney, R. L., 1863: True Courage: A Discourse Commemorative of Lieutenant General Thomas J. Jackson, Richmond, Virginia, Presbyterian Committee of Publication of the Confederate States.

Dabney, R. L., 1864: A Memorial of Lieut. Colonel John T. Thornton of the Third Virginia Cavalry, C. S. A., Richmond, Virginia, Presbyterian Committee of Publication of the Confederate States.

Darwin, C., 1859: On the Origin of Species by Means of Natural Selection, London, John Murray [ed. en esp.: El origen de las especies, A. Froufe (trad.), Madrid, Edaf, 1997].

Dawson, S. M., 1913: A Confederate Girl's Diary: Sarah Morgan Dawson, Boston, Houghton, Mifflin & Co.

Dear Mother: Don't Grieve About Me. If I Get Killed, I'll Only Be Dead: Letters from Georgia Soldiers in the Civil War, M. Lane (ed.), Savannah, Georgia, Beehive Press, 1990.

Dickens, C., 1841: The Old Curiosity Shop, London, Chapman & Hall [ed. en esp.: La tienda de antigüedades, B. Moreno Carrillo (trad.), Madrid, Nocturna Ediciones, 2017].

Dickinson, E., 1960: The Complete Poems of Emily Dickinson, T. H. Johnson (ed.), Boston, Little, Brown [ed. en esp.: Poesías completas, 3 tomos, J. L. Rey (trad.), Madrid, Visor Libros, 2016].

Douglass, F., 1950: The Life and Writings of Frederick Douglass, Vol. 3: Civil War, P. S. Foner (ed.), New York, International Publishers.

Douglass, F., 1969 (1855): My Bondage and My Freedom, London, Dover Publications (reimpr.).

Downing, A. G., 1916: Downing's Civil War Diary, Des Moines, Historical Department of Iowa.

Dyer, F., 1959 (1908): A Compendium of the War of the Rebellion, New York, Thomas Yoseloff (reimpr.).

Eddy, D. C., 1866: The Angel's Whispers; or, Echoes of Spirit Voices, Boston, Horace Wentworth.

«Editorial Department», Southern Historical Society Papers 1876, 1 (enero-junio), 39-48.

Edmonds, J. y Dexter, G. T., 1853: Spiritualism, New York, Partridge & Brittan.

Edmondston, C., 1979: «Journal of a Secesh Lady»: The Diary of Catherine Ann Devereux Edmondston, 1860-1866, B. G. Crabtree y J. W. Patton (eds.), Raleigh, North Carolina, Division of Archives and History.

Elliott, S., rev., 1863a: Ezra's Dilemna [sic]: A Sermon preached in Christ church, Savannah, on Friday, August 21st, 1863, being the day of humiliation, fasting and prayer, appointed by the President of the Confederate States, Savannah, Georgia, Power Press of George N. Nichols.

[Elliott, S.], 1863b: Obsequies of the Reverend Edward E. Ford, D. D., and Sermon by the Bishop of the Diocese, at St. Paul's Church, Augusta, on the Sunday after Christmas, 1862, Augusta, Georgia, Augusta Chronicle and Sentinel.

Elliott, S., 1864: Gideon's Water-Lappers: A Sermon preached in Christ Church, Savannah, on Friday, the 8th day of April, 1864, the day set apart by the Congress of the Confederate States, as a day of humiliation, fasting and prayer, Macon, Georgia, Burke, Boykin & Co.

Executive Documents Printed by Order of the House of Representatives During the First Session of the Thirty-Ninth Congress, 1865-1866, Washington D. F., Government Printing Office, 1866, vol. 3.

Executive Documents Printed by Order of the House of Representatives During the Second Session of the Forty-Second Congress, Washington D. F., Government Printing Office, 1872, vol. 2.

Executive Documents Printed by Order of the House of Representatives During the Third Session of the Forty-First Congres, Washington D. F., Government Printing Office, 1871.

Fellman, M., 1989: Inside War: The Guerrilla Conflict in Missouri During the Civil War, New York, Oxford University Press.

Foote, S., 1963: The Civil War: A Narrative. Vol. 2: From Fredericksburg to Meridian, New York, Random House.

De Forest, J. W., 1867: Miss Ravenel's Conversion from Secession to Loyalty, New York, Harper & Brothers.

De Forest, J. W., 1946: A Volunteer's Adventures: A Union Captain's Record of the Civil War, New Haven, Yale University Press.

Fox, W. F., 1888: «The Chances of Being Hit in Battle», The Century Illustrated Magazine 36 (mayo), 93-105.

Fox, W. F., 2002 (1889): Regimental Losses in the American Civil War, 1861-1865, Albany, New York, Albany Publishing Company.

Fowler, W. H., 1864: Guide for Claimants of Deceased Soldier, Being Instructions to Army Officers and to Claimants, with a Collation of the Laws of Congress and the Orders from the War Department, and the Rules of Practice in the Offices of the Second Auditor and Comptr., Richmond, Virginia, Geo. P. Evans & Co.

Fransioli, J., 1863: Patriotism: A Christian Virtue, New York, Loyal Publication Society.

Gardner, A., 1959 (1866): Gardner's Photographic Sketchbook of the War, New York, Dover Publications.

General Orders of the War Department, Embracing the Years 1861, 1862 & 1863, New York, Derby & Miller, 1864.

Gerry, Edson, capitán, «Battle of Winchester», Wolf 108, disponible en [musicanet.org/robokopp/usa/harkthem.htm].

Goodwin, D. R., 1864: «The Antiquity of Man», American Presbyterian and Theological Review 6 (abril), 233-259.

Grant, U. S., 1885 y 1886: Personal Memoirs of Ulysses S. Grant, New York, Charles L. Webster and Company (reimpr., New York, Library of America, 1990) [ed. en esp.: Ulysses S. Grant. Memorias, J. J. Fornieles Alférez, Almería, Confluencias, 2020].

Habenstein, R. W. y Lamers, W. M., 1955: The History of American Funeral Directing, Milwaukee, Bulfin Printers.

Hammond, W. A.: «Medical Care, Battle Wounds, and Disease» [http://www.civilwarhome.com/civilwarmedicine.html].

Harbaugh, H., rev., 1865: «Heavenly Recognition Among the Jews», en H. Harbaugh, reverendo, The Heavenly Recognition; or, An Earnest and Scriptural Discussion of the Question, Will We Know Our Friends in Heaven, Philadelphia, Lindsay & Blackiston, 80-109.

Harris Gay, M. A., 1892: Life in Dixie During the War, Atlanta, Constitution Job Office.

Hastings, W. H., 1993: Letters from a Sharpshooter: The Civil War Letters of Private William B. Greene, 1861-1865, Belleville, Wisconsin, Historic Publications.

Hedrick, D. T. y Davis Jr., G. B. (eds.), 1995: I'm Surrounded by Methodists: Diary of John H. W. Stuckenberg, Chaplain of the 145th Pennsylvania Volunteer Infantry, Gettysburg, Pennsylvania, Thomas Publications.

Higginson, T. W., 1896: Massachusetts in the Army and Navy During the War of 1861-1865, Boston, Wright & Potter.

Hill, A., 1862: In Memoriam. A Discourse preached in Worcester, Oct. 5, 1862, on Lieut. Thomas Jefferson Spurr, Fifteenth Massachusetts volunteers, who, mortally wounded at the Battle of Antietam, died in Hagerstown, Sept. 27th following, Boston, J. Wilson.

Historical Commission of South Carolina, Salley Jr., A. S. y U. S.: South Carolina Troops in Confederate Service, 3 vols., Columbia, South Carolina, R. L. Bryan Co., 1913.

Hoge, P. H., 1899: Moses Drury Hoge: Life and Letters, Richmond, Virginia, Presbyterian Committee of Publication.

Hoge, W. J., 1862: Sketch of Dabney Carr Harrison, Minister of the Gospel and Captain in the Army of the Confederate States of America, Richmond, Virginia, Presbyterian Committee of Publication of the Confederate States.

Holmes, O. W., 1862: «My Hunt After "The Captain"», The Atlantic Monthly 10 (dec), 738-764.

Holmes Jr., O. W., 1962: The Occasional Speeches of Justice Oliver Wendell Holmes, M. DeWolfe Howe (ed.), Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Holmes Jr., O. W., 1969: Touched with Fire: Civil War Letters and Diary of Oliver Wendell Holmes, Jr., 1861-1864, M. DeWolfe Howe (ed.), New York, Da Capo Press.

Holmes Jr., O. W., 2015: «Oliver Wendell Holmes, Jr., "An address delivered on Memorial Day, May 30, 1895, at a meeting called by the graduating class of Harvard University"», en S.- M. Grant, Oliver Wendell Holmes, Jr., Civil War Soldier, Supreme Court Justice, New York, Routledge.

«In memoriam», Sanitary Commission Bulletin, de 1864, 1 (15 de agosto), 614-615.

Johnson, R. U. y Buel, C. C. (eds.), 1889: Battles and Leaders of the Civil War, New York, Century.

Jordan, W. T. (ed.), 1939: «Hugh Harris Robison Letters», Journal of Mississippi History 1 (January), 53-59.

Knox Mellon Jr., E. (ed.), 1960: «Letters of James Greenalch», Michigan History 44 (junio), 188-191.

Lincoln, A., 1908: «Special Session Message, July 4, 1861», en J. D. Richardson (ed.), Compilation of the Messages and Papers of the Presidents, New York, Bureau of National Literature and Art, vol. 6.

Lincoln, A., 1989a: «Address at Gettysburg, Pennsylvania, November 19, 1863», en D. E. Fehrenbacher (ed.), Lincoln: Speeches, Letters and Miscellaneous Writings, Presidential Messages and Proclamations, New York, Library of America, 536.

Lincoln, A., 1989b: «Second Inaugural Address, March 4, 1865», en D. E. Fehrenbacher (ed.), Lincoln: Speeches, Letters and Miscellaneous Writings, Presidential Messages and Proclamations, New York, Library of America, 686.

Livermore, M., 1889: My Story of the War: A Woman’s Narrative of Four Years Personal, Hartford, Connecticut, A. D. Worthington & Co.

Livermore, T. L., 1901: Numbers and Losses in the Civil War in America, 1861-1865, 2.ª ed., Boston, Houghton, Mifflin & Co.

Longfellow, H. W., 1866: «Killed at the Ford», The Atlantic Monthly 17 (abril), 479.

Louisiana Soldiers' Relief Association, Louisiana Soldiers Relief Association and Hospital, Richmond, Virginia, Enquirer Book and Job Press Office, Tyler, Wise, Allegre & Smith, Richmond, 1862.

Lyell, C., 1830-1833: Principles of Geology, London, John Murray [ed. en esp.: Elementos de la Geología, J. Ezquerra del Bayo (trad.), Barcelona, Crítica, 2019].

Lyell, C., 1863: The Geological Evidences of the Antiquity of Man, with Remarks on Theories of the Origin of Species by Variation, London, John Murray.

Mack Cooper, D., 1863: Obituary Discourse on Occasion of the Death of Noah Henry Ferry, Major of the Fifth Michigan Cavalry, Killed at Gettysburgh, July 3, New York, J. F. Trow.

MacCloskey, M., 1968: Hallowed Ground: Our National Cemeteries, New York, Richard Rosens Press.

MacKellar, T., The Dying Soldier to His Mother, New York, Charles Magnus, s. f., Wolf 551.

Maryland Board of Trustees of the Antietam National Cemetery, History of Antietam National Cemetery, Including a Descriptive List of All the Loyal Soldiers Buried Therein; Together With the Ceremonies and Address on the

Occasion of the Dedication of the Grounds, September, 17th, 1867, Baltimore, J. W. Woods, 1869.

Marszalek, J. (ed.), 1979: The Diary of Miss Emma Holmes, 1861-1866, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

McClellan, G. B., 1887: McClellan's Own Story, New York, C. L. Webster & Co.

McCreary, A., 1909: «Gettysburg: A Boy's Experience of the Battle», McClure's Magazine 33(julio), 243-253

McKay, C. E., 1876: Stories of Hospital and Camp, Philadelphia, Claxton, Remsen & Haffelfinger.

Melville, H., 1995 (1866): Battle-Pieces and Aspects of the War, New York, Da Capo Press, 93-104 (reimpr.).

Moore, F., 1867: Women of the War: Their Heroism and Self-Sacrifice, Hartford, Connecticutt, S. S. Scranton.

Moss, rev. L., 1868: Annals of the United States Christian Commission, Philadelphia, J. B. Lippincott.

Mother Would Comfort Me. Wounded and sorrowful, far from my home (3 verses and chorus.), n.º 1171, New York, J. Wrigley, s. f., Wolf 1472.

Mrs. H. [Anna M. E. Holstein], 1867: Three Years in Field Hospitals in the Army of the Potomac, Philadelphia, J. B. Lippincott.

Narrative of Privations and Sufferings of United States Officers and Soldiers While Prisoners of War in the Hands of Rebel Authorities: Being the Report of a Commission of Inquiry, Appointed by the United States Sanitary Commission, Philadelphia, King & Baird, 1864.

Nevins, A. (ed.), 1962: A Diary of Battle: The Personal Journals of Colonel Charles S. Wainwright, 1861-1865, New York, Harcourt Brace & World.

Newberry, J. S., 1863: «Rev. Mr. Hoblitt on Nashville Hospitals», The Sanitary Reporter, 1, n.º 5 (15 de julio), 34.

Newberry, J. S., 1863: «Report of the Hospital Directory», The Sanitary Reporter 1, n.º 11 (15 de octubre), 81.

Newcomb, M. A., 1893: Four Years of Personal Reminiscences of the War, Chicago, H. S. Mills.

Newhall, F. H., 1861: National Exaltation: The Duties of Christian Patriotism, Boston, John M. Hewes.

Noll, M. A., 2006: The Civil War as a Theological Crisis, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

O'Connor, J. O. C., s. f.: Bless the Lips That Kissed Our Darling: Answer to: Let Me Kiss Him for His Mother, New York, H. De Marsan.

Once to die, Presbyterian Committee of Publication, Richmond, Virginia, 1861-1865, n.º 45.

Paley, W., 1802: Natural Theology: Or, Evidences of the Existence and Attributes of the Deity, collected from the appearances of Nature, London, R. Faulder, New-Bond Street, by Wilks and Taylor, Chancery-Lane.

[Palfrey, F. W.], 1864: In Memoriam: H. L. A., Boston, Printed for private distribution.

Patterson, R., 1877: Visions of Heaven for the Life on Earth, Philadelphia, Presbyterian Board of Publication.

«Petition of Citizens of Danville, Virginia, to the Confederate Secretary of War, to remove the prison hospital from that city, 1 de febrero de 1864», en R. E. Denney, Civil War Medicine: Care and Comfort of the Wounded, New York, Sterling, 1994, 5.

Pharr, W. W., 1862: Funeral Sermon on the Death of Capt. A. K. Simonton, of Statesville, North Carolina, Salisbury, N. C., J. J. Bruner.

Phelps, E. S., 1896: Chapters from a Life, Boston, Houghton Mifflin & Co.

Phelps, E. S., 1964 (1868): The Gates Ajar (reimpr.), Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Phelps, E. S., 2000a: «The Gates Ajar», en E. S. Phelps, Three Spiritualist Novels, Urbana, University of Illinois Press.

Phelps, E. S., 2000b: Three Spiritualist Novels, Urbana, University of Illinois Press, VIII-XXIII.

Philadelphia Board of Health, 1862: Report of the Board of Health of the City and Port of Philadelphia to the Mayor for 1861, Philadelphia, James Gibbons.

Philipson, D. (ed.), 1929: Letters of Rebecca Gratz, Philadelfia, Jewish Publication Society of America.

Phisterer, F., 2002 (1883): Statistical Record of the Armies of the United States, New York, Castle (reimpr.).

Pierpont, J., s. f.: Poems, disponible en [https://www.poetry-archive.com/p/my_child.html] [impreso en Rittenhouse, J. B. (ed.), The Little Book of American Poets: 1787-1900, Cambridge, Riverside Press, 1915.

Pike, J. S., 1874: The Prostrate State: South Carolina under negro government, New York, D. Appleton.

Poindexter, A. M., 186-: Why Will Ye Die?, Raleigh, North Carolina, s. l.

Powers, E. J., 1866: Hospital Pencillings: Being a Diary While in Jefferson General Hospital, Boston, Edward L. Mitchel.

Prescott Wormeley, K., 1889: The Other Side of War: With the Army of the Potomac: Letters from the Headquarters of the United States Sanitary Commission During the Peninsular Campaign in Virginia in 1862, Boston, Ticknor & Co.

Raymond, H. W. (ed.), 1880: «Extracts from the Journal of Henry J. Raymond II», Scribner's Monthly 19 (enero), 419-424.

Regulations for the Army of the Confederate States, 1862, Atlanta, James McPherson & Co., 1862.

Richardson, S., 1986: Clarissa, or, the History of a Young Lady, London, Penguin Classics [ed. en esp.: Clarissa, o la historia de una joven dama, 2 vols., J. E. Roca (trad.), Barcelona, Ático de los libros, 2014].

Richardson Craven, E., 1862: In Memoriam, Sermon and Oration… on the Occasion of the Death of Col. Isaac M. Tucker, Newark, New Jersey, Protection Lodge.

Robinson, C. S., 1864: A Memorial Discourse: Occasioned by the Death of Lieutenant James M. Green, 4th N. Y. S. V., Troy, New York, Daily Times Print.

Rogers, J. B., 1863: War Pictures: Experiences and Observations of a Chaplain in the U. S. Army, in the War of the Southern Rebellion, Chicago, Church & Goodman.

Roster of North Carolina Troops in the War Between the States, prepared by Order of the Legislature of 1881, by John W. Moore, 4 vols., Raleigh, North Carolina, Ash & Gatling, 1882.

Ryan, A. J., 1884: Poems: Patriotic, Religious, Miscellaneous, Baltimore, John B. Piet & Co.

Sargent, E., 1869: Planchette: or, The Despair of Science, Boston, Roberts Brothers.

Sargent, E., 1875: The Proof Palpable of Immortality: Being an Account of the Materialization Phenomena of Modern Spiritualism, Boston, Colby and Rich.

Sargent, E., 1881: The scientific basis of Spiritualism, Boston, Colby and Rich.

Sawyer, C. C., Mother Would Comfort Me!, Augusta, Georgia, Blackmar & Bro., s. f.

Schantz, M.: «The American Civil War and the Culture(s) of Death», artículo inédito.

Sears, S. W., 1988: George B. McClellan: The Young Napoleon, New York, Ticknor & Fields.

«Selected for the Soldiers», The Sentinel, 319, Petersburg, Virginia, s. n., 1861.

Sherman, F. T., Smith, R. W., Strong, W. E. y McClurg, A. C., 1869: The Army Reunion: with Reports of the Meetings of the Societies of The Army of the Cumberland; The Army of the Tennessee; The Army of the Ohio; and The Army of Georgia, Chicago, S. C. Griggs & Co.

Sherman, W. T., 1990: Memoirs of General W. T. Sherman, New York, Library of America.

Slaughter, P., 1864: A Sketch of the Life of Randolph Fairfax, A Private in the Ranks of the Rockbridge Artillery, Richmond, Virginia, Tyler, Allegre and McDaniel.

Snell, C. W. y Brown, S. A., 1986: Antietam National Battlefield and National Cemetery, Sharpsburg, Maryland: An Administrative History, Washington D. F., U. S. Department of the Interior, National Park Service.

Staunton Transportation Company, 1863: Transportation of the Dead!, Gettysburg, Pensilvania, H. J. Stahle.

Stearns, W. A., 1862: Adjutant Stearns, Boston, Massachusetts Sabbath School Society.

Stillé, C. J., 1868: History of the United States Sanitary Commission, New York, Hurd & Houghton.

Stockton, T. H., reverendo, 1865: «Hymn for the National Funeral», Philadelphia, A. W. Auner.

Stone, K., 1955: Brokenburn: The Journal of Kate Stone, 1861-1868, J. Q. Anderson (ed.), Baton Rouge, Louisiana University Press.

Sweet, J. D., 1864: The Speaking Dead. A Discourse Occasioned by the Death of Serg't Edward Amos Adams 59th Regiment, M. V. M., Delivered at Billerica, Mass; July 3lst, 1864, Boston, Commercial Printing House.

Taylor, J., 1650: The Rule and Exercises of Holy Living, London, Francis Ash.

Taylor, J., 1651: The Rule and Exercises of Holy Dying, London, R. Royston.

Thackeray, W. M., 1844-1845: The Newcomes, London, Bradbury & Evans.

The American Letter-Writer and Mirror of Polite Behavior: a Useful Guide in the Art of Letter-Writing, with Rules of Conduct for Both Sexes, Philadelphia, Fisher & Brother, 1851.

«The Commission on the James River and the Appomattox», The Sanitary Commission Bulletin, 1864, vol. 1, n.º 18 (15 de julio), 564-570.

The Dying Officer, Richmond, Virginia, Soldiers' Tract Society, Methodist Episcopal Church, South, 186-.

«The Hospital Directory», Sanitary Commission Bulletin, 1863, vol. 1, n.º 4 (15 de diciembre), 108-110.

The Military Annals of Tennessee, J. B. Lindsley (ed.), Nashville, Tennessee, J. M. Lindsley & Co., 1886.

«The Sanitary Movement in European Armies», Sanitary Commission Bulletin 1864, vol. 1, n.º 12 (15 de abril), 353-357, disponible en [https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015022099421&view=1up&seq=387].

The Soldiers' Almanac published by The Soldiers' Tract Association, of the M. E. Church South, Richmond, Virginia, MacFarlane & Fergusson, 1863.

The War of the Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies, Washington, D. C., Government Printing Office, 1883-1901, 127 vols.

Thompson, J. R., 1823-1873: «The Burial of Latane», disponible en [www.civilwarpoetry.org/confederate/officers/latane.html].

Thornwell, E., 1857: The Rainbow Around the Tomb; or, Rays of Hope for Those Who Mourn, New York, Derby & Jackson.

Todd, M. L. (ed.), 1894: Letters of Emily Dickinson, Boston, Roberts Brothers [ed. en esp.: Emily Dickinson. Cartas, 2 vols., N. D'Amonville Alegría (trad.), Barcelona, Lumen, 2022].

Trainer Smith, S. (ed.), 1897: «Notes on Satterlee Hospital, West Philadelphia», Records of the American Catholic Historical Society, Philadelphia, The Society, vol. 8, 399-449.

Trowbridge, J. T., 1866a: The South: A Tour of Its Battlefields and Ruined Cities, Hartford, Connecticut, L. Stebbins.

Trowbridge, J., 1866b: «The Wilderness», Atlantic Monthly 17 (enero), 45, 46.

Trumbull, H. C., 1898: War Memories of an Army Chaplain, New York, C. Scribner's Sons.

Twain, M., 1996 (1909): Captain Stormfield's Visit to Heaven, New York, Harper & Brothers.

Twombly, A., 1863: The Completed Christian Life: A Sermon Commemorative of Adjt. Richard M. Strong, Albany, New York, J. Munsell.

U. S. Army, Quartermaster General’s Office, Roll of Honor: Names of Soldiers Who Died in Defence of the American Union, 27 vols., Washington, D. F., Government Printing Office, 1865-1871.

U. S. Christian Commission, 1866: Record of the Federal Dead Buried from Libby, Belle Isle, Danville and Camp Lawton Prisons and at City Point and in the Field Before Petersburg and Richmond, Philadelphia, J. B. Rodgers.

U. S. House of Representatives, Select Committee on the Memphis Riots, Memphis Riots and Massacres, 1866, Miami, Mnemosyne, 1969 (1866) (reimpr.).

U. S. Sanitary Commission, 1862: Two Reports on the Condition of Military Hospitals, New York, W. C. Bryant.

U. S. War Department, Quartermaster General’s Office, Compilation of Laws, Orders, Opinions, Instructions, etc. in Regard to National Military Cemeteries, Washington, D. F., Government Printing Office, 1878.

Vosburgh, C. A., Tell Mother, I Die Happy, New York, Charles Magnus, s. f., Wolf 2290.

War Department, Quartermaster General’s Office, Compilation of Laws, Orders, Opinions, Instructions, Etc. in Regard to National Military Cemeteries, Washington, D. F., Government Printing Office, 1878.

Weir Mitchell, S., 1866: «The Case of George Dedlow», The Atlantic Monthly 18, n.º 105, julio, disponible en [https://cdn.theatlantic.com/media/archives/1866/07/18-105/131866870.pdf].

Wells, E. M. P., 1852: Preparation for Death. The Sixth Price Lecture, delivered at Trinity Church, Boston, n. p.

Wharton, H. M., 1904: War Songs and Poems of the Southern Confederacy, Philadelphia, John C. Winston.

Whitman, W., 1898: The Wound Dresser. A Series of Letters Written from the Hospitals in Washington During the War of the Rebellion, R. M. Bucke (ed.), Boston, Small Maynard & Co.

Whitman, W., 1910: Complete Prose Works: Specimen Days and Collect, November Boughs and Good Bye My Fancy, London and New York, D Appleton and Company.

Whitman, W., 1961-1977: The Correspondence, E. Haviland Miller (ed.), 6 vols., New York, New York University Press.

Whitman, W., 1971 (1882): Specimen Days, Boston, David Godine (reimpr.) [ed. en esp.: Días ejemplares, S. Rodríguez Guerrero-Strachan (ed.), Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2019].

Whitman, W., 1993 (1875): Memoranda During the War, Bedford, Massachusetts, Applewood Books (reimpr.).

Whitman, W., 1995: Civil War Poetry and Prose, New York, Dover Publications.

Whitman, W., 2014: Hojas de hierba, E. Moga (ed. bilingüe), Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Williams, E. F., 1865: «On the Origin of Species», Evangelical Quarterly Review 16 (enero), 11-23.

Willison, J., 1830: The Afflicted Man’s Companion, Pittsburgh, Luke Loomis & Co. (reimpr. New York, American Tract Society, 1851).

Wills, G., 1992: Lincoln at Gettysburg: The Words That Remade America, New York, Simon & Schuster.

Woodward, J. J., 1863: Outlines of the Chief Camp Diseases of the United States Armies as Observed During the Present War, Philadelphia, J. B. Lippincott.

Woodward, J. J., 1870: The Medical and Surgical History of the War of the Rebellion, part I, Vol. I: Medical History, Washington D. C., Government Printing Office.

Wragg, W. T., 1864: «Report on the Yellow Fever Epidemic at Wilmington, N. C., in the Autumn of 1862», Confederate States Medical and Surgical Journal 1-2 (febrero), 17-20.

Wyeth, J. A., 1914: With Sabre and Scalpel: The Autobiography of a Soldier and Surgeon, New York, Harper & Brothers.

FUENTES SECUNDARIAS

Aaron, D., 1973: The Unwritten War: American Writers and the Civil War, New York, Oxford University Press.

Abernethy, A., 1920: «Incidents of an Iowa Soldier's Life, or Four Years in Dixie», Annals of Iowa, 3rd ser., vol. 12, n.º 4.

Adler, J. S., 1981: War in Melville's Imagination, New York, New York University Press.

Albrecht, R. C., 1965: «The Theological Response of the Transcendentalists to the Civil War», New England Quarterly 38 (marzo), 21-34.

Alexander, C., 2004: «Letter from Vietnam: Across the River Styx», New Yorker, 25 de octubre, 44.

Alexander, T., 1998: «Destruction, Disease and Death: The Battle of Antietam and the Sharpsburg Civilians», Civil War Regiments 6, n.º 2, 143-173.

Anderson, B., 1991: Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism, New York, Verso [ed. en esp.: Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, E. L. Suárez (trad.), Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993].

Ariès, P., 1974: Western Attitudes Toward Death: From the Middle Ages to the Present, Baltimore, Johns Hopkins University Press [ed. en esp.: Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días, F. Carbajo y R. Perrín (trads.), Barcelona, Acantilado, 2011].

Ariès, P., 1981: The Hour of Our Death, New York, Alfred A. Knopf [ed. en esp.: El hombre ante la muerte, M. Armiño (trad.), Madrid, Taurus, 1987].

Armstrong, W. B., 1998: For Courageous Fighting and Confident Dying: Union Chaplains in the Civil War, Lawrence, Kansas, University Press of Kansas.

Attie, J., 1998: Patriotic Toil: Northern Women and the American Civil War, Ithaca, New York, Cornell University Press.

Avary, M. L. (ed.), 1903: A Virginia Girl in the Civil War, 1861-1865, New York, D. Appleton, 1903.

Baker, J. H., 1987: Mary Todd Lincoln: A Biography, New York, W. W. Norton.

Berlin, I., Fields, B. J. y Miller, S. F. (eds.), 1992: Free At Last: A Documentary History of Slavery, Freedom, and the Civil War, New York, New Press.

Black, A. K., 1994: «In the Service of the United States: Comparative Mortality Among African-American and White Troops in the Union Army», The Journal of Negro History 79, n.º 4 (otoño), 317-333.

Blackford, L. M., 1954: Mine Eyes Have Seen the Glory: The Story of a Virginia Lady, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Banks, R., 1990: «Death at a Distance», Civil War Times Illustrated, marzo-abril, 48-55.

Barrett, J. G. y Turner Jr., R. K., 1961: Letters of a New Market Cadet: Beverly Stanard, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Barton, G., 1897: Angels of the Battlefield: a history of the labors of the Catholic sisterhoods in the late Civil War, Philadelphia, Catholic Art Publishing Co.

Barton, M., 1979: «Painful Duties: Art, Character, and Culture in Confederate Letters of Condolence», Southern Quarterly 17, 123-134.

Barton, M., 1981: Goodmen: The Character of Civil War Soldiers, University Park and London, Pennsylvania State University Press.

Batchelor-Turner Letters: 1861-1864: Written by Two of Terry's Texas Rangers, annotated by H. J. H. Rugeley, Austin, Texas, Steck Company, 1961.

Beier, L. M., 1989: «The Good Death in Seventeenth Century England», en R. Houlbrooke (ed.), Death, Ritual and Bereavement, New York, Routledge.

Berends, K. O., 1998: «"Wholesome Reading Purifies and Elevates the Man": The Religious Military Press in the Confederacy», en R. M. Miller, H. S. Stout y C. R. Wilson (eds.), Religion and the American Civil War, New York, Oxford University Press.

Bernstein, I., 1990: The New York City Draft Riots, New York, Oxford University Press.

Bierce, A., 1911: The Collected Works of Ambrose Bierce, New York, Neale Publishing Co., vol. 8.

Bierce, A., 1970: «A Tough Tussle», en E. J. Hopkins, comp., The Civil War Short Stories of Ambrose Bierce, Lincoln, University of Nebraska Press.

Bierce, A., 1999: The Devil's Dictionary, New York, Oxford University Press [ed. en esp.: Diccionario del diablo, A. Ibarrola Armendariz (trad.), Madrid, Alianza Editorial, 2011].

Bierce, A., 2001: «An Occurrence at Owl Creek Bridge», en A. Bierce, The Civil War Short Stories of Ambrose Bierce, E. J. Hopkins (ed.), Lincoln, Nebraska, University of Nebraska Press.

Bierce, A., 2002: «What I Saw of Shiloh», en R. Duncan y D. J. Klooster (eds.), Phantoms of a Blood-Stained Period: The Complete Civil War Writings of Ambrose Bierce, Amherst, University of Massachusetts Press.

Blair, W., 2004: Cities of the Dead: Contesting the Memory of the Civil War in the South, 1865-1914, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Blight, D. W., 1989: Frederick Douglass' Civil War: Keeping Faith in Jubilee, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Blight, D. W., 2001: Race and Reunion: The Civil War in American Memory, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Bloch, M. y Parry, J. (eds.), 1982: Death and the Regeneration of Life, New York, Cambridge University Press.

Booth, Allyson, 1996: Postcards from the Trenches: Negotiating the Space Between Modernism and the First World War (New York, Oxford University Press, 1996

Bourke, J., 1999: An Intimate History of Killing: Face-to-Face Killing in Twentieth-Century Warfare, New York, Basic Books [ed. en esp.: Sed de sangre: Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX, L. Noriega (trad.), Barcelona, Editorial Crítica, 2008].

Boyd Cross, A., 2002: «The Battle of Gettysburg and the Christian Commission», en D. J. Hoisington (ed.), Gettysburg and the Christian Commission, Roseville, Minnesota, Edinborough Press.

Braude, A., 1989: Radical Spirits: Spiritualism and Women's Rights in Nineteenth-Century America, Boston, Beacon Press.

Brock, E. J. (ed.), 1988: Swedenborg and His Influence, Bryn Athyn, Pennsylvania, Academy of the New Church.

Brown, J. W., 1969: The Rise of Biblical Criticism in America, 1800-1870: The New England Scholars, Middletown, Connecticutt, Wesleyan University Press.

Brown Pryor, E., 1987: Clara Barton: Professional Angel, Philadelfia, University of Pennsylvania Press.

Broyles, W., 1984: «Why Men Love War», Esquire, noviembre, 54-65.

Burton Russell, J., 2006: Paradise Mislaid: How We Lost Heaven and How We Can Regain It, New York, Oxford University Press.

Busey, J. W. y Martin, D. G., 2005: Regimental Strengths and Losses at Gettysburg, 4.ª ed., Hightstown, New Jersey, Longstreet House.

Cadenhead, I. B., 1956: «Some Confederate Letters of I. B. Cadenhead», Alabama Historical Quarterly 18(4), 546-571.

Campbell, R. B., 1983: A Southern Community in Crisis: Harrison County, Texas, 1850-1880, Austin, Texas State Historical Press.

Carroll, B. E., 1997: Spiritualism in Antebellum America, Bloomington, Indiana University Press.

Carter, R. G., 1978: Four Brothers in Blue, Austin, University of Texas Press.

Carter, D. T., 1985: When the War Was Over: The Failure of Self-Reconstruction in the South, 1865-1867, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Cate, W. A. (ed.), 1938: Two Soldiers: The Campaign Diaries of Thomas J. Key, C. S. A., December 7, 1863-May 17, 1865 and Robert J. Campbell, U. S. A., January 1, 1864-July 21, 1864, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Cherry, C., 1972: «The Structure of Organic Thinking: Horace Bushnell's Approach to Language, Nature and Nation», Journal of the American Academy of Religion 40 (marzo), 3-20.

Chesebrough, D. B., 1994: «No Sorrow Like Our Sorrow»: Northern Protestant Ministers and the Assassination of Lincoln, Kent, Ohio, Kent State University Press.

Chesnut, M. B., 1981: Mary Chesnut's Civil War, C. Vann Woodward (ed.), New Haven, Yale University Press [ed. en esp.: Páginas de un diario de la Guerra Civil, C. Manuel Cuenca (trad.), Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008].

Cimprich, J., 2005: Fort Pillow, a Civil War Massacre, and Public Memory, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Cimprich, J. y Mainfort Jr., R. C., 1989: «The Fort Pillow Massacre: A Statistical Note», Journal of American History 76 (diciembre), vol. 3, 830-

837.

Clark, W. (ed.), 1994: Valleys of the Shadow: The Memoir of Confederate Captain Reuben G. Clark, Knoxville, University of Tennessee Press.

Clebsch, W. A., 1961: «Christian Interpretations of the Civil War», Church History, vol. 30, n.º 2, 212-222.

Coco, G. A., 1990: Wasted Valor: The Confederate Dead at Gettysburg, Gettysburg, Philadelphia, Thomas Publications.

Coco, G. A., 1992: Killed in Action: Eyewitness Accounts of the Last Moments of 100 Union Soldiers Who Died at Gettysburg, Gettysburg, Philadelphia, Thomas Publications.

Coco, G. A. (ed.), 1994: From Ball's Bluff to Gettysburg… and Beyond: The Civil War Letters of Private Roland E. Bowen, 15th Massachusetts Infantry, 1861-1864, Gettysburg, Philadelphia, Thomas Publications.

Coco, G. A., 1995: A Strange and Blighted Land: Gettysburg, the Aftermath of a Battle, Gettysburg, Pensilvania, Thomas Publications.

Coco, G. A., 2003: Gettysburg's Confederate Dead, Gettysburg, Pensilvania, Thomas Publications.

Cohen, I. B., 2005: The Triumph of Numbers: How Counting Shaped Modern Life, New York, W. W. Norton [ed. en esp.: El triunfo de los números, D. Otero-Piñeiro (trad.), Madrid, Alianza Editorial, 2007].

Cohen, L., 1999: «"A Supper of Horrors Too Long Drawn Out": Ambrose Bierce's Literary Terrorism and the Reinstatement of Death», B. A. paper, University of Chicago.

Cohen, P. C., 1982: A Calculating People: The Spread of Numeracy in Early America, Chicago, University of Chicago Press.

Comper, F. (ed.), 1917: The Book of the Craft of Dying and Other Early English Tracts Concerning Death, London, Longmans, Green, and Co.

Cook, A., 1974: The Armies of the Streets: The New York City Draft Riots of 1863, Lexington, University Press of Kentucky.

Cooke, Ch. H., 1915: Soldier Boy's Letters to His Father and Mother, 1861-1865, Independence, Wisconsin, News-Office.

Cooney, P. P., 1933: The War Letters of Father Peter Paul Cooney of the Congregation of the Holy Cross, T. McAvoy (ed.), Records of the American Catholic Historical Society of Philadelphia.

Coski, John M., 2006: «Montgomery's Blood-Stained Letter Defines "The Art of Dying"—and Living», Museum of the Confederacy Magazine (verano), 14.

Cox, R. S., 2003: Body and Soul: A Sympathetic History of American Spiritualism, Charlottesville, University of Virginia Press.

Crawford, M., 1999: Encyclopedia of the Mexican-American War, Santa Barbara, California, ABC-Clio.

Creighton, M., 2005: The Colors of Courage: Gettysburg's Forgotten History: Immigrants, Women, and African Americans in the Civil War's Defining Battle, New York, Basic Books.

Cressy, D., 1997: Birth, Marriage and Death: Ritual, Religion and the Life-Cycle in Tudor and Stuart England, New York, Oxford University Press.

Cross, M. C., 1985: «The Third Earl of Huntingdon's Death-Bed: A Calvinist Example of the Arts Moriendi», Northern History 21, 80-107.

Cunningham, H., 1958: Doctors in Gray: The Confederate Medical Service, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Cunningham, H., 1968: Field Medical Services at the Battles of Manassas, Athens, University of Georgia Press.

Daniel, L., 1997: Shiloh: The Battle That Changed the Civil War, New York, Simon & Schuster.

Davis, D. B., 1975: The Problem of Slavery in the Age of Revolution, Ithaca, New York, Cornell University Press [ed. en esp.: El problema de la esclavitud en la cultura occidental, R. Bixío (trad.), Colombia, Banco de la República y Áncora Editores, 1996].

Davis, D. B., 1984: Slavery and Human Progress, New York, Oxford University Press.

Davidson, C. N. (ed.), 1982: Critical Essays on Ambrose Bierce, Boston, G. K. Hall.

Davidson, C. N., 1984: The Experimental Fictions of Ambrose Bierce: Structuring the Ineffable, Lincoln, University of Nebraska Press.

Davidson, W. H. (ed.), 1961: War Was the Place: A Centennial Collection of Confederate Soldier Letters, Chattahoochie Valley Historical Society, Bulletin n.º 5 [noviembre de 1961].

Dawes, J., 2002: «Counting on the Battlefield: Literature and Philosophy After the Civil War», en J. Dawes, The Language of War: Literature and Culture in the U. S. from the Civil War through World War II, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Decker, W. M., 1998: Epistolary Practices: Letter Writing in America Before Telecommunications, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

«Dear Mother: Don't Grieve About Me. If I Get Killed, I'll Only Be Dead»: Letters from Georgia Soldiers in the Civil War, Mills Lane (ed.), Savannah, Georgia, Beehive Press, 1990.

Delbanco, A., 2005: Melville: His World and His Work, New York, Alfred A. Knopf [ed. en esp.: Melville, J. Bonilla (trad.), Barcelona, Seix Barral, 2007].

Denney, R. E., 1994: Civil War Medicine: Care and Comfort of the Wounded, New York, Sterling.

Desrosières, A., 1998: The Politics of Large Numbers: A History of Statistical Reasoning, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press [ed. en esp.: Política de los grandes números, M. S. Nasi (trad.), Tenerife, Editorial Melusina, 2005].

Deutrich, M. E., 1962: Struggle for Supremacy: The Career of General Fred C. Ainsworth, Washington D. C., Public Affairs Press.

Diffley, K. (ed.), 2002: To Live and Die: Collected Stories of the Civil War, Durham, North Carolina, Duke University Press.

Douglas, A., 1974: «Heaven Our Home: Consolation Literature in the Northern United States, 1830–1880», American Quarterly 26 (diciembre), 496-515.

DuBois, W. E. B., 1969 (1935): Black Reconstruction in America, New York, Atheneum (reimpr.).

Duncan, R. y Klooster, D. J. (eds.), 2002: Phantoms of a Blood-Stained Period: The Complete Civil War Writings of Ambrose Bierce, Amherst, University of Massachusetts Press.

Dunkelman, M. H., 1999: Gettysburg's Unknown Soldier: The Life, Death, and Celebrity of Amos Humiston, Westport, Conecticutt, Praeger.

Durkin J. T. (ed.), 1960: Confederate Chaplain: A War Journal of James B. Sheeran, Milwaukee, Bruce Publishing Co.

Elmore, G. B., 1997: A Heritage of Woe: The Civil War Diary of Grace Brown Elmore, 1861-1868, M. F. Weiner (ed.), Atenas, University of Georgia Press.

Emerson, R. W., 1965: «Swedenborg; or, the Mystic», en R. E. Spiller (ed.), Selected Essays, Lectures and Poems of Ralph Waldo Emerson, New York, Washington Square Press, 129-156.

Ernst, K., 1999: Too Afraid to Cry: Maryland Civilians in the Antietam Campaign, Mechanicsburg, Pensilvania, Stackpole Books.

Evans, R. C. (ed.), 2003: Ambrose Bierce's «An Occurrence at Owl Creek Bridge»; An Annotated Critical Edition, West Cornwall, Connecticutt, Locust Hill Press.

Everson, G. R. y Simpson Jr., E. W., 1994: Far, Far from Home: The Wartime Letters of Dick and Talley Simpson, 3rd South Carolina Volunteers, New York, Oxford University Press.

Fahs, A., 2001: The Imagined Civil War: Popular Literature of North and South, 1861-1865, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Farland, M. M., 1998: «"That Tritest/Brightest Truth": Emily Dickinson's Anti-Sentimentality», Nineteenth-Century Literature 53 (diciembre), 364-389.

Faust, D. G., 1977: A Sacred Circle: The Dilemma of the Intellectual in the Old South, 1840-1860, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Faust, D. G., 1988: The Creation of Confederate Nationalism: Ideology and Identity in the Civil War South, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Faust, D. G., 1992a: «Christian Soldiers: The Meaning of Revivalism in the Confederate Army», en D. G. Faust, Southern Stories: Slaveholders in Peace and War, Columbia, University of Missouri Press, 1992), 88-110.

Faust, D. G., 1992b: «Race, Gender, and Confederate Nationalism: William D. Washington's Burial of Latané», en D. G. Faust, Southern Stories: Slaveholders in Peace and War, Columbia, University of Missouri Press, 148-159.

Faust, D. G., 1995: «A Riddle of Death»: Mortality and Meaning in the American Civil War (34.ª Conferencia Anual en memoria de Robert Fortenbaugh), Gettysburg, Philadelphia, Gettysburg College.

Faust, D. G., 1996: Mothers of Invention: Women of the Slaveholding South in the American Civil War, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Faust, D. G., 2000: «Equine Relics of the Civil War», Southern Cultures 6 (primavera), 23-49.

Faust, D. G., 2001: «The Civil War Soldier and the Art of Dying», Journal of Southern History 67 (febrero), 3-38.

Faust, D. G., 2004: «"We Should Grow Too Fond of It": Why We Love the Civil War», Civil War History 50 (diciembre), 368-383.

Faust, D. G., 2005: «“The Dread Void of Uncertainty”: Naming the Dead in the American Civil War», Southern Cultures vol. 11, n.º 2 (verano), 7-32.

Fisher, N. C., 1997: War at Every Door: Partisan Politics and Guerrilla Violence in East Tennessee, 1860-1869, Chapel Hill,University of North Carolina Press.

Flood, K. P., 2001: Contemplating Corpses: The Dead Body in American Culture, 1870-1920, tesis doctoral, Harvard University.

Foner, E., 1988: Reconstruction: America’s Unfinished Revolution, 1863-1877, New York, Harper & Row.

Ford, T., 1965: «Emily Dickinson and the Civil War», University of Kansas City Review 31 (primavera), 199-203.

Foster, G., 1982: «The Limitations of Federal Health Care for Freedmen, 1862-1868», Journal of Southern History 48 (August), 349-372.

Foster, G. M., 1987: Ghosts of the Confederacy: Defeat, the Lost Cause, and the Emergence of the New South, 1865-1913, New York, Oxford University Press.

Foster Damon, S., 1935: Amy Lowell: A Chronicle, Boston, Houghton Mifflin.

Frank, J. A. y Reaves, G. A., 1989: «Seeing the Elephant»: Raw Recruits at Shiloh, Westport, Connecticut, Greenwood Press.

Frassanito, W. A., 1978: Antietam: The Photographic Legacy of America’s Bloodiest Day, New York, Charles Scribner’s Sons.

Fredrickson, G. M., 1965: The Inner Civil War: Northern Intellectuals and the Crisis of the Union, New York, Harper & Row.

Freemon, F. R., 1998: Gangrene and Glory: Medical Care During the American Civil War, Urbana, University of Illinois Press.

Frei, H. W., 1974: The Eclipse of Biblical Narrative: A Study in Eighteenth and Nineteenth Century Hermeneutics, New Haven, Yale University Press.

From This World to the Next: Jewish Approaches to Illness, Death and the Afterlife, New York, Jewish Theological Seminary of America, 1999.

Fussell, P., 1975: The Great War and Modern Memory, New York, Oxford University Press [ed. en esp.: La Gran Guerra y la memoria moderna, J. Alfaya (trad.), Madrid, Turner Publicaciones, 2006].

Gache, L.- H., 1991: A Frenchman, a Chaplain, a Rebel: The War Letters of père Louis-Hippolyte Gache, Chicago, Loyola University Press.

Gallagher, G. W. (ed.), 1989: Fighting for the Confederacy: The Personal Recollections of General Edward Porter Alexander, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Gallman, J. M., 1990: Mastering Wartime: A Social History of Philadelphia During the Civil War, New York, Cambridge University Press.

Garner, S., 1993: The Civil War World of Herman Melville, Lawrence, University Press of Kansas.

Garth Scott, R. (ed.), 1991: Fallen Leaves: The Civil War Letters of Major Henry Livermore Abbott, Kent, Ohio, Kent State University Press.

Gautier, G., 1902: Harder Than Death: The Life of George Gautier, an Old Texan, Austin, Texas, self-published.

Giesberg, J. A., 2000: Civil War Sisterhood: The U.S. Sanitary Commission and Women's Politics in Transition, Boston, Northeastern University Press.

Gilbert, S., 2006: Death's Door: Modern Dying and the Way We Grieve, New York, W. W. Norton.

Glasson, W. H., 1918: Federal Military Pensions in the United States, New York, Oxford University Press.

Glymph, T., 1996: «"This Species of Property": Female Slave Contrabands in the Civil War», en E. D. C. Campbell y K. S. Rice (eds.), A Woman's War: Southern Women, Civil War, and the Confederate Legacy, Charlottesville, University Press of Virginia, 55-71.

Goldthwaite Carter, R., 1978: Four Brothers in Blue: or, Sunshine and Shadows of the War of the Rebellion, Austin, University of Texas Press.

Goodwin, D. K., 2005: Team of Rivals: The Political Genius of Abraham Lincoln, New York, Simon & Schuster.

Gratz, R., 1929: Letters of Rebecca Gratz, rabbi D. Philipson (ed.), Philadelphia, Jewish Publication Society of America.

Greiner, J. M., Coryell, J. L. y Smither, J. R. (eds.), 1994: A Surgeon's Civil War: The Letters and Diary of Daniel M. Holt, M.D., Kent, Ohio, Kent University Press.

Grossman, D., 1995: On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society, Boston, Little, Brown [ed. en esp.: Matar, A. M.ª Bejarano Escanilla (trad.), Santa Úrsula, Tenerife, Editorial Melusina, 2019].

Gurlin Altman, J., 1982: Epistolarity: Approaches to a Form, Columbus, Ohio State University Press.

Guthke, K. S., 1992: Last Words: Variations on a Theme in Cultural History, Princeton, Princeton University Press.

Hacker, J. D., 1999: The Human Cost of War: White Population in the United States, 1850-1880, tesis doctoral, University of Minnesota.

Hancock, C., 1956: South After Gettysburg: Letters, 1863-1868, New York, T. Y. Crowell.

Handerson, H. E., 1962: Yankee in Gray: The Civil War Memoirs of Henry E. Handerson with a Selection of His Wartime Letters, Cleveland, Case Western Reserve University Press.

Harlow, A. F., 1934: Old Waybills: The Romance of the Express Companies, New York, D. Appleton-Century.

Harris, L. M., 2003: In the Shadow of Slavery: African Americans in New York City, 1626-1863, Chicago, University of Chicago Press.

Hesseltine, W. B., 1930: Civil War Prisons: A Study in Psychology, Columbus, Ohio State University Press.

Heidler, D. S. y Heidler, J. T. (eds.), 2000: Encyclopedia of the American Civil War. A Political, Social, and Military History, Santa Barbara-California, ABC-Clio, vol. 4.

Herschbach, L., 1997: Fragmentation and Reunion: Medicine, Memory and Body in the American Civil War, tesis doctoral, Harvard University.

Hess, E. J., 1997: The Union Soldier in Battle: Enduring the Ordeal of Combat, Lawrence, University Press of Kansas.

Hewett, J. B. (ed.), 1996: The Roster of Confederate Soldiers, 1861-1865, 16 vols., Wilmington, North Carolina, Broadfoot.

Hewett, J. B. (ed.), 1997: The Roster of Union Soldiers, 1861-1865, 33 vols., Wilmington, North Carolina, Broadfoot.

Higgins, D., 1967: Portrait of Emily Dickinson, The Poet and Her Prose, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press.

Hollandsworth Jr., J. G., 1995: Louisiana Native Guards: The Black Military Experience During the Civil War, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Houlbrooke, R., 1996: «The Puritan Death-Bed, c. 1560-c. 1600», en C. Durston y J. Eales (eds.), The Culture of English Puritanism, 1560-1700, New York, St. Martin's.

Houlbrooke, R., 1998: Death, Religion, and the Family in England, 1480-1750, Oxford, Clarendon Press.

Howe, D. W., 1983: «The Social Science of Horace Bushnell», Journal of American History 70 (septiembre), 305-322.

Hunt, L., 2007: Inventing Human Rights: A History, New York, W. W. Norton.

Jalland, P., 1996: Death in the Victorian Family, Oxford/New York, Oxford University Press.

Jay, M., 1993: Force Fields: Between Intellectual History and Cultural Critique, New York, Routledge [ed. en esp.: Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural, A. Bixío (trad.), Barcelona, Ediciones Paidós, 2003].

Jordan, W. D., 1993: Tumult and Silence at Second Creek: An Inquiry into a Civil War Slave Conspiracy, Baton Rouge and London, Louisiana State University Press.

Keegan, J., 1976: The Face of Battle, New York, Viking Press [ed. en esp.: El rostro de la batalla, J. Narro Romero (trad.), Madrid, Turner Ediciones, 2013].

Kenzer, R., 2002: «The Uncertainty of Life: A Profile of Virginia's Civil War Widows», en J. E. Cashin (ed.), The War Was You and Me: Civilians in the American Civil War, Princeton, Princeton University Press.

Kessler, C. F., 1982: Elizabeth Stuart Phelps, Boston, Twayne Publishers.

Kete, M. L., 2000: Sentimental Collaborations: Mourning and Middle-Class Identity in Nineteenth-Century America, Durham, North Carolina, Duke University Press.

Kirwan, A. D. (ed.), 1956: Johnny Green of the Orphan Brigade: The Journal of a Confederate Soldier, Lexington, University of Kentucky Press, 1956.

Korn, B., 1951: American Jewry and the Civil War, Philadelphia, Jewish Publication Society of America.

Krick, R. K., 1974: Roster of the Confederate Dead in the Fredericksburg Confederate Cemetery Fredericksburg, Virginia.

Laderman, G., 1996: The Sacred Remains: American Attitudes Toward Death, 1799-1883, New Haven, Yale University Press.

Lanier, S., 1945: Letters, 1874–1877, en C. R. Anderson y A. H. Starke (eds.), The Centennial Edition of the Works of Sidney Lanier, vol. 9, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Lasswell, M. (ed. and comp.), 1961: Rags and Hope: The Memoirs of Val C. Giles, Four Years with Hood's Brigade, Fourth Texas Infantry, 1861-1865, New York, Coward-McCann.

Laurence Moore, R., 1977: In Search of White Crows: Spiritualism, Parapsychology, and American Culture, New York, Oxford University Press.

Lee, M. S., 2000: «Writing Through the War: Melville and Dickinson After the Renaissance», PMLA: Publications of the Modern Language Association of America, vol. 115, n.º 5, October, 1124-1128.

Lee Beaty, N., 1970: The Craft of Dying: A Study in the Literary Tradition of the Ars Moriendi in England, New Haven, Yale University Press.

Leonard, T. C., 1978: Above the Battle: War Making in America from Appomattox to Versailles, New York, Oxford University Press.

Lesser, C. H., 1976: The Sinews of Independence: Monthly Strength Reports of the Continental Army, Chicago, University of Chicago Press.

Linderman, G., 1987: Embattled Courage: The Experience of Combat in the American Civil War, New York, Free Press.

Long, L. A., 1997: «The Corporeity of Heaven: Rehabilitating the Civil War Body in The Gates Ajar», American Literature 69 (diciembre), 781-811.

Loughridge, P. y Campbell Jr., E. D. C., 1985: Women in Mourning, Richmond, Virginia, Museum of the Confederacy, 1985.

Lowell, J. R., 1994: «Ode Recited at the Harvard Commemoration, July 21, 1865», en R. Marius (ed.), The Columbia Book of Civil War Poetry: From Whitman to Walcott, New York, Columbia University Press.

Lowenfels, W. (ed. y comp.), 1960: Walt Whitman’s Civil War, New York, Alfred A. Knopf.

Lundin, R., 1998: Emily Dickinson and the Art of Belief, Grand Rapids, Michigan, William B. Eerdmans.

Lynch, T., 1997: The Undertaking: Life Studies from the Dismal Trade, New York, W. W. Norton [ed. en esp.: El enterrador, A. de Espriella (trad.), Madrid, Alfaguara, 2004].

Lynch, T., 2000: Bodies in Motion and at Rest: On Metaphor and Mortality, New York, W. W. Norton.

Macksey, K. y Woodhouse, W. (eds.), 1991: The Penguin Encyclopedia of Modern Warfare: 1850 to the Present Day, London, Penguin.

Maher, M. D., 1989: To Bind Up the Wounds: Catholic Sister Nurses in the U.S. Civil War, New York, Greenwood Press.

Marius, R. (ed.), 1994: The Columbia Book of Civil War Poetry: From Whitman to Walcott, New York, Columbia University Press.

Marshall, S. L. A., 1947: Men Against Fire: The Problem of Battle Command in Future War, New York, Morrow.

Marvel, W., 1994: Andersonville: The Last Depot, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Masterson Brown, K., 2005: Retreat from Gettysburg: Lee, Logistics, and the Pennsylvania Campaign, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Maxwell, W. Q., 1956: Lincoln's Fifth Wheel: The Political History of the United States Sanitary Commission, New York, Longmans, Green & Co.

McAvoy, T. (ed.), 1933: «The War Letters of Father Peter Paul Cooney of the Congregation of the Holy Cross», Records of the American Catholic Historical Society of Philadelphia 44(3) septiembre, 151-169.

McClintock, M., 1996: «Civil War Pensions and the Reconstruction of Union Families», Journal of American History 83, n.º 2 (septiembre), 456-480.

McDannell, C. y Lang, B., 1988: Heaven: A History, New Haven, Yale University Press [ed. en esp.: Historia del cielo. De los autores bíblicos hasta nuestros días, J. A. Moreno Tortuero (trad.), Madrid, Taurus, 2001].

McDonough, J. L., 1977: Shiloh: In Hell Before Night, Knoxville, University of Tennessee Press.

McElroy, J. H. (ed.), 1999: The Sacrificial Years: A Chronicle of Walt Whitman's Experiences in the Civil War, Boston, David R. Godine.

McElroy, T. (ed.), 1933: «The War Letters of Father Peter Paul Cooney of the Congregation of the Holy Cross», Records of the American Catholic Historical Society of Philadelphia 44(2) junio, 220-237.

McKinley, W., 1900: «Speech Before the Legislature in Joint Assembly, at the State Capitol, Atlanta, Georgia, December 14, 1898», en W. McKinley, Speeches and Addresses of William McKinley from March 1, 1897 to May 30, 1900, New York, Doubleday & McClure, 158-159.

McPherson, J. M., 1982: Ordeal by Fire: The Civil War and Reconstruction, New York, Alfred A. Knopf.

McPherson, J. M., 1988: Battle Cry of Freedom, New York, Oxford University Press.

McPherson, J. M., 1997: For Cause and Comrades: Why Men Fought in the Civil War, New York, Oxford University Press.

McPherson, J. M., 2002: Crossroads of Freedom: Antietam, New York, Oxford University Press [ed. en esp.: Antietam, la batalla que permitió la libertad de los esclavos, J. Beltrán Ferrer (trad.), Barcelona, Ariel, 2021].

Menand, L., 2001: The Metaphysical Club: A Story of Ideas in America, New York, Farrar, Straus & Giroux [ed. en esp.: El club de los metafísicos, A. Bonnano (trad.), Barcelona, Ariel, 2016].

Metcalf, P. y Huntington, R., 1991: Celebrations of Death: The Anthropology of Mortuary Ritual, 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press.

Milder, R., 1989: «The Rhetoric of Melville's Battle-Pieces», Nineteenth-Century Literature 44, n.º 2 (septiembre), 173-200.

Miller Manning, Ch., 2002: «What This Cruel War Was Over: Why Union and Confederate Soldiers Thought They Were Fighting the Civil War», tesis doctoral, Cambridge, Massachusetts, Harvard University.

Miller, R. M., 1998: «Catholic Religion, Irish Ethnicity, and the Civil War», en R. M. Miller, H. S. Stout y C. R. Wilson (eds.), Religion and the American Civil War, New York, Oxford University Press.

Miller, R. F. y Mooney, R. F., 1994: The Civil War: The Nantucket Experience: Including the Memoirs of Josiah Fitch Murphey, Nantucket, Wesco Publishing Co.

Mitchell, M. H., 1999 (1985): Hollywood Cemetery: The History of a Southern Shrine, Richmond, Virginia State Library.

Mitchell, R., 1988:·Civil War Soldiers. Their expectations and their experiences, New York, Viking.

Mitchell, R., 1993: The Vacant Chair: The Northern Soldier Leaves Home, New York, Oxford University Press.

Mitford, J., 1963: The American Way of Death, New York, Simon & Schuster.

Monette, P., 1988: Borrowed Time: An AIDS Memoir, San Diego, California, Harcourt Brace Jovanovich [ed. en esp.: El ultimo verano, Madrid, Egales, 1999].

Monette, P., 1994: Last Watch of the Night, New York, Harcourt Brace.

Monroe, H. (ed.), 1959: «The Road to Gettysburg: The Diary and Letters of Leonidas Torrence of the Gaston Guards», North Carolina Historical Review, vol. 36, 476-517.

Moorhead, J. H., 1984: «"As Though Nothing At All Had Happened": Death and Afterlife in Protestant Thought, 1840-1955», Soundings 67, n.º 4.

Morris Jr., R., 1996: Ambrose Bierce: Alone in Bad Company, New York, Oxford University Press.

Morris Jr., R., 2000: The Better Angel: Walt Whitman in the Civil War, New York, Oxford University Press.

Mrs. Thomas Taylor, presidenta, Mrs. Smythe, Mrs. August Kohn, Miss Poppenheim, Miss Martha B. Washington, State Committee Daughters of the Confederacy (eds.), 1903: South Carolina Women in the Confederacy, Columbia, South Carolina, State Co., vol. 1.

Nadelson, T., 2005: Trained to Kill: Soldiers at War, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Neff, J. R., 2005: Honoring the Civil War Dead: Commemoration and the Problem of Reconciliation, Lawrence, University Press of Kansas.

Nosworthy, B., 2003: The Bloody Crucible of Courage: Fighting Methods and Combat Experience of the Civil War, New York, Carroll & Graf.

Nudelman, F., 2004: John Brown's Body: Slavery, Violence and the Culture of War, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Nuland, S. B., 1994: How We Die: Reflections on Life's Final Chapter, New York, Alfred A. Knopf [ed. en esp.: Cómo morimos. Reflexiones sobre el último capítulo de la vida, C. Tomé Paule (trad.), Madrid, Alianza Editorial, 1995].

O'Brien, M., 1997: «The Flight Down the Middle Walk: Mary Chesnut and the Forms of Observance», en A. Goodwyn Jones y S. V. Donaldson (eds.), Haunted Bodies: Gender and Southern Texts, Charlottesville, University of Virginia Press, 109-131.

O'Connor, M. C. (sor), 1942: The Art of Dying Well: The Development of the Ars Moriendi, New York, Columbia University Press.

Ochs, S. J., 2000: A Black Patriot and a White Priest: Andre Cailloux and Claude Paschal Maistre in Civil War New Orleans, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

[Olmsted, F. L.], 1863: Hospital Transports: A Memoir of the Embarkation of the Sick and Wounded from the Peninsula of Virginia in the Summer of 1862, Boston, Ticknor & Fields.

Pace, E. D. (ed.), 1929: «The Diary and Letters of William P. Rogers, 1846-1862», Southwestern Historical Quarterly 32 (abril), 259-299.

Paludan, P. S., 1981: Victims: A True Story of the Civil War, Knoxville, University of Tennessee Press.

Paludan, P. S., 1996 (1988): A People's Contest: The Union and Civil War, 1861-1865 (reimpr.), Lawrence, University Press of Kansas.

Patterson, G. A., 1997: Debris of Battle: The Wounded of Gettysburg, Mechanicsburg, Pensilvania, Stackpole Books.

Peake McDonald, C., 1992: A Woman's Civil War: A Diary, with Reminiscences of the War, from March 1862, M. C. Gwin (ed.), Madison, University of Wisconsin Press.

Peckham, H. H., 1974: The Toll of Independence: Engagements Battle Casualties of the American Revolution, Chicago, University of Chicago Press.

Peet, L. H., 1901: Who's the Author?: A Guide to the Authorship of Novels, Stories, Speeches, Songs and General Writings of American Literature, New York, Thomas Y. Crowell.

Peterson, M. D., 1994: Lincoln in American Memory, New York, Oxford University Press.

Petty, E. P., 1982: Journey to Pleasant Hill: The Civil War Letters of Captain Elijah P. Petty, Walker's Texas Division, CSA, N. D. Brown (ed.), San Antonio, University of Texas, Institute of Texan Cultures.

Phillips, A., 2000: Darwin's Worms: On Life Stories and Death Stories, New York, Basic Books.

Pindell, R., 1993: «The Most Dangerous Set of Men», Civil War Times Illustrated, vol. 32, julio-agosto, 42-50.

Poe, E. A., 1981: The Annotated Tales of Edgar Allan Poe, S. Peithman (illustr., ed., introd., notes, and a bibliography), Garden City, New York, Doubleday & Company [ed. en esp.: Narraciones extraordinarias, Barcelona, Editorial Alma, 2017].

Porter, D. T., 1981: Dickinson: The Modern Idiom, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Pryor, E. B., 1987: Clara Barton: Professional Angel, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Quigley, C., 1963: The Corpse: A History, Jefferson, North Carolina, McFarland & Co.

Rable, G. C., 1984: But There Was No Peace: The Role of Violence in the Politics of Reconstruction, Athens, University of Georgia Press.

Rable, G. C., 2002: Fredericksburg! Fredericksburg!, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Redkey, E. S. (ed.), 1992: A Grand Army of Black Men: Letters from African American Soldiers in the Union Army 1861-1865, Cambridge &

New York, Cambridge University Press.

Reid-Green, M. (ed.), 1993: Letters Home: Henry Matrau of the Iron Brigade, Lincoln, University of Nebraska Press.

Resch, T., 1989: Dorset: In the Shadow of the Marble Mountain, Dorset, Vermont, Dorset Historical Society.

Rice, K. S. y Campbell, E. D. C., 1997: «Voices from the Tempest: Southern Women's Wartime Experiences», en E. D. C. Campbell y K. S. Rice (eds.), A Woman's War: Southern Women, Civil War, and the Confederate Legacy, Charlottesville, University Press of Virginia, 73-130.

Riemer, J. (ed.), 1995: Jewish Insights on Death and Mourning, New York, Schocken Books.

Risch, E., 1989: Quartermaster Support of the Army: A History of the Corps, 1775-1939, Washington, D. F., United States Army.

Rivers, W., 1994: Roll of the Dead: South Carolina Troops in Confederate State Service, Columbia, South Carolina Department of Archives and History.

Robertson Jr., J. I., 1988: Soldiers Blue and Gray, Columbia, University of South Carolina Press.

Robertson, M. D. (ed.), 1979: Lucy Breckinridge of Grove Hill: The Journal of a Virginia Girl, 1862–1864 (Kent, Ohio: Kent State University Press, 1979

Rogers, M. A., 1961: «An Iowa Woman in Wartime», Annals of Iowa 36, n.º 1(verano), 16-44.

Rollins, R. (ed.), 1994: Pickett’s Charge! Eyewitness Accounts, Redondo Beach, California, Rank & File Publications.

Royster, Ch., 1991: The Destructive War: William Tecumseh Sherman, Stonewall Jackson, and the Americans, New York, Alfred A. Knopf.

Rubin, A. S., 2007: A Shattered Nation: The Rise and Fall of the Confederacy, 1861-1868, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Russell, J. B., 2006: Paradise Mislaid: How We Lost Heaven and How We Can Regain It, New York, Oxford University Press.

Sanders, C. W., 2005: While in the Hands of the Enemy: Military Prisons of the Civil War, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Sappol, M., 2002: «A Traffic in Dead Bodies»: Anatomy and Embodied Social Identity in Nineteenth-Century America, Princeton, Princeton University Press.

Scarry, E., 1985: The Body in Pain. The Making and Unmaking of the World, New York, Oxford University Press.

Schantz, M.: «The American Civil War and the Culture(s) of Death», artículo inédito.

Schildt, J. W., 1987: Antietam Hospitals, Chewsville, Maryland, Antietam Publications.

Skocpol, T., 1992: Protecting Soldiers and Mothers: The Political Origins of Social Policy in the United States, Cambridge; Massachusetts, Harvard University Press [ed. en esp.: Los orígenes de la política social en Estados Unidos, Madrid, Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 1996].

Seigel, J., 2005: The Idea of the Self: Thought and Experience in Western Europe Since the Seventeenth Century, New York, Cambridge University Press.

Severa, Joan L., 1995: Dressed for the Photographer: Ordinary Americans and Fashion, 1840–1900 (Kent, Ohio, Kent State University Press, 1995

Shryock, R., 1962: «A Medical Perspective on the Civil War», American Quarterly 14, n.º 2, 161-173.

Sledge, M., 2004: Soldier Dead: How We Recover, Identify, Bury, and Honor Our Military Fallen, New York, Columbia University Press.

Sloane, D. C., 1991: The Last Great Necessity: Cemeteries in American History, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Smith, J. D., 2002: «Let Us All Be Grateful That We Have Colored Troops That Will Fight», en J. D. Smith (ed.), Black Soldiers in Blue: African American Troops in the Civil War Era, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1-77.

Sola Pool, D. de, 1949: «The Diary of Chaplain Michael M. Allen, September, 1861», Publications of the American Jewish Historical Society 39(2) December, 177-182.

Speer, L. R. 1997: Portals to Hell: Military Prisons of the Civil War, Mechanicsburg, Pensilvania, Stackpole Books.

Spufford, M., 1981: Small Books and Pleasant Histories: Popular Fiction and Its Readership in Seventeenth Century England, Athens, University of Georgia Press.

St. Armand, B. L., 1977: «Paradise Deferred: The Image of Heaven in the Work of Emily Dickinson and Elizabeth Stuart Phelps», American Quarterly 29 (primavera), 55-78.

St. Armand, B. L., 1984: Emily Dickinson and Her Culture: The Soul's Society, New York, Cambridge University Press.

Stanley, A. D., 1998: From Bondage to Contract: Wage Labor, Marriage and the Market in the Age of Slave Emancipation, Cambridge, Cambridge University Press.

Steere, E., 1948: «Genesis of American Graves Registration, 1861-1870», Military Affairs 12 (otoño), 149-161.

Steere, E., 1951: The Graves Registration Service in World War II, Quartermaster Historical Studies n.º 21, Historical Section, Office of the Quartermaster General, Washington, D. F., Government Printing Office.

Steiner, P. E., 1968: Disease in the Civil War: Natural Biological Warfare in 1861-1865, Springfield, Illinois, Charles C. Thomas.

Stotelmyer, S. R., 1992: The Bivouacs of the Dead: The Story of Those Who Died at Antietam and South Mountain, Baltimore, Toomey Press.

Stowell, D. W., 1998a: Rebuilding Zion: The Religious Reconstruction of the South, 1863-1877 (New York and Oxford: Oxford University Press, 1998). Pp. 278.

Stowell, D. W., 1998b: «Stonewall Jackson and the Providence of God», en R. M. Miller, H. S. Stout y C. R. Wilson (eds.), Religion and the American Civil War, New York, Oxford University Press, 187-207.

Freud, S., 1957: The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud, J. Strachey (ed.), London, Hogarth Press [ed. en esp.: Obras completes de Sigmund Freud, J. L. Etcheverry (trad.), Buenos Aires, Amorrortu, 1978].

Sutherland, D. E., 1995: Seasons of War: The Ordeal of a Confederate Community, 1861-1865, New York, Free Press.

Sutherland, D. E. (ed.), 1999: Guerrillas, Unionists, and Violence on the Confederate Homefront, Fayetteville, University of Arkansas Press.

Tadman, M., 1989: Speculators and Slaves: Masters, Traders and Slaves in the Old South, Madison, University of Wisconsin Press.

Taylor, C., 1989: Sources of the Self: The Making of Modern Identity, Cambridge, Harvard University Press [ed. en esp.: Las fuentes del yo, A. Lizón (trad.), Madrid, Ediciones Paidós, 1996].

Taylor, F. H., 1913: Philadelphia in the Civil War 1861-1865, Philadelphia, The City.

Thomas, M. W., 1995: «Fratricide and Brotherly Love: Whitman and the Civil War», en E. Greenspan (ed.), The Cambridge Companion to Walt Whitman, Cambridge, Cambridge University Press, 27-44.

Throne, M. (ed.), 1953: The Civil War Diary of Cyrus F. Boyd, Fifteenth Iowa Infantry 1861-1863, Millwood, New York, Kraus Reprint Co.

Towles, L. P. (ed.), 1996: A World Turned Upside Down: The Palmers of South Santee, 1818-1881, Columbia, University of South Carolina Press

Townsend, G. A., 1950: Rustics in Rebellion: A Yankee Reporter on the Road to Richmond, 1861-1865, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Trachtenberg, A., 1989: Reading American Photographs: Images as History, Mathew Brady to Walker Evans, New York, Hill & Wang.

Turner, J., 1985: Without God, Without Creed: The Origins of Unbelief in America, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Urwin, G. J. W., 1996: «"We Cannot Treat Negroes… as Prisoners of War": Racial Atrocities and Reprisals in Civil War Arkansas», Civil War History

42, n.º 3 (septiembre), 193-210.

U. S. Bureau of the Census, Historical Statistics of the United States, Part I, Washington, D. C., Government Printing Office, 1975.

Vendler, H., 1999: «Poetry and the Mediation of Value: Whitman on Lincoln», Conferencia Tanner sobre valores humanos, leída en la Universidad de Michigan, 29 y 30 de octubre de 1999, disponible en [https://tannerlectures.utah.edu/_resources/documents/a-to-z/v/Vendler_01.pdf].

Vendler, H., 2001: «Melville and the Lyric of History», en Battle-Pieces and Aspects of the War: Civil War Poems, Amherst, New York, Prometheus Books, 249-268.

Vinovskis, M. A., 1990: «Have Social Historians Lost the Civil War?», en M. A. Vinovskis (ed.), Toward a Social History of the American Civil War: Exploratory Essays, New York, Cambridge University Press, 1-30.

Walker Bynum, C., 1991: Fragmentation and Redemption: Essays on Gender and the Human Body in Medieval Religion, New York, Zone Books.

Walker Bynum, C., 1995: The Resurrection of the Body in Western Christianity, New York, Columbia University Press [ed. en esp.: ¿Por qué tanto alboroto por el cuerpo? La perspectiva de una medievalista, I. Mellén (trad.), Vitoria-Gasteiz, Sans Soleil Ediciones, 2020].

Walzer, M., 1977: Just and Unjust Wars, New York, Basic Books [ed. en esp.: Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos, T. Fernández Aúz y B. Eguibar (trads.), Madrid, Ediciones Paidós, 2001].

Ward, A., 2005: River Run Red: The Fort Pillow Massacre in the American Civil War, New York, Viking.

Warren, J. P., 1995: «Reading Whitman's Postwar Poetry» en E. Greenspan (ed.), The Cambridge Companion to Walt Whitman, Cambridge, Cambridge University Press, 45-65.

Warren, R. P., 1967: «Melville's Poems», Southern Review 3 (otoño), 799-855.

Weigley, R. F., 1959: Quartermaster General of the Union Army: A Biography of M. C. Meigs, New York, Columbia University Press.

Wells, R. V., 2000: Facing the «King of Terrors»: Death and Society in an American Community, 1970-1990, New York, Cambridge University Press.

Welton, J. M. (ed.), 1991: «My Heart Is So Rebellious»: The Caldwell Letters, 1861-1865, Warrenton, Virginia, Fauquier National Bank.

Wightman, S. K., 1963: «In Search of My Son», American Heritage 14 (febrero), 64-78.

Williams, T. H., 1960: «The Military Leadership of the North and the South», U. S. Air Force Academy, Harmon Memorial Lecture n.º 2, 6, disponible en [https://www.usafa.edu/app/uploads/Harmon02.pdf].

Wilson, C. R., 1983: «The Southern Funeral Director: Managing Death in the New South», Georgia Historical Quarterly 67 (primavera), 49-69.

Wilson, E., 1962: Patriotic Gore: Studies in the Literature of the American Civil War, New York, Oxford University Press.

Winter, J. M., 1995: Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History, Cambridge & New York, Cambridge University Press.

Winter, O. O. (ed.), 1943: With Sherman to the Sea: The Civil War Letters, Diaries and Reminiscences of Theodore F. Upson, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

Wolosky, S., 1984: Emily Dickinson: A Voice of War, New Haven, Yale University Press.

Woodworth, S. E., 2001: While God Is Marching On: The Religious World of Civil War Soldiers, Lawrence, University Press of Kansas.

Worthington Adams, G., 1952: Doctors in Blue: The Medical History of the Union Army in the Civil War, New York, H. Schuman.

Wunderli, R. y Broce, G., 1989: «The Final Moment before Death in Early Modern England», The Sixteenth Century Journal 20, 259-275.

Young, M., 1991: Where They Lie: The Story of the Jewish Soldiers of the North and South, Lanham, Maryland, University Press of America.

Young, M. (ed.), 1995: Last Order of the Lost Cause: The True Story of a Jewish Family in the Old South, Lanham, Maryland, University Press of America.

Zaworski, R., 1997: Headstones of Heroes: The Restoration and History of Confederate Graves in Atlanta's Oakland Cemetery, Paducah, Kentucky, Turner Publishing Co.

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

Página XIX: «Los verdaderos defensores de la Constitución». Grabado de un dibujo de James Walker, en Harper's Weekly, del 11 de noviembre de 1865, pág. 712. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv9bonn/page/712/mode/1up].

Página XXI: «Muertos confederados en Antietam, septiembre de 1862». Fotografía de Alexander Gardner. Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-01090.

Página 3: «Muriendo de grangrena». Acuarela de Edward Stauch. El soldado Milton E. Wallen de la Compañía C del 1.º de Caballería de Kentucky, herido por una bala Minié mientras estaba en un hospital-prisión en Richmond, el 4 de julio de 1863. Estaba siendo tratado por gangrena cuando Stauch viajó desde Washington para hacer este boceto. Dominio público.

Página 9: Amos Humiston muere mientras sostiene un ambrotipo de sus tres hijos. «Incidente en Gettysburg», en Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 2 de enero de 1864, pág. 236. Disponible en [https://archive.org/details/franklesliesilluv1718lesl/page/236/mode/1up].

Página 18: «Carta a casa». Dibujo a carboncillo y graffito de Eastman Johnson, 1867. Instituto de Artes de Mineápolis, The Julia B. Bigelow Fund.

Página 23: «Ejecución del desertor William Johnson», en Harper's Weekly, 28 de diciembre de 1861, pág. 828. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv5bonn/page/828/mode/1up].

Página 38: «El Sexto Regimiento de voluntarios de Massachusetts abre fuego contra el pueblo, Baltimore», en Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 30 de abril de 1861, págs. 242-243. Disponible en [https://archive.org/details/franklesliesilluv1112lesl/page/n241/mode/2up].

Página 46: «Ejército del Potomac: tirador en misión de avanzada». Grabado a partir de un óleo de Winslow Homer, en Harper's Weekly, 15 de noviembre de 1862, pág. 724. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv6bonn/page/724/mode/1up].

Página 49: «La Guerra en Tennessee: los rebeldes masacran a las tropas de la Unión tras la rendición de Fort Pillow, 12 de abril [de 1864]», en Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 7 de mayo de 1864, pág. 97. Disponible en [https://archive.org/details/franklesliesilluv1718lesl/page/n288/mode/1up].

Página 51: «Retrato de un soldado afroamericano sin identificar con su mujer y sus dos hijas, Unidades de color del Ejército de los Estados Unidos». Fotografía que muestra a un soldado con uniforme, a su esposa con vestido y sombrero y a sus dos hijas con sombreros y abrigos a juego. Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías de Washington D. C. 20540, LC-DIG-ppmsca-36454.

Página 53: «Funeral por el difunto capitán Cailloux», en Harper's Weekly, 29 de agosto de 1863, pág. 549. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv7bonn/page/549/mode/1up].

Página 70: «Tumbas de soldados cerca del Hospital General, City Point, Virginia». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-01872.

Página 73: «Destacamento de enterradores tras la batalla de Antietam». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-01098.

Página 74: «Antietam. Muertos confederados reunidos para darles sepultura». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-01094.

Página 76: «Entierro de los muertos bajo bandera de tregua, Petersburg, 1864», en Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 3 de septiembre de 1864, pág. 376. Disponible en [https://archive.org/details/franklesliesilluv1718lesl/page/n566/mode/1up].

Página 78: «Soldados confederados muertos reunidos para su entierro. Spotsylvania, mayo de 1864», Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-USZ62-104044.

Página 80: «Fosa común en Gettysburg». Fotografía de Timothy H. O'Sullivan. Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-00843.

Página 81: «Después de la batalla: soldados rebeldes "despluman" a los caídos de la Unión», en Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 13 de febrero de 1864, pág. 321. Disponible en [https://archive.org/details/franklesliesilluv1718lesl/page/321/mode/1up].

Página 83: «Entierro de muertos federales. Fredericksburg, 1864». Fotografía de Timothy H. O'Sullivan, Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-01840.

Página 86: «Contraste: federales enterrados, confederados insepultos, en el lugar del campo de batalla de Antietam en el que cayeron». Pie de foto y fotografía de Alexander Gardner. Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-01086.

Página 87: Caballo muerto en la guerra. Esbozo de Alfred R. Waud. Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Colección de Dibujos de la Guerra Civil, LC-USZ62-15118.

Página 89: El entierro de Latane, 1864. Óleo sobre lienzo de William D. Washington, Johnson Collection, Spartanburg, Carolina del Sur.

Página 91: «Granjeros de Maryland y Pensilvania visitan el campo de batalla de Antietam mientras las tropas nacionales entierran a los muertos y se llevan a los heridos», a partir de un boceto de F. H. Schell, en Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 18 de octubre de 1862, pág. 49. Disponible en [https://archive.org/details/franklesliesilluv1516lesl/page/n48/mode/1up].

Página 97: «¡Transporte de muertos!». Gettysburg: H. J. Stahle, 1863. Octavilla. The Library Company of Philadelphia.

Página 101: «Un cirujano embalsamador trabaja el cuerpo de un soldado». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-01887.

Página 102: «Establecimiento de embalsamamiento en campaña del Dr. Bunnell (Ejército del James)». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-01886.

Página 112: Detalle de «Nuevas de la Guerra», en Harper's Weekly, 14 de junio de 1862, pág. 377. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv7bonn/page/549/mode/1up].

Página 115: «Oficina de la Comisión Cristiana de los Estados Unidos en la calle 8.ª con H, Washington, D.C. 1865». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-04165.

Página 121: «Enfermeras y oficiales de la Comisión Sanitaria de los Estados Unidos en Fredericksburg, Virginia, durante la campaña de Wilderness, 1864». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-01196.

Página 125: Telegrama de William Drayton Rutherford a Sallie Fair Rutherford, 6 de julio de 1862. Manuscripts W. D. Rutherford Papers. Courtesy of South Caroliniana Library, Universidad de Carolina del Sur, Columbia.

Página 126: Anuncio de placas identificativas para soldados, en Frank Leslie's Illustrated Newspaper, 10 de septiembre de 1864, pág. 398. Disponible en [https://archive.org/details/franklesliesilluv1718lesl/page/n589/mode/1up].

Página 127: Nota de Oliver Wendell Holmes Jr., The John G. Palfrey (1875-1945) colección de Oliver Wendell Holmes Jr. Papers, 1715-1938. Material familiar y personal, Guerra Civil: Álbum de recortes de la Guerra Civil creado por OWH, 1861-1865.

Página 128: Detalle de «Nuevas de la Guerra» de Winslow Homer, en Harper's Weekly, 14 de junio de 1862, págs. 376-377. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv6bonn/page/377/mode/2up].

Página 131: «Ala K del Hospital de la plaza de la Armería, Washington D. C.». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-04246.

Página 136: «Un soldado desconocido», en Harper’s Weekly, 24 de octubre de 1868, pág. 684. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv12bonn/page/n681/mode/1up].

Página 139: «Prisión de Libby, Richmond, Virginia, abril de 1865». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-02898.

Página 150: «Vista del juzgado de Darlington y del sicomoro en el que fue ahorcada la esclava negra Amy Spain», en Harper’s Weekly, 30 de septiembre de 1865, pág. 613. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv9bonn/page/613/mode/1up].

Página 155: John Saunders Palmer y su esposa Ann Gaillard Palmer, con la que lleva casado menos de un año. From the South Caroliniana Library, Universidad de Carolina del Sur, Columbia, S. C.

Página 157: Mary Ann Todd Lincoln (13 de diciembre de 1818-16 de julio de 1882), Mathew Brady Studio, activo entre 1844 y 1894, National Portrait Gallery, Smithsonian Institution; Frederick Hill Meserve Collection.

Página 158: «Mujeres de luto. Cementerio de Nueva Orleans», en Frank Leslie’s Illustrated Newspaper, 25 de abril de 1863, pág. 65. Disponible en [https://archive.org/details/franklesliesilluv1516lesl/page/65/mode/1up].

Página 159: «Vista del “distrito quemado”, Richmond, Virginia». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la

Guerra Civil, LC-USZC4-4593.

Página 162: «Modas de Godey, junio de 1862», en Godey's Lady's Book and Magazine, junio de 1862, pág. 521. Disponible en [https://archive.org/details/godeysladysbook1862hale/page/521/mode/1up].

Página 163: «Mujeres de luto ante la sepultura de Stonewall Jackson, ca. 1866». Biblioteca del Congreso, LC-DIG-pga-08551.

Página 166: «Funeral del presidente Lincoln. Los ciudadanos acuden a ver el cadáver al Ayuntamiento de Nueva York», en Harper's Weekly, 6 de mayo de 1865, pág. 285. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv9bonn/page/285/mode/1up].

Página 176: Henry Ingersoll Bowditch en tiempos de la Guerra Civil, Universidad de Harvard, Harvard University Archives, W650788_1.

Página 207: «El soldado moribundo», partituras (Nueva York, Charles Magnus, s. f.), Wolf 5486, American Song Sheet Collection, The Library Company of Philadelphia.

Página 215: «El campo de batalla de Gaines's Mill, Virginia». Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-USZC62-106283.

Página 230: Clara Barton, ca. 1865. Fotografía realizada por Mathew Brady. Dominio público.

Página 232: «Destacamento de enterradores en el campo de batalla de Cold Harbor, Virginia, abril de 1865». Negativo de John Reekie; impresión y pie de foto de Alexander Gardner. Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Fotografías de la Guerra Civil, LC-DIG-cwpb-04324.

Página 234: «La Srta. Clara Barton iza la bandera nacional, 17 de agosto de 1865», en Andersonville. Esbozo de I. C. Schotel, en Harper's Weekly, 7 de octubre de 1865, pág. 633. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv9bonn/page/633/mode/1up].

Página 246: «La tumba del soldado». Litografía de Currier & Ives. Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Colección de Arte Gráfico Popular (Impresión Histórica), LC-USZC2-3015.

Página 257: «Cementerio de Hollywood, Richmond, Virginia. Ornamentación de las tumbas de los soldados rebeldes», en Harper's Weekly, 17 de agosto de 1867, pág. 524. Disponible en [https://archive.org/details/harpersweeklyv11bonn/page/524/mode/1up].

Página 263: «Cementerio confederado de Vicksburg». Fotografía de Kenneth C. Zirkel.

Página 282: Walt Whitman. Biblioteca del Congreso, División de Impresiones y fotografías, Colección Fotográfica Brady-Handy, LC-DIG-cwpbh-00752.

Vi los restos y los restos de todos los soldados perecidos en la guerra.

[…]

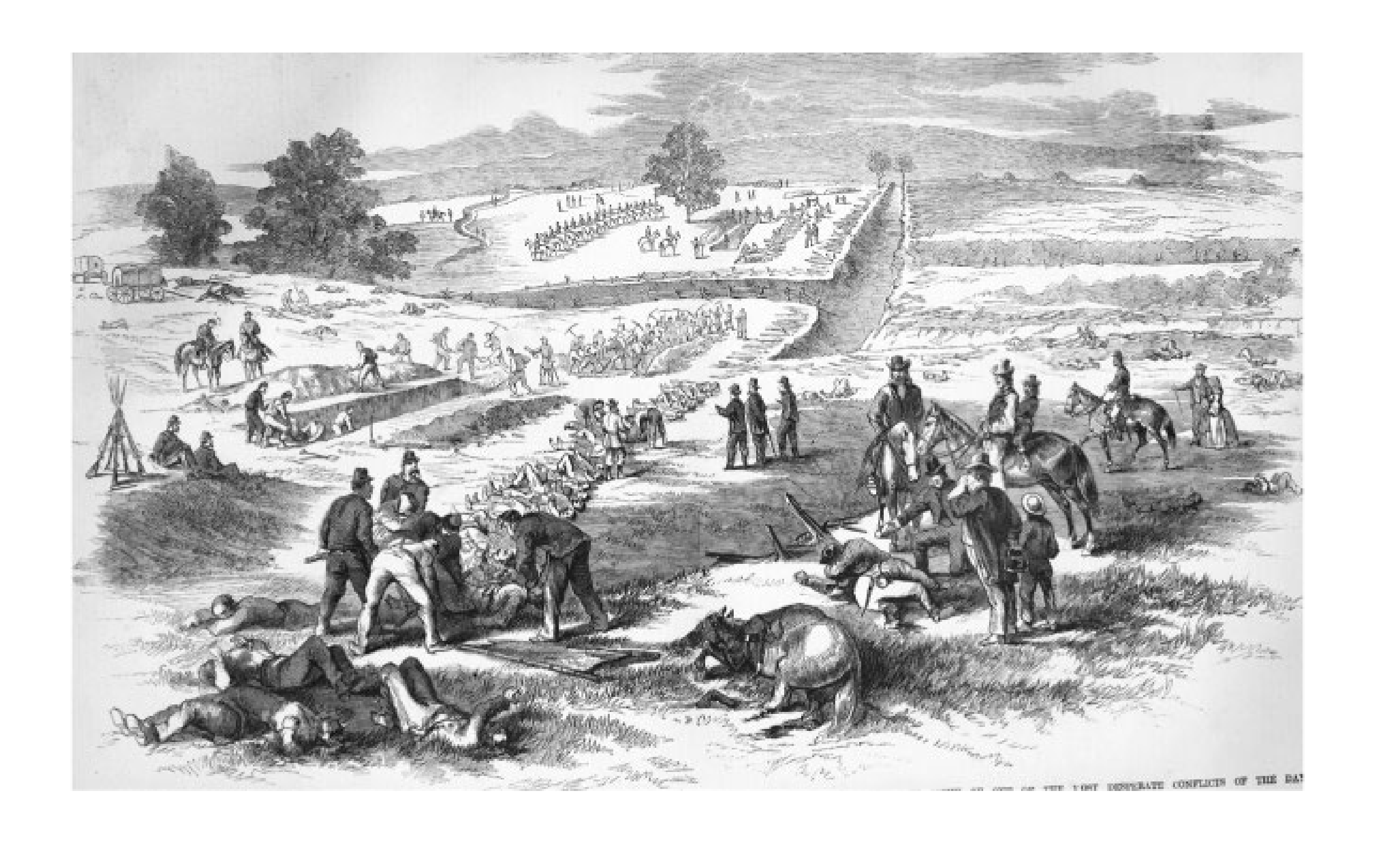
Descansaban por completo, ya no sufrían,

los vivos permanecían y sufrieron, la madre sufrió,

y la esposa y el hijo y el pensativo camarada sufrieron,

y los ejércitos que permanecían sufrieron.

Fragmento de «La última vez que florecieron las lilas de la entrada», de Walt Whitman.



Entierro de los muertos en el campo de batalla de Antietam, Frank Leslie’s Illustrated Newspaper, 18 de octubre de 1862.